

se

ÁNGELES  
DE IRISARRI

LA  
ARTILLERA

*La lucha de España por la libertad*



Lectulandia

Tras el estallido del 2 de mayo en Madrid contra la invasión francesa, varias ciudades españolas declararon la guerra a Napoleón. Entre ellas estuvo Zaragoza, que sufrió dos asedios por parte de las tropas imperiales, los llamados Sitios de Zaragoza, cuyo bicentenario se cumplió en 2008.

Ángeles de Irisarri recrea en esta novela el día a día de la guerra muros adentro de la ciudad a través de diez mujeres, unas reales, otras imaginarias, que representan a todas las clases sociales y que, al grito de «Vencer o morir», fueron capaces de tomar las armas y hasta disparar cañones.

Agustina de Aragón, conocida como la Artillera, junto a la condesa de Bureta, Manuela Sancho, Casta Álvarez, María Lostal, María Agustín y la madre Rafols sobrevivieron en una ciudad en la que el cronista Casamayor escribió que los atacantes «más parecían Nerones que franceses», en la que el último muerto dejaba enseguida de ser último en una sucesión aterradora. Estas mujeres y otras, y otros muchos hombres, sin nada que llevarse a la boca y rodeados de muertos, pues la peste hizo acto de presencia en Zaragoza en lo más crudo del invierno y del combate, quedaron inscritas con letras de oro en la Historia de España por sus heroicos hechos en defensa de la libertad.

**Lectulandia**

Ángeles de Irisarri

# **La artillera**

ePub r1.0  
Titivillus 13.03.18

Título original: *La artillera*  
Ángeles de Irisarri, 2008

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Manolo, mi marido,  
por los últimos cuarenta años.

## Capítulo

# 1

Quimeta y Agustina Zaragoza cerraron con llave la puerta de su casa y salieron a la calle, divertidas y bromeando como en otras ocasiones, por la coincidencia de vivir en Zaragoza y apellidarse del mismo modo. Las dos habían nacido en Barcelona. La primera, llevaba casi dos años en la ciudad, casada con un cabo primero perteneciente al Primer Regimiento del Real Cuerpo de Artillería y la segunda, estaba recién llegada y había venido siguiendo a su marido, cabo también, aunque segundo, de aquel mismo regimiento. Y, como ambas tenían a sus cónyuges ausentes por imperativos del servicio, disponían de más tiempo libre y, casi a diario, se encaminaban a la plaza del Mercado; esta vez a comprar una mata de borraja para añadirla a la olla que habían dejado hirviendo. Por eso, tras recorrer el camino del Portillo, hicieron su entrada por la calle del Azoque.

Matilda López y Marica, su pupila, que eran prostitutas en el Rabal, dejaron su carreta en la subida de la Tripería y accedieron al lugar por aquella parte, haciéndose notar, sonriendo a los piropos y procacidades masculinas, y haciendo como que no veían cuando las buenas mujeres las miraban mal y se apartaban a su paso o, cuando las que no eran buenas, escupían al suelo o les propinaban codazos o las llamaban putas, sin un atisbo de caridad en sus palabras o gestos.

Casta Álvarez, tras hacer sus mandados en las Fecetas, que eran monjas de clausura, anduvo toda la calle de Predicadores con cara de pascuas, pues la abadesa había estado espléndida y le había dado el doble de jornal. Fue saludando a los vecinos y, como era persona popular en el barrio, fue correspondida por hombres y mujeres, vendedores y compradores, mientras estuvo recorriendo los tenderetes en busca del mejor precio para el mejor tocino y dos morcillas de arroz con piñones con que aderezar el puchero.

Manuela Sancho había caminado más trecho. Venía de la puerta Quemada, situada en el otro extremo de la ciudad, en el camino del Bajo Aragón, y no venía sin aliento, no, porque era moza. Venía acalorada, sí por el sol de plomo y el bochorno inmisericorde, todavía impropio de la estación, que castigaba a la ciudad presagiando grande tormenta. Y porque, ay, acababa de cruzar mirada con Francho que bebía los vientos por ella. Y ella, que también bebía los vientos por él, recorría tanto camino para verlo y para hacerse ver; pues que a menudo el joven se tomaba un respiro en su trabajo de zapatero y la esperaba en la calle de San Pedro, apoyado en el muro o en el alféizar de la puerta de su casa y, al verla, la miraba embobado y alguna vez hasta iba tras ella susurrándole requiebros. Aunque hoy no, que debía tener labor atrasada.

María Agustín desembocó en la plaza del Mercado por la calle de San Pablo,

dispuesta a continuar hacia el Santo Templo del Pilar. Se detuvo en el cruce y escuchó cómo un hombre leía en voz alta los pasquines que llenaban las esquinas de las casas echando pestes de los franceses, de Bonaparte, del rey Carlos IV y de la reina María Luisa, de Fernando VII, de Godoy, de Guillelmi, el capitán general de Aragón, y que loaban la gesta de los madrileños del día 2 de mayo próximo pasado, tan cercano aún. Se hubiera parado más tiempo a contemplar los dibujos de los carteles, que rememoraban con extremada verosimilitud la heroica sublevación del pueblo madrileño, pues alguien los había manchado de sangre, de gallina quizá, pero llevaba prisa. Se había propuesto saldar aquella misma mañana la deuda que tenía con la Señora, pues que le había pedido gracia —la que fuere— y, como se la había concedido, debía llevarle lo ofrecido: una vela de esperma de ballena de una libra de peso.

María Lostal hizo el mismo camino que las dos catalanas, pero llegó un poquito más tarde. Dejó la vinatería que atendía con su marido cerca de la puerta del Portillo y, como hacía una vez por semana, salió a visitar a su hermana, que vivía en el Rabal y estaba enferma, enferma decía a cualquiera que le preguntara, pero, en realidad, estaba loca. E iba acelerando el paso para atravesar la puerta de Toledo y acceder al puente del Ebro por la del Ángel, pero se encontró con una tentación ante sus ojos y no supo resistirse. Se detuvo en el puesto de refrescos de la tía Paca, y pidió bebida.

Otro tanto que Agustina, Quimeta, las dos meretrices, la señora Casta, Manuela y la otra María, pues que andaban por allí y decidieron regalarse. Y fue que, como si se hubieran puesto de acuerdo, se juntaron las ocho bajo el toldillo y todas pidieron un vaso de zarzaparrilla, lo único que le quedaba a la tía Paca, la que despachaba. Y, estando allí, casi apretadas unas contra otras por el mucho gentío habiente, cruzaron las miradas, pero, como no podía ser de otra manera, las que eran honradas miraron mal a las placeras y se apartaron un poco de ellas.

Y eso, que quedaron dos mujeres a un lado del tenderete y seis al otro. Y estas, pese a que no se conocían entre ellas, platicaron de la intempestiva calor del día y hasta se prestaron entre ellas el abanico y, de haber estado más tiempo juntas, hasta hubieran bebido del mismo vaso quizá, pero fue que Casta Álvarez levantó la cabeza y se apercibió de que la señora condesa de Bureta las estaba observando desde el balcón de su casa, situado por encima de ellas. Y claro, la dueña levantó la cabeza, se quedó mirándola y todas la imitaron y contemplaron a doña Consolación Azlor. Era viuda, aunque pronto iba a dejar de serlo pues, según era hablilla de la ciudad, que se había comprometido con el barón de Valdeolivos y ambos estaban esperando la licencia de don Fernando VII para contraer matrimonio. Cuando era hecho cierto que la familia real estaba presa del emperador Napoleón Bonaparte, en Bayona de la Francia y, de consecuente, no había rey en España. Y enseguida se hicieron eco de que el matrimonio de la condesa no podía comenzar de peor modo, en razón de que corrían malos tiempos para las uniones entre títulos, pues no había a quién acudir para solicitar el oportuno permiso, al parecer. Y abundaron en que algún

inconveniente habían de tener los nobles, y luego elogiaron la elegancia de la dama, sosteniendo al unísono que más que viuda de mediana edad, parecía moza casadera. Además, constataron que, pese a los inconvenientes nombrados, se había quitado el luto y se había mandado coser varios trajes a la última moda, a la llamada moda «imperio». No había más que verle el precioso vestido de talle alto que llevaba, de muselina, de aquella tela tenue, tenue, que habían puesto de moda las grandes damas de París y que ninguna de ellas podría nunca comprar. O quién sabe si la señora María, la vinatera, podría hacerlo algún día pues no era mal negocio una tienda de vinos, o quién sabe si las jóvenes solteras, Manuela y María Agustín, si picaban alto, pues eran muy hermosas; tal aseveraban las que estaban casadas, las que no tendrían más de lo que tenían, salvo que les tocara algún día, algún bendito día, la lotería de Navidad, porque sus hijos comían mucho y sus maridos les daban lo justo para comprar la comida a diario y, si economizaban, para beberse un granizado una vez a la semana, en verano, o una taza de chocolate el resto del año.

Tal, o parecido, sostenían unas y otras, y las jóvenes enrojecían cuando las mayores se referían a ellas, mientras todas saboreaban el refresco a pequeños sorbos para que les durase más. Pero, se presentó un carro que venía por la calle de la Torre Nueva y les acaparó la atención pues de él bajó una monja que, tras echar una furiosa mirada a Matilda López, en razón de que más de una vez la meretriz se había presentado en el hospital para que los médicos le curaran las purgaciones, llamó a la aldaba del palacio de la condesa. La señora Casta, que también hacía mandados para la religiosa, alternando con las Fecetas y los domingos fiesta, indicó a las barcelonesas que se trataba de la madre Rafols, la superiora de las monjas que atendían el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, que, posiblemente, iba a pedir donativo a la condesa pues la dama era amiga de hacer caridades.

Y en esas estaban las diez mujeres. Ocho en la calle bebiendo refresco en la plaza del Mercado y dos, la monja y la condesa, en el balcón de esta última, cuando, recibido en Zaragoza el correo de Madrid, se constató que los infantes Carlos y Antonio Pascual, este nombrado por Fernando VII presidente de la Junta Suprema, habían salido para Bayona donde ya estaban los señores reyes, prisioneros del demonio Napoleón, y que, la presidencia de la dicha Junta la ocupaba ya el mariscal Murat, lugarteniente del emperador.

Ante semejantes hechos, las autoridades municipales ordenaron que se diera pregón de los sucesos por toda la ciudad, con tambor y trompeta. De tal manera que, obedeciendo, varios pregoneros se situaron en los cuatro extremos en la plaza del Mercado y leyeron el bando en el que se daba a conocer lo anterior y se ordenaba que «todo español que tal oyere acudiese al castillo de la Aljafería a tomar las armas so pena de la vida». Y claro, ante semejantes desatinos, ante semejante orden, al inmenso gentío que, por una razón o por otra o sin razón alguna, llenaba el mercado a mediodía, por el pronto, se le heló la sonrisa pese a la mucha calor que hacía.

Con lo que decían los pasquines y con lo que se había oído en los corrillos, no fue



menester que ni hombre ni mujer escuchara hasta el final el bando que leían los pregoneros, para conocer qué, rediez, sucedía, pues que lo sabían todos los habitantes de la ciudad e incluso lo estaban esperando. Sabían que los franceses, ay, Señor Jesús, ay, Virgen del Pilar, dominaban en España y que pronto llegarían a Zaragoza, por eso a nadie extrañó que hubiera llegado el momento de coger las armas.

Y sí, sí.

Como a cada hijo de vecino, a las diez mujeres que van a ocupar esta historia se les heló la sonrisa y se quedaron con la palabra en la boca —en virtud de que, en la mayoría de ocasiones, lo esperado nunca deja de sorprender— y, con expresión amarga, se dispusieron a regresar a sus hogares. Las dos del balcón entraron en la casa, apresuradas. De las ocho, que bebían zarzaparrilla, las prostitutas devolvieron sus cuencos, las primeras, pagaron y salieron a la carrera en busca de su carreta. Las demás se detuvieron un tantico, apurando su vaso, por eso, enseguida se encontraron metidas en el jaleo que se organizó y que les dificultó retornar hacia sus domicilios; pues buen número de hombres empezó a dejar la plaza como si de una desbandada general se tratara, obedeciendo la orden escuchada y se dirigió al castillo con los ánimos cada vez más encrespados.

En las tabernas de los soportales de la plaza, más de un hombre se atragantó con el aguardiente y más de dos maldijeron al tener que dejar a medias una partida de guiñote, pero se levantaron de la silla y se sumaron a la multitud.

Los vendedores, que gritaban su mercancía, dejaron de hacerlo, y hortelanos, pescaderos, polleros, carniceros y los que vendían menuceles y, por supuesto, los que iban o venían o platicaban, se quedaron helados. Y a las costureras y bordadoras, por mentar dos oficios que pudieren tener las mujeres que vivieren por allí, posiblemente se les cayeron los alfileres de la boca o se pincharon con la aguja. También, los que estaban discutiendo dejaron de porfiar, y los niños, en los soportales, dejaron de jugar al taco y las niñas a las tabas, tan escandalosos que son. Y buena parte de los que venían al mercado con sus cestos, dieron media vuelta, otra vez hacia sus casas.

Los vendedores recogieron sus tenderetes aprisa, aprisa, no les fueran a afanar sus géneros en aquella algarabía, demostrando mucho tino pues, a más de ladronzuelos y descuideros, siempre había perros por allí. Canes hambrientos que, con el jaleo, amén de ladrar, en cualquier momento de confusión espabilaban y se llevaban lo que podían, como hizo uno de ellos que le arrebató, del cesto, una maza de pernil a una mujer, y huyó lejos con su inesperada presa.

Y, a poco, todos corrían, voceando:

—¡A las armas!

O:

—¡Mueran los franceses!

O:

—¡Viva España y la religión!

O:

—¡Muerte a los tiranos!

O:

—¡Viva el rey Fernando VII!

Aprovechando las apreturas y el vocerío, un raterillo pretendió afanarle la faltriquera a la señora Casta, pero esta, en viéndolo, le propinó un bofetón que le dejó los cinco dedos marcados en la cara; y Manuela, que también anduvo al quite, una colleja bien dada, por eso el rapaz echó a correr más deprisa que el perro del pernil.

Y ya, se despidieron las seis mujeres de las ocho que se habían regalado un vaso de zarzaparrilla en el puestecillo de la señora Paca, con un ademán de cabeza. Y fue que, al hacer el gesto, levantaron la mirada y volvieron a contemplar a la monja y a la condesa que, a la vista estaba y pese a las malas noticias de los franceses, no podía reprimir su alegría, pues que sonreía, ya fuera por su próxima boda, ya por la presencia de la religiosa o por su natural bondad, y fue que les saludo con la mano y la madre Rafols hizo otro tanto con todas, aunque personalmente solo conocía a Casta.

Lo que no llegaron a imaginar las ocho mujeres de la plaza y las dos del balcón —que habían estado respirando el mismo aire en aquel maldito día, 24 de mayo de 1808— es que las diez, pasados muchos años, estarían llamadas a tener protagonismo en esta novela, y algunas en la guerra que avecinaba la presencia de los ejércitos franceses en España y la actitud de los aragoneses. Cierto que unas más, otras menos y otras ninguno, pues que varias de ellas se limitaron a sufrir las amarguras cotidianas pero sin participar activamente. Y fue que, como siquiera tenían consciencia de que habían estado juntas, no pudieron preguntarse, al decirse adiós, si volverían a estarlo, ni decirse, pasado el tiempo, que no se habían vuelto a reunir, pues que en los meses que habrían de durar los dos Sitios que hubo de sufrir la ciudad de Zaragoza ni en el espacio de tiempo entre ambos asedios volverían a hacerlo, ni después tampoco, por esas cosas que la vida tiene.

\* \* \*

Para cuando el bullicio urbano de la plaza del Mercado quedó ahogado entre el miedo, la ira y la incertidumbre, ya se habían enterado del bando los que vivían cerca y los que vivían lejos, en el Rabal. Ya Pedro Marín, el campanero de la Torre Nueva, había asonado a rebato las campanas y vigilaba desde lo alto con su catalejo y su vista de águila, el Señor se la conserve pues que falta haría, la llanada existente en torno a Zaragoza por si observara algún movimiento de tropas amigas o enemigas.

A la hora de comer, en el castillo de Aljafería, situado extramuros, había gente pidiendo armas y comida y voceando contra el que mandare allí, el general o el comandante que fuere, que no les quería dar ni lo uno ni lo otro. Pero hubieron de retirarse, pues que allí no daban nada y el estómago apremiaba. Por eso, durante unas horas, por la ciudad no transitaron ni almas en pena, dado que estaban todos los

habitantes manducando en sus casas, al parecer. Pero fue que, luego todo cambió y nadie se metió en la cama a dormir la siesta, pues que las gentes salieron de sus casas y formaron corrillos o se reunieron en los salones o en las tiendas o sacaron unas sillas a la calle e hicieron repaso de la situación.

\* \* \*

A ver, en la rebotica de Juan Perales, en la calle de San Gil, se adelantó la hora de la tertulia y varios asiduos se reunieron. Descontentos del viso que estaban tomando los acontecimientos en Zaragoza pero animados de que Murat, el gran duque de Berg y lugarteniente de Napoleón, fuera el presidente de la Junta Suprema, y contentos de que Carlos IV y Fernando VII ya no fueran, o estuvieran a punto de no ser, reyes de España. Pues lo que decían:

—Es suicida levantarse en armas contra Napoleón. Ha conquistado media Europa.

—Hacer frente al francés sería la muerte de la nación.

—Hay que evitar la guerra a toda costa.

—Inglaterra, Rusia y Austria no pueden contra él.

—Por tierra nadie puede contra él. Por mar, os recuerdo, mi buen amigo, la batalla de Trafalgar.

—Tiene planes para cruzar el Canal de la Mancha; cuando lo haga, ya verá su merced cómo corren los ingleses.

—Nuestro ejército es inoperante contra la caballería y la artillería de Napoleón.

—El ejército español debe ya estar bajo mando francés, ¿o no?

—No hay reyes ni regente, al parecer.

—No hay autoridad a quien obedecer.

—Pues eso, ¿qué puede hacer el pueblo?

—El pueblo abandonó alocado la plaza del Mercado antes de las 12 en busca de armas.

—Alocado e inconsciente.

—Los curas llevan días azuzándolo.

—Desde que se supo lo del 2 de mayo.

—Los curas y los labradores, que temen por sus riquezas, por sus privilegios y por su terruño.

—El infante Antonio Pascual, antes de partir hacia Bayona, ha ordenado que no se produzca otro 2 de mayo.

—Una ciudad como Zaragoza, con una muralla tan mala, no puede resistir el embate del mayor ejército del mundo.

—Se dice hay más de 100.000 franceses en España.

—A los masones nos favorecerá el mando francés, buena parte de los altos cargos del Imperio lo son...

E iban los de la rebotica a abundar en este tema, pero en el establecimiento entraron varias personas pidiendo remedio para el dolor de muelas o para la jaqueca, y don Juan Perales, tras atenderlas, hubo de ponerse a hacer las fórmulas magistrales sin ayuda además, pues que había enviado a su mancebo a un recado, para que no le oyera hablar con sus amigos, pues que a cualquier descuido, a cualquier comentario del rapaz, podría presentarse la Inquisición en su botica y llevarle preso.

Los afrancesados terminaron la reunión, sin beber el vasico de aguardiente al que les invitaba a diario el boticario, pues que aspiraba a ser el maestro o el hermano mayor, como se llamare, de la primera logia masónica que se estableciera en Zaragoza. No obstante, se despidieron con la frase que siempre decían, que a saber quién la había pronunciado en primer lugar, y que habían adoptado como lema: *Recedant vetera, nova sint*, que traducían como «mueran los tiempos viejos y vivan los nuevos tiempos», es decir, lo que, a su juicio, traería a España el emperador Napoleón Bonaparte.

\* \* \*

En el salón de la condesa de Bureta no hubo concierto de clavicémbalo ni cantos ni versos ni se habló de libros recién leídos o por leer, pero hubo chocolate para todos. Acudieron varios títulos nobiliarios y algunos burgueses ricos.

Lo primero que se preguntaron unos a otros fue:

—¿Dónde está Palafox?

Y, como en anteriores ocasiones, la condesa respondió:

—Mi primo Pepe está en la Alfranca. Creía que lo había comentado con sus mercedes. Descansa unos días del viaje que hizo desde Bayona, pues acompañó al rey Fernando. En cuanto regrese, nos contará qué fue aquello.

—Con mis respetos, señora, debería estar en Zaragoza, explicándonos qué ha sucedido en Bayona y en hablas con Guillelmi.

—¿Qué hace allí, holgar?

—Os recuerdo que huyó de la Francia y que se encuentra en busca y captura, señor mío.

—Esta mañana el pueblo se ha levantado en armas, necesitamos a don José para que tome el mando de las tropas.

—¿Qué tropas?

—Las escasas tropas que hay en la ciudad obedecen al capitán general Guillelmi, que a su vez obedece las órdenes del regente, que a su vez obedece al emperador de los Franceses y rey de Italia, que no obedece ni a Dios...

—¿El ejército español está bajo mando francés?

—No se sabe.

—¿Tan apremiante ven sus mercedes la situación?

—De momento, no se ven gabachos por aquí.

—Ya pueden sus señorías poner a buen recaudo las cosas buenas que tengan y echar la tranca en sus casas. Si el pueblo consigue armas, es posible que la empresa contra nosotros. Les recuerdo que entraron las turbas en casa de Godoy, en Aranjuez, queriendo matarlo y arramblaron con todo, y lo que no se pudieron llevar, lo quemaron.

—Si los curas dirigen el saqueo buscarán libros prohibidos... La *Enciclopedia* francesa sobre todo.

—Abundantes diatribas contra sus autores hemos escuchado de boca de los curas...

—Sí, en estos mismos salones he oído llamar «anticristo» a Diderot, hecho que me produjo vergüenza ajena.

—Todo por recopilar los saberes de la Humanidad...

—Dejen sus señorías de criticar al clero. No porfíen los señores —atajaba la condesa—, se lo ruego. Tomen el chocolate y coman los bizcochos, que no sabemos qué nos deparará el destino...

—Nada bueno nos deparará el destino, pero está delicioso este chocolate, condesa.

—No sea usted aguafiestas, marqués.

\* \* \*

Cuando, tras santiguarse ante la Cruz del Coso, llegó la madre Rafols al Hospital de Nuestra Señora de Gracia, situado en la plaza de San Francisco y frente por frente del convento del mismo nombre, sus monjas la estaban esperando en las cocheras para contarle que hasta los enfermos incurables, al oír las campanas sonando a rebato, se habían revuelto en sus camas, y así se quitaban la palabra de la boca:

—La Juana, la de la parálisis, se ha movido, madre, que la estaba yo limpiando y se ha movido.

—Los peores, los locos, madre, han aullado como posesos.

—He salido corriendo de la sala, me daban miedo.

—Hemos tenido que echar el cerrojo, no se fueran a escapar.

—A duras penas hemos conseguido encerrarlos. Entre tres y éramos pocas. Querían salir.

—Los guardianes no estaban. Cuando se los necesita nunca están, ya lo sabe su maternidad.

—Estaban comiendo y no dejaron de hacerlo.

—Que peores cosas no nos mande el Señor.

—¿Es cierto, madre, que los franceses están a la vista de Zaragoza?

—No, no es cierto. Las autoridades han llamado a los hombres a las armas, pero el capitán general no las quiere entregar porque obedece a los reyes...

—Perdone, su maternidad, ¿qué rey tenemos en España?

—Eso quisiera saber yo...

—Y yo.

—Habrá que esperar, hermanas, a que claree la situación. Las noticias son asaz confusas.

—No teman sus mercedes, el Señor nos ayudará.

—Rece cada una lo que crea conveniente y encomiéndose al Santo de su devoción, para que nos haga favor.

—Falta va a hacer.

—Ea, es menester que hagamos revisión general de lo que tenemos y de lo que nos hace falta para tener el hospital abastecido en caso de que...

—¿En caso de que los franceses asalten la ciudad?

—Sí, hermana. Ea, pues, a trabajar todo el mundo, que vengan los ecónomos a mi despacho y vayan dos monjas a las despensas y hagan recuento, y las demás ocúpense de ver cómo andan los locos, que no quiero desorden, y cada una que esté en su puesto lo más pronto que pueda —tal mandó la superiora.

\* \* \*

En la vinatería de Diego Sola y María Lostal se juntaron a lo menos cincuenta vecinos del barrio del Portillo, todos muy voceros y muy sudados por la mucha calor, con su botella para que se la llenaran y su dinero. Y los dueños se afanaban por servir a todos:

—Hagan cola, compadres.

—Eh, que estoy yo.

—¿Cómo que estás tú? Estoy yo. Diego, lléname el boto de aguardiente.

—A mí vino, María.

—Venga, un real. Tú, tres maravedís...

—Hala, que os vais a hacer ricos, Diego.

—Te he visto, María, con las putas del Rabal.

—¿Qué dice este, María?

—No le hagas caso, está borracho.

—Un poco borracho, Diego, solo un poco.

—Mete la cabeza en la próxima fuente que te encuentres o no te darán el fusil.

¡María, me parece que los niños lloran!

—Voy a ver.

—Esta María es buena hembra, Diego.

—¡Calla, maldito borracho!

—No lloran los niños, Diego, juegan y el pequeño duerme como un bendito.

—Suerte que tienen, que no se enteran de nada.

—Pero ¿los franceses dónde están? ¿Sabe alguien dónde?

—¡María!

—Dime, Diego.

—Me voy con estos...

—¿Adónde?

—Al castillo...

—Diego, no me dejes sola. Algunos de estos están muy borrachos.

—Vuelvo enseguida. Si alguno te ofende de palabra, cuando vuelva lo mato a puñadas.

—Te recuerdo que tienes tres hijos.

—¿Te vienes con nosotros a matar franceses, Diego?

—Llévate a todos y yo cierro, marido. Esta casa no es taberna, es de venta de vinos al menor.

—¡Viva el rey de España! —gritó Diego Sola y continuó—: ¡Vamos todos...!

—¡A las armas...! —le respondieron.

María, en cuanto desalojaron los hombres, cerró la tienda y subió al piso de arriba a la carrera, a poner orden, pues que sus hijos se peleaban como enemigos, lo que suelen hacer los hermanos.

\* \* \*

Agustina y Quimeta Zaragoza llevaban rato en la puerta de su casa viendo pasar grupos de hombres, algunos de los cuales portaban palos u hoces, e iban gritando camino del castillo de la Aljafería:

—¡Rey!

—¡Patria!

—¡Viva la Virgen del Pilar!

—¡Muerte a los franceses!

Y, la verdad, viendo lo que veían y habiendo oído el bando del Ayuntamiento, acercaron dos sillas a la ventana y estuvieron entretenidas con una conversación que mantenían a menudo. Pues que estando las dos casadas con suboficiales del ejército y echando a faltar a sus maridos, en razón de que llevaban dos meses sin saber de ellos y sin conocer el lugar donde estaba acantonado el Primer Regimiento del Real Cuerpo de Artillería, o dónde guerreaba o contra quién lo hacía, se habían puesto a hablar de ellos, de las bondades de Juan —el marido de Agustina— y de las de Manuel —el de Quimeta—. A recordar cuándo hicieron tal, cuándo fueron a tal lugar; recordar el día de sus bodas y lo espléndidos que estuvieron los banquetes, comentar que sus respectivas suegras las habían recibido bien. Y, en otro orden de cosas, pensar qué harían separadas la una de la otra cuando sus esposos ascendieran de grado y fueran destinados a otra ciudad, pero pronto se encontraron cavilando, o más bien imaginando, que el regimiento de sus maridos regresaba a Zaragoza. Y decían:

—Cuando sepamos que vienen, les prepararemos una buena olla.

—Vendrán con hambre.

—Ahuecaremos los colchones de las camas y pondremos sábanas limpias.

—Eso, Quimeta.

—Me muero de gana de quedarme encinta, Agustina. Yo llevo dos años, y nada... No sé si seré fértil...

—Anda ya, hermana, lo que pasa es que apenas has visto a tu marido.

—Tú nunca tuviste esa duda...

—Mejor tener esa duda a que se te muera el hijo, como me sucedió a mí, ay, mi pobre niño...

—No sé si coserle dos jubones al Manuel, se los llevó muy ajados, y los traerá hechos harapos. —Cambió de tema Quimeta—: El sueldo de un militar...

—A mí me lo vas a decir.

—Viviendo juntos los dos matrimonios, nos las apañamos mejor, compartimos casa y los gastos son a medias.

—Nos podemos permitir algún lujo incluso.

—Esta mañana, el refresco.

—Pero no volveremos a tener el mismo destino.

—O sí, o sí, Agustina.

—Dios lo quiera. Además, me ha venido bien dejar Barcelona, poco a poco, voy aceptando la pena...

—También necesitaría Manuel alpargatas, para cuando se quite las botas.

—Mira, Quimeta, esos hombres vuelven. Bajemos a la calle a ver qué cuentan.

Aquellos hombres vociferaban:

—¡Guillelmi, traidor!

—¡Guillelmi, afrancesado!

Y seguían su camino. Pero fue que dos de ellos repararon en las dos hermanas y, en viéndolas solas y hermosas, quisieron acercarse para galantearlas —que ya se sabe, que, por muy inoportuno que sea el momento, hay gente para todo—. Y ellas, al verlos venir con picara sonrisa en la boca y lujuria en la mirada, como eran mujeres honradas, no esperaron a que les dirigieran la palabra; se entraron en la casa a toda prisa y los dejaron plantados, con lo cual no se encontraron en un brete, pero tampoco se enteraron de lo que sucedía. Lo supieron luego. Conocieron que había muchos hombres en el puente y en los fosos del castillo clamando contra la autoridad militar y pidiendo armas, comida para cenar y alpargatas. Y, como todos, se preguntaron:

—¿Alpargatas?

—¿Para qué quieren alpargatas?

Y, como todos, no supieron qué responderse.

\* \* \*

Los dos cabildos, el de La Seo y el del Pilar, a más de curas de las parroquias, abades



de los conventos de la ciudad y el decano del Santo Oficio se reunieron, mediada la tarde, en la casa de los canones de la catedral, presididos por el señor arzobispo. Lo primero que hicieron fue comisionar al cura de San Pablo, don Santiago Sas, y al padre Boggiero, del colegio de los Escolapios, para que se presentaran en el castillo de la Aljafería a ver qué sucedía. Estos obedecieron, pidieron un par de mulas, mandaron aparejarlas y allá se dirigieron mientras los otros se disponían a esperarlos el tiempo que fuere menester. Claro que hablaron largo:

—En febrero había ya 100.000 soldados franceses en nuestra patria.

—La guerra contra ellos comenzó el 2 de mayo, jornada en la que corrió un río de sangre española por las calles de Madrid.

—En Zaragoza, se inició antes: el día en que, conocida la abdicación de don Carlos IV en su hijo don Fernando, los estudiantes de la universidad quemaron el retrato de Godoy en la calle del Coso, y lo sustituyeron por el del nuevo rey.

—Yo lo presencié.

—El hecho es que tengo noticia de que don Fernando ha solicitado a Napoleón una de sus sobrinas para desposarse con ella.

—¡Cualquier cosa! Con todos los respetos a la monarquía y a sus reverencias, don Fernando es insensato al pretender maridar con una atea, como todos los Bonaparte.

—Tal vez todo sea un malvado rumor.

—Pero ¿don Fernando, a día de hoy, es el rey de España?

—No se sabe a buen seguro.

—Pero ¿la Junta Suprema sigue existiendo?

—Tampoco se sabe.

—Mejor que no exista, estaba llena de masones y librepensadores, de gentuza que no cree en Dios...

—¿Entonces no hay datos?

—Todo es confusión.

—Hay otra Junta, de franceses y masones.

—¡Peste de Dios, los masones!

—Recemos, señores, para que el Señor tenga a bien iluminar a don Carlos y a don Fernando en este momento tan delicado.

—Y a la reina María Luisa y a su amante Godoy, que son los causantes de tanto desatino.

—Oremos, porque si el emperador consigue su propósito o pone a un familiar suyo en el trono de España, a curas y frailes, es decir, a nosotros nos llevarán a la horca, los primeros.

—De los ateos nada bueno se puede esperar.

—*Oremus...*

Y eso hicieron, rezar, pero luego les vino hambre, y pidieron refrigerio, y aún estuvieron un tiempo más esperando a Sas y a Boggiero, que se tardaban tanto, y que, mira, no regresaron aquel día, pues estuvieron ocupados hasta muy tarde en el arresto

del capitán general de Aragón que quedó preso, en el castillo de la Aljafería.

\* \* \*

En el Ayuntamiento, desde que se supo lo del 2 de mayo y lo que siguió, corregidores, regidores, diputados, administradores, depositarios, contadores, oficiales, veedores, secretarios y alcaldes de barrio venían celebrando múltiples sesiones, levantando actas y expidiendo bandos temporizadores para que la población, que andaba encorajinada por la matanza francesa en Madrid, se mantuviera en calma. Hasta que el día 24 del mismo mes, enojados hasta la sinrazón por las iniquidades que sucedían en Bayona con el reino de España, decidieron, tras larga discusión, llamar a los ciudadanos a las armas, so pena de la vida. Y eso hicieron, sin votar con habas blancas y negras, pues que estuvieron todos de acuerdo y publicaron un bando y le dieron pregón, como dicho va, después de preguntarse por vez primera:

—¿Vamos a ser nosotros, los regidores de Zaragoza, menos que el alcalde de Móstoles que hace días declaró, por su cuenta y riesgo, la guerra a don Napoleón?

Y todos los presentes, unos con poca gana, otros entusiasmados, sostuvieron que no, que los regidores de Zaragoza no iban a ser menos que aquel alcalde, como se llamare, de Móstoles, villa de la provincia de Madrid, que había declarado la guerra al emperador de los franceses. Otro tanto que iban a hacer ellos en aquel mismo instante.

—Y al que le parezca mal, que deje el sillón.

—Que abandone la prebenda.

—Que se vaya a servir a Murat.

—Que traicione a la patria delante de todos.

—Eso, que se declare afrancesado.

—¿Están de acuerdo sus mercedes?

—¿Sí?, ea, que tome nota el escribano.

Y el escribano anotó lo que le dictaban los regidores.

Luego de las tareas administrativas, los señores del Ayuntamiento fueron felicitados por los vecinos que asistieron a la sesión, que se mostraron conformes con la declaración de guerra, y platicaron con ellos, como solían hacer a diario, pues que atendían a los ciudadanos que querían decir esto o estotro, o sugerir que se hiciera tal o cual, o que no se hiciera, las más de las veces haciendo alarde de infinita paciencia. Sobre todo últimamente, cuando se personaban ciertos labradores del Rabal o de la parroquia de San Pablo, unos dichos: Jorge Ibort y otro Mariano Cerezo, los dos hombres agrestes y montaraces, incapaces de hablar con mesura, según constataba el regidor que los recibiera, y no solo él, pues que don Agustín Alcayde, el cronista de la ciudad, que acudía a todos los plenos, otro tanto decía ya en sus cuadernos, en los cuales no se limitaba a aclarar las dudas o bulos que pudieren correr por las calles,

sino que, cuando años después editó tres libros sobre los sucesos de los Sitios de Zaragoza, se permitió desdecir lo narrado arriba y, en esta ocasión, hizo autores del bando a los dos labradores.

\* \* \*

En la puerta de la Capitanía General, situada en el Coso, en la llamada casa de los Gigantes, hombres y mujeres vocearon contra la primera autoridad militar del reino de Aragón y, al no ser atendidos, la emprendieron con piedras y cascotes contra las vidrieras del edificio, para terminar, algunos de ellos, irrumpiendo en las habitaciones privadas del capitán general Guillelmi, alborotando además:

—¡A las armas!

Pues no se oía otra cosa en la ciudad del Ebro.

El general saltó de la cama en paños menores, donde tal vez estaba intentando descansar un ratico, pues dormir la siesta era poco menos que imposible con el tumulto que tenía a las puertas de su casa pero, en viendo a los hombres, no se achantó, sino que les demandó con voz autoritaria, mientras se vestía:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? ¿Qué buscan? ¿Cómo se atreven a irrumpir en mis habitaciones?

—Queremos fusiles, señor.

—Informamos a usía que el pueblo de Zaragoza se ha levantado en armas contra el ejército francés.

—Y ha declarado la guerra a Bonaparte.

—¿Con qué derecho? ¿A quién representan ustedes?

—Al pueblo, mi general.

—Deben ustedes tranquilizarse, los franceses no están en contra de los españoles...

—Le recordamos a usía la matanza del 2 de mayo.

—Desconocen ustedes lo que sucedió, solo conocen una parte, y se agarran a ella. El pueblo de Madrid atacó a los franceses y los otros se defendieron y luego hubieron de acallar la revuelta para volver al orden.

—¿Fusilando a la gente y cargando a caballo contra la vecindad?

—El pueblo también se equivoca, lo que es menester es que no se equivoque el pueblo de Zaragoza. El infante Antonio Pascual, antes de salir para la Francia, remitió cartas a todos los capitanes generales con órdenes de que no se repitiera otra sublevación. Yo, como capitán general de este reino desde hace más de treinta años, obedezco, como siempre he hecho y como siempre haré.

—Queremos armas, señor.

—No hay armas en esta ciudad.

—Los almacenes del castillo están llenos de fusiles y cañones.

—¡Falso! ¡Solo hay dos compañías de fusileros! ¡Aquí están sus comandantes,

que hablen ellos...!

—¡Ténganse los ciudadanos!

—¡Cálmense! Es cierto, apenas hay armas.

—¿Lo han oído los ciudadanos? —preguntó Guillelmi siguiendo con el usted, pese a que sus interlocutores eran gente del común, con ironía en la voz y usando el lenguaje de los revolucionarios franceses.

—Los ciudadanos quieren verlo, quieren comprobar lo que se guarda en el castillo.

—¿Cómo te llamas tú, el que osa gritar contra el representante del rey de España?

—Me llamo Carlos González, soy practicante y vivo en la calle del Limón —contestó el interpelado con arrogancia.

—¿Y qué haces con una escarapela roja en el sombrero, la revolución contra los tiranos? Pues, ya tienes el primer inocente a asesinar, a mí, al capitán general de Aragón, don Jorge Juan Guillelmi...

—Esta escarapela indica que el pueblo zaragozano ha declarado la guerra a Bonaparte.

—Esto es una revolución, señores —sostuvo el general, dirigiéndose a los comandantes y levantando los brazos, impotente.

—Contemporicemos, señor, el pueblo airado es peligroso.

—Vayamos con ellos al castillo, verán que no hay armas y volverán a sus casas. No provoquemos derramamiento de sangre.

—Los que provocan son ellos. No obstante, vamos.

Y fueron.

\* \* \*

Al caer la noche, los vecinos habían sacado sillas a la calle, para tomar la fresca, pues que, aunque la tormenta había pasado sin descargar los rayos y truenos que presagiaban los negros nubarrones, habían padecido una jornada asaz calurosa, propia de la canícula, y asaz particular, pues ni los más viejos recordaban que se hubiera declarado guerra alguna por aquellas latitudes. Claro que es posible que sí, y que hasta la declaración se hubiera hecho en el mismo lugar y de la misma forma, dado que la guerra parece ser, para desdicha de todos, consustancial al género humano.

Así las cosas y con lo que se viene contando, en las calles había más mujeres que hombres, pues que estos, primero, estuvieron pidiendo armas en el castillo, luego comida, después alpargatas —no se supo por qué solicitaron alpargatas, quizá por pedir alguna cosa más—, y más tarde en el Coso, en la casa de los Gigantes, de donde salieron con el capitán general para revisar las armas de los depósitos de la Aljafería, donde, por fin, lo arrestaron, lo despojaron de sus cargos, honores y charreteras, y lo encerraron en una celda para entregar el mando de la fortaleza a don Mariano Cerezo que se apresuró a llenar varios carros de armas para repartirlos a los alcaldes de

barrio, para que su vez los distribuyeran entre los vecinos.

Y llegaba uno de los sublevados con el fusil en la mano a la puerta de Sancho, donde Casta Álvarez platicaba con la vecindad, y les decía a los que allí estaban que el traidor de Guillelmi había pretendido esconder a lo menos cinco mil fusiles.

U otro, en la puerta Quemada, también con el fusil en la mano, sostenía que había en el castillo mucha artillería, y lo escuchaba Manuela Sancho y le acercaba el botijo para que se aliviara la sed.

Otro, se presentaba en el corrillo de la fuente del Portillo en el que estaban Agustina y Quimeta, pedía agua y silla, y preguntaba si conocían algún francés que viviera por aquel barrio para matarlo, a la par que apuntaba con su fusil a las ventanas de las casas, contra gabachos imaginarios.

Muchos otros, en la casa de vinos de Diego Sola y María Lostal que, a la vista del negocio, no habían cerrado la tienda y llenaban los mismos botos y botellas que por la tarde, eso sí, mientras sus dueños les enseñaban las escopetas y, ante el espanto de la buena mujer, consentían en colgárselas al hombro.

Otros, dos labradores acomodados, antes de ir a sus casas, se llegaron al Rabal para satisfacer sus urgencias de varón con Matilda López y su pupila, Marica, y ambos dejaron los fusiles al pie de la cama, para que no les estorbasen en la coyunda.

Quizá la última persona, que se metió en la cama aquella noche, fue don Faustino Casamayor, alguacil de corte, pues cuando cantaban los gallos y sonaba el reloj de La Seo anunciando las cuatro de la madrugada, dejó de recorrer las calles y de entrar en las tabernas, de quedarse un rato, mejor si lo invitaban, de hablar con este o con aquel, y se recogió en su casa de la calle de don Juan de Aragón, listo para escribir un diario sobre lo que había visto y oído en tan larga jornada, pero le venció el sueño, y lo dejó para el día siguiente.

Pero no, no, que muchas autoridades pasaron aquella noche en blanco, dado que la ciudad de Zaragoza había sido un hervidero.

## Capítulo

# 2

A mediodía, Marica dormía como un tronco y no atendía a los llamados de Matilda. Como un ángel, hubiera dicho la meretriz de no dedicarse ambas a lo que se dedicaban, al subir al cuarto de la moza, dispuesta a zarandearla y a abrir los ventanos para que se despertara, pues la comida ya estaba a punto: un buen guisote de garbanzos con abundante chorizo y tocino. Y a gusto la hubiera meneado, pero se encontró con una picaraza, posada en la baranda del balcón de su habitación, situada pared con pared, que, mira, no se espantó con el ruido ni con el movimiento, hecho este que le llamó la atención.

Mientras Marica se lavaba la cara y los brazos en una aljofaina, Matilda le hizo la cama. Al terminar, volvió a asomarse al balcón y vio que el bicho continuaba en el mismo lugar. Le gritó: Uh, uh, tratando de espantarlo, en vano, porque el ave, aunque aleteó un par de veces, siguió en el mismo sitio. Sin darle importancia, volvió a sus tareas, avivó la lumbre para calentar el puchero, puso dos cucharas de palo y dos vasos en la mesa que tenía bajo el emparrado, porque hacía un día precioso, muy apto para comer al aire libre, y ya llamó a su pupila para que trajera una jarra de vino, pero la moza debía estar en la letrina porque se tardaba. Así que hubo de levantarse ella a por vino y aún tuvo tiempo para llegarse al pozo a sacar agua fresca y a la cocina, otra vez, a buscar el caldero, hasta que, sin esperar más, cogió la cuchara, la metió en el puchero y empezó a comer con apetito.

Cuando su pupila se sentó a la mesa, Matilda casi había terminado con media olla. Marica alabó el guiso, pues que no era para menos, lo rico que estaba el chorizo, lo bien cocidos que estaban los garbanzos y, cuando iba a comentar lo suave y jugoso que estaba el tocino, la interrumpió Matilda, para contarle lo de la picaraza y señalársela con el dedo, pues que seguía en el balcón. Tal corroboró la moza, tras salir del emparrado para verla, a la par que se santiguaba por si el negro animal traía consigo algún espanto.

Pero no, no. La picaraza no traía nada ni malo ni bueno. A media tarde, viendo las dos mujeres que no se había movido y sintiendo que apretaba más la calor, le llevaron un cuenco con agua y, a la noche, pan mojado. Como no tuvieron clientes aquel día, se adujeron que, al menos, habían estado entretenidas con el ave; e incluso le dijeron adiós con la mano al irse a la cama y cerrar los ventanos del balcón, constatando de nuevo que el movimiento no le inmutaba y cierto que esta vez con más motivo, pues que estaría dormida.

\* \* \*

Casta Álvarez, la de la calle de Predicadores, se levantó antes que el sol. Se lavó manos y cara en una aljofaina, y llamó a su pequeño hijo, a Pablos, que era monaguillo en el Pilar y a diario lo acompañaba para que cantara en misa de Infantes. El caso es que aquella mañana se lamentó de tener que llevarlo, porque tenía carraspera de garganta, seguramente por haber tenido calor en la cama y haberse retirado el cobertor, a ver, con el bochorno del día de ayer, a ver. No obstante, llenó dos cuencos con vino, echó pan duro, y madre e hijo se desayunaron y salieron a toda prisa.

Pues que la buena mujer quería entrar en la iglesia de San Pablo, a rezar ante la imagen de San Blas, el abogado de la garganta, para que le quitara la carraspera cuanto antes, no fuera a devenir en afonía y en fiebre alta que le impidiera acompañar al niño. Porque era necesario que Pablos continuara de monescillo, de infantico del Pilar, pues que los canonjes, además de alabar su buena voz y darle comida a diario, le proporcionaban escuela gratis por cantar en la escolanía, lo que le permitiría, cuando fuera hombre, encontrar un buen empleo. A más que los devotos de la Virgen le daban propinillas por presentar a los recién nacidos o a los comulgantes ante la Señora. Y con esa industria se evitaba gastos, como el almuerzo del chiquillo, y ella, que era viuda, en razón de que su marido había fallecido dos años ha, podía dedicarse a hacer mandados con más tranquilidad, al tener al crío vigilado. E iba un día a las Fecetas y otro al hospital, y las monjas, como conocían su apurada situación, igual de mala que la de cualquier viuda de jornalero, le daban alguna cosa, y alguna vez, más que alguna cosa, como el día anterior en el cual la superiora de las Fecetas le había regalado dos reales, con los que había podido comprar un buen trozo de tocino entreverado y, ay, Jesús, beberse un vaso de zarzaparrilla.

Y eso hizo, entrar en San Pablo, rezar un paternóster a San Blas y dejar al niño en el Pilar tras darle un cachete, porque la criatura se había pasado todo el camino diciéndole que no quería ser infantico, que quería ser soldado y hacer la guerra contra los franceses, contra quien amenazara a la patria.

Pese a todo, antes de las siete, la dueña pudo presentarse ante la madre Rafols que la empleó en coser vendas.

\* \* \*

Agustina y Quimeta, después de desayunarse, barrieron un poco la casa, pasaron una gamuza por los muebles, arrojaron a la calle el contenido de los orinales y, como estaban de limpieza, decidieron hacer la colada. Por eso quitaron las cobijas de sus camas y las echaron en un cesto. Cogieron la tabla de lavar y el tajo de jabón; un

trozo de queso de la fresquera, media hogaza de pan, envolvieron los comestibles en un paño limpio y se encaminaron al lavadero de la acequia del Portillo.

Como siempre, estaba aquello muy animado. Lleno de mujeres, la mayoría de las cuales lavaban la ropa de su casa, y otras la de casa ajena, y otras sus propios vajillos, tanto que era difícil encontrar un hueco entre las piedras.

Así que hubieron de esperar. Cuando consiguieron acceder al agua, ya se habían personado por allí, pidiendo limosna, el tullido de turno, el pobre de las pústulas, mujeres que vendían escapularios o estampas de la Virgen del Pilar, y otras que ofrecían frutas, rosquillas, tortas o laminas y, también, una adivina que aseguraba leer el futuro en las rayas de la mano. A gusto le hubieran prestado la mano las dos hermanas a esta última, para que las enterara del paradero de sus maridos, pero se habían quedado sin un maravedí, pues que la presencia de Tomás, el tonto, les había llamado a compasión, les había revuelto el corazón y se habían gastado todo lo que llevaban en comprarle dos tortas de manteca.

Enseguida, supieron que el rapaz era asiduo del lugar, pero es que era un dechado de imperfección y daba mucha pena. Pues que, al llevar la boca abierta, babeaba, una baba espesa, espesa, y blanquecina, como la de los perros viejos; a más, que no hablaba, que emitía sonidos entre guturales y chillones, difíciles de describir que hasta causaban miedo; se movía con extrema brusquedad, pues —a la vista estaba— no controlaba sus movimientos y, a más, a más, renqueaba al andar y, por si fuera poco, de tanto en tanto se trompicaba y se caía al suelo, y la buena gente había de levantarlo. Y aún alimentarlo, pues que vivía en la calle. Y, aunque muchas personas habían intentado recogerlo en la casa de Misericordia para que estuviera atendido y comiera caliente, siempre se había escapado del hospicio, tanto es así que hasta la madre Rafols y la condesa de Bureta, que eran dos abanderadas de la caridad, o los canonjes o los curas de las parroquias, que también lo eran, habían desistido de encerrarlo y consentían que el pobre chico campara a sus anchas, en razón de que no podían con él y en virtud de que no hacía mal a nadie. Y eso, que en viéndolo, las dos catalanas le habían comprado dos tortas de manteca y se habían quedado sin un ochavo, otro tanto que les había sucedido a varias zaragozanas, que le habían dado de lo que traían para almorzar, una, un trozo de abadejo, otra, un zoquete de pan, otra, unos higos secos; u otras le habían comprado algún lamín. A ver, que producía el rapaz inmensa pena. Y eso, que las del lavadero le daban y le daban, y él se atiborraba, como ya había hecho su madre, pues era hijo de madre tonta también y posiblemente, según comentaban entre sí las lavanderas, de mil padres.

Las dos hermanas se turnaron con el lavado, enjabonando, frotando y aclarando, sin prestar atención a los piquetes de ciudadanos armados que hacían ronda por allí, pero anduvieron con el oído atento. Más, a lo del pobre chico y su desdichada madre, que a lo que se oía de la declaración de guerra contra los franceses, que había tenido lugar el día anterior, como sabido es, o a las quejas de la Fulana o la Mengana que refunfuñaban porque las ropas que lavaban, tenían cagadas de pulga y habían de



frotar más para quitarlas. Si tal hicieron, si tanto le dieron al Tomás, fue quizá porque eran mujeres casadas y, de un tiempo acá, estaban deseando, la una volver a ser madre y la otra serlo por vez primera y, claro, se les helaba la sangre al contemplar a aquella criatura que, ay, Señor, era un dechado de imperfecciones, un engendro de la naturaleza, cuya sola vista les había causado escalofríos.

\* \* \*

Manuela Sancho, la de puerta Quemada, acompañó a su madre a ver los dos trigales que tenían más allá de Miraflores. Fue de mala gana, porque le hubiera gustado ir al mercado y pasar por la calle de San Pedro para ver si Francho había acudido al llamado del Ayuntamiento, o de quien fuere, y había cogido el fusil. En su fuero interno entendía que, al quedarse su madre viuda y ella ser la mayor de cuatro hermanos con mucha diferencia de edad, eran ambas las que habían de ocuparse de los campos, no las fuera a engañar el mediero, que era lo que solían hacer los medieros con las viudas y huérfanas en toda la tierra de Dios.

Y eso, que iban a ver si había ya encañado el trigo y si había amarilleado, para calcular cuántas fanegas les corresponderían una vez recogida la cosecha, y para constatar si, el dicho mediero, había sembrado trigo candeal, como les había prometido, porque a la hora de vender no era lo mismo que el cereal diera harina blanca y poco salvado, que al revés. Para ello, para ver lo que había, como los campos estaban lejos y el recorrido de ida y vuelta les llevaría toda la jornada, se llevaron una tartera con un guiso de patatas y carne de cordero y sendas calabazas con una pinta de vino cada una, y salieron de su casa.

Antes de pasar la puerta Quemada, Manuela se colocó el rodete que traía en la cabeza y, encima, la tartera, y fue que, como andaba tan tiesa y tenía tan buen aire, los hombres que estaban allí con las escopetas al hombro, la miraron y hasta le silbaron.

Madre e hija atravesaron el puente de la Huerba, dejaron a la izquierda el convento de San José y a la derecha los lavaderos y, a poco, abandonaron el camino real y se internaron por veredas. Por veredas, que pronto se tornaron en trochas, en vericuetos, pues que no todo eran trigales por allá, y es que andaban por una espesa fronda de cañaverales y juncales tan altos que, a momentos, cualquiera podía perder la orientación.

Pero ellas no, que ambas sabían muy bien a dónde iban. Iban a los campos que habían sido de sus tatarabuelos y bisabuelos, a hacer lo mismo que habían hecho sus antepasados, a revisar la cosecha. A ratos, rezando para que no se agostara, pues, como es conocido, estaba haciendo en la ciudad y alrededores una calor inapropiada. A ratos, volviendo a rezar para que no llegara la helada de súbito, porque en Zaragoza, ya se sabe, el clima es extremo, empieza a soplar el cierzo y se pasa del calor al frío por un tris. A ratos, la madre preguntando a la hija por el zapatero, por Francho, su

pretendiente, intentando aclarar si el mozo era pretendiente o no lo era, si le había dicho alguna cosa y hasta si tenía buenas intenciones y planes de boda. Aconsejando a la moza, porque con los hombres ya se sabe, que no se dejara llevar a ningún pajar ni a la orilla del río ni por la ronda de la muralla, por ninguna parte, en fin, donde anduviera poca gente, porque los hombres tienen la mano muy larga, y no solo la mano. Tal decía aquella dueña a la única hija que había parido, pues que el resto de sus hijos, cuatro, eran hombres.

La hija enrojecía, a la par que rogaba a su progenitora, no le preguntara esas cosas. No obstante, le explicaba que lo de Francho apenas había empezado, que no había hablado con él, que solo habían cruzado miradas, miradas rápidas por otra parte, no la fuera a tomar por lo que no era, pues los hombres ya se sabe, les mira una mujer y ya se creen con derechos.

Y, aunque sofocada por el esfuerzo y la calor, la madre decía de pagar a una alcahueta que fuera a hablar con los padres de Francho, a ver qué pensaban de un posible matrimonio con Manuela. Y, vaya, que ya sabía de la familia del mozo, del zapatero y su mujer, del padre que hacía zapatos para los nobles y gentes pudientes en un buen comercio de la calle de San Pedro, aunque había empezado de remendón, y que ganaba muy buenos dineros al año, y de la mujer que se ocupaba de su casa con dedicación. Y de Francho tenía oído que no era borrachín ni putero ni jurador, sino un buen chico, que, Dios mediante, sería un buen marido.

La moza callaba, ya fuera porque también le agobiaba la abrasante temperatura o porque la abrumaba su madre, al querer saber tantas cosas. Entonces, la madre continuaba con que ella, Manuela, era un buen partido, pues, a su muerte, heredaría la quinta parte de los dos trigales de Zaragoza y de todos los de Plenas —su lugar de origen—, de la casa de la puerta Quemada, de los cien duros de vales reales, emitidos por el Banco de San Carlos, y las veintidós onzas peluconas que guardaba en la olla, en la ollica de barro que tenía enterrada en el corral debajo de la higuera, por el lado donde se pone el sol, enteras para ella para que fuera bien dotada al matrimonio.

Y sí, sí, claro que Manuela sabía lo de la olla y lo demás.

E iba a decir la madre que cuando cobrara la cosecha le compraría un par de mantas de lana albardilla y que ella misma tejería un par de juegos de sábanas, que llevaría a bordar a las Mónicas, para completarle el ajuar, pero no lo dijo. Pues que, al dejar atrás los cañaverales y salir a un claro, ambas vieron venir a un hombre a lo lejos. Se asustaron, pues que estaban solas por aquellos parajes, pero observaron cómo les hacía señas, y dedujeron que era el tío Andrés, el dueño de varios campos linderos a los suyos, que también andaba por allá recorriendo su hacienda.

El tío Andrés llevaba el fusil al hombro, como todos, o casi todos, los hombres de Zaragoza, pues no en vano la ciudad, puestos de acuerdo sus moradores, había declarado la guerra al emperador de los franceses. Tras los saludos, como era la hora de almorzar, decidieron compartir lo que llevaban. El hombre alabó el cordero de las Sancho, y ellas el conejo, guisado con tomate y pimiento, del otro. Y, a poco, se

levantó Manuela y fuese lejos, quizá a aliviarse, y fue que Andrés aprovechó el momento para hablar a la viuda de su hijo mayor, Manuel, que buscaba esposa, e hizo una gracia con los nombres de Manuela y Manuel. Le dijo que era mozo de prendas y temeroso de Dios, y el primero, si no el primero, el segundo, que se había personado en la Aljafería para luchar contra los gabachos invasores y, cuando ya volvía la moza, terminaba diciendo en voz baja a su interlocutora que tenía tantos y cuantos campos en los que sembraba trigo o alfalce, a más de varios olivares, situados más allá de donde estaban, y una buena cantidad en vales del Banco de San Carlos, para dividir entre los dos hijos que tenía, a su fallecimiento y al de su esposa, y que se lo decía por Manuela.

Luego fueron los tres a ver los campos de las Sancho, y el labrador les anunció que la cosecha, si no se torcía, había de ser espléndida. Y ya regresaron, ellas a la ciudad, él a su casa. La viuda albriciada, porque mejor partido para Manuela era el hijo del tío Andrés, que el zapatero. El labrador también contento, pues que su proposición había sido bien recibida por la dueña, a la vista estaba, pues tenía cara de pascuas, y la moza, sin saber nada de lo que tramaban los mayores, aliviada también, porque ansiaba saber qué era de Francho.

Cuando pasaron la Huerba, a sonaba la llamada «campana de los perdidos» en la iglesia de San Miguel, para avisar del cierre de la puerta Quemada y guiar a los que pudieren andar desorientados extramuros.

\* \* \*

Las 10 serían, cuando la condesa de Bureta abrió los ojos y se encontró con su hija María de los Dolores y con Teresa, su mayordoma, al pie de su cama. La primera portando un aguamanil y la segunda con la bandeja del desayuno. Les sonrió naturalmente, porque la pequeña había cumplido recientemente cuatro años y era la luz de sus ojos y la criada sus manos y hasta su cabeza, pues que gobernaba la casa, más desde que enviudara y, como si le adivinara el pensamiento, repartía las tareas entre los criados, teniéndole todo a punto y a la perfección.

Se sentó en la cama, se lavó las manos y la cara, se secó con un lienzo, y ayudó a acomodar la bandeja. Ella misma se sirvió café con leche, untó con mantequilla un bollo suizo, le añadió mermelada de melocotón, y repitió con otro bollo más. Le ofreció a su hija, que rechazó el convite, porque ya se había desayunado lo suyo, y le preguntó por su hermano, por el pequeño Mariano de los Dolores, el mayor de sus hijos y del fallecido don Juan Crisóstomo, conde de Bureta, y heredero del título que, si no estaba sentado en la cama de su madre era porque andaba en la biblioteca atendiendo las lecciones de su preceptor.

Y, terminado aquel espléndido desayuno a la francesa, en el dormitorio se vivió uno de los momentos más esperados del día: el momento de decidir qué vestido se pondría la señora. La condesa y la mayordoma disfrutaban contemplando cómo

María de los Dolores iba y venía del dormitorio al vestidor y traía un traje rosa, otro azul pálido, uno verde manzana o uno verde pino, y su madre elegía. E iba por un aderezo y se volvía para cambiarlo por otro, siempre entusiasmada por trajinar en los armarios de su progenitora. Y más que entusiasmada, cuando se le permitía calzar los zapatos de su madre y que anduviera con ellos por la habitación o con un bolso de persona mayor. Y la criatura llegaba al delirio cuando su madre le pedía el cofrecillo de los afeites y solicitaba que le acercara tal pomo o tal otro o le consultaba sobre qué perfume se ponía, o le dejaba que le frotara la espalda con esencia de rosas o le consentía que le embadurnara la cara con crema de algarrobo para tratar de paliar las arrugas del rostro, o le consentía que le pintara los labios con cacao encarnado y hasta que le diera un poco de rojete en las mejillas y, a veces, que se pintara ella también.

Para cuando terminaban eran las 11 largas, y a menudo habían de correr para llegar a punto a misa de 12, a San Felipe. En esta iglesia había fundado una capellanía la casa de Bureta, de antiguo y, en consecuencia, tenía capellán que les celebraba misa ex profeso y, como iban ellas, estaba siempre muy concurrida. Y, a la salida, tras dar limosna al lisiado que estaba fijo en la puerta, y a los dos o tres que se presentaban al verlas, o a Tomás, el tonto, que rondaba por allí, la madre platicaba con amistades o comerciantes y la hija respondía a lo que le preguntaban aquellas personas. Pero, últimamente, sucedía lo mejor que podía ocurrir: que iba a buscarlas con su carroza el barón de Valdeolivos, don Pedro María Ric, y las llevaba a dar un paseo hasta la Huerta de Santa Engracia o al Jardín Botánico. E iban y volvían al mundo los tres sonriendo.

Y esto era lo que solían hacer madre e hija antes de comer, pero el 25 de mayo, el día después de que el pueblo de Zaragoza declarase la guerra al francés, y a saber si a aquella hora se había sumado todo el pueblo aragonés, no lo hicieron, porque la señora recordó la recomendación que, en su salón y ante una taza de chocolate, le habían hecho varios de sus amigos, y se entró en su biblioteca a ver qué había. A ver si tenía libros prohibidos. Besó a su hijo, un muchachito de diez años bien parecido, que estaba haciendo las tareas que le había mandado el preceptor y se puso a buscar. Cuando dio con los treinta y nueve tomos de la *Enciclopedia* francesa, se preguntó en voz alta dónde podría esconderla y, cuando su hijo le preguntó el porqué de semejante aserto, le explicó que había libros que se tenían, pero que no se debían leer y hasta otros que estaba terminantemente prohibido leer, so pena de cometer pecado mortal. El niño no hizo comentarios, porque los niños no preguntan, demostrando que estaba recibiendo y asimilando perfecta educación.

\* \* \*

María Agustín, la de la calle de la Paja, fue de buena mañana a la fuente de la plaza del Portillo a buscar agua. En el camino, se cruzó con varias partidas de gente armada, pues que soldados no eran, dado que no llevaban guerreras y algunos hasta

iban descalzos. Iban del castillo a la casa de los Gigantes o a la inversa, y no le extrañó aquella falta de uniformes pues que habría que organizar la guerra, tal se adujo pues, aunque era moza, era asaz despabilada. Pasó por la vinatería de Diego Sola, se detuvo y miró dentro por si estaba allí una de las mujeres que se habían reunido al mismo tiempo bajo el toldo de la señora Paca, pues que la tenía vista y creía que era la dueña del establecimiento, pero no, no estaba, así que siguió adelante y llenó el cántaro en la fuente.

Fue y volvió a su casa por tres veces. Cuando iba a regresar por cuarta vez, la llamaron unas mujeres que cosían, sentadas en sus sillas, formando un corro. Le entregaron una bota, la invitaron a un trago, le señalaron asiento y, de inmediato, le preguntaron de qué casa era. Ella respondió que había sido hija de un aparcerero del tío Jorge, un labrador rico que tenía torre y tierras en el Rabal, y no tuvo que explicar más, pues que todas sabían quién era el dicho Jorge, pero, como era parlanchina, continuó que era huérfana también de madre, y que vivía sola, y que era costurera. Mala suerte, mala suerte repetían las otras o sentenciaban que todo lo bueno se lo lleva Dios, y le palmeaban la espalda. Y ya fuera porque la moza les llamaba a pena, se sacaban de las faltriqueras lo que llevaban y le ofrecían un puñado de almendras o un pedazo de torta, lo que le vino bien pues no había desayunado, a más que lo fue mojando todo con el jugo de Noé.

Y allí se hubiera quedado por mucho tiempo para que unas desconocidas hicieran un poco de madres con ella, un ratico en que fuere recibiendo en vez de dando. Pues que echaba a faltar a su madre, tanto que la había querido, tan querida que se había sentido. Pero se la llevaron, Dios lo quiso, dos meses ha, las viruelas.

Por seguir dándole alguna cosa, aquellas mujeres le dieron aguja e hilo para que les ayudara a coser escarapelas, y a tal se dispuso la joven, sentadica en una silla de enea, pues que tanto ir y tornar sobre todo con el cántaro lleno para vaciarlo en la tinaja, a más de subir a la buhardilla de su casa, bien que se había ganado un pequeño descanso. Se prendió la aguja en el vestido a la altura del pecho, como hacen las costureras, cogió la tela roja que le daban, ya cortada a medida, observó cómo la fruncían las demás, pidió un dedal y, a poco, ganaba a coser a todas.

El caso es que, en viendo aquella rapidez y lo curioso que cosía aquella María, qué curioso, cosía con maestría, como si fuera costurera profesional, una de ellas le propuso que le cosiera dos sayas, otra, dos camisas de dormir, otra, dos jubones, pero la moza, que había estado contenta en aquel corro, de súbito, se retrajo, vaya su merced a saber por qué, y ni respondía ni levantaba la cabeza de la tela. Terminaba una escarapela y cogía otra, como si le hubiera entrado algún frenesí por coser más y más escarapelas, y más parecía que no les prestaba atención, talmente como si estuviera de cuerpo presente y con el alma ausente, pero no era eso, no, era que tenía el cuerpo demasiado presente. Era que, como estaba en edad fértil, había empezado a sentir lo que nota cualquier mujer cada veintiocho días, más o menos, que le estaba bajando la «enfermedad» y, por esas vergüenzas que, de repente, le viene a la

juventud, o porque ella, María, era excesivamente pudorosa, no se atrevía ni a cantearse, no llevara ya la saya manchada. Por su timidez, hubo de hacer acopio de valor para levantarse, despedirse e irse, mientras las mujeres se hacían muecas entre ellas, extrañadas del comportamiento de la moza, pero, como la que más, la que menos, tenía una, dos o tres o más hijos, y ya sabía cómo eran los hijos, no le dieron importancia y siguieron con las escarapelas.

María estuvo sin salir de su casa siete días, hasta que se le terminó la «enfermedad». Entonces se quitó la camisa, la lavó, la metió en lejía, la puso a tender, y se aseó ella también.

La otra María, la Lostal, que en el día de anterior pretendió visitar a su hermana, aunque no lo hizo porque se detuvo en el puestecico de la señora Paca y porque pasó lo que pasó, dejó su casa con la misma intención llevando un cesto en la mano, y a su marido solo en la tienda para servir a la mucha parroquia a la que la guerra parecía haberle incrementado la sed de vino.

Anduvo ligera, atravesó la ciudad del Portillo al Rabal, mal se santiguó al pasar por la puerta del Pilar, cruzó el puente del Ebro y siquiera se detuvo un momento para ver las barcazas que surcaban el río. Se presentó en casa de su hermana, llamó a aldaba y hubo de esperar un buen rato, como siempre. Para ver lo mismo de siempre: a su hermana en camisa de dormir, sucia la camisa, sucia ella y desgredada, por más señas. Para entrar y oler lo de siempre, una peste, cada semana peor, si cabe. Abrió las ventanas de par en par. Miró en derredor y contempló basura y detritus por doquiera. Subió al piso y comprobó si todavía alentaba su cuñado. Para, finalmente, remangarse y empezar a limpiar, que a eso iba la señora María a casa de su hermana, a limpiar.

Y tal hizo, ponerse el mandil, remangarse y empezar con la escoba a barrer, con el paño a quitar el polvo, aprisa, aprisa además, para que no le regañara Diego al volver. Y mientras trajinaba hablaba y hablaba con su hermana, le preguntaba tal o cual, y esta la miraba sin responderle. A ver, que tres años ya con el marido postrado en el lecho, saliendo de casa solo a comprar comida, y el resto del tiempo metida en la cama con él para darle calor, son cosas para desquiciar. No había venido a regañar a su hermana, que ya le había renegado suficiente y hasta gritado para que le oyeran las vecinas y se avergonzara. Venía una vez a la semana, a ver cómo estaba; a limpiarle un poco la casa, dos, tres horas, lo que podía, pues que tenía que ayudar a Diego en la tienda y una casa y tres hijos por atender; a cambiarle las sábanas de la cama y, cuando era menester, incluso a vaciarle el orinal. A veces a traerle una manta nueva y tirar la vieja, a veces a comprarle algún alimento que no se pudriera. Siempre, ay, con el temor de encontrarse a su cuñado muerto, con el terror de que su hermana no le abriera la puerta por estar muerta también. Que más parecía un esqueleto, tal se dijo, cuando le quitó la camisa de dormir y le puso otra limpia que traía en el cesto, lo último que hizo aquel día en aquella casa. Y dejarle una tartera con comida, y decirle adiós sin mirarla a los ojos.

\* \* \*

En el hospital, no quedó un palmo en el piso bajo ni en el alto ni en las bodegas, que no revisara con sus propios ojos la madre María Rafols. Los trabajadores se quejaban de tanto trabajo. Las monjas no se lamentaban porque hacían lo que hacían por el amor de Dios, pero, a momentos, no podían con su alma. Y es que, a más de hacer inventario, ya que estaban en faena, la superiora dijo de hacer limpieza general, lo que tenía su lógica ciertamente, pues si habían de vaciar los armarios para contar el menaje de cama y mesa, otro tanto que las medicinas, apósitos y material quirúrgico para poder hacer frente mejor a lo que se esperaba, de paso, era acertado dar un limpión. Y ya que estaban en la tarea, varear los colchones para acabar con las chinches y las pulgas antes de la llegada del verano, con lo cual fue menester mover a los enfermos y algunos ayudaron lo poco que pudieron.

Por semejante trajín, las doce monjas, las doce Hermanas de la Caridad de Santa Ana, que se habían venido de Barcelona con la madre Rafols, la cofundadora de la Orden, al Hospital de Nuestra Señora de Gracia, dejando el siglo sin que les doliera, para servir al Señor Jesucristo en los enfermos pues que también son hijos de Dios, terminaron la jornada anterior más que agotadas y madrugaron mucho para continuar, pese a que era día festivo, nada menos que la Ascensión del Señor. Y ninguna de ellas, hay que decirlo en su loor, había desmerecido ante aquella mujer que más parecía llevar dentro el movimiento continuo, pese a que los médicos del centro aseguraban con vehemencia que no existía el tal movimiento, que el movimiento se creaba mediante algún impulso.

Así las cosas, todas se albriciaron cuando la superiora, después de almorzar, les ordenó que hicieran un alto en las faenas para ir a recibir al general Palafox, pues que habían ido unas gentes a buscarlo a la torre de la Alfranca, al parecer, y se le esperaba para que tomara el mando militar y organizara la guerra contra los franceses.

\* \* \*

En el ínterin, las autoridades de la ciudad no habían estado inactivas, precisamente. El general Mori, después de la destitución y apresamiento del capitán general Guillelmi, había tomado el mando de la plaza, impidiendo que su superior estableciera contacto con regidores y magistrados, hasta que este presentó la renuncia a su cargo. Y ya pudo emplearse en poner en uso la artillería del castillo.

Para entonces, los mandos civiles ya habían elaborado un plan para armar a los hombres, ocupar los fondos públicos, interceptar los correos que pudieren entrar y salir de la población, enviar comisionados a los pueblos y ciudades vecinas para que se sumaran al levantamiento, y habían creado una Junta que ejecutara lo antedicho. Pero ya podían pretender las autoridades esto o estotro, que quien mandaba en

Zaragoza era el pueblo, pues piquetes armados custodiaban las puertas de la ciudad o el acceso a la Aljafería, o hacían ronda por las calles o asistían a los alcaldes de barrio en lo que fuere menester. Se juntaban las gentes, ante tal edificio o tal otro, y clamaban porque querían un capitán general que los condujera, victoriosos, en la guerra que habían declarado a los franceses, y en todos los lugares gritaban el nombre de Palafox, avisando que no obedecerían a ningún otro.

Visto lo que había, se reunieron en la casa de la Audiencia, en la plaza de La Seo, los regidores, magistrados de los tribunales, militares de distinto empleo y graduación, canónigos, etcétera, y azuzados por el pueblo, que había entrado en la sala y ocupaba, voceando, hasta la calle, convinieron en llamar a Palafox y ofrecerle el cargo de capitán general, previa renuncia del general Mori que estaba presente.

Así las cosas, el llamado tío Jorge no esperó orden alguna, tras echar un bocado de lo que le llevaban las buenas gentes, partiéndose a media mañana con su tropa a la torre de la Alfranca en busca de Palafox.

Aquella noticia corrió como un reguero de pólvora, de tal manera que, a poco, ya había gente en el puente del Ebro y en la puerta del Ángel. Como el personal hubo de esperar mucho rato, los rumores se dispararon. Se comentó que don José de Palafox y Melci estaba convaleciente, pues que había sido herido en Bayona cuando acompañó al rey a aquella ciudad, por un francés bravucón; que había bebido malas aguas en algún lugar del camino; que se recuperaba del disgusto que le habían proporcionado los reyes —por renunciar el padre en el hijo, el hijo en el padre y el padre y el hijo en el demonio de Napoleón, que, a su vez, había ofrecido el trono de España a su hermano Luis, a la sazón rey de Holanda y, como lo había rechazado, a su otro hermano, a José, a la sazón rey de Nápoles, según noticias que publicaba la *Gaceta de Madrid* del pasado día 20—, y se habló largo de que los reyes habían cometido un contradiós, un nuevo desatino, un nuevo desafuero, maldita sea, y hasta llegó a decirse que el dicho Jorge había salido de la ciudad dispuesto a volver con el brigadier Palafox vivo o muerto.

Y eso que fueron todos los habitantes para ver al vivo o al muerto, como regresare, excepto los que no se podían mover y los que hacían guardia en algún cuartel.

Las hermanas Zaragoza se echaron una manteleta por los hombros, pues había refrescado, fueron a misa a la iglesia del Portillo, dado que era día de fiesta, hicieron las labores de su casa y, tras almorzar, se sumaron a la multitud, para recoger, como quien dice, a María Lostal que, con su marido y sus tres hijos, se dirigía al mismo lugar, en razón de que, como en la tienda no entraba un alma, le dijo a Diego de cerrarla por aquella tarde e ir todos a recibir a Palafox, con los niños, a los que les limpió los mocos y les lavó la cara, y salir en el exacto momento en que las catalanas pasaban por su puerta; y fue que se reconocieron las tres, y que las hermanas miraron también al niño, que la mujer llevaba en brazos. Y continuaron dos delante y otra detrás, con toda su familia, para juntarse en la calle de San Pedro con Manuela



Sancho, que parecía estar desolada, ante la puerta de un zapatero y a punto estuvieron de preguntarle las tres qué le sucedía, por si necesitaba ayuda, pero la moza se echó a correr y, claro, hubieron de dejarlo, pues la perdieron de vista.

Las monjas del hospital, a una orden de la superiora, se quitaron los delantales, se cepillaron los negros hábitos unas a otras y se dispusieron a subir en el carro, pero ante el gentío habiente en los Cosos, optaron por ir andando. Iban muy aliviadas por el aire puro, después de tanto polvo que habían respirado. Las gentes, en viéndolas, se apretaron y les hicieron sitio, y ellas se lo agradecieron de palabra y les dieron a besar el crucifijo que llevaban.

En la mancebía de Matilda López, las dos habitadoras oyeron ladrar a los canes pero siguieron con la siesta. A las tres horas, los perros volvieron a ladrar y ellas, que ya estaban trajinando, se acercaron a la verja a ver qué había y observaron una tropa, cuyo paso, al galope, las envolvió en una nube de polvo. Tosieron, por supuesto, pero enseguida se recuperaron y atendieron a los rezagados de aquel piquete que, al otro lado de la reja, les demandaban el precio del servicio, sin duda, deseosos de tomarse un descanso en los preparativos de la guerra. Ellas les pedían alto, con ánimo de rebajar, pero enseguida vieron que aquellos hombres no tenían un cuarto y se negaron a fiarles hasta que cobraran la soldada ni, por supuesto, dejaron entrar a los se ofrecían a cepillar a la mula o a remover la tierra del huerto o a cortar leña, y es que eran gentes de los pueblos y aldeas del entorno de Zaragoza, de los que se ofrecían a jornal para segar la mies o para esquilar ovejas o para coger la uva o la aceituna, por eso dieron unos pasos hacia atrás y les amenazaron con echarles a los perros, mera bravata porque los canes se hubieran espantado al primer disparo. Y no hubo nada, pues aquellos tipos se fueron sin armar gresca y sin disparar los fusiles que llevaban en bandolera, seguramente, en pos del tío Jorge.

Agustina y Quimeta se situaron enfrente de la plaza de La Seo y vieron todo muy bien. A Palafox, que llegó vivo y con buena color para alborozo de la población, que, con escarapelas rojas en los sombreros, lo recibió en triunfo, con vivas, pidiendo favor a la Virgen del Pilar para aquel zaragozano que estaba llamado a dirigir la lucha victoriosa contra los malditos franceses. Al tío Jorge, que enarbolaba el trabuco y a su tropa, que disparaba salvas de honor. Y entonces entendieron, las hermanas, lo que habían oído el día anterior, aquello de que los hombres habían pedido alpargatas a las autoridades, pues que eran campesinos pobres e iban descalzos, aunque, eso sí, llevaban un pañuelo en la cabeza, lo mismo, se dijeron, que los catalanes llevan la barretina, para resguardarse del frío y del sol. Guardaron silencio cuando, el ya nombrado capitán general de Aragón, se apeó del caballo y entró en la Audiencia a paso marcial, para presentarse ante los regidores y aceptar el cargo que le habían otorgado el pueblo y las autoridades de la ciudad, y contuvieron el aliento con el resto del gentío, cuando salió Palafox al balcón, rodeado de los próceres, y alzó los brazos, pero, al momento, estallaron en aplausos, con los demás.

Y ya regresaban a su casa, cuando se toparon con la señora Casta que llevaba a su

hijo, al pequeño Pablos, de la mano, pues que lo había recogido en el colegio de Infantes, y fueron a saludarse con un gesto de cabeza, lo que hacen los desconocidos que empiezan a conocerse. Las dos hermanas se interesaron por aquel niño que decía querer ser soldado, pero sucedió que, aparte de los vivas a Palafox, a la patria y a la religión, oyeron un grito de otro tenor, un grito desgarrado, que no acalló el inmenso gentío. Era que la señora María, la vinatera, había perdido a uno de sus hijos, que había estado todo el tiempo agarrado a su saya y, de repente, Jesús bendito, ya no estaba. Y eso que la madre lo llamaba a voces y lloraba desconsolada, por el pequeño y por el marido, Diego, que se había puesto hecho una furia y empezaba a llamarle de todo, pero no fue nada, pues enseguida apareció la criatura, diciendo con la voz de trapo que tenía que, con el jaleo, se había confundido de saya y agarrado a la de otra mujer.

Unas en una calle, otras en otra, otras en una torre del Rabal, las mujeres protagonistas de esta historia vieron a aquel hombre, a aquel mozo garrido de treinta y dos años, a aquel Palafox, que había sido recibido en triunfo por el pueblo y nombrado gobernador y capitán general por el mismo pueblo, pues que ante la dejación de deberes de sus soberanos, el pueblo se veía en la necesidad de tomar decisiones que salvaran a la patria, no solo en Zaragoza, sino en todas las provincias de España.

La condesa de Bureta no estuvo en la recepción, porque, creída tal vez que su primo iría a alojarse en su casa, o mejor, deseosa de que su primo fuera a hospedarse en su casa —cuando era poco factible, pues que tenía una—, había hecho preparar más cena a sus cocineras y puesto a una criada a dar vueltas al manubrio de la heladera, para hacer sorbete y regalar a su invitado y a los que le acompañaran, y estuvo muy ocupada.

María Agustín tampoco pudo ir y lo sintió, pero es que tenía la «enfermedad», como se dijo arriba.

Tampoco se vio por allí a ningún notario, en razón de que no daban abasto, pues que, desde el día anterior, se les estaba presentando gente, y más gente, a dictar testamento.

Y eso.

## Capítulo

### 3

**A**l día siguiente, mediada la mañana, Palafox se presentó en el Pilar, rodeado de su guardia personal; y fue recibido por los canónigos en la puerta. Subió a besar el manto de Nuestra Señora y escuchó la salve que cantaron los infanticos en la Santa Capilla, que más parecía que la iluminaba el sol, pues estaba a rebosar de velas, siendo aclamado a la entrada y a la salida, y por donde fuere por multitud de hombres y mujeres. Para cuando abandonó el templo, las gentes ya cantaban por doquiera una jota que decía así:

*La Virgen del Pilar dice  
que no quiere ser francesa,  
que quiere ser capitana de  
la tropa aragonesa.*

Y él la oía y sonreía, pero no podía detenerse, en razón de que había de ocuparse de las cosas de la gobernación y de las cosas de la guerra, pues que también se personó en el castillo de la Aljafería, a pasar revista a la artillería, que estaba dispuesta y apuntaba hacia el camino de Madrid, y a ser reconocido jefe por los paisanos que custodiaban el recinto, que lo aceptaron con vítores.

En las cosas de la gobernación, Palafox advirtió, en su primer bando, que el reino de Aragón estaba bajo la autoridad militar y decretó que nadie ni español ni francés fuera atropellado en su persona o bienes, y que los oficiales públicos siguieran con sus funciones, a la par que prohibía cualquier conato de insurrección, bandería o pillaje. Y en las de la guerra, ordenó que los vecinos que tuvieren entre dieciséis y cuarenta años, acudieran a la recluta, que se dividieran en compañías de cien hombres, que obedecieran con disciplina a sus jefes, que los corregidores de los pueblos de Aragón pregonaran bandos llamando a formar batallones, y a los que se alistaran, les ofreció una paga de cuatro reales diarios por cabeza, sin distinción de clases. Disposiciones que fue ampliando conforme pasaron las horas y los días, pues que mandó que ni militares ni particulares informaran en las cartas, que pudieren enviar, de las municiones que había en Zaragoza y que el que remitiera una carta se identificara, no fuera a facilitar, por error, noticias a los gabachos; que no entrara ni saliera nadie del reino sin salvoconducto, a más de prometer castigar cualquier traición con absoluto rigor. Y, conecedor de las perfidias que habían cometido los franceses en Bayona contra los reyes, pues que había estado allí, hizo responsables de la seguridad de toda la familia real, al emperador de los franceses y a sus generales, y

hasta le buscó sucesor al rey don Fernando, para el caso de que muriera o fuera muerto, y aún más, aún más, prohibió a las tropas extranjeras, que campaban por la Península, cualquier saqueo, violencia o desmán contra España y los españoles.

Todo esto y más dispuso el capitán general de Aragón y remitió sus bandos por todo el territorio aragonés, a más de enviar emisarios a los reinos vecinos, para que se sumaran al alzamiento. A la par se ocupaba de saber qué tropas tenía, cuántos cañones, fusiles, balas de fusil y de cañón, y cuántos oficiales, suboficiales y soldados, y de qué cuerpo eran y qué instrucción deberían impartir sus subordinados a los recién incorporados, y también proveyó a los mandos de dinero para que abonaran la soldada.

Así las cosas, las gentes lo llevaban en loor de multitud, ya anduviera pasando revista a las tropas en el cuartel de Convalecientes o en el castillo, ya presidiera algún acto oficial, como hizo el día 30, festividad de San Fernando y, en consecuencia, onomástica del rey, que seguía preso en Bayona y en el que fue cumplimentado por las autoridades; ya se ocupara de lo menudo, como cuando, en aquella misma sesión, abolió, para alivio de la población, el impuesto extraordinario que, de un tiempo acá, pesaba sobre el vino y que tantos quebrantos de cabeza había supuesto al regidor que había gravado alimento tan principal, que entonces fue delirio. Claro que no solo fue dar, que también pidió, pues que solicitó donativos a cada hijo de vecino, lo que pudiere dar.

\* \* \*

Las monjas del hospital, como nada propio tenían, nada pudieron entregar; Matilda y Marica, aunque hubieran contribuido de buena gana, como vivían lejos y no se enteraron de la petición, tampoco, pero las otras protagonistas de esta historia, y de lo que pronto sería Historia, sí.

Sí que dieron. La que más la condesa de Bureta, que ella misma fue a llevar 1.000 reales. Los dio anónimamente para no salir en la lista de donantes que publicaba la *Gaceta*, por eso del Evangelio: «Que no se entere tu mano izquierda de lo que das con la derecha», pero se supo, porque algún escribano, sin poder contener la lengua, lo comentó, hecho que vino a incrementar la buena fama de doña Consolación e hizo que los títulos y burgueses ricos se aflojaran la faltriquera, por no ser menos.

Casta Álvarez entregó su sueldo de un día: un real, y el resto de la semana economizó.

María Lostal y su marido dieron dos barricas de vino.

La otra María, la Agustín, que andaba muy escasa de dinero, propuso a las costureras de la fuente del Portillo vender las escarapelas y aún ponerse a coser camisas, pues los hombres iban descamisados, eso sí, sin decirle palabra al cura Sas, que era quien había suministrado la cinta hasta la fecha y, como le aceptaron la idea con entusiasmo y les fue bien, pues que a los hombres les abonaron las pagas

atrasadas y compraron, María fue a llevar, ya el primer día, lo que le había tocado del reparto: un real, lo mismo que la señora Casta.

Manuela Sancho le dijo a su madre de desenterrar la ollica del corral y dar una de las onzas peluconas que tan celosamente guardaban en el cado del corral. Por eso que hacen las jóvenes, que suelen perder la cabeza a la hora de ser generosas, pero la madre se negó, alegando dos muy buenas razones: que a saber cómo administrarían el depósito los contadores y cuánto se quedaría en el camino, y dieron lo que tenían en metálico: diez reales.

A Agustina y Quimeta, como eran mozas, también les vino el pronto, y en vez de ir a comprar dos cortes de ranzal blanco, para dos jubones que habían previsto coser para sus maridos, en la acreditada pañería de Felipe Sanclemente y, sin madre que las detuviera, dieron cuatro reales, lo que calcularon que les hubiera costado la tela.

\* \* \*

El martes siguiente, la madre Rafols propuso a Casta Álvarez, después de que esta terminara sus faenas, incorporarse a un batallón de mujeres, que a expensas del gremio de sederos, deberían preparar comida para llevarla a los mozos, soldados y oficiales de las puertas y cuarteles. Dijo la religiosa «batallón», porque, dado el clima prebélico imperante en la ciudad, se oía mucho la tal palabra, pero, en realidad, formó una unidad mucho más pequeña: un pelotón. Al frente del cual puso a una monja, que pronto volvió a sus labores habituales, pues que Casta se apuntó entusiasmada, a ver, que los sederos pagaban tres reales diarios, y enseguida se mostró como excelente gobernadora de los fogones y mandó a sus seis compañeras a voces y a media voz, según fue menester. Organizó la colocación de nuevas cocinas pues las antiguas ya daban de comer a trescientos o cuatrocientos enfermos diarios, y no daban más abasto ni con buena voluntad. Y eso, que a las 11, más o menos, ya salía un carro del hospital, cargado con seis enormes perolos y con el pelotón de cocineras, cada una con un cazo en la mano, a veces, por hacer gracia, enarbolándolo del mismo modo que los hombres levantaban la escopeta. Y unos días las enviaban a repartir por la puerta de Sancho y por la del Portillo, otros, por la Quemada y la del Sol y, otros, al castillo, siendo recibidas con calor por las muchas gentes que habían decidido luchar contra la tiranía y por la libertad. Eran saludadas, por doquiera transitaba el carro, por los soldados que, hambrientos, aprestaban la escudilla para saciar su hambre, y por las buenas gentes. Por los hombres que ya no estaban en edad de hacer la guerra y sobre todo por las mujeres que, a menudo, se ofrecían a ayudarles en el reparto pese a que ya habían entregado dinero, pues dinero dio todo el mundo, cada uno lo que pudo.

\* \* \*

Por ayudar, Manuela Sancho y su madre se apuntaron al ropero de la iglesia de San Miguel y cosieron lo que les indicaron los sacristanes, que si ropa de cama, que si para recién nacidos, que si mudas interiores, echando muchas horas. Había en el lugar muchas parroquianas, eso, sí, hablando como cotorras, murmurando y hasta malmetiendo unas contra otras. Y, claro, la madre estaba muy contenta cuando le contaban tal chisme o tal otro, máxime si conocía al interesado, que era casi siempre pues en el barrio se conocían todos. Incluso sostenía que había descubierto la compañía del prójimo y se lamentaba de haber estado años encerrada en casa, muchos más de los que debía al luto. Pero Manuela iba muy descontenta, pues que, como estaba soltera y aquella pandilla de comadres lenguaraces se habían empeñado en casarla, le estaban todo el día con la matraca, diciéndole que o maridaba pronto o se quedaría para vestir santos y asegurándole que a los veinticinco años se era ya una solterona. Y no valía que la madre les contara lo del pretendiente que tuvo y que murió de tercianas, ni del dolor que le dejó, lo único que le dejó a más de una medalla de la Virgen del Pilar, cuando ya la alcahueta estaba tratando las bodas, ni de que ahora tenía dos, dos pretendientes. Y eso, que le hablaban del hijo de la Tal o del hijo de la Cual, y no quería ir al ropero, porque ella bebía los vientos por Francho, a quien no había vuelto a ver desde el día de la declaración de guerra, si bien sabía que estaba acuartelado en la puerta de Santa Engracia.

\* \* \*

Una mañana, las hermanas Agustina y Quimeta se acercaron al castillo de la Aljafería a ver los cañones, y los contemplaron apuntando hacia el camino de Madrid, bien asentados sobre las cureñas, cada uno con cinco bombas apiladas y con sus servidores, vestidos de uniforme y muy marciales. Distinguieron, por los galones, al sargento del sargento primero y al cabo del cabo primero, por sus maridos, y acabaron lagrimeando, gemiqueando incluso, por sus esposos. Y es que empezó Quimeta y siguió Agustina porque se contagió, pues que se dice que el llanto y la risa son contagiosos, y tal les sucedió. El caso es que las lágrimas les nublaron la vista y que no vieron a la señora Casta, que les hacía señales desde lo alto de una carreta, y se fueron sin saber qué quería o qué les decía aquella buena mujer. Comentaban, entre mocos, si hacían bien en permanecer en Zaragoza, en vez de hacer lo que siempre habían hecho las mujeres de los militares, seguirlos a donde quiera que fuesen, lo que habían hecho ellas cuando se casaron. Ir detrás, con un tropel de mujeres y niños, para estar cerca de ellos y tenerlos cerca, para tenerlos sujetos a la disciplina del matrimonio y que no se desmandaran, que no se fueran de putas, dicho pronto, pero, sobre todo, lamentándose de no saber dónde estaban. Claro que terminaron diciéndose que lo podían preguntar, que si se personaban en la Capitanía General, quizá algún mando les informara del paradero del Primer Regimiento del

Real Cuerpo de Artillería y, aunque había buen trecho, no lo pensaron dos veces, aceleraron el paso y se encaminaron a la casa de los Gigantes.

Para cuando llegaron, ya se habían secado las lágrimas, ya no se notaba que habían llorado, ya tenían la voz compuesta, y preguntaron al de guardia, que, sin palabras, les hizo un gesto para que pasaran y se encontraron en un patio de bellas columnas, perdidas, como quien dice, entre una multitud de militares que iban y venían, afanados, aprisa, sin detenerse, hasta que uno de ellos, un capitán, tal observaron, pues que de galones entendían, sonriéndoles y mostrándose jaranero, les demandó qué querían, cierto que desvaneció la sonrisa, al oír que tenían marido. No obstante, galán como era, las acompañó a una oficina, donde un par de tenientes, recién escudillados, tras mirar varios cuadernos, les dijeron lo que ya sabían, que el regimiento había salido con destino a Lérida, a la zona de Balaguer y que se ignoraba si se había sumado a la sublevación contra los franceses o si permanecía fiel al rey. Lo que, aparte de no enterarse de nada nuevo, les dio a cavilar, pues que, a ver si ellas estaban en un bando y sus maridos en otro... Con todo ello, siquiera se plantearon lo de ayudar a los demás, como hacían buena parte de las mujeres de la ciudad.

\* \* \*

María Lostal también hubiera querido ayudar, hacer algo por el común, fuera de su hogar y de su tienda, pues que bien sabía que algunas mujeres cosían, otras guisaban en sus casas y llevaban rancho a los soldados, que otras cuidaban enfermos en el hospital y que otras hacían vela en la Santa Capilla para pedir favor a Nuestra Señora, todas a cambio de nada, tal creía. Pero, si estaba en su casa, cuando dejaba por un momento la escoba o el puchero y miraba en derredor, allí encontraba a sus dos hijos mayores, zarandeando al pequeño o haciéndose burlas entre ellos o pellizcándose, dándose cachetes o haciéndose cosquillas. Las más de las veces, a punto de enzarzarse en una pelea pues, más que hermanos, eran como el perro y el gato, enemigos encarnizados, y había de poner sosiego en una riña que estaba a punto de comenzar, dado que si intervenía, cuando hubiera empezado, los rapaces, en su furor, pues que más parecía que se tuvieran malquerencia, le desharían el moño, como ayer, como anteayer, como tal día o tal otro, como casi siempre, por abreviar; y no, que había madrugado más de la cuenta, precisamente, para hacerse el moño y estar bien aviada para cuando regresara Diego, que a saber cuándo volvería, pues más parecía que se hubiera ido para siempre. Y eso, que miraba en derredor y se decía que solo tenía dos manos para atender una casa, tres hijos y la vinatería abajo, a más de su hermana, la loca, en el Rabal. Y no podía pensar en nada más, pues alguien aporreaba la puerta de la tienda y había de bajar a servir. Por eso, sobre lo de ayudar a otros, se adujo que demasiado tenía muros adentro de su casa, a más que estaba dispuesta a entregar a la patria lo mejor que tenía: a Diego, su marido.

El primero de junio, en el salón de la condesa de Bureta, la velada se prolongó hasta muy tarde. Habían estado los de siempre, platicando con un sorbete de limón a la mano pues, dada la mucha calor, se había cambiado el chocolate por el helado, bien que la conversación estuvo encendida, por el tema. Y es que los sucesos de Zaragoza habían dado a pensar a doña Consolación:

—No sé, señores, pero tengo para mí que los gobiernos no son necesarios...

—No entiendo, señora.

—¿A qué se refiere usía?

—Que quizá los gobiernos sean invención de los gobernantes y no de los gobernados...

—Sin gobierno habría desgobierno.

—Y robos y crímenes, más de los que hay.

—También hay desgobierno habiendo gobierno.

—Y que lo diga su merced.

—En las tribus de la época de las cavernas había un jefe que mandaba y organizaba la lucha para defender a todos frente al enemigo y los demás obedecían.

—Les voy a explicar lo que pienso de esta declaración de guerra que vivimos, si me lo permiten sus señorías.

—Diga, diga, está su merced en su casa.

—Tal vez en el futuro no sean necesarios los gobiernos, lo cual evitará que el gobernante abuse...

—¿Propone usía que no haya reyes?

—¿Acaso volver a la República romana?

—El gobernante siempre abusa de los gobernados. Lo que se tiene por bueno es que abuse menos que sus antecesores en el cargo.

—Os habéis levantado filósofa, señora.

—Si me dejan sus señorías...

—Perdone, hable usted, que está en su casa.

—Creo que es cuestión de embarcar a todo el pueblo en una causa noble o que el pueblo embarque a los que no son pueblo en algún propósito nobilísimo, es decir, a nosotros y al resto, a los otros estados del reino, en la defensa de la libertad y contra la tiranía, por ejemplo, aunque puede haber otras causas muy nobles también. Veamos, señores, Zaragoza se sublevó contra el francés hace siete días. En una semana no se ha producido un solo desmán, no ha habido la menor violencia en la ciudad ni en los alrededores, el personal se ayuda entre sí, los conventos reparten la bazofia a los pobres, como siempre, y a los que no lo son, a los soldados recién llegados, por ejemplo... Todos nos hemos aflojado las faltriqueras, y bien sé que sus mercedes han sido muy generosos... Y lo que digo, que todo esto es posible porque el personal está unido en un mismo y noble afán...



—Pero hace falta un jefe. El mismo pueblo pedía un jefe, con nombre y apellidos, en este caso a vuestro primo el señor de Palafox.

—Vengo observando que a veces todos, al unísono, dejamos nuestros egoísmos y fraternizamos con los demás creando una hermandad...

—Cuando el peligro amenaza la gente se une, pero la unión dura muy poco, hasta que se acaba el peligro.

—No ha sido este el caso que analizamos, aquí no había peligro. El grito unánime contra el invasor ha sido el que ha creado el peligro pues estamos esperando a los franceses, ¿o no?

—En peligro está toda España desde el momento en que los señores reyes han hecho dejación de sus deberes y abdicado los dos en un extraño, en Napoleón.

—Han creído que la Corona es un bien privativo, y no es así.

—¿Entonces, creen sus mercedes que es necesidad lo que digo?

—No, no, es cierto que se crea una hermandad, una fraternidad...

—Doña Josefa Amar se hubiera sumado gustosa a mi punto de vista... Por cierto, ¿sabe alguien cuándo regresa?

—No, no ha escrito.

—Se está haciendo tarde, si la condesa me lo permite, me retiro...

—Yo también, con la venia...

Y en esas estaban, en una conversación de alto calado, cuando la mayordoma de la casa anunció la llegada del capitán general de Aragón, don José de Palafox y Melci, que venía a visitar a su prima y, claro, los que se iban se quedaron. La condesa se levantó de un salto, fue a la escalera en busca de su pariente y ambos se dieron las manos con calor. Los demás lo saludaron con un apretón de manos o con una reverencia, pero todos con infinito respeto, mucho más del que se le había mostrado antes en cualquier otro salón de la capital aragonesa.

El caso es que Palafox se dejó caer en un diván y se declaró agotado. Entonces la condesa tuvo que dar de cenar a todos, dijo que se quedaran, que «en la mesa de San Francisco, donde comen cuatro, comen cinco»; aunque eran doce. Pero no fue obstáculo pues sus despensas estaban bien aprovisionadas, y porque sus doncellas y cocineras, unidas quizá en una hermandad de las que había nombrado su señora, dispusieron las mesas en el jardín, se esmeraron con las viandas y prepararon una comida fría, a base de ensaladas y escabeches de ave y pescados, a más de frutas muy variadas, hasta cerezas tempranas, que resultó un banquete espléndido bajo la luz de la luna y la de una decena de candelabros.

Ya recuperado el general de sus fatigas, habló largo y, aunque de otro tenor, la conversación no desmereció en interés y, como no podía ser de otra manera, giró en torno a la defensa de Zaragoza.

Después de tan buena cena, los señores se despidieron de su anfitriona hasta otro día. La mayoría cavilosos, pensando, unos en la guerra y, otros, en la hermandad universal y dispuestos a hablar del tema en otra ocasión.

\* \* \*

Que se equivocaba la condesa de Bureta, que se equivocaba de medio a medio. Tal hubiera dicho la señora Casta de haber oído a su excelencia, porque, al volver a su casa, a sobretarde, con Pablos de la mano, se encontró a cuatro vecinas dándole guantazos a un zagal que había saltado la tapia del corral de una de ellas, pretendiendo robarle las gallinas, al parecer, y gritando también:

—Le he echado los perros.

—¿Le han mordido?

—Sí, en la pantorrilla.

—Se lo tiene merecido.

—Robar nunca, Pablos —le decían al chiquillo.

—Si se quiere algo, se pide.

—Si se tiene hambre, se pide una caridad, maño.

—Ea, dejadlo comadres, que ya lleva bastante, soltadle.

—Vete, vete ahora mismo, rapaz.

—Este no volverá a robar en su vida.

—O sí.

—¿Quién es?

—No sé, no lo tengo visto.

—Habrá venido con las gentes de los pueblos.

Y eso, que le dieron un escarmiento al chaval, que se incorporó y se largó maldiciendo, ante el espanto del chiquillo de Casta. Claro que no lo decían como ha quedado escrito arriba, pues eran gente del común y se expresaban más o menos así:

—L'echau a los perros, señas.

—¿L'han amordau?

—Sí, en la garra.

—Se lo tié ganau.

—Pablos, que no mangues nunca, amante.

—Si quiés algo, lo pides, prenda.

—Rógas caridad, mañico.

—Ea, váyase el pardal, sus digo que lo dejen ustedes, vosotras.

—Vete, corazón.

—Este no volverá a mangar en su vida.

—O sí.

—¿De quién es, comadres?

—No lu sé, no lo tengo avistao.

—Será dá alguna pedanía.

Dicho así, el chico de Casta lo entendió perfectamente y, como va dicho, un escalofrío lo recorrió todo.

\* \* \*

Los bandos de Palafox dieron fruto, pues que todos los aragoneses odiaban a los franceses del mismo modo, al parecer. A los pocos días, ya se habían presentado en Zaragoza varias partidas, provenientes del norte, del valle y del sur del reino, compuestas de hombres, todos muy bulleros, pero dispuestos a morir luchando. Eso sí, venían mal armados, mal vestidos, descalzos incluso y con una mano delante y otra detrás, salvo los venidos de Canfranc, localidad de lo alto del Pirineo, cuyo capitán cerró las cuentas de la oficina y se trajo el dinero de la aduana para ingresarlo en las arcas públicas de la capital.

Estos hombres, que venían dispuestos a morir y matar por la patria, habían de ser organizados en tercios. Tarea ardua, pues no sabían palabra de la vida militar, y era menester instruirlos. Primero, hacerles diferenciar los grados, para que supieran a quién habían de obedecer. Segundo, a saludar. Tercero, cuarto, quinto, etcétera, a marcar el paso, a marchar con el fusil al hombro, a cargarlo, a dispararlo, a acertar en el blanco, a recargarlo; a correr delante del enemigo o en pos del enemigo, a cargar contra él al paso que fuere; a avanzar o retroceder con un tren de artillería; montar a caballo con marcialidad; cavar una zanja o una trinchera; reforzar un muro; construir barcas para cruzar un río o hacer un puente con ellas, y era tarea muy dura, no porque tuvieran mala voluntad, que no, es que no sabían nada y habían de aprenderlo todo. Y se veían batallones y compañías en los patios y en las explanadas de los cuarteles haciendo instrucción, bajo un sol inmisericorde, y pena daban. Por eso las mujeres les llevaban botijos con agua fresca y mendrugos de pan mojados en vino. Las que más llevaban eran Casta y sus mujeres, pues que no les hacía duelo repartir, dado que estaban pagadas por el gremio de sederos, y luego por otros, como el de pelaires, el de tintoreros y el de boticarios, que, contentos de ayudar a la defensa de la patria, se sumaron a la iniciativa y también abrieron sus arcas.

\* \* \*

En la reunión que mantuvo el gremio de boticarios, para decidir si la organización contribuía a la alimentación de la tropa, Juan Perales, el apotecario de la calle de San Gil, no estuvo de acuerdo en dar dinero, y se explicó de este modo:

—Los boticarios, colegas, no debemos dar dinero, debemos dar de lo nuestro, y cuando sea necesario, cuando nos lo soliciten.

—Si no damos, quedamos como que no damos.

—Cuando los otros gremios dan.

—Hasta los médicos se turnan en los cuarteles para atender a mozos y oficiales.

—Se dice que los notarios no cobran honorarios a los que quieren hacer testamento.

—¿Dónde se dice eso, en los mentideros? En los mentideros no hay más que rumores y mentiras, como su nombre indica.

—La condesa de Bureta dio cinco mil reales.

—Dio mil, que no es lo mismo.

—Esta guerra es suicida, nunca podremos contra los franceses.

—¿Por qué dice su merced de no dar dinero?

—Porque si damos dinero, luego habremos de dar medicinas, cuando hagan falta, y entonces daremos dos veces. Lo mejor sería instar a las autoridades a que se sometieran a Napoleón.

—¿Cómo?

—Eso jamás, don Juan.

—Este Palafox pide y pide sin medida. A las gentes de mediano nos va a esquilar.

—Los boticarios no somos gente de mediano.

—Los de Zaragoza siempre han sido generosos, nosotros también lo seremos.

—Sus mercedes se están dejando llevar por el clima de exaltación general que existe contra los franceses. Los madrileños viven en Madrid bajo el dominio del emperador igual que antes, y en otras ciudades y pueblos pasa lo mismo.

—Habla su merced como un afrancesado...

—Don Juan, amigo, le aconsejo que tenga cuidado, sea prudente y que no se exprese de tal modo.

—Los ánimos están muy soliviantados. Una mala palabra, una palabra dicha a destiempo...

—Cierre la boca, colega.

Y terminaron votando por mayoría entregar doscientos reales diarios al Hospital de Nuestra Señora de Gracia, para ayudar a sostener el alimento de las tropas, y levantaron la reunión con mal sabor de boca, a causa de aquel colega, de aquel afrancesado, del que se decía también que era masón, Dios lo confunda.

\* \* \*

De los hombres nacidos en Zaragoza, se formaron la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> compañías de paisanos del Campo del Sepulcro, las primeras, y de los venidos de los mil pueblos que había en la región, la de los Pardos de Aragón, la segunda. A la espera de formar tercios pronto, cuando los reclutas hubieran recibido instrucción, pero buena parte de los mozos que venían a la capital, ya provinieran de la provincia de Huesca o de las Cinco Villas o de otros lugares, los que habían de cruzar el puente del Ebro y entrar por la puerta del Ángel en la ciudad, se detenían en la torre de Matilda López y su pupila.

Y es que ambas, ya fuera por colaborar en los preparativos de la guerra, ya fuera por llevar un señuelo, dejaban atados a los perros, tapaban a la picaraza con un trapo

para que no llamara la atención de sus clientes, se colgaban unos ramos de romero del ceñidor, como se hacía de antiguo en su profesión y salían con cántaros al camino de Huesca, para ofrecer agua fresca a los hombres que pasaran por allí y, por si fuera poco, no cobraban por el trago. Ciertamente que no había otro lugar para desfogar las partes de varón, antes de entrar en Zaragoza, aunque en la ciudad sí que existían burdeles en derredor del arco de San Ildefonso y sobre todo en la calle de las Doncellas, pero ellas ya tenían fama, además que se arremangaban la falda, casi hasta enseñar el culo.

Tal hacían las dos, con más gracia Matilda, pese a que era mayor, pues no cumpliría los treinta y cinco, pero Marica con mejor culo. Y a veces tenían cola incluso y estaban, entre acto y acto, tan ocupadas que no tenían tiempo de usar el irrigador, lo que era harto peligroso, sobre todo para Manca, que no había cumplido los catorce, pero es que los hombres les llegaban con la braguita a rebosar, en fin.

\* \* \*

Las hermanas Zaragoza siguieron dándole a la mollera con lo de ayudar y no se les ocurrió otro procedimiento que prestar servicio a todos en la persona de Tomás, el tonto, que tanto les había impresionado la primera vez que lo vieron. El caso es que lo buscaron, lo encontraron a media tarde bastante lejos, cerca de Santa Engracia y, posiblemente, por hacer mayor caridad, lo situaron entre las dos, le dieron el brazo y se lo llevaron a su casa y él se fue con ellas, contento, tal se adujeron, pues que se reía mucho. Allí, lo primero que hicieron fue desnudarlo de cintura para arriba, lavarle la cabeza con un huevo y el tajo de jabón, cortarle el pelo y pasarle la lendreras; luego desnudarlo de cintura para abajo y frotarle todo el cuerpo con un paño mojado y ya ponerle ropa limpia. Un calzón viejo de Manuel y un jubón viejo de Juan, y se lo ataron con una cuerda a la cintura porque le estaban grandes, enormes. Y ya, creídas de que tendría hambre, lo sentaron a la mesa, le dieron cuchara y le pusieron delante un puchero, para que cenara. Pero, pronto tuvieron que permitir que el chico metiera la mano en la olla, pese a que llevaba las uñas negras, renegras, cuando, ay, también se las hubieran podido limpiar, y que comiera como un cerdo, mientras ellas lo miraban, pues, ante semejante espectáculo, se les había quitado el hambre y se sentían incapaces de probar bocado.

Y luego le dieron una de las dos camas que tenían y, en vez de bajar a la calle a platicar con las vecinas, como solían hacer, se acostaron las dos hermanas en la otra. Pero sucedió lo que no tenían previsto, lo que no hubieran imaginado en un chiquillo: que se quiso meter en la cama con ellas, despreciando la suya, que era la de Agustina. Y, como eran mozas y más tontas que él, o fue que el chico les producía inmensa pena, o que se habían tomado lo de ayudar demasiado a pecho y estaban dispuestas a darle a aquel engendro, todavía sucio y con liendres en el cabello, un poquico de cariño, el caso es que lo dejaron subir y que se colocara entre las dos, en el centro, quizá para repartirse la mugre y el hedor que aún despedía, pues, seguro, que no se

había bañado por Pascuas ni en toda su vida. Pero se arrepintieron al instante, pues que el crío se puso a tentarles los pechos y tratar de tocarles sus partes de mujer y, como ellas se defendieron, se puso violento y comenzó a pegarles. Ellas se arrojaron de la cama, y a gritos pidieron socorro y suerte que tuvieron, pues, con la emoción de hacer caridad con Tomás, no habían echado la tranca a la puerta de la calle y, a Dios gracias, las oyeron las vecinas. Y fue que se presentó Jesualda, su vecina, con una escoba y la emprendió contra el tontico, que de palos debía saber mucho, pues que salió huyendo, haciéndose camino a empujones entre las demás.

Cuando les disminuyó el sofoco a las dos hermanas, las comadres les informaron de que Tomás era tonto para según qué cosas, pero que en cuestión de mujeres era muy listo, pues perseguía a las mozas. Y, como les habían tomado aprecio y les agradó asistirles en el trance sufrido, hasta disculparon la insensatez que habían cometido, alegando que eran de Barcelona y no sabían lo menudo de Zaragoza.

A partir de entonces, Agustina y Quimeta, cuando avistaban al tonto, por lejos que anduviera, se daban la media vuelta.

\* \* \*

A la mañana siguiente, Jesualda, la de la escoba salvadora de Agustina y Quimeta, fue a por vino a la tienda de María Lostal y, como era ciento por ciento alparcera, largó todo el episodio de las barcelonesas con el Tomás, el tonto. Lo escuchó María con un oído aquí y otro allí, en razón de que, habiendo dejado bien fajado al pequeño en la cuna, tenía a sus otros hijos en el piso de arriba haciendo alguna fechoría, tal pensaba en razón de que no oía la bulla habitual y, en efecto, la pareja estaba escupiendo por la ventana; por eso tal vez escuchó mal lo que le decía la comadre o añadió de su cosecha, el caso es que el asunto de las catalanas se desvirtuó enseguida. O tal vez fue María Agustín, que se presentó en el establecimiento con una garrafa y se la llevó llena de vino. O quizá fueran las costureras de la fuente del Portillo, que enteradas por esta segunda María del suceso, lo trabucaron, el caso fue que, al salir la noticia del barrio, ya se decía que el tonto había violentado a las hermanas, y no, que no era eso, que lo hecho por Tomás no había sido un caso de honra, sino una bobería del niño tonto, del cual no se podía esperar otra cosa y que, por supuesto, no había arrebatado la buena fama a sus víctimas, pero, a saber, adónde hubieran llegado los comentarios de no haber surgido otra noticia, cuya gravedad silenció lo de Tomás con las hermanas catalanas o primas valencianas o parientes murcianas, lo que fueren.

Y es que, a la puerta de la Lonja, situada entre el Pilar y La Seo, los comerciantes del recinto, a los que se sumó una multitud, arrestaron a un francés alegando que el saco que transportaba en el carro no estaba lleno de legumbres o de cereal sino de monedas, desde ochavos hasta onzas de oro. A la par denunciaban que se lo quería llevar para la Francia, pues que había cobrado todo lo que le debían, a los que le debieren, y con el producto había adquirido esto o estotro, pagando al contado y, por

consiguiente, más barato, para volver a vender todo allí mismo a los militares que le habían abonado el triple y a tocateja, haciendo un negocio que, en la situación en que se encontraba la ciudad, no debía hacerse, por inmoral.

Y se organizó un vocerío extraordinario contra aquel francés del demonio y, de paso, contra todos los franceses que vivían en la ciudad, como no podía ser de otra manera en un clima hostil, pues que, aunque eran minoría, eran también suficientes para perpetrar cualquier traición. Y eso, que las autoridades hubieron de tomar cartas en el asunto y llevarlos —encerrarlos más bien— al castillo de la Aljafería y a la cárcel de la puerta de Toledo, donde estarían custodiados y seguros, no fueran a encrespase los ánimos del vecindario y se cometiera contra ellos alguna tropelía o, aún peor, que se produjera una muerte.

\* \* \*

Manuela Sancho y su madre oyeron la misa cantada, que se celebró en la iglesia de San Miguel, en rogativa por la salud y acierto en el gobierno del capitán general Palafox. El cura, tras pedir lo que era menester pedir por el buen decurso de los acontecimientos y glosar el Evangelio, se extendió en un sermón, que más parecía interminable, y la emprendió, con razón, pues ya no eran uno ni dos, contra los buenos vecinos que, de unos días acá, empezaban a ser malos vecinos. Contra los que se dedicaban al pillaje y robaban gallinas en corrales ajenos o, aprovechado el gentío, las bolsas, contra los que traían alimentos de los pueblos para venderlos como si fueran usureros, y hasta mentó a un francés, un llamado Lapuyade, que no era el de la Lonja de Mercaderes, que era otro, que se había querido llevar a la Francia un cofre a rebosar de oro —ayudado o, al revés, lo que hubiere sucedido, detenido por el señor Cabarrús, lo que fuera—, que a Manuela le daba un ardite, además que tenía prisa.

Por eso, dijo adiós al terminar y siquiera acompañó a su madre a la puerta de su casa, en razón de que había quedado con su amiga Juana para dar un paseo. Para llegarse a la puerta de Santa Engracia y andar por allí, por ver si ella veía a Francho y la otra a un dicho Isidro por el que tenía interés también.

Recorrieron la ronda y, al avistar el convento de los Jerónimos, empezó a latirles fuerte el corazón. Y se iban diciendo cómo, cómo podían estar enamoradas, convencidas de que lo estaban y así se lo confesaban una a la otra —no en vano les latía más fuerte el corazón conforme se acercaban a la fortificación—, cuando, ay, no habían hablado jamás con sus amados. Habían cruzado miradas con ellos y ellos, amén de corresponderles y hasta comérselas con los ojos, les habían requebrado de lejos y acaso susurrado algo al oído, aprovechando una calle estrecha llena de gente, pero nada más. Y se demandaban si tan poca cosa, si tan escaso trato, por no decir trato nulo, era motivo suficiente para que ellas, o cualquier mujer en situación semejante, se enamorara. Y no sabían qué contestarse, pues que debía ser así, dado que algo en su interior, algo, una fuerza o una esperanza quizá, les impulsaba a hacer

lo que estaban haciendo, a ir en busca de sus amados, habiendo mentido incluso a sus madres respectivas, pues que la una le había dicho que iba a comprarse una cinta y la otra, un escapulario.

Atravesaron la puerta y se toparon con una cola, formada por muchas personas que iban a lo mismo, a pedir razón de sus deudos. La hicieron, por supuesto y, al cabo de bastante rato, llegaron a una mesa, le dieron los nombres a un oficial, que les informó de que los dos mozos estaban allí, acuartelados, pero que no podían ser visitados y que, como eran solteros, no saldrían de permiso el domingo próximo, como sucedería con los casados, y que a más, pronto, saldrían en busca del ejército francés para darle batalla, derrotarlo y expulsarlo de España por siempre jamás, en virtud de que había llegado el marqués de Lazán, el hermano mayor de Palafox, para tomar el mando de una parte de las tropas, de las que avanzarían hacia Pamplona, en concreto.

Demasiado les dijo aquel oficial asaz lenguaraz. Por eso regresaron amohinadas, sin escapulario y sin cinta. Manuela volvió a mentir cuando su madre le preguntó dónde había estado. Peor Juana, pues tuvo que oír, de labios de su progenitora, lo que no dice madre a hija, salvo que tenga lengua de serpiente, que era una «perdida» andando por la ciudad sin gobierno de pariente.

\* \* \*

Ante el grupo de costureras de la fuente del Portillo, se presentó un hombre, un abastecedor del ejército, a pedirles que hicieran cartucheras y que se las abonaría a tanto. María Agustín fue la primera en decirle que sí, pues que le estaba gustando lo de manejar más dinero, las otras tampoco se hicieron de rogar, eso sí, le preguntaron quién era. Él les respondió que era un artesano con tienda abierta en la calle de la Fonclara y les informó que les suministraría el cuero ya cortado y con los puntos marcados por el troquel, a más de agujas saqueras y liza.

Luego supieron que el abastecedor había ajustado, para hacer lo mismo, a encajeras, bordadoras, botoneras y modistas, pero nada tuvieron que decir, en razón de que el hombre pasaba al caer la tarde por la fuente, se llevaba las cartucheras confeccionadas, les traía nuevo material y les pagaba a tanto por unidad. Contentas, además, porque, a más de recibir jornal, se pasaban el día parloteando y escuchando a las muchas mujeres que se acercaban al corro a decirles tal o a contarles cual. Y claro, se enteraban de todo.

Enseguida conocieron que había llegado a Zaragoza don Luis de Palafox, marqués de Lazán, con permiso del mariscal Murat y con órdenes de disuadir a su hermano José y conciliar al pueblo aragonés con los franceses, que no querían ningún mal para ellos. Máxime, porque don Napoleón había dado un soberano a los españoles, el rey José, mejor persona y estadista que Carlos IV y Fernando VII, pues que en Nápoles, donde había desarrollado sus labores de gobierno, había sido amado



por sus vasallos, muchos de los cuales no habían podido contener las lágrimas cuando salió camino de Bayona, para siempre quizá, pues que, tras aceptar el reino de España, tenía que entrevistarse con su hermano el emperador. Y que el rey José estaba deseando ponerse en camino para tomar posesión de su monarquía, amando por adelantado a sus súbditos y habiendo empezado a estudiar la lengua española, para lo que había contratado un dómine. Ajeno Murat a que ya estaba enterado el hermano por el hermano, de lo que había en Aragón, y a que el marqués, que era mariscal de campo, había de tomar el mando de varias compañías o tercios, lo que fueren, para luchar contra él, es decir, contra el enemigo, en primera línea.

Y también conocieron que, casi a la misma hora que el señor marqués, aunque por distinto camino, había venido de Pamplona el otro hermano Palafox. El más pequeño, de nombre Francisco, huyendo de aquella ciudad, pues que los gabachos habían querido encerrarlo en la ciudadela, que venía a ser lo que, en Zaragoza, era el castillo de la Aljafería.

Y lo que se dijeron, tras denostar lo oído sobre el rey José Bonaparte, que con tantos hermanos Palafox, la ciudad estaría muy segura, pues los tres eran jóvenes y deseosos de luchar por la independencia del pueblo español.

Y estaban tan contentas de aquellas buenas nuevas que decidieron, al acabar la jornada, acercarse todas a la calle del Monte Sión, que estaba muy cerca, y llevarle una vela a la Virgen, que era muy milagrosa, para pedirle favor.

E iban muy jaraneras, dispuestas a tomarse luego un vaso de grosella en el puesto de la tía Paca, si aún estaba en el mercado la Paca, y se toparon en una esquina con la señora Casta, y no solo la saludaron, sino que se pararon con ella y palmearon la espalda de su chico, Pablos, que había crecido tanto y cuanto. Preguntaron a la dueña que qué tal iba el reparto del rancho y al chiquillo cómo le iba en el coro de los infanticos. Y María Agustín le pidió al chico que les cantara el *Bendita sea la hora*, por ejemplo y, ante la negativa del mismo, ofreció a madre e hijo invitarles a un vaso de grosella en el puesto de la tía Paca. Y el chico dijo que sí y la madre también, el caso es que terminaron todos ante la hornacina de la Virgen de la calle del Monte Sión cantando el *Bendita sea la hora*, y aún se les sumó abundante personal y la gente de la casa donde estaba colocado el altarcillo, y luego se fueron a refrescar.

\* \* \*

Como no estaba Diego, a María Lostal se le acumulaba el trabajo. Atendía a la parroquia y a veces había de dejar a una clienta a la espera, mientras subía al piso a regañar a sus hijos que eran dos demoñeros y, de consecuente, incapaces de estarse quietos. La primera vez que subía les advertía con el hombre del saco, si no le hacían caso con llamar a los guardias, si tampoco les hacía mella, con que les había salido un cuerno en la frente y que ese cuerno era señal del diablo y, cuando no podía más, les gritaba que iba a llamar al demonio y hasta se sacaba la alpargata amenazando con

usarla en sus posaderas. Y así se pasaba el día, aparte de darles de comer y limpiarles los meados, y menos mal que descansaba por la noche, más sin tener a Diego a su lado.

Y fue que, a la tarde ya, entró una gitana en la tienda a comprar vino dulce, a la par que trataba de vender ensalmos contra el mal de ojo y hechizos de amor a las mujeres que allí estaban. Tentada estuvo María de pedirle que les echara un conjuro a sus dos hijos mayores, pero, como tenía vista a aquella dueña y oído que era también abortera, le dio miedo y abandonó la idea, no les fuera a meter a sus hijos los demonios en el cuerpo, y fuera peor. Amén de que, aunque se la llevaban los nervios a menudo, todavía le quedaba abundante cordura.

\* \* \*

Don Miguel Borau de Latras, decano del colegio de notarios, volvió a abrir el salón de su casa cuando remitió la fiebre de dictar testamento. Y, por supuesto, como en otras ocasiones, acudieron los colegas del anfitrión: abogados, catedráticos de la universidad, médicos y comerciantes adinerados, para, en amena tertulia, comentar las últimas noticias, tales como la oportuna llegada de los dos Palafox que faltaban o lo que corría sobre la adhesión de pueblos y ciudades catalanas y valencianas a la causa principal de los aragoneses, que no era otra que arrojar a los invasores franceses de España y ya, al Señor sean dadas muchas gracias, también causa primera de varias ciudades extremeñas, andaluzas y castellanas, pues que se estaban creando Juntas de Defensa donde era posible, con ánimo de unirse todas en una Central que dirigiera una ofensiva común, etcétera. Pero, aquella vez, de lo que más se habló fue de los bandos que hacía pregonar el capitán general que, aunque asaz acertados, eran ciento por ciento literarios y, sin duda, obra de la pluma del cura Boggiero, tal aseguraban repitiendo algunas frases que habían retenido en sus privilegiadas cabezas:

—*Mi amor al rey, y deseo de salvar a mi amada patria de las cadenas que le preparaban la perfidia y el engaño...*

—*La firme esperanza que alberga vuestro corazón...*

—*Sacudir la vergonzosa esclavitud...*

—*Maquiavelismo horroroso...*

—*Llegó la época feliz...*

—*El espíritu guerrero que heredasteis de vuestros antepasados...*

Y, sin reparar en lo aburrida que resultaba aquella conversación para sus esposas e hijas allí presentes, todos convenían en que sí, en que se debían a la pluma del escolapio Boggiero, que no en vano había sido preceptor de los Palafox, pero discutían, dado que unos elogiaban su oratoria y otros sostenían que era un pretencioso contumaz. Y eso, que había gustos para todo, a más, que eran personas entradas en años y de algo habían de hablar y mejor del padre Boggiero que de las

muchas cifras y de los muchos nombres que contenía el libro del señor Borau, titulado: *Guía instructiva de la ciudad de Zaragoza para litigantes y pretendientes con varias noticias curiosas de la misma y Reyno de Aragón para el año de 1808*, recién salido de la imprenta. O de trapos, de la moda «imperio», que era necesidad de mujeres, por las enfermedades que estaba acarreado, la llamada enfermedad de la muselina sin ir más lejos, de la que en aquella tertulia y, en otras, los médicos habían echado pestes, en razón de que más de una mujer se había ido al Otro Mundo, enferma de pulmonía, ¿o no? Que ya habían repetido suficientes veces:

—En invierno hay que abrigarse.

—Más, mucho más, en Zaragoza.

—¿Qué es eso, pardiez, de no llevar encima más de una libra de peso en su atuendo?

—Una libra con todo incluido, hasta con bolso y zapatos.

—Es un desatino.

—Así vienen los resfriados y pulmonías.

—La moda es tirana.

—Es ridícula, lo más ridículo que existe. Y eso, que mejor haber cambiado de tema en esta ocasión.

\* \* \*

Cuando la madre Rafols recibió de regalo la *Guía instructiva de la ciudad de Zaragoza*, obra del notario Borau de Latras, aparte de agradecerse la con un billete escrito por ella misma que remitió con el portador, hizo un alto en sus tareas y hojeó el libro, por ver si hablaba del hospital. Y sí, sí, se congratuló y leyó:

*Este Hospital Real fundó por los años 1425 el señor Rey D. Alonso, el V. Es Urbis et Orbis, en donde se reciben fieles de ambos sexos, y de todas enfermedades; a quienes suministra lo necesario para su enfermedad y descanso, con aquella decencia correspondiente, en lo que invierte crecidas, que no obstante de que la casa tiene muchos bienes sitios y rentas, sino fuera la piedad de los fieles no podría sufragar; pues además le es indispensable el gasto de los sirvientes y operarios.*

Siguió con los cargos y, pese a que no se nombraba a las monjas de la Caridad de Santa Ana, como lo tomó por una de las muchas pruebas que a diario le mandaba el Señor, continuó con las cifras del tránsito de enfermos y las consideró ajustadas a lo que ella anotaba en sus cuadernos, pues que decía el notario que, desde el 1.º de enero de 1807, habían ingresado 5.019, de los cuales habían curado 4.111 y muerto 475, quedando, a 31 de diciembre, el resto. Y que la clientela del centro la componían

pobres, soldados, presidiarios, dementes, tiñosos y niños expósitos en periodo de lactancia.

Leído lo que leía, suspiró, levantó los ojos al Cielo, y, por supuesto, se dijo que no comentaría aquella ausencia con sus monjas. A más que, fue interrumpida por la señora Casta que, ya gobernaba de maravilla en las cocinas de la casa, que fue a decirle que las lentejas, para el rancho de los militares, estaban agusanadas y que no se trataba de un gusano ni de dos, que había casi más gusanos que lentejas, que los bichos no flotaban en el guiso y que, de consecuente, no podían las cocineras quitarlos con la rasera.

Disgustadas ambas, abandonaron el despacho y se llegaron a los pucheros. La monja observó que Casta no había exagerado y se santiguó, por hacer algo, por no empezar a lamentarse, que la contrariedad sí que merecía lamentos, porque aquello no tenía salvación. Y, como no se podían poner a cocer otras legumbres, por falta de tiempo, dijo que dejaran hervir más las lentejas agusanadas, hasta que se convirtieran en puré, en una pasta, vamos, en la que no se distinguiera lo que había. Luego, acompañada de sus monjas, se llegó a las despensas, mandó abrir varios sacos de lentejas, judías y garbanzos, y respiró hondo porque no estaban agusanados. Seguidamente, ella misma se fue a repartir con las repartidoras, para observar si tanto bicho hacía mal en los estómagos de la tropa, pero no, no, que ya le habían advertido las hermanas que los gusanos eran mortales, como los hombres y otras miles de especies de animales y plantas, y que todo lo que nace se digiere, salvo que se trate de plantas y animales ponzoñosos, pero que aquellos gusanos no lo eran. Y es que la monja se dijo desde el principio, que tal como estaba la situación, no se podía desperdiciar tal que un saco de lentejas.

## Capítulo

### 4

**A** Francho quisieron eximirlo de servicio y que se fuera a su casa, a hacer botas para los soldados, que tan necesarias eran. Pero no quiso y, según se contó en la compañía, protestó airadamente y eso, que, al parecer, sacó pecho, se cuadró ante un sargento, pidió permiso para hablar y, una vez concedido, expresó palmariamente que se había presentado el primero para luchar contra los franceses. Lo mismo otros que eran sastres, pues que también los querían enviar a coser uniformes, o a los tintoreros a teñir el paño blanco en rojo y azul, para lo mismo, que también se negaron, aduciendo que se habían alistado para luchar.

El mozo y muchos otros, deseosos de combatir, salieron la noche 6 de junio, mandados por el marqués de Lazán en dirección a Tudela, para hacer frente a los franceses que, teniendo Pamplona y Tafalla, y quién sabe cuántos pueblos más en dirección oeste, y por el este casi toda España —cierto que ya se estaban organizando movimientos de resistencia por la parte de Lérida, Balaguer, Valencia y Baleares, en estas islas en connivencia con varios barcos ingleses—, se encaminaban a Tudela, es decir, a la ribera del Ebro, para bajar corriendo a Zaragoza.

Partió la compañía del zapatero de la puerta de Santa Engracia, cruzó hasta la calle del Carmen, salió a la ronda por esta puerta, anduvo por el paseo de las Tapias marcando el paso, se detuvo en la puerta del Portillo, donde se le incorporó otro cuerpo de ejército, pasó por delante del castillo de la Aljafería y se perdió de vista. Durante todo el camino y hasta casi el lugar de Utebo, las gentes acudieron jubilosas, con linternas y faroles, a despedir a los soldados, a sus padres, hijos, hermanos, parientes, novios, etcétera, y eso que era noche cerrada.

Manuela Sancho fue con Juana. Acompañó a Francho, con otra mucha gente mucho antes de que formara la compañía y de que los generales o capitanes, lo que fueran, dieran las órdenes de marcha, llevando los ojos muy abiertos, tratando de verlo, en vano, pues que había muchos soldados, que desaparecían en el anonimato del uniforme. Al anochecer, continuó queriendo vislumbrar, porque ver, ver, ya no se veía, al hombre que le había chistado por la calle de las Botigas Hondas y que un día le había piropeado en la de la Torre Nueva, pese a que ella, como hacen las mujeres honradas, no le había respondido, pero, sin embargo, le había mirado a los ojos, a unos ojos que lo decían todo, con sus ojos que, posiblemente, también decían mucho, y con las mejillas arreboladas. Pero de poco servían los faroles de soldados y vecinos, pues era una noche muy negra.

El caso es que Manuela y Juana, que habían comprado a una vendedora, en el Pilar, sendas estampas de Nuestra Señora, muy brillantes y bordadas en oro, para

regalárselas a Francho y a Isidro, para que se las pusieran en el bolsillo de la camisa y que la Virgen detuviera las balas que fueran dirigidas a sus corazones, no pudieron entregárselas. Por eso regresaron a sus casas, tristes y cariacontecidas, rezando un avemaría detrás de otro, rogando que todos los que se habían ido, tornaran sanos y salvos y, a ser posible, con el francés derrotado, lo único que podían hacer ya que les había sido imposible decir adiós a sus amados, siquiera con los ojos.

\* \* \*

Los hombres volvían a la torre de Matilda a satisfacer sus urgencias de varón, pese a que, desde cualquier cuartel de Zaragoza, tenían una buena caminata. Algunos, los que eran de mejor casa, decían que regresaban agradecidos porque las dos fulanas les habían dado agua cuando tenían sed, otros, los que eran más expeditos, explicaban que porque no les habían contagiado el morbo gálico.

A ellas, con que trajeran dineros, les daba igual. Escuchaban con la máxima atención a sus clientes, cuando contaban, a veces hasta con demasiado detalle, cómo se habían escapado de tal cuartel o de tal otro, y los servían a satisfacción, pues la mayoría prometía volver, y los despedían encareciéndoles que tuvieran cuidado con las balas francesas.

Y lo que comentaban entre ellas cuando, ida la parroquia, se sentaban en sendas palanganas con agua, para lavarse, quitarse el escozor y ahogar las simientes de dos, tres, cuatro y hasta cinco hombres, pues que, a ver, con lo espabiladas que son las semillas, todas las precauciones son pocas. O hablaban de que la Tal, alguna conocida, se había quedado empuñada a la primera y hubo de acudir a la abortera. O bien de que habían de aprovechar la bonanza económica en la que vivían, pues ya vendrían las vacas flacas. Y en este punto, le decía Matilda a Marica que se casara con un viudo de pelusa, como había hecho una antigua compañera suya, que había maridado con un viejo, reviejo y, ya viuda, se había permitido el lujo de fundar un pósito pío, nada menos que para atender a doncellas descarriadas y que, merced a sus dineros, había sido aceptada en el ropero de la iglesia de San Gil y hasta era llamada «doña».

O parecido hablaban y, después de una larga noche, desayunaban, le quitaban el paño negro a la picaraza, que no se había movido del balcón, le llevaban de comer y se metían en la cama hasta el mediodía, para volver a empezar. Cierto que en los días siguientes fueron notando el descenso de la clientela y lo achacaron a que estaban saliendo varias compañías de la ciudad, unas, hacia Daroca, La Almunia y Calatayud, otras, hacia Tudela, e incluso se lamentaron del apresuramiento de los que venían. Y es que llegaban exaltados, deseosos de cobrarse la sangre del enemigo y de dar la propia sangre por la patria, repitiendo una frase que, al parecer, había pronunciado el capitán general: «O vencer, o morir», y muchos no venían a yacer, pues se contentaban con hablar, y ellas no tenían vergüenza para cobrarles por lo que no

habían hecho, en razón de que, aunque eran asaz desvergonzadas, también tenían su honrilla, y eso que les costaban dinero, pues habían invitado a los hombres a beber. A más que, se enteraban de los últimos sucesos, y se holgaban al saber que Castilla la Vieja se había soltado del yugo francés y se había levantado también contra el tirano, y por las victorias de los aragoneses. Como aquello de que los paisanos habían hecho prisionero a un general francés que, con una tropa de doscientos dragones a caballo, había sido conducido a Zaragoza y expuesto en la casa de los Gigantes para que lo vieran todos los vecinos, siendo que el tipo venía nada menos que a tomar posesión del mando militar de la ciudad, por orden de Murat. Se regocijaban con lo que les contaban sus clientes, por supuesto, pero a menudo dudaban, como con lo del general y los doscientos dragones, pues que, ¿no les había comentado un guardia de Corps, aquel desertor venido de Madrid para sumarse al ejército de Aragón, que la caballería de Napoleón era invencible?

\* \* \*

Con los batallones de Tauste, vino una jotera, una dicha Marisancho, y fue delirio. Porque entraron los militares y algunos paisanos que los seguían, con sus músicas por la puerta del Ángel, todos con la escarapela roja en el sombrero. Lo primero que hicieron fue dirigirse al Pilar, para, en la entrada, asonar sus trompetas y tambores y, tras un silencio, solicitar que cantara la dueña, subida en un carro para que la vieran todos y claro, la Marisancho se hizo famosa al instante. En razón de que cantó lo de:

*La Virgen del Pilar dice  
que no quiere ser francesa...*

Y, al momento, los presentes corearon aquella jota que ya venía arrancando lágrimas a la vecindad. Y, entrados en el templo los de Tauste e infinita gente, en la Santa Capilla, la jotera volvió a cantar la misma jota, una vez y dos y, a la tercera, por orden del señor arcipreste, se sumaron a ella los infanticos y, como la una y los otros parecían los mismísimos ángeles, fue delirio.

Gozo este que se extendió por toda la ciudad, pues que los de Tauste, antes de presentarse en el castillo para alistarse y recibir destino, fueron con los infanticos también, a cantarle al señor arzobispo, al señor Palafox, al cura Sas, de la parroquia de San Pablo, al padre Boggiero, del colegio de los Escolapios y a otras personalidades que ya se habían distinguido por su amor a la patria. El caso es que anduvieron varios días de un sitio a otro, la Marisancho, acompañada de sus paisanos con bandurrias, cantando, con su voz de oro, levantando los ánimos de los zaragozanos, que falta hacía, pues se acababa de conocer que un ejército francés, al mando del general Lefebvre había salido de Madrid con 6.000 infantes, 1.000 caballos y 6 piezas de artillería, para rendir a los habitantes de Zaragoza, que, como

dicho es, estaban dispuestos a vencer o a morir y, de consecuente, a no rendirse jamás.

Y eso, que vinieron bien las jotas de la Marisancho, que estuvo un tiempo y volvió a su pueblo, a sus quehaceres, más contenta que unas pascuas, pues que había sido vitoreada y agasajada por gente gorda y gente menuda. Que, en viéndola en la plaza del Mercado, rodeada de sus compadres, subida en el carro y cantando su repertorio, la señora condesa de Bureta la invitó a comer a su mesa, tanta debía ser la admiración que le tenía, puesto que solo daba silla a los de su clase, salvo el día de Navidad, en el que sentaba a un pobre. Y debió darle buena vianda, buen vino, a más de platicar con ella, dado que, según contó luego la jotera, ella le había hablado del mucho trabajo de la mujer campesina, pero sobre todo de lo mucho que le gustaba cantar y mientras la dama le había preguntado si las gentes de las Cinco Villas se habían hermanado para hacer frente al maldito invasor que subyugaba a España ocho meses ha, alegrándose sobremanera al recibir una respuesta afirmativa, por lo que bullía en su cabeza: aquello de que con una causa magna no harían falta gobernadores.

Y más que hubieran platicado las dos mujeres seguramente, pero el gentío reclamaba a la jotera desde la calle y hubo de atenderlo y cantar desde el balcón de la condesa. La escucharon Agustina y Quimeta, que pasaban por allí, y la aplaudieron, pero, se largaron enseguida, pues creyeron ver al Tomás, el tonto, y pusieron pies en polvorosa.

\* \* \*

La señora Casta y su hijo, Pablos, también se detuvieron a oír a la cantora. El chiquillo, aunque estaba situado lejos, la acompañó y recibió felicitaciones de los que estaban por allí, por su voz de ángel, y más hubiera recibido de quedarse un rato más, pero su madre no quería pues que estaba contrariada. A ver, que el canonje que les daba clase de canto a los infanticos, al ir a recoger al fruto de sus entrañas, le había comunicado que se cerraba la escuela y que no habría más clases hasta que los españoles repelieran a los franceses invasores, otro tanto que sucedía con la universidad y otras escuelas de la ciudad. Con lo cual su hijo estaba de vacaciones y, como ella tenía que trabajar, habría de dejarlo solo en casa y, como lo conocía, no le cabía duda que se dedicaría a ir de un cuartel a otro, a ver a los militares ya que continuaba con la perra de ser soldado e ir a la guerra de Palafox. E iba regañando al crío, instruyéndole para el día siguiente, prohibiéndole salir de la casa, permitiéndole, eso sí, mirar por la ventana, diciéndole que, para comer, se sirviera en un cuenco y que no metiera la cuchara en el puchero, que no se le ocurriera encender el fuego y que, para no aburrirse, escribiera en sus cuadernos o estudiara en sus libros, cuando se encontró con María Lostal y sus tres hijos en la calle del Portillo. Y fue que los niños de la vinatera, ora el mayor, ora el mediano, desobedecían a su madre, que



llevaba al pequeño en un brazo y un cesto en el otro, y se dedicaban a cruzar la calle a la carrera, el caso es que la buena mujer no podía hacerse con ellos y que por allí circulaban carros y carretas. Y fue que, apenas llegó Casta a su lado, dejó el cesto en el suelo y le entregó al niño y que, desesperada, llamó a sus demoñeros y estos se alejaron, sabedores de que les caería algún capón, pues no en vano los amenazaba con la mano abierta. Pero, ya fuera por saber con quién hablaba su madre, ya fuera porque les llamó la atención el chico, que era bastante mayor que ellos, se les unieron y, pese a lo que se habían maliciado, no se llevaron ningún golpe, al revés. Pablos les dio un caramelo de malvavisco que le había dado el canónigo, de despedida, y los otros se lo partieron como buenos hermanos, sin porfiar.

Tras aquel encuentro, Casta Álvarez supo que María, se llamaba María, que tenía una tienda de vinos, y que su marido estaba sirviendo en el castillo bajo las órdenes de don Mariano Cerezo. María supo que Casta, se llamaba Casta y su hijo Pablos Álvarez Álvarez, que era viuda, y que, para ganarse el pan, repartía la comida de la madre Rafols y, cuando le preguntó la otra por qué el chico se llamaba Pablos en vez de Pablo, ella le contestó: Porque cundía por tres, y no tuvo que explicar nada más, pues María lo entendió enseguida.

\* \* \*

Alguien que debía tener mucha prisa, llamó a la aldaba de las hermanas Zaragoza. Agustina, que tenía el sueño más ligero, se asomó a la ventana y, como era noche oscura, no vio nada. No obstante, como seguían aporreando la puerta, preguntó:

—¿Quién vive?

—Soy Juan.

—Soy Manuel.

Respondieron dos voces al unísono. Y, ay, Señor Jesús, que era Juan, su marido. Llamó a su hermana y bajó las escaleras de dos en dos, para retirar la tranca y fundirse con su esposo en un largo abrazo, otro tanto que haría Quimeta con el suyo, un instante después.

Y, ay, Virgen de Montserrat, Virgen del Pilar, ay, Santa Eulalia bendita, que, sin podérselo creer, estaban las hermanas en brazos de sus maridos, dejando que se las comieran a besos y, mira, las dos en camisa de dormir. Mejor, dijeron los maridos y las tomaron en brazos, las subieron al piso, las acomodaron en sus camas, cerraron la puerta, dejaron el fusil y el macuto en el suelo, se quitaron las cartucheras y el uniforme, lo colocaron en una silla, orinaron y se acostaron con ellas. Ellos, sin pedir un bocado y sin echarse un vaso de vino al colete, y ellas, sin lavarse la cara, para volver a abrir la puerta pasado el mediodía, y no es que la abrieran por gusto o para orear el cuarto, que no, que la abrieron porque alguien llamaba.

Era un piquete de soldados que, por orden del capitán general y gobernador, iba por las casas a requisar las armas que tuvieran los vecinos, para con ellas armar

batallones. Agustina, que se echó una manteleta por los hombros y bajó a abrir, respondió, sin pensar, que no tenían armas, lo que era falso, en razón de que su marido y su cuñado habían traído los fusiles y llevaban las cartucheras repletas, pero fue que, con la emoción, no se había fijado tal vez, y nada tuvo que decir más, porque bajó Manuel en calzones, pero con la guerrera puesta, enseñando sus galones y, mientras su mujer y la cuñada se lavaban en una palangana, vaciaban los orinales en la calle, al aviso de «agua va», y preparaban el desayuno, que, en realidad, serviría de comida por lo avanzado de la hora, el cabo segundo, Manuel Paredes, tras manifestar su extrañeza por lo absurdo de la orden, pues que, ¿cómo habían de defenderse los paisanos?, estuvo hablando con sus compañeros de la gesta del Bruc durante mucho rato, tanto que se le enfriaron los huevos del desayuno.

Lo mismo que les contaba Juan a Agustina y a Quimeta, ya sentado a la mesa, que Manuel y él cabalgaban de avanzada por el término de Esparraguera para precaver sorpresas, conocedores de que el general francés, llamado Schwartz, había pernoctado en Martorell el pasado día 4 de junio con algunas tropas, y que el resto de su ejército había sido detenido por un aguacero de antología, de los que descargan por allí, por lo que no llegó a esa localidad hasta el día 5, y que, como persistió el temporal, no abandonó la plaza hasta el día 6. Que entonces ellos, en sabiendo el movimiento de los enemigos, se aprestaron a la acción, a hacerle frente de la única forma que lo podían hacer, llamando al somatén, pues su regimiento estaba acuartelado en Balaguer. Y eso que, por su cuenta, se presentaron en Esparraguera, en el Bruc, en Monistrol, en Odena y en todas las masías que encontraron en su camino, y aún enviaron mensajeros a Manresa, Igualada y Capellades, por si el bramido del viento no dejaba oír a las gentes el rebato de campanas. Con éxito, con extraordinario éxito, pues los hombres, todos valerosos y bragados, respondieron al unísono contra el francés y se fueron presentando en Esparraguera con sus armas y, pronto, se pudieron formar batallones. Y ellos dos, los únicos militares del lugar, como conocían muy bien el terreno, decidieron ir, el uno, al alto del Bruc con la mitad de los hombres y, el otro, quedarse en el pueblo con la otra mitad.

Tal hicieron, separarse. Juan fue al Bruc y Manuel quedóse para llevar a cabo el plan que habían convenido con los payeses: permitir que el enemigo pasara por Esparraguera, como si de un paseo militar se tratara, y atacarlo en lo alto del Bruc, emboscados los hombres entre las rocas y los pinos.

Y, en efecto, la vanguardia francesa dejó atrás la mencionada plaza y otro tanto la retaguardia que llevaba artillería también, y continuó por la carretera hacia Zaragoza. Y fue que a las 11 en punto, apareció una columna por las cuestas y revueltas del Bruc. Cuando se encontró a tiro, Juan ordenó disparar y los coraceros enemigos fueron sorprendidos por una descarga de fusilería que mató a varios. De tal manera que se replegaron, desconcertados, sin saber de que parte venía el ataque, pero, a poco, avanzaron formando una columna de tiradores que desalojó a los españoles del pinar y se pusieron en fuga hacia Igualada, momento que los franceses aprovecharon

para distribuir el rancho y comer. Pero, hete aquí que los que huían se toparon con el somatén del pueblo de Sampedor, unos cien hombres al mando del cura Viñas y al son del tambor de un mozalbete, un dicho Isidro Lusá, y fue que, ante el refuerzo, Juan, y todos con él, decidieron volver al Bruc, el Isidrico abriendo la marcha con su tambor. Y ya fuera el eco que el instrumento producía en el lugar, ya fuera la Virgen de Montserrat, que bendecía a los payeses desde su altura, ya fuera porque los de Igualada llevaban su famoso pendón del Santo Cristo, que más famoso sería después del Bruc, el caso es que los franceses optaron por retirarse y deshacer el camino andado, para ser, ay, baleados, de noche ya, por Manuel y sus payeses, que habían convertido la vía principal de Esparraguera en una barricada insalvable, a más de apostarse en ventanas y tejados. Intentó el general francés atravesar la calle, pero no pudo, por eso dividió sus fuerzas, unas, por la derecha, otras, por la izquierda, y salió por las afueras hasta alcanzar el camino de Martorell.

—¿Y tú mandabas a todos? ¡Qué valor, Dios de los Cielos! —le preguntaba Agustina a su marido.

—Luchaba con bravura, como los demás —respondía.

—Fue una escaramuza, pero los derrotamos. Los catalanes hemos sido los primeros en vencer a los malditos franceses —intervenía Manuel, que estaba ya sentado en la mesa.

—Menos mal que las mujeres de militares no sabemos de los muchos peligros que corréis.

—Rezamos mucho por vosotros.

—Gracias a nosotros, los enemigos no han llegado a Zaragoza.

—Vienen, vienen más, por el oeste.

—Eso se dice.

—¿Y el chiquillo, el tamborino, Isidro?

—Un chiquillo, un auténtico crío, con más valor que ninguno.

—Si la batalla fue el día 6, ¿cómo habéis venido tan pronto?

—Estamos a 9.

—¿Os han dado permiso?

—El 7 llegó a Esparraguera nuestro capitán y, al enterarse de la gesta, nos dio permiso.

—Sí, hemos venido a trote cochinerero, como se dice, cambiando de montura en todas las postas.

—Para veros.

—¿Cuántos días vais a estar?

—Mañana nos vamos ya.

—¿Mañana?

—Una pregunta, Manuel...

—¿Dime, Agustina?

—Los hombres del piquete venían a buscar armas, ¿cómo es posible que quieran

dejar sin armas al vecindario? ¿Con qué se defenderá?

—Son órdenes absurdas... Los generales y gobernadores a veces dictan órdenes sin la menor cabeza.

—Bueno, dejemos ese asunto.

—Ah, os hemos traído dinero de las pagas y un regalo.

—¡Ah!

—¿Un regalo?

—¿El qué?

—Unas basquiñas de madroños...

—¡Oh!

—Dios mío, una basquiña de madroños...

—Vamos, Agustina, que lo llevo todo en el macuto.

—Vamos, Quimeta, que te lo doy.

Los dos matrimonios volvieron a la cama. Cierta que, mediada la tarde, Agustina le dijo a Juan que deberían ir a visitar a la Virgen del Pilar, para darle gracias porque todavía viviera y para que lo mantuviera con vida durante la guerra y, como Quimeta la oyó trastear en la cocina, salió a ver, y ya se fueron todos. Ellos con sus uniformes bien cepillados y con sus botas bien lustrosas, ellas con sus ropas de domingo, con sayas de mucho vuelo, chaquetillas bordadas de pasamanería y estrenando las basquiñas de madroños.

Y anduvieron en pareja, cogidos del brazo, hablando de sus cosas, y llamando la atención, ellos por sus atildados uniformes, ellas por sus basquiñas, y todos por su apostura. Ellos, además, por ser quienes eran, pues no en vano, Manuel había narrado lo de la batalla del Bruc y la noticia se había corrido por la ciudad aprisa, aprisa, dado que la ciudadanía estaba ansiosa de victorias. El caso es que la gente les detenía y les preguntaba queriendo conocer los hechos con detalle, para terminar felicitándoles y llamándoles héroes, y agradeciéndoles, como no podía ser de otra manera, que ellos con unos centenares de payeses hubieran impedido la llegada de los enemigos a Zaragoza por el este. El caso es que les fueron dando enhorabuenas hasta en el Humilladero de la Virgen, lo mismo que al volver a casa, orgullosos todos. Los dos hombres por haber hecho lo que habían hecho y los demás porque, aunque no ellos mismos, otros hubieran hecho lo que aquellos dos militares habían llevado a cabo.

Enterado el capitán general Palafox de la presencia en Zaragoza de los dos héroes del Bruc —tal título les dio—, pensó en convocarlos y así lo comentó con sus ayudantes, pero consideró mejor posponerlo para el día siguiente, pues que dijo que, como eran jóvenes, mejor pasaran la noche con sus esposas, y a todos les pareció acertado. Y tenían que redactar un bando que diera noticia de la sesión de Cortes que habían celebrado por la mañana con todos los procuradores del reino reunidos, y ya habían llegado a Capitanía el padre Boggiero y el secretario con el acta que había levantado, pues que se requerían importantes órdenes para la buena gobernación.

Pero ni bando ni nada. No hicieron nada, salvo recibir un correo venido de

Valladolid, pues que, lo permitió el Señor, después de las buenas noticias del Bruc, llegaron malas nuevas de Castilla la Vieja.

\* \* \*

Las costureras de la fuente del Portillo conocieron antes que el capitán general y sus edecanes, las malísimas noticias, los desafueros y los crímenes, que habían cometido los franceses por la parte de Palencia, pues detuvieron al correo que las traía y le ofrecieron agua fresca, vino y fruta y hasta le alcanzaron una silla, porque venía agotado por una larga cabalgada. Y el hombre se apeó del caballo, y descargó la congoja que, como buen español, llevaba en su corazón y, a su pesar, la repartió entre sus oyentes, que lo escucharon mudos.

Que un dicho general Lasalle había incendiado la localidad de Torquemada, en razón de que se encaminaba con sus tropas, con sus numerosas tropas, hacia Valladolid para someter a la ciudad y se había encontrado con el puente del río Pisuerga, en aquella localidad, cortado con carretas y cadenas y unos cien vecinos dirigidos por el cura Juan Tapia, que les hacían frente con fusiles y trabucos. Que la caballería francesa había pasado como una tromba por el puente y sobre la barricada, en persecución de los que osaban hacerles frente, para quemar el pueblo y pasar a cuchillo a la población, no sin antes violar a sus mujeres, y luego hacer lo mismo con las monjas de un convento cercano.

Los oyentes se quedaron sin palabras ante tanta tropelía, no obstante, le indicaron al correo que siguiera calle adelante hasta Capitanía. Pero fue que María Agustín, que era mujer de redaños, u otra mujer valerosa, se comió el dolor y el miedo, cuando ya otro ejército venía hacia Zaragoza por la orilla derecha del Ebro, y gritó:

—¡Muerte a los franceses!

Fuera o no fuera María, el hecho fue que la siguieron compadres y comadres gritando: Muerte a los invasores, viva España y Palafox. Y la arenga, pese a estar archirrepetida, enardeció el barrio y se extendió por la ciudad. Y hubo conatos de agresión hacia los vecinos de origen francés, pero, sobre todo, vocerío contra ellos, mientras las cuadrillas de los alcaldes de barrio los desalojaban de sus casas y los llevaban a la cárcel de la puerta de Toledo y al castillo para salvarles la vida, tan crispados andaban los ánimos. Bien que las gentes, al conocer la gesta del alto del Bruc, se sosegaron un tantico.

Al día siguiente, la población se albrició incluso, porque llegaron a la ciudad unos 10.000 hombres, entre solteros y casados, que habían sido reclutados en la tierra baja de Aragón, y otros muchos, sueltos algunos, otros en cuadrillas. Pero todo volvió a trastocarse enseguida porque los franceses que vivían en la ciudad fueron puestos en libertad y se organizó una algazara, otro tanto que sucedería en las jornadas siguientes.

\* \* \*

Para cuando el correo de Castilla contó, lo que contó en la puerta del Portillo, y María Agustín, u otra comadre, gritó lo de «mueran los franceses» o semejante, los maridos de las hermanas Zaragoza ya habían abandonado la ciudad, pues que salieron antes del alba para incorporarse a su regimiento, ignorando que Palafox hubiera deseado hablar con ellos. Hasta la cuadra, los acompañaron sus mujeres, llorando. Los vieron ensillar los caballos y pagar al amo del negocio por la estancia y por el heno de las bestias; los vieron hacer y respondieron a sus miradas que a ellas tantas cosas les decían, aunque ellos siquiera movieran los labios. Y ya las llevaron cada uno a un rincón y las besaron largamente, para montar, asentarse en la cabalgadura y picar espuelas. Y ambas se quedaron con un hondón en el alma, en razón de que no sabían cuándo volverían y si lo harían con vida.

Dijeron de comprar una vela e ir al Pilar, a oír misa de Infantes. Y se sorprendieron al entrar, pues que estaba el templo lleno de gentes, de hombres viejos y mujeres de todas las edades, sin duda rezando por sus deudos, por los que se habían ido y por los que venían de los pueblos de Aragón y otros reinos, para que lucharan con ardor contra el francés y lo arrojaran presto del suelo español o, cada uno, para mitigar su pena, ya que allí se respiraba dolor, tal mostraban los rostros carihoyosos de los presentes. O incluso para repartir el duelo que pudieren llevar en su órgano rector, hasta con la Señora, que entendía de penas pues fue madre y esposa.

Les llamó la atención que hubiera canónigos, racioneros, beneficiados y maceros y lo que fueren, vigilando, como el mismísimo Cancerbero, y que no dejaran entrar al personal en las capillas. Se adujeron que estaban custodiando las cosas buenas, las imágenes, los cálices, las patenas, los palabreros, el oro y la plata, en fin. Con motivo, pues que allí no cabía un alfiler y, entre tanto personal, habría buenos y malos. Y abandonaron el lugar entre apreturas siendo además que llegaba una mujer andando de rodillas desde sabe Dios dónde, por cumplir algún voto, y era menester juntarse más para hacerle paso. En fin, que respiraron mejor al encontrarse fuera del templo.

Tomaron calle hacia su casa. Se detuvieron en la plaza del Mercado a comprar garbanzos y abadejo para el puchero; silenciosas las dos y asaz tristes, después de todo.

\* \* \*

La condesa de Bureta y su hija María de los Dolores, después de oír misa en San Felipe, se personaron en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia a visitar a la madre Rafols y llevar dos barquillas de cerezas y, como siempre, fueron muy bien recibidas. Tras los saludos, la superiora sugirió que la niña repartiera las cerezas entre los enfermos que pudieran comer, entre los tullidos y borrachuzos que tenía previsto

enviar a sus casas aquella misma tarde, para cuando comenzaran a llegar heridos y necesitara las camas. Y, a eso, se pusieron a recorrer las salas, el cochero de la señora condesa con el peso, la pequeña repartiendo a puñados cerezas, los enfermos agradeciendo la inesperada dádiva, los médicos y capellanes que se unieron a la comitiva admirando la donosura de la criatura, la superiora y la condesa contentas ambas, las otras monjas menos contentas, pues que habían de recoger los huesos y hubieron de habilitar un paño para echarlos, tragándose la repugnancia que produce un hueso mondo. Y todos queriendo conocer las últimas noticias, sabedores de que la de Bureta estaba muy bien informada, por su novio el barón de Valdeolivos, que era una autoridad y tenía prédica ante Palafox.

Y, la verdad, después de comentar la victoria del Bruc, al Señor sean dadas muchas gracias, y de lamentar la matanza de Torquemada, por cuyas víctimas ya se había celebrado misa en el hospital, los oyentes de la dama se llevaron una desilusión. Porque, según afirmó la condesa, el marqués de Lazán no tenía datos fijos de dónde paraba el grueso del enemigo, si todavía estaba en Logroño o en Milagro o, mucho más cerca, en Tudela, y es que los correos eran interceptados, y que, además, mandaba una tropa recién escudillada, asaz espantadiza, que disparaba al menor ruido, a la menor confusión, al menor grito, sin ton ni son, queriendo defenderse como fuere de enemigos inexistentes, pues que todavía no se habían avistado los ejércitos napoleónicos, o queriendo librarse de fantasmas, pues que estaba atenzada por el miedo y, en consecuencia, derrochaba las municiones, cuando hasta los frailes de los conventos se habían puesto a hacer cartuchos y la pólvora no sobraba precisamente.

Y todos movían la cabeza, porque no se podía esperar nada bueno y sí mucho malo.

—Menos mal que sus mercedes tienen el hospital preparado para cualquier contingencia —declaró la condesa al despedirse.

Y sí, sí, en aquella santa casa, todos estaban preparados y dispuestos a afrontar lo que el Señor les deparara.

\* \* \*

En la tertulia del boticario Perales, pese a que había quedado diezmada, dado que los jóvenes se habían alistado, no por gana, sino porque todos lo hacían, se comentó largamente que el bando del Ayuntamiento, y el subsiguiente levantamiento del pueblo zaragozano contra Napoleón Bonaparte, había sido ilegal y se sentenció que lo que mal empieza, peor acaba. Se habló también de la paupérrima situación en la que se encontraba el antiguo capitán general del reino de Aragón, el viejo Guillelmi, que, preso en el castillo por no haber sido traidor, comía de prestado. Se echaron en cara unos a otros que los dos hombres que comisionaron para liberarlo de su injusto cautiverio, hubieran resultado asaz cobardes, a más de necios, pues que, en vez de

repartir el dinero que llevaban entre los mandos de la Aljafería —a unos más a otros menos, menos al de menor graduación—, le habían pretendido dar todo al comandante, a don Mariano Cerezo, hombre íntegro donde los haya y ciento por ciento patriota, actuando sin la menor sutileza, que es la mejor arma del soborno para que el sobornado no se sienta ofendido. Y unas tardes las empleaban en vituperar a los que habían comisionado y alegrarse de que estuvieran en prisión por necios y estúpidos y, por el contrario, otras, en alabarlos reconociendo que, aunque hubieran sido ineptos, también habían sido leales con sus contertulios, antes y después del jaleo que se organizó en la Aljafería, a más de que continuaban presos y sin denunciarles, lo que era muy de agradecer, ¿o no?

Pues sí, pues sí, pues no en vano los comisionados y todos los presentes en la rebotica de Perales eran hermanos de logia, de la primera logia masónica que pronto, muy pronto, sería constituida en Zaragoza, en cuanto el rey José, que ya descansaba en Bayona y recibía instrucciones de su hermano el emperador, hiciera su entrada triunfal en España y promulgara una Constitución semejante a la francesa o en práctica el llamado Estatuto de Bayona, o en cuanto el general Lasalle derrotara al marqués de Lazán y ocupara la ciudad sin derramar una gota de sangre o a la brava, como fuere.

\* \* \*

El 13 de junio, anduvieron las autoridades de un lugar a otro, de la Capitanía General al Ayuntamiento, del Ayuntamiento a la Audiencia, al Palacio Arzobispal, a la casa de Palafox, al cuartel de Convalecientes, al castillo, etcétera, en un continuo ir y tornar, como si ocurriera algo especial, algo más que ayer. Y, por supuesto que sucedía, acontecía que se había recibido una carta de la Junta de Bayona, es decir, de los notables que habían acompañado a los reyes a aquella ciudad y que ya o pronto constituirían el séquito del rey José I, y lo servirían. Una carta, expedida en la ciudad francesa el pasado día 4, firmada por duques, condes, ministros y prohombres, y dirigida a los ciudadanos de Zaragoza con la manda de que depusieran la insurrección e instándoles a entregar las armas, asegurando que los amotinados desconocían cuál era su propio bien, avisándoles de lo que ya sabían: que el emperador de los franceses y rey de Italia había enviado tropas para sofocar su rebelión y amenazándoles con los mayores males para ellos y la España entera.

Lo que más les enojó de la carta fue aquel párrafo que decía: «*Algunos habitantes de Zaragoza, mal aconsejados y desconociendo su propio bien...*». Y, dada la carta a la imprenta y leída, en un despacho y en otro, las autoridades bramaban, porque, veamos, ¿quién, rediez, era el emperador Bonaparte, quiénes, pardiez, eran los de la Junta: los Infantado, Santa Cruz, Fernán Núñez, Ceballos, etcétera, para repartir su «bien» y para que solo hubiera un «bien», el suyo, en el mundo todo? ¿Quiénes eran para decidir cómo y qué había de ser la felicidad de los españoles?



Que no, que no harían pública la carta, pese a que ya estaba impresa. Que retiraran los impresos, que los llevaran todos al despacho del Capitán General, que se encendiera la chimenea y se quemaran. Que todos los conocedores del escrito guardaran silencio absoluto sobre el particular, pues que estaban muy encrespados los ánimos del vecindario, como era patente, puesto que por cualquier nimiedad ya se venían organizando algaradas, y las gentes en la calle son de temer, dado que del grito, pasan al vocerío y del vocerío al atropello de personas y cosas. Y no, que no se hiciera pública la carta, por Dios y por el bien de España.

Así las cosas, no se publicó, y los que supieron de su existencia y contenido, cumplieron órdenes y guardaron silencio. Afortunadamente, porque pasadas las 10 de la noche, se conoció que las tropas del marqués de Lazán habían sido derrotadas por el enemigo. Y, cuando, a las pocas horas, se presentó el mariscal que había salvado su vida cruzando el Ebro en una barca, ante su hermano José, se supo que el ejército aragonés no había sido derrotado, en sentido estricto, si no que, pese a que algunas compañías habían combatido al francés con bravura y decisión, las más, las compuestas mayormente por paisanos, habían huido a la desbandada, entre las localidades de Tudela y Mallén.

—¡Maldita sea!

Se dijo que dijo el capitán general. Lo mismo que expresó al día siguiente cuando recibió carta del general Lefebvre instándole a la rendición por el bien del reino, de la ciudad y de sus habitantes, y manifestando su disposición de pasar a todos a cuchillo; cierto que añadió con vehemencia:

—¡No, no y no!

Y como lo secundaron todos sus ayudantes, dispuso que se fortificaran con artillería los accesos a la población: el camino de La Muela, la Casa Blanca, los puentes de la Huerba y la ronda por la parte del Ebro.

\* \* \*

Agustina y Quimeta habían pasado el día en casa, haciendo limpieza, cambiando las sábanas de las camas y lavando las ropas que dejaron sus maridos, a ratos, sollozando, a ratos, lagrimeando. A lo más, llegándose a la ventana para distraerse con el tráfico urbano, con la conducción de presos hacia el castillo o con el paso de escuadrones de soldados, para compararlos, sin poderlo remediar, con sus maridos, pues ya podían poner interés capitanes y sargentos, que un ejército no se improvisa, tal sostenían. Y repetían lo que habían escuchado a Juan y a Manuel que, durante su corta estancia o en ocasiones anteriores, les habían hablado, como no podía ser de otro modo, pues eran lo que eran, de que la mayor virtud del ejército era la disciplina, nombre de una diosa que habían creado las legiones romanas, siglos ha, para subyugar al mundo habitado. Que la palabra «disciplina», aparte de ajustar a unas ordenanzas la vida militar, significaba obediencia, lo más difícil de todo, pues que los

militares, tanto el mal soldado como el buen soldado, vivían con el miedo a la izquierda y con el terror a la derecha, con una sensación que no se podía describir, que había que vivirla, cuando era menester avanzar entre las descargas de fusilería y de artillería del enemigo, por ejemplo, o para conquistar una posición o cruzar un río, amén de dominar el caballo, que andaba más espantado que el jinete, o hacer frente a una carga de caballería o mantener una altura o recuperar una fortaleza, o hacer lo que fuere, en fin.

Y eso que, como los dos sabían leer y escribir, hablaban muy bien, a ellas, que los escuchaban con atención, algo se les quedaba en sus seseras. Pero nunca hubieran imaginado adónde había llegado la indisciplina del ejército aragonés que, mandado por el marqués de Lazán, pocos días antes, había salido hacia Tudela en busca de los franceses, siquiera lo hubieran llegado a pensar sus maridos, pese a que tenían experiencia en las grandezas y miserias de las armas.

Y fue que comenzaron a pasar por delante de su casa, carros y carros cargados a rebosar de sacos y baúles, como si sus ocupantes huyeran hacia otra tierra o fueran de mudanza, y gentes alborotadas y, a poco, oyeron a sonar las campanas a rebato. Y fue que la señora Casta debió verlas, apoyadas en el alféizar de su ventana, y se llegó a su puerta, y ellas, al verla, bajaron a ver qué quería. La dueña les preguntó si habían oído el bando de Palafox convocando a todos los vecinos en el Campo del Sepulcro a las 2 de la madrugada para formar compañías, que se enfrentaran a los franceses en un último intento de detenerlos antes de que se presentaran en Zaragoza y, como le respondieron que no, la dueña les aseguró que los enemigos entrarían pronto en la ciudad. Les dijo, además, que iba en busca de su hijo Pablos, que, seguro, estaría donde hubiera soldados. La acompañaron para que no fuera sola, encontraron al chiquillo, y vieron salir varias compañías, compuestas de miles de hombres, para tratar de detener al francés en campo abierto. Aquella noche se acostaron muy tarde.

\* \* \*

Quizá uno de los primeros muertos de la batalla o de la desbandada de Mallén, lo que fuere, pues se llamó de todos modos a aquel hecho de armas, fuera Francho, el zapatero de la calle de San Pedro, el posible novio de Manuela Sancho. Pues que Isidro, el presunto novio de Juana, la amiga de Manuela, al regresar a Zaragoza, aseguró que estaba con él y con otros desayunando, calentando vino en un perolillo, sobre el trébede, cuando se escuchó una detonación que dejó a todos petrificados de miedo y que, como allí, en el campamento, el miedo se quitaba tiroteando, sus compañeros echaron mano al fusil y comenzaron a disparar en todas las direcciones, a todo lo que se moviera. Y a Francho que, mala suerte, en ese fatídico momento, salía de la tienda, y le dieron de lleno para caer muerto, ¡ay, Señor! Al pobre Francho, el primer muerto de su compañía y antes de avistar a los enemigos. Aunque luego hubo más, hubo muchísimos, en razón de que buena parte de los hombres, sin pararse

a preguntar qué había sucedido, tras terminar con sus cartuchos, se largaron sin hacer caso a las voces de mando de los sargentos y cabos, que querían detenerlos, y se desbandaron por los cuatro puntos cardinales...

—¡Cobarde! —empezó a gritar una mujer de las de la fuente del Portillo.

—Acabo de regresar, he caminado más de dos leguas, he pasado calor y sed, y me voy a volver a alistar. —Y atacaba—: ¡Cállate, puta!

Se defendía Isidro, que se encontró en un brete, porque las mujeres que habían cosido millares de cartucheras y le habían ofrecido agua fresca, ya pedían horca para él y, si salió con bien de aquel lugar, fue porque la más moza de todas, una llamada María Agustín, dijo que lo dejaran estar, que no merecía la pena ahorcar a un pobre hombre, y le hicieron caso, pese a ser tan joven. Vaya su merced a saber por qué.

\* \* \*

Matilda, alarmada ante el descenso de la clientela, sacó sus ahorros del cado de la chimenea, contó las monedas y se albrició, pues pensaba que tenía menos; fue al huerto, revisó los albergeros, los melocotoneros, las higueras, las tomateras, por echar cuentas de la cosecha, y las lechugas; fue a la cuadra, acarició a la mula y otro tanto hubiera hecho con las gallinas del corral, pero no se dejaron tocar, recogió los huevos y, contenta, porque en su casa había mucho que comer, le dijo a Marica de salir al camino de Huesca, sin ramos de romero en el cinturón, en busca de noticias, dado que clientes no habría durante la jornada.

A poco, detuvieron una tartana que regresaba de la ciudad. Era la tía Engracia, la lechera, que volvía con sus cántaros vacíos a su vaquería, y que, aunque era mujer honrada, nunca les había hecho desprecio, quizá porque era demasiado vieja y había visto mucho. Les informó de la situación, de la desastrosa situación, de que los enemigos estaban a una legua de Zaragoza, si no a media ya; de la derrota de las tropas, de que los hombres habían huido como gallinas, sin orden ni concierto, mientras se santiguaba una y otra vez y se tentaba la medalla que llevaba colgada del cuello.

Ante noticias tan malas, Matilda buscó en el fondo de un arcón una pequeña imagen de plata de la Virgen del Pilar que tenía de *in illo tempore*, de cuando no era puta, vamos. La lustró con un paño y la colocó en lugar visible, en la alacena, para que las preservara de los franceses. Y ya siguió con el recuento de alimentos, pues subió a la falsa y revisó los perniles, los chorizos y la carne salada. Bajó al piso, se llegó a su dormitorio, se acercó al balcón y se dijo en voz alta, como si hablara sola, que tenía para alimentar un ejército y que las penas con pan son menos, pero, en realidad, se lo decía a la picaraza, que continuaba allí, pues que la tenía por un huésped o pariente y, a menudo, platicaba con ella.

\* \* \*

Estaba Manuela Sancho trajinando en la cocina, fregando en un pozal los vajillos de la comida, cuando a su puerta llamó una alcahueta y pidió hablar con su madre. Se presentó la dueña sin subterfugios, sin vender encajes ni frutas, como a menudo entraban las celestinas en las casas y, además, fue directamente al grano. Dijo venir de parte del tío Andrés, el rico labrador de Miraflores. La madre, en cuanto se enteró, sacó de la alacena un frasco de moscatel, le dio asiento en la mesa de camilla y allí estuvieron las dos, vaso va, vaso viene, amigadas incluso, tratando de convencer a la moza de que Manuel, el hijo del tío Andrés, era mejor partido que Francho y que la cuestión de los dineros era negocio muy a considerar. Y lo que decían:

—El amor se termina, y el dinero queda.

—¿Qué amor...? ¿Una mirada, dos, un susurro, un piropo o que te haga ronda un mozo, es eso amor?

—Ya se sabe: el que tuvo, retuvo, lo que viene bien para la vejez.

—¿Es que el hijo del tío Andrés no está en la guerra? —preguntaba Manuela.

—Se ha alistado, el primero; es un patriota.

—Entonces esperemos a que acabe la guerra.

—¿Por qué, niña, a qué esperar?

—Se puede comprometer el matrimonio.

—Lo tendré que conocer, saber si es alto o bajo, moreno o rubio, digo yo.

—Es alto y moreno.

—Puede morir en la guerra.

—Si fallece, Dios no lo permita, buscaremos a otro.

—No, no quiero pensar en novios. Madre, vamos, que llegaremos tarde al ropero.

—Iremos mañana.

—Me voy a casa de Juana.

—No se te ocurra salir de Zaragoza. Los franceses acechan.

—Sí, madre, no saldré, no pase pena.

—Ven pronto, antes de que se ponga el sol.

—Sí, madre.

Se encaminó Manuela a casa de Juana, le contó lo de la alcahueta, y ambas estuvieron hablando de novios, de mandos, de los hijos con que las bendeciría Dios, sin saber de la mala suerte del Francho, sin saber de la buena suerte de Isidro, que había llegado ileso a Zaragoza, tras la desbandada de Mallén y que se había vuelto a alistarse en los tercios, que pretendían detener a un enemigo que se encontraba cada vez más cerca de la ciudad, en Alagón, población situada solo a una legua de distancia.

\* \* \*

La condesa de Bureta hubiera preferido continuar con su tema, con que, en Zaragoza, las gentes seguían comportándose modélicamente y con que persistía la actitud de convivencia pacífica. Y aún hubiera deseado extenderse en que, pronto, no harían falta gobernadores, pero le fue imposible iniciarlo.

A ver, que sus invitados andaban encorajinados, en razón de que José Bonaparte, a su llegada de Bayona, había sido felicitado por todas las comisiones de diputados que habían acompañado al rey Fernando: por los Grandes de España, el Consejo de Castilla, por el Inquisidor General, el Consejo de Indias y hasta por los mandos del ejército, por una panda de traidores, en fin. Y nombraban a los Grandes, algunos de ellos sus parientes, a Frías, Híjar, Infantado, Osuna, Parque, Montellano, Fernán Núñez, Santa Cruz, etcétera.

Y se los imaginaban en un gran palacio, babeando ante el emperador; sirviendo al usurpador, comiendo a su mesa, eso sí, ricas viandas y mejores vinos; arrodillados ante doña Julia, la nueva reina de España, espantándole las moscas, suponiendo que esta hubiera acompañado a su esposo, a su regio esposo a la ciudad francesa. A Julie Clary, nacida en una familia de sederos de Marsella, que, a saber si era mujer ligera, pues que era la hermana mayor de Desireé, la que había sido novia del emperador, o puta quizá, o barragana al menos, casada con el todo poderoso mariscal Bernardote, que luchaba para conquistar Suecia del mismo modo, o parecido, que otros generales hacían en España, aunque no tenían noticias de aquel lejano y frío país. Y eso, que a saber si la reina Julia era mujer liviana.

Y los veían perdiendo el culo por ser nombrados ministros del gobierno que nombrara el rey José, y es que aquella tarde los contertulios estaban hasta groseros, incapaces de contenerse ante la dueña de la casa que era mujer remilgada. Y si no escupían al mentar a aquellos españoles y franceses, era porque estaban donde estaban, en una casa de pro, claro gesticaban y voceaban tanto, incluso con la boca llena, que más de uno se manchó la casaca con el sorbete que sirvió doña Consolación. Pero salieron de allí con una receta para quitarla, con el consejo de que dijeran a su criada pusiera la prenda a remojo durante toda la noche, en leche fresca.

## Capítulo

# 5

Desde Casta al trabajo, su hijo Pablos, desde el primer día en que se quedó sin gobierno de personas mayores, estuvo jugando en la calle al taco y a las canicas con algunos chicos de su edad, llamando a las aldabas de las casas y meándose por los portales, lo que suelen hacer los chiquillos. Luego anduvo de la puerta de Sancho a la del Portillo y de esta a la del Carmen, con un dicho Antoño, algo mayor que él y que, como él, también ansiaba ser soldado y por eso hicieron buenas migas. Querían los dos muchachos ir a la guerra para salvar la independencia de la patria y, como coincidieron en gustos y los dos llevaban almuerzo, estuvieron todo el día de puerta a puerta, platicando a veces con los guardianes, preguntándoles cómo se cargaba un fusil, cómo se disparaba y mil otras cosas de los cañones que había allí, dispuestos a agenciarse un palo y a aprender a ser soldados. Los hombres, como estaban mayormente aburridos, les enseñaban lo que habían aprendido durante la instrucción, a espaldas del sargento o del teniente, y hasta los enviaban a por agua a la fuente con un botijo.

A veces, si el jefe de la posición los encontraba en esta guisa, pues que el tipo no quería críos por allá, los chiquillos echaban a correr y, cuando estaban lejos, se detenían y observaban qué había ocurrido, dado que, en cierta ocasión, habían visto a un jefe abofetear a un soldado por distraerse en su puesto, por pedir agua cuando no debería haberla pedido aunque se muriera de sed por la mucha calor. Hecho que no era grato de ver, en efecto, aunque a ellos les gustaba verlo. Pero, otras veces, era al revés, justamente lo contrario, era el jefe el que los enviaba a buscar agua y el que los empleaba de recaderos, a cambio de un puñado de almendras o nueces, con la manda de que fueran a la calle Tal, a decirle a la Cual, que él, el Tal, estaba bien de salud. Y permitía que sus subordinados hicieran lo propio.

Con ello, Pablos y Antoño tenían mucho trabajo e iban y venían, recorriendo la ciudad de sol a sol, y lo mejor era cuando el Tal, el que fuere, los enviaba a su casa a buscar un paquete de comida que, por ser martes o miércoles, el día de la semana que se tratara, le tenía preparado su mujer o su madre, que entonces, la esposa, la madre o la hermana, les entregaba, de propina, un par de huevos o unos maravedís y se iban a comprar regaliz o una papeleta de caramelos de esencias a la farmacia más próxima y se los comían en una sentada, uno tú, otro yo, más contentos que unas pascuas. Y había más, pues, al volver con el cesto, el receptor también les daba alguna cosa: pan con un trozo de chorizo y vino de la bota, que entonces era una fiesta.

La señora Casta, cuando regresaba del trabajo, le preguntaba a su hijo:

—¿Qué has hecho, Pablos?

—Estudiar gramática, madre.

—Me dijiste lo que era la gramática, pero no lo recuerdo.

—Es el arte de escribir y leer correctamente nuestra lengua.

—Serás hombre de provecho, hijo mío, continúa así.

—Eso haré, madre.

—Ea, prepárate que nos vamos al Pilar.

—¿Ahora? Estoy muy cansado...

—No seas vago, seguro que has estado todo el día en la cama, con lo que te gusta dormir. ¡Ea, vamos...!

Y Pablos iba.

\* \* \*

El 15 de junio, Agustina y Quimeta, apenas se habían lavado la cara, que ya se sobresaltaron pues que oyeron a sonar las campanas y las cornetas tocar a generala. Se asomaron a la ventana y observaron al vecindario alborotado corriendo hacia el Portillo, corriendo hacia el Coso, así que bajaron a la calle a ver qué sucedía.

Y, ay, Dios, ay, Virgen del Pilar, sucedía que los enemigos, habiendo derrotado a las fuerzas aragonesas que habían salido camino de Alagón, para hacerles frente poco antes, venían hacia Zaragoza en una carrera imparable.

Así las cosas, las dos hermanas, sin haber desayunado, se fueron al Pilar, con otra mucha gente que también iba, como pudieron constatar al tomar la calle del Trenque. Se compraron una torta de manteca en un horno de pan, que les supo muy rica y estaban en el establecimiento comiéndosela, cuando se presentó Manuela Sancho con otra moza, y las saludó. Las barcelonesas quisieron compartir con ella y con su acompañante el dulce, pero ambas rehusaron y adquirieron otro.

Las cuatro recorrieron el trecho que les quedaba hasta el Santo Templo, haciéndose paso entre las gentes, y no habían accedido a la puerta cuando se presentó un cortejo, y el gentío empezó a gritar:

—¡Palafox!

—¡Palafox, sálvanos!

—¡Viva España!

—¡Muerte a los franceses!

—¡Válenos, Virgen del Pilar!

Y fue que el capitán general, tras visitar las puertas de la ciudad, traía un pendón blanco, en el que estaba bordada la imagen de Nuestra Señora del Pilar, porque era la generala, la capitana de las tropas aragonesas, tal voceaba el personal:

—¡Viva la generala!

—¡Loores a nuestra generalísima!

—¡La Virgen es la mejor capitana!

O entonaba a voz en grito la jota de:

*La Virgen del Pilar dice  
que no quiere ser francesa...*

Y fue que descabalgó y entró en la iglesia, sus edecanes haciéndole lugar, y que besó el manto de la Señora, y salió, siendo aclamado por la multitud por toda Zaragoza, pues que fue a revisar las puertas del oeste.

Cierto que serían las 11 de la mañana, cuando Palafox abandonó la ciudad para establecer, por la parte de Belchite, su cuartel general, trasmitiendo el mando a un oficial, a Bustamante, y dejando pasmado al personal. ¿Pues, cómo se va? Eso y más, se preguntaron las cuatro mujeres, que habían llegado con dificultades al Pilar, que no habían podido entrar y que habían visto a Palafox de lejos, cuando se despedían en el Coso.

—¿Cómo se va Palafox?

—¿Acaso nos abandona a nuestra suerte?

—¿Qué van a hacer los hombres sin general?

—La Virgen nos protegerá.

—Es nuestra capitana.

—¿Qué ha sido de la bandera?

—¿Se la habrá llevado?

—Los generales hacen cosas extrañas.

—Es que los generales no guerrean, luchan los soldados y los suboficiales.

—Qué nos vas a decir a nosotras, Manuela, ¿te llamas Manuela, verdad?, nuestros maridos son militares.

—Son suboficiales, son de los que luchan. Los nuestros fueron los héroes del Bruc.

—Ah, señora, Quimeta, ya quisiera yo un marido así.

—Y yo también.

—¿No estáis casadas?

—No.

—Pero nos pretenden, no crea la señora Agustina.

—¿Están en la guerra?

—Sí.

—Que Dios nos ampare a todos.

\* \* \*

María Lostal les dio a sus dos hijos mayores la palmeta para matar moscas, pues que había plaga. Sus clientas le aseguraban que venían al olor de la sangre, pese a que todavía no había sangre en la ciudad, y añadían con vehemencia que pronto la habría, y mucha. El caso es que, aunque era una marranada dejarles el matamoscas, los críos se entretuvieron y, como siempre les estaba regañando por esto o estotro, aquel día,



después de pasar la escoba para retirar los cadáveres de los insectos, como ya no entraba gente en la tienda, decidió dejar al pequeño con la vecina, para tener las manos libres, y premiar a los mayores con un paseo por las murallas, por la plaza de toros y hasta comprarles unos caramelos.

Sin caramelos, sin poder comprarlos, pues que estaban los comercios cerrados y apenas había gente por las calles, llegaron la madre y los hijos a la muralla y los soldados no los dejaron pasar. Vio María y se lo explicó a sus descendientes, que los hombres estaban haciendo aspilleras en los muros. El mayor dijo de ir a ver a su padre, que estaba en la Aljafería, sin salir desde que acudiera al llamado de las armas, y fueron hacia el Portillo. Pero no les dejaron atravesar la puerta ni subir a las torres de la misma, con lo que hubieron de volverse a casa, siguiendo el consejo de los guardianes que, por supuesto, tampoco conocían a Diego Sola, pues había miles de Diegos, cientos de Solas, eso se decían entre ellos, quizá para animarse, porque no se veía por allá mucha gente de tropa, tal advirtió María.

Volvióse, desanimada, pensando que en cuanto los franceses entraran en la ciudad, lo primero que harían, sería buscar las vinaterías y las tabernas, para emborracharse y terminar con todo lo que hubiere, es decir, con lo que habían conseguido ganar Diego y ella con mucho trabajo y esfuerzo. Cierto, ya no le quedaba mucha reserva de vino, dado que no había podido comprar mercancía desde que su marido se fuera a la guerra, y había hecho buena venta. Llegó con los críos llorando y protestando, porque no les había comprado los caramelos prometidos, y eso que o se sacaba la alpargata y la emprendía a palos o los dejaba llorar, y los dejó, porque a saber qué les tenía reservado el destino, con los franceses a las puertas. E hizo lo mejor que pudo hacer: encerrarse en su casa.

\* \* \*

Los regidores y autoridades se desesperaban en la casa consistorial, pues que iban llegando correos con malas, malísimas noticias: que se habían avistado franceses a caballo en el camino de la Muela, que se habían perdido la Casa Blanca del Canal y el monte de Torrero; que los aragoneses, aunque disparaban balas de fusil y de cañón a mansalva iban retrocediendo en tal punto y en tal otro, eso sí, sin abandonar las piezas de artillería. Que los franceses iban ocupando la llanura, que ya señoreaban en el cabezo de Buenavista. Que los paisanos defendían la muralla, la mala muralla, desde la puerta de Sancho a la de Santa Engracia, y que, en los tejados y ventanas de los conventos de la zona, había hombres apostados con fusiles, dispuestos a vencer o morir. Que las monjas de los monasterios linderos a la cerca, temiendo que sus casas fueran asaltadas y ellas violadas, se habían trasladado a otros conventos del centro. Que al vigía de la Torre Nueva le había dado un mal y por eso habían dejado de sonar a rebato las campanas. Que en la puerta del Carmen se habían levantado barricadas con tablones y sacos de tierra, y avanzado hasta ellas los cañones. Que en la plaza de

La Seo había tumulto, miles de personas gritando, dando órdenes, diciendo que se dispusiera tal, que se hiciera cual, queriendo todos tomar el lugar de Palafox, cuando ya lo ejercía Bustamante que, como teniente rey, no paraba en enviar tropas aquí y acullá, para cubrir los huecos. Que en los conventos, situados extramuros, a más de continuar los frailes fabricando cartuchos, se rezaba horas veinticuatro. Que en el Pilar estaba expuesto el Santísimo y no cabía un alfiler. Que en la arena de las Eras del Sepulcro tenía lugar una carnicería, pero que los señores Cerezo, Sas y otros, no se arredraban e iban de acá para allá, reforzando un lugar u otro. Que la infantería francesa avanzaba con la bayoneta calada. Que una compañía de lanceros pronto había de tomar la puerta de Santa Engracia, pero que su comandante la defendía con ardor. Que las mujeres cooperaban en la lucha, cargando y cebando los fusiles, llevando agua y comida a los hombres, y transportando a los heridos al hospital. Que los comerciantes que se dedicaban a la venta de hierros, entre ellos dos mujeres, habían llevado varias arrobas a las puertas, para hacer metralla, y que otras dejaban sus propios calderos. Que atacaba Lefebvre con la caballería a galope tendido por tres puntos, y los paisanos y las tropas salían a su encuentro, a vencer o morir. Que todo eran cadáveres por las eras y olivares. Que los franceses habían entrado por el Portillo hasta la plaza de toros y se habían adueñado de la puerta de Santa Engracia. Que los enemigos habían sido repelidos y que los 200 dragones franceses que habían atravesado la del Portillo, habían sido arrojados del lugar por un tropel de mujeres, con piedras, con ladrillos, con pucheros de barro, con lo que tenían, después de todo. Que, que, que... ¡Qué habían vencido, que los aragoneses habían vencido...! ¡Bendito sea Dios...!

Tal anunciaron unos hombres que, montados en caballos, arrebatados al adversario, se presentaron a galope en el Pilar, gritando:

—¡Hemos vencido!

—¡La victoria es nuestra!

Así las cosas, los decisores zaragozanos, que llevaban reunidos más de ocho horas en el Ayuntamiento, respiraron hondo y las gentes que estaban por todas partes, también, al menos por el momento.

No se pudo ver ni valorar el destrozo ocasionado por los bombardeos, porque era medianoche. No obstante, los prohombres escribieron el bando correspondiente, esta vez de felicitación, en vez de desesperación, al Señor sean dadas muchas gracias y loores, y, antes del amanecer, estuvo Pegado en las esquinas de las calles, alabando el heroico comportamiento del pueblo zaragozano.

\* \* \*

Aunque no se ha dicho todavía, los primeros en volverse locos por el bombardeo francés fueron los perros que, por la tarde, ladraron al sol y, por la noche, a la luna, como posesos. Las moscas también se asustaron y estuvieron menos pesadas, o fue

que se fueron a los muertos y no molestaron a los vivos, o fue que los vivos no repararon en ellas, pues, hombres y mujeres tuvieron mucho quehacer.

El Tomás, el tonto, también acusó la locura, ya fuera por la campana de la Torre Nueva o por los ruidos de las bombas. Se le desgovernó el cuerpo, por miedo quizá, y anduvo con los calzones manchados dejando por doquiera un olor hediondo.

En el Pilar, después de rezar el *Angelus*, solo se pudieron reunir el señor deán y los señores arciprestes, porque el resto del capítulo estaba repartido por las capillas, celebrando misa, confesando en los confesonarios o vigilando con los ojos bien abiertos que el gentío no robara lo bueno, porque siempre hay de todo. Lo hicieron en la sacristía mayor, echaron el cerrojo y comenzaron a discutir si escondían las joyas de Nuestra Señora en la misma iglesia o si las enviaban fuera de la ciudad, Ebro abajo en una barca, antes de que los enemigos tomaran el puerto fluvial.

El cura párroco de la iglesia de Santa María Magdalena se les anticipó, otro tanto que otros tantos de otras iglesias, y guardó en una grieta del altar mayor el cabello de la Magdalena y el cráneo de San Mamés, lo mejor que tenía. Otro tanto que mucha otra gente del común, que se apresuró a esconder lo mucho o poco que tuviera.

En el refectorio de las Fecetas, convento cercano a la puerta de Sancho, después de oír misa, las monjas decidieron durante el desayuno abandonar la casa para no ser vio ladas y muertas, como les había sucedido a las hermanas del Moral de Torquemada, y enviaron al mandadero a pedir auxilio a las Vírgenes, que, situadas más en el centro, les ofrecieron su casa. Al socorro que solicitaban las religiosas, acudieron también las costureras de la fuente del Portillo, de grado, y ayudaron a evacuar a las ancianas; a bajar veinte baúles, llenos ropa sagrada, de mudas y, posiblemente, de dinero, y a cargarlos en los carros. Y se despidieron de las claustrales, que lloraban, sonriendo y sin pedirles nada, excepto de la hermana portera que no quiso dejar la casa y, cuando salieron todas, se entró dentro a guardar aquello y echó la tranca.

El boticario Perales no abrió la farmacia. Se dedicó a buscar un lugar donde esconder la *Enciclopedia* francesa, no porque los gabachos fueran a requisársela, que no, lo hizo por sus conciudadanos. No fueran a ganar la batalla que se avecinaba y, después de matar franceses, la emprendieran contra los afrancesados, es decir, contra él. Así que retiró todos los frascos que tenía en los anaqueles, desfondó las alacenas y metió los tomos entre los muebles y la pared, así pudo decir que había enterrado la *Enciclopedia*. Luego recordó cómo la había ido a comprar a París, con los primeros ahorros que consiguió tras abrir la botica, siendo mozo, pero hubo de dejarlo, porque una lágrima le venía a los ojos.

La madre Rafols recibió al primer enfermo de guerra en su hospital antes de que atacaran los gabachos, que luego llegaron muchos: contusos, quemados y heridos de bala, de metralla y de hierro. Le llevaron nada menos que a Pedro Marín, el vigía de la Torre Nueva, diciendo los que lo traían que le había dado un mal. Una insolación, aseguraron, después de examinarlo, los doctores Lario y Sinués que, como otros, se

habían presentado en el centro ya vestidos con su blanco mandil, dispuestos a esperar a los heridos y, dejando de hablar de otros ataques que había sufrido la ciudad de Zaragoza en tiempos antiguos, como el de los galos, el de Alfonso I y el de Alfonso VII, lo atendieron con solicitud. Le suministraron cucharadas de agua con azúcar y le pusieron paños rojos mojados en la frente, sin poder explicarse el cómo de la insolación del campanero, pues que en el campanario se tenía cubierta la cabeza con la fábrica de la torre. ¿O no? O tal vez fuera que el hombre había sacado demasiado el testuz, tratando de ver más lejos o, sencillamente, que hacía un calor del demonio. Al oírlos, la superiora les acercaba un cazo con agua fresca, que sacaba de un calderillo que llevaba en la mano a todas partes, seguramente, para que nadie sufriera sed en aquella casa. Y ellos bebían.

Casta Álvarez y sus cocineras llevaron el rancho a la puerta del Carmen y se encontraron con mil gentes que también llevaban alimentos a las puertas y murallas, y hasta hierros acercaban. Ayudaron con los hierros, por supuesto, para hacer una barricada. Así que no fue como si no hubieran ido, pues que, si bien encontraron a los soldados comidos o con poca gana, prestaron servicio con la barrera, y repartieron lo que les sobró entre los paisanos y que supieron apreciarlo.

La Hermandad de la Sangre de Cristo, cofradía antiquísima de la ciudad —con sede en el convento de San Francisco— que tenía el privilegio de levantar a las personas que, por accidente o crimen, murieran en la calle antes incluso de que dispusiera la autoridad o la familia, a media tarde se vio desbordada por el trabajo a poco de empezar la batalla. Los hermanos, tras rezar ante su Cristo yacente, vestidos con sus hábitos negros, se distribuyeron por las puertas, portando parihuelas y, entre cañonazo y cañonazo, salieron extramuros a recoger los cadáveres, pero, como eran tantos los heridos, optaron por llevarse a estos antes y volver a por los muertos cuando se decidiera la batalla. Así que, hicieron de sanitarios, con mucho contento en sus corazones, en razón de que salvaron a varias decenas de hombres que, sin su concurso, hubieran fallecido desangrados.

Matilda y Marica oyeron el bombardeo, pero no sufrieron nada, porque la batalla transcurría lejos de su casa. Pasaron la tarde rezando, ellas que no rezaban, que casi no se acordaban de las oraciones, arrodilladas ante la pequeña imagen de la Virgen del Pilar, que Matilda había rescatado de un arcón, por si llegaban los franceses.

La condesa de Bureta pretendió acercarse a la puerta del Portillo. Mandó aparejar su carroza y unos dulces que había preparado su cocinera, pero hubo de dejar el coche enseguida, no fuera a volcar, porque se encabritaba el caballo y el cochero apenas podía dominarlo. Siguió andando por la calle del Azoque con su mayordoma, pero hubo de regresar porque empezó a dolerle la cabeza, quizá porque no llevaba sombrilla y le había dado el sol. E hizo bien en volver y meterse en la cama, pues se recuperó en un par de horas de aquella media jaqueca.

Manuela Sancho, después de oír y volver a oír a su madre quejarse de que los franceses abrasarían los trigales de Miraflores, harta de la matraca y desobedeciendo,

bajó a la calle y ayudó a los hombres a hacer una valla en la puerta Quemada, para preservarla, para detener, un tiempo más que fuera, al enemigo que bombardeaba con saña y sin tomar aliento la puerta de Santa Engracia, a un cuarto de hora, un poco más tal vez, andando ligero desde allí. Y luego, a la noche, antes incluso de que se conociera la victoria española, escuchó a varios soldados que, extenuados, se tomaban un descanso y se mojaban el gaznate mientras contaban su batalla personal: que si habían matado uno, dos o cien franceses, pues que los había exagerados, y algunos, al reincorporarse a la lucha, le dejaron a guardar el botín que traían: varias joyas, un sable y hasta una guerrera francesa.

En el fragor del combate, la hija de la tía Jesualda, la vecina, puerta con puerta, de las hermanas Zaragoza, entró en dolores de parto. Y fue que las llamó la dueña, muy azarada, para que corrieran a buscar a la matrona de la calle de Predicadores. Fueron, naturalmente, para encontrarse con que no estaba, con que se había ido a asistir a una parturienta a la cuestecica de la Trinidad, allá por las Tenerías, es decir, en la otra punta de la ciudad. Pero, mientras preguntaban por dónde se iba, las saludó Casta Álvarez y vieron en ella su salvación, pues que le contaron lo que pasaba, lo del inminente parto, le preguntaron por otra comadrona, y les indicó la de la calle de la Paja, y fueron las tres a buscarla y, a Dios gracias, luego las cuatro a casa de la Jesualda que ya había puesto agua a hervir para asistir a la venida al mundo de un varón —porque unos se van y otros vienen— que recibiría el nombre de Buenaventura, el Santo del día, de aquel día inacabable. Las Zaragoza abandonaron la casa de la vecina, tras beber un vaso de vino y rehusar la cena que les ofrecía, menuda cena, además: pan, jamón y vino bueno, pero es que, después de haber visto un parto, el primero que veían las dos, aunque Agustina hubiera padecido el suyo, no podían tragar bocado y sentían hasta mala gana en el estómago, más esta última porque se acordó de la muerte de su criatura.

María Lostal, como sus críos no dejaron de llorar por los caramelos y continuaron gemiqueando, aterrorizados por el estruendo, cerró las ventanas, para que se oyera menos, pero fue vano, siendo que los obuses caían muy cerca de su casa. Por eso estuvo tentada de coger a su prole, echarse a la calle y refugiarse en casa de su hermana en el Rabal. Ciertamente estuvo sopesando su situación y no se decidió a emprender semejante excursión con los tres críos, en razón de que preguntaba a las personas que pasaban por su casa y, unas, le decían que las puertas que daban al Ebro estaban abiertas y, otras, lo contrario, o que no había peligro por allí y, según otros, que por allí había peligro. El caso es que, tras lamentarse consigo misma de estar sola, optó por esperar.

De las diez protagonistas de esta historia, la que más se distinguió en aquella malhadada jornada fue María Agustín, pues que, instaladas las Fecetas en el convento de las Vírgenes, mediada la tarde, la moza y las otras costureras pretendieron regresar a la fuente del Portillo, pues, no en vano, era su sitio, desde que la ciudad se levantara en armas contra los invasores. Pero los soldados las echaron de allí porque caían

bombas, muchas bombas y, extramuros, se libraba batalla campal. Recularon las mujeres pero pronto volvieron pidiendo que les dejaran cargar los fusiles, y las dejaron, porque todas las manos eran pocas; lo mismo que sucedía en otros bastiones o baluartes situados en el contorno urbano. Y fue que llegó un soldado malherido, arrastrándose, que anunció que en el convento de los Trinitarios, los defensores se habían quedado sin cartuchos; lo único que dijo pues cayó muerto, Dios lo tenga con Él. Y que a María le vino un pronto, ese impulso que le llevaba a decir lo que pensaba aunque no fuera conveniente, o hacer lo que creía necesario, como en aquella ocasión en la que, viendo dos cestos de cartuchos, sin pensarlo dos veces y posiblemente sin encomendarse al Señor, cogió uno en cada mano y, como si fueran cargados de plumas, atravesó la puerta sin mirar a nadie, sin que nadie la detuviera, sin que nadie se asombrara pues que el pasmo llegaría más tarde, y cogió a la izquierda, emprendió carrera y cruzó la explanada yendo en zigzag, deteniéndose aquí, para sortear una bala, cobijándose tras un muerto poco más allá, hasta llegar al convento con la munición íntegra, donde fue recibida por los fusileros y frailes como si fuera Santa María en carne mortal. Y gracias a ella, a su valentía o insensatez, lo que fuere, el recinto resistió, sin ser vencido, hasta el final de la batalla, y se encontró entre los vencedores. Cierta que, como se empeñó en volver a por más, cegada quizá por el éxito de su inesperada acción o, sencillamente, sorda por el estruendo de los cañonazos, no escuchó los gritos del prior, que quería detenerla a toda costa, y salió a campo abierto, corriendo con la misma táctica que a la ida, en zigzag, pero, vive Dios, que tuvo peor suerte; tuvo muy mala suerte, o arreció el tiroteo, y una bala le hirió en el cuello cuando a punto estaba de alcanzar la puerta del Portillo. Una bala, que si se hubiera encontrado una media vara más adelante o más atrás, no le diera. Salieron a buscarla dos soldados y la entraron. Acudieron sus compañeras y, sofocadas, la atendieron, para respirar hondo cuando vieron que no era grande la herida y no interesaba las venas ni los huesos; que no era nada, decía la brava mujer herida, y dejó que le lavaran el hendido con agua alcanforada y le ataran un pañuelo al cuello, a modo de venda. Pero lo de más celebrar, lo que más dijo del valor de la moza, fue que no se arredró y repitió su hazaña, aunque sus compañeras intentaron impedirselo. Fue vano, porque María, en viendo otro cesto de cartuchos y un cantarico de aguardiente, los cogió del suelo y se echó a correr como si tuviera alas en los pies, para hacer lo mismo, para ir y volver, loores a la Virgen del Pilar, cierto que regresó desfalleciente, sangrando abundante por la herida y a punto de desmayarse, tanto que las comadres hubieron de llevarla a su casa, meterla en la cama, llamar al médico, oír de sus labios que la bala le había partido el nervio que mueve el brazo y, de consecuente, se había quedado manca, hecho que lamentaron. La cuidaron durante unos días, pocos, pues que la interesada aceptó su disminución mejor que ellas y volvió a la brecha con más coraje.

Otro hecho a señalar fue el que protagonizó Pablos, el hijo de Casta, con su amigo Antoño, que ya se sabe que los dos querían ser soldados y que lo fueron en aquel día,

porque se les presentó la ocasión. Como los capitanes de las tropas españolas no tenían ojos para ver quién o quiénes obedecían sus órdenes, pues demasiado hacían con tener bajo el punto de mira a los enemigos que, ora, cargaban con la caballería, ora, con la infantería y siempre a bombazos, los dos chiquillos, decíamos, siguieron a un oficial que se presentó en el Portillo con hombres a caballo, no para reforzar la posición, sino para cargar contra el enemigo. Los críos fueron en pos de aquella tropa, cada uno con su fusil a la mano, pues llevaban tiempo por allá sin que les acobardaran las balas, y habían cogido las armas del campo de batalla, y sucedió que los soldados que los precedían abatieron a los abanderados enemigos y que los franceses, que seguían a las enseñas imperiales, retrocedieron ante el ímpetu de los españoles y que los chiquillos, que iban detrás, se encontraron con las águilas napoleónicas abandonadas en la tierra, y se las llevaron para entrar con ellas triunfantes en la ciudad, en un momento en el que cesó el fuego, ya fuera por obra y gracia de la Virgen del Pilar, ya fuera por casualidad.

Mientras lo antedicho y más sucedía en la ciudad del Ebro el día 15 de junio de 1808, en Bayona se reunía la Junta Española en sesión solemne —tal llegó a saberse después— para escuchar los decretos por los cuales el emperador Napoleón proclamaba a su hermano José, rey de España, y los miembros de la misma y otros notables que hubieren podido acudir, lo juraban. A diferencia de lo que sucedía en España y, en concreto en Zaragoza, que era un río de sangre.

\* \* \*

Antes de que amaneciera, las tropas, secundadas por las gentes, comenzaron a preparar defensas, y eso que era día festivo, de boato, nada menos que el Corpus Christi. Así, mientras unos sacaban bancos de las iglesias o acercaban armarios o tabloneros, para taponar las calles de Santa Engracia, Coso y Carmen —las más expuestas—, otros empezaron a cavar trincheras, y otros salieron de la ciudad para talar árboles y dejarlos en los caminos y los campos, para que entorpecieran la carga de la caballería francesa, en caso de un nuevo ataque.

\* \* \*

En el hospital también se juntó la noche con el día, pues que trabajaron con verdadero frenesí los médicos, los enfermeros y las monjas, dado que, desde que empezó la lucha, habían recibido acaso 300 o 400 heridos, de toda clase de heridas, incluso hasta mentales. Los fueron atendiendo por orden de gravedad e hicieron lo que pudieron. Por algunos solo pudieron rezar, y eso hicieron: encomendar al Fulano, que traía una bala alojada en el pulmón, al Mengano, que llevaba las entrañas fuera, al Zutano, que se le salían los sesos, en fin... Dios los acoja.

El caso es que en el recinto hospitalario hubo mucho jaleo en razón de que un médico pedía vendas, otro, agua hirviendo, otro, sanguijuelas, otro, el escalpelo, otro, aguja e hilo para suturar y, siempre, todos a la vez. Amén de que, la madre Rafols se quedó corta en sus previsiones y hubo de extender colchones por los corredores y llevar a los locos al sobrado, para desalojar la sala que ocupaban y tener más espacio para los heridos. Con el peligro de que si proseguía el bombardeo, los orates enloquecieran todavía más al estar al descubierto y oír más los bombazos, cuando ya habían lanzado por sus bocas miles de alaridos, millares de aullidos, que más parecían proceder de las calderas de Pedro Botero, a lo largo de toda la jornada del día anterior.

\* \* \*

La Hermandad de la Sangre de Cristo, auxiliada por hombres y mujeres, recogió a lo largo del día 300 muertos españoles y, al siguiente, 700 franceses. Empezaron con los españoles, naturalmente, y los llevaron en carros a enterrar al fosal del hospital, y a los franceses al hoyo cercano al convento de Capuchinos. Y, si lo pudieron hacer, fue porque los enemigos se tomaron un receso, quizá porque no estaban acostumbrados a la asfixiante calor del lugar, quizá porque andaban reagrupándose o estudiando nuevas estrategias para volver al ataque o esperando refuerzos, en los secarrales de Valdespartera.

Luego se conoció que las tropas enemigas no se habían estado quietas precisamente, que parte de ellas habían andado saqueando los lugares de Cuarte y Cadrete y el convento de Santa Fe, situado a una legua de la ciudad por el camino de Teruel, repartiendo muerte, que era lo mejor que sabían hacer por la Europa entera, ahorcando a los frailes y a las demás gentes. El Señor tenga piedad de sus almas.

\* \* \*

La condesa de Bureta dudó entre llegarse al Portillo, para ver con sus ojos los destrozos ocasionados por la artillería enemiga en el convento de los Trinitarios y la casa de Misericordia, o llevar limosna a varias parroquias. Optó por ir a San Pablo, porque hacía mucho tiempo que no iba y porque estaba cerca y podía ir andando, pues que ni pensar de aparejar el coche y recorrer las rondas para visitar Santa Engracia, donde, según se decía con espanto y se oía con el mismo espanto, había corrido un torrente de sangre.

Salió la dama con su mayordoma por la parte del huerto, por la calle del Ecce Homo y dio la vuelta por la plaza de San Felipe, quizá para ver si el campanero de la Torre Nueva se había reincorporado a su puesto, pues que no ignoraba que se lo habían llevado enfermo al hospital. Miró hacia la torre, por ver la hora que marcaba



el reloj y la contempló más torcida que de costumbre. Se pasó la mano por delante de los ojos, como para quitarse una mala visión, y avivó el paso a la par que se decía que estaba igual que siempre, que había sido construida ya mal asentada, y que pronto se caería, lo que también sostenían muchos en la ciudad, añadiendo además que, al derrumbarse, causaría alguna desgracia irreparable.

A San Pablo llegó con el corazón encogido por el silencio que imperaba en las calles, por los rostros ceñudos de las personas, que en lugar de celebrar la retirada francesa y de aplaudir la victoria española, a la vista estaba que les era imposible reprimir el dolor.

A ver, que en la entrada del templo no cabían más ataúdes. Que las familias habían rescatado a sus muertos del fosal del hospital y los querían sepultar en el de su parroquia, con decencia. Pero, los curas bendecían los féretros con premura y las plañideras lloraban, aprisa, pues que otras familias traían otro muerto y otro, para enterrarlo, aprisa también, tras contratar a las mismas plañideras, que, la verdad, ya no sabían a quién lloraban.

Y, en esto, la dama buscó al cura Sas que, infatigable en la batalla de las Eras y sin haber dormido, metía en un saco las joyas que le iban entregando los soldados: patenas, cálices, candelabros y hasta libros sagrados, provenientes de los macutos de los franceses muertos el día anterior, a la par que hablaba con otros hombres, uniformados y no uniformados, de crear un piquete de voluntarios, que habrían de llamarse los escopeteros de San Pablo. E iba a acercarse a saludarle y entregarle la bolsa que llevaba, pero hubo de dejarlo, para otra ocasión, pues que a don Santiago le advino un fuerte ataque de tos, por estar en tantas cosas a un tiempo quizá, y lo dejó para que el santo hombre no viera que lo había visto en un momento que no es de ver y en el que, además, no la hubiera podido atender.

\* \* \*

Manuela Sancho no supo qué hacer con lo que varios desconocidos le habían dado a guardar. Al punto de la mañana, se había sentado en un poyete de la puerta Quemada y, de lo que le habían dejado, había ya devuelto las joyas, pero le quedaban el copón, el sable y la guerrera. Y daban las 10 en San Miguel, cuando regaló la guerrera del ejército francés a dos críos que andaban rondando por allí, pidiéndosela y, como olía a demonios y su dueño había tenido tiempo más que sobrado de venir a buscarla, no se lo pensó dos veces, pero el sable, que también se lo habían solicitado los chicos, no se lo quiso dar, no se fueran a lastimar con él. A las 12, se entró a su casa a comer y lo colocó en la repisa del hogar y el copón en la alacena a la espera de decidir qué hacer con ellos. A su madre le gustó mucho la sagrada copa y enseguida dijo de entregarla al párroco de San Miguel y al sable también le buscó acomodo, pues, tras observarlo detenidamente, con buen humor aseguró que estaba muy bien afilado y que bien vendría para matar el pollo de la comida de Navidad.

\* \* \*

Después de hacer un alto para repartir el rancho, en la puerta del Portillo, el comandante del puesto condecoró al valiente niño que había recogido la enseña imperial del campo de batalla y que ya lucía, enhiesta, a un lado de la puerta, para que los vencidos fueran a recogerla, si se atrevían, si tenían redaños, si eran valientes, si eran hombres y no mujerzuelas, que tal decían, al verla, militares y paisanos. Pero, por esas cosas que pasan, el galardonado no fue el chico de Casta, sino su amigo Antoño, que vestía una guerrera del ejército francés. En realidad, el oficial no lo condecoró, pues no le dio medalla ni galones, sino que lo homenajéo, es decir, que tuvo unas palabras, buenas palabras para el mocete. Pues que, debió de suceder que, cuando recibió el estandarte de manos de Pablos, no lo vio y vio al otro o vio al otro mejor o lo recordó mejor, o que lo conocía de antes por el motivo que fuere, o que, en aquel momento, solo vio la guerrera francesa cuando, sin duda alguna, se lo entregó el chico de la señora Casta, la de la calle de Predicadores, que siquiera fue mencionado en aquel acto. Que, por otra parte, fue breve, pues que las mujeres de la fuente, que habían vuelto con las cartucheras, siquiera se enteraron del asunto. No obstante, fue bonito. El oficial pudo decir, en un encendido alegato, que hasta los niños hacían la guerra contra los tiranos invasores. Al Pablos no le importó una miaja pues que había aceptado al Antoño como jefe porque era mayor que él y valiente como ninguno, tal pensaba el chico, pues que admiraba a los de más edad, y lo seguía ciegamente del mismo modo que los hombres de Zaragoza habían secundado a sus capitanes en la venturosa, y amarga, jornada del día anterior, miércoles, cierto que no pudo evitar envidiar la guerrera. Casta, como suele pasar a muchas madres con los negocios de sus hijos, no se enteró de nada, y no pudo opinar sobre el particular ni menos protestar.

\* \* \*

Matilda y Marica, avisadas por los perros de la presencia de extraños, se llegaron a la puerta y se encontraron con un mozuelo que les pidió de comer. Que sentado a la mesa, entre bocado y bocado, les habló de la aplastante victoria de los aragoneses sobre los franceses y, como no podía ser de otra manera, se holgaron y volvieron a llenarle el plato. Luego, el crío les contó someramente una dolorosa orfandad, que les movió el corazón, y decidieron acogerlo. Lo ajustaron, a cambio de manutención, para que se ocupara del huerto, de las gallinas y de la mula. Lo primero que hicieron fue darle jabón y enviarlo a la acequia, para que se lavara, que falta le hacía, pero enseguida le dieron ropa y alpargatas. Una camisa y un calzón del Carolo, el fallecido rufián de Matilda, que había sido hombre menudo y, aunque le estaba grande, sirvió

para salir del apuro.

Le enseñaron la casa. El chico se fijó en la escopeta que tenía la dueña del burdel debajo de la cama y, por querer hacer más trabajo o porque también le hubiera gustado ser ya hombre y participar en la guerra, les pidió permiso para tocarla y, como estaba descargada, se lo dieron y estuvo sopesándola y apuntado con ella hacia el balcón, a la par que les aseguraba que si se la dejaban llevar, colgada al hombro, vigilaría la torre y estarían más seguras. Matilda le quitó el arma de la mano, pues que había estado apuntando a la picaraza, y no lo pudo consentir. La dejó donde estaba, pues, además, tonta no era y no iba a armar a un desconocido, aunque fuera imberbe todavía, nada más entrar en su casa. No le fuera a robar. Además, no quiso darle confianza y le prohibió subir al piso, aclarándole que dormiría en la cuadra y que su labor se desarrollaría en la planta baja y en el huerto, y lo mandó a barrer bajo el emparrado.

Después de escobar, el chico recogió un cesto de cerezas y dos de patatas, y rastrilló las tomateras haciéndoles buen papel, de tal manera que, contentas, lo sentaron a cenar a la mesa. Y estuvieron oyéndole su corta y amarga historia. Aquello de que su padre se había largado de casa, para embarcarse hacia las Américas a hacer fortuna, abandonando a su mujer con seis criaturas, el mayor él, de tal forma, que su madre, que no podía atenderlos, pues que estaba enferma y le silbaba el pecho al respirar, los había llevado al hospicio, a los seis juntos, donde se los habían admitido, pero que él había huido. Cuando los tiros, cuando los frailes sacaban a los niños de los caños de la casa de Misericordia, donde los habían resguardado inútilmente pues que fue menester desalojar el edificio, había aprovechado para escaparse, dado que no quería estar allí en razón de que los frailes le pegaban y lo maltrataban.

Y en esas estaba el rapaz, a punto de hacerles saltar las lágrimas, cuando los perros ladraron porque alguien llamaba a la puerta. Y, ay, era la madre del crío, que llevaba el día entero buscándolo por las torres del Rabal. Y se lo llevó propinándole cogotazos, mascullando —quizá porque el fruto de sus entrañas se había metido en una casa de putas—, sin darles las gracias a las placeras y sin querer cruzar palabra con ellas, pese a que habían dado de comer y cenar a su hijo; quizá porque estaba harta de tal hijo, que todo podía ser.

Y eso, que se quedaron un tantico pasmadas y no atinaron a entender a qué venían las mentiras de aquel chico del que no llegaron a saber el nombre, pues estuvieron todo el rato llamándolo:

—Oye, tú.

—Eh, chico.

\* \* \*

Ya se dijo que, durante el día, el Pilar estaba lleno de gentes, lo mismo que sucedía en otras iglesias de la ciudad. Que algunas personas llegaban de rodillas, por cumplir

algún voto o por pedir salud o que no los matara una bala perdida o un cascote que se desprendiera de una casa. Que la Santa Capilla estaba a rebosar de velas, hasta tal punto que la noche parecía día. Que los canónigos andaban con cien ojos, no les fueran a afanar alguna imagen o cáliz o copón. Que estaba, expuesto el Santísimo, se celebraba misa, se cantaba el Oficio a sus horas y se confesaba de sol a sol, pero, tal vez no se dijo que al caer la noche se cerraba el templo. Hasta que no se pudo cerrar, porque el día de la batalla de las Eras del Sepulcro, los fieles se negaron a evacuarlo y, voceando en lugar sagrado, sostuvieron que se quedaban allí a rezar por el buen decurso del combate, para que la Señora no se olvidara por un instante de que había sido nombrada capitana de los aragoneses y, como los fieles se arriscaron, el señor deán, aunque amenazó con encerrarlos dentro y echar el cerrojo, hubo de transigir y dejar el templo abierto.

Y bien que hizo, pues de otro modo se lo hubieran llenado de meados, en razón de que una letrina hubiera resultado insuficiente para atender las urgencias de los refugiados. Y, claro, los exteriores se llenaron de heces y meados y cierto también, que las mujeres, más pudorosas que los hombres o con más dificultades porque habían de remangarse la falda, se llegaron hasta el callejón de la Leche para orinar por allí.

\* \* \*

Sobre las siete de la tarde, María Lostal, a punto de cerrar la vinatería, se sorprendió de la brusca entrada de un soldado. Iba a llamarle la atención por sus malos modos, cuando reparó en que era su marido y, naturalmente, se llegó a sus brazos, pues que llevaba casi un mes sin verlo, en concreto, desde el día del alzamiento. Resultó que al bueno de Diego le habían dado permiso por una noche, y que iba a pasarla en su casa, con sus hijos y con su mujer, sobre todo con su mujer, porque don Mariano Cerezo, el comandante de la Aljafería, había caído en la cuenta, pues que se ocupaba de todo, de que llevaba muchos días sin ver a su familia, sin dar vuelta por su negocio y sin salir del castillo, dado que había estado destinado a vigilar al antiguo capitán general, al señor Guillelmi, a la sazón recluido en una de las mazmorras del dicho cuartel.

Echaron la tranca. El padre llamó sus hijos, que bajaron la escalera como una turbamulta, y los besó. La madre también los besó y subieron todos, para hacer unas carantoñas al pequeño, que estaba tan alegre como el resto de la familia. María, tras advertir a los mayores que no armaran bulla y que cuidaran del chiquitín, se encerró en el dormitorio con su marido.

Los mayores no abrieron la boca. Tanto silencio fue motivo de preocupación para María, pero Diego la retenía en la cama, hasta que el pequeño empezó a gimotear y luego a berrear, pidiendo teta, pues que era inmisericorde con las horas, que entonces hubo de abandonar el lecho y cumplir con sus deberes de madre. Diego no se enfadó, al revés, salió de la habitación muy dicharachero, les enseñó a sus hijos el uniforme

de soldado, los arreos y el fusil y, ya cenando, alegre por demás, contó cómo era su vida en el cuartel, pese a lo mal que dormía en la puerta de la celda de Guillelmi, sobre unas pajas. Añadió que había llegado a ser uno de los hombres de confianza del comandante Cerezo, pues que le había encomendado una de las misiones más delicadas del castillo: la custodia del general, que había recibido ayuda del exterior para fugarse, por parte de los afrancesados de la ciudad, dos de los cuales estaban, de tiempo ha, en la celda pared con pared a la del militar, a la espera de juicio, por traidores.

Y se mostraba tan entusiasmado con la vida castrense que, hasta llegaba a decir que había equivocado su oficio, que debía haber elegido la milicia en vez de la venta de vinos. Hablando de la venta de vinos, no olvidó preguntar a su mujer por la marcha del negocio, ella le informó cumplidamente del estado de la caja, muy bueno por cierto, y de las existencias, no muchas ya. Entonces, Diego le preguntó dónde guardaba el dinero, María le respondió que donde siempre, en la bolsa, bajo la baldosa, el hombre asintió y siquiera la sacó y contó lo que había. Siguió con las cosas de la guerra y habló de su nuevo destino, haciendo hincapié en que, pese a que le gustaría andar en la tropa de Palafox, que marchaba por la zona de Épila, al parecer, haciendo levadas por los pueblos, había solicitado otro empleo: ser uno de los jefes de los nuevos batallones que se iban a formar para mantener la tranquilidad y guardar el mejor orden en Zaragoza, con lo cual viviría en su casa y no dejaría todo el trabajo de la tienda en manos de su mujer.

María se contentó con aquella buena noticia, metió a los críos en la cama y, como buena esposa que era, volvió a acudir al llamado de su marido, pues que le corría prisa otra vez.

\* \* \*

Agustina y Quimeta, que andaban en sus labores domésticas, oyeron jaleo en la calle y se asomaron a la ventana. La Jesualda, que llevaba a su nietico en brazos, les informó al momento que, veinticuatro horas después de la publicación del bando de Palafox, en el que mandaba degollar a los franceses que no se rindieran a los soldados españoles, en contestación a una carta de Lefebvre en la que exigía la capitulación de la ciudad, varios vecinos, obedeciendo la orden del aragonés, traían la cabeza de un francés. Y, en efecto, las dos hermanas contemplaron un grupo de gente alborotada, caminando por el centro de la calle y enarbolando la cabeza de un hombre, clavada en una bayoneta, todavía con el gorro del ejército enemigo, y fueron con todos y con su vecina, que les dejó llevar en brazos a la criatura. El gentío cantando y gritando muerte a los gabachos, ellas haciendo arrumacos al recién nacido y suspirando por tener uno.

Unos delante, llevando la cabeza del muerto, otros detrás, siguiéndola, llegaron a la puerta del Carmen, siempre aclamados por el vecindario. Ayudados por los

guardianes, los degolladores procedieron. Sacaron el despojo de la bayoneta, lo clavaron en una pica, lo sostuvieron en uno de los ganchos de la puerta, que había para tal fin, y escarnecieron al muerto, pedrusco va, pedrusco viene, a más de gritarle mil barbaridades. Cuando se cansaron, lo dejaron allí para alimento de las alimañas y para escarmiento de los enemigos, de todos los franceses que hubieran profanado templos, robado los vasos sagrados, fusilado a los españoles y violado a las españolas.

Las Zaragoza, al volver, se encontraron con las mujeres de la fuente del Portillo y les preguntaron por la hazaña de María Agustín, pues que no estaba entre ellas. Parloteras como eran, les respondieron que la valiente moza estaba en la cama con fiebre, con mucha fiebre, pues que había recibido una herida de bala en el cuello afortunadamente encima de la clavícula, lo que le había salvado de la muerte, porque por unos dedos no le había interesado la yugular. Que había ido a visitarla el médico y, tras examinarla, descubierto que la bala, vaya por Dios, le había partido el nervio que permitía el movimiento del brazo, y que se había quedado manca, con lo que se llama «brazo seco». Que a más de llevar un inmenso moretón en brazo, pecho y espalda, y de estar muy dolorida, tenía para un tiempo de convalecencia, suponiendo que sanara, pues que podía emponzoñársele la herida, Dios no lo quiera. Y fueron todo el camino contándoles, cómo había corrido María por dos veces con sendos cestos de munición, uno en cada mano, talmente como si tuviera alas en los pies y seguramente que guiada por su Ángel de la Guarda, pues que había buen trecho, para socorrer a los del convento, mismamente como si, por las Eras, lloviera agua, en vez de metralla, y que enseguida había sentido hormiguillo en el brazo que había perdido, con lo joven que era.

Las dos hermanas, como no podía ser de otra manera, encomiaron la proeza de la joven, preguntaron su dirección, prometieron visitarla en unos días y llevarle unos lamines para endulzarle el trance.

## Capítulo

# 6

**M**anuela Sancho y su madre, habiendo conocido el bando de Palafox por el que licenciaba a los mozos de los pueblos para que volvieran a sus casas y recogieran la cosecha, pensaron en sus campos de trigo y decidieron ir a ver cómo andaban las cosas por allá. Cogieron la tartera y un odrecillo con vino, y se echaron al camino, para llevarse una desilusión, pues que el tío Paco, el mediero, siquiera había segado. Por eso decidieron llegarse a casa del susodicho.

Anduvieron bajo un sol de justicia, trecho y trecho, diciéndose que, cuando regresaran a Zaragoza, ya estaría cerrada la puerta Quemada. Acusando la fatiga, más, mucho más, la madre que la hija y sin toparse con un ser vivo, pues que hasta los pájaros y los insectos parecían buscar cobijo a la sombra. Y, de repente, la madre mentó a los franceses, aunque no debiera haberlos mencionado, pues que los enemigos estaban, como quien dice, rodeando la ciudad o a escasas millas de ella, y les entró miedo, un miedo cerval, pues que se vieron prisioneras o, lo peor, violadas, pues que los invasores no se andaban con chiquitas, como sabido es por las Españas todas. Y eso, que se miraron a los ojos y sin decirse palabra regresaron aprisa, aprisa; tanto que hubieron de refrescarse varias veces en el agua de la Huerba. Y eso, que, no obstante de estar a salvo, no cumplieron su cometido, pero Manuela recordó a los dos chiquillos a los que les había regalado la guerrera, y se dijo que, cuando los viera, los enviaría a preguntar al mediero cuándo tenía previsto segar.

\* \* \*

La señora Casta lo presencié todo. Resultó que estaba en la botica del licenciado Perales comprando un frasco de jarabe de endrinas, para el dolor de tripas, pues que estaba con la «enfermedad» y que entró en el establecimiento un piquete de la llamada ronda cívica, que se estrenaba hoy precisamente, al mando de Diego Sola, el vinatero de la calle del Portillo, preguntando con recia voz por Gironza, el albañil de procedencia francesa, por si estaba allí. Como el boticario se azaró, el jefe penetró en la rebotica y aún subió al piso de arriba para echar una ojeada, pero se encontró con una anciana en la cama y, como si lo hubieran sorprendido haciendo algo malo, no registró más. Bajó y volvió a demandar:

—¿Dónde está Gironza, el francés?

—No lo he visto en una semana.

—¿No viene todas las tardes a su tertulia de usted?

—Desde que empezó la guerra no hay tertulia. Vaya a buscarlo a su casa.

—Ea, vamos —ordenó Sola a los suyos.

El jefe y los suyos, seguidos de una multitud, tornaron a la casa del albañil y, como tampoco estaba, registraron todo. Encontraron un plano de Zaragoza, varios ejemplares de la *Guía de Zaragoza* escrita por el notario Borau, que recogía cantidad de datos, como dicho es, y un montón de pasquines en los que los enemigos instaban a los zaragozanos a la rendición —tal supuso Diego, porque francés no sabía—. Por si acaso, apresó a la madre y a los hermanos del dicho Gironza, para ponerlos a disposición del juez, por si tenían que ver con aquel negocio de traición, y se llevó las pruebas encontradas, para lo mismo.

Las gentes allí presentes empezaron a llamar traidores a la familia del albañil, y no hubo un tumulto, porque Sola lo evitó, pero a punto estuvo, porque la inquina contra los franceses se incrementaba día a día.

A la señora Casta, las comadres del barrio le contaron que francés, lo que se dice francés, Gironza no era, que su bisabuelo había venido a Zaragoza, más o menos cien años antes, que se había establecido y casado con una zaragozana, lo mismo que habían hecho sus hijos y los hijos de sus hijos, etcétera. Claro que otras comadres le aseguraron que no hacía falta ser francés para ser traidor a la patria, que era suficiente con ser afrancesado, como el boticario y como los amigos del susodicho, dos de los cuales estaban presos en el castillo por haber tratado de liberar al viejo capitán general Guillelmi de su prisión.

Casta nada dijo, y eso que le gustaba hablar. En razón de que, poco antes, su hijo Pablos le había llevado a casa la guerrera de un soldado enemigo, como si de un trofeo se tratara, diciendo que se la había prestado un amigo, y ella la había puesto a orear en el tendedor, pues que olía a demonios. Y eso que no pronunció palabra, que se fue a su casa, a cenar y a la cama, no la fueran a tomar por lo que no era, después de todo.

\* \* \*

La condesa de Bureta hizo acopio de víveres, pese a que tenía las despensas llenas, porque, sabedora de que los franceses estaban estudiando el terreno para iniciar otra ofensiva, un ataque concluyente, que les permitiera entrar en Zaragoza, y conocedora de que Napoleón enviaría miles, millares de hombres, los que fueran menester para conquistar la ciudad y borrar la derrota que sufrieran sus ejércitos en la batalla de las Eras del Sepulcro, cuya noticia habría corrido por el mundo entero para baldón de las tropas francesas —porque todo se sabía—, dijo que tenía poco, y ella misma bajó, acompañada de su mayordoma y dos criados, a comprar al mercado y anduvo por allí hasta por la zona del pescado, sin que la detuviera el infecto olor.

Adquirió patatas, legumbres, abadejo, pescados para ahumar, carne salada, tocino ahumado y frutas para hacer conservas, todo en grandes cantidades y, al volver, puso



a sus cocineras a trabajar. Cierto que ella ayudó, pues peló melocotones y los troceó y a su hija, que se empeñaba en colaborar, le permitió distribuirlos en tinajicas, y ella misma echó azúcar, las selló y las puso a hervir en un perolo, mientras las sirvientas salaban la carne o ahumaban los arenques.

Tras intensos trabajos, al caer la noche del tercer día, hizo preparar su carroza y llegóse a la fuente del Portillo para interesarse por la salud y llevar un regalo a una moza, de nombre María Agustín, que, valiente como ninguna otra mujer, había corrido entre balas amigas y enemigas, con sendos cestos de cartuchos para abastecer a los defensores del convento de Trinitarios, el día 15 próximo pasado, resultando herida.

Se presentó en la puerta, descendió del carruaje y, en viendo el coche, acudieron el jefe de la guarnición, que la cumplimentó, soldados y otras gentes que estaban, por así decirlo, allí fijas y otras que pasaban por allá o que habían ido a ayudar en las tareas de fortificación, que, dirigidas por don Antonio Sangenis, por aquella parte al menos, estaban resultando espléndidas. Tal observó doña Consolación, tras contemplar una inmensa zanja, dispuesta para que se precipitaran en ella los caballos enemigos, y un buen montón de barricadas, para que no pudieran pasar y, contenta de lo que había visto, de la buena labor del ejército y del paisanaje, ordenó que sus criados hicieran pasar las botas de vino, que había traído para la ocasión y, en la primera trinchera, preguntó a unas mujeres por el paradero de María Agustín. Las dueñas, solícitas, le señalaron a una joven sentada en una silla, que la dama reconoció al instante como una de las dos mozas solteras que habían estado con un vaso de zarzaparrilla en la mano, en el puesto de la tía Paca, el día del alzamiento. En virtud de que aquel 24 de mayo, todo el mundo recordaba lo que estaba haciendo al escuchar el bando de la sublevación, ella una más. Se rememoraba en su balcón, a su lado la madre Rafols, observando con cierta apatencia el refresco que unas mujeres estaban bebiendo con deleite, entre ellas, María. Y se llegó a ella, pese a la baja extracción de la chica, y le dio las manos sin que le dolieran prendas. Le preguntó por su salud, si le había remitido la fiebre que le produjera la herida, ya al descubierto y en proceso de curación y, ante la respuesta afirmativa de la joven, que asintió con la cabeza y esbozó una mínima sonrisa, pues que tenía mala color y quizá demasiado hizo, alabó su gesta y escuchó a las comadres que le habían atendido. A las que le habían puesto fomentos calientes para que no se le infeccionara la herida y paños fríos en la frente para que le remitiera la fiebre, a más de velarla de día y noche; a las que la habían sujetado y tratado con inmenso cariño cuando el practicante había tenido que darle un tajo para limpiarle el pus de la herida. A las que so voz le decían que la María se había quedado manca en razón de que la bala le había partido el nervio que hacía mover el brazo.

La dama le deseó una pronta curación y, conmovida, le instó a no repetir la hazaña, por no tentar otra vez a la suerte, pues que ya había hecho suficiente por la guerra, y ya sacó el regalo de un bolsito: dos pastillas de jabón de almendras

envueltas en papel de seda, y se las entregó. La muchacha hizo aprecio naturalmente, encantada, además, de que una condesa la felicitara, otro tanto que las comadres que allí estaban, pero se quedó un poquito desorientada ante el jabón, cosa que la dama observó aunque no hizo comentarios. Y ya le ofreció su casa y se despidió de todas.

Cuando la condesa se fue, las comadres le dijeron a María que con aquel jabón, sin duda digno de princesa, se tendría que bañar al menos una vez a la semana, en vez de una al año, por Pascuas, como hacían todas, y le dieron la matraca con que iría muy aromada, y enseguida encontraría novio, sin caer en cuenta de que, manca como se había quedado, no podría enjabonarse bien, pero es que eran lenguaraces. Y siguieron rato en la trinchera, hablando con unos y con otros, pues que las barricadas se habían convertido en lugar de reunión.

\* \* \*

Quimeta comentaba con Agustina lo amenos y vistosos que eran los pasacalles de la noche de San Juan, antes de empezar la guerra pues que las gentes hacían hogueras con muebles viejos y bailaban en torno a ellas, asonando músicas y cantando jotas. Que tomaban refrescos y se comían rosquillas en los puestos que había en las calles, hasta bien entrada la madrugada. Pero este año, a mediodía ya era cosa segura que no habría músicas ni hogueras, dado que los franceses estaban tomando posiciones para volver a atacar y, de consecuente, el personal no estaba para fiestas y quien más, quien menos, tenía ya que lamentar la pérdida de algún ser querido o de algún conocido. Y es que, mientras su hermana se había quedado a hacer las faenas caseras, ella se había llegado a la calle de San Pedro, a llevar unos zapatos a remendar, a ponerles medias suelas y, mira, viaje en balde, porque se había encontrado con la tienda cerrada por defunción. Con que en la iglesia de San Pedro, celebraban funeral, por un joven, *absente corpore*, un dicho Francho, hijo del zapatero, muerto en la batalla de Mallén. Fue dado por fallecido porque se contaba que alguien, al que no se podía poner nombre, lo había visto morir alcanzado por una bala perdida; aunque su cadáver no había sido hallado. Imposible fuera que estuviese desaparecido o que anduviera loco por los montes, pues que tiempo había tenido de volver. O sí, porque la madre se había resistido a rezarle funeral, y sus noticias tendría. La madre, ay, a la que vio salir de su casa, llorando tan amargamente que, sin conocerla, se había quedado al acto religioso, tras oír lo antedicho y más. Ah, y visto a Manuela Sancho, gemiqueando, tanto es así que, habiendo coincidido, codo con codo, en el mismo banco, le había preguntado si conocía al muerto y la moza le había contestado que sí, que incluso había andado enamorada de él. Y eso, que le acompañó en el sentimiento, y volvió a casa, sabiendo que iban a trasladar la imagen de un Nazareno, del convento de los Trinitarios, que había sido abandonado por los frailes, pues que había quedado destrozado por los bombardeos, a la iglesia de San Cayetano. Y le dijo a Agustina de ir, y fueron.

Fueron con otra mucha gente, dado que todo el mundo iba a las mismas cosas y a los mismos sitios. A ver, que no se debía salir de la ciudad, que, aunque se pudiera, era asaz peligroso, en razón de que los franceses estaban construyendo baterías en las lomas de alrededor; acechantes sin duda, mirando con sus catalejos cualquier movimiento de los zaragozanos, pues que se decía que estaban acampados, a la espera de refuerzos o de órdenes, dispuestos a atravesar el Ebro. Con todo, no se podía pasear por las rondas ni por las arboledas del río, y ni los viejos labradores se atrevían a llegarse a sus campos, con lo cual la cosecha habría de perderse, Dios no lo quiera.

Asistieron a una procesión y se arrodillaron, como todos, salvo los impedidos, al paso del Nazareno, llevado en andas por el Regimiento de María Luisa, turnándose los 36 hombres que lo componían. Y recibieron, como todos los presentes, la bendición del señor arzobispo, que presidía el acto junto a otras autoridades, y una lágrima se les escapó al contemplar a Jesús tan triste, tan compungido, tan dolido, con la cruz a cuestas camino del monte Calvario, camino de la muerte, preconizando tal vez el dolor que presto habrían de sentir los habitantes de la ciudad.

Y eso, que no hubo fiesta la noche de San Juan, pero es que nadie quería fiestas y fuego ya habían tenido bastante.

\* \* \*

Matilda estaba quitándose el calor, bañándose, bajo el emparrado, en una tina, frotándose con una esponja de mar y jabón de olor, dado que se podía permitir ciertos lujos, cuando levantó la cabeza y observó que un perro grande, que no era de la casa, la estaba mirando. Vio si era hembra o macho, y estalló en carcajadas, en virtud de que, acaso en siete días, era el primer «hombre» que la miraba. Tal se adujo y llamó a Marica:

—¡Marica, Mariquilla...!

—¿Qué pasa, madre? —respondió la moza desde el piso de arriba, pues que a las amas de burdel también se las llamaba «madres», «abadesas» y «madamas», y otras palabras asaz equívocas.

—¡Un hombre!

—¿Un cliente?

—No, un perro.

—¿Qué perro?

—Aquel, me ha estado mirando, como si fuera un hombre.

—¿Por dónde ha entrado?

—No lo sé. Tendremos que revisar la tapia, por si hay algún agujero.

—¿Qué hago? ¿Abro la puerta y lo encorro con la escoba, para que se vaya?

—No, dale algo para comer, seguro que tiene hambre.

Marica le puso un cucharón de lo que había sobrado del puchero, en un cuenco, y

el can ya no se separó de ella, amén de que hizo buenas migas con los otros perrillos, que tenían en la torre, y fue uno más. Ciertamente que, ya en la cama, la moza llamó a Matilda, para que le ayudara a matar una pulga que le corría por la espalda, y a eso se pusieron las dos, hasta que consiguieron atraparla. Le echaron la culpa del bicho picador al can y, al día siguiente, lo cepillaron, para despumarlo, e ítem más, le quitaron las caparras, que llevaba incrustadas en las orejas, reblandeciéndoselas con aceite.

A la vista estaba que, aquellas dos mujeres, desocupadas como estaban, recogían pájaros, niños y perros, en fin.

\* \* \*

Algunos heridos del Hospital de Nuestra Señora de Gracia mejoraron, entre ellos el vigía de la Torre Nueva, que salió por su propio pie y agradecido, para reincorporarse a su puesto, pero, otros, empeoraron y, otros, se murieron, por lo que fueron enterrados en el cementerio de la institución. Eso sí, con la mayor decencia, pues que a diario se celebraron funerales conjuntos y a cada muerto se le cantó un responso para él en particular.

La superiora dio cama a los médicos, a los enfermeros y a los capellanes, que realizaron jornadas de trabajo interminables. Los cirujanos operando lo que se podía operar, los enfermeros suturando heridas o quitando puntos, las monjas desinfectando con tintura de yodo o con agua de bicarbonato o haciendo curas, los capellanes impartiendo los Santos Óleos, y los enterradores, enterrando.

Todos haciendo lo que hacían por Dios bendito, sin descansar, sin detenerse a comer, sin refrescarse el gaznate, salvo que pasara por donde estuvieren la madre Rafols con su caldero en una mano y el librador en la otra, que entonces aceptaban de grado un trago de agua fresca. Y hasta echaban una mirada al recipiente, pues que había empezado a decirse por el recinto hospitalario que, milagrosamente, el agua de la religiosa no se terminaba, que, Jesús, María y José, no lo rellenaba y no se le acababa.

Pasados unos días, moradores y trabajadores del hospital hubieran podido estar satisfechos de la labor realizada, pero no, no lo estuvieron, dado que en aquel lugar fue imposible respirar, pensar o hacer cualquier otra cosa por nimia que fuere, a causa del fétido olor. Porque habían sepultado a lo menos 200 cadáveres en el fosal, en un mes de junio caluroso de lo más, y olía que apestaba, un hedor que a más de un enfermo le produjo desmayos. Pero, por fortuna, se presentó el cierzo, y se llevó todos los malos olores.

\* \* \*

Amanecido el día de San Juan, el campanero de la Torre Nueva avistó varias partidas de franceses en la torre de la Bernardona, en los altos de la Muela, en la Casa Blanca, en los montes de Torrero, en el barranco de la Muerte, en el Ojo del Canal, y solo un par de jinetes por el Rabal, que, seguro, iban de avanzada, por ello, tocó varias veces a rebato. Cierto que vio también pelotones de soldados españoles, que, agazapados en los olivos o escondidos en las parideras, salían en guerrilla y, allí, sorprendían a un piquete enemigo y, acullá, robaban unos cañones o unos caballos, y se los llevaban. Pero, a la vista de lo que veía, de las maniobras, de las fortificaciones que habían comenzado a levantar y del número de enemigos, dedujo que, en unas horas, los imperiales, dispuestos a hacer otra carnicería, estarían a las puertas de la ciudad. Así las cosas, si cabe, asonó más fuerte las campanas.

Mientras, las gentes corrían por las calles, a causa del ruido de las bombas que, desde el castillo, se disparaban contra los franceses, los más sin saber quién bombardeaba ni qué hacer, si encerrarse en los caños de sus casas, si desenvainar una vieja espada, si limpiar el trabuco del tatarabuelo, si presentarse en algún cuartel, aunque hubieran superado la edad del alistamiento o no la hubieren cumplido todavía, si dejar hirviendo la olla y llegarse al Pilar a cantar la letanía mayor o a confesar para ponerse en paz con Dios, o personarse en La Seo y pedir favor a Santa Rita, la abogada de los imposibles. Mientras lo antedicho sucedía, se comentaba una cuestión asaz baladí, por todos los corrillos. Se decía que, reunidos los decisores de la ciudad en la casa consistorial, incluidos algunos miembros de la junta militar, había tomado la palabra el barón de Valdeolivos, el novio de la condesa de Bureta, y dicho lo que ni hombre, ni mucho menos mujer, había escuchado nunca de sus labios:

—Estamos jodidos...

Tal aseveró aquel hombre, circunspecto siempre y que jamás decía palabrotas, y continuó de esta guisa:

—Hay veces en que los pueblos piden la muerte, que se empeñan en morir.

Y nadie le preguntó qué, cuál, quién, dónde, por qué, cuándo o a santo de qué, ni le replicó con antecedentes y consecuentes, ni le recordó a los héroes de Numancia y de Sagunto, que a menudo andaban de boca en boca. Sencillamente, se dio por terminada la reunión, quizá porque los zaragozanos y los que habían venido de fuera para sumarse al levantamiento, estaban más que jodidos y era menester acudir a las murallas y a las puertas: a defender la ciudad y conseguir la victoria, como ya se había hecho, como de hecho se hizo en la batalla de las Eras del Sepulcro, nueve días atrás.

\* \* \*

Casta Álvarez repartió el rancho, que, jornada tras jornada, se cocinaba en el Santo Hospital a costa de varios gremios de la ciudad, pero aquel día, en vez de marcharse a su casa, permaneció en la puerta de Sancho pues que bombardeaba el enemigo por

allá, por si la tropa necesitaba alguna cosa. Anduvo atenta y no fue menester que le pidieran bebida ni vianda, pues que estaba en todo. Ora en lo alto del portón con un boto de vino, ora en la calle con un botijo de agua fresca, siempre organizando a varias mujeres que, sin que ella pidiera ayuda, se habían puesto bajo sus órdenes, a servir a la comunidad.

A no ser por lo mucho que parloteaban aquellas comadres, pues que mentaban a la Tal y a la Cual —las más de las veces poniéndolas como hoja de perejil— o porque hablaban de la subida de precios de los alimentos frescos, o de sus maridos ausentes, o de sus hijos ausentes y presentes, o porque, de tanto en tanto, una de ellas entonaba una canción, casi siempre la jota de *La Virgen del Pilar dice, que no quiere ser francesa...*, para animar la tediosa espera, a la par que pasaban la bota, o porque a ratos hasta cogían la pala y rellenaban sacos con la tierra que los soldados sacaban del foso para concluir el parapeto, el tiempo se les hubiera hecho eterno. Porque, lo que decían, que si al menos llegaran noticias, si se supiera que venían tropas de Lérida a reforzar a las de Zaragoza, o si había entablado batalla el capitán general, don José de Palafox, pues que andaba por la parte entre La Almunia y Épila en busca del ejército francés, si se supiera algo con certeza, se podría empezar a reír o volver a llorar, porque, lo peor era la espera, la maldita espera, solo interrumpida cuando el comandante del puesto mandaba formar una tropa de 100 o 200 hombres, que fuera a auxiliar a los que habían salido con anterioridad, camino del río Jalón, que entonces, aunque por escaso tiempo, había algo digno de ver.

Casta, aparte de subir a las murallas, bajar y estar en todas partes, acusó el tedio como cada hijo de vecino. Y, como en la puerta de Sancho no había otro quehacer salvo esperar, decidió marcharse a su casa a poner el puchero para la cena y dar un limpión, que falta hacía, en razón de que madrugaba mucho para presentarse en las cocinas del hospital y volvía tarde, con lo cual llevaba tiempo descuidando las labores de la casa.

Abrió la puerta y llamó:

—¡Pablos!

Al no obtener respuesta, entró en los dormitorios, reparó en que en la mesa no estaban los cuadernos de su hijo y, como buena madre, movió la cabeza en señal de desaprobación, a la par que se preguntaba:

—¿Dónde estará este perillán?

Cuando terminó de barrer y hacer las camas, apareció el «perillán», con los ojos radiantes, vestido con una guerrera francesa, que no era la roja, la que olía a demonios, la que conocía Casta, que era otra y amarilla por más señas, aunque hedía igualmente. Con hambre también, por eso su madre le sirvió las patatas de la olla y un buen trozo de tocino y, al verlo con tan buena gana, aún le cortó otra rebanada de pan, le echó una chorrada de aceite y un poco de azúcar, mientras el crío la miraba agradecido y se la comía con voracidad.

—¿De dónde has sacado esta guerrera? —preguntó la buena mujer.

—Verá, madre, hay una chica joven, en la puerta Quemada, que los soldados le dan cosas a guardar y si no vuelven a por ellas, las regala...

—¿Cómo se llama la moza?

—Se llama Manuela.

—La conozco. Es buena chica.

—Es muy buena. Ya me regaló una guerrera roja, pero se la di a un amigo, al Antoño...

—¿A cambio de qué, te hace regalos?

—A cambio de nada, madre, se lo juro, lo hace por el amor de Dios.

—¿Por el amor de Dios...? ¿Qué hacías tú tan lejos?

—Primero fui al Pilar, a rezar a la Virgen y luego a San Miguel, porque este Santo mató a los moros y también podrá matar a los franceses, digo.

—¿Cómo sabes lo de los moros?

—Lo sé por las lecciones de la escuela.

—Sabiendo tanta cosa ya, serás hombre de provecho, Pablicos...

—Sí, madre, sí. Cuando sea mayor, usted dejará de trabajar y yo la trataré como a una reina. Hasta coche tendremos y la llevaré al cabezo de Buenavista, para que se airee y a la fuente de los Incrédulos a beber agua y, si quiere, haremos un viaje a Madrid en galera, qué digo en galera, en carroza... Madre, alcórceme las mangas de la guerrera, por favor...

—Ea, trae, pillastre, que me tienes sorbido el seso.

Y, tarde ya, Casta se ponía a coser, por darle un capricho al chico, y es que le había gustado escuchar lo de que cuando fuera mayor la trataría «como a una reina»; cosas de madre, debilidades de madre.

\* \* \*

Pablos le contó a Casta de la misa la mitad. Cierto que el día de San Juan él y Antoño estuvieron con Manuela Sancho, que los contrató de mandaderos para que fueran a casa de su mediero, un dicho tío Paco, que vivía en una torre sita en Miraflores, como a media legua de allí, a preguntarle si había recogido la cosecha de la viuda de Manuel Sancho, el de la puerta Quemada, y los ajustó a cuatro reales, dos para cada uno.

Los chiquillos anduvieron por intrincados senderos y por espesos cañaverales, y volvieron con una guerrera de color amarillo limón, que había pertenecido a un ahorcado, y con malas noticias, pues que el mediero había muerto. Pese a ello, recibieron los cuatro reales, se los repartieron, y le narraron a Manuela lo que habían oído, visto y vivido.

Según les había contado la viuda, rodeada de un tropel de críos, al tío Paco lo habían ahorcado los franceses, dado que, tozudo como era, no había querido abandonar la casa y había enviado a su familia, a ella incluida, a refugiarse en la torre

de un pariente y, ay, Dios, al regresar, lo habían encontrado colgado de un olivo, el más grande de todos, morado y con la piel encuerada ya. Lo descolgaron, con gran esfuerzo, lo sepultaron al borde del camino y lo encomendaron al Señor, a la espera de poder ir a Zaragoza y ajustar un cura que le cantara funeral, y lo lloraron y aún lo estaban llorando.

Se explayó la viuda diciéndoles que, en realidad, en la finca, había habido dos ahorcados, uno, su marido, el Altísimo haya perdonado sus pecados, en el olivo y, otro, un desconocido, un soldado con uniforme de color amarillo, en una higuera situada en la parte trasera de la casa, de la que todavía estaba pendiendo, pues que, no lo habían querido enterrar, en virtud de que lo mismo podía ser francés que español, aunque, eso sí, le habían quitado la guerrera por ver si llevaba alguna seña que indicara su procedencia, pero no, no, nada habían encontrado.

Pablos, siempre al quite, le pidió a la viuda si le podía enseñar la guerrera, entonces la mujer envió a una de sus chiquillas a buscarla. El chico, cuando la tuvo en sus manos, la admiró y, al instante, le propuso un trato a la dueña: si se la daba, haría que un pariente cura que tenía, celebrara funeral por su marido muerto, a la par que le pedía los datos del fallecido. La viuda aceptó al momento pues se quitaba un peso de encima y, agradecida, hasta les dio pan y queso, para el camino de vuelta.

Ya se iban los chiquillos, el de Casta con la guerrera puesta y con cara de albricias, cuando la viuda les preguntó a qué habían venido. Le respondieron que habían ido mandados por la viuda de Manuel Sancho, el de la puerta Quemada, para saber si su mediero había recogido el trigo de sus campos.

—Decidle que no, que a su mediero lo han ahorcado los franceses. Lo entenderá.

Tal terminó la dueña, y los despidió.

Manuela, después de escuchar a los chiquillos, frunció el ceño y levantó los hombros en un gesto de impotencia.

\* \* \*

Lo que son las cosas, los dos jinetes franceses, que el campanero de la Torre Nueva viera adentrarse en el Rabal y que luego perdió de vista o acaso los olvidara, pues solo eran dos, fueron a detenerse en la verja de Matilda López y su pupila, Marica, pues que habían puesto en ella abundantes ramos de romero.

Para cuando aquellos hombres descabalaron y llamaron a la puerta, los perros, el recién llegado también, ya habían ladrado hasta la exageración, ya las dos prostitutas, como salían, al aviso de los canes, habían dejado de jugar a las cartas y se habían levantado raudas de las sillas, abandonando el emparrado, para entrar en la casa y volver a pintarse los labios con la barrita de cacao rojo y mirarse la cara en un espejillo. Salieron corriendo, como si fueran doncellas, a ver quién llamaba, pues que aquello de parecer dos ninfas, locuelas como las ninfas son, dando saltitos y encorriéndose por un jardín, a más de levantarse el vestido y enseñar las rodillas y



algo más, volvía locos a los hombres, y en aquella casa solo llamaban hombres.

Y eso, que a los dos jinetes les gustó lo de las ninfas o náyades o hadas o valkirias o pastoras de poema, por quien las tomaren en fin, y comenzaron a decirles groserías, seguramente, que es lo que suelen decir los hombres a mujeres en actitud semejante, en un idioma extraño, con mucho ga, gue, gui, go, gu, que, dedujeron, era francés.

Las dos fulanas acallaron a los perros y no hicieron ascos a los dos gabachos. Eso sí, antes de abrirles la puerta, les enseñaron las tetas, dejándoles claro que eran mujeres placeras. Les pidieron dinero haciendo un gesto con la mano, y los otros entendieron, pues que en tales tratos se hablaba el lenguaje universal. Los militares se rebuscaron en los bolsillos, les enseñaron unas monedas, pocas, y las otras les pidieron más. Volvieron a buscar y, como todavía era poco, echaron mano a sus morrales y sacaron, el más alto, una copa de oro y, el más bajo, una tela bordada en plata, muy buena, ambos objetos de culto, sin duda, robados en alguna iglesia española.

Aceptaron el trueque las rameras, en razón de que llevaban muchos días sin trabajar y de que el oro, desde siempre, había sido moneda de cambio en toda la tierra de Dios. Les franquearon el paso y entraron los cuatro muy jaraneros.

Bajo el emparrado les ofrecieron vino y aceitunas en salmuera, pero hubieron de sacarles el puchero y darles cuchara, pues que venían con hambre y querían merendar. Y ya, entre risas, gestos soeces, aspavientos, etcétera, llegó la hora de cumplir lo acordado, por lo cual, Matilda con el hombre alto y Marica con el bajo, se fueron a sus habitaciones respectivas, cerraron las puertas y se metieron en la cama, a satisfacer a los varones, que, pronto, se manifestaron insaciables, pues que no se conformaron con yacer una vez ni dos, sino tres el alto y cuatro el bajo, con lo cual terminaron agotadas y muy dolidas. A ver, que, cada una por su cuenta, les sugirieron que durmieran, un poquico que fuera, para continuar después de cenar. Pero ellos que no, que otra vez, que una vez más...

Las dos prostitutas respiraron aliviadas, cuando aquellos sujetos se largaron a punto de anochecer. Entonces utilizaron el irrigador y se sentaron en sendas palanganas, echaron un chorro de vinagre en el agua y, en el entretanto del remojo, comentaron que habían acabado tan maltrechas, que habían pedido poco, máxime porque hubieron de darles merienda a aquellos dos monstruos de la naturaleza, que, por otra parte, no tenían el colgajo más grande que otros hombres, que no, que, posiblemente, lo que les sucedía era que no habían yacido con mujer desde que salieran de la Francia.

Matilda le comentó a su pupila que, al entrar en su habitación, había entornado el balcón para que su cliente no viera a la picaraza, no le fueran a venir intenciones de usar su fusil y matarla, y le aseguró que el ave le había avisado que alguna cosa, cuando menos de algo extraño, había de suceder, pues que había piado, con aquel pío pío, que no era un pío pío convencional, como dicho va, pero Marica no le dio importancia.

\* \* \*

Aquel mismo día, después de desayunar, María Lostal dejó a sus hijos con su marido, que dormía, pues que había hecho la ronda de noche y, a buen paso, se presentó en casa de su hermana en el Rabal, para encontrarse todo igual, para limpiar lo mismo, para preguntar a su hermana y no ser respondida, para salir de allí enojada a causa de la desidia de aquella mujer, hija de sus mismos padre y madre, pero tan diferente a ella. E iba atravesando el puente de Piedra, mascullando y sofocada, porque había vuelto la calor y, en estas, un chiquillo, que voceaba un número extraordinario de la *Gaceta*, se lo ofreció y lo compró para Diego, para que se entretuviera un rato con las noticias y no lo sacaran de quicio los críos, y fue que le dijo al chico que le leyera el titular y se llevó una alegría. En razón de que la *Gaceta* publicaba la victoria que había conseguido el capitán general Palafox, la noche anterior, en la zona de Épila. Buscó la sombra de la Lonja de Comerciantes y hubiera querido saber leer, pero solo sabía contar los números hasta diez, dado que había tenido nula instrucción, lo dejó, segura de que su esposo le leería encantado el periódico. Y, como no se encontró a nadie e iba de prisa, sin pararse a escuchar las voces de las gentes, tuvo que llegar a casa para saber más de la batalla. Ciertamente que antes, mantuvo una trifulca con Diego. A ver, que entró ella sonriendo, llamando a su familia, a Diego, a los niños mayores y al pequeñín, y fue que salió a su encuentro su marido hecho una furia y preguntando:

—¿De dónde vienes?

—De casa de mi hermana, bien que lo sabes, te lo había dicho.

—¡No quiero que vayas a casa de tu hermana!

—Tengo que ir. Sabes que tengo que ir. No la puedo abandonar, es mi hermana.

—¡Te prohíbo que vayas!

—¿Qué pasa? ¿Has bebido?

—¡No, pero me dejas solo con estos criajos...!

—Venga, Diego, ya estoy aquí, yo me ocupo de ellos... Te he comprado la *Gaceta*. Léemela, dice que Palafox ha vencido a los franceses...

—A ver, trae.

Y se enteraron los dos a la par, que su excelencia había formado el ejército, había pasado revista, se había puesto al frente de las tropas y había ordenado avanzar, sin hacer ruido ni disparar hasta tener al enemigo a tiro de cañón. Que había cruzado fuego durante dos horas o más; que los Voluntarios de Aragón y los Dragones del Rey habían hecho maravillas para mantener unas lomas, y que los paisanos se habían comportado como héroes, derrotando a la francesada. Y vivía tanto Diego todo lo que leía, que María lo escuchaba con infinita atención y le hacía preguntas, no fuera a tomar otra actitud por desaire, y eso que aún tenía las camas sin hacer. El caso es que, después de comer, el marido le dijo a la mujer:

—María, voy a dejar la ronda urbana. Me voy a alistar para interceptar a los

correos franceses.

—¿Qué es eso?

—Consiste en estar escondido en un camino y salir, de repente, cuando aparezca un jinete, derribarlo, matarlo, arrebatarse las partes, traerlos y entregarlos a la junta militar.

—¿Estar en un camino? ¿En qué camino?

—En los caminos por donde van ellos.

—Tú no tienes edad para derribar a un hombre a caballo, vas a cumplir los treinta y nueve, un año más y no hubieras tenido que ir a la guerra.

—Soy fuerte, buscan hombres valientes y esforzados... Además, no estaré solo, seremos varios... Y pagan diez reales al día...

—Que no, Diego, tú tienes tres hijos, una mujer y una tienda...

—Si me muero te darán una pensión de cinco reales diarios, te servirán de ayuda para criar a nuestros hijos...

—Ni hablar, Diego, tú te quedas donde estás... Ea, es hora de abrir la tienda, ve tú, yo me quedo a limpiar un poco.

Y Diego se quedó en la ronda urbana, al menos por el momento.

\* \* \*

El 26, la condesa de Bureta se levantó temprano, se aseó y se compuso. Desayunó levantada, saludó a sus hijos y ordenó que le prepararan la carroza y, acompañada de su mayordoma, se personó en el Ayuntamiento, pues que estaba convocada una reunión de autoridades en el salón de plenos para las 10, y ocupó un lugar en el palco de invitados.

No sin antes haber saludado en la escalera a su primo, el marqués de Lazán y a Calvo, el intendente general, y besado el anillo del señor arzobispo y la mano de varios prelados con los que se cruzó en el camino, a más de haber intercambiado severa mirada con don Pedro, su pretendiente, pues que tenía oído lo que había dicho el día anterior, lo de «estamos jodidos». Que nunca hubiera podido esperar que saliera de boca de su novio, ni en público ni en privado, pues que no era propio de caballeros, aunque bien que sabía que los hombres pronunciaban palabras gruesas cuando estaban solos, pero ¿decir semejante grosería en una sesión del Ayuntamiento, para que figurara en acta? Ah, no, eso no...

Y es que iba a escuchar el acta, por constatar que don Pedro había dicho lo que se comentaba, pero, vaya por Dios, que no llegó a saberlo, pues se dio por leída el acta de la sesión anterior... Claro que ya le preguntaría ella a don Pedro al día siguiente, pasado o al otro, en la primera ocasión que se le presentare, pues, ¿qué modales eran los del barón? Y si no se levantó y se marchó, fue porque todos la hubieran visto y porque la estaba mirando don Pedro, que no le quitaba ojo de encima y porque, poco a poco, a fuer de sincera consigo misma, su enfado iba desapareciendo.

De momento, el cura Sas, el intendente Calvo y el comandante Cerezo acapararon su atención, en virtud de que los tres se quitaban la palabra de la boca, para explicar los acontecimientos del día anterior. Cómo unos soldados enemigos, que decían ser polacos, se acercaron al castillo con pañuelos en las manos, como queriendo parlamentar o desertar y pasarse al ejército español, porque no hubo modo ni manera de entenderse con ellos —tal aseveraron los tres— por la dificultad de su lengua. El caso es que, tras mucha plática, tras mucho nombrar al general Lefebvre y al emperador Napoleón, no se había llegado a nada, por prudencia, pues que no habían llegado a saber qué, rediez, querían aquellas gentes ni si lo que pretendían era hacer alguna felonía. No obstante, les aceptaron unos pasquines, que, nada más volvieron grupas, se apresuraron a quemar.

Dicho lo dicho, el intendente Calvo que era hombre sesudo, para asegurar la fidelidad de las tropas españolas, propuso que oficiales, soldados y paisanos voluntarios renovaran juramento de fidelidad a la bandera, en público, en las puertas de la ciudad y que el acto central se desarrollara en la plaza del Carmen. Idea que fue muy bien acogida por autoridades y vecinos.

Así las cosas, se dispuso todo para las 12 del mismo día. El padre Boggiero, que ya traía redactado el texto del juramento, se lo entregó a Casamayor que lo copió rápidamente con otros escribanos de la casa y, poco antes de la hora, varios guardias de ronda lo repartieron por las puertas de la ciudad, con órdenes de que, en todas ellas, formaran tropas con banderas y músicas, a ser posible, y si no, con trompetas o cornetas.

Una comitiva partió del Consistorio, seguida de miles de personas, a las que se fueron añadiendo más y más. La condesa estuvo en la plaza del Carmen, entre don Pedro y el vicario de La Seo, y frente por frente del regimiento de Extremadura, que llevaba banda de música y la bandera de la Virgen del Pilar. Y también juró, cuando el sargento mayor del regimiento leyó en voz alta:

—*¿Juráis, valientes y leales soldados de Aragón, el defender vuestra santa Religión, a vuestro Rey y a vuestra patria, sin consentir jamás el yugo infame del gobierno francés ni abandonar a vuestros jefes y a esta bandera protegida por la santísima Virgen del Pilar, vuestra patrona?*

Y fue un clamor, una voz, compuesta de miles de voces, que respondió al unísono:

—*¡Sí, juramos!*

Así, juraron hombres, mujeres y niños. Juraron los presentes por los ausentes, los maridos por sus mujeres, las mujeres por sus esposos, los padres y las madres por los hijos, los hijos por sus padres y hasta los vivos por los muertos.

La condesa también juró emocionada, muy emocionada. Otro tanto que hizo Manuela en la puerta Quemada, la señora Casta en la de Sancho, y María Agustín, Agustina y Quimeta Zaragoza en la del Portillo. La madre Rafols dispuso un altarcillo con la imagen de Nuestra Señora del Pilar en el patio del hospital y un

capellán leyó el juramento y repitieron la escena todos los de allí, no porque tuvieran obligación de hacerlo, pues no había militares ni paisanos voluntarios, sino porque quisieron hacerlo. Y es que, en cuanto se juntaban las gentes y se mentaba a los franceses, espontáneamente surgía un sentimiento colectivo de unidad, de hermandad y hasta de amistad, otrora inconcebible y todavía inexplicable.

\* \* \*

Fue que las Zaragoza habían ido, cesto en mano, a lavar la ropa a la acequia del Portillo y en eso estaban, enjabonando, frotando y aclarando, y un chiquillo, que llevaba una guerrera amarilla, el chico de Casta, según aseguraron algunas comadres, anunció a las lavanderas lo del juramento, y todas a una aceleraron las tareas. Y, unas con la ropa ya lavada y, otras a medio lavar, recogieron sus cestos, se juntaron en torno al arco de la puerta y juraron con la mano puesta en el corazón.

El caso es que las hermanas estuvieron rodeadas de las mujeres de la fuente, las que estaban fijas en aquel lugar, sentadas en sillas de enea y a la sombra de unos árboles, haciendo cartuchos, pues que los habían cambiado por las cartucheras, dado que cada vez eran más necesarios y aún iban a serlo más en razón de que los enemigos no paraban de fortificarse para atacar cuanto antes.

Y fue que las hermanas que, al conocer la gesta de María Agustín, habían dicho de ir a visitarla y no habían ido, le preguntaron qué tal se encontraba y ella les respondió que muy bien, a Dios gracias, y siguieron hablando y hablando. Las catalanas, de inmediato, se fijaron en su brazo manco y en el hendido que la moza llevaba en el cuello, de un dedo de grosor, que discurría en vertical encima de la clavícula y que, milagrosamente, no le había interesado las venas vitales ni los huesos de la nuca, pero que, si llega a ser en horizontal, la mata. Lo vieron pues aguzaron la vista, pese a que María se tapaba con un pañuelo.

Y se les juntaron otras mujeres y, como llevaban rato de pie, las invitaron a sentarse y ellas aceptaron. Y enseguida pasaron la bota de vino y sacaron las tarteras para comer, las invitaron y comieron. Vaya si comieron, cosas ricas además, o fue que, como no lo tuvieron que guisar, les pareció todo mejor, o fue que degustaron albondiguillas de bacalao, tortilla de espinacas, salchichas y unas madejas de cordero, que estaban para chuparse los dedos, lo que no tenían previsto comer en su casa. El caso es que se amigaron las catalanas con las aragonesas, y a la inversa, y que las dos hermanas, sin saber cómo, terminaron ayudando a hacer cartuchos.

## Capítulo

# 7

**E**l lunes, 27 de junio de 1808, fue considerado un día negro por el cronista Alcayde, y así consta en sus cuadernos y por el escribano Casamayor, en su diario. Además, ambos reconocieron en sus escritos que les faltaban palabras para narrar lo sucedido, con motivo, pues que, aparte de muertos y heridos, llovió vidrio, el de todas las ventanas y balcones de la ciudad.

Las dos de la tarde serían. Los ciudadanos sesteaban y los guardianes de las puertas aguantaban, con un ojo abierto y otro cerrado, el sopor de la comida y la calor de la jornada cuando, ay, se escuchó una terrible explosión, que levantó a la vecindad en vilo y, desesperada, se arrojó a la calle, temblando de miedo, gritando, rezando y preguntando qué ocurría.

Sucedió, maldita sea, que zurció el demonio y estalló el polvorín. Muchos ciudadanos lo sufrieron en sus carnes: los que vivían en las casas anejas al Seminario, en las próximas y en las de enfrente, pues que, a la par que sus casas salieron por los aires y se derrumbaron, ellos también fueron despedidos con ellas, muriendo o quedando sepultados bajo las vigas, sillares o ladrillos, a la par, decíamos, que se produjo una humareda inenarrable, acompañada de altas llamas, por acá, por acullá y por doquiera, que dejó paso a una escena desoladora, dantesca, dicho con propiedad. Pues que, cuando se asentó la polvareda y los vecinos que tenían que morir en aquel desgraciado accidente ya se habían ido de este mundo, y los heridos y quemados ya estaban heridos, graves o leves, o sepultados bajo las piedras, a la espera de que alguien removiera los escombros, los salvara de aquel horror y los condujera al hospital, para vivir un tiempo más, lo que pudieron ver los que pasaban por allí y los que acudieron de inmediato, fue algo imposible de olvidar, algo para tener pesadillas de por vida y para contar a los nietos.

En razón de que había toda una manzana de casas derruida, quemándose lo que quedaba de ellas, que había polvo a raudales, y muertos, heridos y gentes que pedían socorro, amén de brazos, piernas y entrañas de hombres y animales, todo esparcido en un radio muy amplio.

Manuela Sancho, al oír la detonación, salió disparada de su casa y, al doblar la esquina del Coso, se encontró con una mano chamuscada perdida en la calle. Tal creyó ver por un breve instante, pero, pasadas varias horas, al recordar la escena, en vez de ver una mano, veía un corazón, y es que en aquel momento, pese a que le sorprendió el hallazgo, sus ojos dejaron de mirar al suelo, para mirar al cielo y contemplar enormes llamas y una columna de humo denso, acaso de cien varas de alta y, en derredor suyo, cadáveres, gentes dolientes y quejosas, personas llorando y

gritando, llamando a sus deudos, pidiendo favor a la Corte Celestial, como no podía ser de otra manera, porque el panorama era desolador: sangre, escoria, tierra y polvo, a montón.

Acudió la moza a una mujer que estaba tendida en la calle sin poder moverse, atrapada por una viga, la movió, como Dios le dio a entender, la levantó, la sostuvo mientras daba unos pasos y se la entregó a otra mujer, y volvió por otro herido en la misma situación y por otro, así una vez y otra.

A breve rato, ya había llegado la cofradía de la Sangre de Cristo y miles de gentes a ver lo que había, a asombrarse del desastre, a gritar con los demás, a maldecir, a llorar con desespero, pero sobre todo a ayudar, y es que los hombres se remangaron las camisas, y las mujeres las faldas y entraron en faena, sin que nadie les dijera nada. A poco, se presentaron varias partidas de la ronda cívica y de militares, que arrimaron el hombro. Las mujeres bajaron pozales y calderos de sus casas, para hacer una cadena y apagar el fuego con agua de la fuente de la plaza de la Magdalena, incluso antes de que se personaran los aguadores a sueldo del Ayuntamiento. A poco, hombres valerosos se tapaban la boca con un paño mojado y penetraban entre los derribos, bajo la espesa humareda, a rescatar a los heridos, guiados por sus voces, a veces hasta pisando a los muertos, Dios les perdone... Dios los asista, porque salían de allí, que más parecían fantasmas, andando a tentón y a punto de asfixiarse, para recuperarse y volver, pues que todo fue un ir y tornar interminable.

La madre Rafols, con sus monjas, médicos, enfermeros y otro personal del hospital, tardaron en presentarse lo que les costó uncir las mulas a los carros, coger los maletines de instrumental de los galenos, montar y llegarse. Para entonces una caterva de heridos, alineados en el duro suelo, los esperaba. Aquí, los menos graves, un poco más allá, los más graves, que eran asistidos por curas venidos de todas las parroquias a impartir los Sacramentos, y por religiosos y religiosas de muchos conventos, que dejaron la clausura y se prestaron a la faena.

Las monjas y otras mujeres, entre ellas la señora Casta, se ocuparon de los muertos. Colocaban un cadáver, algunos todavía ardiendo, sobre una manta, lo retiraban y volvían por otro, así durante horas.

A las seis, comenzó a caer la noche y la tarea se complicó, hasta que llegaron los lumineros de las iglesias con sus luces, que entonces repartieron faroles y velas, y se pudo ver a cierta distancia. Fueron bien recibidos, pues que trajeron sus altísimas escaleras, y con ellas, mientras hubo un poco de luz, se afanaron en rescatar a la gente que pedía socorro desde ventanas y balcones, pues en sus inmuebles estaban las escaleras interiores derrumbadas y no la podían abandonar.

Agustina y Quimeta, cada una con un farol en la mano, siguiendo las órdenes de no supieron quién, pues que allí mandaba demasiada gente, se emplearon en buscar cosas buenas por los escombros, meterlas en un saco y llevarlas al hospitalico de la Magdalena, para que sus dueños las reclamaran en los días sucesivos.

La condesa de Bureta se presentó con su propia carreta, para que hubiera una más

y ella misma la condujo varias veces del lugar del desastre al hospital. Se la cargaban de heridos, iba, se la descargaban, y volvía; a cada viaje con su hermoso vestido de muselina, más ensangrentado.

Las mujeres de la fuente del Portillo acudieron presurosas con baldes y pozales y formaron parte de aquella cadena humana que, bajo la dirección de los aguadores del Ayuntamiento y sin descanso, aportaba agua para sofocar el incendio. Cierta que, de tanto en tanto, llamadas por un fragoroso ruido, se detenían un instante, para mirar en derredor y contemplar con tristeza y espanto, que otra casa, otra, se había desmoronado, causando otra vez, otra, más desgracia, que se venía a sumar a la mucha desdicha habiente.

Y allí, había gente gorda: el marqués de Lazán, el intendente general y don Pedro María Ric, el novio de la condesa, por ejemplo, pues que todos se habían quitado la casaca y bregaban como peones, codo a codo con la gente menuda. Excepto don Ignacio de Asso, el director de la Gaceta, que tomaba notas. Cierta que, de tanto en tanto, parlamentaban entre ellos, dictaban a los escribanos y enviaban mensajeros a tal puerta y a tal otra, dado que, ora observaban, pues que estaban con cien ojos, que había demasiado soldados en el lugar de la tragedia y se preguntaban si, acaso llamados por la curiosidad, habrían abandonado sus puestos, ora ordenaban cercar una zona y que no entrara ni pasara nadie por allí, pues que acababa de caerse una casa, ora recibían noticias de las guarniciones de las entradas de la ciudad o del vigía de la Torre Nueva, que aseguraba que los franceses no se habían movido, hecho que avalaba la presencia de cientos de hogueras, llameando por la plana.

Al rayar el alba, se conoció lo que había sucedido, lo que había dado lugar a la explosión del polvorín, ubicado en el Coso. Corrió por la zona desolada, que varios hombres habían estado trasladando pólvora del edificio del Seminario al convento de San Agustín, por tenerla repartida, y que uno de los carreteros, necio donde no haya otro, porque con los explosivos no se juega, iba fumando un cigarro, del cual cayó una chispa sobre un barril, que mal ajustado o con algún resquicio abierto, prendió y explotó, provocando que el resto de los barriles estallara también, más de 20.000 libras de pólvora, y que perecieran los transportistas, entre ellos, el necio fumador, las caballerías, los vecinos que estaban en sus casas y los que iban o venían, a más de los perros y los gatos que pudieran rondar por allá.

La madre Rafols y los médicos, al regresar, se encontraron con el hospital lleno otra vez y volvieron a empezar.

Agustina y Quimeta regresaron a su casa, muchas horas después, espantadas, otro tanto que la señora Casta y María Agustín. Ítem más, Manuela, desasosegada hasta el extremo, preguntándose si lo que había visto en la calle, antes de contemplar el horror, había sido una mano o un corazón, y lamentándose de no haberse detenido a verlo mejor. La condesa con su blanco vestido manchado de sangre, tanto que sobre el blanco, no cabía más rojo.

Matilda y Marica escucharon la deflagración, pues se oyó a 10 leguas de



distancia, pero no supusieron que era tanto y no se movieron de su casa. María Lostal, pese a que estuvo informada por sus clientas, que fueron y tornaron, no pudo ir, pues su pequeño no quería teta, a más que le vinieron colerines y vómitos, y hubo de estar dándole cucharaditas de agua con azúcar cada cuarto de hora, con infinita paciencia.

\* \* \*

Sin dar respiro a los zaragozanos, al día siguiente los franceses, que habían traído cañones en barcazas por la vía fluvial del Canal y tenían un nuevo general en jefe, de apellido Verdier, atacaron las puertas de la ciudad con denuedo y con tres columnas, quizá tratando de aprovecharse de la desgracia acontecida. Pero, los comandantes de los puestos del castillo, Santa Engracia, Carmen y convento de San José no anduvieron descuidados, precisamente y, pese a los daños que recibían de la artillería enemiga, respondieron con la suya con ardor y consiguieron rechazarlos.

Las gentes, siguiendo la orden gubernativa, volvieron a sus labores y abrieron sus comercios, pero hubo escaso negocio. Las mujeres pusieron pronto los pucheros al fuego, casi todas con patatas y abadejo, pues era día de vigilia, y la mayoría volvieron al Seminario para seguir levantando muertos, que ya solo quedaban muertos bajo los escombros y retirando vigas y piedras de la calle. También, junto a monjas y frailes, se dedicaron a entregar los cadáveres a los parientes de los fallecidos y a asistir al rezo de reponso, por no dejar solas a las familias, y aún las acompañaron, a lo largo de una frenética jornada, a enterrarlos en la cripta de la Magdalena y, cuando no cupieron más, en el hospitalico de la misma iglesia, dejando los restos sueltos, las manos, las piernas, etcétera, para sepultarlos todos juntos al final, pues que eran imposibles de identificar. Todo ello aprisa, aprisa, antes de que se pudrieran, antes de que se llenara el aire de ponzoña, para evitar la propagación de la peste, tan amiga que era de los calores veraniegos.

De las diez mujeres protagonistas de esta historia, las que pudieron ir, fueron a ayudar en el desastre.

Así, la condesa, las barcelonesas y Manuela coincidieron, se saludaron y trabajaron juntas. Las plebeyas tratando de evitar que la dama, que se había presentado sin criadas, hiciera trabajos pesados y viendo, con pesar, cómo se le manchaba el blanco vestido que llevaba —tan hermoso que era— de negro polvo, pero doña Consolación fue la primera en arrimar el hombro y no rebló en toda la jornada.

A mediodía, se tomaron un momento de respiro en torno a la fuente de la plaza de la Magdalena y, después de beber agua del caño, se sentaron a la sombra de los soportales, en un poyete. Entonces la noble dama sorprendió a las demás, pues que abrió su faltriquera, contó el dinero que llevaba y dijo de comprar alguna cosa para comer en la taberna que tenían a la espalda, y que las invitaba. Las otras se quedaron

pasmadas, pues que nunca habían soñado que una noble las convidara a tomar un refresco o a degustar un lamín, pero aceptaron encantadas.

Entró la condesa en el establecimiento, que olía a rayos por falta de ventilación, y que, dadas las circunstancias, estaba vacío, y encargó al dueño unas tortillas entre pan y una jarra grande de vino. El amo, en viéndola, la tomó por una dama de alta alcurnia, por lo que era, y se desvivió por atenderla, incluso le ofreció pasar adentro y almorzar en el comedor, pero ella lo rehusó, por el mal olor del lugar y porque las mujeres honradas no entraban en tabernas, por el qué dirán, no las fueran a tomar por lo que no eran, y le pidió que sacara una mesa y unas sillas, para comer fuera, en el porche.

Tras comentar la tragedia, tras observar las plebeyas que doña Consolación era mujer extremadamente sencilla, se animaron y empezaron a presentarse, pues, aunque se habían visto y habían estado juntas, apenas habían platicado y, en consecuencia, no se conocían.

La condesa, que ya les había dado silla, les dio voz, y la primera en hablar fue Quimeta. Dijo la catalana que era hermana de Agustina, allí presente, que las dos habían nacido en Barcelona, de familia de labradores; que si estaban residiendo en Zaragoza, era porque se habían casado con militares, que estaban de paso, que sus maridos habían sido héroes del Bruc, los dos únicos profesionales que, al mando de una partida de payeses, habían sido capaces de derrotar a una columna del ejército francés, y hubiera podido extenderse más la buena mujer, pero le cedió la palabra a Agustina, que, la verdad, poco pudo decir, pues, aunque muy resumido, Quimeta lo había dicho casi todo, y solo añadió que su marido se llamaba Juan y era cabo segundo del Primer Regimiento del Real Cuerpo de Artillería y que, casualmente, el de su hermana se llamaba Manuel y era sargento. Manuela dijo que era huérfana de padre labrador, que tenía una madre anciana y quejicosa, y varios hermanos menores que estaban en el pueblo con una tía. Y unos campos cuya cosecha, si Dios no ponía remedio, se iba a perder, pues que el mediero, que había tenido ajustado, había sido ahorcado por los franceses poco ha y, sin detenerse más o sin tener más que contar de su pasado, pasó a hablar de su presente, de un negocio que, de unas horas a esta parte, le preocupaba y le llevaba a maltraer pues que no se lo podía quitar de la cabeza. Habló de un corazón, ay, que se había encontrado tirado en la calle, en el día de ayer, cuando, al oír la explosión, había salido disparada de su casa, situada en la calle de la puerta Quemada, lamentándose de no haberlo recogido con sus manos, de haber dado un salto y haberlo evitado, y de que, al volver a buscarlo, ya no estuviere, pues que tal vez se lo hubiere comido un perro. A poco, empezó a mencionar una mano desgajada, mezclando corazón y mano, aunque haciendo más hincapié en el corazón, y a trabucar la voz.

El caso es que sus oyentes la escuchaban sobrecogidas, creyendo entender que a la moza le remordía la conciencia por no haber recogido el corazón que se encontró tirado, pero, cuando en la narración apareció el personaje del perro, hubieron de

tragar saliva y apurar el vaso de vino, porque el tema les revolvió el estómago, y estaban esperando los entrepanes.

La condesa cortó el asunto, lo que alivió a las hermanas. Siguió con las presentaciones y dijo que era viuda y tenía dos hijos, una niña, de nombre María de los Dolores y de cuatro años de edad y un niño, de nombre Mariano de los Dolores y de diez años, y se sonrió, cierto que con poca gana por lo del corazón y lo del perro, sin duda. No obstante, para aclarar la similitud de los nombres de sus hijos, añadió que la familia de su difunto tenía mucha devoción a la Virgen de los Dolores; y hubiera continuado quizá, para olvidar lo del corazón y lo del perro, pero llegó el tabernero con los entrepanes que tenían una pinta magnífica. Y fue que, como tenían hambre, se olvidaron de la mano, del corazón y del posible perro, Manuela también, y comieron con apetito. Además, no hablaron en un tiempo, porque con la boca llena no se habla, el tiempo suficiente para olvidar el negocio de la moza. Luego continuaron sus labores en las escombreras, con otras muchas personas y, al caer la noche, acompañaron en procesión a un religioso, que había encontrado, entre las ruinas, un copón, lleno de Hostias, a la iglesia de la Magdalena y lo depositó en la dicha iglesia. Fue lo último que hicieron por allí, pues se volvieron a sus casas.

La condesa y las Zaragoza, conforme avanzaban hacia la Cruz del Coso, se fueron encontrando con gente alborotadora. No es que les extrañara, porque había algaradas con motivo y sin motivo, pero, se informaron claro.

Sucedía que acababa de entrar un destacamento militar, proveniente de Lérida, por enfrente del hospital con abundante artillería, y que la multitud lo celebraba con demasiada alharaca quizá, pues que más parecían quejidos de dolor que vivas, o tal vez fuera que empezaba a confundirse la alegría con el dolor en la ciudad, tal comentó la condesa a las dos catalanas. Pero estas dejaron de escucharla porque al oír las palabras «Lérida» y «artillería», les dio un vuelco el corazón, pues de inmediato albergaron la esperanza de que estuvieran allí sus maridos, pero no, no, que, al ver la enseña, observaron que se trataba de otro regimiento, y un tantico amohinadas siguieron andando.

En la casa de los Gigantes, una muchedumbre vituperaba a un hombre y jaleaba a los guardias de la ronda cívica que lo llevaban a la cárcel. En razón de que la Junta Suprema, una junta nueva que había sido constituida aquel mismo día para defender Zaragoza, lo había condenado a la pena ordinaria de horca por traidor. Se trataba, al parecer, de un tramoyista del teatro del Príncipe de Madrid que, amigo de los enemigos, se había dedicado a repartir pasquines instando a la rendición, incluso, el muy cretino, en la misma puerta de la casa del general Palafox, el cual, ay, Señor, continuaba ausente y se le echaba en falta.

Las tres mujeres se sumaron al gentío. La condesa se recogió en su casa, pero las hermanas continuaron hasta la puerta de Toledo, y vieron cómo entraban al tipo en la prisión y, tras una espera, cómo lo sacaban al son de tambores y trompetas, cómo lo subían al cadalso que llevaba tiempo allí fijo, cómo el verdugo le ponía la soga al

cuello, cómo el reo recibía auxilio espiritual de un fraile franciscano y cómo moría. Todo entre un vocerío inenarrable.

Cuando el cuerpo del tramoyista quedó pendiendo de la cuerda, la multitud comenzó a dispersarse comentando que había tenido muy buena muerte, cosa que podía agradecer tanto a las autoridades como al pueblo, que permitían que nadie se fuera sin Sacramentos de este mundo aunque no los mereciera. Lo mismo que les dijo a las hermanas la señora Casta que con su hijo, que vestía una guerrera amarilla muy vistosa, habían ido también a presenciar la ejecución. Agustina alabó la guerrera del crío, este se holgó y fue a contarle el ahorcamiento de un oficial español que había presenciado en Torrero, por haber abandonado una posición fortificada, pero, como estaba su madre, se detuvo, más que ya era tarde. Se despidieron y dejaron las hablas para otro día.

Lo de que la de Bureta había comido con tres mujeres del pueblo, se conoció en la ciudad y se comentó largo, pese a que había otros temas de mayor interés de los que platicar, tales como la desgracia de la explosión del polvorín o del avance de las fortificaciones francesas o del último ahorcado o del penúltimo. Fue porque nobles y burguesas lo vieron mal, y más de una se llegó a preguntar si doña Consolación habría caído en la ordinariez, aquella moda tan en boga entre las clases altas de un tiempo acá, e imitaba, sin rebozo de ningún género, a una mujer de nobilísimo linaje, a la que, por respeto a la solera de su casa, evitaban ponerle nombre, la cual, durante años, había sido la máxima exponente de la llaneza más estúpida y de la chabacanería más grosera. Se referían a doña Cayetana, duquesa de Alba, que, pese a haber fallecido, continuaba siendo imitada. No obstante, descansen en paz, decían, al dar por concluido el tema. Y, aún se dijo por los corrillos —vaya vuestra merced a saber—, que su confesor le había regañado, pues, ¿qué era eso de compartir mesa y mantel con tres mujeres del pueblo? ¿Adónde íbamos a llegar?

\* \* \*

Al día siguiente, miércoles, las tropas españolas, compuestas de unos 5.200 hombres, completaron las defensas desde la puerta de Sancho a la del Sol, cavando nuevos fosos, levantando nuevas barricadas y perfeccionando las viejas. Hasta los adoquines de las calles pretendieron utilizar en los parapetos pero resultó demasiado costoso levantarlos y hubieron de renunciar. Las tropas francesas, compuestas de un sinnúmero de hombres, debieron estar fortificándose también pues que estuvieron bastante quietas, eso sí, campando por los montes de Torrero de los que solo tenían que iniciar el descenso, para presentarse ante los muros de la ciudad.

La Junta Suprema, ante la petición de los ciudadanos, decidió enviar un correo a Palafox con el ruego de que dejara de hacer reclutas por los pueblos y se presentara en Zaragoza a dirigir la lucha. A más, dictó instrucciones para cuando el enemigo iniciara la ofensiva.

Así, el intendente Calvo firmó un bando y le dio pregón, ordenando que, al primer fuego del enemigo o al toque de generala o al de las campanas de la Torre Nueva, mujeres, viejos y niños se retiraran a sus casas y no salieran a la calle. Que dejaran los zaguanes abiertos, para que los que fueran sorprendidos transitando por las calles, pudieran refugiarse en ellos. Que dejaran armas en las puertas para defender sus casas si menester fuere y que, desde las ventanas, dispararan a matar, en caso de que el francés penetrara en la ciudad.

\* \* \*

María Lostal, al escuchar al pregonero, se dijo que no, que imposible. Que ella no podía dejar la puerta abierta de su casa, dado que accedía al piso a través de la tienda y que, si dejaba la puerta de la tienda franca, le robarían; que había mala gente, gentuza, que aprovechaba el barullo para llevarse lo ajeno. Y se lamentaba de que, aunque tenía marido, era como si no lo tuviere en razón de que no había visto a Diego en dos días, desde que estallara el polvorín, pues que andaba en el lugar del siniestro sin venir a casa a dormir, levantando muertos, piedras y tablones, según le habían contado varias vecinas, pues que ella no había podido ir a contemplar la tragedia ni a llevarle una tartera con comida caliente a su pobre marido que, según le habían informado, trabajaba el que más y mandaba el que más, tal se decía orgullosa de su esposo. Y puso la olla al fuego; dio teta a su hijo pequeño que, recuperado de las cagaleras, ya la pedía, arregló a los mayores; abrió la tienda y despachó vino a las vecinas; subió varias veces al piso a remover el guiso y, como olía muy bien, volvió a pensar en Diego y en llevarle una cacerolita, pero se adujo que solo tenía dos manos y que, si salía de casa con los tres críos, necesitaba las dos para llevar el pequeño, que con año y medio se movía en sus brazos cual serpiente, no podría llevar la tartera, ni podía dársela a llevar a los otros, que demasiado hacían con ir agarrados de su saya, para no perderse, a más que se les caería, pues, tan chicos que eran, caminaban todavía muy atolondrados.

María fue a cerrar la tienda, para comer, cuando observó a unos chiquillos jugando a pídola, entre ellos el chico de la señora Casta, vestido con una guerrera amarilla, que, al verla, la saludó. Lo llamó la dueña y Pablos acudió con otro más, este vestido con una guerrera roja, y los invitó a un vaso de vino, para, a continuación, preguntarles si querían cuidar a sus hijos durante un rato, durante un par de horas, a cambio de que les diera de comer y una botella de vino, cuando volviera. Los chicos aceptaron al momento y, ya sentados a la mesa, comieron todos con voraz apetito, tanto que hubo de retirar lo de Diego del caldero y quedarse sin apenas probar bocado, pues que apuraron el guisote y aún untaron, dejándolo que no hacía falta fregarlo. Se ocupó la buena mujer de llenar los vasos de vino, de que los venidos se bebieran dos cada uno, a más del que ya llevaban, y los suyos uno, y al pequeño le dio, después de la teta, pan mojado en el jugo de Noé. Y sí, sí, a poco,

todos dormían, los mayores recostados en la mesa y el pequeño en la cuna. No obstante, les dejó a la vista la baraja y el dominó, para que jugaran al despertar, y ya cogió el perolico, echó la llave de la tienda y anduvo a paso ligero.

\* \* \*

Matilda, al despertar y abrir el balcón para ventilar, no encontró a la picaraza y se preocupó, naturalmente. Descendió apresurada la escalera, salió de la casa, buscó por el emparrado, los albergeros, los melocotoneros y las higueras, se llegó a la acequia y no la halló. Y eso, que la llamó varias veces tratando de imitar aquel pío pío, que el bicho hacía, aunque no era exactamente un pío pío, como ya se dijo, y se disgustó.

Marica, cuando bajó a desayunar, la encontró apesurada y le preguntó la causa. La otra le respondió que la picaraza se había marchado y consideró el hecho de mal agüero. Su pupila coincidió con ella y, en efecto, a poco oyeron estallar bombas. Salieron al camino por ver si alguien pasaba y aún anduvieron entre los árboles mirando las copas por si veían un ave negra, pero no. Entonces, Matilda le dijo a Marica que ya solo le quedaba preguntar por el pájaro a los perros y tal hizo interrogarles. A la moza no le extrañó, pues que los amos hablan con sus animales, pero nada le dijeron. No obstante, las dos mujeres no dieron por perdida el ave, pues se adujeron que, habiendo sentido antes que cualquier otro animal, o mujer, de la torre, el sonido de las bombas al estallar, habría tenido miedo, al igual que luego los perros, que no sabían dónde refugiarse, al igual que ellas, y se habría ido a otras tierras donde la muerte no se anunciara a cañonazos, en virtud de que era el único ser viviente de la casa que podía volar.

Tras mentar el hecho de que las aves vuelan, Marica le preguntó a Matilda qué haría si tuviera alas y pudiera volar. A esta le gustó el tema y le respondió al momento que, lo primero que haría sería volar alto, alto, para ver a las gentes pequeñas, para que ver la poca cosa que son las personas vistas desde la inmensidad del cielo, cuando, ay, sobre la tierra, algunas pisando fuerte, otras, menos fuerte, se tornaban orgullosas y soberbias a veces sin motivo, porque mucho bla, bla, bla, pero nada, eran solo apariencia, hipócritas por demás, porque llevaban sus vicios y maldades en el corazón, lo cual no era obstáculo para que a ellas, a las ramerías, las miraran mal y las despreciaran siempre. Cuando ejercían el oficio más viejo del mundo, haciendo servicio a los hombres y hasta a las mujeres casadas, pues que les evitaban los agobios de la cama. Y, le puso de ejemplo cuando, el día del levantamiento, habían coincidido en el puesto de la tía Paca con unas mujeres «honradas», que, a saber, qué miserias guardaban en sus corazones, que se alejaron y dejaron hueco entre ellas, como si contagiaban la pestilencia.

La joven, al hilo de la respuesta de su compañera, sostuvo que, si volara, primero, observaría desde el balcón o la ventana lo que había en las casas, es decir, lo que había hecho la picaraza con ellas, y que, si le gustaba, entraría y revolvería en los

arcones, baúles y alacenas, nada más que por fisgonear, pues que llevarse no se llevaría nada. Además, ¿en dónde podría llevarse algo, siendo pájaro...? Qué necia, en el pico alguna cosa se podría llevar: un anillo, un collar, pero no, no, que ladrona no era. Y terminó diciendo que le gustaría revolver en los armarios de la condesa de Bureta, por ver cuántos vestidos tenía, y observarla cuando eligiera traje y cuando se aromara o se pintara los labios, y hasta cuando hablara u ordenara tal o cual a sus criados, para imitarla y poder quitarse, un poquico que fuera, el pelo de la dehesa, pues que le había parecido una reina, y si no una reina, la mujer más elegante del mundo.

Matilda se rio a carcajadas, celebrando la ocurrencia de la moza, y ambas, pese a las bombas que oían en lontananza y a la ausencia de la picaraza, pasaron una tarde muy agradable. Eso sí, sin ingresar un maravedí.

\* \* \*

Manuela se quitó de la cabeza lo del corazón o la mano, lo que hubiere visto, igual que se había quitado al Francho, enseguida, pues que estuvo ocupada, muy ocupada, ayudando, junto a otras mujeres, a los frailes a sacar las cosas buenas del convento de San José, situado casi frente por frente de la puerta Quemada, en el camino del Bajo Aragón, y luego asistiendo a los defensores del mismo, a soldados y frailes. Su asistencia consistía en repartir el agua y el rancho, en cargar las escopetas, en sustituir al que iba a la letrina en la aspillera o en la ventana, para vigilar y, en caso necesario, avisar de la presencia del enemigo. Pero era que un par de hombres, al menos dos de los que estaban en el primer piso hubieran querido más asistencia, otras asistencias que no son de mentar, como venía observando cuando la miraban, como no se mira a mujer honrada, o cuando se cruzaba con alguno de los dos en un pasillo estrecho o en la escalerica de servicio, que entonces habían intentado arrimársele y hasta tocarle los pechos.

El caso es que andaba fastidiada, que de estar preocupada por lo del corazón o lo de la mano, lo que hubiere visto o imaginado pues que ya no estaba segura, había pasado a estar enojada, en razón de que se había presentado en la puerta del monasterio a ayudar. A trabajar, a coger pesos, a subir y bajar escaleras con bultos, etcétera, todo fuera por salvar a la patria y por la derrota de los invasores, sin cobrar un ochavo además, sin esperar recompensa, desinteresadamente, en fin. Y se encontraba con dos tipos, aunque podía haber otros más que no se hubieran manifestado todavía ni de palabra ni de hecho, que, ciento por ciento irresponsables, no estaban a la altura de las circunstancias, que, dicho pronto, confundían el culo con las témporas, y no, que no.

La cosa es que no sabía a quién quejarse, pues que, si le lo decía a un fraile, como era joven y de carnes prietas, tal vez se tuviera que oír que la culpa había sido suya por haberlos incitado al pecado con sus andares, y si se lo decía a un oficial, tal vez se

tuviera que escuchar las mismas groserías que le habían dicho los dos destalentados, porque, como decía su madre, con los hombres nunca se sabe.

Así que no sabía qué hacer, si acusar a sus incomodadores o largarse, amén de que, no quería ni delatar ni marcharse. Y en esas estaba, dudando, en el rellano de la escalera noble, cuando apareció la señora Casta con sus cocineras, y la recibió como si se tratase del santo advenimiento y, tras repartir el rancho con ella, se lo contó todo. La dueña, que llevaba fama de ser mujer varonil, por enérgica, llamó al uno, lo llevó a un rincón de la estancia y lo reconvino, y lo mismo hizo luego con el otro. Algo de «cojones» le dijo al segundo, porque Manuela escuchó netamente la tal palabrota, y fue que los dos tipos tornaron a sus aspilleras avergonzados y con las orejas gachas. Luego, cuando ya se iba, le recomendó a Manuela que no estuviera nunca sola con los soldados y que se juntara con otra mujer, para ir en pareja, pues que con los hombres nunca se sabe. La moza, ni que decir tiene, siguió la recomendación.

\* \* \*

A las costureras de la fuente del Portillo se les fueron sumando otras mujeres, por ello llegaron a formar un grupo cada vez más nutrido e industrioso de lo más, con reconocida fama en toda la ciudad. Con motivo, pues que de coser cartucheras, pasaron a fabricar munición y, el último día de junio, por orden del comandante del puesto, se remangaron las sayas y, sin reparar en el esfuerzo, se pusieron a levantar los adoquines de las calles para llevarlos a las barricadas y que no rebotaran en ellos las bombas que arrojaban franceses.

Como comentaba María Agustín, que se valía ya muy bien con un solo brazo, a las hermanas Zaragoza, haciendo un alto en la labor e incorporándose para secarse el sudor de la frente, la tarea era inútil porque carecían de material, pues que hubieran necesitado grandes pinchos o clavos, lo que fuere, para separar los adoquines, a más de carros, para acumularlos y llevarlos a la empalizada exterior, y no tenían. Cuando el jefe volvió a cambiarles la tarea, por resultar la primera demasiado costosa, las tres trabajaron más a gusto, pues les resultó menos duro llenar sacos de lana, dado que se valían de sus propias manos, con la lana que había suministrado el gremio de laneros, que había vaciado sus almacenes. Y es que no se podía utilizar solo tierra para llenar los sacos de los parapetos porque las calles quedaban llenas de agujeros y no se podía circular, ni ellas mismas podían transitar.

Aquel día sudaron la gota gorda por la mucha calor, y pasaron miedo además, ya que los franceses bombardearon el castillo con intento de pasar el Ebro y hubo encarnizado combate de fusilería por la ribera izquierda. Cierto que los bravos aragoneses, con los bravos catalanes, navarros y castellanos, que habían venido a defender la ciudad, los rechazaron, matando a muchos sobre el agua, a todos los que intentaban cruzar el río.

La jornada de militares y paisanos de la puerta del Portillo, transcurrió entre



miedos, alegrías y tristezas. Entre miedos, por lo dicho arriba, y entre buenas noticias, aunque a veces se sucedían con otras malas o se mezclaban entre sí. De bueno, se supo que los españoles habían derrotado por segunda vez a los enemigos de la patria en los altos del Bruc, y que el ejército del general Dupont había abandonado la ciudad de Córdoba. ¡Bendito sea Dios! Pero, maldita sea, el citado general, Dios lo ciegue, había permitido que la ciudad fuera saqueada y él, él mismo, se había llevado todo el oro, la plata y los tesoros, que guardaba la vieja mezquita mayor, desde hace cientos de años catedral; y así mismo el oro y joyas de las gentes pudientes. Y de las alegrías de la victoria del Bruc y del desalojo de la ciudad del Guadalquivir, pasaron, de inmediato, a la tristeza pues, con los enemigos casi cercando Zaragoza, a ellos, a los zaragozanos, los tratarían, por lo menos, igual de mal que a los cordobeses, y eran capaces de arramblar con las joyas de la Virgen del Pilar y de llevarse hasta las piedras.

Y eso, que se echaban a temblar los que estaban en los parapetos, en los fosos, en lo alto de la puerta, en la muralla, en la fuente o en las casas próximas y, a no ser porque se animaban unos a otros, o porque llegaba alguna personalidad y arengaba a las gentes, o porque cantaban viejas canciones con letra adecuada a las circunstancias o jotas, o porque corría el vino en abundancia, o porque nadie decía de hacer otra cosa diferente a la que hacían, aquellas personas, tal vez se hubieran ido a gritar a la plaza de La Seo que el capitán general Palafox les había abandonado, o a saber si traicionado, o tal vez a solicitar a las autoridades la rendición de la ciudad.

\* \* \*

La madre Rafols y muchos con ella, desde la tragedia del polvorín del Seminario, no habían visto el sol, pues que en el hospital se había trabajado con ahínco asistiendo a los ingresados, recomponiendo huesos, brazos, piernas y costillas, cosiendo heridas, calmando nervios y, de día y de noche, cerrando los ojos de los muertos, para conducirlos a su última morada.

La religiosa se tuvo que aplicar con los que, a causa de la desgracia, padecían de nervios. Así, suministró varias tisanas a la señora de Azagra y sus cuatro hijas. Qué cuatro. Tres, pues la cuarta había falleció en el siniestro. A las cuales, los de la ronda cívica, las habían bajado de su casa por el balcón utilizando las escaleras de los lumineros del Pilar. De noche, con un enorme gentío mirando desde la calle el desarrollo de la operación y acompañando el peligroso descenso con gritos de dolor, cuando la pequeña de la familia se precipitó al vacío y dio de cabeza en el duro suelo, Dios la tenga con Él. Y con sus aplausos, cuando las otras cuatro hicieron pie firme en el empedrado de la calle. Eso sí, con unos nervios que no se quitaban con un cocimiento de valeriana ni añadiendo un buen manojo de melisa, ni que la religiosa hirviera las hierbas con el agua de su milagroso caldero. Y es que no se calmaban ni con tisanas de plantas medicinales ni con buenas palabras, ni con llamados a la

resignación cristiana ni con la mención de la Gloria Eterna para la fallecida, ni con frases como: «Peor hubiera podido ser» o «hubieran podido morir las cinco abrasadas» o «aún le quedan a su merced tres hijas que la cuidarán en su vejez, debería dar gracias al Señor», u otras semejas. Y, a momentos, estuvo por encerrarlas en una habitación para que pasaran sus nervios las cuatro juntas en soledad; pero no tenía espacio libre y, en cuanto a llevarlas a la zona de los locos, que llevaban recluidos varios días en el sobrado, a la luna de Valencia, que también le pasó por la cabeza, pues que la estaban reteniendo en exceso y tenía mucho quehacer, no se atrevió; no se fueran a enfuriar contra aquellas extrañas, mujeres por más señas, y peor fuere. Y es que era todo hartito difícil.

\* \* \*

Aquel jueves, último del mes de junio, que había empezado mal y se terminaba con el ejército enemigo avanzando imparable hacia Zaragoza, es decir, mucho peor de lo que había comenzado, la condesa de Bureta anduvo toda la jornada estremecida, como casi todos los habitantes de la ciudad. Pensando si enviar a sus hijos al campo, a la casa de su difunto en la localidad de Bureta que daba nombre al título, en la comarca de Borja, para que estuvieren más seguros, y dispuesta a mandar aparejar el coche y hacerles los baúles, para, al momento, desecharla, dada su ubicación, pues que, necia o atontolinada por el ruido de las bombas, no había caído en que por allá dominaban los franceses y tal vez hasta el palacio condal tuviera ya otros amos. Para, pasar a considerar las casas de sus parientes: la del conde de Sástago en esta villa, o la del duque de Híjar, en la población del mismo nombre, por ejemplo, pero por una razón o por otra, la que fuere, las rechazaba. Y es que no quería separarse de sus hijos, a tal conclusión llegó después de un tiempo, en razón de que ella misma se argumentaba en contra de su propia idea, aduciéndose que, la seguridad que pudiere garantizar el campo, era tan inexistente como la que ofrecía Zaragoza, nula, ¿pues que no habían cometido los enemigos mil tropelías en su recorrido antes de avistar los muros de la urbe, puesto que habían saqueado cientos de localidades, habían asesinado a los curas y a las gentes y violado a mujeres y niñas? A las niñas incluidas, aún después de muertas, tal tenía oído. Y un temblor la recorría toda.

Por eso, por no haber seguridad en el campo, decidió acondicionar una parte de las bodegas de su casa —dichas, en Aragón, caños—. Dejar el nevero, en el que guardaba la nieve que le traían de los Pirineos en el invierno y con la que hacía los sorbetes para los invitados a su salón, sin tocar y adecuar el otro. Bajar, al menos, unos colchones, para que los críos durmieran allí, a refugio de las bombas y, ah, una de las imágenes de la Virgen del Pilar que tenía para que la Señora les librara de todo mal.

Y eso hizo, puso a sus criados a trabajar, a bajar colchones y ropa de cama; alguna muda para los críos; pan, queso, almendras y nueces, por si les venía hambre

en lo gordo de un bombardeo; la mesa para la imagen de Nuestra Señora, otra más, para comer y sillas; libros para que estudiaran y leyeran, juegos, como el de la oca y, para que disfrutaran de luz abundante muchas velas y candiles, etcétera. El caso es que les habilitó un cuarto casi como el que cada uno tenía en el piso noble, a despecho de las criaturas, que, viendo lo que su madre hacía, le preguntaron varias veces si pretendía encerrarlos en una cárcel y aún le dijeron que preferían morir a vivir de aquel modo, pero, la condesa, como todo lo había dispuesto por su bien, no les hizo el menor caso y les obligó a entrar en el refugio; tal lo llamó. Los críos bajaron llorando y gritando que en aquel lugar estaban las calderas de Pedro Botero, dado que las criadas les habían amenazado con encerrarlos allí, quizá por alternar con el Sacamantecas, cada vez que se habían portado mal —es decir, miles de veces— y, de consecuente, les producía miedo cervical. Pero doña Consolación se mantuvo firme y lo más que consintió fue poner otro colchón y que una sirvienta durmiera con ellos. Eso sí, antes de dejarlos ella misma les limpió los mocos con un primoroso pañuelo de batista con sus armas bordadas, y con la promesa de que pronto saldrían, en cuanto los enemigos fueran derrotados o dejaran de bombardear.

\* \* \*

A la par que descargaba una tormenta muy aparatosa, a las 12 en punto de la noche del 30 de junio o, lo que lo mismo es, a las 0 horas del 1.º de julio, los franceses emprendieron un bombardeo nunca visto, contra la ciudad.

A causa del miedo, los dos críos mayores de María Lostal se metieron en la cama con ella; el de la señora Casta, pese a que era mocico, también; los dos hijos de la condesa de Bureta, y su criada, temblaron en las «calderas de Pedro Botero». Agustina y Quimeta se juntaron en la cocina en torno al botijo, al igual que Manuela Sancho y su madre, en el otro extremo del caserío urbano, y padecieron miedo acompañadas. Mucho más, la madre Rafols que, rodeada de sus monjas, recorrió el hospital de punta a cabo, rezando el santo rosario. Las rameras de la torre del Rabal, aquella siniestra noche tuvieron clientes e hicieron caja, sin miedos, pues que, salvo unas gotas, no descargó la tempestad por allá, y María Agustín, como vivía sola, fue la única que pasó su propio miedo sin compañía.

Mientras se oían fragorosos truenos y caían rayos a barullo, los franceses, sorprendidos o no sorprendidos de la tronada, lanzaban bombas y granadas de mortero, a mansalva también. Las gentes —que otro negocio fueron las guarniciones de las puertas—, al principio, creyeron que se trataba de una simple tormenta, aunque pronto la tacharan de fuerte y pensarán en el daño que pudiera hacer en los campos y en las huertas, pero, cuando se levantaron de sus camas, se acercaron a las ventanas y vieron que globos de fuego surcaban el cielo, que no eran rayos precisamente, pusieron nombre al fenómeno y entendieron que la francesada atacaba con toda su artillería. Por eso se echaron a las calles, las madres con sus hijos, los hijos con los

padres enfermos o viejos, los maridos con sus mujeres, los vecinos con los vecinos, los amigos con los amigos, los parientes con los parientes y los que no tenían con quién, solos, todos ensopados, a causa de la fuerte lluvia, que más parecía que se hubieran abierto las cataratas del cielo. Ciertamente que no tardó en remitir... Las gentes se lanzaron a la calle, decíamos, en un primer momento sin saber a dónde ir ni qué hacer, pero, como no eran las primeras bombas que el ejército invasor arrojaba sobre la ciudad y, de consiguiente, el bombardeo no les cogía de nuevas, la población, que estaba llena de odio contra el francés, reaccionó con más bravura que el día de la batalla de las Eras del Sepulcro, si cabe, y muchos se dirigieron a las puertas o a pedir un sitio en las murallas, y otros, pese al aguacero, al Pilar, a rogar a la Santa Patrona que hiciera desaparecer de la faz de la tierra al maldito emperador Napoleón, el causante de las desdichas de buena parte de la Humanidad.

En el Santo Templo, como venía siendo habitual, no había un alfiler, por eso los que iban, no podían entrar y habían de volverse. Las mujeres de la fuente del Portillo, reunidas al rebato de las campanas de la Torre Nueva, siquiera se acercaron, unas cuantas se aventuraron a llegarse a la Virgen de la calle del Monte Sión pero, era tal la aglomeración que hubieron de tornar a su lugar y, sabedoras de que el ataque enemigo iba en serio, se distribuyeron las tareas para atender a los posibles heridos, llevarlos al hospital, hacer llegar munición, agua y vianda a los de las murallas, recorrer las calles aledañas por ver si había sido destruida alguna casa, llegarse a la puerta de Sancho y a la del Carmen y dar noticia de cómo andaban las cosas por allí, amén de rezar en la iglesia del Portillo, aledaña al portón.

\* \* \*

A media mañana, cuando ya habían surcado el cielo varios centenares de bombas y la tormenta se había alejado hacía horas, muchos vecinos, sobre todo hombres viejos y mujeres con hijos pequeños, unos, en carros y, la mayoría andando, con atillos de ropa y comida, aprovechando el aviso gubernamental por el que se permitía a tales ciudadanos abandonar la urbe sin pasaporte ni trabas, se congregaron en la puerta del Ángel y, a poco, comenzaron a atravesar el puente de Piedra miles de personas rumbo a los pueblos vecinos en busca de mejor pasar, lo que era triste de ver, en efecto. Pero los que se quedaron, después del primer pánico, estaban cada vez más animosos, como gentes bravas que eran, como habían demostrado sobradamente y como se conocía de ellos en toda la Europa, de la Rusia a la Inglaterra. Salieron las gentes con lo que se podían llevar, a veces demasiado, en una dolorosa procesión; sin saber si regresarían a sus casas. Las mujeres llorando, los niños también, los ancianos con las caras graves, los impedidos como podían y todos observando con horror, cómo las bombas pasaban por encima del Pilar e iban a dar en el agua del Ebro y viendo con más horror todavía cómo algunas caían en el propio templo causando daño en la fábrica e imaginando los males que habrían ocasionado a las muchas personas que

estaban, apiñadas, dentro. Cierto que algunos siquiera querían volver la vista atrás. E iban apresurados todos, a tomar el camino de Huesca y muchos cantando la salve.

Matilda y Marica, que ya habían sufrido el estrépito de las bombas y de los truenos, ahora avisadas por los perros, salieron a la puerta de su casa por ver qué ocurría, y se encontraron con un tropel de gentes que caminaban aprisa, adelantándose unos a otros, sin ayudar al que, por ce o por be, se quedaba atrás, huyendo de la francesada que, desde hacia horas bombardeaba incansable la ciudad.

No preguntaron claro, pues que bien sabían que sucedía, cierto que dudaron si ofrecerles agua fresca del pozo, pero no lo hicieron, pues que, pese a la premura y a la mucha carga de criaturas y enseres que llevaban, las mujeres las miraban mal, sin conocerlas de nada, con odio y desprecio, como si llevaran una marca en la frente que delatara su profesión, y claro se retiraron detrás de los setos. No obstante, aportaron su granito de arena, en razón de que, cada vez que pasaba un grupo y se perdía de vista, salían al camino a recoger lo que habían dejado tirado, para apilarlo en el ribazo, para cuando los que habían aligerado o perdido su equipaje volvieran a recogerlo y, a poco, habían recogido tres sillas; cinco zurrone; un arnés de caballería; siete libros; cuatro mantas; dos chupas, tres mantones, dos camisas y hasta un braguero de herniado, que bien que conocían este apero, dado que algunos de sus clientes viejos lo llevaban.

Se reían, por supuesto, pues que se escondían cuando aparecía un grupo y salían del seto en cuanto pasaba, como si estuvieran haciendo algo malo, cuando estaban desalojando el camino y guardando lo que abandonaba el personal. Cierto que, de tanto en tanto, se preguntaban si no sería bueno irse ellas también, pero se contestaban que no. Matilda ponía énfasis en decir que no, dado que demasiado había tenido que yacer con hombres de toda condición, que incluso le habían contagiado purgaciones, para poder comprarse aquella torre y vivir a sus anchas, fuera de las miradas condenatorias de las mujeres honradas, y cambiaba de voz al pronunciar la palabra «honrada». Y estaban que si tal, que si cual, diciéndose que, suponiendo que los franceses ocuparan el Rabal, los tendrían de clientes pues que, de hecho, ya habían tenido en sus camas a dos de ellos, y hasta harían buena bolsa, cuando decidieron llegarse al convento de Altabás y dejarles una limosna a las monjas, en el torno, y aparejaron la mula y montaron las dos, la joven llevando las riendas. Pero no llegaron porque, otras gentes, sin duda diferentes a las que habían pasado cantando la salve por delante de su casa, bandoleros quizá, las hicieron descabalgar de malos modos, de muy malas maneras, las insultaron y les robaron la bestia ante las puertas del convento de Jesús, de tal forma que hubieron de volver andando y maldiciendo. A ver, que habían ido a hacer una caridad y regresaban compuestas y sin novio, por utilizar un símil, sin lana y trasquiladas, por decirlo más ajustado, jodidas y sin mula, por decirlo ajustado del todo.

## Capítulo

# 8

**D**urante la jornada del día 1.º, las baterías enemigas apuntaron a las puertas de Sancho y del Portillo, sin descanso, implacables, sin un atisbo de piedad, lanzando mil y cuatrocientos proyectiles, pues que hubo quien los contó y hasta distinguió entre bombas y granadas.

En la puerta de Sancho, el comandante Renovales dirigió la defensa con denodado valor y aún acudió a la del Portillo a reforzar la guarnición, cuando fue menester, y la señora Casta organizó la infraestructura, es decir, lo que estaba detrás de los cañones y los fusiles. Lo que hacía que los hombres se mantuvieran en pie, pudieran disparar y matar enemigos, con verdadero celo y tesón, sin que nada fallara, pues que, gracias a ella, tampoco faltaron noticias de cómo iban las cosas en los bastiones del Portillo y del Carmen.

Y es que de noche aún y antes de que llegara noticia oficial del significado de que la campana de la Torre Nueva repicara una vez o dos, ella ya había enviado a su chico a la plaza de San Felipe para enterarse y sabía que un toque quería decir que disparaban las baterías francesas del monte de Torrero y, si se oían dos, las de la torre de la Bernardona, que eran las que apuntaban directamente a la puerta de Sancho, es decir, a ella y a todos los que había allí, y había que prepararse para desalojar a los muertos, trasladar a los heridos y asistir a los vivos que pedían munición, agua y hasta la Santa Unción, porque, conforme el tiempo pasaba, el bombardeo no disminuía, al revés, arreciaba.

A la vista de que los enemigos se habían propuesto entrar en Zaragoza, Casta mandaba a Pablos a la puerta del Portillo o a la del Carmen, y el chico volvía con malas noticias. Mal, fatal. En el Portillo casi no quedan artilleros, han muerto casi todos, los franceses entrarán en breve. Y entonces salía el bravo Renovales con sus soldados a reforzar aquello y volvía victorioso, henchido de gozo, pues que entre los que estaban allí y los que habían ido, lograron detener la ofensiva de la infantería contraria. O, decía Pablos en el Carmen las cosas van igual de mal, o donde mejor en Santa Engracia, pues que se había llegado hasta allí, sin permiso de su madre que le propinaba una colleja, por desobediente. Ante tal actitud, las mujeres, que rodeaban a Casta e hijo, se volvían contra la madre porque le diera un capón al chico, reputando por útil aquella desobediencia, pero se manifestaron al lado de la madre, sin reservas, cuando, tiempo después, unas mujeres de la fuente del Portillo llevaron al Pablos de la oreja, como quien dice. Unas dichas María y Agustina, la catalana, que eran conocidas por todas, se presentaron con el crío, preguntaron por Casta y le recomendaron que lo tuviera con ella, que no lo dejara ir al Portillo, en razón de que

la guerrera francesa, que llevaba puesta, confundía a los defensores, pues que lo veían rondar y creían ver en él un enemigo —con motivo— pues vestía la casaca de un uniforme francés, y pudiera ser que alguno le disparara un balazo, dado que no había tiempo de hacer distingos entre franceses verdaderos y españoles disfrazados de franceses, y eso, que la buena mujer agradeció la recomendación y la emprendió a guantazos contra el crío, que no supo cómo zafarse de los golpes, pero, en aquella ocasión, las mujeres no intercedieron por él.

Así las cosas, en la puerta de Sancho a lo largo de la mañana sucedieron grandes hechos y nimiedades, como lo de la guerrera, quizá porque el constante bombardeo hacía desbarrar tanto a hombres como a mujeres.

\* \* \*

En el Portillo, las cosas anduvieron peor. Corría por allá que todas las piezas de la artillería francesa estaban concentradas para descargar contra la barricada levantada extramuros, lo que era falso, pues otras puertas y bastiones también recibían nutrido fuego; pero como si fuera verdadero porque había miedo, descontento y confusión en el lugar. A más, que había poco espacio entre el parapeto y el portón que, por otra parte, no se podía cerrar, dado que, si lo hacían, los soldados se quedarían fuera o, si entraban perderían la barricada, a cuya defensas tantas horas habían dedicado y resultaría trabajo perdido. A más, que los fusileros, que estaban situados en lo alto de la muralla y que ciertamente habían desbaratado un ataque enemigo, resultando útiles ciento por ciento para la defensa, se estaban quedando sin protección, pues que las bombas enemigas destruían los merlones, otro tanto que había sucedido en el castillo, en el que había una brecha por la que cabía un regimiento de caballería, y menos mal que los hombres del convento de Agustinos, mandados por el cura Sas, no retrocedían un palmo de terreno. A más, que habían sufrido desdichados accidentes, dado que varias granadas enemigas habían caído en los cestos de munición y, a causa de las explosiones producidas, habían muerto varios soldados y oficiales, algunos quemados, y era pena ver los cadáveres. A más, que llegó un momento en el que se dejó de responder al fuego enemigo, pues los artilleros iban muriendo uno a uno, otro tanto que los fusileros en la muralla, y que el movimiento, que se veía por allá, lo hacían las mujeres transportando muertos y heridos o llevando cestos de balas o animando al personal o acompañando a los curas que administraban la Extremaunción. Y, a saber, qué hubiera sucedido si, dadas las 10, no se presenta Renovales con unos hombres y arenga a las gentes, recordando las dificultades sufridas el pasado día 15, el de la victoria de las Eras del Sepulcro, que llevó el nombre de la ciudad de Zaragoza a la gloria eterna, que entonces se recompuso todo y hasta hubo suerte, pues llegaron unos artilleros catalanes, que reanudaron el fuego con viveza.

Las mujeres de la fuente del Portillo, entre ellas María Agustín, Quimeta y

Agustina Zaragoza, se multiplicaron. Acarrearon muertos, trasladaron heridos al Hospital de Nuestra Señora de Gracia, ellas mismas conduciendo los carros, ellas mismas arreando a las bestias cuando se quedaban clavadas en una sima de la calle, que ellas mismas, u otras voluntarias, habían practicado al levantar los adoquines, clamando ayuda, pidiendo paso franco y sin detenerse ante los incendios que había en la calle del Coso. Eso sí, con el corazón rezumando amargor, un amargor que no paliaba el agua milagrosa de la madre Rafols, que les daba de beber a cada viaje y aún quería darles de comer y silla, para que descansaran un poquico que fuere. Pero no, no, que, aunque le aceptaban un bocado, iban y volvían aprisa, y sin poderse quitar la amargura.

\* \* \*

Con la misma amargura que María Lostal las veía pasar por delante de su tienda, pese a que se dice que ojos que no ven, corazón que no siente. Lo que es falso, pues la dueña, aunque no veía lo crudo de la batalla, es decir, a los hombres caer desde lo alto de la muralla, para precipitarse al vacío y estamparse contra el empedrado, ni oía los gritos ni los quejidos de los heridos que, con las tripas fuera, se despedían de este mundo, era como si lo viera, como si lo oyera todo, pues que a cada carro, que transitaba por la calle del Portillo, se le clavaba un puñal en el corazón. Un cuchillo imaginario, a Dios gracias, porque, de ser verdadero, a saber qué sería de su prole y quién cuidaría de ella, a más que, desde que le llevara una ollica a las ruinas del Seminario, no había vuelto a tener noticias de Diego y, a ratos, en su desespero, se preguntaba si sería uno de los heridos o, peor, si sería uno de los muertos.

El caso es que a momentos se sentía prisionera, que le hubiera gustado salir de su casa y hacer lo que hacían las mujeres que asistían a los soldados de la puerta del Portillo, es decir, ser Agustina o Quimeta, que, sin miedo a las bombas y de pie en el pescante del carro, con el cabello al viento y altiva la mirada, arreaban a las mulas, en una carrera hacia la vida, hacia el hospital, para que los heridos fueran atendidos por los señores médicos y cuidados por las señoras monjas. O mejor aún, hubiera querido ser moza y valiente, ser María Agustín aunque se hubiera quedado con un brazo seco, ser la heroína de la batalla de las Eras, cuya gesta era alabada en toda la ciudad y mucho más lejos seguramente, y eso, conducir un carro o mirar a los ojos de un soldado moribundo o tenerle la mano, para decirle, sin palabras, que su muerte no iba a quedar sin recompensa, pues que su nombre figuraría, por siempre jamás, con los de otros héroes, y que ella misma rezaría una oración por su alma, que le ayudara en el último viaje... Pero miraba en torno suyo y veía toneles de vino y tres criaturas, una de ellas de teta, como sabido es, y movía la cabeza para quitarse aquellos sueños, aquellos cuentos que se hacía en su cabeza, consciente de que su vida se limitaba entre cuatro paredes a criar a su descendencia y a penar por su marido durante sus ausencias. Nada más y nada menos, que lo que hacían las mujeres honradas en toda la



tierra de Dios, so pena, so pena, dejara a los niños con el chico de la señora Casta, por ejemplo, para salir del establecimiento un ratico que fuere, pero era que en la calle del Portillo no había chicos ni chacos, siquiera había almas en pena.

Tal se decía la señora María, a sabiendas de que en el barrio había muchas almas, si no en pena en sentido estricto, sí penando, cobijadas en los caños de sus casas, para preservarse de las bombas enemigas que, la verdad, llevaban muchas horas castigando a la ciudad y a los ciudadanos.

Cuando la Lostal supo de labios de la señora Jesualda, que el capitán general Palafox venía galopando hacia Zaragoza con un montón de soldados, no lo pensó dos veces y sin temor a las bombas, avió a su descendencia y se fue a recibirlo, con otras muchísimas gentes que, de súbito, llenaron las calles, cual enjambres de abejas.

\* \* \*

La condesa de Bureta, que había pasado la noche y buena parte del día en las «calderas de Pedro Botero», con sus hijos y sirvientes, conoció que don José, su señor primo, estaba a punto de entrar en la ciudad, bendita sea la Virgen del Pilar.

Así las cosas y sin hacer caso de las bombas, que seguían cayendo sin cesar, se echó a la calle con sus descendientes y los criados que la quisieron seguir, en dirección a la puerta del Ángel, para aclamar al representante del deseado rey Fernando VII, cuya vida guarde Dios y lo reinstale en el trono de sus antepasados cuanto antes. Al salvador, al caudillo, como lo llamaban las gentes voceando y lanzando vivas al viento:

—¡Viva Palafox!

—¡La Virgen del Pilar está con él!

—Nos salvará, el capitán general nos librá de los franceses.

—¡Muerte a los gabachos!

—¡Peste de franceses!

La dama esperó la llegada de su pariente, como una más entre la multitud, sin gritar, porque la habían educado en que no se levanta la voz ni aun en las situaciones más penosas, pero, sin evitar, que sus hijos se sumaran al alborozo. A ver, que las pobres criaturas llevaban tantas horas encerradas en los caños de su palacio, que bien merecían un poco de desahogo, que allá, entre tantos, nadie los conocía.

Erraba la señora, porque a la familia del fallecido conde de Bureta la conocían casi todos los que tenía en derredor. Así, María Lostal, que habiéndose guardado en la faltriquera unos caramelos para entretener a sus hijos y tenerlos quietos en caso de que empezaran a brincar y cuando tal sucedió, pues que aquellos criajos más parecían tener el baile de San Vito, los repartió entre los suyos y les dio a los condesitos, pues que los tenía al lado. Con permiso de su madre, con la que cruzó mirada y saludo.

Enseguida la conoció también la viuda del boticario Perales y madre del actual Perales, el francmasón, que llevaba años en la cama sin querer moverse salvo para ir

a la letrina, pero que, enterada de la llegada de Palafox, dado que las noticias subían a los pisos y bajaban a las bodegas como si tuvieran vida propia, se había levantado, vestido, calzado, encomendado al Santo de su devoción, cogido su bastón y, ante el asombro de su hijo que la contemplaba con unos ojos como platos, sin podersele creer, en razón de que mil veces le había rogado y hasta ordenado que se levantara y saliera a tomar el sol, pues que es saludable, había bajado las escaleras, le había dicho adiós con un ligero movimiento de cabeza y, sin esperar respuesta, había abandonado la botica, renqueando, pero decidida, hasta desaparecer entre la multitud, para chillar lo poco que le permitía su cansina voz.

Otro tanto, la vio Manuela Sancho, la cual, tras vivir dura y larga jornada asistiendo a los defensores del convento de San José, le había dicho a su amiga Juana de ir a saludar al capitán general, pues que ambas llevaban sin salir del recinto religioso desde el segundo bombazo francés, en virtud de que habían sido las primeras en personarse a prestar ayuda. Y eso, que habían ido y, a pesar de que seguía el bombardeo, se sumaron a la alegría general que se respiraba en la plaza de La Seo y calles aledañas, y echaron vivas a la Virgen del Pilar —pese a que los cañones enemigos no habían descansado en catorce horas—, junto a unos chiquillos muy movidos que resultaron ser hijos de María Lostal, y a otros un poco mayores, que lo eran de la señora condesa de Bureta, que, al verla, le dio las manos con cariño y le preguntó cómo andaba de sus pesadillas y más le hubiera demandado quizá, pero entró por la puerta del Ángel la comitiva de Palafox y fue imposible comunicarse pues el gentío estalló en vítores y ya no se oyó otra cosa, salvo el ruido de la artillería francesa. Con lo cual, María, que había hecho oreja, al escuchar algo de un mal sueño, quedóse sin saber de qué se trataba. No obstante, le dio un ardite, pues que el general llevaba demasiado tiempo ausente y era tiempo de que estuviera presente y organizara la defensa de la ciudad para que entre militares y paisanos, entre hombres y mujeres, entre todos en fin, vencer al maldito invasor.

Y es que un espectáculo de mucho color acaparó la atención de los presentes: a lo menos setenta jinetes con sus uniformes relucientes formaban el cortejo, precediendo al señor capitán general, seguían tambores y trompetas, y él, portando la bandera de Nuestra Señora del Pilar, montado en soberbio alazán, seguido de sus edecanes y, a continuación, a lo menos mil reclutas de los mil pueblos de Aragón, y hasta algunos perros vagabundos se habían sumado a aquella tropa.

Venía el joven militar muy erguido en su montura, moreno de rostro, sin duda, a causa del mucho sol que había tomado por los campos de Dios, haciendo levas, y un tantico avejentado, tal observó su señora prima. Pero lo mismo fue, pues que a todos les parecía un ser especial, digamos que un jefe tocado por la mano de Dios, un dios o un salvador, con minúsculas, un ángel, un santo, lo que pensare cada uno, pues no en vano lo habían esperado largamente y tenían puesta en él toda su esperanza.

Así las cosas, las gentes lo aclamaban como si hubiera entrado en Zaragoza el Señor Jesucristo en persona, y hubieran deseado que recorriera la ciudad, pero no,

que alcorzó hacia su casa y siquiera se asomó al balcón a saludar a la muchedumbre, pues que, tras ser enterado de la situación con minucia, estuvo gobernando, disponiendo, ordenando y mandando esto o aquello, por el bien de todos. Que se reforzara tal posición, que se reparara un parapeto en tal puerta, que se hiciera una cortadura en tal otra, que los hombres que había traído se distribuyeran de tal manera o tal otra. O agradeciendo que, con la llegada de la noche, hubiera disminuido el cañoneo o maldiciendo, a la par que los demás miembros de la Junta Suprema, cuando, de madrugada, arreció el ataque tanto, tanto, que le fue imposible oír a un solo gallo anunciar la alborada del 2 de julio, y llegó un momento que siquiera pudo escuchar a los que estaban con él, diciéndole que, pese a que llevaban veintisiete horas de fiero e ininterrumpido combate, las bajas habían sido una treintena. Cierto que los heridos más, una sesentena más o menos, pues que hubiera podido congratularse con ello; y menos podía escuchar al padre Boggiero que le aseguraba que algo semejante había sucedido en la famosa batalla de las Navas de Tolosa, librada en el año de 1212, en la cual murieron miles de moros contra veinticinco cristianos, porque en el campo de la liza apareció una Virgen que amparó a sus fieles, lo mismo que estaba sucediendo en Zaragoza, merced a la intersección de Nuestra Señora del Pilar, que no había tenido que venir, pues que estaba en la ciudad nada menos que desde que le entregó el milagroso Pilar al Apóstol Santiago el Mayor, allá por el año 40 del nacimiento de Cristo. Y eso, que tampoco pudo oír de boca de su preceptor la coincidencia apuntada, lo que le hubiera resultado, al menos, curioso.

\* \* \*

Agustina y Quimeta, como casi todos los pobladores que no estaban vigilando en las murallas o apañando los parapetos al pie de las mismas o levantando barricadas en las calles, pasaron buena parte de la noche en un duermevela, conciliando el sueño cinco minutos, diez a lo sumo, entre bomba y bomba, pero, cuando, más o menos entre gallos, aumentó la ofensiva y se apercibieron de que los enemigos se estaban empleando a fondo contra la puerta del Portillo, se quitaron la camisa de dormir, se vistieron, se echaron una toquilla por los hombros, cogieron una linterna y se encaminaron hacia el lugar.

Anduvieron bien pegadas a las casas porque caían tejas y cascotes, con las sayas remangadas, no se fueran a quemar, pues que las granadas de los invasores rebotaban en los adoquines, diciéndose que tal vez hubiera sido mejor levantarlos, preguntándose entre ellas si estaban bien, las dos temblando de miedo, castañeteando los dientes, con frío además, pese a que hacía buena noche y, siempre a la escasa luz de un farolillo, a paso ligero, con peligro de tropticarse y sin cruzarse con un alma, temiendo, además, que en el bastión no quedara nadie vivo. Pero sí, sí, que las mujeres habituales estaban allí, haciendo lo que era habitual hacer: dando de beber al sediento, de comer al hambriento, consolando al triste, animando al melancólico,

acompañando al moribundo en sus últimos momentos, cerrándole los ojos y rezando una oración por él. Por ellas también, porque habían muerto dos mujeres: una, decían, de miedo y, otra, decían, de pavor, como si no fuere lo mismo, aunque en diferente grado, pero, en fin, no es momento de entrar en disquisiciones baladíes.

El negocio era que ni los artilleros ni los fusileros podían tener con ellos mucha munición, porque caía una bomba enemiga en la munición y estallaba, a más de la bomba enemiga, la munición amiga, y era peor que peor, pues mataba el doble. Entonces, era menester acercar la munición, la justa cada vez, al artillero o al escopetero que fuere, meter una bomba en un cesto y llevarla a la barricada, entregársela al Fulano, desearle suerte y, con suerte, volver, porque la francesada estaba lanzando todo el fuego del Infierno, y hacer lo mismo con los fusileros de la muralla. A todo esto, en lo más negro de noche y sin llevar luz, para no delatar una posición, lo que era necio, pues a cada bombazo francés, ya destruyera el lienzo de la muralla, ya la fábrica de la iglesia, ya la propia puerta o el contiguo convento de Santa Inés, se hacía de día por unos momentos, para los que habían quedado vivos. Cierto que tornaba la noche y se hacía eterna, para los que morían.

Al paso que iban, casi todos. Todos iban a morir, pues que la guarnición estaba diezmada, y es que no enviaban refuerzos. Es que María Agustín había enviado al chico de Casta a la puerta de Sancho para solicitarlos y había vuelto con dos hombres y luego lo había remitido al capitán general Palafox y al intendente Calvo, con la misma manda, y había regresado solo, con lo cual se podía decir que ya no había hombres en Zaragoza y que los franceses, a breve tiempo, entrarían en la ciudad con la bayoneta calada. Con las temibles bayonetas del ejército imperial que eran mucho peor que los cañones.

Las dos hermanas y otras mujeres escuchaban a la moza asustadas, y eso que no eran féminas espantadizas, precisamente y, para quitarse el miedo le mentaban al comandante Renovales, que defendía la puerta de Sancho, al comandante Sas que, al frente de los escopeteros de San Pablo, todavía ocupaba la huerta del convento de Agustinos y al comandante Cerezo que mantenía con uñas y dientes el castillo de la Aljafería, y le aseguraban que, con capitanes tan arrojados, los franceses no entrarían en la ciudad.

Y sí, sí, pero el fuego enemigo en el Portillo era implacable, y aquellas mujeres siquiera podían entrar en la iglesia del mismo nombre a rezar un paternóster, antes de que la infantería atacante irrumpiera con la bayoneta calada, porque el templo estaba cerrado, lo que les impedía un mayor consuelo, aunque confesadas estaban todas y, de consecuente, con el alma limpia, pues con tanto descalabro ninguna había tenido ocasión de pecar.

Y sí, sí, pero, se oía que los asaltantes estaban a tiro de pistola, que debía ser muy cerca ya, acaso a cuarenta o a cincuenta varas, por dar una cifra a la posible distancia y, aunque también se oía que venían refuerzos, estos no llegaban o a las mujeres se les estaba haciendo eterna la espera, lo que bien pudo ser. O acaso fuere que los que

venían, creídos de que los gabachos habían entrado ya, se habían detenido para hacerles frente en otro punto. O acaso fuere que empezaba a cundir el desánimo y ellas también perdían fuerza, porque, a ver, que entre cinco, entre ellas María, Quimeta y Agustina, no podían levantar al último muerto que habían recogido en la batería de cañones para subirlo al carro, y es que les venían las lágrimas, máxime porque el último muerto dejaba enseguida de ser el último y se convertía en el penúltimo y en el antepenúltimo, en una sucesión aterradora y, con uno detrás de otro, les faltaba fuerza para depositarlo en el carro y, entre lágrimas, se reconocían agotadas; con motivo, pues que llevaban veintisiete o treinta horas sacando de las trincheras heridos y muertos y, desde antes del amanecer, trasladando solo cadáveres ya, pues, como si una maldición se hubiera extendido sobre el bastión, los últimos caídos, al recogerlos, ya habían fenecido, y ellas se estaban quedando sin esperanza.

Y fue que Agustina se secó las lágrimas, con un renegrido pañuelo que se sacó de la bocamanga, y que, pese al humo existente, debió ver más claro el horror circundante que tenía ante sus ojos, pues que abandonó la pierna del muerto que sustentaba para auparlo a la carreta, y se echó a correr. A volar cual pájaro, como sostendrían luego sus compañeras, cual si fuera la reencarnación de alguna de las míticas amazonas, tal dirían después las personas cultas, como la mujer cojonuda que era, como sostendrían enseguida las gentes del pueblo, y emprendió carrera hacia la batería de cañones. Trepó sobre los muertos, cogió el botafuego que llevaba en la mano uno de los artilleros, lo acercó a la mecha del cañón que iba a prender el último muerto y disparó, ay Dios... De tal manera que algunos de los servidores de la batería, que parecían muertos, se incorporaron y empezaron a disparar con tanta furia que los enemigos, que ya atravesaban la puerta, retrocedieron en un sálvese quién pueda y dejando una estela de cadáveres detrás de sí.

Y fue que hombres y mujeres, cuando se disipó la humareda, provocada por el bombazo de Agustina, mostraron su júbilo, al unísono, con vivas a la Virgen del Pilar y a la moza, con oraciones y hasta entonaron jotas, al contemplar a aquella mujer, a aquella inesperada, aunque excelente, artillera que de pie sobre un montón de artilleros, excelentes también, cierto que la mayoría muertos, Dios les dé Gloria Eterna, miraba complacida, desde lo alto, cómo huían los enemigos y, al volver la cabeza, veía, más complacida todavía, cómo venían los esperados refuerzos, por la calle del Portillo, a la carrera.

—¡Qué valor! —exclamó Quimeta al observar la gesta de su hermana. Y corrió hacia ella, pero ya el comandante del puesto arrancaba los galones del sargento muerto y se los entregaba a Agustina, mientras algunos de los militares recién venidos se situaban a su lado y cargaban los cañones, y otros le ayudaban a descender de la pirámide de cadáveres y le daban la mano con fineza, como si de una dama se tratara, además todos queriéndosela dar, disputándose la mano de la heroína que bajaba pisando uno, dos y tres muertos, Dios le perdone, pero es que no había otro modo. Y, al momento, ya tomaban posesión de la batería los soldados, pisando

muertos también, pues que, como va dicho, no había otra manera de acceder a ella, para continuar disparando contra los enemigos que, a Nuestra Señora sean dadas muchas gracias y loores, se habían perdido de vista.

Ya la artillera Agustina pisaba tierra en la plaza del Portillo y miraba el arco de la puerta, quizá con un poco de confusión en su cabeza, como dudando de haber hecho lo que había hecho, pues que se había quedado muda y no atendía a las felicitaciones de las gentes que se acercaban solícitas y querían obsequiarle con esto o aquello, con unas uvas, con un caramelo de miel, con un trago de vino, y hasta le llevaron un pozal con agua de la fuente, para que se limpiara las manos, pues las llevaba chamuscadas de la explosión. Y eso que, un poquico atontolinada, no oía a los que repetían la frase de Quimeta, aquello de «¡Qué valor!», con pequeñas variantes como: «¡Dios mío, qué valor!» o «¡Santa María del Pilar, qué mujer tan valerosa!», pero es que no era momento de hacer frases bellas, era momento de rendir homenaje a la valiente Agustina y de regocijarse, porque los zaragozanos habían vuelto a derrotar al ejército napoleónico, que llevaba merecida fama de invencible por la Europa entera hasta que, bendito sea Dios, los patriotas españoles habían dado al traste con ella.

Y eso que, como ya no se veía un francés, pues las avanzadas se habían retirado varias millas, dejando los campos y olivares expeditos, soldados y paisanos pudieron dedicarse a festejar el triunfo, al menos de momento, y a felicitar a la principal autora de la victoria, a aquella Agustina de la que, como la mayoría, no sabía quién era, y algunos le decían:

—Albricias, señora Agustina.

—Nos has salvado, moza.

—Has salvado a la ciudad.

—Nunca mejor ganados unos galones de sargento, albricias, maja.

—Las generaciones venideras encomiarán tu valentía.

—Ya tienes un sitio en la Historia, maña.

Y como la protagonista no hablaba, se contestaban entre ellos:

—No es maña, es catalana.

—Nacida en Barcelona.

—Da igual.

Y, en efecto, lo mismo daba, porque, a poco, las gentes empezaron a gritar, quizá para animarla a hablar:

—¡Viva la Artillera!

—¡Viva Agustina de Aragón!

—¡Viva la Agustínica!

Y seguían con:

—¡Muerte a Napoleón!

—¡Viva el rey Fernando!

—¡Viva España!

—¡Viva la religión!

Para cuando la heroína se decidió a hablar, ya había dicho Quimeta que era su hermana, que ambas habían nacido en Barcelona, siendo hijas de Pedro Juan Zaragoza y de Raimunda Doménech, el padre labrador de profesión, y que estaban casadas con dos militares. Dispuesta a contestar, la protagonista se recompuso el moño, tragó saliva, se abanicó con las manos, aceptó un vaso de agua, y ya tomó el relevo para quitar importancia a lo de disparar un cañón, para añadir que lo hubiera hecho cualquiera de las mujeres allí presentes pues que eran ciento por ciento valerosas, a la par que abnegadas, pues que no habían desasistido un momento a la guarnición de la puerta, compuesta de hombres bragados donde no haya otros, y ya pasó a contar que estaba de paso en Zaragoza, que vivía con su hermana en la calle del Portillo; que, al igual que Quimeta, estaba casada con un artillero, con un cabo del Primer Regimiento del Real Cuerpo de Artillería, uno de los dos héroes del alto del Bruc, y que el otro héroe, era el marido de su hermana, que era sargento, y que ambos estaban sirviendo al rey por la parte de Cataluña, en Lérida todavía quizá, pues que hacía muchos días que no tenían noticias de ellos. Y hubiera continuado contando lo del Bruc y su marido pero le fue imposible, pues que se iban unos y venían otros y había de repetir lo mismo, y había de dar las manos a hombres y mujeres, a soldados y paisanos, que querían tocarla y aun besarla.

Y ella, siempre rodeada de una multitud, quitaba importancia a su disparo, cuando había resultado definitivo para que los franceses no entraran durante aquella jornada en Zaragoza y, es más, lo que momentos antes parecía su victoria, se había trocado en su derrota y habían huido como conejos, según reconocían sin que les dolieran prendas, los pocos soldados que en las murallas permanecían vivos en aquel momento crucial. Pero, la muy necia, quitaba importancia a su heroico e inusitado acto, pese a que posiblemente no se había visto hasta la fecha, en el mundo todo, que una mujer fuera artillera; lo cual tal vez coadyuvó a que el cronista Alcayde no la citara en el primer tomo de su excelente obra, y a que Casamayor le dedicara línea y media en su diario, contra las tres líneas y media del libro de un oficial francés llamado Belmas, que participó en el Sitio, lo que bien indica el daño que produjo el cañonazo de Agustina en las tropas enemigas.

Durante varias horas la joven Agustina de Aragón, que con tal apellido se quedó a partir de entonces y con el sobrenombre de la «Artillera», vivió en loor de multitud, rodeada de gentes de toda clase y condición que, a más de llevarle pequeños regalos, iban a saludarla, a darle las gracias, a apretarle las manos, a tocarla, a que tocara la cabeza de su hijo, de su hija, a que besara a un niño de teta para que fuera afortunado mientras viviere, a besar a la heroína, en fin, aunque procuraba no dejarse besar por la baba. Y es que las gentes se emocionaban al verla y tocarle la saya, no más que fuera, y a veces le dejaban babas.

\* \* \*

De las mujeres de esta historia, la primera en felicitarla pues que estaba al pie de la batería, fue María Agustín, que le tomó la mano y le estampó en la cara cuatro sonoros besos.

De las que estaban en otro lugar, la primera en llegar, por la cercanía, fue la señora Casta que arribó alegre como unas pascuas, pues que, a ver, ella también, durante horas y horas, había sufrido el embate francés en la puerta de Sancho, por el frente y por el costado de la misma, pues los enemigos incluso habían cruzado a la orilla izquierda del Ebro y, mira, merced a la valentía de la señora Agustina se habían dado media vuelta y echado a correr como si los persiguiera el diablo y, de momento al menos, había cesado el bombardeo devastador; por eso la buena mujer, liberada de tantos pesares, se mostraba tan entusiasmada que besaba una vez y otra a la heroína y le palmeaba la espalda.

La segunda fue María Lostal que acudió con su descendencia, muy albriciada, con un boto de vino y, tras hacerlo correr y felicitar a la heroína con efusión, le besó en la cara y se empeñó en que tocara la cabeza de sus hijos pues que, tal dijo, cuando fueran mayores les diría que doña Agustina de Aragón les había impuesto las manos el día de su proeza, y no valió que la catalana se negara aduciendo que la imposición de manos era negocio de curas, que hubo de hacerlo.

La tercera y la cuarta llegaron juntas porque coincidió que la condesa de Bureta, tras levantar un altarcillo en el zaguán de su casa con una imagen, muy buena, de la Virgen del Pilar y dejar la puerta franca porque la gente le había pedido rezar ante la dicha imagen, había ido al hospital a prestar servicio con sus propias manos, y se encontraba con la madre Rafols teniéndole un cuenquillo con agua alcanforada en una mano y en la otra un copo de algodón para desinfectar una herida y que, enteradas ambas del asunto, pues que ya la noticia corría como si tuviera alas, al terminar, se quitaron los mandiles y acudieron al Portillo a felicitar a la brava artillera Agustina de Aragón. Tras los parabienes, la monja le dio a beber agua de su calderico y la protagonista hizo aprecio, aliviada de que trajera agua en vez de vino.

La más tardana fue Manuela Sancho pues que anduvo en el cortejo del capitán general, y se presentó contando que Palafox había visitado la puerta Quemada para felicitar a soldados y paisanos, los cuales habían conseguido, mediante la treta de quemar el pajar del convento de San José, ocupado el día anterior por los enemigos, que lo desalojaran, y que aún se había llegado al molino de aceite cercano, donde disparó con un mosquete contra los franceses que rondaban por allí; y que había estado entre la gente. Llegó entusiasmada, comentando lo anterior, asegurando que el general la había mirado como los hombres miran a las mujeres, y añadiendo que, al enterarse de la hazaña de la señora Agustina, se había echado a correr para felicitarla cuanto antes y darle un fuerte abrazo. Y eso hizo, cruzar con ella un largo abrazo.

A lo largo de aquella jornada que terminó felizmente, Agustina de Aragón besó la mano de la condesa y el crucifijo de la madre Rafols y fue besada por María Agustín, la señora Casta, María Lostal, Manuela Sancho y por un montón de mujeres



desconocidas. A más de Tomás, el tonto, que, seguramente llegó conducido por el gentío y resultó el único entre los muchos hombres que pretendieron besarla que, vive Dios, lo consiguió. Agustina pasó un mal rato, el único mal rato que pasó, pues que todo fueron mieles en el que sería el día más feliz de su vida, o no, quizá no, vaya su merced a saber, máxime porque la felicidad es personal y, aunque se vea y hasta se contagie, además, es intransferible.

Y las que nunca felicitaron ni felicitarían a Agustina de Aragón, vulgarmente conocida como la Artillera, que salvó a todos los moradores de la ciudad y a los que vivían en el Rabal, fueron Matilda y Marica, dado que no se enteraron y, aunque lo hubieran sabido, tampoco hubieran podido ir a darle sus enhorabuenas, en razón de que unos bandoleros les habían robado la mula, como se dijo antes.

La última en los parabienes fue Quimeta, ya en casa, pues que tan cansadas estaban las dos hermanas, que no quisieron ir a ver cómo la autoridad ahorcaba a otro francés traidor en el patíbulo de la puerta de Toledo.

A la noche, después de cenar con poca gana por la emoción y antes de meterse en la cama, Agustina de Aragón, que había estado en boca de toda la población, ya había entrado en la leyenda pues se decía que el sargento muerto, al que le había arrebatado el botafuego para prender la mecha del cañón, era su marido, un dicho Juan, que era cabo artillero y que la carrera y el disparo lo había hecho llamada por amor, por esa fuerza o impulso que nace en lo más hondo del corazón y hace acudir a salvar al ser amado sin considerar los peligros de alrededor. Lo que fue ciento por ciento falso, porque el difunto, el Señor lo tenga con Él, se llamaba Mariano, era natural de la villa de Ejea de los Caballeros y pertenecía a una de las varias compañías de soldados que se habían presentado en Zaragoza para liberar a España del yugo francés. Y, a más, a más, se comentaba que el capitán general Palafox, que casualmente se encontraba en la puerta del Portillo en labores de inspección, tras contemplar con sus propios ojos la gesta de la heroína, había corrido hacia la batería, le había arrancado los galones al suboficial muerto y se los había colocado a Agustina en el pecho, otorgándole el grado de sargento y el correspondiente sueldo de por vida. Lo que fue falso también pues que Palafox andaba en el otro extremo de la ciudad, en el molino de la Huerba, revisando las defensas y siendo aclamado por multitud de gentes, entre otras por Manuela Sancho y, como va dicho, los galones se los entregó el comandante del puesto para que se los cosiera en la camisa.

Para entonces, también, el boticario Perales discutía con su madre y quitaba importancia a la hazaña de la catalana, ya fuera por su cuenta o influido por la modestia de la protagonista, y recitaba el refrán de «dos que duermen en un mismo colchón», a la par que aducía que, estando casada con un artillero, sería fácil, o relativamente fácil, disparar un cañón, pues que se lo habría oído a su marido mil veces y, de consecuente, la moza estaría más que familiarizada con el modo y la manera, del mismo modo y manera, que ella, su madre, sin haberlo hecho nunca, sabría preparar un remedio contra la conjuntivitis, por ejemplo, sencillamente de

haberlo oído, ¿o no? ¿No sabría cocer unos ajos e indicarle al afectado que se los lavara tres veces al día con el agua resultante? Pero se tuvo que callar, porque su señora madre comenzó a llamarle librepensador y otras lindezas, no la fueran a escuchar desde la calle, pues que las paredes tenían oídos y había de andar con pies de plomo, no lo fueran a denunciar a la Inquisición, no lo fuera a denunciar su propia progenitora, que, de estar cruzada en una cama, como quien dice, se había recuperado milagrosamente y tornado en una patriota de cabeza hueca, de esas que solo tenían en la boca los nombres de la Virgen del Pilar y de Palafox.

\* \* \*

Aquella noche, Agustina durmió mal por los nervios. Dio vueltas y revueltas en la cama, utilizó la bacinilla varias veces para orinar dos gotas, y se levantó varias veces a beber agua porque tenía la garganta seca como el estropajo.

A más, con el recuerdo fresco, se representaba su hazaña mil veces, se contemplaba corriendo, trepando, arrebatando el botafuego de la mano del fallecido sargento artillero, prendiendo la mecha de un cañón de dimensiones enormes y oyendo una terrible detonación. Hecho que le había producido sordera, cierto que momentánea, y le había impedido oír lo que le decía el mucho personal que la estuvo rodeando desde el primer momento, pues que había visto cómo movían los labios, pero no los había podido escuchar.

Y, en su duermevela, recordaba a Juan, su marido hablándole de sus cosas del trabajo: del ruido, de que, al disparar un cañón, era conveniente, qué conveniente, necesario, taparse los oídos con hilas de algodón, pues de otro modo reventaba el oído por dentro produciendo sordera para siempre, a más de tener la boca abierta, pues que, según se sabía, la boca se comunica con la oreja por el interior del cráneo, y su cerrazón produce el mismo efecto. También, era menester, alejarse a un lado, para evitar el retroceso del monstruo de hierro que recula al lanzar la bomba o el obús, lo que arroje cada uno. Y se decía que, a no ser por las lecciones oídas a su buen esposo, nunca hubiera podido efectuar el disparo, aquel bendito disparo de una bala de cañón que había hecho huir al enemigo, dejando un sembradío de cadáveres, para, además, descansar un tiempo, durante el cual se había recuperado el ánimo de la población, tan menguado que andaba ya. Y ella había vivido unas horas muy felices, al principio sorda y como entontecida, pero luego ya con la cabeza clara, pues que fue capaz de escuchar y de responder a las muchas gentes que la felicitaban por su gesta, siempre quitando importancia a aquella hazaña y, eso sí, sin saber por qué hizo lo que hizo ni qué le llevó o le impelió o le puso alas en los pies, para hacer lo que hizo. Por supuesto que, sin prever los excelentes resultados de su acción, pues que ni de lejos fue capaz de imaginar que los enemigos huirían como si los persiguiera Satanás para llevarlos al Infierno, en razón de que un buen puñado de franceses avanzaban, pegados al arco de la puerta, para recibir de lleno un impacto mortífero, y suerte,

además, de que el cañón estuviera apuntado en la dirección correcta.

\* \* \*

Los componentes de la Junta Suprema estuvieron reunidos tarde y noche, con Palafox al frente. Emitieron un bando que se fijó en las esquinas de las calles y que también publicó la *Gaceta* —que había estado varios días sin salir a la calle en razón de que los redactores se encontraban en los bastiones defendiendo la ciudad—, en el que elogiaron el comportamiento y el valor sin parangón de los zaragozanos, tratándolos de «inmortales», dado que habían rechazado al enemigo por todos los puntos de ataque. Y discutieron, como no podía ser de otra manera, a la hora de conceder ascensos a los militares que se habían distinguido en las últimas horas, ya fuera en la puerta de Sancho, en la del Portillo, en las Eras del Sepulcro, en la torre del Pino, en la puerta de Santa Engracia o en la Quemada, pues que todo había sido un frente. Con los hombres el problema fue relativo, pues uno mencionó a Tal y otro a Cual, y llegaron a acuerdo, pero lo de aquella Agustina de Aragón, les sacó de quicio, les llevó al enfrentamiento verbal y hasta a decir disparates en virtud de que el comandante del Portillo había otorgado a la mujer o dama, lo que fuere, el título de artillera, pero algunos de los presentes no querían aprobar tal nombramiento. Decían de tacharlo del parte de guerra alegando que las mujeres no entraban en el ejército, que no era cosa de mujeres, que no se podía ni se debía hacer una excepción, pues que, con una mujer y luego varias mujeres en la tropa, se relajarían las costumbres castrenses y cundiría la indisciplina, y querían darle un dinero que premiara su heroica acción, 500 o 1.000 reales, y vale. Para acabar con el acaloramiento, don Pedro María Ric propuso dejar la cuestión para más adelante, para cuando los franceses hubieran levantado sus campamentos, para cuando dejaran de bombardear —pues aún disparaban, aunque mucho menos—, aduciendo, además, que habría que investigar la naturaleza del hecho: si fue verdad, cuál fue la verdad, cómo fue, qué hizo la mujer, si el artillero estaba muerto, si fue llamada por los hombres de la batería, si fue por su cuenta, si había disparado antes, si guio sus pasos y su corazón Nuestra Señora del Pilar, un montón de cosas, en fin. Para no precipitarse y dilucidar lo verdadero de lo falso, pues que ya se decían multitud de necedades sobre ella, sandeces incluso, y terminó diciendo con su boca de oro que, el caso que les ocupaba, el de Agustina de Aragón, merecía un proceso no tan minucioso, ciertamente, ni tan serio ni tan severo como pudiera ser incoado por una causa de santidad, pero sí formar un tribunal que entendiera en los hechos. Semejante exposición, locuacidad para unos y verborrea para otros, dejó a todos pasmados y, como amanecía ya, se dio por terminada la sesión.

Pero Palafox, que había guardado silencio en la reunión, no pospuso el asunto, tras recibir el parte del comandante de la batería del Portillo pasadas las 12, hizo caso omiso de la recomendación de los próceres y llamó a la heroína a la casa de la plaza

de La Seo donde tenía instalado su cuartel general, frente por frente del palacio del Arzobispo. Le envió un carro y ella se presentó acompañada de Quimeta. Entonces el general, tras saludarla y felicitarla con efusión, le confirmó el título de artillera con el grado militar de sargento y un sueldo de seis reales diarios en una ceremonia breve y con poca gente.

\* \* \*

La vida de Agustina cambió después de su proeza. A ver, que toda la ciudad sabía de ella, que la paraban las gentes por las calles queriendo ver sus galones, y la invitaban a comer a sus casas, tentándola con lo mejor de sus despensas. O le pedían un objeto personal, un pañuelo, una cuenta de su collar que fuera, para tener un recuerdo. O le querían comprar la saya o la camisa que había llevado el día de autos, sin importarles su estado ni que estuvieran sucias, y le ofrecían buen dinero y hasta con un retalico de la enagüeta se hubieran conformado. Que los comerciantes de la plaza del Mercado le regalaban la mercancía, que si dos libras de cerezas, una de abadejo, otra de tocino o media docena de huevos o de sardinas arenques y, aunque quería pagar, no se lo permitían, y hasta la tía Paca le obsequió con un vaso cumplido de zarzaparrilla, otro tanto que a Quimeta. Además, le llenaron de flores y macetas la puerta de su casa y, la verdad, fue muy de agradecer la generosa actitud de los vecinos, pero ella quería volver al anonimato y así se lo manifestaba a su hermana:

—Esta fama me apabulla.

—Eres la sargento Agustina de Aragón.

—Soy Agustina Zaragoza y Doménech, sencillamente.

—Aprovecha el momento, vive la gloria, quizá no tengas más...

—No seas cenizo, Quimeta.

—A ver, ¿dime cuántas mujeres en el mundo han tenido tu fama?

—No sé.

—Disfruta, que todo termina. Acuérdate de que también lo has pasado mal. Además, el sueldo te vendrá muy bien.

—Es que no disfruto, me encuentro extraña. Es como si lo que me dicen, se lo dijeran a otra, como si otra mujer hubiera prendido el cañón...

—Pues lo disparaste tú. Créetelo.

—Lo sé. ¿Me viste, Quimeta?

—Te vi.

—¿Y qué viste?

—Vi a una insensata tentar a la muerte...

—Ay, Quimeta, hija. Si te digo la verdad, no sé por qué lo hice.

—A veces se hacen cosas sin saber por qué.

—Quimeta, ¿no me quieres o qué?

—Te quiero, te quiero mucho. Pero prométeme que no volverás a disparar un

cañón, que no lo repetirás...

—Quimeta, hija, en ti estoy oyendo a nuestra madre.

—Nuestra madre, descansa en paz, te hubiera dado una paliza... ¡Promételo!

—Te lo juro, Quimeta... Tampoco sé cómo se lo tomará Juan, cuando se entere.

Soy sargento y él es cabo...

—Por él no temas, te quiere y aceptará tener por mujer una heroína, él es uno de los héroes del Bruc, otra cosa sería mi marido, aunque también es otro de los héroes del Bruc, es muy celoso... Pero no es el caso, porque la de la hazaña eres tú.

—Es que no sé cómo le sentará que tenga más graduación que él...

—Habrá ascendido, después del Bruc lo habrán ascendido, lo mismo que a Manuel, lo que pasa es que no sabemos nada... Y no temas, que la fama se pasará enseguida. Un par de días y adiós...

—¿Tú crees?

—Sí, en cuanto los franceses vuelvan a atacar, los ciudadanos se olvidarán de ti.

—Claro, tendrán otras cosas de que ocuparse.

—Ea, vamos a la cama.

—Venga, sí.

—Que descanses.

—Buenas noches, Quimeta.

## Capítulo

# 9

El día 3 de julio del malhadado año de 1808, los zaragozanos afrontaron la jornada más que animados, gozosos, pues que habían conseguido detener el encarnizado ataque enemigo que, aunque conservaba sus posiciones, solo disparaba sus baterías de tanto en tanto, causando daños mínimos, llevándose a lo sumo algún tejado.

En el hospital se continuaba atendiendo a los heridos con el celo que venía caracterizando a sus trabajadores y, pese al inacabable bombardeo padecido en los días anteriores, apenas se contemplaban escenas de dolor por las calles y la alegría era manifiesta en los rostros de los vecinos, porque heridos y sanos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes y hasta los que enterraban a sus muertos, pregonaban a los vientos que sus padres, hijos o hermanos, lo que sus difuntos fueren, habían dado su vida por la patria, por la religión y por el rey Fernando, Dios le proteja, y los heridos, que podían hablar, sostenían otro tanto, en razón de que estaban todos unidos contra el francés, y daban por buena una muerte o una herida o una contusión o un descalabro y, en otro orden de cosas, el derrumbe de una casa, la quema de un pajar, la pérdida de una vaca o de media docena de gallinas y hasta la muerte de su perro.

Aprovechando la pausa, que no tregua, las autoridades ordenaron reparar los fosos y empalizadas, talar los olivares que rodeaban la ciudad, despejar los sotos del Ebro y de la Huerba, amén de derruir las torres de la llanura, en un afán de no dejar a los enemigos lugar donde apostar sus cañones o donde formar su caballería e infantería o donde esconderse, y a eso se pusieron todos. Los artesanos proporcionaron hachas y sierras, y el pueblo prestó a sus hijos para la tarea, de tal manera que recompusieron lo que era componible: las trincheras, las barricadas, los fosos, las brechas de la muralla, etcétera, y destruyeron lo que era irrecuperable, pues que talaron los chopos y los cañaverales de las riberas, los olivares, tan hermosos que eran, y hasta quemaron trigales, tan crecidos que estaban, a sabiendas de que, si se prolongaba el sitio a la ciudad, les faltaría aceite y pan, dos alimentos esenciales.

\* \* \*

Las mujeres de la fuente del Portillo volvieron a tomar la aguja, pues que se les presentó el menestral de la calle de la Fonclara, el mismo que les había encargado hacer cartuchos, y les dijo que a tanto por camisa, antes incluso de que el señor Calvo, el intendente general, las solicitara mediante bando, y le dijeron que sí, y a tal

se pusieron. Ciertamente que tuvieron la jornada animada, pues que se presentaron Agustina de Aragón, luciendo sus galones en el pecho, y su hermana, y la heroína recibió parabienes de quien no los había recibido hasta entonces, entre ellos del cura Sas, el de la parroquia de San Pablo que, a la hora de comer, hizo un alto en los responsos, pues que el barrio había sido el más castigado de la ciudad por los bombardeos, y se llegó a felicitarla, ante el regocijo de todas las presentes, que también se sentían un poquito copartícipes de la hazaña de la catalana, pues, unas más y otras menos, todas habían colaborado en la defensa del bastión del Portillo.

A más, que fue entretenido, pues vieron al religioso platicar con el comandante y cómo observaba, desde lo alto de la torre y catalejo en mano, el hostigamiento que sus escopeteros, ya famosos, producían en los enemigos, pues se llegaban en guerrilla, es decir, escondiéndose entre los olivos, parapetándose detrás de los hierbajos y hasta reptando como culebras, a un tiro de fusil de las posiciones contrarias, disparaban, mataban a uno o a dos y corrían a refugiarse donde el Señor les daba a entender. Pero lo mejor de ver fue la llegada de un batallón de los Voluntarios del 1.º de Aragón, que portaban una bandera de la Virgen del Pilar e iban precedidos por la banda del regimiento de Extremadura, pues que, después de ser recibidos por el capitán general y de visitar a Nuestra Señora, quisieron rendir homenaje a los defensores del Portillo y a sonaron las músicas que traían, y aún se juntaron con el señor cura y con varios de sus escopeteros que ya habían regresado, y entregaron unas flores que le llevaban a Agustina, pero como eran muchas, las repartieron con otras mujeres que las aceptaron con emoción.

Y fue muy bueno también, ver llegar el carro de la señora Casta y sus cocineras que, siguiendo orden de la madre Rafols, aquel día repartieron rancho a todos, a mujeres y hombres, sin distinguir si eran de tropa o paisanos, y hasta el cura comió, pues le prestaron una escudilla. Las repartidoras se quedaron un rato con las costureras y fue muy grato escuchar a Casta decir que, con la bayoneta de un francés y un palo de lanza, o de escoba, lo que fuere, que había recogido su hijo, allí presente, del campo de batalla, se había fabricado una lanza para matar gabachos, y ver cómo la enseñaba y cómo mataba enemigos imaginarios con ella, a la par que daba un cariñoso repelón a su chico, pero Casta se detenía de tanto en tanto. Era que Pablos le tiraba de la saya, como pretendiendo decirle alguna cosa, hasta que María Agustín interrumpió y le preguntó al muchacho qué quería y, ay, que Pablos deseaba que doña Agustina de Aragón le pusiera la guerrera amarilla que traía en un zurrón, tal expresó sin balbucear, pese a lo chiquillo que era. Y, ay, que fue conmovedor, que, a instancias de todas, la Artillera puso o impuso, como se llamare la acción, la prenda al mocico, y hasta le besó en ambas mejillas y claro Pablos, aunque tenía desparpajo, enrojeció como la grana, y fue un acto muy emotivo y grato de ver.

\* \* \*

Manuela Sancho, tras acarrear varios cántaros de agua para llenar la tinaja, se dirigió al Portillo pues que había cortado unos claveles de una maceta y se los quería llevar a Agustina de Aragón. Andaba ligero el paso cuando, en la Cruz del Coso, observó a una vieja, revieja, que, ayudándose de un bastón, daba un paso y se detenía, miraba en derredor y se secaba el sudor de la frente con la manga de la camisa; la moza, creyéndola perdida se le acercó, pues era persona caritativa, y le preguntó:

—¿Adónde va su merced, necesita ayuda?

—Voy al Portillo, llévame y te lo agradeceré. Te daré una moneda de...

—No tiene usted que darme nada, voy hacia allí. Ea, con una mano apóyese en el bastón y con la otra agárrese a mi brazo.

—Ea, andando, pues.

—Venga, un paso, otro, así, muy bien. ¿Vive su merced por aquí?

—En la calle de San Gil.

—¿A qué va su merced al Portillo?

—A llevar un regalo a Agustina de Aragón.

—Mira, qué casualidad, igual que yo.

—¿Es verdad que disparó un cañón?

—Ya lo creo.

—Una mujer disparando un cañón, no sé adónde vamos a llegar.

—¿Le parece mal que disparara o qué? Gracias a ella no entraron los franceses.

—¡Adónde vamos a llegar...! ¿Tú vas a hacer la guerra también?

—Yo no, pero ayudo en el ropero de San Miguel y estuve en el convento de San José, cuando lo tomaron...

—Yo no sé, mi hijo no me cuenta nada...

—¿Es soldado?

—No, es viejo, es boticario. Heredó la botica de mi difunto... Espera...

—¿Se cansa su merced?

—Ay, sí, me fatigo...

—Pues queda un trecho.

—Entra en esta tienda y pide que te dejen una silla, por caridad.

—Un momento, que conozco a la dueña. ¡Eh, señora María...!

—¿Qué tal, Manuela? ¡Cuánto bueno de ver...!

—Déjeme una silla para esta anciana.

—Aquí está la silla, dile que pase y se siente.

—Pase, pase, su merced.

—Gracias, gracias, todavía hay buena gente.

—Ea, acomódese usted y tenga un vaso de moscatel...

—¡Moscatel, hace años que no lo pruebo...!

—¿Qué haces con esta mujer, Manuela?

—Va al Portillo, a llevar un regalo a la señora Agustina.

—Nosotras conocemos a Agustina, ¿qué le lleva usted...? Yo le llevé vino, como



soy vinatera...

—Una moneda...

Y fue que la madre del boticario Perales vació la faltriquera en el mostrador y de ella salieron trece monedas de oro.

—Son las arras de mi boda —aclaró la anciana—, lo único que tengo. Mi hijo no me da un maravedí...

—¡Mira, María, son onzas peluconas! —exclamó Manuela, pues que tenía de referencia la ollica que su madre guardaba en el corral.

—Sí, ¿qué hace su merced con tanto dinero?

—Se lo pueden robar...

—A vosotras también os voy a dar, a ti por haberme traído hasta aquí y a ti por el vino, toma y toma.

—No, señora, mi vino no lo vale.

—Yo hice una caridad con su merced. No la quiero.

—Si no las queréis las encontrará mi hijo, cuando yo me muera. Ahora no, que las tengo muy bien guardadas entre la lana del colchón, el mejor lugar, pues nunca llama al colchonero para que lo varee...

—No lo diga, no lo diga, las paredes tienen oídos, y hay mala gente que roba y hasta se dedica al saqueo...

—Vosotras sois buenas personas, se os ve.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Se os ve, no veo casi nada, pero lo sé.

—Guarde el dinero. Toma, Manuela, méteselo en el bolsillo.

—Traed, pues, si no lo queréis...

—¿Y cómo se llama usted?

—Pilar García, para servir a Dios y a su merced. Mi difunto se llamaba Luis Perales, era boticario.

—¡Ah, el de la botica de la calle de San Gil, lo conocí...!

—Era buen hombre... Me trató bien mientras vivió, pero su hijo, mi hijo, es mal hombre...

—¿Cómo es eso?

—Heredó el negocio y, amén de atenderlo, en cuanto cierra la farmacia, recibe a diario a lo peorcico de Zaragoza, a traidores a la patria que quieren ver en el trono al rey José y que aborrecen a don Fernando. A más que se esconden en la rebotica, se ponen un mandil y rezan...

—¿Y su merced lo oye todo?

—Oigo algo, porque también estoy sorda... Mi hijo cree que estoy sorda del todo.

—Señora Pilar, tenemos que marcharnos, se hace tarde. Además, su hijo la echará a faltar.

—Agustina y su hermana estarán a punto de volver a su casa, y pasan por aquí. Espérenlas sentadas. Coge esta silla, Manuela.

—¿Y tú?

—Yo estoy acostumbrada a estar de pie, los del comercio ya se sabe, luego sufrimos varices.

—Yo no tengo varices —explicó la anciana—. En vida de mi difunto, tenía dos criadas...

—¿Dónde están sus niños, señora María?

—En la cama, a las seis a la cama, nada más cenar, así me queda un ratico de asueto... Ea, ya están aquí... ¡Eh, Agustina, Quimeta...!

—Saludos, María... ¡Anda, si está Manuela...!

—¡Albricias, Manuela...!

—¿Y esta señora?

—Venía con Manuela. Iban al Portillo, la viejecica a llevarte un regalo, Agustina...

—¡Ah! ¿Qué me trae usted?

—¿Eres tú la Artillera?

—Sí, señora.

—Pues te traigo una moneda, maña...

—No es maña, es catalana.

—Toma...

—¡Es de oro!

—Es para ti. Para que te compres una saya nueva o una redecilla para el cabello o una medalla de la Virgen del Pilar.

—No puedo aceptarla, es mucho dinero. Guárdesela. Déme un clavel de los que me trae Manuela.

—Quédatela, Agustina —le pedía Quimeta.

—Es para ti, maña.

—No, señora, llévela usted de limosna al Pilar.

—Bueno, aquí se está muy bien con tan buena compañía, pero es tarde y esta buena mujer tiene que volver a su casa, y hay un buen trecho, más a su paso...

—Ea, ayúdenme a levantar... ¿Me acompañan vuestras mercedes? Si me acompañan les daré una moneda a cada una.

—Yo voy con usted —interrumpió Manuela—. Vamos, en una mano el bastón, con la otra agárrese de mi brazo. ¡Adiós, amigas!

—Adiós.

—¡Qué llegues con bien!

—¡Que descanséis!

\* \* \*

A media mañana, la condesa de Bureta oyó que las campanas de la Torre Nueva asonaban a rebato y, seguida de varios sirvientes, bajó a refugiarse en los caños, para

encontrarse, ay, Señor Jesús, con sus hijos y la criada resfriados, moqueando, estornudando, afónicos y con dolor de garganta, los tres, los tres. Y no puso el grito en el cielo, porque era incapaz de ponerlo, pero bien azarada que anduvo, poniéndoles más mantas en la cama, tocándoles la frente para medirles la fiebre, mandando a sus cocineras que cocieran unas cebollas y añadieran el zumo de dos limones, a más de un chorro de miel, y lo pasaran por el chino, lo que se solía tomar para el constipado, ordenando que fueran a llamar al médico, sin dilación. E iba de una cama a otra, muy preocupada, como no podía ser de otra manera porque un resfrío empezaba con moquita, seguía con anginas, bajaba a los bronquios, se extendía por los pulmones y, por menos, se iba uno de este mundo, de pulmonía. E iba y venía con una oración en la boca, hasta que cayó en la cuenta de que los enfermos se habían resfriado por la humedad de los caños pues que la bodega, que había habilitado para dormitorio, estaba lindante con el nevero y la pared rezumaba agua. Se adujo que su idea no había sido buena, que había sido mala, y reaccionó al momento, pues que los hizo levantar para que fueran a sus camas del piso de arriba y hasta salir a la galería para que tomaran el sol, bien envueltos en mantas, y se secaran un poco. Lo que fue mala idea también, pues el médico los envió a la cama, diciéndole que los tapara bien y les pusiera paños fríos en la frente para que les remitiera la fiebre y que hicieran gargarismos con agua de vinagre y, tras lavarse las manos en una aljofaina y secárselas con un lienzo, le recomendó a la dama que se tomara una tisana de valeriana bien cargada y que esperara.

La espera se le hizo dura a la señora, pues fue y vino de una cama a otra, quitando, mojando y escurriendo paños, poniéndoselos a María de los Dolores y a Mariano de los Dolores, muy preocupada de día y de noche, sin aceptar el relevo que le proponían sus criadas, al pie de ambas camas, como la madre abnegada que era, sin enterarse de lo que sucedía en los muros afuera de su casa y sin recibir a nadie, salvo al médico que acudía mañana y tarde, y que, al segundo día, atendió a varios criados de anginas; de lo mismo que los críos.

\* \* \*

Después del gran bombardeo, Matilda y Marica tuvieron abundante clientela. Hombres que se habían pasado la jornada talando árboles y querían solazar y hasta algunos que habían conseguido despistarse de las guerrillas y se presentaron en el lupanar. Por eso, a más de hacer bolsa, se enteraron de lo de Agustina de Aragón, dicha la «Artillera». Y, aunque les llevó tiempo ponerle rostro y un vaso de zarzaparrilla en la mano el día del alzamiento en el puesto de la tía Paca, se holgaron de su hazaña, de que el capitán general la hubiera nombrado sargento y de que hombres y mujeres le regalaran flores en reconocimiento de su valentía. Matilda dijo:

—Con mujeres así, capaces de disparar un cañón, el mundo sería de otra manera.

Y Marica, en vez de responderle que sí o no, le propuso:

—Vamos a cortar unas rosas y a llevárselas...

—¿Y cómo vamos? Te recuerdo, que no tenemos mula.

Y claro hablaron de la mula, que tan buen papel les había hecho y que les habían robado unos facinerosos en la puerta del convento de Jesús, en pleno día, sin que salieran los frailes ni los vecinos de la zona a impedirlo, pese a que ellas gritaron como si las estuvieran violando y ellos las insultaron, trabucos y cuchillos en mano, a grandes voces; con lo cual, alguien debió de oír el jaleo, pero se guardó muy mucho de intervenir. Y menuda faena que les habían hecho los bandoleros, no ya por el valor de la bestia pues que podían adquirir una, dos o diez, sino porque no había dónde comprar otra, pues que las autoridades habían requisado todos los animales de carga para la guerra. A más, que habían pasado un mal rato al estar sujetas a tanta violencia, bajo los cañones de trabucos y escopetas, y con navajas en el estómago. Y, sin otro tema de conversación, se lamentaban:

—Habiendo una guerra cruel, debería haber hermandad entre las gentes...

—Y no hacerse daño entre vecinos.

—Todos unidos contra el enemigo.

—Sin embargo, los bandoleros roban a viajeros y caminantes, y los ladrones saquean los comercios y las casas.

—Mucho peor que antes de la guerra, los desaprensivos se aprovechan de la ausencia de los amos y de la debilidad de las mujeres.

—La maldad humana no tiene límite, hija.

—Ay, madre, tengo miedo de que un día, una partida de malvados entre en la torre y nos mate...

—No seas aguafiestas, Mariquica, que los hombres vienen aquí a yacer... ¿Qué interés pueden tener en matarnos? Acaso nos desvalijarían, pero nada más...

—Muchas veces los hombres matan por matar. Les viene una fiebre a la mano y matan...

—Oye, he pensado enterrar el dinero, pues que cada día anda peor todo.

—¿Dónde, madre?

—En la huerta. Lo repartiré en varias ollas y, si necesitamos, sacaré una y luego otra, ¿qué te parece?

—Bien, pero habremos de cavar varios hoyos.

—Los haremos.

—¿Y cómo sabremos dónde están?

—Los señalaremos, pondremos una maceta encima.

¿Vamos?

—Vamos, pues.

\* \* \*

Manuela Sancho bien podía haber pensado que el boticario Perales era un traidor o al

menos amigo de los enemigos, y denunciarlo en razón de que su señora madre había hablado más que suficiente para llegar a tal conclusión, pero no consideró el particular pues que demasiado tuvo con llevar a la anciana a su casa, dado que andaba renqueando y a paso de tortuga. A más, que mientras estuvo oyéndola en la tienda, no hizo más que cruzar miradas con la vinatera, las dos diciéndose que a la pobre mujer se le iba la cabeza y que todo lo que salía de su boca era cosa de viejas que, con un pie en el Otro Mundo, no sabían ya distinguir lo blanco de lo negro, que vivían con un marasmo inmenso en la sesera, hecho que avalaba el que quisiera pagar un vaso de vino con una onza de oro, sin esperar el cambio, además.

María Lostal tampoco se detuvo en la cuestión, no porque tuviera la tienda llena o porque sus hijos no le dieran respiro, no, que, de lo visto y oído, se había quedado con que la anciana llevaba una fortuna en la faltriquera y que se la podían robar, impunemente. Como, de hecho, sucedía pues que, dada la situación de guerra, era imposible mantener el orden y, en consecuencia, había desorden, y ya se sabe, a río revuelto, ganancia de pescadores, y pérdida para hombres y mujeres de bien, para los que se estaban jugando la vida en la lucha emprendida contra los franceses. Y eso, que tomó el asunto por otro camino, que pensó en llegarse a la mañana a la calle de San Gil y contarle al boticario lo de las onzas de oro de su señora madre. Pero se le fue del pensamiento, en virtud de que oyó una algarada en la calle y salió a ver, para encontrarse ante un grupo de gente alborotadora y que, visto y no visto, unos echaron una soga a un balcón y, de entre ellos, otros sacaron a un sujeto y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, lo ahorcaron. Y, tras increpar al cadáver, lo dejaron colgando. Casi a la par, salió una mujer al balcón —seguro que llamada por el jaleo— y llevóse un susto de muerte, pues que, al ver la cuerda, se asomó y se encontró con un ahorcado colgando. Y empezó a gritar, como poseída, que no lo quería en su casa. Los ahorcadores le informaron, a gritos también, que el ahorcado había sido un ladrón y que lo habían encontrado con las manos en la masa, robando en una casa situada a dos manzanas hacia el Coso, y que lo dejaban allí para escarmiento de otros ladrones. Pero la mujer seguía alborotando en el balcón y hasta se tiraba de los pelos. Se abrieron las ventanas y la vecindad bajó a la calle, y se organizó una zapatiesta, porque, unos, querían dejar al ahorcado donde estaba para escarmiento de ladrones y, otros, no. Entre otras causas, porque, con la calor que hacía, se pudriría enseguida y apestaría, y ya tenían bastante con el olor ácido de las bombas y con el humo. La dueña del balcón continuaba con sus alaridos, como si le hubiera dado un ataque de nervios. Y, a poco, los hombres comenzaron a pelearse entre ellos, es decir, que pasaron de las voces a las manos, y hubo empujones y puñadas, hasta que el cuerpo del ahorcado cayó encima de los justicieros, pues que la dueña del piso había cogido de su alacena un cuchillo bien afilado y cortado la soga en razón de que no lo quería allí y, al recibir semejante regalo, los hombres se detuvieron y se dispersaron, sin retirar al muerto. Tal observó María desde el otro lado de la calle y cerró el comercio contrariada —como no podía ser de otra forma— por tener un cadáver tan cerca de su

casa y diciéndose que o las autoridades ponían coto a los disturbios o la vida ciudadana iría de mal en peor. Se metió en la cama y, pese al episodio, durmió bien. Y, como si la hubieran escuchado, a poco dictaron un bando prohibiendo las justicias particulares, so pena de vida.

\* \* \*

El boticario Perales, consciente de que su madre se había «ido a la guerra», tal se decía, a saber si por decir una frase ingeniosa o porque le entró miedo, tomó precauciones. Se cosió una escarapela roja en el sombrero y, como era domingo, en vez de oír misa en San Gil como solía hacer, no por gusto sino porque no dijeran que no asistía y que era librepensador y, en consecuencia, traidor a la patria, dado que en la vecindad había gente desocupada sin otro oficio que alparcear o denunciar, aquella mañana se acercó al Portillo con una papeleta de caramelos de malvavisco en la mano para regalársela a la Artillera. Antes llamó a la aldaba de sus amigos, de los dos aspirantes a masones que quedaban libres de prisión, para que lo acompañaran, con lo cual se dejó ver. Y, como ya no se reunían en la farmacia, como dicho va, sino que se juntaban los domingos en misa, lo siguieron y, situados en el fondo de la iglesia, pudieron hablar e intercambiarse las últimas noticias. Lo mejor que le comunicaron, haciendo las salvedades oportunas, fue que el rey José había emprendido, o emprendería en breve, viaje a España para tomar posesión de su reino.

Después del rezo, los amigos se separaron y el boticario, con cara de pascuas, se acercó a las mujeres de la fuente que estaban cosiendo camisas, y preguntó por Agustina de Aragón pero, como no estaba, le dejó a una joven de nombre María que parecía llevar la voz cantante en aquel corrillo y que era manca, la papeleta de caramelos con el ruego de que, cuando la viera, se la entregara a la susodicha y la felicitara en su nombre. El caso es que, Perales se cruzó con la Artillera y su hermana, al volver a casa, pero, como no la conocía de cara, no le pudo dar la enhorabuena.

\* \* \*

Los zaragozanos, en los días siguientes, continuaron con las fortificaciones, con las mejoras de esta batería o de tal otra, con los traslados de cañones de un punto a otro, con las salidas de soldados y menestrales para talar los árboles y derruir las torres circundantes, pese al enorme perjuicio económico que causaba a sus dueños, y volvieron a ir al Pilar a dar gracias a Nuestra Señora, pues que ya estaba el templo despejado y se podía entrar sin dificultades. Las zaragozanas revisaron sus armarios y arcones, sacaron las camisas que tuvieran y las entregaron en el Ayuntamiento y, las que no tenían, se pusieron con la aguja. Cierto que algunas no se pudieron dedicar a

la costura, como le sucedió a María Agustín, que antes ganaba a coser a todas las comadres y, mire usted, se había quedado inútil para la tarea a causa de un balazo.

Los franceses anduvieron azuzando lo que pudieron, pues los españoles se defendieron y hasta los atacaron como si fueran leones, sobre todo por la puerta de Sancho, cuando intentaban cruzar el río Ebro, lo mismo que pretendieron hacer aguas abajo, pues que buscaban un vado para atravesarlo. Pero, Dios y su Santa Madre lo querían, cualquier movimiento que empezaban les salía mal.

\* \* \*

Las oraciones y el desvelo de la señora de Bureta y sus criados, así como las buenas recetas del doctor lograron curar las anginas de los condesitos, con lo cual, la dama pudo dedicarse a ayudar en el hospital. Se presentaba allí de buena mañana, pues madrugaba incluso, llamaba en el despacho de la madre Rafols y, si estaba, salían las dos juntas a organizar tal o cual y, si no estaba, la buscaba por el recinto hasta dar con ella.

El día en que les tocó trasladar a los locos, que llevaban en el sobrado, al sol, a la luna y a la lluvia, desde el día de la batalla de las Eras del Sepulcro, fue penoso. Penoso de hacer y doloroso de ver. Penoso de hacer, porque no se dejaban llevar, pues que las dos mujeres pretendían hacer una fila con ellos, para trasladarlos al segundo piso y en el trayecto no perder ninguno, y los acercaban a la puerta, pretendiendo mantenerlos quietos pero al momento se desbarataban, pues que no entendían de filas, el caso es que les llevó rato la operación y que no tenían fuerza, que la fuerza la tenían los locos, sobre todo uno, que era un hombrón, que se quiso zafar de la monja y la empujó, con tan mala suerte que la tiró al suelo y, aunque no fue nada, la religiosa se lastimó los nudillos de las manos. Y eso, que fue menester pedir ayuda a los enfermeros que llegaron con camisas de fuerza, los enfundaron en ellas, y las dos mujeres, que habían pretendido hacer el trabajo solas, se los fueron llevando de dos en dos a la sala y los fueron dejando allí, hasta que terminaron con todos y los dementes pudieron dedicarse a lo que hacían: los aulladores a dar gritos espantosos, los encorvados a adoptar posturas inverosímiles, los andarines a sus carreras que, aunque no llevaban a ninguna parte, resultaban interminables, etcétera, todo en un espectáculo asaz penoso de ver y que dolía en el corazón.

\* \* \*

El intendente general señor Calvo, llevado por el celo y buen hacer que le caracterizaba, hizo público un bando por el que ordenaba a los vecinos que sacaran tinajas a las calles, las llenaran de agua y las dejaran en las puertas de sus casas, para tener agua a mano en caso de incendio.

En las cacharrerías del barrio de la Magdalena las tinajas se terminaron enseguida, en razón de que era menos trabajoso comprar una y llenarla de agua, que bajar las que los vecinos tenían en las casas, a más que se quedaban sin agua para cocinar y para lavarse la cara. En los comercios del barrio del Portillo otro tanto sucedió, pero las costureras, que dejaron los cosidos, se las ingenieron y, como eran una veintena, no tuvieron problemas, para bajar y trasladar los recipientes por grandes que fueran, de tal manera que a mediodía ya había tinajas en todas las casas de la calle del Portillo y aledañas. Tinajas, toneles vacíos, a más de tinas, cántaras, baldes y pozales, lo que había, después de todo, y estaban dispuestas a llenarlas, haciendo cadena hasta la fuente, la acequia y los pozos de las casas particulares, pues que el personal, a más de que se sumaba con gana a la labor de aquellas industriosas mujeres, no escatimaba y hasta sacaba embutidos de sus despensas, y repartía pan y longaniza o chorizo.

María Lostal prestó varios toneles vacíos y los sacó a la calle con ayuda de la Artillera, que no cejaba de hacer por el común, y de Quimeta; y dio agua de su pozo para llenarlos. Y hasta sus hijos ayudaron, por lo que estuvieron entretenidos acarreado pozales, cada uno el peso que podía, los críos más de una vez llegándose a ver el cadáver del ahorcado que continuaba donde lo habían dejado los ahorcadores la tarde anterior, ya hediendo y todo morado. El caso es que los chiquillos volvían preguntado qué le pasaba a aquel sujeto, pero no era momento de que las tres mujeres les hablaran de la muerte ni de la maldad ni de la justicia e injusticia de los hombres, pues que sacar agua del pozo requería mucho esfuerzo y acarrear los pozales para llenar los toneles también, con lo cual estaban sudorosas, dada la mucha calor habiente. No obstante, para acallarlos, les permitían echarse agua entre ellos y hasta meter la cabeza en los recipientes.

\* \* \*

La señora Casta, que había hecho turno de noche en la puerta de Sancho, antes del albor cogió una bota de aguardiente y repartió el desayuno: un trago por soldado, todo lo largo que el bebedor quisiera, o pudiere, pues, la verdad, no eran horas de beber. Cuando clareó se quedó pasmada, en razón de que los franceses habían cruzado un puente de barcas de orilla a orilla del Ebro en una noche. Tan atónita como se quedaron oficiales y soldados al contemplar tan magna obra.

El caso es que, ella misma, que había pasado la noche en el citado bastión, pues que las mujeres de la calle de Predicadores se habían repartido las tareas de asistencia a la guarnición, había escuchado el ir y venir de carros y de gentes trajinando; oído serrar, martillar y hasta gritar órdenes, seguramente, pues le había traído el viento abundantes murmullos, pero, como no había habido disparos, que era lo que movilizaba al personal, aunque había dormido con un ojo abierto y otro cerrado, no se había movido de la puerta del convento de las Fecetas, donde las mujeres habían



echado paja para que las guardianas descansaran sobre mullido.

De no ser tan temprano, de tener la cabeza más clara, de no estar tan pasmada, la dueña tal vez se hubiera dicho que el hecho de la construcción del puente había sido milagro, como si los ángeles se hubieran aplicado en levantar el derruido Templo de Salomón en Jerusalén, pero no se lo dijo entre otras razones porque los enemigos no creían en Dios ni en la religión y, de consecuente, el Señor jamás podría ayudarlos. Además que, como todos, esperó órdenes del comandante del puesto.

Órdenes que se tardaron, pues que, reunidos los oficiales en lo alto de la puerta, se admiraron de la obra, de las barcas, de las vigas, de las tablas por las que podía pasar un carro y un cañón con holgura, de las cabeceras del puente, de las defensas del mismo, y se lamentaron de que los malditos franceses hubieran hecho lo que habían hecho delante de sus narices, como quien dice, y en una noche, en una sola noche; cierto que al amparo de la oscuridad. Lo mismo que, sin duda, se estarían diciendo los mandos de las compañías, situadas en la otra orilla del río, en los campos de Ranillas.

Así las cosas, como allí nada se decidía, la señora Casta pasó por su casa a dar de desayunar al Pablos y fuese a su trabajo del hospital.

\* \* \*

La noticia del puente de barcas la llevó Casta al hospital y, naturalmente, sirvió de tema de conversación e incluso para que se alzaran algunas voces en contra de Palafox. La madre Rafols se apresuró a silenciarlas, pues ninguno de los allí presentes, ni hombre ni mujer, ni con cargo alto ni con cargo bajo, era militar y, en consecuencia, no tenía nadie preparación para opinar sobre las estrategias del capitán general que era brigadier del ejército español, y que, por otra parte, estaban dando excelentes resultados, ¿o no? Pues sí, pues que, por dos veces, los españoles habían rechazado la ofensiva francesa, merced a las buenas disposiciones de Palafox, cuya vida guarde Dios, y a la intercesión de la Virgen del Pilar, ¿o no? Y sobre lo que alegaban los disconformes con la política del general: aquello de que teniendo vencidos a los enemigos no había enviado a las tropas para destruir sus campamentos y aniquilarlos de una vez por todas o que había estado demasiado tiempo ausente de Zaragoza, les respondía que confiaran en Nuestra Señora y les ofrecía agua de su caldero.

A la par, otro tanto sucedía en la plaza del Mercado, en la casa de los Gigantes y sobre todo en la plaza de La Seo ante la puerta de la casa del capitán general, donde se concentraron las gentes después de contemplar el puente de barcas desde la ribera o desde el puente de Piedra, para decirle, alborotando, lo que tenía que hacer. Cómo tenía que destruir el puente, pues que, si no lo hacía pronto, los franchutes cercarían la ciudad y, sitiada la ciudad, ya se podían despedir los habitantes hasta de su alma, pues que los rendirían por hambre y acabarían entrando a bayoneta calada, matando a

los hombres y violando a las mujeres, para tenerlas de putas cuando tomaran el mando, y le decían de concentrar las fuerzas en la puerta de Sancho y en el camino de Ranillas y atacarlos hasta que no quedara soldado vivo ni tabla sobre tabla. Claro que los había también más imaginativos, los que a mediodía habían concretado un plan y decían de arrojar, aguas arriba del Ebro, troncos de árboles para destruirlo o de hacer bajar una barca, quemarla y, en llamas, precipitarla sobre el puente y reducirlo a cenizas y hasta le ponían nombre a la acción, pues decían de hacer un brulote, ignorando los muy necios que no se podían desguarnecer las puertas, no fueran a volver a atacar por ellas, ni dar un paso aguas arriba del río, porque toda aquella tierra y otra mucha estaba en manos del enemigo, e ítem más, las de aguas abajo, donde estaban intentando encontrar un vado, para lo mismo, para pasar a la otra orilla y cercar la ciudad. Y los voceros detenían a los oficiales que entraban y salían de la casa del capitán general, para detallarles sus planes y, si no les hacían caso y seguían su camino, los insultaban con gruesas palabras que no son de mentar.

Todo esto sucedía en la puerta de la casa de Palafox mientras este se quejaba, ante sus ayudantes y los componentes de la Suprema Junta, en los despachos del piso de arriba, de que no se podían tolerar tamaños alborotos. Los que estaban con él coincidían y volvían la mirada hacia el intendente Calvo, que levantaba los brazos declarándose impotente y que, si abría la boca, era para poner su cargo a disposición de su excelencia, que no lo aceptaba. Y no valía que don Pedro María Ric quitara yerro al asunto y adujera en voz alta que los aragoneses eran descontentadizos de natura, que nunca estaban conformes con nada y que siempre estaban contra la autoridad, pidiéndole mucho más de lo que podía dar, exigiéndole milagros incluso como en aquella ocasión, como si soplando, por ejemplo, se pudiera destruir el puente de barcas, y añadía que los mismos hombres que les gritaban e insultaban en la calle, se pondrían al lado del capitán general, dispuestos a vencer o morir, y cumplirían como mansos corderos sus órdenes. Pero Palafox se desesperaba, y muchos con él, porque ¿qué otras órdenes podía impartir?, si había mandado todo lo que era posible mandar, máxime porque tenía lo que tenía y porque en la ciudad había lo que había, y la situación era lo que era: desastrosa. Tan adversa y siniestra, que solo cabía esperar otro furibundo ataque de los enemigos para morir matando.

\* \* \*

A Manuela Sancho le advino un escalofrío cuando supo lo del puente de barcas, lo mismo que a las otras mujeres que estaban, con ella, cosiendo camisas a la sombra de la puerta Quemada, adonde habían trasladado el ropero de la sacristía de la iglesia de San Miguel; por no estar encerradas y poder ayudar a los militares en el caso de que los franceses fueran avistados por aquellas latitudes, a la par que se enteraban de los sucesos y los comentaban, lo que a veces resultaba entretenido, cierto que las más de las veces era para llorar.

Manuela, que era la más joven de las costureras y con la bendición de todas, pues les ahorraaba esfuerzo, a menudo había de dejar la aguja, levantarse de la silla y subir a la muralla con el botijo, pues que los soldados tenían sed o pedían tal o cual. Hasta besos le pedían, tal aseguraban las comadres, en viéndola tan hermosa, tan garrida, tan erguida, pues más parecía un huso, y no se extrañaban, pues que la guerra había acercado las mujeres a los hombres y no había tanto remilgo, por razones de mera proximidad, pues que había que llevarles tal o alcanzarles cual, o volver con tal, había que entregar y recoger, lo que daba paso a hablar, a preguntar y a interesarse por las personas, en fin. A que los mozos de la guarnición posaran los ojos en Manuela. A que la moza pasara algunos ratos en amena plática con un sargento o teniente o cabo o soldado raso, lo que fuere; por lo general, con un apuesto mozo, que le pedía amores.

Tal creían las comadres que habían olvidado qué era aquello del amor, si alguna vez alguna de ellas lo había sentido. E, informadas por la madre de la moza, por la señora Luisa, que era tan lenguaraz como ellas y que aún no tenía nombre en esta historia, tuvieron tema de conversación. Sobre todo, al conocer que la chica había rechazado a un soldado, natural de un pueblo de las Cinco Villas que, a más de hablarle de amor y de lo que ambos podían llegar a amarse en el futuro, le había propuesto presentarse ante el cura de la iglesia de San Miguel, situada a dos pasos, para que los casara, asegurándole que en su pueblo tenía tantas y cuantas fanegas de trigo, y que era hijo único, sin duda, para hacer más atractiva la unión, pues que con tanto patrimonio Manuela tendría asegurada una vida asaz holgada. Y, como algunas no entendieron la negativa, le dieron muchas vueltas al asunto, comentando en ausencia de la hija y de la madre:

—Debería haberle dicho que sí.

—Hubiéramos ido a acompañarle en el día más feliz de su vida.

—Los curas casan sin leer las amonestaciones, eso me han dicho.

—No hubiera tenido problemas.

—Con tanta riqueza, Manuela hasta hubiera podido tener criadas.

—Y en caso de que su marido fuera muerto en acción de guerra, ella tendría pensión de viudedad.

—Dios no lo quiera, pero una pensión le hubiera asegurado la vejez.

—De hambre no se hubiera muerto.

—Además, es talludica ya.

—No puede decir a todos que no.

—Ha rechazado a un montón de mozos, de buenos mozos.

—¿Y del hijo del tío Andrés, el labrador, que la pretendía, sabéis algo?

—Ni palabra, a saber, si vive o ha muerto.

—El tío Andrés se habrá quedado sin un ochavo. Le habrán derruido la torre...

—¡Vaya, pues era buen partido!

—Pues ya no lo es.

—¡Ah, la guerra, la guerra, todo lo destroza...!

Claro que también intervenían otras más sensatas:

—¿Os creéis las palabras de un soldado?

—Aun conociendo a un hombre, te llevas muchas sorpresas.

—¿Quién es el pretendiente, de qué familia es?

—¿Es verdad lo de las fanegas de trigo?

—¿Hay que fiarse de las promesas de un hombre?

Y otras todavía más:

—La madre de Manuela lía las cosas, las trabuca a su conveniencia.

—Sí, tiene acalorada la imaginación.

—Seguro, que es mentira lo del matrimonio.

—Veamos, seamos realistas. Los soldados de la muralla quieren mujer y tratan de entontecer a las mozas con palabrería, para meterles mano y los más osados quieren engañarlas y llevarlas a un pajar o a un lugar oscuro, sin importarles las bombas, ¿o no?

—Sí, muchos serían capaces de desertar por eso.

—En resumen, que Manuela ha hecho muy bien.

Así de crudas las cosas, las camiseras de la puerta Quemada convenían en que la muchacha había hecho muy bien al rechazar al rico de las Cinco Villas, sentenciando:

—El matrimonio es para toda la vida.

—Y no se puede ir a tontas y a locas.

\* \* \*

El día 11 de julio, María Lostal dio a sus hijos de comer y los dejó con el hijo de la señora Casta, que los entretenía mucho, y fuese al Rabal a visitar a su hermana con un cesto en la mano, con comida, un tajo de jabón y unos trapos, dispuesta a hacerle la limpieza. Se detuvo en el Pilar y rezó el *Angelus* con los muchos fieles que llenaban la Santa Capilla. Salió del templo por la puerta del Ebro, se extrañó del gentío y, a poco, no halló un hueco para arrimarse al antepecho del puente de Piedra y poder contemplar el puente de barcas que habían tendido los franceses y del que tanto le habían hablado sus clientas. Y es que se llenó todo de gente y, entre apreturas, pudo observar cómo los españoles intentaban, desde las dos orillas, ocupar el puente y cómo, tras cruzar abundantes tiros de fusil, eran rechazados. Así que se hizo paso entre las gentes y volvió a su camino. Para encontrarse con que la guarnición del convento de San Lázaro no la dejaba pasar, pero también con una alegría, pues, cuando estaba informando a los de la posición de que venía del Portillo e iba a casa de su hermana a hacerle las faenas de la casa, pues que estaba enferma, impedida en una cama y a punto de decirles que estaba loca de atar, por si les movía el corazón, surgió del parapeto Diego, su marido. Y claro, varios días sin verse, corrieron el uno hacia el otro y se fundieron en un abrazo y a besos se hubieran comido el uno al otro,

pero se recataron, se comportaron, pues estaban en público. A pesar de hacerlo, más de dos de los que los observaban, murmuraron contra el matrimonio, seguro que más de uno por envidia y otros hasta les hicieron bromas groseras, con lo cual María se sonrojó. No obstante, cogidos de las manos y mirándose a los ojos, se preguntaron por su mutua salud y ya continuaron. Él quiso saber de los hijos y de la tienda, y ella de lo que hacía y por qué no iba a casa, cómo podía estar tan ocupado, si comía bien, si dormía, si había cambiado de destino, si ya no estaba en la ronda urbana y aún quiso conocer cómo se desarrollaba la guerra y si la ganarían los españoles o la perderían. Pero, Diego, ay, como estaba de servicio y lo miraban sus compañeros y hasta su jefe, no le respondió a ninguna de las cuestiones, no lo fueran acusar de abandonar su puesto, pues que los mandos se habían puesto muy celosos con la disciplina. Por eso, se limitó a acompañarla al puente, a decirle que no podía pasar más allá y que se volviera, que él estaba de guardia y que en cuanto pudiera ir a casa, iría. No obstante, al despedirla, le dio un besó en la mejilla.

Ella, carihoyosa, tornó a su hogar, sin haber hecho servicio a su hermana y mascullando contra la maldita guerra.

\* \* \*

Antes del alba, unos soldados jóvenes, pertenecientes a la compañía de los Voluntarios de Aragón, se despedían en el zaguán de la casa de Matilda y su pupila, satisfechos del servicio y prometiendo volver cuando, al abrir la puerta, ay, rediez, se llenó el piso de agua, pero lo peor fue que el jardín y el huerto estaban inundados, completamente anegados de agua.

Y fue que los hombres empezaron a maldecir con motivo, pues que debían incorporarse a su regimiento y hubieron de salir poniéndose perdidos, chapoteando, con el agua a la rodilla, hasta llegar a la verja del camino, donde se encontraron con la misma cantidad de agua o más y, sin preguntar qué sucedía, si había llovido, a las prostitutas que los habían acompañado, se perdieron en la noche, sin dejar de jurar.

Matilda se echó a reír. A ver, que, en los años que llevaba ejerciendo su profesión, le habían sucedido muchas cosas, pero que unos clientes hubieran tenido que salir de su casa casi nadando, era la primera vez que le pasaba y, pese a que se había puesto perdida de barro y sería menester achicar el agua del piso bajo, la situación le resultó risible, pues se carcajeó y hasta le vino hipo. Claro que se quedó helada, en el momento en que Marica, que venía rezongando que habría de tirar su mejor vestido, le recordó el tesoro que habían escondido y que a saber si se lo habrían llevado las aguas, Pues que, a más de haber mucha, había grande corriente que arramblaba con todo.

Cuando se presentó la aurora, anduvieron por la huerta chapoteando y pudieron constatar que el agua había ahogado a las gallinas, a los conejos y se había llevado a los perros de lanas y hasta el perro grande, que era corpulento, como se dijo antes. Se

llegaron a la puerta y la encontraron abierta, luego se acercaron al pozo, que daba miedo, pues rebullía como si fuera la boca del Infierno y a la acequia, que más parecía una torrentera, y se volvieron al momento, pues que por allá había una corriente del demonio, y del dinero de Matilda, del tesoro, como lo llamaba Marica, no supieron nada hasta dos días después, cuando las aguas remitieron dejando todo convertido en un lodazal.

En aquellas dos jornadas, vivieron en el piso alto como si estuvieran refugiadas, hablando del inusitado hecho, haciendo cábalas sobre qué había podido suceder, echándole la culpa a la tormenta que había descargado el día del gran bombardeo y sin duda producido una enorme riada, aunque en el Rabal hubieran caído cuatro gotas. E iban de la silla a la cama, cierto que a ratos se apoyaban en el alféizar de la ventana del pasillo, por ver si pasaba por el camino alma viviente y les contaba lo sucedido, temblando por el tesoro y a ratos rezando ante la imagen de la Virgen del Pilar y llorando también, creídas de que habrían perdido todo, y sin limpiar la casa, porque era vano.

Pero, al tercer día, las aguas volvieron a su cauce y ellas pudieron salir y constatar con barro al tobillo el destrozo que les había causado la riada, que se había llevado las patatas, las tomateras, las lechugas, etcétera; los pensamientos, los rosales, las macetas de geranios, etcétera, y los perros, a más que el pozo, hasta que se posara la tierra, permanecería inservible. Y ya cogieron una pala y buscaron el tesoro, para, a Dios gracias, encontrarlo, rescatarlo, reír con gana, remangarse y empezar a adecentar aquello.

A poco, supieron que no había habido riada, que los causantes de la inundación del Rabal habían sido los labradores del lugar, que, con la bendición de las autoridades de la ciudad, por una parte habían abierto las tajaderas de las acequias para anegararlo y, por otra, habían quemado las cosechas para detener el paso del ejército francés por aquel barrio. Y maldita la gracia que les hizo que no les hubieran avisado, pues que, a más de las pérdidas materiales, de las hortalizas y animales de corral que se habían desperdiciado, no habían podido salvar a sus perros, cuando los hubieran subido al piso con ellas.

## Capítulo 10

En los días siguientes, los españoles, a más de blindar las puertas de la ciudad, las defendieron con tesón y salieron varias veces a la descubierta por ver qué hacían y dónde estaban los enemigos y cruzaron abundantes tiros de fusilería con ellos, ora perdiendo una posición, ora ganando otra, a más de hacer prisioneros que enviaban al castillo de Mozón para que estuvieran lejos.

Los franceses hicieron correrías por la ribera izquierda del Ebro y se fortificaron por el oeste pues instalaron varias baterías con cañones de grueso calibre e hicieron labores de zapa. Construyeron trincheras y galerías en derredor de la ciudad, pese al mucho arbolado y a las casas de campo existentes. También enviaron espías disfrazados de paisanos para que observaran muros adentro e informaran de la situación y hasta contrataron a gentes de los pueblos cercanos, a traidores, pues que en todas partes hay de todo, para que realizaran tal trabajo y entraran pasquines en la urbe instando a los defensores a la rendición.

Así las cosas, las autoridades hubieron de poner vigilancia en la puerta del Ángel con orden de revisar los carros y los cestos y de cachear a las personas que entraran o salieran del recinto urbano, lo mismo que fueran soldados, que hortelanos u otros particulares pues que, casi a diario, aparecían por todas partes montones de libelos denigrando al rey Fernando, a Palafox, al intendente general, a la Suprema Junta, etcétera, e invitando a la capitulación y gloriando al rey José. Que, por cierto, había iniciado ya viaje a España, según informaban los papeles, para tomar posesión de su nuevo reino y había dejado Bayona camino de Madrid con un gran cortejo de nobles y notables españoles junto con una tropa de soldados franceses y la gente de su casa.

La medida de revisar carros y cestos estuvo acompañada de otras providencias, tales como la requisa de los bienes de los franceses afincados en la ciudad que estuvieran ausentes y los de los españoles que hubieran huido a otros países, pero el hecho exaltó los ánimos de la población, todavía más, si cabe. En razón de que, de un tiempo acá, se estaban multiplicando las denuncias, de tal manera que, cualquiera podía ser sospechoso de traición e incluso se formaban espontáneamente grupos de ciudadanos que, por nada, apaleaban a este o a aquese, de tal manera que, fue menester prohibir las delaciones sin pruebas, so pena de castigo.

Las disposiciones dieron sus frutos, pues que se consiguió algo de dinero para las menguadas arcas públicas y se hicieron varios prisioneros franceses o amigos de los mismos.

\* \* \*

La Artillera y su hermana contemplaron con sus propios ojos cómo, en la plaza del Mercado, un tropel de gentes la emprendían contra una mujer que llevaba un cesto lleno de cartuchos, al parecer, y que, según se oía, los quería entregar a los gabachos, pues se comentaba que la habían apresado cerca del postigo Real, camino ya del puente de barcas y la llevaban presa al patíbulo dispuestos a ahorcarla. Y no valía que la dueña gritara que era inocente, ni que llevaba el cesto a la puerta de Sancho, que siquiera se le escuchaba, pues los otros gritaban más y la llamaban traidora. Y empezaron a empujones contra ella y siguieron con puñadas y patadas, de tal forma que algún golpe debió darle en la sien, pues que los apaleadores, en su ofuscación, no habían distinguido entre cabeza, cuerpo o extremidades, y murió delante de una multitud sin Sacramentos, y menos mal que se presentó la guardia cívica, pues que, tan arriscados andaban hombres y mujeres que la hubieran despellejado, a más que, una vez muerta, dijeron de colgarla de la soga, como si no hubiera tenido ya bastante.

Y fue que en aquel jaleo hubo para todos. A ver, que Agustina y Quimeta se llevaron un disgusto, pues que, muerta la desconocida, como ninguna de las dos se sumó a los alborotadores y ambas debieron poner cara de horror, pues que, como otras muchas personas, no estaban por tomarse la justicia por su mano, sino porque la Justicia actuara según Ley, uno de aquellos sujetos se les acercó y dirigiéndose a la Artillera le preguntó de mala manera:

—¿Qué miras, Artillera?

Y, al momento acudió otro:

—¿Qué pasa, no te gusta?

Y volvió a liarse, porque, unos empezaron a gritar en contra de Agustina sin causa o quizá porque les molestaba el hecho de fuera famosa, que en Aragón, ya se sabe, todo es envidia y, otros se pusieron de su parte con alguna causa ciertamente. Y menos mal que empezó otro tumulto en otra parte de la plaza y el personal fue a ver qué sucedía. A recibir unos carros que llegaban llenos de comestibles sobre los que se abalanzaron como fieras, y los que los traían hubieron de defenderse y salvaguardar el género y hasta tuvo que intervenir la ronda cívica, antes de retirar el cadáver de la muerta y antes de que aquellas gentes robaran la mercancía del ejército, pues que estaban exaltadas y muy dispuestas a pelearse entre sí por lo que fuere. Ciertamente que comer no era cuestión baladí.

Las hermanas se disgustaron pues no habían dicho palabra, solo habían mirado lo que tenían delante y, tras comprar en los tenderetes varios alimentos, tornaron a su casa lamentándose y rezongando que, en la situación en la que se encontraba la ciudad, debería imperar la buena voluntad sobre todas las cosas pero que sucedía lo contrario, que la violencia se estaba apoderando de los corazones de las gentes y que pronto no se podría salir de casa. Y estuvieron dándole a la mollera, sin poderse



quitar el asunto de la cabeza durante mucho rato, como suele ocurrir cuando se sufre un atropello.

\* \* \*

Mientras tal sucedía en la plaza del Mercado, en la intersección de la calle de las Botigas Hondas con la de Santa Cruz, otro grupo de gentes excitadas increpaba a una anciana porque llevaba pasquines franceses. Y tampoco valía que la vieja llevara la escarapela puesta ni que dijera que era la viuda de Perales ni que su marido había tenido botica abierta en la calle de San Gil ni que hacía tiempo que la regentaba su hijo, ni que adujera que había cogido los papeles para guardarlos y encender la chimenea en invierno o utilizarlos en la letrina, porque ya no leía ni con las antiparras puestas, nada valía ya, porque los malos modos se contagiaban, a la vista estaba. Pues a la anciana le arrebataron los libelos de mala manera y la zarandearon, causándole algunas moraduras incluso. Y, a poco, otro tanto sucedió con el Tomás, el tonto, que pasaba por allí con otro montón de papeles, sin saber lo que portaba y del mismo modo que hubiera podido llevar un chusco de pan y, pese a que era idiota de nacimiento, le pegaron de lo lindo, lo que fue bueno para la anciana pues la emprendieron con el otro, y pudo llegar a su casa del brazo de una buena mujer que se apiadó de ella y la acompañó, eso sí, sofocada, muy sofocada. Claro que el otro, el Tomás, terminó en el hospital con abundantes morados y un ojo a la funerala, y quedó bajo la custodia de la madre Rafols que, tras aliviarlo y proporcionarle un sedativo, hubo de dejarlo con los locos por el jaleo que organizaba.

Pero ya podían los curas en sus sermones denunciar los atropellos que se producían en la ciudad contra las personas y las cosas, que era vano, que empezaba a haber para todos.

\* \* \*

La condesa de Bureta, aunque conocía los sucesos narrados, no podía detenerse a pensar en el negocio de la hermandad universal ni el de que hubiera gobierno o no lo hubiera, porque hubo de obedecer un bando y hacer inventario de los alimentos que guardaba en casa. Del aceite, los perniles, embutidos y salazones que tenía en la falsa, de las legumbres, de las verduras y las patatas de la fresquera, etcétera, tantas libras de tal, tantas de cual. Lo hizo a ojo, naturalmente, y lo fue escribiendo en un cuaderno, pero a la hora de presentar la relación de existencias, detalló solo una cuarta parte, no se las fueran a requisar pues que eran muchos en la casa y habían de comer. A más que, no lo hizo casi nadie en la ciudad pues, amén de que muy pocas personas sabían escribir, como empezaba a escasear el pan por falta de harina o porque toda ella iba destinada a las tahonas que suministraban al ejército, el personal,

temiendo por sus estómagos, desoyó la orden y procuró rellenar sus despensas y hasta pagó precios muy altos.

La misma condesa afirmó una obviedad en sus cocinas:

—Sería todo más sencillo si no fuera necesario comer para vivir.

Y sus criados asintieron, conscientes de que la falta de alimentos se incrementaría porque los franceses, aunque eran rechazados una y mil veces merced a los buenos oficios de Nuestra Señora del Pilar, ora disparaban contra las puertas de la ribera de la Huerba y las del oeste, ora dañaban la huerta por el Rabal o hacían correrías por los pueblos de alrededor o atacaban por todas partes a la vez, acuciando a la ciudad con fuego vivo o con fuego menos vivo. Bien que no se estaban empleado tan a fondo como lo hicieran a primeros de mes.

\* \* \*

A las mancebas del Rabal, con tanta gente pululando por allá, les fue bien pues lo mismo les iban españoles que franceses y ellas los atendían a todos por igual porque todos querían lo mismo y la vida es breve. Tal se decían, cuando terminaban sus faenas y, tras utilizar el irrigador, ponían a remojo sus partes de mujer:

—La vida es breve para todos, pero para nosotras más —sentenciaba Matilda.

—Sí —afirmaba su pupila—, en cuanto perdemos la lozanía, se acabó.

—Debemos hacer dinero, cuanto más mejor. Cuando la guerra pase, ampliaremos el burdel, Mariquilla, de ese modo, a mi muerte, tendrás un próspero negocio con diez o doce chicas, a más de los dineros que tenemos guardados...

—No pienses en morir, madre, te queda mucha vida por delante...

—Nunca se sabe, más ahora tal como están las cosas, cualquier día franceses y españoles vienen a batallar en la torre y arrasan la casa con nosotras dentro...

—No seas cenizo.

—Una cosa te quiero repetir, Marica.

—Dime, madre.

—Que no te enamores nunca de un fullero...

—Tengo para mí que no tendré esa dicha.

—Mira, si te enamoras que sea de un cliente, que sea de un hombre de renta propia o con comercio abierto al público, quiero decir que tenga oficio y beneficio. Si lo haces de uno que no tenga empleo ni dinero de su casa se convertirá en tu chulo y te sacará las entretelas, como el Carolo hizo conmigo.

—Tendré cuidado, madre, pero ¿no me has dicho otras veces que el amor llega y que no se puede detener?

—¿Eso te dije?, pues no sé, te he dicho tantas cosas... No obstante, cualquier tipo que te hable de amor que te enseñe la bolsa primero.

—Sí, madre.

\* \* \*

Como se venía haciendo de años ha, el día de Santa Ana, los canónigos del Pilar sacaron en procesión la imagen de la Santa, que era de platería muy buena, y que llevaba en el brazo a su hija, a la Virgen María, y esta a su hijo Jesús en el suyo, y fue que, aparte del cabildo y de las autoridades, acudieron y la acompañaron las mismas gentes que días antes habían recibido en la puerta del Carmen al Santísimo, proveniente del convento de Capuchinos, pues que los frailes, como estaba situado extramuros, lo habían abandonado ante la ofensiva francesa y se habían trasladado a la iglesia de San Pedro Nolasco, con todo lo bueno que tenían. Algunos fueron detrás de la imagen y, otros, la vieron recorrer las calles hasta la del Trenque y volver por San Gil, unos quitándose los gorros, otros arrodillándose a su paso, algunos interrumpiendo la procesión con jotas y la mayoría rezando pues que por la ciudad era llevada a hombros la Madre con la Hija, que adulta sería, en una de sus más felices invocaciones, la Virgen del Pilar, la capitana de la tropa aragonesa, la que, hasta la fecha, les había salvado de las acometidas enemigas.

Y eso, que como amaban a la Hija, también querían a la Madre, por lo dicho y porque sin una no hubiera existido la otra. El caso es que la Artillera observaba mucha devoción en las gentes, mucha más cuando los portadores de las andas las dejaron delante del camarín de la Virgen del Pilar, y lo comentaba con su hermana cuando le era posible, pues a más de vivas a la Santa y a la Virgen, también había felicitaciones para ella, dado que nadie había olvidado su hazaña, al parecer, y el personal le palmeaba la espalda, la quería tocar y tenía buenas palabras para ella, que hasta le regalaron media docena de rosquillas colgadas de un junco.

Volvieron las Zaragoza a su casa sin los dulces, pues que en una esquina las miraron unos críos con verdadera envidia y hubieron de darles uno e hicieron lo mismo con otros en otra esquina o en una calle, el caso es que hubieron de comerse una a toda prisa, sin saborearla, nada más fuera por probarlas. Y anduvieron comentando que, en la procesión, había habido mucha gente conocida, como si los habitantes se distribuyeran el trabajo, del mismo modo que lo hacían las personas que atendían a los soldados en las puertas y bastiones.

\* \* \*

Las mujeres de la fuente del Portillo se arremolinaron en torno a la puerta, pues que se detuvo un coche de camino, tirado por mulas adornadas con colleras y, suponiendo que llegaba alguna autoridad o persona preeminente, fueron a ver de quién se trataba. Y no erraron, porque se apeó del vehículo una mujer, nada menos que doña Josefa Amar y Borbón que, pese a ser conocida en toda la ciudad, enseñó el pasaporte al jefe del puesto y empezó a rezongar que venía de Madrid, agotada por el largo camino y

porque era persona gruesa y de edad, a más de envuelta en sudor, por la calor habiente y, mientras se abanicaba, pedía agua, por caridad.

María Agustín se apresuró a acercarle un botijo y Quimeta le ayudó a levantarlo. La dama bebió, se mojó las manos y la cara, y lo pasó a su criada que lo vació, pues traía reseco y, tras agradecer aquellos favores con un movimiento de cabeza, rehusó la silla que le ofrecían, diciendo que, después de un viaje de doce jornadas bajo un sol del demonio, necesitaba desanquilosar los huesos y darse un buen baño, y anduvo un ratico por allí y hasta se llegó a la fuente, a darse más agua a la cara y en ella, en la fuente, se hubiera metido entera, de poder hacerlo. La acompañaron todas y contestaron a sus preguntas:

—¿Cómo van las cosas por aquí?

—Llega su merced en mal momento...

—Los franceses están estrechando el sitio, pero los seguimos rechazando.

—La Virgen del Pilar nos ampara, doña Josefa.

—No obstante, parece que se están preparando para el último ataque.

—¿La señora viene de Madrid?

—Sí, no he podido llegar antes. No me concedían pasaporte.

—¿Qué fue lo del 2 de mayo?

—Un horror, fue un horror; más de 200 muertos que fueron cargados en 18 carros para llevarlos a enterrar... El rey José entró en Madrid el pasado 20 de julio y las campanas sonaron a muerto... Pero, tenemos Constitución, el llamado Estatuto de Bayona...

—¿Qué es eso, doña Josefa?

—¿Es bueno?

—Con un rey intruso, no es bueno, aunque el texto contenga cosas buenas.

—Aquí vivimos una guerra...

—Las hazañas de los zaragozanos son conocidas en el mundo entero... He venido a morir con los míos, si es menester, pero no lo quiera Dios. Sé del trabajo de las mujeres y, en concreto, de las gestas de María Agustín y de Agustina de Aragón... Me gustará conocerlas...

En este momento de la conversación, todas las mujeres de la fuente del Portillo pusieron cara de pascuas pues que las heroínas estaban allí y solo tenían que presentarse para recibir los parabienes de la señora, lo que hubiera sido grato de ver, pero fue que ninguna de las dos abrió la boca y que la dama, que tenía prisa por tomar un baño, fuese a su casa sin que las mencionadas dieran un paso al frente y se identificaran. Y eso, que montó en el carruaje y enfiló hacia el Coso dejándolas con gana de presenciar el encuentro.

El coche de doña Josefa suscitó la curiosidad de las gentes a lo largo de su recorrido, por eso, antes de que la dama se metiera en la bañera a quitarse los sudores, la condesa de Bureta ya estaba enterada de su llegada y, albriciada, se mostraba dispuesta a ir a verla pero, sabedora de lo pesado que es el viaje desde Madrid, lo

dejó para la tarde y le envió un billete con el mandadero, anunciándole su visita. Y es que se recordó de niña, en la carroza, camino de Arenas de San Pedro, localidad de la provincia de Ávila, acompañando a sus señores padres que iban a visitar al infante don Luis de Borbón y a su esposa, a doña María Teresa de Vallabriga, en cuya casa se habían hospedado durante dos meses, y le vinieron a la mente los catorce días de camino de Zaragoza a Madrid, en los que se le había quedado el *pompidú*, el culo, dicho en lenguaje vulgar, cuadrado. Hacían noche en la venta de Almadrones; en la de la Maña, en Alcolea; en la posada de San Antón, en Calatayud. Y en otras cuyo nombre había olvidado. Por eso decidió darle tiempo a su buena amiga para que se instalara. Pero fue donoso, porque a la par que doña Josefa recibía el billete de doña Consolación, ella le expedía otro diciéndole que la visitaría por la tarde y los mandaderos hubieron de ir y tornar, hasta que las damas se pusieron de acuerdo en dónde encontrarse.

Decidieron que la de Bureta iría a buscar, con su coche, a doña Josefa, que llevarían una vela a la Virgen del Pilar y merendarían en casa de la primera. Se juntaron y, tras efusivos saludos, iniciaron su recorrido parlero quitándose la palabra de la boca, la una a la otra, pues que las dos eran asaz habladoras. Decía la señora Amar:

—Me fui para asistir a las sesiones de primavera de la Sociedad de Amigos del País y he tenido que estar cuatro meses... No me daban salvoconducto, hija. Tuve que pedirle audiencia a Murat.

—¿Os la concedió?

—Sí, por ser yo.

—¿Cómo es Murat?

—Napoleón dijo de él que es un héroe y una bestia. A mí me pareció un chulo, con perdón. Tuve que inclinarme ante él, pero me dio el pasaporte.

—París bien vale una misa... ¿Vive en el palacio Real?

—Vivió. Al llegar el rey José, se trasladó a otro lugar.

—Un plebeyo rey de España. No sé adónde vamos a llegar.

—¿Y aquí?

—Aquí desastre. Los muertos se cuentan por centenares. Estamos casi cercados. El Pilar está siempre a rebosar, sobre todo a la hora de la salve y del rosario... Las escuelas están cerradas... Escasean los alimentos, hay días en los que no se amasa pan para la población civil pues todo es para el ejército... Hay pocos soldados, pocas armas y poca pólvora, tan poca que se han puesto a fabricarla con los morteros requisados a los panaderos... No obstante, continuamos rechazando a los franceses.

—¿No se emplean a fondo o qué sucede?

—El día 15 de junio sufrimos un ataque espantoso y el 2 de julio otro, pero no lograron entrar, cierto que, como las desgracias nunca vienen solas, previamente, el 27 de junio, explotó el polvorín, causando una inenarrable mortandad.

—¿El día 2 fue lo de Agustina de Aragón?

—Sí, luchan los hombres, pero, cuando no haya hombres, lucharemos las mujeres.

—Si yo fuera más joven...

—Está su merced muy bien, doña Josefa.

—¿Y don Pedro María?

—Bien, gracias. Quiere que me vaya con mis hijos a su casa de Fonz, en Huesca, pero no quiero porque allí reside mi futuro suegro y no me parece oportuno...

—¿Para cuando la boda?

—No han llegado los papeles.

—¿Y sus hijos, doña Consolación?

—Muy bien, gracias, creciendo los dos...

—Me voy a retirar, estoy cansada, derrengada, diría.

—Es pena, doña Josefa, que se vaya su merced tan pronto.

—Entiéndalo, hija.

—Sí. Tiempo tendremos de hablar en los días siguientes.

\* \* \*

Con el cambio de mes, los franceses bombardearon Zaragoza desde Torrero, la torre de la Bernardona y desde los conventos de Trinitarios y de San José, y rondaron por el Rabal y los pueblos de la carretera de Barcelona, repartiendo muerte y miedo; las gentes huyeron para no caer aplastadas bajo sus botas. Amén de miseria; en razón de que quemaban los trigales, destruían las huertas y cortaban los caminos, con lo cual, la ciudad se estaba quedando desabastecida de carne y harina, puesto que los ganaderos, labradores y hortelanos no podían pasar con sus productos.

Así las cosas, los gremios dejaron de suministrar dineros a la madre Rafols, pues que no había a quién comprar mercancías y, de consecuente, la señora Casta no pudo repartir el rancho y, de repartidora, se convirtió en receptora pues, como casi todos, hubo de hacer larga cola para recibir un pan de munición que más parecía pan de perro, por lo malo que era, tan malo que no hubiera valido para la sopa aunque no era tiempo de sopas, ciertamente. Con ello, la situación empeoró sensiblemente y ya el día primero de agosto no fue posible conseguir carne ni pan, ni que se pagara a precio de oro, y hubo varias algaras.

El templo del Pilar volvió a llenarse de gentes que lo tomaron por albergue, como había sucedido con anterioridad. Los canonjes vistieron a Nuestra Señora con sus mejores mantos de oro y plata, y tuvieron mucho trabajo pues hubieron de vigilar los altares con cien ojos, en virtud de que, bien sabían que, afuera, se empezaban a cambiar joyas y objetos preciosos, ya fueran propios o robados, por un saco de legumbres, a causa del hambre que amenazaba con recrudecerse.

Ante la carestía de víveres, la madre Rafols echó mano de las gallinas de su corral para el caldo de los enfermos y, como se dedicó a matarlas, no pudo darles bizcocho

por falta de huevos, lo que no le había ocurrido desde que viniera de Barcelona a regentar el hospital.

La madre de Manuela Sancho tal vez porque no tenía otra vianda o porque no quiso que se lo comieran los franceses, mató un capón y lo guisó con tomate y cebolla, con lo cual, la moza se encontró con una fiesta al regresar a su casa de noche porque, a más de saciar su hambre —las penas con pan son menos— pudo menguar el dolor que llevaba en el alma, dado que los sitiadores habían vuelto a tomar el convento de San José y, durante todo el día, habían bombardeado hacia los molinos de la Huerba y hubiera podido decir que había pasado la jornada en un infierno. Pero no dijo nada. Se limitó a cenar con apetito y a meterse en la cama y dormir, lo que le permitieran las explosiones.

María Lostal cambió dos botellas de vino rancio por dos panes, un mal trueque, en efecto, pero necesario. Porque, aunque se dijo que había estado descuidada y no había rellenado la despensa, así pudo darles a sus hijos mayores pan mojado en vino y comer ella para que no se le terminara la teta, bien que, cuando le dio al pequeño de mamar, fue como si les hubiera dado pan y vino a los tres. Diego se presentó a media tarde con dos toneles grandes de aguardiente y unos hombres para que le ayudaran a bajarlos del carro, y los encontró amodorrados, circunstancia que les vino bien a los padres cuando se metieron juntos en la cama.

La Artillera y su hermana compartieron una maza de pernil procedente de los regalos que había recibido la heroína, con las mujeres de la fuente del Portillo. Así comieron todas de varios calderos, muy amigadas, pues que, unas llevaron tal y otras cual, lo que tenían en sus fresqueras y despensas, eso sí, hablando de que, pronto, si las cosas seguían como estaban, tendrían que racionar los alimentos y hacer turnos de abastecimiento del mismo modo que ya los hacían para atender el avituallamiento de la guarnición de la puerta.

La condesa de Bureta, como había sido previsora, tenía sus despensas bien abastecidas y no tuvo que echar mano de los animales de sus corrales, y hasta se permitió el lujo de regalar varios sacos de patatas y unas matas de verduras a su buena amiga doña Josefa Amar, creída de que, recién venida, tendría poco en su casa. Hizo el envío de noche, no fueran las gentes a asaltar el carro. Y fue que recibió a cambio una edición de 1616 de la obra *Vida devota*, escrita por San Francisco de Sales y traducida por el insigne escritor don Francisco de Quevedo, libro que apreció sobremanera, como no podía ser de otro modo, pese a que con él en las manos se dijo que, dadas las circunstancias, los libros andaban tirados de precio.

\* \* \*

El día 3, los franceses, reforzadas las tropas sitiadoras del general Verdier con otras nuevas al mando del general Lefebvre, viejo conocido de los zaragozanos, la emprendieron a cañonazos contra la ciudad.

Los primeros en presentir la catástrofe de la ofensiva que se avecinaba, fueron los perros que, con mejor oído que los humanos, ladraron como posesos, anticipándose incluso al aviso del vigía de la Torre Nueva. Y anduvieron como almas en pena sacando de quicio a más de un amo y de tal forma que más de un bicho se llevó un palo que lo dejó baldado, amén de que muchos murieron de miedo, pues que su natura no les permitía conocer a qué obedecía el estruendo. Y eso, que a los cadáveres de los defensores, se sumaron los de los perros de los sitiados.

La zona que más padeció el bombardeo fue la del convento de San Francisco y sobre todo la del Hospital de Nuestra Señora de Gracia donde cayó una bomba detrás de otra, causando mucho daño en la fábrica. Y muertos y pánico, pánico mayormente, pues que se desplomaban techos y paredes sobre los enfermos, y había fuego por determinados puntos. La madre Rafols ofreció agua de su calderillo a todos los que dejaban las salas por su propio pie, ya fueran en busca de mejor vida o de mejor muerte, y se refugiaban en la iglesia, bajo el divino amparo, pero pronto necesitó las dos manos, y escondió el recipiente detrás de la puerta, pues que, ante las bombas que reventaban sin cesar, decidió desalojar el recinto.

Así las cosas, envió recado al intendente Calvo, que le permitió trasladar a los enfermos a la casa de la Audiencia situada en la plaza de La Seo, y a eso se pusieron monjas y trabajadores con ahínco. Con diligencia, pese a las bombas que, ora destrozaban un muro, ora derruían un techo y todo eran cascotes o fuego o humo, a más de polvo, mucho polvo, que entorpecía la traslación, pues era menester llevarse a los imposibilitados y a los que, dada su extrema gravedad, nunca se hubieran debido mover.

Las primeras en abandonar la santa casa fueron las nodrizas que cogieron a los lactantes en brazos y a los párvulos de la mano, y salieron hacia la calle de San Gil corriendo y gritando, pidiendo ayuda, en fin. Al llamado, acudieron las buenas gentes, hombres y mujeres, entre ellas doña Josefa Amar y, a poco, se presentó la condesa de Bureta con su carro, su carroza y sus criados y, a poco, las mujeres de la fuente del Portillo que se remangaron y, tras escuchar las órdenes de la madre Rafols, actuaron con presteza. Subieron al piso, entraron en las salas y, sin detenerse a mirar si lo hacían en una de pago o en una de pobres o en la de los soldados o en la de los presidiarios o en la de los tiñosos, con lo que la tiña tiene de contagiosa, comenzaron a sacar a los enfermos en parihuelas y, cuando se acabaron, que fue pronto, sobre sábanas y hasta en los propios jergones, y a bajarlos de la misma guisa por las escaleras, lo que fue arduo, terrible, para ser exactos, pues que ni seis ni ocho mujeres podían bajar las escaleras con un jergón metálico que pesaba cinco arrobas, más otras cuatro o cinco el enfermo, lo que hacían nueve, diez o más, y hombres había pocos o eran viejos, dado que los jóvenes estaban en las puertas y murallas disparando contra el agresor, en buena hora.

Pero fue la pena negra pues muchos enfermos no llegaron a salir del hospital y otros murieron en el camino, y eso, que, pese al intenso bombardeo, todos arrimaron



el hombro tanto las monjas como los capellanes, cirujanos, enfermeros, administradores, mandaderos, peones, mozos de cuadra, etcétera, y los venidos de fuera. A más, que hubieron de llevarlos a la casa de la Audiencia, un buen trecho, en carretas, en camillas, sobre sábanas o cargados a la espalda y distribuirlos en el piso bajo y en el piso alto, ocupando las salas de Justicia, retirando bancos y mesas. Cierto que el intendente general, oficiales y escribanos ayudaron como los que más, pero a cada momento se necesitaba más y más espacio, para más y más enfermos que fueron instalados en los pasillos, mesas y hasta el patio del edificio en razón de que los trabajos duraron el día y la noche, pues que luego fue atender y medicar a los vivos, amén de desalojar a los muertos y llevarlos a enterrar.

Lo peor, si cabe, fue con los locos, al menos para las que lo vivieron. La madre Rafols, sabedora de que las mujeres de la fuente del Portillo eran valerosas y que entre ellas había hasta dos heroínas, como tenía al personal del hospital ocupado en las tareas del desalojo, les pidió ayuda para sacar a los dementes y todas, al unísono, se ofrecieron a entrar con ella en la sala y hasta le retiraron las trancas de las dos puertas que había y, en tal espacio, se apresuraron a coger los palos y cuerdas que les entregaba la directora, mientras escuchaban sus instrucciones. Lo de que habrían de reducir a los locos poniéndoles un dogal al cuello y sacarlos de allí como si de una cuerda de presos se tratase pues, de otro modo se escaparían, lo que sería peor para todos. Para entrar, ay, y encontrarse —pese a que todas sabían lo que era un loco, pues habían visto mil veces a Tomás, el tonto— con lo que no esperaban, con una escena inenarrable: hombres que aullaban como lobos, otros que adoptaban posturas inverosímiles y otros que hablaban sin parar consigo mismos, a más de un bullicio ensordecedor y un hedor agrio, a meados. Y, Jesús, María, no se dieron media vuelta porque, al abrir la puerta, se hicieron para atrás los de la sala y entró la religiosa, la primera, y porque eran mujeres bravas e iban muchas, pero, posiblemente, si una de ellas hubiera dado un paso atrás las otras la hubieran seguido... Entró la religiosa, decíamos, se abalanzó sobre uno de ellos, lo doblegó, le ató la soga al cuello y se dispuso a hacer lo mismo con otro. Porque tenía experiencia, tal se adujeron las buenas mujeres y mucha fuerza, pese a que era menuda, porque era joven, se dijeron las de mayor edad, pero ellas no podían. Agarraban a un loco del cuello de la camisa e intentaban arrodillarlo, y les resultaba imposible por la sencilla razón de que no se dejaba y la emprendía a empujones contra ellas queriendo además abrazarlas, sin hacer distingos entre solteras y casadas ni entre guapas y feas. El caso es que una de las mujeres, tras zafarse de uno de los orates, gritó con desgarramiento, o vaya su merced a saber, si con arrojo, descaro o fanfarroneando o con inmenso miedo, y que se terminó el silencio. Máxime, porque los dementes se rebelaron, por dar un nombre a su actitud, aunque, en realidad, tornaron a hacer lo que solían hacer y unos, se pusieron a caminar, a dar vueltas y vueltas a la sala como haciendo una rueda y, otros, a aullar mucho más que la mujer del grito desgarrado hasta que uno tomó la puerta y lo siguieron los demás, yéndose todos, excepto los que adoptaban posturas increíbles,

que se quedaron donde estaban, torcidos por demás.

Y fue que la madre Rafols, en viendo lo que sucedía, empezó a cantar consciente de que la música amansa a las fieras e inició el *Bendita y alabada sea la hora, en que la Virgen del Pilar vino en carne mortal a Zaragoza...*, y siguió con *Es María la blanca paloma, que al salir de Roma...* Y, la verdad, no la secundó ninguna de las allí presentes pues todas estaban despeinadas y presentaban ya golpes, que se convertirían en morados, a más de desgarros en los vestidos, que se podrían remendar, y rasguños en los brazos, que se curarían sin duda.

El caso es que, idos los locos, quedaban las locas en una sala situada pared con pared, y a salvarlas fueron aquellas buenas mujeres pero no las encontraron, porque los dementes les habían abierto las puertas y se habían marchado todos, aproximadamente 250 personas que, entre las bombas, se dedicaron a vagar por la ciudad.

La condesa, como había llevado sus carros y criados, se empleó en el traslado de enfermos y organizó a los suyos y a los que no eran suyos, realizando grande labor pues que llenó sus carretas y las del hospital, consiguiendo que echaran a andar, que llegaran a su destino y que los enfermos fueran distribuidos, a fuerza de brazos, por el edificio de la Audiencia. Para ello desalojó de sus despachos a los que fue menester, entre ellos a su novio, a don Pedro María Ric, que era gobernador de la Sala del Crimen y que, al verla entrar, le sonrió, recogió sus legajos y se apresuró a salir para esperarla fuera y cruzar unas palabras con ella. Para regañarle por lo mucho que estaba exponiendo su vida, dado que las bombas enemigas no cesaban de caer, de hacer destrozo y de llevarse gentes al Otro Mundo y, mientras se sacaba del bolsillo de la casaca la cajita de rapé y aspiraba tabaco o la miraba a los ojos, le suplicaba que no despreciara el riesgo y le recordaba que tenía dos hijos menores, y que, donde debía estar era en los caños de su casa cuidándolos, no fuera su intrepidez a convertirlos en huérfanos. Pero los interrumpían a cada momento, ya fueran los mandaderos del Consistorio, ya los correos de Palafox, y hubieron de dejarlo, que ambos tenían harto trabajo y, cuando se dieron las manos para despedirse, al novio, lo esperaba don Ignacio de Asso, el redactor jefe de la *Gaceta de Zaragoza* y uno de los mejores buscadores de noticias de la ciudad, para hablar con él y, a la novia, doña Josefa Amar, instándole a que bajara a la calle a reponer fuerza pues que los vecinos de la zona estaban llevando pucheros con comida.

Las dos damas hicieron aprecio a lo que las gentes les ofrecían: guisos variados y hasta pan de hogaza —cuando escaseaba el pan en la ciudad—, y compartieron vino y olla con los que les daban, agradecidas además. Y fue que las rodearon muchas personas de toda clase y condición que, como ellas, necesitaban un poquito de descanso pues, como todas, tenían los rostros desencajados, ya fuera por el esfuerzo de acarrear enfermos, ya fuera por el miedo que provocaba el intenso bombardeo de los franceses que más parecía interminable. Y que en la plaza de La Seo se formaron corrillos en los que el personal se preguntaba dónde estaba el capitán general Palafox,

mirando hacia la casa que ocupaba, y se respondía que en tal puerta o bastión, o en tal otra, o se informaba del estado de las tropas o del estrago causado por el ataque enemigo en el hospital o de las heridas sufridas por tal o cual militar o vecino, mientras no cesaban de llegar más y más enfermos y heridos que ocupaban la calle; y ya se hablaba de habilitar la Lonja de Comerciantes para guarecerlos de la intemperie porque ya estaba ocupada la Audiencia. Cierta que, de tanto en tanto, se juntaban todas las gentes para gritar a Palafox, al intendente general, a los regidores del Ayuntamiento y a todas las autoridades, como si milagros pudieren hacer.

Y entonces era imposible oír nada. No se oía a doña Josefa Amar contar a un grupo de mujeres la entrada de Fernando VII en Madrid, nada que ver con la del mariscal Murat que había tenido lugar el día anterior a la del señor rey —después de los desdichados sucesos de la abdicación del rey Carlos IV en su hijo, que también hubieran merecido larga narración, mismamente como los del motín de Aranjuez o los de la conjura de El Escorial o los del 2 de mayo—, pero, mira, la dama estaba con lo que estaba, diciendo que don Fernando, el 24 de marzo próximo pasado, se había apeado de su carroza en la puerta de Atocha y, montando a caballo para enfilear el paseo del Prado, seguido por sus tíos los infantes, en coche, y flanqueado por unos pocos soldados pues que la ciudad estaba ocupada por los franceses fue recibido por el pueblo con entusiasmo, dicho con exactitud, con delirio, con vivas y flores, pues que las mujeres arrojaban pétalos de rosa al paso de su caballo y los hombres tendían sus capas para que las pateara el bicho y así poder luego presumir en las tabernas, y, y...

Y más, mucho más, hubiera contado la dama, pero fue que, a más de que no se podía hablar por la bulla y el ruido de las bombas, se les unió don Pedro María y les dio la noticia de que el rey José Bonaparte había entrado en Madrid, siendo recibido por la vecindad en el mayor de los silencios y con las campanas de las iglesias tocando a muerto. Lo que, aunque tenía su miga, consoló nada a las oyentes, pues lo que comentaron que, como el Bonaparte sería un descreído y no conocería los toques de campana, siquiera se habría enterado del desaire que le había hecho el pueblo madrileño. Y, moviendo la cabeza, las mujeres del corro volvieron al trabajo para continuar durante toda la noche, sin tomarse un respiro, pues que no paraban de llegar enfermos y fue menester habilitar la Lonja de Comerciantes, para instalarlos a todos.

\* \* \*

Bajo el fragor de las bombas, se fue el día 3 y el 4 amaneció del mismo modo. El intendente Calvo, que ya durante la jornada anterior se había sentido agobiado por lo desesperado de la situación, parecía un alma en pena al desalojar su despacho ante la insistencia de la madre Rafols que, secundada por la de Bureta, le rogaban que lo dejara libre para ocuparlo con siete heridos de bala recién llegados, y era que hasta los cirujanos le pedían sitio para operar encima de su mesa. Si contuvo las lágrimas

fue porque los hombres no lloran, aunque, como cualquier otro, tenía motivos para eso y más él, pues era el primero en enterarse de lo que sucedía en la ciudad y esta vez, para solo veinticuatro horas, era demasiado. Era demasía que, según datos del vigía de la Torre Nueva, hubiera aparecido una batería de cañones enemigos, de cuya posición no se había tenido conocimiento hasta la fecha y que, por supuesto, no cejaba, contra el castillo de la Aljafería, donde había producido una enorme brecha y donde el comandante Cerezo se disponía a resistir; que las gentes que vivían cerca de las murallas y bastiones, según noticias de los propios interesados, empezaban a abandonar sus casas con fardos y se encaminaban al centro para resguardarse mejor, lo que era hasta peligroso siendo que el convento de San Francisco estaba dañado y el hospital arruinado, según palabras de la madre Rafols que, ay Jesús, había perdido, o abandonado, su calderico en mala hora, pues que al intendente tal vez le hubiera hecho bien un trago del agua milagrosa; que el fuego hubiera sido infernal en las puertas del Carmen y de Santa Engracia; que Palafox hubiera enviado aviso a Renovales, que mandaba las tropas defensoras entre la puerta del Sol y la de Santa Engracia, de que los franceses se disponían a asaltar la ciudad con escalas, según noticias de quien fuere, pues que el buen hombre ya no sabía quién le llevaba las noticias; que, al rayar el alba, dispararan contra Zaragoza a lo menos setenta bocas de cañón mientras se formaba la caballería e infantería enemiga para el embate final. Y eso que, por si fuera poco, salió el hombre a la calle y se encontró con un montón de cadáveres, apestando ya, sin duda de los provenientes del hospital, y se encaminó al Pilar, que estaba abierto día y noche y, tras rezar ante la imagen de la Virgen, se sentó en un rincón y entornó los ojos, como hacía otra mucha gente que allí estaba, quizá para morir en lugar sagrado y sin ver lo que había fuera.

\* \* \*

María Lostal, como no podía dormir, se levantó de madrugada, se aseó en una aljofaina y se hizo el moño; llenó seis botas con vino, se las puso en bandolera; preparó el desayuno para sus hijos, lo colocó sobre la mesa y cortó el pan a rebanadas para que no anduvieran con cuchillos y, dejándolos dormidos en la cama, se dirigió a la puerta del Portillo a ayudar en lo que pudiere, pero no llegó, porque se encontró con la Artillera y Quimeta que llevaban una banasta de pan a la puerta del Carmen donde el enemigo castigaba de lo lindo, y se sumó a ellas. Y las tres, evitando las tapias del convento de las Carmelitas, pues que caían bombas como de llovido, fueron por la calle del Azoque andando aprisa y, en llegando, repartieron los panes y el vino, que fueron muy bien recibidos, un cacho de pan y un trago, por persona y vez. Y ya las hermanas se volvieron enseguida a buscar más, mientras ella se quedaba a rellenar sacos con lana y tierra, para rehacer los parapetos que desmoronaba la artillería enemiga.

De tal guisa, se le hizo de día y fueron pasando las horas. Los franceses, cuyos

penachos habían sido vistos a ras de la trinchera una y otra vez, eran rechazados por los valientes soldados, siempre asistidos por las buenas mujeres de la vecindad que, además, ora se desplazaban hacia la torre del Pino, ora a la puerta de Santa Engracia para traer malas noticias tales como que era desastre allá o acullá, o que estaba el marqués de Lazán en Santa Engracia o que el capitán general Palafox recorría a caballo los puntos más castigados por los sitiadores. Y sucedía que las que no se habían movido del Carmen, al conocer las malas nuevas, levantaban la cabeza por un momento y se preguntaban unas a otras qué hacer cuando entrara la infantería enemiga con la bayoneta calada, si echarse a correr o quedarse quietas. Y, como siempre sucede, unas estaban por correr y otras por quedarse. Es que no hay fórmula fija, decían, es que, a saber, porque una cosa es que entren disparando y matando y, otra, en formación militar. Y razón llevaban, pero convinieron en que lo primero que habrían de hacer es quitarse las escarapelas que llevaban cosidas en las camisas, y tal hicieron. Cierto que también alzaban la cabeza, cuando por allí aparecía Palafox y hasta aplaudían cuando llegaban refuerzos, como ocurría cada vez que se presentaba el coronel Obispo o Salamero con sus escopeteros o cuando llegaba Sangenis con los suyos a reparar las brechas de la muralla.

Por su parte, la señora María, cada vez que llegaban las hermanas Zaragoza con una banasta de pan, salía a su encuentro y les pedía, por favor, que llamaran a la aldaba de su puerta cuando pasaran por delante, y le preguntaran a su hijo mayor cómo estaban todos, y ellas, como volvían de vacío, le hacían el favor y hasta por su cuenta recomendaban a los críos que no hicieran trastadas, que comieran de frío y no encendieran el fuego del hogar, que no salieran de casa, y al mayor le insistían en que cuidara de los pequeños, informándole que su madre estaba defendiendo la ciudad de los ejércitos invasores y que volvería pronto. De este modo, las dos catalanas le hacían inmenso servicio a la aragonesa y la tranquilizaban con lo cual podía seguir llenando sacos, una tarea bastante inútil porque saltaban rotos por los aires a cada bala rasa que disparaban los franchutes.

—Pronto vendrán.

Tal se oyó en la puerta del Carmen cuando se supo que la infantería enemiga había atravesado la puerta de Santa Engracia merced a las brechas que habían abierto sus cañones en la muralla y que, habiendo tomado la torre del Pino, las tropas avanzaban hacia el centro de la ciudad con tiento, eso sí, y sufriendo abundantes bajas.

Las mujeres de la puerta del Carmen, al conocer el hecho, se santiguaron, levantaron los ojos al cielo y no tuvieron tiempo de más pues que el comandante del puesto decidió cerrar la puerta y retirar la artillería al cercano hospital de Convalecientes, no los fueran a coger entre dos fuegos. Y se aprestaron a ayudar pero se presentaron unos guardias de Corps que realizaron la faena. No obstante, cargaron los cestos de cartuchos, los barriles de pólvora, los restos de comida, los fusiles de los muertos y los sacos vacíos, para continuar con su tarea, y los siguieron.

Pero fue que la señora María, la vinatera, se quedó atrás y se adentró en el colegio del Carmen para aliviarse quizá, tal creyeron sus compañeras, pero no, que llevaba otro negocio en su sesera que, al ver que los guardias de Corps habían salido del convento previamente abandonado por sus ocupantes, entró y, del mismo modo que hubiera podido hacer en el de la Encarnación que estaba enfrente, penetró en la iglesia y, apresurada, abrió un saco de los que llevaba al hombro y lo llenó de las piezas de oro y plata que estaban en los altares, de cálices, relicarios y pequeñas imágenes y salió más acelerada todavía, corriendo, para ir reduciendo el paso por el peso que llevaba a hombros y para llegar casi sin aliento al Hospital de Convalecientes. Al momento, los que allí estaban le preguntaron qué llevaba, creyendo que habría encontrado comida, lo primero que desea cualquiera cuando el hambre acucia, pero hubo de responder que no, que había salvado los objetos sagrados de la iglesia del Carmen. Y, la verdad, tras admirar lo recuperado, todos lo celebraron mucho y hasta le aplaudieron y le palmearon la espalda.

\* \* \*

En la puerta de Santa Engracia, muy dañado el convento de los Jerónimos y muerto el valiente coronel Antonio Cuadros y a lo menos otros 200 hombres, la situación fue desesperada. Por eso y porque no llegaban los esperados refuerzos que, al parecer, estaban acantonados en la localidad de Pina de Ebro, situada aguas abajo del río, el marqués de Lazán ordenó la retirada, pese a que el coronel Obispo y el comandante Sangenis iban y venían con sus soldados tratando de tapan los agujeros que había abierto el enemigo por aquella zona. E iban replegándose, los hombres delante arrastrando los cañones, las mujeres detrás con los pertrechos, cuando una granada incendió el convento de las Capuchinas produciendo una inmensa humareda que casi se juntaba con la del Hospital de Nuestra Señora de Gracia donde no se había apagado el fuego todavía y todo era ruina.

Manuela Sancho que llevaba dos días yendo de la puerta Quemada a la de Santa Engracia recogiendo heridos con otras mujeres, cuando explotó la granada enemiga cayó en tierra y se levantó a duras penas. Movié la cabeza, se miró de arriba abajo por ver si estaba entera, se tentó los brazos, asentó las piernas en el suelo y ya anduvo un paso y otro, un tantico ofuscada por el ruido del estallido, hasta la camilla que, entre cuatro compañeras, llevaban a hombros, y se encontraron al herido que portaban a varias varas de distancia, muriéndose sobre su propia sangre. Se acercó al mozo, se arrodilló a su lado y le tuvo la mano entre las suyas hasta que expiró. Entonces le hizo la señal de la cruz en la frente, le cerró los ojos y lo encomendó al Señor, para continuar su tarea y cogerle un cesto de cartuchos a una compañera que llevaba dos, y seguir a la tropa hacia la calle de Santa Engracia. Allí supo, a la par que muchos otros, que Palafox había salido de la ciudad hacia Pina para traer los refuerzos y que los cañones de la puerta del Carmen estaban siendo retirados hacia el

Hospital de Convalecientes y que, ay, Dios, los franceses avanzaban hacia el centro de la ciudad por las huertas de Santa Engracia y Campo Real. Solo quedaba emprender carrera pues ya no se podía hacer otra cosa.

Lo que hacía ya mucha gente, tropa y paisanos, correr. Las mujeres con los niños en brazos, con sus hatillos y algunas hasta con pesados fardos, voceando, otro tanto que los hombres, algunos a medio vestir, hacia la única salida de la ciudad, hacia la puerta del Ángel para enfilarse el puente de Piedra y el camino de Huesca, tratando de escapar, de salvarse. Desoyendo las voces del coronel Samitier, el comandante del puesto que, espada en mano, pretendía detener aquella fuga, y las de varios religiosos que, crucifijo en alto, exhortaban a la multitud a que regresara a sus casas, pero todo era vano. Porque el personal quería huir y huía sin que voces ni armas le cortaran el paso, sin amilanarse ante los cañones del teniente Luciano Tornos que les apuntaba desde la batería de San Lázaro, amenazándoles con disparar, y todo era vano, pues salieron a cientos con motivo, pues que los héroes eran pocos en razón de que el enemigo había entrado ya en el Coso a paso de marcha y al son de tambores. Aunque muchos se arrepintieron enseguida y regresaron.

\* \* \*

Algunos de los vecinos de Zaragoza que habían conseguido atravesar el puente de Piedra, pese a los cañones y a las amenazas de muerte, vertidas por el teniente Luciano Tornos y a los buenos deseos del coronel Samitier, es decir, los que habían logrado escapar de la ciudad, tomaron por asalto la propiedad de Matilda y Marica, las mujeres placeras del Rabal.

Unas gentes anduvieron por la huerta, robándoles lo poco que se había salvado de la inundación: los higos, las ciruelas y los melocotones que colgaban de los árboles y hasta se comieron los pámpanos del emparrado, amén de que las llamaron putas. Pero no se atrevieron a forzar la puerta de la casa en razón de que Matilda sacó de debajo de su cama la escopeta que se había olvidado un cliente, ya no recordaba si francés o español, abrió el balcón, se apoyó en la baranda donde había vivido la picaraza y les enseñó el arma.

Y claro, los ladrones que no eran maleantes de oficio sino gente hambrienta, se apresuraron y se largaron, las mujeres con las haldas repletas y los hombres con la fruta que les cabía en los gorros y en las manos, mostrándose mucho más cobardes que en el episodio del puente de Piedra.

Por un tris, no disparó Matilda. Si no lo hizo fue porque no sabía hacerlo e ignoraba si el fusil estaba cargado y porque tenía oído que a veces salía el tiro por la culata y destrozaba el rostro del disparador, motivo que le indujo a contenerse por no deteriorar su bella cara, pero no le faltó gana.

Y lo que se dijo, cuando desaparecieron los ladrones, que la guerra la estaban pagando ellas que, aunque no habían contribuido con dineros, les estaba causando

gran quebranto. A ver, que se quejaba Matilda de que unos bandoleros les habían arrebatado la mula y de que los malvados labradores del Rabal, seguramente los mismos que no habían querido tener una casa de lenocinio en el barrio, aunque más de una vez la hubieran visitado para desahogar sus urgencias de varón, habían provocado la inundación que arrambló con las hortalizas que tenían plantadas y, ahora, para colmo de males, entraban otros ladrones, quienes fueren, y se les llevaban la fruta, toda la fruta que tenían, hasta la que estaba verde todavía. Y se preguntaba dónde estaba la autoridad a la par que le decía a Marica de llegarse a Zaragoza a poner una denuncia ante los tribunales de Justicia, tan encorajinada estaba. Pero la moza se lo quitaba de la cabeza, asegurándole que en la ciudad, después de tantas horas de bombardeo, serían más los muertos que los vivos y no quedaría títere con cabeza, y mejor estarse quietas esperando a ver quién ganaba aquella guerra, sin moverse, pues que, al menos estaban lejos de las bombas. Y, acto seguido, le propuso asegurar la verja de entrada con un madero y a eso fueron, sacaron dos buenos troncos de la leñera y los encajaron bien entre la base de la puerta y la tierra y se dispusieron a volver, contentas de la labor realizada, cuando una algarabía les llamó la atención. Un tropel de gentes que, vestidas de blanco, recorrían el camino, trompicándose unos, estorbándose otros, aullando como lobos, gritando como endemoniados todos y fue que, cuando pasó aquella alocada tropa, las dos prostitutas se quedaron pasmadas, al observar que, en el ribazo del camino, enfrente de ellas e ignorando su presencia, un hombre y una mujer, supusieron por lo que, al momento, contemplaron con sus ojos, se tumbaban en la dura tierra, se levantaban el hábito, la túnica, la saya, o lo que llevaren, y yacían como hombre y mujer a la vista de sus compañeros que los jaleaban. Y, sin saber que eran parte de los locos escapados del hospital de la madre Rafols, atinaron al decirse que los caminantes no podían ser otra cosa que dementes, y se entraron en su casa escandalizadas, mascullando que la guerra, la maldita guerra, se estaba llevado toda decencia. Que la indecencia se había apoderado de los caminos y había desatado los más bajos instintos, tal comentaban aquellas mujeres placeras, a la par que se preguntaban si las mujeres «honradas», escasas de maridos y de alimentos, les estarían haciendo la competencia muros adentro de Zaragoza pues lo que aseveraba Matilda:

—Lo primero, es comer y luego yacer.

Y Marica, aunque no estaba muy conforme con semejante sentencia, dado que, últimamente, venía soñando con que tal vez pudiera un día casarse con un cliente rico que la redimiera de la mala vida y hasta tener hijos y amarlos, asentía, pues que ver a una pareja de tal guisa en el camino le había puesto mal cuerpo, y no era cuestión de seguir parlotando, era momento de sentarse en la letrina por ver, si aliviando, le remitía el malestar.



## Capítulo

# 11

**E**n aquella situación tan complicada, con los franceses en el Coso y con las campanas de la Torre Nueva tocando a rebato el peligro por los cuatro puntos cardinales, un soldado de las Guardias Valonas, vestido con los característicos gregüescos de su uniforme, con un brazo en cabestrillo y una profunda cicatriz en ambas mejillas, como si una bala le hubiera atravesado la boca, llamó a la aldaba de la Artillera y, sin mediar palabra, le puso en las manos una bolsa de dineros.

Tras el primer asombro, Agustina, pensando que venía de parte de su marido — pues quién si no le iba a enviar dineros— lo invitó a cenar, alborozada, otro tanto que Quimeta cuando fue enterada del asunto. Y las hermanas compartieron con él lo poco que tenían, unos migajones de pan duro que reblandecieron en vino y medio melón demasiado maduro, pues que no habían tenido tiempo de poner a hervir el puchero dado que estuvieron yendo y viniendo de la puerta del Portillo a la del Carmen transportando pan, hasta que no les fue posible hacer más viajes porque los enemigos cortaron el paso por allá. Y fue que acabaron su turno y, derrengadas, se retiraron a dormir, un poquico que fuere, no sin antes visitar otra vez a los críos de María Lostal cuya casa les quedaba camino de la suya. Y en el zaguán, lo primero que hicieron fue encender la vela de la palmatoria y mirarse la cara en un espejo y observaron que la llevaban tiznada de negro, se lavaron en la aljofaina y luego se contemplaron ojerasas y demacradas. Cuando se iban a sentar a la mesa a echar un bocado, llamó a la aldaba el guardia valona, como ya se dijo, y lo recibieron como al santo advenimiento creídas de que les traería noticias de sus maridos.

Comieron con él. Ellas apenas, pues que el hombre traía hambre y, agradecidas, le dieron casi todo, a la par que no dejaban de preguntarle:

—¿Juan Roca, que es cabo y mi marido, está bien de salud?

—¿De Manuel Paredes, que es cabo segundo y mi marido, sabe algo su merced? ¿No? ¿Cómo es posible si estaba con Juan, los dos sirviendo al rey en el Primer Regimiento del Real Cuerpo de Artillería? Ambos fueron los héroes del Bruc, ¿su merced ha oído hablar de la gesta del Bruc?

Pero, al momento, coligieron que el soldado no hablaba, que se había quedado mudo por la herida que le atravesaba la boca y que le hacía comer con enervante parsimonia, pues que, seguro, que no tenía dientes y a saber si mantenía entera la lengua, deducciones que les produjeron inmensa lástima.

No obstante, el hombre hacía por contestar con gestos, mientras bebía lentamente un vaso de vino. A la pregunta de Agustina de que si su marido estaba bien de salud, levantó las palmas de las manos, a la semejante de Quimeta, otro tanto, queriendo

decir que no sabía quiénes eran. A si conocía a Juan y a Manuel movió la cabeza asegurando taxativamente que no. A la de quién le había dado la bolsa, no hizo gesto ni ademán. A la de para quién son los dineros, señaló a Agustina. A la de esta bolsa es suya, negó con la cabeza, pero con menos convicción, tal sostuvieron luego las dos hermanas.

Y no le pudieron arrancar nada más, siquiera cuándo lo habían herido o quién lo había asistido o en qué lugar de la España ensangrentada había sufrido tan graves percances, porque se levantó de súbito, quizá porque empezó a dolerle el brazo o la boca o el alma, lo que le doliere o porque, a más de comer, había cumplido lo que había venido a hacer y fuese tambaleándose, aprisa no obstante, sin saludar y enfiló hacia el Azoque desapareciendo al momento en la oscuridad, pues no llevaba luz que le alumbrara el camino.

Las barcelonesas se quedaron atónitas pero asaz aliviadas, que todo hay que decirlo, pues si el honrado mandadero hubiera demorado su partida, hubieran tenido que ofrecerle hospitalidad, es decir, cama y ambas se acordaban de la malandanza que habían corrido con el Tomás, el tonto, por recogerlo, por ser bondadosas y por querer hacer el bien, después de todo.

Agustina, creída de que los dineros se los había enviado su marido, dijo que al día siguiente buscaría al buen soldado por todas partes y le daría unas monedas por haber cumplido el encargo. Pero Quimeta se lo quitó de la cabeza, porque les quedaba muy poco dinero del que les dejaron sus maridos y ella no había cobrado su paga de sargento, además que las circunstancias habían empeorado sensiblemente y los franceses habían tomado posiciones en el Coso y, conforme hablaba, iba quebrando poco a poco la voz, porque Agustina sabía de Juan por la bolsa, pero ella continuaba sin saber nada del suyo o por lo extraño del suceso o por los enemigos o por ellas o por el mundo o por todo a la vez, el caso es que terminó llorando como una Magdalena, y que su hermana se contagié, y lloraron juntas. Lo mismo que hacía otra mucha gente en la ciudad: la que había perdido alguno de sus seres queridos; la que estaba herida o se moría en un rincón o debajo de un andamio; la que había abandonado su casa y no tenía adónde ir; la que no había comido aquel día; la que no cabía ya en el templo del Pilar que, a más de gentes del común, estaba a rebosar de monjas, de las muchas que sufriendo el bombardeo en su propia casa, habían desalojado los conventos y se habían resguardado donde buenamente habían podido, etcétera. Porque, en Zaragoza, solo los muertos, que se contaban por centenares, no lloraban.

\* \* \*

El mismo día, a poco de anochecer, la señora Casta, que había pasado la jornada en la puerta de Sancho atendiendo lo que fue menester, regresaba a su casa cuando, en el portal de las Fecetas, creyó oír un gemido. Se detuvo naturalmente, por si alguien

precisaba ayuda y, en no viendo a nadie, se dispuso a continuar su camino, pero, Jesús, María y José, que volvió a escuchar el gemido o sollozo, lo que fuere, más netamente incluso, por lo que se dirigió al torno de las monjas. Dejó su bayoneta arrimada en la pared, lo abrió y, ¡Santa María del Pilar!, se encontró con una criatura recién nacida que, envuelta en una manta, gemiqueaba y se chupaba las manitas con desespero. Y, como era madre, la cogió en sus brazos y la meció pero, al momento volvió a dejarla y llamó al picaporte de las religiosas, primero una vez, plon, y luego plon, plon, plon, para que la hermana portera la oyera, pero fue que no la escuchó; quizá porque era anciana y estaba sorda o porque estaba muerta. O porque no quería oír, pues tendría miedo de los franceses, dado que estaba sola en el convento pues las demás monjas lo habían vuelto a abandonar y se habían refugiado en otro lugar, como ya hicieran durante el ataque anterior.

El caso es que, tras esperar un buen rato, aunque la niña era ya de las religiosas en razón de que alguna pelandusca, alguna mala madre, la había abandonado en el torno para que la criaran, decidió pedir auxilio y gritó:

—¡Ah, vecinos...!

Pero no acudió nadie pues que el barrio se había prácticamente despoblado y como los recién nacidos toman leche y en su casa no tenía, optó por llegarse al Portillo y repartir el problema entre las mujeres que allí hubiere. Así que se colgó la bayoneta a la espalda, abrió la manta, miró si era niño o niña, cogió a la niña e inició la marcha sin hacer asco a los meados y sin temor a las bombas.

Las comadres, al verla llegar con un bulto en las manos, creídas de que llevaría comida, salieron a su encuentro y la saludaron:

—A las buenas, señora Casta.

—Buenas, por decir algo, comadre...

—¿A que no sabéis qué traigo?

—¿Pan?

—No... Una niña, me la he encontrado en el torno de las Fecetas...

—Una niña...

—Ay, rediez.

—Necesito ayuda. Tiene hambre.

—¡Se muere de hambre...!

—¡Criaturica!

—¿Quién sabe de alguna dueña de por aquí, que esté dando teta?

—Yo —intervino María Agustín.

—¿Quién, María?

—La hija de la señora Jesualda, la de la calle del Portillo. Tiene un niño de un mes más o menos.

—Hala, pues ella la remediará. ¿Me acompañas, María?

—Le acompaño, señora Casta.

—Si no quiere o no puede, María Lostal, la vinatera, todavía da de mamar a su

pequeño...

—Ea, vayan presto sus mercedes que le corre prisa. Mientras van, pónganle este pañuelo mojado en la boca, lo chupará y le parecerá que come algo sustancioso.

—A ver si se lo va a tragar...

—Vaya, cómo berrea.

—¡Ea, ea, bonita, chiquita, no llores...! Déme la niña, señora Casta, usted ya la ha llevado.

—Ten, ten, hija. Te vas a manchar, está muy meada.

—Traiga.

—¿Ya puedes con ella?

—Me apaño muy bien con un solo brazo, a ver qué remedio...

Llegaron las dos mujeres a casa de la señora Jesualda, pero no había nadie. Con lo cual, dudaron entre volver atrás y probar fortuna con María Lostal o ir en busca de la madre Rafols para preguntarle dónde paraban las nodrizas del hospital pero, como la recién nacida continuaba desesperada, decidieron retroceder y pedir favor a la vinatera. Que, por supuesto, sacó del apuro a las tres, mucho más a la criatura, mientras María Agustín demandaba:

—¿Usted, Casta, quiere quedarse con la niña?

—Yo no. No es mía. Me la encontré en el torno de las Fecetas, es de las monjas... En este momento, siento como si la hubiera robado.

—No diga eso, Casta, la ha salvado de morir de hambre.

—Lo mismo es, morirá de metralla... Moriremos todos...

—¿De quién es la niña?

—De alguna pelandusca. Se necesita cuajo, abandonarla en mitad de un bombardeo.

—¿Entonces, Casta, no quiere a la niña? Lo digo, porque, si nadie la quiere, me la podría quedar yo.

—¿Tú?

—¿Cómo se te ocurre semejante cosa, moza?

—¿Por qué no?

—Porque solo te queda un brazo útil, el otro no lo mueves, además que, para adoptar un niño, es preciso tener marido y no lo tienes.

—No la quiero adoptar, me la quedo y ya está.

—Ni lo mientes... Te tomarán por lo que no eres...

—¿Qué quiere decir?

—Creerán que es tuya y te llamarán puta...

—Con esta guerra, no se enterará nadie.

—En cuanto se acabe todo, te la endilgarán y ningún hombre querrá casarse contigo. Es añadir algo más y no poco, a tu manquedad.

—De nada te valdrá tu hazaña de la batalla de las Eras.

—¿Eso piensan sus mercedes?

—Por supuesto.

—Bueno, ya está. Ya se ha callado... Tenía hambre la condenada... La avío con alguna ropa y le pongo un pañal. Luego nos vamos a la casa de la Audiencia y se la entregamos a la madre Rafols, como tú dices, Casta...

—Si quieres, María, le decimos que seas tú la madrina de bautismo... Así, además, tendrá una madrina de fama.

—Lo que digan sus mercedes.

—¡Ea, niños, que nos vamos, a lavar la cara, a limpiar los mocos...!

La Lostal echó la llave de la tienda y salieron todos y, como alcorzaron por la calle del Monte Sión y por la plaza del Mercado, se toparon con la señora condesa de Bureta que, con la ayuda de sus criados, estaba cerrando el acceso a las dos calles de su casa, levantando sendas empalizadas con sacos y muebles viejos para detener la marcha de los franceses. La saludaron claro, le enseñaron a la criatura, le contaron lo de la mala madre y lo del torno de las Fecetas pero, como la vieron muy ocupada y la creyeron capaz de sumarlas a su quehacer, continuaron su camino.

Y, llegando y encontrando a la Rafols en la casa de la Audiencia, se la entregaron. La religiosa llamó a un capellán para que la bautizara y le pusieron el nombre de María. María Agustín fue la madrina y el padrino un médico de la entidad.

\* \* \*

A la misma hora, poco más o menos, varias columnas de franceses irrumpían en la Cruz del Coso gritando vivas al emperador Napoleón. Una de ellas, tras degollar a los frailes sin miramientos, ni que fueran jóvenes o viejos, se hacía fuerte en el convento de San Francisco. Otra se parapetaba en las ruinas del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, sin duda para avanzar por las calles rectas hacia la plaza de la Magdalena, la calle del Portillo y, por San Gil, a la plaza de La Seo y al Ebro para partir en dos la ciudad.

Las malas noticias llovían. Que si los hermanos Palafox habían salido en busca de los refuerzos catalanes cuya llegada se estaba esperando. Que si los franceses habían robado la friolera de 2.000.000 de reales en la Tesorería General dejando las arcas de la ciudad sin un ochavo, a más de reducir al tesorero, hombre bueno y honrado, de mala manera. Que las tropas enemigas se encaminaban hacia la plaza de la Magdalena para tomar la puerta del Sol. Que, Dios de los Cielos, parecía haber llegado el Último Día.

Oído lo anterior, la condesa de Bureta, que se había empeñado en levantar dos barreras en las entradas de las calles sobre las que se alzaba su casa para detener al invasor, estaba en ello. Aplicada, muy aplicada, como con todo lo que emprendía, sin sentir cansancio y eso que no había dormido por lo del hospital; como si fuera moza, agotando a sus criados, ordenando a sus dos hijos que dieran vivas a la patria y al rey, para contrarrestar los que lanzaban los franceses al maldito emperador, el culpable de

todo aquel desastre, vituperando con gruesas palabras, impropias en boca de una dama de su alcurnia, tal se dijo con posterioridad, a los medrosos, a los timoratos, a los cobardes —dicho sin paliativos—, que eran los más. Porque pedía ayuda para montar las barricadas y no acudía nadie pese a que ofrecía medio pan y una sardina arenque al que contribuyera, pero era que nadie quería arrimar el hombro o acaso era que el personal no podía ya con su alma por el cansancio acumulado, o acaso fuera que no quedaban ya hombres ni mujeres útiles para tal menester. Porque, cuando terminado el cerramiento del callejón, le faltaron muebles para el de la calle de la Torre Nueva y pensó en bajar libros para cubrirlo, solo la ayudaban sus sirvientes, pues no les quedaba otro remedio, sus dos hijos y dos criajos. Un dicho Pablos, que dijo ser hijo de Casta, la de la calle de Predicadores, que poco ha había pasado por allí, y un dicho Antoño, que dijo ser hijo de quien fuere, que la dama no lo oyó, que traían más hambre que vergüenza, por lo cual hubo de esperar a que se comieran el pan y la sardina y luego, cuando terminaron, les ordenó que se lavaran las manos en la fuente del abrevadero de la cuadra de su casa para que no mancharan los libros. Espera, que sirvió para que los demás descansaran un ratico y bien que les vino.

Y ya entraron en faena. Subieron a la biblioteca de don Juan Crisóstomo y a la orden de la dama, que no se detuvo, pese a que su difunto la contemplaba desde su retrato de mala manera, tal se le hizo, cargaron con los treinta y nueve tomos en cuarto, de la *Enciclopedia* francesa, que cada uno pesaba más que un pecado mortal, quizá porque estaban llenos de ignominia, y los bajaron a la calle y no fue menester volver a buscar más libros porque la barricada quedó perfecta.

Terminada aquella labor, la de Bureta salió con hombres, mujeres y niños a recoger fusiles y cartucheras. A quitárselos a los muertos de los alrededores y, como había muchos cadáveres por las calles, decenas, cientos acaso, pronto juntaron una treintena que se apresuró a repartir entre sus gentes, para que afrontaran al enemigo apenas avistaran los penachos de sus gorros. Y observando que Pablos y el Antoño enseñaban a su hijo cómo tenía que disparar, no lo tuvo que hacer ella pero, como vio a los tres muy entusiasmados con las escopetas, se las quitó y los mandó arriba a jugar a las cartas porque las armas las carga el diablo, como sabido es. Y ella, mientras esperaba la irrupción de los enemigos, se arrodilló ante la imagen de Nuestra Señora del Pilar del zaguán de su casa, y le rogó, un avemaría detrás de otro, que hiciera otro milagro mismamente como el que hiciera el día de la batalla de las Eras del Sepulcro. Pero era interrumpida a cada momento, porque sentía la presencia de una persona a sus espaldas, volvía la cabeza por ver quién era y se encontraba con el ciego de la plaza del Mercado, el que cantaba romancillos, pidiéndole caridad pues ya no había personal para escuchar sus cantares, y se aflojaba la faltriquera. O era el tullido de la iglesia de San Felipe con el que había ajustado que fuera cada tercer día a buscar un pan o se trataba de una viuda que no tenía para dar de comer a sus hijos, y le daba tal o cual, a sabiendas de que sus despensas menguaban y sus dineros también.

\* \* \*

Del combate del día 5 de agosto, el cronista Faustino Casamayor escribió en sus cuadernos con acertada pluma que los atacantes «más parecían Nerones que franceses».

Así fue en el barrio de la Magdalena por donde avanzaron en formación, los tambores tocando a degüello, tratando quizá de apagar los sonos de la campana de la iglesia que, incesante, llamaba a la lucha a soldados y paisanos.

En la calle de Palomar, fray Ignacio de Santa Romana se puso al frente de una partida de labradores, con la pretensión de cerrar el paso a los enemigos que se dirigían hacia la puerta del Sol, e iba a dar orden de marcha cuando por una calleja apareció una niña, una mocita ya quizá, a la carrera, llorando desconsolada y con sangre que le caía de entre las piernas. La sangre fue lo primero que vieron hombres y mujeres y, contemplándola, el fraile se quedó con la palabra en la boca. Los varones abandonaron la formación, la rodearon y las féminas hicieron otro tanto, apresurándose a socorrerla. A darle agua, a limpiarle la cara, a abrazarla, a palmearle la espalda, a verla llorar, a llorar con ella, conscientes todos de que, lo que le habían hecho los franceses, no tenía remedio pues que algún hijo de Satanás la había violado, otro tanto que habría sucedido ya a muchas mujeres entre la puerta del Carmen y la Cruz del Coso, donde dominaban los enemigos. Y fue que el fraile alzó la voz y habló de la inquina, de la ferocidad de los franceses, del rey Fernando, que estaba preso en la Francia, de la patria española, de los cientos de mujeres que, como aquella pobre criatura, habrían sido o estaban siendo violadas en Zaragoza y, al grito de viva la Virgen del Pilar, levantó el fusil y los hombres formaron y lo siguieron, muy encorajinados, como no podía ser de otra manera, dispuestos a vengar aquella indecencia y otras muchas.

Las mujeres fueron detrás de la tropa con los cestos de municiones, pero dos de ellas, una Manuela Sancho, se quedaron a asistir a la mocica. Y fue que, una vecina que observaba la escena desde la ventana, les llamó y les ofreció su casa. Ellas aceptaron naturalmente y, como la criatura no podía casi andar, porque perdía sangre a chorros, la subieron al primer piso «a la sillita de la reina», para tenderla en la cama que les indicó la dueña de la casa y contemplarse los brazos manchados de sangre, para mirar al suelo y ver un reguero rojo, para levantar la saya de la cría y dar un paso atrás, espantadas las tres, por la carnicería que llevaba en sus partes y por la mucha sangre que vertía, pues que sus violadores, bestias más que hombres, le habían roto alguna entraña, ay, ay, Dios...

El ama de la casa, sin que le doliera que sus cobijas y su colchón rezumaran sangre, acercó un crucifijo a los labios de la criatura y la otra mujer le cerró los ojos cuando expiró y ambas rezaron una oración con los brazos levantados hacia el cielo, pidiendo clemencia para todos, tal vez. Manuela, moza como era, permaneció muda

pues no fue capaz de abrir la boca ante semejante sangría. No obstante, pese a que llevaba el estómago muy revuelto pues no se quitaba de la cabeza lo vivido, ayudó a las dueñas a bajar el cadáver a la calle, para que lo recogiera la ronda cívica y lo llevara a enterrar y, tras vomitar, siguió, sin ánimo, hacia la fuente de la Magdalena, para lavarse y beber en ella, pero se topó con la partida del fraile, que no conseguía cruzar el Coso y, tras informar de que la chiquilla había fallecido, hubo de conformarse con el agua de un botijo.

Y no lo hubieran conseguido a no ser porque se presentó, de súbito, Simonó, el comandante de aquellos puestos, y exhortó a todos tratando de infundir ánimo a los hombres que estaban parapetados en las calles, en las ventanas o en los portales de sus casas o en casas ajenas, a las mujeres que, ídem de ídem, llevaban piedras o pucheros en la mano para arrojarlos a los invasores, que entonces, al son de una jota, avanzaron paso a paso más aprisa incluso cuando consiguieron dar muerte a balazos al tambor y al jefe de los enemigos, y más, cuando llegaron gentes por la calle Mayor y otras por las adyacentes al Coso como si fueran leones, que entonces los gabachos retrocedieron hasta las ruinas del hospital para pasar la noche y disminuir el tiroteo.

Y eso, que a unas cien varas unos de otros, durmieron franceses y españoles, excepto los que estuvieron de guardia. Los españoles, los hombres a un lado y mujeres a otro. Manuela cerca del fraile, pues que, viéndola moza, le dijo:

—Tú no te separes de mí, que moriré antes que verte en manos de un francés.

Lo que agradeció la joven, al ver que alguien se preocupaba por ella en aquel mundo de sangre.

\* \* \*

En el mismo día, la columna que partió de la Cruz del Coso hacia el Portillo, al no hallar oposición, a más de matar a todo lo que se movía, perros incluidos, se dedicó al saqueo. Los soldados franceses rompieron filas y la emprendieron a culatazos de fusil contra los portones de las casas, para terminar entrando en ellas con la bayoneta calada y degollar a hombres, mujeres y niños, les hubieren entregado o no los dineros y lo bueno que tuvieran. Mejor suerte corrieron las monjas de Santa Rosa pues que, tras entregar a los invasores los dineros y alhajas que tenían, fueron trasladadas a casas particulares por los mismos salteadores, quizá porque ya habían violado y asesinado a muchas religiosas en España, recuérdese las del convento del Moral de Torquemada, por ejemplo, y repetir el hecho les creaba mala fama.

El cura Sas que, hasta la fecha, había defendido la puerta del Portillo de los que cargaban murallas afuera, esta vez la preservó de los que venían del Coso, es decir, murallas adentro. Dejó de confesar parroquianos en San Pablo y se presentó en el lugar con unos cincuenta de sus famosos escopeteros, reunió a otros cincuenta hombres, hizo que las mujeres les dieran de comer, dejó a media docena a cargo de los cañones y, a cobijo de las casas, enfiló la calle del Portillo en dirección a la plaza



del Carmen y, para cubrirse la retirada, fue dejando piquetes en las trasversales para, cerca del convento de Santa Fe, dividir a sus tropas y, unas por la derecha, otras por la izquierda, entrar en las propiedades y avanzar a través del primer piso rompiendo los tabiques medianiles, haciendo corredores entre las viviendas para entendernos, mientras los franceses ocupaban la calle. Los escopeteros de San Pablo anduvieron como si fueran demonios y el cura, que tenía fama de trabucaire, como si fuera el Ángel Exterminador, asombrando a todos. Sorprendiendo a buen número de enemigos, a los que saqueaban las casas y violaban mujeres, matándolos sin piedad y, sin misericordia arrojándolos por las ventanas para pasar a otra finca y hacer otro tanto, eso sí, dejando alguno vivo, para que fuera a contar a los suyos, lo que había visto.

Los soldados enemigos que salvaron la vida por la suelta que les dio el señor cura, lo contaron por supuesto, pero hubieron de repetirlo varias veces en razón de que capitanes, coroneles y generales en un principio no les dieron el menor crédito. Porque, a ver, ¿qué guerra era aquella? ¿Cómo podía ser que unos hombres rompieran los tabiques medianiles entre las casas e hicieran una galería, es que llevaban mazos en vez de fusiles? ¿Es que eran seres infernales en vez de simples mortales? ¿Es que alguien muy principal les ayudaba? ¿Quién, el dios Marte o el Dios-Dios? ¿Es que deseaban morir matando?

—*Que arrojen un pliego al foso del castillo, instándoles a que se rindan sin más dilaciones. Será último aviso que han a recibir... Vamos a convertir Zaragoza en cenizas.*

Tal, o semejante, ordenó el general Verdier que había sido herido de bala en una pierna tras recibir información de la resistencia, a la par que dolido e imposibilitado, pasaba el mando de las tropas ocupantes al general Lefebvre, ya conocido por los defensores.

Y fue que recibido el escrito, traducido y presentado al brigadier Torres, que, ante la ausencia de los tres Palafox, se había hecho cargo del mando, pese a que no había qué comer y a que faltaba pólvora, se negó a responder al pliego francés, otro tanto que los oficiales que con él estaban, haciendo suyas las palabras del oficial de ingenieros Sangenis que, tras distinguirse sobremanera en la defensa de la ciudad, pretendió ganar tiempo y expuso:

—*El mayor don de la guerra es ganar tiempo, y a todo trance deberemos perecer entre las ruinas.*

Y no acababa de hablar el arrojado militar que el tío Jorge Ibort, que escoltaba al capitán general sin separarse de él desde el alzamiento, se presentó con una partida de hombres en la plaza de La Seo, voceando, como siempre hacía, que los refuerzos estaban a punto de llegar. Y claro, les cambió el semblante a todos: al vecindario, a los de la casa de Palafox, a los del Ayuntamiento, a los jueces de la Audiencia, a los canónigos de La Seo y del Pilar, a los refugiados de ambas iglesias, a los médicos, a las monjas y a los enfermos del hospital eventual, a todos, excepto a doña Josefa

Amar que no se había separado de la madre Rafols en dos días largos y, como persona mayor que era, acusaba la fatiga y andaba muy afiebrada, por lo que se retiró a su casa. Con lo cual no pudo escuchar al dicho Jorge que, con su vozarrón, narró a la superiora y otras gentes lo que había sucedido aguas abajo del Ebro, cuando los franceses intentaban cruzar un vado o conquistar un pueblo, o con los habitantes de aquellos lugares que iban y volvían con sus cosas siempre a cuestas, o cuando su partida luchaba torre a torre, casa por casa, conquistando hasta los cañaverales, defendiendo hasta las piedras, en una guerra que parecía no tener final, pero que, Dios mediante, estaba a punto de acabar, pues que ya llegaban los refuerzos...

—Dios le oiga, tío Jorge —expresó la madre Rafols y al momento le preguntó por un negocio que le preocupaba: ¿Acaso ha visto su merced una tropa de locos por el camino de Huesca? Van vestidos de blanco... Se escaparon en el desalojo del hospital.

—Pues, no. He venido por el camino del Ebro.

Y es que, aunque hubiera pasado por allí, nunca los hubiera visto porque estaban en la torre de Matilda, la ramera del Rabal, robándole la fruta.

Ido el buen hombre, la superiora requisó el carro más grande que avistó. Reunió a cuatro de sus monjas, les ordenó que buscaran cuerdas y subieran al vehículo e, instalándose en el pescante, cogió las riendas y les informó que iban al campamento francés a buscar a los locos, pues que, tras constatar que no se habían ido hacia Huesca, dio por buena la versión de otras personas de que andaban por allá. Sus religiosas tragaron saliva, obedecieron, se sentaron en la trasera y ella se quitó el mandil blanco que llevaba, lo sujetó a un palo, se lo entró a la monja que se sentó con ella y arreó las mulas.

Las religiosas salieron rezando por la puerta del Ángel, se santiguaron al pasar por el templo del Pilar. Y fueron sin mirar atrás, sin mirar a los lados por no ver lo que había ni a quienes desde las murallas las llamaban o les preguntaban a dónde iban. Las mulas al trote, por la ribera del Ebro, las puertas de Sancho y del Portillo hasta que enfilaron hacia la Casa Blanca del Canal, que entonces la madre Rafols las dejó al paso para no cansarlas en exceso, pues que, Dios mediante, pretendía ir y volver.

A lo largo del camino, la andadura de aquel carro consiguió dejar estupefactos a los españoles y, conforme avanzaba, a los franceses, en razón de que transportaba unas gentes vestidas de negro y enarbolaba bandera blanca. No disparaban, claro, porque quizá fueran parlamentarios de un bando u otro, y eso, que los dejaban pasar.

A las religiosas, el trayecto les llevó dos rosarios completos con sus letanías, pues que al llegar a la casa del Canal sus labios pronunciaban el último «amén» del segundo, y es que habían dado un enorme rodeo para evitar lo más posible las defensas y cortaduras. Y fue que, llegadas al campamento francés, la madre Rafols detuvo el carro, soltó las riendas, cogió la bandera blanca a su compañera y de pie en el pescante, llamó con energía:

—¡General Lefebvre!

Y si el negocio había resultado complejo hasta el momento, pues en el largo trayecto habían tenido que evitar las baterías y parapetos enemigos y hasta habían sorteado acequias y barrancos, a más de pasar abundante miedo, eso sí, siempre agradeciendo al Señor que las bombas de la artillería pasaran por encima de sus cabezas y no les dieran, aunque llegaban con el mismo ánimo que salieron todo se complicó más y fue que pasaron más miedo todavía, pavor, por utilizar el término exacto.

Así las cosas, temblaban cuando de una mesa, que estaba bajo el toldillo de una tienda de campaña, se levantó un militar de alta graduación, tal coligió la superiora por los muchos entorchados que llevaba en su guerrera, dejó el catalejo que llevaba en la mano y preguntó lo que preguntare, pues no le entendieron. Aunque, seguramente demandaba qué querían o adónde iban, que era lo que cualquier persona haría en situación semejante.

—¡Lefebvre! —volvió a repetir la monja.

Y fue que el militar negó con la cabeza, pero comentó algo con un mozo que estaba a su lado y chapurreaba el castellano, y ya se pudieron entender mientras los enemigos las hacían bajar del carro para registrarlos sin duda.

El joven teniente, o lo que fuere, preguntó a las religiosas qué deseaban, mientras varios batallones o compañías de enemigos las observaban con el mayor interés. La Rafols, tras saludar con una inclinación de cabeza al generalote que tenía ante sus ojos, le contestó que era la regente del Hospital de Nuestra Señora de Gracia, guardándose de decir que lo habían destruido ellos. Un hospital que, además de atender las enfermedades comunes, se ocupaba de los dementes, y que se le habían escapado y venía a buscarlos. El mozo tradujo en voz alta y el general francés, que resultó ser nada menos que Lefebvre, se echó a reír y los que estaban con él lo secundaron, lo mismo que la gente de tropa cuando el hecho corrió. Y a poco ya algunos soldados sacaban a varios locos de unas casetas que había y acudían con ellos llevándolos a rastras o entre varios ante su jefe, que hizo un movimiento con la mano para que se los entregaran a la peticionaria. En ese momento actuaron las otras monjas, les ataron al cuello las sogas que llevaban y con ayuda de los soldados los subieron al carro, hasta siete hombres se llevaron.

Y fue que a la superiora debió de parecerle poco volver con siete locos y que preguntó si tenían más. El tenientillo le contestó que no, pero ella no se conformó, o fue que era mujer varonil, como se comentaba en el hospital, o que no quería irse con las manos vacías, y mirando a los ojos al general, le rogó:

—Déme su señoría algo de comida para poder alimentar a los enfermos y heridos de mi hospital, por caridad...

El mozo tradujo y el general hizo que le dieran veinte sacos de harina y se largara en enhorabuena. Entonces la monja se le acercó y le besó la mano. Antes de irse le preguntó al traductor:

—¿Cómo se llama el general?

—Lefebvre, se llama Lefebvre.

—Dile que rezaré por él.

Regresaron a Zaragoza por el camino largo, con las mismas dificultades y sin dejar de rezar, pero contentas de llevar los siete locos y la harina.

Cuando semejante hazaña se conoció en la ciudad, el intendente general montó en cólera, el capitán general otro tanto pues no en vano estaba prohibido que militar o paisano saliera de la ciudad, pero ambos hubieron de callarse porque el heroico hecho gustó sobremanera a las gentes y enseguida se dijo que las monjas habían ido guiadas por Dios y Nuestra Señora del Pilar. Ciertamente que más de uno, al ver la triste estampa de los locos, se preguntó para qué sufrir tantos peligros por aquellos despojos.

Las monjas de la Caridad de Santa Ana tuvieron arrestos para repetir la operación. La señora Casta y la de Bureta quisieron acompañar a la madre Rafols en su segundo viaje al campamento francés en busca de otros locos, pero la susodicha no se lo permitió. A Casta le preguntó:

—Si nos matan, ¿quién cuidará de tu hijo?

Y con la condesa se extendió un poco más:

—Si nos matan, ¿quién cuidara de sus hijos, su novio?

Casta, que no tenía parientes, no replicó. Doña Consolación, aunque le hubiera podido responder que lo haría su hermana Pilar, no atinó a contestar, pues se quedó confusa con la mención a su novio.

\* \* \*

La única tienda que permaneció abierta, desde el alba hasta el ocaso, en la ciudad de Zaragoza, durante las largas y amargas jornadas de guerra ya descritas, fue la botica de don Juan Perales en la calle de San Gil y, si la cerró a la noche, fue para que no la saquearan los propios, los nacidos en la tierra, pues que de los franceses no temía, es más, tenía la puerta abierta para que la franquearan. Además, en la rebotica, había dispuesto sillas, para que se sentaran los jefes a degustar una copica de aguardiente o un buen vaso de esencia de toronja, que llevaba justa fama preparándola, y tenía previsto extender la bandera francesa en el escaparate, amén de que se había cosido la escarapela tricolor en un gorro que tenía listo debajo del mostrador.

La viuda de Perales, constatando lo que su hijo tramaba, lo llamó traidor y afrancesado, en una situación en la que a saber cuál de las dos palabras era peor insulto y, como el farmacéutico hizo ademán de ir a por ella, subióse al piso todo lo deprisa que le permitieron sus viejas piernas y cerró la puerta de su habitación. En buen momento, pues le vinieron al pensamiento las trece onzas peluconas que tenía guardadas entre la lana del colchón, las arras que llevó a su matrimonio, y se dispuso a esconderlas mejor, presto además, no fuera a volverle aquella maldita tiniebla que, de tanto en tanto, le venía a la mente y no le dejaba ver ni razonar. Y, tras sopesar

algunos escondites, se las cosió en el refajo con varios respuntes, labor en la que empleó toda la tarde y, concluido el trabajo, se tendió vestida en la cama con el tesoro encima y su cabeza, que estaba más despabilada por las mañanas, se sumergió en la noche, en una noche asaz negra, que le impidió cenar el plato de sopa que su hijo le llevó. E ítem más, oír el ruido de los picos y las palas, el chirrido de las ruedas de los carros y las voces de los hombres y de las bestias, que se empleaban en hacer una enorme zanja en la puerta de la botica para cerrar el paso de los enemigos hacia la puerta del Ángel, otro tanto que hacían soldados y paisanos en todos los puntos sensibles de la ciudad con el mayor ardor, como siempre, en aquel eterno hacer y deshacer.

\* \* \*

En buena hora volvieron a fortificarse los zaragozanos pues, cuando los franceses supieron que los refuerzos españoles estaban en el puente del río Gállego en el camino de Barcelona y que el marqués de Lazán planificaba estrategias con el brigadier Torres dentro ya de la ciudad, tornaron a la ofensiva con mayores bríos si cabe, e hicieron fuego por todas partes a la vez. Cierto que los patriotas resistieron a las balas, a las bombas y a las añagazas del francés, pues, ora en un punto, ora en otro, un pelotón de lanceros, de coraceros o de granaderos, de lo que fuere, en fin, trataban de engañar a los comandantes de los bastiones llevando pañuelos blancos en las bayonetas, en las lanzas o en los sables, como si se quisieran rendir. Pero los jefes no caían en la trampa y seguían disparando, matando, desde las trincheras, murallas, puertas, zaguanes de las casas, balcones, ventanas y tejados, desde cualquier lugar donde un español tuviera en el punto de mira de su fusil a un francés, sembrando de cadáveres las calles de la ciudad, donde, hay que decirlo, había más muertos que vivos pues los hombres de la guardia cívica, entre ellos Diego Sola, no daban abasto para retirarlos. Ni que los críos, como el chico de la señora Casta, les ayudaran a subirlos en los carros y, cuando no había carros, a arrastrarlos con cuerdas hasta un fosal que habían habilitado en el Rabal, pues que los camposantos de las iglesias intramuros, tales como San Miguel, Hospital, San Gil, San Pablo y la Magdalena estaban tomados o seriamente amenazados por los enemigos.

Así las cosas, pese a que no había órdenes, tampoco había desorden, a Nuestra Señora del Pilar sean dadas muchas gracias. En razón de que todos los habitantes, hombres y mujeres, se empleaban, ya fuera en pequeñas partidas o en solitario, contra el francés y lo mataban allá donde lo encontraran, una y otra vez deteniendo a los vencedores de las batallas de Jena, Austerlitz, Eylau, etcétera, para ejemplo del mundo entero.

Claro que la procesión iba por dentro. Las mujeres de la fuente del Portillo, cuando oyeron las descargas que dispararon los enemigos contra el Hospital de Convalecientes, situado a una milla escasa de allí, se asustaron. Cierto que, no lo

expresaron y hasta se animaron entre ellas y no dejaron de atender a los soldados de la batería, que volvieron los cañones y los apuntaron hacia donde estaba el peligro, pero temblaron como hojas y a más de una los dientes le castañetearon, pues que, tras la resistencia que habían opuesto a los ejércitos napoleónicos, se vieron violadas, arrastradas de los cabellos, maltratadas, convertidas en putas o muertas, muertas como los hombres, dado que, tras el enorme estrago causado, era imposible esperar clemencia de los gabachos si entraban, si conquistaban la ciudad, lo que estaba por ver todavía.

Lo mismo que se decían las mujeres de la Magdalena, entre ellas Manuela Sancho, esta con más motivo, pues que había muerto en sus manos una chiquilla violada y maltratada, como se contó arriba con detalle suficiente. Pero estas tuvieron menos tiempo que las otras de imaginarse horrores, de verse bajo los cuerpos sudorosos y malolientes de los enemigos, ahora un hombre, luego otro... en razón de que se presentó el bravo comandante Renovales y dijo de ir a sacar a la francesada del hospital y fueron con él de buena gana, las mujeres detrás de los hombres. Y, una vez tomadas las casas, huertas, corrales e iglesia de la benéfica institución, tras mil actos de heroísmo, las dueñas recogieron en sus delantales multitud de copas y ornamentos sagrados, sin mirar los boquetes del techo, sin detenerse en los altares que estaban en ruinas, pues que las maderas de los retablos y las imágenes de los Santos habían sido utilizadas para hacer fuego de campamento, y gran alegría se llevaron cuando descubrieron en la sacristía varios sacos de harina, cántaros de aceite y muchos garbanzos y mucho abadejo, puestos a remojo, el próximo rancho, seguramente, de la guarnición del recinto. Ay, que entonces dudaron entre descargar los vasos sagrados, para volver luego a buscarlos o arramblar con la comida, dado que los estómagos, acostumbrados a comer a diario, reclamaban lo suyo después de tanto ayuno, y discutieron qué hacer primero. Lo que fue necio pues había mujeres suficientes para dividirse las tareas pero, lo que se dijeron luego —cuando, entregadas las piezas de oro y plata al comandante y llevados los alimentos a lugar seguro, hicieron hogueras en la plaza de la Magdalena y guisaron garbanzos con bacalao para tropa y paisanos—, que la visión de tantos alimentos, les había nublado el entendimiento. Y, tras aquel festín, siguieron al incansable Renovales en la toma del convento de Santa Catalina, situado entre el hospital y camposanto de la iglesia de San Miguel.

Manuela, después de varias jornadas agotadoras, se retiró a su casa de la puerta Quemada y, vestida, se tendió encima de la cama, sin atender a su madre, que varios días encerrada en casa y sin noticias de su hija, le regañaba por lo que hiciere, pues que a veces las madres no pierden ocasión de reprender o aconsejar a sus hijos, lo que toque, en fin.

\* \* \*

Escortados por los escopeteros del cura Sas, que estaban en todas partes, como puede deducirse siguiendo esta narración, entraron en Zaragoza 200 hombres, los que venían con el marqués de Lazán, trayendo varios carros de pólvora. Fueron bienvenidos y, de inmediato, distribuidos por las puertas y bastiones, para relevar a los soldados que no habían descansado en interminables horas.

Agustina y Quimeta fueron a recibirlos por ver si venían sus maridos, pero no, no venían, porque se trataba de Guardias Españoles y sus esposos pertenecían al Real Cuerpo de Artillería, pero, como la esperanza es lo último que se pierde, fueron a ver y aún esperaron en el puente de Piedra, bajo un sol de justicia y una calor del demonio, la llegada de las tropas catalanas, leridanas, para ser más exactos, que se anunciaban y que habían estado acantonadas en la localidad de Pina de Ebro.

La Artillera fue reconocida por las gentes y cumplimentada, pues no habían olvidado su hazaña y quisieron compartir con ella lo que llevaban, que si un trozo de chorizo o de longaniza o un mendrugo de pan. Y, cuando llegaron las mujeres de la fuente del Portillo y se pusieron a cantar jotas, fue muy gratificante, después de tantas penalidades y sacrificios. Aunque no se pudiera olvidar la guerra, dado que los zaragozanos continuaban sitiados y los sitiadores seguían bombardeando si bien con menos ímpetu, pese a que toda la ciudad olía a cadaverina; más en el Coso donde se habían hecho hogueras para quemar a los enemigos muertos que eran centenares, pues no había donde enterrarlos, que los cementerios de las iglesias estaban copados por los naturales que también se contaban a cientos.

En aquellas horas de espera, las barcelonesas departieron con personas conocidas, con María Lostal, que iba camino del Rabal a visitar a su hermana y se detuvo a platicar con ellas y, aparte de contarles que había cerrado su tienda porque no le quedaba un cuartillo de vino, se extendió con que a su cuñado, años ha que le había venido una parálisis y que estaba postrado en la cama y su mujer, es decir, su hermana Isabel, con él sin levantarse nunca, para darle calor, y que iba una vez por semana, durante la guerra menos, a retirarles las heces y a ventilar la casa.

Espantadas se quedaron las hermanas con la narración de su vecina, no obstante, le encomiaron la labor. Agustina la tomó como una cosa extraña, tan rara o más como la que le había sucedido a ella con el soldado de la bolsa de monedas, pero dejó el asunto porque llegó una mujer vendiendo huevos cocidos y, como llevaba dinero, compró tres, qué tres, cuatro, porque apareció el chico de la señora Casta, vestido con su uniforme francés y con un brazo en cabestrillo y, tras preguntarle si se lo había roto y oír que no, que el aparato se lo había quitado a un soldado muerto, le compró otro, y se los comieron los cuatro con tanto deleite que no le preguntó a qué compañía pertenecía el muerto, pues no habría tantos con tal artilugio en la ciudad. Olvido comprensible, pues un huevo duro, en la circunstancia en que se vivía, era lujo.

## Capítulo 12

Fue el vigía de la Torre Nueva, el dicho Pedro Marín, el primero en advertir que los franceses estaban levantando el sitio. A poco, lo constataron varios canones del Pilar que, con el marqués de Lazán, ascendieron a las torres del templo, y los párrocos de San Pablo y San Miguel que hicieron otro tanto en sus iglesias, subiendo y bajando, con gozo, muchas empinadas escaleras, a pesar de que todavía continuaban ardiendo multitud de edificios en la ciudad, pero lo más duro era el cerco.

La noticia corrió por doquiera y la alegría fue inmensa, en razón de que lo más esperado por los zaragozanos se sumaba a las excelentes nuevas que habían llegado con el correo de Madrid y que había publicado la Gaceta. Lo de que los franceses habían sido derrotados por el general Castaños en Bailén, que los enemigos habían abandonado la capital de España y se habían replegado a Vitoria, incluido José Napoleón I, rey de España y de las Indias, con su Corte y sus ministros: los Cabarrús, O’Farril, Urquijo, Azanza y otras especies.

En las trincheras, bastiones, fuentes y tabernas, es decir, en los lugares habituales de reunión, los ciudadanos hablaron largo de la batalla de Bailén. De que en el pasado 19 de julio, los ejércitos españoles, organizados por las Juntas de Sevilla y Granada, habían vencido a los invasores. A los ejércitos franceses que habían entrado en España como amigos para hacer la guerra a Portugal pero se habían quedado, arteramente, para implantar la tiranía y esclavizar a la población; consiguiendo la abdicación del señor rey don Fernando VII —que seguía preso en la Francia— en la persona del emperador Napoleón que, a su vez, había entregado el reino a su hermano José, como ya se dijo. De que, herido el general en jefe, la sabandija del mariscal Dupont, que iba apañado, pues que antes del combate en Córdoba en concreto, ya había sido herido en otra ocasión por un vecino, lo que le dio pie para saquear la ciudad y llevarse 10 millones de reales y una fortuna en alhajas de los particulares, a más que había permitido la violación de mujeres hasta dentro de las iglesias. Un desastre. Al contrario que en Bailén donde, tras arduas negociaciones, había firmado la capitulación y rendido las armas al general Castaños. Pero lo que más gustó a la población en el relato del combate fue lo de los vaqueros andaluces que habían participado en la batalla armados con sus picas, las mismas que llevaban en su trabajo para gobernar toros bravos, causando terrible mortandad entre los gabachos. Y lo de una dicha María Bellido que, como muchas zaragozanas, había recorrido el campo de batalla en lo más encarnizado de la lucha, llevando un cántaro de agua a los mandos españoles.



En los cuarteles y en el Consistorio se habló de diferente manera. Del asfixiante calor del día de la liza y de la falta de agua, una imprevisión imperdonable. De otros generales, coroneles y capitanes, de batallones y compañías, de la vanguardia, de la retaguardia; de la defección de los Guardias Suizos, que se pasaron a España; de la mala estrategia seguida y del mal lugar elegido por los franceses para acampar pues que por aquellas latitudes, siglos atrás, los cristianos habían vencido a los moros en la batalla de las Navas de Tolosa. De que, tras la victoria de Bailén y del fracaso francés en Gerona y Valencia, si los gabachos levantaban el sitio de Zaragoza, que lo harían pronto, pues tal dejaban entrever sus maniobras y si no, los desalojarían los defensores con los refuerzos que venían de Valencia —como se acababa de conocer—, los invasores quedarían reducidos a Barcelona, Pamplona y Vitoria, ¿o no? ¡Pues, sí! ¡Que sí!

Y, en un lugar u otro, hombres y mujeres, atendiendo a la lectura de la *Gaceta* o comentando o añadiendo tal o cual, se albriciaban sin evitar palabras soeces ni menos juramentos, pese a que los prohibía la Santa Inquisición, y se regodeaban de la rabia que llevaría Napoleón pues que sus ejércitos habían dejado de ser invencibles merced a la capacidad de resistencia, espíritu, esfuerzo y arrojo de los españoles, militares y paisanos, varones y féminas. Tal sostenían, a pesar de que seguían cayendo bombas y a que los enemigos todavía ocupaban buena parte de la ciudad. Y es más, antes de que hubieran levantado el sitio, ya había pesimistas pronosticando que los franceses volverían, queriendo aguar la fiesta, al parecer, pero los más estaban esperanzados, como mismamente demostraron los patriotas defensores del recinto de Convalecientes, que quitaron el cartel que habían clavado sobre el dintel de la puerta, que rezaba: *Por Fernando VII vencer o morir*.

Pero, ya fuera porque el espíritu aragonés es pesimista de natura, ya fuera que había demasiados muertos en las calles, que de algo advertían, ya fuera que los habitantes estaban exhaustos y muchos habían deseado morir cuando los bombardeos de primeros de mes por terminar de una vez, o porque estaban en los idus, como hacía saber el boticario Perales a sus contertulios, recordando la muerte de Julio César en los idus de marzo —cuando era agosto— o por los agoreros, el caso es que se extendió el rumor de que los sitiadores estaban preparando un último y definitivo ataque contra la ciudad en razón de que mantenían el fuego y era imposible pasar por muchos sitios so pena de la vida, pese a que los vigías de las torres indicaban lo contrario asegurando que el movimiento en los campamentos enemigos era inusitado, que había revuelo, agitación, arrebatos, frenesí incluso, así definía lo que observaba con su catalejo Pedro Marín, por ejemplo.

Pero es que, como Santo Tomás Apóstol, los sitiados necesitaron ver para creer, pues no se conformaron con saber que los franchutes habían arrojado buena parte de su artillería al Canal Imperial de Aragón ni con la presencia del capitán general Palafox que recorría los bastiones y ensalzaba el valor de las gentes, que siguieron con lo del ataque definitivo. Hasta que el día 14, loores a la Virgen del Pilar, pudieron

verlo con sus ojos, a pesar de que aquella noche casi estuvieron a punto de tener razón, pues que los enemigos quemaron las casas de Torrero y, a las pocas horas, explotaron el monasterio de Jerónimos de Santa Engracia, causando un estruendo tan terrible que, según se dijo, los muertos se estremecieron en sus tumbas y los que todavía estaban por enterrar se alzaron una vara del suelo, y los que pisaban tierra o dormían en sus camas creyeron llegado el Final de los Tiempos. Pero, tras recuperarse del susto, los pobladores, de noche aún, y portando sus propios faroles, pues que hacía tiempo que no se reponía el aceite de los públicos, y evitando las trincheras y parapetos de las calles, salieron de la ciudad y, rodeando la muralla, tomaron el camino de Torrero para comprobar con sus ojos que los sitiadores se habían marchado.

Las mujeres de la fuente del Portillo, luciendo la escarapela roja en la camisa, fueron en la carreta que tenían para trasladar los heridos y que, tanto tiempo transcurrido, nadie sabía de quién era. Uncieron la mula, se montaron todas y fueron cantando y rezando, alternando la jota con el avemaría. Entonando jotas cuando se encontraban con cañones abandonados o con enemigos muertos y con una oración en la boca cuando se topaban con cadáveres de paisanos, todos, Dios de los Cielos, pudriéndose.

No obstante, era ameno porque la Artillera, guiando el carro, María Agustín, Quimeta y sus compañeras iban muy dicharacheras y hablando con las gentes que hacía lo mismo que ellas, ya adelantaran, ya fueran superadas por carretas o viandantes, o recogiendo gente, pues que a más del tullido de la puerta de la iglesia de San Felipe, acogieron a la tía Paca, la vendedora de refrescos de la plaza del Mercado que, en pago al favor, les prometió un vaso de limón helado a cada una cuando acabara todo. Y admitieron de grado a Manuela Sancho, que venía andando desde la puerta Quemada, que, mira, repartió unas peladillas que fueron muy bien recibidas pues hacía meses que no probaban un dulce, y les contó el destrozo habido en Santa Engracia. Había pasado por allí y visto a la media luz del alba las habitaciones de los monjes, el claustro y la iglesia convertidos en enruna, cubriendo por completo la cripta y el pozo de los Mártires, donde se guardaban las reliquias de Santa Engracia y dieciocho varones desde los tiempos inmemoriales del emperador romano Daciano, todos mártires por la religión. Y hubieran podido apesarse por aquel relato pero no pudieron hacerlo porque se colocó, a la par de ellas, la carroza de la condesa de Bureta llevando a la dama, a doña Josefa Amar y a la madre Rafols y fue que, al verlas, se detuvieron y se albriciaron todas tanto que se apearon para saludarse, darse las manos y comentar que era como si vivieran un sueño, un sueño, un deseo, una aspiración inalcanzable que, a Dios gracias y a la Virgen del Pilar, se había cumplido y convinieron en que era pronto para asimilar tanta ventura, máxime después de tanta desventura.

Y fue que, tras conocer doña Josefa a la Artillera y a María Agustín y felicitarlas efusivamente por sus hazañas, a más de interesarse por el brazo inútil de la segunda,

volvieron a los vehículos e iniciaron la marcha, las damas delante y las del Portillo detrás, y, en llegando al Canal, dejaron los carros y fueron muy bien recibidas por militares y paisanos. Y, al momento, hubieron de arrimar el hombro, pues que la Rafols, que estaba acostumbrada a mandar, las llamó con su dulce voz —que se puede dirigir cualquier labor con dulzura— y todas, pese a que había casas ardiendo y humeando por allí, codo a codo con los hombres, ayudaron a cargar la inesperada y bien nutrida despensa que los franceses habían abandonado: banastas de pan recién hecho, costales de trigo y de harina, talegas de legumbres, sacos de patatas, sartas de chorizo, cántaros de aceite y botellas de vino, mientras los militares recuperaban cañones, morteros, obuses, balas y bombas de todos los calibres. Luego echaron una mirada por allá, constataron personalmente que no había enemigos vivos y regresaron con el botín a la ciudad, para depositarlo en la casa consistorial, y continuar a disposición de la monja que retuvo alguna mercancía y las puso a pelar patatas para guisarlas con chorizo y, eso sí, fueron las primeras en comerse una buena escudilla que les supo a gloria.

A media tarde, mientras se cantaban vísperas en casi todas las iglesias de la ciudad, las citadas asistieron al solemne *Te Deum* que se rezó en el Pilar, presidido por el capitán general Palafox, y estuvieron en la Santa Capilla con las autoridades, merced a los oficios de las damas y la monja, y a que la Artillera y María Agustín eran quienes eran y a que las que iban con ellas, con ellas iban. Estuvieron sentadas —y bien que les vino, pues llevaban en pie desde el día anterior— detrás de los jefes militares y de los regidores y cruzaron mirada con su excelencia y con el tío Jorge que las saludaron con un movimiento de cabeza. Don José no solo a su prima, sino a las heroínas también. Claro que la condesa para quien más ojos tuvo fue para su novio, para don Pedro María Ric. Al llegar tan pronto, no pudieron ver la parada militar que tuvo lugar fuera del templo ni la llegada de Palafox ni la recepción que le hizo el cabildo en la puerta del templo. Ni oír con nitidez las salvas de los cañones, dispuestos al efecto, ni los vivas ni los aplausos enfebrecidos de las gentes, pero se lo imaginaron y permanecieron sentadas, agradeciendo el asiento.

Fue Casta la que oyó y vio todo lo que sucedía fuera, pues que, cuando estaba en la Cruz del Coso, mejor dicho en lo que fuera la Cruz del Coso, dado que los franceses habían hecho añicos el monumento, frente por frente del arco Cinejio y a los flancos del convento de San Francisco y del hospital, ambos edificios reducidos a cenizas, recogiendo con otras gentes los cadáveres de los franciscanos asesinados por los enemigos que, Dios bendito, tantos días a la intemperie hedían, se le acercó un propio, que llevaba rato buscándola, y le dijo, de parte de los canonjes del Pilar, que llevara a su hijo al colegio de Infantes pues estaba previsto que la escolanía cantara en el *Te Deum* que había de celebrarse por la tarde.

La dueña dejó su faena y con su bayoneta en bandolera corrió en busca de Pablos. No tuvo que discurrir mucho dónde estaría pues, como madre que era, sabía que lo encontraría donde le había prohibido ir. Y, en efecto, así fue, lo halló en el sumidero

del postigo de la Tripería pescando peces con otros chavales, y se lo llevó a repelones por desobediente y más collejas que le hubiera propinado si el chico no hubiera estado avisado y se le hubiera adelantado cinco varas. En casa, hizo que se lavara en un lebrillo y ella le frotó con un paño, luego lo avió con el traje de monaguillo y ella se vistió con la saya y la camisa de batista de los domingos, y se puso una pañoleta nueva en la cabeza, para volver los dos a la calle, el crío —que más parecía un ángel— vestido de rojo y con el capillo blanco almidonado, y ella con su bayoneta y con muy buen aire, tanto que unos hombres le silbaron al pasar por la puerta de Toledo, con lo que la dueña, tras mover la cabeza, se dijo que debían estar cegatos. Al verlos llegar, los vecinos, que estaban esperando ya en la calle del Pilar, les franquearon el paso y, cuando la dueña volvió, le hicieron hueco en primera fila, en premio al arrojo que había demostrado en la defensa de la puerta de Sancho y aún le dieron de comer de sus tarteras y de beber de sus botas.

Al terminar el acto, Casta se encontró con las heroínas del Portillo y con las damas. Se saludaron todas con efusión y juntas esperaron al chico, que, por haber cantado tan bien, recibió una propina de dos reales de la condesa y otros tantos de doña Josefa, amén de parabienes de todas las demás y dinero que sumó a su parte de la onza de oro que había regalado Palafox a los niños del coro para repartir entre ellos. Madre e hijo regresaron a su casa, alegres como unas pascuas y para celebrar tanta ventura cenaron huevos rotos.

\* \* \*

El rumor de que los franceses levantaban el cerco, se extendió por el Rabal a la par que por la ciudad pues precisamente fue la orilla izquierda del Ebro la primera en quedar libre de enemigos.

Las rameras del Rabal respiraron hondo al observar, desde el rincón donde las había aislado la multitud que, de unos días acá, venía ocupando su casa y su finca, las desalojaba. Unos, a toda prisa, otros, renqueando y los críos llorando pero todos alegres, tan alegres como ellas cuando se quedaron solas y eso que sus invasores particulares les dejaron la casa hecha una femera.

Y, contentas, salieron al camino y compraron vianda a los campesinos que venidos de los pueblos, les vendieron a alto precio. Matilda pagó con los dineros que llevaba en la faltriquera, que se la había escondido en los calzones, no se la fueran a robar, como habían hecho con su despensa. Luego se dispusieron a adecentar aquello, a barrer las basuras, a llenar el pozal con agua de la tinaja, para echarse al suelo con el jabón y el estropajo, y fregar el piso, que falta hacía, pero oyeron que desde la calle las llamaban.

Se asomaron a la ventana, con tiento, naturalmente, no fueran a ser otra vez sus invasores privados, pero no, que eran dos mujeres. A voces les preguntaron qué querían y ellas respondieron:

—Somos cantineras.

—Y nosotras putas —aclaró Matilda de mala manera.

—¿Y qué? —demandó Marica.

—Nosotras querer hablar con vos...

—Ábreles, Marica.

Y fue que las dos cantineras, con aspecto de meretrices pues que llevaban muchos afeites en la cara, entraron en la casa y le dijeron a Matilda —en su media lengua— que eran francesas y que buscaban trabajo por unos días, solo por unos días, hasta que tuvieran dinero para volver a su país. E iba la dueña del burdel a decir que no, que se largaran con viento fresco, aunque el día prometía ser muy caluroso, porque aquello no era una cantina sino un lupanar, cuando una de las venidas le arrebató el estropajo de la mano, le pidió el jabón, cogió el pozal, se arrodilló en el suelo y comenzó a fregar con ardor. La otra le aclaró que para ser cantinera no era menester tener cantina abierta en su media lengua y añadió que ella y su amiga habían sido cantineras del ejército francés, es decir, las que servían bebida a la tropa, incluso durante las batallas, cierto que a menudo, qué a menudo, casi siempre, ejercían también la prostitución para hacer más dinero.

Entendiera o no entendiera la Matilda aquel parlamento, lo mismo fue. En razón de que conocía muy bien a sus compañeras de oficio con solo verlas y, al contemplar a las francesas, enseguida supo lo que eran. El caso es que, como tenía buen corazón, les preguntó si tenían hambre y le dijeron que sí, y siguió con que si tenían dinero y le contestaron lo que ya suponía que ni un maravedí y, como fregaban tan bien y, dada la basura que habían dejado los invasores, era menester fregar muy bien, las empleó para que hicieran la limpieza y, al quedar satisfecha, tras afanarse las cuatro durante dos horas, las invitó a almorzar y ella misma frió huevos con tocino y hasta pensó en darles unos dineros.

Pero sucedió que un grupo de hombres llamó a su puerta, cuando no habían terminado de untar y de chuparse los dedos y les abrieron, claro. Y fue hasta donoso porque entraron seis catalanes, vestidos al modo de su región con el gorro rojo y enormes calzones y, tras ajustarse con Matilda, lo llenaron todo con sus voces y a poco, tras ajustar más dinero con la dueña del burdel, pidieron de comer, y las prostitutas hubieron de freír más huevos y más tocino y, animados por el vino, los venidos llenaron todo con sus risas y hasta eligieron moza, a las francesas las primeras, lo que desairó un tantico a las españolas.

Pero, Matilda no desaprovechó la ocasión y convino el precio del servicio con las extranjeras, a más de cama y comida, les dijo que no hablaran, que sonrieran, que susurraran, que actuaran como el palomo y la paloma, como los enamorados, como hacen las madres con los niños, no fueran a descubrirlas, no las fueran a matar por ser franchutas y, la verdad, no la comprendieron, salvo cuando se llevó el dedo índice a los labios que entonces, entendidas las instrucciones, ya pudo subir al piso de arriba a hacer las camas, a dar vuelta a los colchones y cambiar las cobijas.

Terminada la faena, envió a las tres mozas con un hombre y ella se quedó abajo con los otros tres, sirviéndoles vino y más vino, preguntándoles de dónde eran, escuchando contar la gesta del Bruc, la proeza del sitio de Gerona y oyendo cantar:

*Bonaparte en los infiernos  
tiene una silla poltrona  
y a su lado está Godoy  
poniéndole la corona.*

O La Marsellesa con otra letra:

*A las armas corred, españoles,  
de la gloria la aurora brilló:  
la nación de los viles esclavos  
sus banderas sangrientas alzó.*

Así hizo tiempo para que terminaran las otras, pues, como le habían robado tanto, no se fio de dejarlos solos, e hizo de madama de burdel.

Y fue marcharse los catalanes y tener cola desde la mañana hasta la noche. Las cuatro prostitutas atendieron a todos y llenaron sus bolsas. De tanto en tanto, entre servicio y servicio, Matilda le decía a Marica:

—Se ve que, idos los enemigos y liberados los hombres de la obsesión de la vida y del miedo a la muerte, se ocupan de dar satisfacción a sus partes bajas que les reclaman lo suyo.

\* \* \*

María Lostal no salió a la calle en el glorioso día de la retirada enemiga, no fue a ninguna parte. No obstante, se enteró de las buenas nuevas y lo celebró con una inesperada visitante que se presentó en su casa. Con su hermana Isabel que se personó al punto de la mañana diciendo que quería conocer a sus sobrinos y llevando un cesto con magdalenas, pues que los pasteleros y panaderos se habían dado prisa en llenar sus alacenas con los productos que no habían entregado en las requisas, al parecer; a más de pan blanco y una tartera de magras con tomate, de tal manera que fue una fiesta. Los críos se quitaron el hambre y se atiborraron y María sacó la última botella de moscatel que le quedaba, y la celebración fue doble por el banquete y por la presencia de Isabel.

Las hermanas, tras besarse y tenerse las manos, lloraron juntas en el reencuentro, y los niños las vieron llorar hasta que se adormecieron, pues que su madre no les privó del moscatel. Cierto que ambas estuvieron mucho tiempo en silencio no porque no tuvieran nada que decirse, sino porque tenían tanto que decirse, que no sabían por dónde empezar. A ratos, mirándose a los ojos, a ratos, evitando mirarse o esbozando

una sonrisa o deteniéndola, o alumbrando una lágrima o tragándosela o dejándola correr, hasta que María se levantó a fregar los vajillos, pero Isabel se adelantó, diciéndole:

—Ea, déjame, hermana, yo lo haré, que tú lo has hecho muchas veces por mí.

Y ya soltó la lengua y aseveró que la habían despertado las bombas, que, ante tanto estrépito y tan continuo, una mañana, a la que no supo ponerle fecha, se había levantado de la cama por ver si se trataba del Día del Juicio Final. Por avisar a Pepe, su marido y por prepararse ella también, no la fuera a tomar el Señor Jesucristo por una de las vírgenes necias y no la llamara a su derecha para entrar con todos los justos en el Cielo para toda la Eternidad... Y que, tras ponerse en pie, se había asomado a la ventana y visto a las gentes correr y, a saber por qué, había visto el mundo por primera vez en mucho tiempo con sus colores naturales y había respirado el aire puro de la calle y, tornando la cabeza, reparado en el pequeño mundo de su casa tan poco grato a la vista, tan aborrecible al olfato para ser más exacta, y se había puesto a limpiar, a dejarla como los chorros del oro... Para, ay, Virgen del Pilar, volver a la vida como si abandonara un mal sueño...

La vinatera la contemplaba atónita, pues que, a más de lo que contaba, hablaba como un predicador, mucho mejor incluso que los curas, y claro interrumpió:

—Hablas mejor que el padre Boggiero, el de los Escolapios, ¿qué has hecho?

—Leer, leer bastantes libros durante cinco años.

—¿Sabes leer? ¿Quién te ha enseñado?

—Las monjas de Altabás, mis vecinas.

—¿Las monjas?

—Sí, cuando Pepe se postró en la cama vinieron a atenderme...

—¿A atenderte?

—A traerme comida y libros.

—Yo creía que solo te atendía yo.

—Tú y ellas. Ellas me trajeron un ejemplar de los Santos Evangelios y me enseñaron a leer en él, luego me dieron lecturas piadosas, vidas de Santos sobre todo.

—¡Anda, qué rediela!

—Fue bueno, así pude ocupar el tiempo.

Ida la visitante, la Lostal quedóse un tantico amohinada, en razón de que siempre había creído que la única persona, que había ayudado a su hermana durante su postración o locura, había sido ella pero, mira no, que las monjas de Altabás también lo habían hecho, aunque en fregar y limpiar no se hubieran esmerado precisamente. Y sobre el hecho de la resurrección de Isabel, por utilizar un símil, lo tildó de milagroso, pero si se lo hubiera contado a Agustina de Aragón, tal vez hubiera convenido con ella en que estaban pasando cosas inexplicables en la ciudad pues que la heroína seguramente le habría comentado lo de la bolsa de dineros, y hubieran sido ya dos las personas que no hubieran sabido encontrar razón a ciertos sucesos.

\* \* \*

En Zaragoza, finalizados los dos meses de asedio, las campanas dejaron de tocar a rebato y no tañeron a muerto quizá porque había demasiados o porque no había quien las tocara, pues que los curas de las parroquias anduvieron celebrando funerales o llevando el Viático a los moribundos o velando a los difuntos en la misma calle y los sacristanes fueron con ellos. Las plañideras volvieron su trabajo, a llorar y, como les sucedió después de la batalla de las Eras, tampoco supieron por quiénes lloraban pero llenaron las faltriqueras. Las monjas tornaron a sus conventos a rezar por la salud de los vivos, por las almas de los muertos y porque no regresaran los franceses. Las tropas salieron en pos del enemigo para combatir su retaguardia y arrojarlo cuanto antes de España, pero al resto de los pobladores les costó más tiempo tornar a sus labores y obligaciones. En razón de que vivían en la desolación y había mucho por hacer en el recinto urbano pues que era menester eliminar las trincheras y cortaduras de las calles, tapar las zanjas, retirar la enruna de las casas destrozadas por los bombardeos, pues que más parecía haber pasado por allí la peor de todas las tempestades del mundo, con lo cual, los habitantes, aunque celebraban la derrota de las águilas francesas y no se quitaban de la boca el nombre del rey José, para insultarlo llamándole intruso y usurpador a más de borracho y cabrón, continuaron con sus apuros y embarazos. Máxime, porque estaban débiles, muy débiles pues, aparte de haber dormido poco, habían comido menos y las gentes, hombres y mujeres, parecían esqueletos, tanto había sido el hambre.

De levantar los cadáveres de las calles, se ocupó la vecindad, pues que la mayoría de los miembros de la Hermandad de la Sangre de Cristo habían muerto. Las mujeres llevaron flores a los cementerios de las parroquias y asistieron a decenas de funerales y responsos, haciéndose eco de que, sin fuego de artillería, los vivos podían enterrar mejor a los muertos, máxime cuando se empezó a comer mejor pan.

De recoger el trigo, el que se había salvado de la quema, y lo que pudiera quedar de fruta, los labradores se organizaron en cuadrillas y fueron a revisar los campos para volver diciendo que la fruta se la habían comido los pájaros o los franceses y que las mujeres se quedarían sin hacer conservas para el invierno por falta de producto y, en cuanto al trigo, regresaron contentos, sosteniendo que se había agostado y que el que esperara recoger una fanega, echara cuentas con media. Culparon de ello a la sequía y al descuido, pues que todos habían estado ocupados en la guerra y hasta explicaron que mejor el cereal agostado que encamado, pues, pese a todo, se salvaría bastante cantidad.

\* \* \*



Al día siguiente, la señora Casta dejó a su hijo en el colegio de Infantes y se encaminó a la Cruz del Coso para recoger muertos, pero ya la caridad de las gentes había hecho aquel trabajo y a los franciscanos los habían enterrado en el fosar de San Gil, y fue a darse media vuelta cuando vio a una mujer que salía del citado lugar llevando un cadáver a cuestas. Acudió, naturalmente, porque la portadora caía bajo el peso del pesado cuerpo, en una situación algo semejante a lo que le sucedió al Señor Jesucristo camino del monte Calvario, y se aprestó a ayudar, a hacer lo que hizo Simón de Cirene. Pero, conforme se acercaba, observó que no se trataba de un muerto, que llevaba una imagen y, en efecto, al momento constató que se trataba de un Crucificado de los de colgar en las iglesias, sin brazos, y le preguntó a la dueña que permanecía arrodillada y con la figura a medio caer:

—¿Adónde vas, adónde quieres llevar el Cristo?

Pero no le contestó, se levantó, arrojó la imagen de malos modos y, acto seguido, se echó a reír a carcajadas, a gritar como una posesa y hacerle burlas.

Casta se quedó un tantico pasmada, pero advirtió enseguida que estaba hablando con una de las dementes escapadas del hospital, de las que, se decía, rondaban por la ciudad, ya fueran sueltas o en grupos de mujeres o con los hombres, y le demandó:

—¿De dónde es el Cristo? ¿Es de los franciscanos o del hospital? ¿Dónde está la cruz, qué has hecho con la cruz y con los brazos del Santo Cristo?

Pero no hubo modo ni manera de que le respondiera. En vez, se le acercó mucho a la cara, le miró a los ojos sin ver, volvió a hacerle burlas, empezó a hacer movimientos bruscos y, en uno de ellos, se agachó, cogió la imagen y se la echó al hombro para avanzar unos pasos y tornar a caer, porque era de madera maciza y pesaba a lo menos diez arrobas. Que bien que lo constató Casta cuando la cogió por la cabeza y siguió a la loca que lo llevaba por los pies, e iba y tornaba sin camino prefijado.

Y, como iba la demente por la acera del sol y hacía una calor del demonio, al llegar a la calle del Trenque, la Casta pidió ayuda a unas mujeres que estaban velando a un muerto, que dejaron de rezar el rosario y se acercaron, prestas a lo que menester fuere y, entre todas ya pudieron con la imagen y se encaminaron a San Felipe, la iglesia más cercana, para entregárselo al párroco y que hiciera con él lo que creyera conveniente. Cierta que la loca organizó una trifulca en la puerta del templo, de tal magnitud que el cura hubo de interrumpir la santa misa que celebraba, lo mismo que había hecho mil veces cuando los franceses sitiaban la ciudad, e intervenir para poner paz.

Finalizado el asunto felizmente, Casta llevó a la mujer a la madre Rafols y le contó lo ocurrido. Y, mira, que la religiosa a más de aceptar a la enferma, se albrició porque, por lo que Casta le había hablado de un Santo Cristo con cabello natural, falda larga y ojos de cristal, se adujo que era el de la iglesia del hospital y aún le hizo unas carantoñas a la mujer, a la loca, en razón de que había logrado salvar una imagen muy querida para la congregación. Y eso, que hasta los dementes tenía un

papel en aquella Zaragoza de millares de locos.

\* \* \*

El boticario Perales fue la única persona en la ciudad que no se alegró de la retirada francesa, pues que había echado cuentas y le habían salido rosarios. Y arrojó pestes por su boca delante y detrás de su señora madre, escandalizándola, pues que la mujer era buena patriota; bien cierto que se guardó muy mucho de comentar el tema con sus parroquianos. Y lo que son las cosas, él tan pro francés, cuando acompañó a su madre a la plaza del Mercado, pues que le amenazó con denunciarle si no iba con ella, y contempló con sus ojos cómo el verdugo ahorcaba a cuatro enemigos, siquiera pestañeó cuando sostuvo una pica con la cabeza clavada de uno de ellos que el gentío pasaba de mano en mano. Participó en la fiesta como uno más, pues ya estaba entrenado, dado que horas antes en su botica había tachado a los gabachos de cobardes, de rajados, de irresolutos, de desperdiciar el potencial de su ejército, de no haber sabido reducir a los zaragozanos que, reclusos tras unas murallas, malas por antonomasia, con menguados medios y mucho valor, habían derrotado al mayor y al mejor ejército del mundo y no desentonó con los demás, pues llamó cobardes a los ahorcados. Congratulando así sobremanera a su progenitora, pues que parecía un español más, un patriota más, cuando lo había llevado a rastras queriendo tal vez hacerle un favor, pues que su hijo se estaba significando en exceso y cualquiera podía acusarle de afrancesado y denunciarlo a las autoridades.

\* \* \*

Doña Josefa Amar fue la primera en abrir su salón y en librar billetes de invitación. Acudieron nobles, entre ellos la condesa de Bureta que ya había levantado la barricada de la calle de la Torre Nueva y tornado los libros a su estantería de la biblioteca, burgueses y varios curas y, tras apenarse porque hubiera muerto don Tal o doña Cual, los hombres encendieron sus cigarros y todos iniciaron animada tertulia. A ver que, a más de gozosos, estaban victoriosos, don Pedro María Ric fue el primero en decirlo:

—Hemos sostenido esta santa guerra hombres y mujeres, aristócratas, curas, frailes, monjas, comerciantes, menestrales y hasta gente vil para abatir el orgullo del tirano, para salvar la libertad, la patria y la augusta persona de nuestro legítimo soberano.

Y siguieron los demás:

—Cada día hubo un combate.

—Cada día logramos una victoria.

—Han muerto a lo menos 8.000 franceses.

—La Virgen del Pilar no dejó de ampararnos en ningún momento.

—Ha sido el mayor descalabro sufrido por los ejércitos napoleónicos.

—El pueblo zaragozano pasará a los anales de la Historia.

—La pena es que todos hemos perdido algún pariente o amigo —sostuvo la condesa.

—Cierto, señora mía, pero consuéllese vucencia, porque también hemos perdido enemigos que Dios habrá enviado al Infierno, mientras que los amigos gozarán de la Gloria eterna.

—¿Quiere decir usía que en el lote de muertos me habré quitado enemigos? Pues, no los tenía ni los tengo...

—Todos tenemos alguien que nos quiere mal.

—¿Pretende decir usía que si a uno, a cualquiera, se le han muerto tres amigos y tres enemigos, le salen las cuentas...?

—Ea, no porfien sus mercedes... Se ha comentado que el día 4, lloró la Virgen Pilar, ¿saben algo sus reverencias? —demandó doña Josefa a los sacerdotes quitándose los anteojos.

—Yo, no —respondió el padre Sas.

—Vos no lo podéis saber porque andabais del baluarte a la trinchera.

—Yo, tampoco. Estaba ausente —contestó el padre Boggiero.

—¿Ya estaba su merced preso en aquella fecha?

—No. Me hicieron prisionero al volver a Zaragoza. Hace tres días.

—No hay que hacer caso de eso, son contarellas...

—¿Es cierto que a su reverencia lo llevaron delante del general Lefebvre?

—Cuéntenos cómo es y qué facha tiene.

—Si me lo permiten, prefiero no hablar de él...

—Disculpe, padre...

—Cambiando de tercio, hay personas que aseguran haber visto fantasmas...

—¡Fantasmas, el hambre...!

—El hambre, la sed, el cansancio, el hastío, la sangre a la vista, los muertos, los heridos...

—Hacen ver lo que no es.

—Si el hombre no tuviera que comer a diario, sería todo más simple —intervino doña Consolación.

—No crea usted eso, hija mía, habría más tiempo para hacer maldades —atajó Boggiero.

—¿Qué jaleo es ese?

—No sé.

—Algo sucede. Hay mucha gente.

—Se dirigen a la plaza del Mercado.

—Seguro, que van a ahorcar a alguien.

—Será a unos franceses que han apresado... Se dice que no sabían que sus jefes

habían levantado el asedio.

—O a algún ladrón.

—Si son franceses o ladrones lo tendrán bien merecido.

\* \* \*

En los días que siguieron, las mujeres de la fuente del Portillo y las de la Magdalena, a más de la señora Casta, se pusieron a disposición de la madre Rafols que, por orden del propio Palafox, debía proceder cuanto antes al traslado de todos los enfermos de la casa de la Audiencia al Hospital de Convalecientes, que era de militares y, unas le ayudaron en tal menester y, otras, se dedicaron a buscar huérfanos por las zonas de la ciudad que habían estado ocupadas por los enemigos.

La condesa de Bureta y doña Josefa se emplearon en bajar a los enfermos labor que les llevaría varios días: subirlos a los carros, trasladarlos y aposentarlos, como mejor se podía pues el edificio también había sufrido lo suyo. A la par se ocupaban en ello los médicos, enfermeros, monjas y gentes de oficio, todos hombro con hombro.

Agustina de Aragón, su hermana Quimeta, la señora Casta, María Agustín y Manuela Sancho, fueron en busca de huérfanos y su labor resultó más que peligrosa, pues que empezaron por el barrio del Carmen y accedieron a las casas, que estaban medio caídas o derruidas del todo y, como habían volado techos, vigas y muros y cada casa había sido un fortín y cada habitación un campo de batalla, a más de evitar los escombros tuvieron que saltar acá o encaramarse o trepar allá, tan concienzudamente como hacían su trabajo. Con el triste agravante de que recorrían los boquetes que habían hecho los escopeteros de San Pablo entre finca y finca y, aunque se hubieran retirado ya los cadáveres, se encontraban con brazos y piernas podridos, restos que metían en un saco y se los llevaban a enterrar, otro tanto que los objetos que veían buenos, aunque eran pocos —pues los franceses habían arramblado con todo—, para depositarlos en la casa consistorial.

E iban y venían con los sacos llenos, con los sacos vacíos, y las paraban las gentes para ayudarles con el peso o para informarles de tal o cual o para contarles, por ejemplo, que el panadero de la plaza del Carbón, tras sobrevivir al asedio, después de servir en la torre del Pino y en la puerta del Carmen, había fallecido, Jesús qué Dios, después de la contienda, a causa de la mordida de un perro, y claro, se detenían un ratico a comentar la mala suerte del hombre. O las paraban para decirles que la Tal, la de la calle Tal, había visto duendes o que había una mujer por la calle del Pilar llevando una cruz a cuestas como si fuera mismamente el Señor Jesucristo camino del Calvario y decían de ir a verla, pero no iban porque tenían mucho quehacer. A ver que, a más de llenar sacos con brazos y piernas o con objetos, habían salvado a un niño de unos dos años que se asomaba peligrosamente a una ventana. Habían extendido una manta —que también llevaban mantas, porque vaya su merced a saber qué necesitarían en su ingrata labor y qué no—, la habían tensado entre todas

y habían recogido la criatura al caer, como si jugaran al pelele. Lo mejor que había podido suceder pues que no se podía llegar al piso donde estaba el niño por encontrarse la escalera destruida, y se lo habían llevado a la madre Rafols, para que dispusiera ella. A más que habían acompañado y tratado de consolar —que lo hubieran logrado era otro cantar— a dos doncellas desamparadas que si estaban desesperadas por lo que les hubiere sucedido, se afligieron todavía más cuando las rescataron entre los cascotes, como si las rescatadoras, las buenas mujeres de la fuente del Portillo y alguna más, fueran enemigas. También les impresionó encontrar a una anciana muerta, sentada en su mecedora, con un rosario en la mano y con la boca abierta, como si fuera a iniciar el *Dios te salve, María*, o tal se les hizo, pues que, una, decía una cosa y, otra, otra, a veces, difícil de creer, a veces, hasta difícil de ver, como en aquella ocasión con lo del avemaría. Pero continuaban incansables pese a que detestaban el olor a humo y cadaverina que les quedaba en la nariz y en las ropas.

\* \* \*

Diego Sola volvió a su casa, no sin antes haber detenido y encarcelado a una partida de saqueadores. Entró en la tienda de vinos voceando que merecían la horca y estaba tan enojado y alborotó tanto que despertó a sus hijos, con lo que le había costado dormirlos a María Lostal, su mujer, el día que más tiempo le había llevado en razón de que estaban nerviosos, mucho más que cuando caían bombas por doquiera, quizá porque, como ignoraban el dolor y la destrucción que repartían los proyectiles, se habían habituado al estrépito y no se acostumbraban a vivir sin él.

María le informó al momento de que los toneles y barricas de la tienda estaban vacíos y le enseñó la botella de moscatel más que mediada que le quedaba, tratando de que se pusiera en contacto con sus proveedores a fin de reponer las existencias cuanto antes, queriendo que saliera de casa, pese a que acababa de llegar. Cuando le falló lo del vino, le preguntó si había traído dineros y Diego le dijo que no, que, como habían robado la Tesorería, se habían reducido las soldadas a la mitad. Ella aún intentó distraerle con su hazaña, con que había salvado los copones de la iglesia del Carmen, pero fue inútil, porque veía en sus ojos lo que le iba a pedir, lo que le iba a ordenar, dado que, por lo que fuere, venía enojado y cuando se enfuñaba era para echarse a temblar. Sucedió lo que se temía y la dueña se tuvo que ir a la cama con él, pues que, aunque venía derrengado, el agotamiento no le había afectado a sus partes de varón, al igual que en otras ocasiones. Y, la verdad, le resultó un suplicio pues, aparte de lo intempestivo de hora y del cansancio de ambos, los críos no dejaron de llorar y de llamar a la puerta y menos mal que había tenido la precaución de echar el cerrojo.

\* \* \*

Matilda y Marica hicieron buenas migas con las francesas pues que las venidas eran muy dispuestas, lo mismo para holgar con los clientes como para coger el estropajo y el jabón, tanto es así que compartieron con ellas mesa, confidencias, opiniones y hasta pensamientos y, en otro orden de cosas, afeites, trajes y lo más personal que tenían: el irrigador. Con ello en vez de ser dos las meretrices del Rabal, fueron cuatro.

Un día, la madama, para premiar y distraer a sus chicas, decidió coger el coche de galera que venía de Huesca y llegarse a la ciudad a ver lo que hubiere; y se llevó dineros para comprar una mula por reponer la que le habían robado los bandidos delante del convento de Jesús.

Y tal hicieron. Se vistieron, las francesas con trajes de las españolas a la llamada moda «imperio», se acicalaron, se pusieron polvos egipcios en las mejillas, rojete en los labios y se pintaron los ojos con azul de antimonio y, sin disimular lo que eran, salieron al camino. Detuvieron el vehículo, se montaron en él y abonaron el pasaje, causando la consiguiente conmoción entre los viajeros, pues que las mujeres volvieron la vista o permanecieron con la cabeza gacha durante todo el trayecto y los hombres la emprendieron a silbidos, les hicieron proposiciones deshonestas y les dedicaron abundantes palabras groseras, con gran regocijo de los cocheros, que, en el pescante, se reían a carcajadas.

Cuando se apearon, Marica dijo de ir a tomar un refresco a la plaza del Mercado y, tras causar la misma expectación que en la galera y oírse piropos e impertinencias, tal hicieron, en el puesto de la tía Paca que, como el resto de los comerciantes, se había dado prisa en extender su género. Le compraron dos vasos de grosella y dos de zarzaparrilla y se los bebieron despacio bajo el toldillo. Las españolas, pues las otras no abrían la boca en público por prudencia, estuvieron comentando lo delgadas que estaban las gentes y lo desmedradas que se les habían quedado las mejillas, haciéndose eco de lo mal que lo habrían pasado y de lo poco que habrían comido murallas adentro, pues que más parecían esqueletos vivientes. Terminado el refresco, se desplazaron a la zona de los tratantes de caballos pero la mercancía era escasa pues que las bestias habían sido empleadas en la guerra. Y fue que un gitano les pidió una cantidad desorbitada por una mula de carga, insistiendo en que era candonga, pero se veía que era de paso, y mala, a más que estaba en los huesos y nunca podría tirar del carro. Por eso no la compró Matilda, que no se fio del gitano.

Y, tras recorrer aquel mercado tan bien abastecido ya, y comprar pernil, olivas, embutidos, tortas y confituras, como llevaban bastante peso, Marica instó a Matilda a alquilar un coche de punto para volver a casa, en vez de hacerlo en el de San Fernando, es decir, un rato a pie y otro andando, chascarrillo que no entendieron las francesas.

Si las prostitutas hubieran platicado con las gentes, a más de contagiarse de la

inmensa alegría que reinaba en la ciudad seguramente que hubieran notado, que no eran despreciadas, pues algunas hubieran aprovechado para narrar les con detalle las proezas que habían realizado durante el sitio o las que habían visto hacer, pues que había personas deseando contar, a quien fuere, lo sufrido, ya fuere visto u oído. Les hubieran hablado sin duda de las hazañas de los zaragozanos, y de los venidos de fuera, que corrían en letra impresa asombrando a la Europa entera: de que entre todos, militares y paisanos, habían doblegado a las águilas; de que el Ángel de la Muerte había sobrevolado la ciudad durante dos meses, ensañándose mucho más con los franceses que con los españoles; de que había muerto el Fulano y el Mengano; de que habían ahorcado a tantos y cuantos por hacer tal maldad o tropelía, y hasta hubieran podido llorar con los que se lamentaban de la muerte de esposas, maridos, padres, hijos, parientes y amigos.

Y, si hubieran estado más tiempo, hasta hubieran podido llevar a Marica al sacamuelas, pues que empezaron a punzarle las muelas antes de llegar a la torre y Matilda tuvo que dar dineros al cochero, para que comprara en una botica un frasco de tintura de láudano para aliviarla. Y menos mal que el hombre era honrado y fue y volvió con el preparado, pues que a la moza había venido un dolor muy agudo.

## Capítulo 13

Por el día, en la ciudad había duelo por los muertos y mucho trabajo para retirarlos de las calles y ordenar el caos, pero también había fiesta, mucha fiesta, por la noche, a más de alegría durante toda la jornada en razón de que se daban por bien empleados los males sufridos y la sangre derramada. Con motivo, pues que los franceses, aunque pudieran regresar, por el pronto y merced a un nuevo milagro de la Virgen del Pilar, habían desalojado en muchas millas a la redonda y, de consecuente, la libertad había tornado por aquellos parajes.

Y, aunque Zaragoza no era precisamente el quinto cielo, pues había que cubrir las cortaduras, retirar los parapetos, enterrar los cadáveres, rezar por los muertos y agradecer la vida de los sobrevivientes, al caer la tarde se daban por terminadas las faenas. Entonces, se juntaban los vecinos a tomar la fresca, sacaban sillas y linternas a la calle, a más de una bota de vino y, animándose, con el «hala maña o hala mañico», cantaban jotas con o sin bandurria y, a menudo, hasta bailaban boleros o jugaban al pelele organizando una verbena en cualquier lugar. En la fuente del Portillo, en la plaza de la Magdalena o en la del Mercado, a hombres y mujeres, soldados y paisanos, nobles y plebeyos, qué plebeyos, infanzones, pues que Palafox había otorgado tal título a los defensores de Zaragoza, y hasta niños y niñas, les daban las 10. Y si uno cantaba una jota, el venido de Extremadura le respondía con otra canción de su tierra, otro tanto que el de Cataluña o el de Madrid, más o menos de esta guisa:

*Al otro lado del Ebro  
tiran bombas y granadas  
y la Virgen del Pilar  
con su manto las apaga.*

O:

*¡Viva la alegría!  
¡Viva el buen humor!  
¡Viva el heroísmo  
del pueblo español!*

O:



*Dale que dale,  
¡Viva Fernando VII,  
rabie quien rabie!*

Y es que, además de empezar los habitantes a comer sin restricciones y a quitarse el mal pelo, era muy donoso, y mucho más cuando todos a una se dedicaban a insultar al rey José o a los mariscales de su hermano Napoleón con gruesas palabras o cancioncillas, que entonces se desternillaban de risa. O cuando la emprendían con vivas al deseado rey Fernando VII, cuya vida guarde Dios, que entonces levantaban los brazos al cielo pidiendo otro milagro a Nuestra Señora del Pilar para su reposición en el trono y haciendo votos para que, cuanto antes, los franceses fueran arrojados de España de mala manera, del mismo modo que los antiguos habían hecho con los sarracenos en el solar hispano. Así las cosas, las gentes tenían tanta alegría por vivir, que más parecía que no hubieran sufrido.

Cierto que había quien se aprovechaba del holgorio: el ladrón que afanaba una bolsa, el fullero que jugaba con dados trucados; el hombre que se arrimaba demasiado a una moza, el que, al amparo de la oscuridad, se la llevaba detrás de un soportal, el que le prometía esto o estotro o que le regalaría tal o cual y hasta que se casaría con ella a cambio de ciertos favores.

\* \* \*

Agustina de Aragón y María Agustín ocuparon un lugar preeminente en la ceremonia de proclamación del muy amado monarca Fernando VII, que siguiendo un acuerdo del pasado 9 de junio, que fue menester posponer porque los franceses se presentaron ante los muros de Zaragoza, tuvo lugar, por fin, el 20 de agosto, con las calles limpias, los balcones adornados y por la noche muchas luminarias.

De buena mañana, ambas se habían encaminado a la plaza de La Seo, aviadas con sus mejores trajes y con mantillas en la cabeza, pues no en vano habían sido invitadas por el capitán general. Las acompañaron varias mujeres de la fuente del Portillo y Quimeta, todas engalanadas, mas no pudieron acceder a los tablados de autoridades, pese a que se quejaron en tanto que ellas también habían contribuido al feliz discurrir de la guerra. Y se fueron murmurando a otro de los puestos establecidos por la ciudad para el mismo acto.

Las heroínas fueron instaladas en una tarima frente a la casa consistorial y pronto contemplaron cómo salían las autoridades y ocupaban sus puestos bajo un retrato del rey, todos en traje de ceremonia, y cómo uno de ellos alzaba el real pendón y con gruesa voz proclamaba a nuestro católico monarca don Fernando VII rey de España, de Castilla, de Aragón y de Zaragoza, por tres veces ondeando el dicho pendón. Y el gentío, que era inmenso, prorrumpió en vivas que duraron media hora, tiempo en el cual don José de Palafox se asomó al balcón de la casa que ocupaba y fue vitoreado

lo indecible. Otro tanto, cuando salió del palacio, precedido por soldados de caballería, él montando magnífico alazán, seguido por los Voluntarios de Aragón, y fue que se juntaron las autoridades civiles y militares y se cumplieron unas a otras, y se felicitaron. Y ya continuó la comitiva hacia los otros puestos elegidos para el mismo acto, que se celebró también en la plaza del Pilar, en la del Mercado y en la Cruz del Coso, siempre con tropa guardando la carrera y con la gente alborotada, gozosa por demás.

Al acabar el acto en la plaza de La Seo, a la Artillera le cantaron esta jota:

*No hay mujer más atrevida  
que Agustina de Aragón,  
que en la puerta del Portillo  
sola disparó el cañón.*

Se dijo que Palafox detuvo su caballo al oír la canción, pero no fue cierto, pues que hubo de continuar el protocolo, amén de que solo la escucharon los que estaban cerca de la jotería. Agustina se holgó y María también porque tenía el corazón generoso y, sonriendo, atendieron al personal que deseaba darles las manos y oír de sus propios labios el relato de sus hazañas. Aquello de que la Artillera se había encaramado sobre los soldados muertos de la batería del Portillo, había tomado el botafuego y disparado un cañón de grueso calibre sobre los franceses matando a un sinnúmero de ellos y haciéndoles retroceder escarmentados, con un hondón en el alma y mal heridos. O que, por su parte, María había cogido dos pesados cestos de cartuchos y corrido como si llevara alas en los pies entre las balas de amigos y enemigos, pues que ambos estaban enzarzados en un infernal fuego cruzado, para entregarlos al prior del convento de los Trinitarios y volver herida, tan malamente que se había quedado manca siendo tan joven como era. Pero las dos, ya fuera por humildad, ya fuera por no recordar sus trances respectivos o porque todavía eran incapaces de explicarse quién o qué las había impulsado a realizar su heroicidad, se mostraron remisas a contar sus hazañas, a dar las manos y mucho más a dejarse besar. No obstante, pese a los agobios de las gentes, tuvieron un día a recordar, pues el Ayuntamiento las invitó a la cena que ofreció a Palafox, junto a militares, nobles, canónigos y sacerdotes, etcétera, donde hubo abundancia hasta decir basta y coincidieron con la condesa de Bureta y doña Josefa Amar, pues pusieron a las mujeres juntas, quizá para no aburrirlas con el tema de la guerra y que hablaran de sus cosas. Otro tanto les sucedió días después, cuando Palafox correspondió con otro banquete también de manteles largos en su propia casa, donde también coincidieron con las damas y, a más de comer buenas viandas y saborear mejores vinos, celebraron con todos que los enemigos hubieran levantado el sitio de Gerona y más que la Inglaterra, animada por las victorias españolas, hubiera hecho las paces con España y desembarcado un cuerpo de ejército en Lisboa, al mando del general Wellesley, cuya

sola presencia había obligado a que el general francés Junot aceptara evacuar Portugal y embarcar a todas sus tropas en barcos ingleses —de este hecho se rieron todos sobremanera—, para dejar libre aquel país.

\* \* \*

Lo de que fueran gentes a platicar con las heroínas fue común. A quien más le iban era a la Artillera sobre todo hombres. Soldados de todas las partes de España, de uno en uno, de dos en dos o en grupos, pues la querían conocer, para saludarla a la manera militar. Y algunos, los más osados, para invitarla a bailar sin saber que tenía marido, nada menos que un compañero de armas, que un cabo de artillería, o sin quererlo saber y, de paso, susurrarle bonitas palabras al oído, ya enalteciendo su gesta, ya alabando su buen aire.

A María, aunque estaba soltera y su rostro no mostraba un ápice de amargor por lo sufrido, los hombres le rondaban mucho menos, quizá porque a primera vista era patente su manquedad, y eso, que no la cortejaban apenas, pese a que era mujer de prendas y a que ya se manejaba de maravilla con una sola mano.

Iban a contarles tal o cual, que si habían hecho... que si habían visto hacer en el convento de San José... o en la calle del Pabostre o en la puerta de Santa Engracia o en la de Sancho o en el Rabal, que habían hecho esto o estotro... o muerto a decenas, a cientos, de enemigos, pues que los había exagerados, o que habían salvado a una vieja... o disparado a los perros que devoraban cadáveres en tal sitio o en tal otro, o que, siguiendo al cura Sas, habían participado en tal escaramuza o en tal otra.

El caso es que casi todos tenían algo que contar, algo de qué jactarse. Los de dentro, de lo acontecido; los de la partida del tío Jorge de cómo habían luchado a orillas del Ebro, siempre escoltando a Palafox, como si su sombra fueren; los soldados que habían venido de Valencia de cómo habían rechazado a los franceses impidiendo que entraran en la ciudad y los de Lérida del sitio de Gerona y de la victoria del Bruc, por ejemplo.

La Artillera y Quimeta se dejaron contar mil veces la gesta del Bruc por ver si alguno de los narradores les daba noticias de sus maridos. Pero no, que todos hablaban de que el combate, la primera derrota que sufrieran los invasores en suelo español, no había sido negocio de militares, sino de payeses, que habían actuado por su cuenta y mencionaban a un dicho Isidro, un muchacho, que con su tamborín había puesto en fuga a toda una división del ejército francés, eso sí, con el apoyo de una fortísima lluvia, felizmente enviada por la Virgen de Montserrat, que se había cuidado muy mucho de dar suelta a las cataratas del cielo en tan preciso momento.

Con tales informaciones y absoluta desinformación sobre Juan y Manuel, las hermanas Zaragoza se apesaban, no solo porque nadie les daba razón de su paradero y salud, sino porque era como si se hubieran perdido sus nombres, como si no hubieran sido los héroes del Bruc, cuando lo habían sido. Que bien lo supieron de

sus propios labios y, sin embargo, más parecía que no hubieran existido, como si Juan no hubiera mandado la tropa del Bruc y Manuel la de Esparraguera, consiguiendo con su arrojo, valentía y acertada estrategia iniciar la serie de victorias españolas.

Era además, Dios de los Cielos, como si a sus cuerpos se los hubiera tragado la tierra y como si sus nombres hubieran sido borrados de los registros militares, pues que preguntaban por ellos a oficiales y soldados de los regimientos recién venidos o se presentaban en la Capitanía General a lo mismo, y nadie les daba la menor noticia. Con lo cual, Agustina pensó que la bolsa que, extrañamente, le había puesto en la manos el guardia valona hacía días, y que mermada andaba ya, era la herencia de Juan que, en trance de morir, se la había entregado al desdichado con el ruego de que se la llevara a su mujer, a Agustina Zaragoza, conocida como Agustina de Aragón y como la Artillera, quizá diciéndole también que le expresara su amor y su felicidad por haber matrimoniado con ella, o algo semejo. A más de añadir, de musitar más bien, por el aprieto en que se hallaba que, tras ser uno de los dos principales héroes del Bruc, moría en el lugar que fuere por el rey, la religión y la patria, pidiendo los Santos Óleos o, en caso de que no hubiera capellanes por allí, a la espera de que le celebraran funeral con los otros muertos del día. Y concluía con que el valona no le había podido transmitir las últimas palabras de su buen esposo porque, a consecuencia de la guerra, se había quedado mudo, aunque demasiado había hecho entregándole la bolsa y, unas veces rompía a llorar y otras no.

Quimeta, que también se temía lo peor, la consolaba y, aunque llevaba por dentro la procesión, quitaba importancia a la falta de noticias asegurándole que si no las había, no eran malas, y que, lo que les sucedía a las dos pasaba en otras muchas casas, que desconocían el paradero de maridos, padres o hijos, pues que las comunicaciones habían estado cortadas durante mucho tiempo y no había habido correo, y le ponía de ejemplo la victoria española en Bailén, de la que los zaragozanos se habían enterado veinte días después pese a lo importante que había sido. Y para distraerla le instaba a ir a coser camisas a la fuente del Portillo y a que, llegada la noche, permaneciera en la verbena y bailara con los hombres que le solicitaran el honor de danzar con ella.

Y fue que un sábado, cuando ya los holgorios se habían reducido a las vísperas de festivo en razón de que la ciudad había vuelto al trajín habitual y los soldados estaban en sus cuarteles bajo las órdenes de sus jefes; los labradores recogiendo la cosecha por los alrededores; los artesanos y comerciantes en sus talleres y tiendas y las mujeres en sus casas con sus faenas propias o lavando la ropa en el río con tranquilidad, es decir, cada uno en lo suyo, eso sí, tratando de mirar lo menos en derredor para que sus ojos no se toparan con los derrumbes y con el horror circundante... Fue, decíamos, que se le presentó a Agustina de Aragón un capitán de los venidos de Valencia, y que bailó con él, uno, dos boleros. Y fue que, al terminar el segundo, el hombre ya la miraba a los ojos con amartelamiento y que, mediado el tercero, le susurraba al oído palabras de amor y que, en el cuarto, ella ya tenía que

zafarse de las efusiones del hombre, a la par que, seguramente, le comunicaba que estaba casada y que esperaba la pronta llegada de su marido, a la sazón cabo del Primer Regimiento del Real Cuerpo de Artillería y uno de los dos estrategas de la gloriosa acción del Bruc.

Y, aunque era noche oscura y escasa la luz de las velas, lo de que la Artillera había bailado cuatro boleros seguidos con el mismo hombre trascendió y fue muy comentado entre las mujeres de la fuente del Portillo. Quizá por tratarse de la heroína, quizá porque el militar era hombre complejo y muy galano, o porque alguna de aquellas dueñas tenía imaginación acalorada o porque todas eran alparceras y había más tiempo para comadrear o porque, hasta la fecha, ninguna se había extrañado de que las féminas danzaran con desconocidos y todas lo habían hecho cuando se lo habían pedido. En virtud de que, como ya se dijo, la guerra había acercado mucho más a los dos sexos, pues que ellas durante los dos meses y un día de asedio habían luchado con ellos y no solo disparando cañones o fusiles, sino que les habían dado de comer y de beber, llevándoles el rancho y el cántaro incluso a los baluartes situados extramuros, con riesgo de sus vidas; habían cosido camisas para la tropa y preparado miles de cartuchos para la defensa; habían llenado sacos terreros y laneros para hacer trincheras; habían apagado incendios y acarreado agua haciendo cadena como si estuvieran en una cuerda de forzados; habían asistido a los heridos trasladándolos y habían encomendado los muertos al Señor, incansables siempre y a la par con los hombres en las penalidades y trabajos, por eso a nadie extrañaba que, en la alegría, estuvieran hombres y mujeres juntos. Pero lo de Agustina con el capitán don Luis Talarbe, les dio mucho que hablar.

Y, en torno a la fuente, mientras se empleaban con la aguja, convenían en que sabían muy poco de la Artillera y, en su ausencia, le preguntaban a Quimeta que les contaba lo que ya sabían: que su hermana se había casado con un cabo artillero, de nombre Juan Roca Vilaseca, nacido en una localidad gerundense, que le llevaba doce años de edad y había participado en la guerra de las Naranjas, la de Godoy, que no fue guerra sino un paseo militar; que la moza había tenido un hijo, fallecido el pobrecico de sarampión a la edad de tres años, desgracia que había sumido a Agustina en una aflicción insuperable, por lo que se había venido a Zaragoza con ella, por alejarse de los malos recuerdos y respirar otro aire que le aliviara la pena. Y a veces se extendía con que ambas eran hijas de un payés, natural de un pueblo de la provincia de Lérida, afincado después en Barcelona, o con que la boda de su hermana se había celebrado en la iglesia de Santa María del Pino con música de órgano y muchas flores y luego con un banquete en casa de la novia, opíparo, pues que se sirvieron diez platos, entre ellos carne y gallina, y hasta entraba en minucias tales como que ambas habían llevado al matrimonio un magnífico ajuar bordado o que su madre, cuando eran niñas, les daba un huevo de chocolate para Pascua, dicho por allá «mona». Pero del capitán Talarbe no soltaba prenda.

A ver, que no sabía nada del tal Talarbe. Que, tras conocer lo de los cuatro bailes

seguidos, le preguntó a Agustina y esta le respondió que era un viejo conocido porque Juan y él habían servido en la guarnición de Mahón y, de consecuente, habían coincidido, y nada más sobre el particular, le dijo. Al momento volvió al tema que venía preocupándole desde el episodio de la bolsa del guardia valona, y sostuvo que lo más posible era que fuera viuda y argumentó que, retirados los franceses, licenciados los patriotas españoles y con permiso los soldados profesionales, su marido tenía que haber vuelto a casa en virtud de que había tenido tiempo más que de sobra. Oído lo oído, Quimeta se aplicaba el cuento pues que ambas estaban en la misma situación pero, como no quería pensar en tal posibilidad, es decir, en su posible viudez, abandonaba la cuestión y quitaba importancia al asunto de los cuatro bailes que no respondían a otra cosa que a la gran cantidad de militares que había en la plaza todos con gana de diversión, y dejaba para otro día regañar a su hermana, porque se le hubiese olvidado echar tocino al puchero o ir a comprar vino y siquiera se quejaba de que tenía que estar en todo ni le decía, sin ambages, que parecía atontolinada.

Pero el hecho de los cuatro bailes de la Artillera con el apuesto capitán corrió por la ciudad. La señora Casta lo supo de labios de la tía Paca en la plaza del Mercado, y ambas bromearon que, con tanto militar, pronto, a ellas también les saldría un novio. A la condesa de Bureta se lo comentó su mayordoma al despertarla, pero fue como si no lo hubiera oído; tal vez porque estaba todavía medio dormida, dado que le daban los gallos festejando con don Pedro en una de las rejas de su casa. A María Lostal se lo dijeron sus clientas, pero, como empezaron con que qué suerte tenía la interesada de que le requebraran los hombres y con que quisieran apretarla en un rincón sin luz, la vinatera les siguió la corriente, les cobró y las despidió, pues que, repuesta la mercancía por Diego, tenía la tienda llena de gente y había de ir aprisa. La madre Rafols, cuando se enteró del asunto de boca de doña Josefa Amar, movió los labios como si rezara, pero no hizo comentario alguno dado que era la discreción personificada. Manuela Sancho, al saberlo, enarcó una ceja, pues que el negocio llegó a la plaza de la Magdalena bastante desvirtuado y se dio la circunstancia de que algunas mujeres, las de lengua larga, hablaron de la Artillera como si fuera ya una mujer de vida airada, al contrario que las prudentes, que quitaron importancia al hecho de los cuatro bailes y hasta llegaron a porfiar con las primeras, haciendo piña y haciendo hincapié en que la heroína estaba muy bien casada, con un buen hombre y apuesto, que no tardaría en presentarse en Zaragoza. Otro tanto que se dijeron doña Consolación y doña Josefa, cuando consideraron el hecho en el hospital, y aún añadieron que el capitán Talarbe, tal vez se hubiera convertido en el «cortejo» de Agustina, es decir, en el hombre que, de antiguo, acompañaba y servía a las mujeres nobles por gusto y a cambio de nada, figura que tal vez desapareciera con la guerra, pero que no gobernaba ningún órgano ni entraña de la dama, y ambas convinieron en que Agustina de Aragón tenía más fama y prédica que cualquier mujer de noble cuna. Matilda y Marica, como vivían lejos, no supieron nada de bailes ni de bailadores.

El caso es que, mientras en la ciudad se abría un debate sobre si levantarle ya un monumento al capitán general Palafox o esperar a mejores tiempos, es decir, a que no hubiera muertos en las calles y a que las casas estuvieran reparadas, a la Artillera le daba un ardite la disquisición, porque, antes incluso del quinto baile con el tal Luis Talarbe, ya no dejaba de pensar en él, en virtud de que le había echado los tejos. Y no sosegaba. Tan pronto se sumía en una deliciosa placidez, como se irritaba, tan pronto le latía, apresurado, el corazón, como se ponía la mano en el pecho y no se lo encontraba, aunque bien sabía que continuaba en su lugar, herido, además, según comenzaba a constatar. Y empezaba a preguntarse si, pese a llevar cinco años casada, había estado enamorada de Juan en razón de que lo había visto muy poco y lo había tenido en la cama todavía menos, salvo cuando residieron en Menorca, recién matrimoniados, pues que luego lo destinaron a Madrid para que su división engrosara el ejército que habría de ir a Portugal, a la que se llamaría guerra de las Naranjas, y se separaron. Ella no siguió a su marido porque se quedó empuñada y, como vomitaba, volvió a Barcelona, a que la cuidara la señora Raimunda, su buena madre para, tras un mal embarazo y un largo parto, parir una criatura enclenque, que, lo quiso Dios, el sarampión se la llevó al Otro Mundo, dejándole pena honda. Pena a la que se juntó la pérdida de su madre, dolor que, aunque no lo pareciera, le había empezado a remitir en el momento en que se dedicó, en cuerpo y alma, a la intendencia de la guerra, y más, cuando, tras su acto de valor, se convirtió en la Artillera y fue aclamada por las gentes.

Así las cosas de su caletre, aunque un día Agustina cosía camisas con las mujeres del Portillo, otro, ayudaba en el hospital, otro, a desescombrar en el convento de San Francisco y, otro, por ejemplo, a rociar el Coso con agua de vinagre para evitar la pestilencia, no conseguía quitarse de la cabeza al tal Talarbe. No se inmutaba, ni que la gente después de un funeral, por ejemplo, le preguntara su opinión sobre que las Juntas provinciales se constituyeran en una Junta Suprema Central para coordinar la guerra contra los franceses. O, en una procesión, qué se debía hacer con las familias que, cobardes hasta decir basta, habían huido de la ciudad en lo más crudo del bombardeo y ahora regresaban alegres de la victoria conseguida por sus conciudadanos. O cuando, en un desfile militar, le informaban de que los españoles continuaban su gloriosa carrera triunfal y hacían retroceder al enemigo en Tudela y Sos. O, en otro orden de cosas, cuando la Tal le instaba a que fuera a la plaza del Mercado a comprar puntillas, que las vendían baratas, casi de balde. O cuando la señora Jesualda, su vecina, la cogía por banda, pues que durante el sitio se había dedicado a contemplar los cadáveres de sus conocidos, al parecer, y le narraba con toda suerte de detalles que la Tal, pese a haber quedado destrozada de cuerpo, estaba muy majica de cara.

Siquiera los cuentos de la señora Jesualda le producían pesadillas, ni se molestaba en contárselos a su hermana. Ay, que, por no soportar su mirada inquisidora, se estaba apartando de ella, ay, que tenía la cabeza en otro sitio. Ay, que las vecinas, puestas a

hablar por hablar y a criticar, preconizaban so voz que, si se alejaba del influjo de Quimeta, acabaría torciéndose, convirtiéndose en vulgar barragana, a la par que dejaban bien patente que no era viuda todavía y aún añadían que, para ese viaje, no hacían falta tantas alforjas. Y es que a veces aquellas comadres podían ser despiadadas.

\* \* \*

Pero no, no, que las únicas mujeres de vida fácil que se conocen en esta historia, son Matilda y Marica que, a estas alturas de la narración, tienen dos compañeras, nada menos que francesas, es decir, enemigas acérrimas por su nacionalidad de todos los clientes del burdel. Hecho que no había supuesto ningún obstáculo hasta la fecha porque los parroquianos iban a lo que iban, a dar sosiego a sus partes de varón y no a dar suelta a su lengua, motivo por el cual hablaban poco, aunque, a decir verdad, las francesas se habían tenido que declarar mudas ante algún cliente, al menos un par de veces. Hecho que tampoco había traído problemas, pues que, según decía Matilda, el pecado les habría sabido más apetitoso y añadía que, a buen seguro, nunca se habrían acostado con una hembra pública que fuera muda. Además que, las mozas al principio se habían limitado a susurrar sonidos ininteligibles o a lo más a decir o chillar ay, ay, para demostrar su satisfacción, pero ya progresaban con el castellano. Al contrario, que las españolas que habían pretendido aprender francés y no consiguieron pasar del *bonjour*, hasta que, declarándose dos zotes, optaron por dejarlo.

Y fue que un día, las gabachas que habían intercambiado deseos y sueños con sus protectoras, pues que eso eran las aragonesas para ellas en virtud de que les habían dado albergue, comida y cama para varios usos, les dijeron que ya habían tentado bastante a la suerte y que se iban a la Francia, a sus lugares de origen.

Las dueñas de la casa lo entendieron, comprendieron que, en efecto, estaban tentando demasiado a la suerte y se desvivieron con ellas. A ver, que habían venido con una mano delante y otra detrás y se iban con dos hatos de ropa, qué dos hatos, con dos fardos, conteniendo cada uno un vestido de muselina, una saya, dos camisas, dos mudas para quita y pon, y un mantón de lana para el invierno, más los dineros ajustados, que supusieron 452 reales de vellón por cabeza.

Y hubo más. Cuando se despedían, llorando todas, pues no en vano habían compartido oficio y beneficio, Matilda les entregó la imagen que tenía de la Virgen del Pilar, con la recomendación de que la enseñaran si las detenían los soldados españoles y tampoco olvidó aconsejarles que se hicieran las mudas, cuantas veces preciso fuere.

Cuando llegó la galera, procedente de Huesca, se besaron las cuatro y se dijeron adiós para siempre pues que las francesas se iban muy lejos, amén de que a saber qué se encontraban por los caminos.



Como les quedó buen recuerdo y buen dinero, las españolas hablaron de ellas durante bastante tiempo y hasta varios clientes preguntaron por ellas.

\* \* \*

La madre Rafols, como recibió donativos de las gentes acaudaladas y de los principales gremios, a más de una parte de lo aportado por los madrileños para la recuperación de la ciudad, que fueron generosos enviando dinero y joyas, volvió a contratar a las mismas cocineras de otrora, entre ellas a la señora Casta. Pero, antes de que esta entrara en faena, la comisionó para que fuera al derruido hospital a buscar su caldero y le explicó que lo había dejado tras la puerta de la iglesia, abriendo la hoja de la izquierda, por la parte interior.

Allá se presentó Casta Álvarez todavía con su bayoneta a la espalda y, como no podía ser de otra manera, se estremeció ante tamaña desolación. No obstante, cumplió su cometido, anduvo entre maderos y cascotes, sorteó obstáculos y se puso perdida de polvo negro, pero encontró el caldero y, antes de llevárselo a su dueña, estuvo con otras mujeres pues saludó a Manuela Sancho y conoció a una dicha Juliana Larena, que se había distinguido en la defensa de la puerta de Santa Engracia. Y fue que Juliana le dijo:

—Ya sé, señora Casta, de sus hazañas en la puerta de Sancho.

—Se hizo lo que se pudo, maja.

—De Manuela también sé...

—¿Y tú dónde estuviste, maña?

—Yo en Santa Engracia, trasladando heridos.

—Pues hala, enhorabuena. Espero que no haya que repetir, que no vuelvan los franceses.

—Eso, eso, es menester.

—¿Qué, habéis encontrado algo valioso?

—Nada, los enemigos se lo llevaron todo, estuvieron acampados aquí.

—Tenemos un saco de papeles viejos...

—A ver, enseñádmelos... Anda, de estos tienen las Fecetas y también hay en el Pilar, se llaman pergaminos...

—¿Valen algo?

—No lo sé, el hecho es que curas y monjas los guardan en cajones...

—Los llevaremos al Consistorio.

—Sí, llevadlos por si acaso.

—Anda, Casta, ¿es ese el calderico de la madre Rafols?

—Sí.

—Déjanos beber.

—Está vacío... No lo puedo llenar, ved dónde está el pozo, imposible llegar a él.

—Sí, vaya.

—Bueno, mozas, me voy a mis tareas. Estoy de cocinera con la madre Rafols, empiezo hoy.

—Suerte, Casta.

—Adiós, Casta.

Recuperado el caldero, la mandada lo presentó a su dueña y ambas fueron a llenarlo al pozo de Convalecientes. Casta echó el pozal, llenó el recipiente en un santiamén y se lo entregó a la religiosa, pero, al cruzar mirada con ella, creyó ver una sombra de duda en sus ojos, la misma que albergaba ella, pues que venía pensando que al tratarse de otra agua quizá no fuera milagrosa, se acabara y fuera menester volver a llenarlo, como de hecho sucedió. No obstante, bebió y la alabó porque estaba muy fresca, y de los pergaminos de Manuela y Juliana no le dijo nada porque se le olvidó, cuando tal vez le hubieran interesado a la superiora.

\* \* \*

La condesa de Bureta, ya fuera en el hospital o camino del mismo, se lamentaba a menudo ante doña Josefa de que don Pedro hubiera de partir, de que fuera uno de los tres próceres que habían de representar al reino de Aragón en la constitución y puesta en funcionamiento de la Junta Suprema Central. Primero, era menester saber en qué localidad habían de reunirse los comisionados, luego en qué fecha y, por último, si estaban todos los delegados de las provincias de acuerdo en arrojar de España al francés. No fuera a haber entre ellos peones del rey José, porque continuaba habiendo traidores por doquiera, los malditos afrancesados que más parecían peste, aunque, hay que decirlo, algunas personas de relevancia se habían alejado del citado Bonaparte. Y, ora hablaba quedo, ora alto y a veces hasta alzaba la voz, ella que jamás había dicho una palabra más alta que otra, pero es que andaba desazonada por tener que volver a retrasar su boda y porque estaba enamorada hasta el tuétano, que bien lo sabía su interlocutora.

Doña Josefa, para distraerla de su desesperación u enojo, lo que fuere, cuando daban por terminadas sus caridades, la acompañaba al Pilar a rezar el rosario o a misa a San Felipe o la invitaba a su casa a tomar una limonada y, aunque era mujer sabida y muy leída, trataba de hablarle de cosas banales. Que si había comprado unos ovillos de algodón para hacer calceta, muy baratos en la pañería de Sanclemente, que pronto iba a ser abierta al público con nuevos géneros incluso, tan excelentes como los que pudiera lucir en París Teresa Cabarrús, la hija de don Francisco Cabarrús, zaragozano de origen galo y director del Banco de San Carlos, un afrancesado, a quien ambas tenían la desgracia de conocer personalmente. Y, de inmediato, como gustaba más de este tema que el de la calceta, se extendía con la Cabarrús. Con aquella mujer de exquisita educación cuyos salones habían brillado en la capital francesa mientras estuvo casada con el marqués de Fontenay. Un calavera que la había engañado con decenas de mujeres y que había cometido la desfachatez de llevarle una amante a su

propia casa, hecho que le llevó a ella a corresponder, a buscarse sus propios amantes y quizá también a declararse amiga de los revolucionarios, a comulgar con sus ideas y a acompañarlos en sus algaradas luciendo el gorro frigio como si fuera una mujer del común, sin duda para vengarse de los agravios del marido.

Doña Consolación, aunque a veces parecía estar ausente, no lo estaba e intervenía:

—Así no actúan las mujeres honradas. Teresa Cabarrús, a más de ser mujer de amplios talentos y de digo y hago, que no lo dudo, es puta sabida, si bien de lujo.

Doña Josefa asentía y continuaba con que la susodicha, tras divorciarse del marqués, se había instalado en Burdeos, en casa de su abuela, queriendo tal vez alejarse de los peligros de París. Pero fue que salió de Herodes y se metió en Pilato, pues que allí andaba el ciudadano Tallien imponiendo el orden de la Revolución, enviando a la guillotina a nobles y burgueses, encarcelando a todo el que tuviera guardadas dos monedas de oro. Y, en este punto del relato, las maldades de la Cabarrús se tornaban en hechos dignos de toda loa, pues llegó a ser llamada Nuestra Señora de Thermidor, y es que se había empleado en la ciudad del Garona en librar a los condenados a la guillotina y, lo mejor de todo, había logrado su propósito merced al favor del dicho Tallien, con el que hacía vida marital. Hasta que ella también fue denunciada, encarcelada y liberada por su amante, con el que vivió una historia de amor de libro y de enormes consecuencias pues condujo a la caída de Robespierre. Que fue bueno para la Francia entera, dado que fue disminuyendo el régimen de terror.

—Pero siguió de cama en cama. Tallien, Barras y no sé cuántos más...

—Es una pecadora pero tiene virtudes, libró a muchos de la guillotina. Además marcó la moda en París desde muy joven, adoptando los trajes que luciera en la Inglaterra la duquesa de York y extendiéndolos por el continente. A los hombres les desempolvó y cortó el cabello al modo de los antiguos romanos, consiguiendo desterrar las antiguas pelucas, que bien sabe su merced que eran un nido de piojos, lo mismo que a nosotras, las mujeres, que nos hizo franco favor al vestirnos con estos livianos trajes de muselina de amplio escote y talle alto, y sencillos como un delantal... Lo único que no cambió fueron los escotes, que continúan siendo generosos... Vos misma, ¿os imagináis empolvada y empelucada como *madame* Pompadour o la reina María Antonieta, vestida, además, con setenta varas de tela que pesaban cuatro arrobas?

—Para que nos enfriemos y nos muramos más pronto aún con tan poca ropa —atajaba la condesa.

—Ah, hija mía, la moda es tirana.

Así las cosas, la dama, como era habladora, podía seguir rato y rato con la misma cuestión o iniciar otra porque no solía repetirse, salvo cuando la pequeña hija de doña Consolación, María de los Dolores, se presentaba en su casa en busca de su señora madre, que entonces le contaba lo de doña María Isidra de Guzmán y de la Cerda, la

primera mujer que se había doctorado en España, en concreto por la universidad de Alcalá de Henares. Se lo decía, tras explicarle lo que era leer una tesis doctoral ante un tribunal y mil otras cosas pues que había de comenzar por la escuela, por si quería seguir su ejemplo, pero bien podía saltar a otro tema, como que doña María Luisa, que fuera reina de España, no se había conformado en taparse la boca con el abanico, como hacían las demás mujeres cuando se les caía un diente y se había hecho una dentadura postiza con diamantes incrustados, obra de unos artesanos judíos de Medina de Rioseco.

—Que, seguramente, estarán muertos, pues que los asesinarían los franceses, cuando tomaron a sangre y fuego aquella población...

Tal interrumpía la Bureta. Y es que a veces tenía el día malo.

\* \* \*

Una mañana, unos soldados, enviados por los edecanes de Palafox, se presentaron en casa de Quimeta con el recado de escribir en la mano, preguntaron por Agustina de Aragón y le hicieron varias preguntas para elaborar un informe particular sobre su participación en el sitio de Zaragoza, con objeto de incluirla en la lista de personas a premiar. Le demandaron lo que era voz común y lo que algunos habían presenciado con sus propios ojos, pero, como la interesada contestaba con desgana a sus interlocutores, como si le diera una higa o la heroína no hubiera sido ella, hubo de intervenir su hermana que narró su hazaña sin olvidarse de nada, no fuera la interesada a quedarse sin los honores y sin el premio anunciado por el capitán general. Cierto que, luego le reprochó su actitud:

—No les has hecho ningún caso a los escribanos. Se dice que a los héroes os van a conceder una pensión. Dinero que vendría a sumarse a tu sueldo de sargento. Fíjate, los seis reales que ya tienes más otros cuatro...

—Se dicen muchas cosas.

—Diez reales diarios...

—Todavía no me han pagado un ochavo...

—¿Qué te pasa?

—No estoy muy «católica».

—¿Te encuentras mal?

—No, tampoco es eso. Pero estoy desgachada...

—¿Como si te hubiera pasado la riada?

—Algo así.

—La tensión que hemos vivido se ha terminado, tienes que acostumbrarte a vivir sin ella, como he hecho yo que he recibido la paz como un regalo de Dios, otro tanto que mucha gente.

—Sí, sí, pero aún retumban las bombas en mis oídos.

—Haz oídos sordos.

—Salgo a la calle y veo tanta devastación que se me encoge el corazón.

—Cierra los ojos.

—Nada, estoy un poco melancólica. Ya pasará.

—¿Estás segura o te sucede algo más?

—No, nada más.

—¿Por qué no te vas a confesar?

—¿A confesar, por qué lo dices?

—Por nada en concreto, a veces va bien.

—Tú a lo tuyo, Quimeta.

—Tengo oído...

—No quiero saber lo que se dice por ahí...

—Yo solo quiero el bien para ti.

—Lo sé, muchas gracias, pero déjame estar.

—Venga, ánimo.

—Me voy un rato a la cama.

—Mejor vente al mercado conmigo. Tanta cama te hará daño... Además, el personal me preguntará por ti.

—Les dices que me he muerto.

—Hermana, te prohíbo decir eso... Compraré un buen trozo de gallina, para hacerte un caldo de esos que llaman de recién parida.

—¿Con el calor que hace? ¡Ah, y no me recuerdes a mi hijo!

—Por Dios, Agustina, no he mentado a tu hijo... Voy a comprar en vez de gallina, melisa y valeriana para hacerte un cocimiento y quitarte los nervios. Ea, me voy.

—Ve, Quimeta.

Así la relación entre las hermanas, la Artillera se tendió en la cama y empezó a pensar en que, física y mentalmente, se encontraba peor que durante la guerra. Que le había venido melancolía, ya fuera por el hecho de que no se acostumbraba a que los enemigos no estuvieran bombardeando, ya fuera porque la duda de si viviría su marido no la dejaba sosegar o porque la imagen de un extraño se había aposentado en su corazón sin pedirle permiso, pues que, aunque en su sesera no deseaba pensar en el capitán, ansiaba verlo a cada minuto, pese a que, bien sabía, que no debía hasta que se aclarara la situación de su esposo, nada más fuera por su buena reputación, que andaba de boca en boca.

\* \* \*

Los dineros donados por los madrileños y por otras gentes de bien, fueron empleados mayormente en fortificar la ciudad, pues que se seguía hablando constantemente de que los franceses volverían. Palafox encomendó la tarea al coronel Sangenis que, con soldados y paisanos, pagados por los gremios, rehízo los bastiones destruidos por los

enemigos, los robusteció con fosos y troneras, y creó otros nuevos como el que fue bautizado con el nombre de reducto del Pilar, situado en el inicio del camino de Torrero, cerca de la Huerba, en cuya entrada sus servidores clavaron un madero con la siguiente inscripción: «Reducto de la Virgen del Pilar, inconquistable por tan sagrado nombre, zaragozanos: morir por la Virgen del Pilar o vencer». Iniciativa que fue muy celebrada por la población, otro tanto que la gran obra de ingeniería en torno al perímetro urbano y el Rabal, que llevaban a cabo el citado coronel y sus ayudantes. E iban las gentes a contemplar las fortificaciones.

La Artillera, que había hecho propósito de no volver a ver al capitán, pese a que su corazón se lo pedía, como dicho es, tanto a cada momento del día como entre sueños pues se despertaba decenas de veces por la noche, salía de casa a rastras después de que Quimeta le insistiera, por eso mismo no fue a las solemnes exequias que el 24 de agosto celebraron los cabildos de La Seo y el Pilar por los muertos durante el sitio, y no le pesó cuando María Agustín fue a visitarla y le contó que el oficio había durado nueve interminables horas.

Cierto que, cuando lo hacía, era por no oír a su hermana y hasta, a veces, se animaba, pues coincidían con la señora Casta o Manuela, o presenciaban desfiles o se topaban con Palafox que iba de aquí para allá revistando tropas o despidiendo a las que entraban o salían o revisando las trincheras, y era que las saludaba con amplia sonrisa. Pero casi siempre regresaba entre enojada y feliz, en virtud de que se topaba con el capitán Talarbe acá o acullá, como si la siguiera, como si la vigilara, como si el hombre estuviera en todas partes y la saludaba y a veces hasta le mandaba un beso con la mano. Y era que, estuviera en el hospital con la madre Rafols y la condesa de Bureta, o en casa de doña Josefa, que le estaba enseñando a leer, pues que se había ofrecido diciéndole que un sargento debía conocer y escribir las letras con soltura y ella había aceptado por considerarlo necesario en su nueva situación, se lo encontraba casi a diario entrando, saliendo, yendo o viniendo, como si el sujeto no tuviera destino, como si no tuviera quehacer alguno, y sus buenos propósitos se desvanecían porque, ay, más de una vez había creído desmayar al verlo, y es que, ay, aquel hombre llevaba veneno en sus ojos y se lo transmitía con solo mirarla.

## Capítulo

# 14

A primeros de septiembre, un hecho deseado, pero no por ello inesperado, vino a trastocar la vida de las hermanas Zaragoza. Fue que una noche llamó a la puerta de su casa Manuel, el marido de Quimeta. Le abrió su esposa y no pudo menos que sorprenderse porque venía, a más de muy moreno de tez, vestido de majo, embozado en un manto de siete varas, con redecilla en el cabello, patillas de tres pulgadas y tocado con bicornio, y lo conoció por la voz e incluso antes de echarse a sus brazos se preguntó qué habría sucedido con su uniforme. Pero fue que hombre y mujer, sin mediar palabra, se entraron en su habitación y luego, después de las efusiones y de yacer, hablaron largo.

Entonces Quimeta supo que su esposo había dejado el uniforme en el cuartel, pues que se había convertido en guerrillero, no por haber abandonado el cuerpo, no, porque había sido destinado al Segundo de los Miqueletes, mandados por don Juan Claros y, bajo sus órdenes, había participado el pasado 23 de julio en la derrota de una división francesa en Molins de Rey, en la que además de causar muchos muertos, los españoles se habían apoderado de 200 carros con artillería, munición y vituallas, que les habían venido de perlas. Añadió que andaba metido en una estrategia para conquistar Barcelona, pues que se habían juramentado los generales Milans, Baget y el propio Claros para lograr tamaña empresa y que él era el correo. El intermediario entre los mandos y los somatenes, razón por la cual iba vestido de majo como un hombre del pueblo para que no lo detuvieran los franceses. Y terminó diciéndole que venía a buscarla para que se fuera con él, pues que llevaban demasiado tiempo separados y no podía vivir sin ella.

Quimeta que lo había seguido por diferentes destinos, como hacen las mujeres de militares, y ansiaba un hijo, no lo dudó y le respondió que sí. Pensó en ella y en su matrimonio, en que la mujer debe seguir al marido y, aunque por un momento le vino a la sesera la imagen de Agustina postrada en la cama, desganada y precisando ayuda, la desechó. No porque hubiera dejado de quererla, que nunca lo haría hiciere lo que hiciere o dijeran las malas lenguas lo que dijeran ni que fuera cierto o incierto, sino porque, mientras su marido entornaba los ojos para echar una cabezada, pensó en ella, solo en ella. En que no la invitaban a los actos oficiales, en que caminaba por las calles del brazo de Agustina de Aragón y todas las felicitaciones, parabienes y halagos eran para la heroína con motivo, con el mayor de los motivos ciertamente, pero por primera vez se confesó que nadie se interesaba por saber siquiera su nombre, lo que le producía de un tiempo acá algunos celos, no excesivos ni mucho menos, pero celos a fin de cuentas. Una buena razón que le indujo a aceptar con entusiasmo

la propuesta de Manuel pues, pese a que había sido muy bien acogida por las gentes de Zaragoza, sobre todo por las mujeres de la fuente del Portillo que se habían portado como verdaderas amigas, últimamente las muy alcahuetas le preguntaban por la Artillera cada vez con mayor insistencia y queriendo saber lo que ella no sabía ni quería saber, y empezaba a pesarle. Y eso que, a más de vivir al lado de su esposo, le vendría bien cambiar de aires y en cuanto a Agustina, se dijo que hiciera lo que quisiera, allá ella.

No le contó la catalana a su marido lo que decían las malas lenguas de su hermana ni que estaba atontolinada y no se acordaba de nada, ni que no atendía y parecía vivir en otro mundo, en un mundo interior que no le dejaba ver ni oír el exterior, como metida en la concha de un caracol, vamos. Sin embargo, le narró con toda suerte de detalles lo del cañón y, mira, fue que Manuel le dijo:

—Lo sé, se corre por toda España. Fíjate, Quimeta, Agustina por ser mujer y disparar un cañón en su vida es como si fuera general. Yo, que soy artillero y he disparado cientos de cañones, a los 37 años y 18 de servicio soy sargento, y porque me ascendieron después de lo del Bruc... Ya ves qué diferencia... Toda mi cochina vida de aquí para allí con un sueldo miserable, solo además, y cada día más sordo por el estrépito de los disparos...

—Tu vida en soledad ha terminado Manuel, viviremos juntos con los hijos que nos bendiga Dios.

Y ya el militar se extendió con que se había convertido en guerrillero. En uno de esos hombres, militares y paisanos, que armaban una partida, vivían de la caridad de los labradores y acosaban al enemigo, sorprendiéndolos de día y de noche y matándoles en los lugares más peregrinos, en un paso angosto, en un recodo del camino, en una venta o incluso en la casa que ocupaban para dormir en cualquier pueblo. Y siguió con que los generales y jefes se habían confabulado para liberar Barcelona en un golpe audaz que habría de ser secundado por los ingleses por la mar; hablando de Claros y de Milans como si fueran sus iguales, pues que le tenían mucha confianza. Y, cuando su mujer le pidió noticias de Juan, el marido de Agustina, le comentó que el regimiento en el que ambos servían había estado acantonado cerca de Zaragoza, hasta que lo dividieron y él fue destinado a Cataluña otra vez y le preguntó si Juan no había llegado Zaragoza. Le informó Quimeta que no, que igual que había sucedido con él hasta aquella bendita fecha, no sabían de Juan, y él le respondió que ignoraba su actual paradero, pero que habían estado acantonados muy cerca en un pueblo llamado Belchite a una legua de la capital. Y, cuando ella se hizo cruces de que no hubiera venido, Manuel con voz desabrida expresó:

—¿Va a venir, para que lo llamen cornudo?

—¡Es falso, Manuel!

—Tengo oído que vive con un capitán...

—¡Mentira, vive conmigo!

—¿Está aquí?



—Sí, en su cuarto.

—¿Cómo no me ha saludado?

—No le hemos dado tiempo.

—Tienes razón, pero se dice lo que se dice y una mujer no solo tiene que ser honrada, también ha de aparentarlo.

—Quiere saludarte, lleva tiempo haciendo ruido, ¿no la oyes andar con los cacharros en la cocina? Lo hace para que salgamos.

—Vamos pues.

—¿Traes ropa sucia?

—Un par de mudas. Las llevo en el morral...

—Te las voy a lavar. Vístete y sales.

—¡Ven aquí!

—Luego, Manuel... Ah, a Agustina no le digas nada de esas necedades que me has contado.

—¿Habré de cuadrarme ante la señora Artillera?

—Prométeme que te vas a comportar, por lo que más quieras, no quiero reñir con mi hermana...

—Lo que más quiero eres tú, ven conmigo...

—Luego, Manuel, luego.

Manuel saludó a Agustina sin efusión, la felicitó por su hazaña con la boca pequeña y sobre Juan le dijo lo mismo que a Quimeta, pero en vez de comunicarle que el Primer Regimiento del Primer Cuerpo de Artillería había estado destacado cerca de Zaragoza, en concreto en Belchite y otros pueblos de alrededor con ánimo de entrar en la ciudad para socorrer a los sitiados, solo le informó que a él le habían cambiado de destino y que ignoraba el paradero de su marido, sin duda para evitarse alargar el encuentro. Y a la pregunta de la Artillera:

—¿Tú crees que estará vivo?

—No sé —respondió—, han muerto militares a puñados.

Y a la de:

—¿Me ayudarás a buscarlo en los papeles de Capitanía?

—No puedo. Me voy mañana y Quimeta se viene conmigo.

Y tomó a su mujer de la mano pretendiendo salir a la calle cuanto antes, pero hubo de esperar a que su esposa terminara de lavarle la ropa, la tendiera y se aviara con la basquiña que él mismo le había regalado en su viaje anterior.

\* \* \*

Doña Consolación y don Pedro, novios desde hacía meses, soltero él y ella viuda con dos hijos y desenlutada de tiempo ha, seguían pelando la pava a través de la reja hasta altas horas de la madrugada, hasta que una noche convinieron en casarse cuanto antes, con o sin papeles. No obstante, resolvieron pedir permiso a don José de

Palafox, primo de la dama, pues que representaba en Aragón a todas y cada una de las autoridades que haber pudiere en la España toda, incluso a don Fernando VII, a la sazón todavía retenido contra su voluntad en la Francia. Y por no dar que hablar, pues que la condesa no quería abandonar la casa de su difunto esposo y el barón tenía que salir hacia Madrid —pues no en vano era uno de los compromisarios del reino de Aragón en el proceso de constitución de la Junta Suprema Central que, uniendo a todas las Juntas Provinciales, habría de coordinar la guerra contra el francés—, decidieron hacerlo también en secreto y dar a conocer el matrimonio más tarde, renunciando a la petición de mano y a los regalos, cuando ella se lo hubiera comunicado a sus hijos y parientes y ambos hubieran arreglado lo del domicilio conyugal, lo de la viudedad foral aragonesa y lo de las capitulaciones matrimoniales, para, sin prisas, hacer pública su felicidad. Fijaron de fecha el 1.º de octubre próximo, y se dividieron las tareas: Ric se encargaría de obtener el permiso de Palafox y de buscar iglesia, a más de apañárselas con el señor cura por el asunto de las amonestaciones, y ella de hacerse un vestido nuevo, pues que se dijo que no iba a ir a su boda con uno usado.

La condesa, como su costurera había muerto en la guerra aplastada por una viga, decidió coserse su traje de bodas. Ni corta ni perezosa se presentó, acompañada de su hija y de su mayordoma, en la tienda de tejidos de Sanclemente y adquirió siete caídas y media de muselina de Valencia —la cantidad que le indicó el comerciante—, de color marfil, pues como era viuda desechó el blanco, pese a que era el que usaban las grandes damas de París para sus trajes nupciales, ya hubieran enterrado al marido o se hubieran divorciado, y otras diez caídas de tela mala, de retorta en concreto, para la toile, la gasilla de prueba. Además de otras dos de color *merde d’oie* —color que, aunque parezca que no precisa mayores descripciones, bien que lo necesita pues se trata de un tono entre el ocre y el verde claro—, para un sobrevestido: una especie de chaleco corto por delante a la cintura y largo por la espalda hasta arrastrar una pequeña cola de algo menos de una vara. Semejante al que había lucido Josefina Beauharnais el día de su coronación como emperatriz de los franceses —del que, en su momento, se había hablado largo en los salones de la ciudad— y, como no se podía fiar del tiempo que haría en Zaragoza para aquella fecha, eligió terciopelo, por evitarse un pasmo si hacía frío.

Salió contenta por haber resistido la tentación de comprar una muselina francesa, nada menos que importada del acreditado establecimiento de la famosa modista Rose Bertin, la primera mujer que, tras denodada lucha contra los gremios parisienses, había recibido permiso del rey de Francia y abierto tienda de tejidos con taller de costura en la rue de Saint Honoré de la capital gala, lugar donde se había confeccionado el vestido de novia de Carolina Bonaparte para su matrimonio con el mariscal Murat.

Se adujo que no podía beneficiar al enemigo y además se ahorró muy buenos reales, que falta le hacía, porque su arqueta de dineros había mermado hasta lo

indecible, tanto dar, tanto regalar, que la casa de Bureta más parecía una institución de caridad, pues que era como si el mundo todo llamara a su puerta con el «Ave María Purísima» por salutación.

\* \* \*

Al punto de la mañana, Manuel Paredes, el marido de Quimeta, se presentó en la oficina de Palafox y pidió audiencia al capitán general. Se la negaron, quizá porque, aunque dijo quién era y cuáles eran sus méritos militares, sin olvidar que dirigió una de las dos columnas españolas que derrotaron a los franceses en el Bruc, iba vestido de majo, o porque Palafox estaba ocupado o porque el oficial que lo recibió y escuchó al sargento no leyó las cartas de los generales catalanes que le entregaba y lo dejó para el día siguiente en razón de que tenía prisa pues debía ir en el cortejo de Palafox y el inglés *sir Doyle*, a la sazón militar británico. A revistar las tropas, visitar los bastiones y a ver las ruinas de la ciudad para dar fe de ellas, pues que el extranjero había venido comisionado por su embajador, con la manda de observar el terreno, pues que, al aparecer, se estaba contemplando la posibilidad de que los ingleses participaran activamente en la guerra de la Independencia española, pues, no en vano, Napoleón era enemigo del mundo entero.

A lo menos, el jovenzano tenía las mismas prisas que le habían entrado al sargento por volver con su partida de guerrilleros. Y es que, Manuel había elegido mal día pues estaban todas las autoridades ocupadas, muy ocupadas, por la presencia del inglés, cuyo informe podía dar un vuelco a la guerra.

Ya había advertido el sargento que había algún festejo, pues había tapices colgados en los balcones que pregonaban alguna fiesta e ítem más, que llegaban carros con soldados. Por eso le dejó las cartas al tenientillo, se cuadró, caló el bicornio y fuese sin un atisbo de malhumor en razón de que había cumplido la misión que le habían encomendado sus jefes y salió dispuesto a sumarse a la guerrilla donde eran iguales generales que soldados, tanto en la de El Empecinado, en la de Espoz y Mina o en la de Milán o en la de Claros, aduciéndose que en su nuevo empleo estaba muy considerado, por lo que deseaba volver cuanto antes, más ahora que estaban tramando la conquista de Barcelona y mucho más porque tendría cerca a Quimeta.

Cuando llegó a la calle del Portillo, su esposa ya tenía el puchero en el fuego, había liado un fardo con sus enseres y estaba a punto de cerrar otro con su ropa. Agustina le había dejado saludos pero no estaba, pues se había presentado a buscarla María Agustín y ambas habían salido camino del castillo de la Aljafería a ver la parada militar que había de honrar al oficial inglés. Para entonces, Quimeta había hablado con su hermana y le había comunicado que se iba a seguir a su marido al fin del mundo que lo destinaran, como hacían las buenas esposas de militares y que, aunque viviera peor bajo una tienda o incluso al raso y siempre de aquí para allá, con un crío o dos o tres o más, aunque no tuviera manos para los muchos hijos con que le

bendijera Dios, quería ir con él a donde quiera que fuese. Y terminó diciéndole que daba por terminada su estancia en Zaragoza, pues ya estaba bien de llevar una vida regalada, que tenía obligaciones ineludibles, y que le pagara ella la renta al casero al mes siguiente. Como si en la ciudad los habitantes no hubieran llevado una vida mucho peor que la de los perros y no hubieran muerto millares de personas, como si Quimeta no hubiera pasado hambre y pánico horas veinticuatro, como si se hubiera olvidado de las penalidades y peligros sufridos en la reciente guerra, en fin.

Y menos mal que de lo que se decía en los corrillos de la Artillera no le dijo palabra ni le aconsejó esto o estotro ni le advirtió que la honra es lo principal en una mujer, ni que se pierde y no hay modo ni manera de recuperarla, pues tampoco quiso llevarla al redil, tal vez porque confió en la sensatez de su hermana o porque no se creía palabra de los comadros.

Y, cuando se presentó su marido, comieron los tres. Quimeta cerró el último fardo, abrazó a su hermana y derramó sentidas lágrimas.

El sargento y su esposa dejaron su casa, cargados con dos pesados bultos, cuando ya había remitido el holgorio causado por la presencia del militar inglés. Ella con media jaqueca.

\* \* \*

En la plaza del Mercado la Justicia castigó a un molinero con 200 azotes, por no haber querido moler la harina zaragozana, en plena guerra y, sin embargo, haberlo hecho con la de los franceses.

La autora de esta novela, pese al gentío que presencié la ejecución de la pena, no se ha decidido a narrar la escena porque se dio la casualidad de que ninguna de las protagonistas de esta historia estuvo presente. No obstante, continúa con lo demás.

Con María Lostal que había mejorado la vida, pues se dedicaba esencialmente a su casa y solo ayudaba a Diego en la tienda cuando había mucha parroquia, además que todos los miércoles se juntaba con su hermana a la salida del Angelus en el Pilar y ambas se tomaban un refresco en el puesto de la tía Paca. Con Agustina que iba todas las mañanas a casa de doña Josefa a aprender las letras, que empezó con el a, e, i, o, u, siguió con el abecedario y las sílabas, resultando excelente alumna, como no podía ser menos en una heroína. Con la señora Casta que fregaba los suelos del Hospital de Convalecientes o seguía a la madre Rafols por los pisos para ayudarla en tal o en cual. Con Manuela Sancho que había enterrado a su madre, que, vaya por Dios, la buena mujer había sobrevivido a una cruel y devastadora guerra y, por esas cosas que suceden de difícil explicación y peor comprensión, había fallecido nada más terminar la contienda, de calenturas. Con Matilda y Marica que habían conseguido comprar a un caminante una buena mula y, por las mañanas, se acercaban a Zaragoza a sumarse al trajín urbano y también porque querían ver casas para comprar una e invertir los dineros que habían ahorrado en los últimos meses. Con

María Agustín que, a instancias de la madre Rafols, se había presentado en el hospital para ser visitada por varios médicos, por ver si tantas eminencias juntas le podían curar, o al menos aliviar, el brazo que no movía, pero no, que los galenos diagnosticaron que se le había quedado seco y no tenía remedio.

Más con la de Bureta, pues que se encontraba en un momento importante de su vida. Y fue que, al recibir las telas de la pañería, desplegarlas y sostener en sus manos tanta cantidad, se le vino el mundo encima. Y anduvo buen rato yendo y viniendo, inquieta, del cuarto de costura al salón principal, con su hija y su mayordoma siguiéndola y preguntándole qué le sucedía. Sin responderles en razón de que no quería contarles el porqué de su abatimiento, y sin dejar de pensar a quien podría pedir ayuda. A qué amiga o conocida para que le recomendara una costurera de fino, hasta que desechó la ocurrencia pues, acudiera a quien acudiera, la elegida se presentaría en su casa a ver la tela y le preguntaría si quería hacerse un vestido para el día, la tarde o un traje de noche, sin duda para aconsejarle, pero queriendo, además, saber lo más posible de él y de la ocasión para estrenarlo. Y, como no tenía la cabeza clara y era primordial para ella y para don Pedro guardar el secreto de su matrimonio, optó por consultar con la almohada sus problemas con los trapos, aduciéndose que, en caso de necesidad, otros trajes guardaba en su ropero y muy buenos.

En buen momento tomó aquella decisión, pues aquella misma mañana le sucedió algo inusitado. Le ocurrió que recibió por correo ordinario un paquete muy bien atado y sellado con lacre, a su nombre, a nombre de doña Consolación Azlor y Villavicencio, condesa viuda de Bureta. Lo abrió, muerta de curiosidad, y encontró un cofrecillo cuya tapa levantó y, Virgen del Pilar, se encontró con una carta. Entonces le advino un pálpito pues creyó que sería de su novio, pero no, que, al ver el remitente y tratarse de la embajada británica en Madrid, su presentimiento se tornó en palpitación. Y en otra más, cuando observó el contenido del cofre: un montón de pesos fuertes, y más le latió el corazón cuando leyó el oficio y supo que la comisionaban para que repartiera el dinero, nada menos que la friolera de 500 pesos fuertes, entre los desgraciados —tan lejos había llegado su fama.

Y eso hizo, por las mañanas se dedicó a distribuir aquella fortuna, sin olvidar a las viudas con muchos hijos, pese a que cobraran ya los dos reales de pensión que había prometido el intendente general, y a ayudar a las huérfanas. Labor que compaginó con formar parte de la Junta de Sanidad que se constituyó y ordenó, puestos de acuerdo patronos, médicos y la madre Rafols, abrir las ventanas para airear el edificio del hospital, sustituir el heno viejo de los suelos por otro nuevo y tapiar un pozo para combatir la humedad; además de separar a los enfermos contagiosos de los no contagiosos para prevenir que se extendiera la pestilencia, amén de llamar al orden a los trabajadores de oficio so pena de castigo, pues por mucho empeño que pusieran los rectores de la institución, aquello era desmadre, pues no iban a trabajar o se iban sin terminar la jornada.

Y por las tardes se dedicó a la hechura de su vestido de bodas con un batallón de

mujeres de confianza que consiguió reunir. A ver, que se dijo que, aunque bordaba con maestría, no pasaba de subir un dobladillo. Tal se confesó palmariamente el día en que consultó con su almohada y se levantó dispuesta a pedir ayuda para coser su traje.

Cierto que se alegraba a cualquier hora. Al conocer que a los ejércitos aragoneses se sumaban muchos portugueses para luchar contra los franceses, por ejemplo, o que había quedado constituida la Junta Suprema Central en Madrid, con el conde de Floridablanca de presidente interino, por poner otro ejemplo. De esto último mucho más pues, aparte de lo que suponía para la patria española, don Pedro volvería pronto.

Así las cosas, la condesa llamó a mujeres de su confianza y, rehusando las invitaciones que recibía para asistir a los salones de nobles y burgueses, por la tarde las congregaba en su mansión. A Casta Álvarez que se presentaba con su chico, después de haberlo recogido en el colegio de Infantes. A doña Josefa que acudió encantada y con ella la Artillera pues, tras la inesperada marcha de su hermana, se había quedado sola, contenta además de que doña Consolación la admitiera en su casa, pues que a la vista estaba no daba crédito a hablillas ni calumnias. A María Agustín que, aunque no podía coser, quiso que estuviera también, sabedora de que había tenido muy buena mano para la aguja. Y eso, que, a más de merendar, conversaban mientras cosían.

Cerrada con llave la puerta del cuarto de costura, empezaron con la tela mala a hacer la *toile*. La «tual», como pronunciaba Casta, que también quiso saber qué era lo de la *merde d'oie*, pues sonaba a mierda de algo, hasta que le explicaron que era francés y se traducía como «caca de oca», pues la oca era, le aseguraron, un animal muypreciado en el país vecino en razón de que de sus higadillos se sacaba el famoso *foie gras*, un manjar que estaba en la mesa del emperador Napoleón, y hubiera podido la dueña seguir mostrando su estupefacción por lo de la tela color «caca» y nada menos que de oca, cuando era un color verde tirando a marrón, pero hubo de dejarlo, pues entraron en una faena que les llevaría doce días.

Con la condesa de pie y en camisa, doblaron por dos la tela, se la colocaron a la altura del cuello, le hicieron un agujero para introducirse por la cabeza, le fueron dando forma y se la ajustaron al cuerpo con alfileres. Y ya la hilvanaron, cogieron de aquí y soltaron de allá, todo ello bajo la dirección de doña Josefa que había visto más mundo que las demás y con los certeros apuntes de María Agustín, pues que, aunque había cosido trapillo, tenía muy buen ojo para decir: Sobra aquí o falta allá o así no o así sí o más frunce o menos frunce. Y cuando tuvieron confeccionado el vestido de prueba, la emprendieron con el bueno y pasaron a coserlo tratando de que los puntos fueran iguales y apoyando bien el hilo; esmerándose, en fin.

Y un día era que, mientras hacían un alto para merendar la jicarica de chocolate que solían tomar mojando bizcochos, la de Bureta hablaba de los dineros que le había remitido la embajada inglesa, asegurando que el hecho tenía que ser negocio de Doyle, pese a que, cuando conoció al militar, apenas había hablado con él y solo le

había explicado cómo era el traje aragonés, negocio que le interesaba, al parecer. Lo de que los hombres iban vestidos con calzón oscuro, chaleco negro, faja encarnada o morada, según fueran solteros o casados, medias hasta la pantorrilla, sombrero de ala ancha y alpargatas atadas con cintas negras, y terminaba diciendo que siquiera había tenido tiempo de pasar a la vestimenta habitual de las mujeres, pues lo reclamaron otras personas. Y entonces intervenían todas y era muy agradable.

Y otro día, era doña Josefa que llegaba con noticias frescas, enterada por cartas recibidas de Madrid, y les hablaba con espanto de que la Junta Suprema Central del Reino estaba formada por masones, por Jovellanos, Martín de Garay, Piñuela y otros que, como ella, pertenecían a la Real Sociedad Económica de Amigos del País de la capital, organismo del que era miembro de número al igual que de la de Zaragoza, y se lamentaba de haber estado sentada con semejante hez en la misma mesa.

Y otro, era Agustina la que, como les había cogido confianza, les manifestaba que echaba a faltar a su hermana Quimeta, aunque raramente exteriorizaba sus dudas sobre si sería viuda o no lo sería, dado que la visita de su cuñado no le había aclarado el paradero de su marido. Y, cuando se daba el caso, las demás, como puestas de acuerdo, cambiaban de tema con apresuramiento no fuera a mencionar al capitán Talarbe, del que tenían mucho oído y nada bueno, y se preguntaban unas a otras si sabían alguna cosa de Manuela Sancho, por ejemplo, pues que hacía tiempo que no la habían visto y no, que todas ignoraban el fallecimiento de su madre.

Y otro, tomaba la palabra María Agustín y contaba lo de la hermana loca de María Lostal, siempre atosigada con sus chiquillos y su tienda, y escuchaban con la mayor atención que se había metido en la cama para dar calor a su marido que estaba parálítico. Cierta que alguna vez la moza se dolía de que la guerra le había hecho mucho daño y se iba a quedar para vestir santos, y en ese momento todas le ofrecían su propia casa para que no viviera sola y hasta manutención le daban, pues que por su manquedad no podía dedicarse a su antiguo oficio, a coser. Pero no era lo habitual en ella pues, pese a su desgracia, siempre estaba alegre, y mucho más cuando, al despedirse, la señora condesa le regalaba un frasco de agua de olor o un cestillo con frutas frescas o un tarro de mermelada.

Y otro, era Casta la que les aseguraba que todavía había cadáveres por las calles, pero también le hacían cambiar de tema porque ninguna quería hablar de tristezas en razón de que ya habían pasado bastantes. Y entonces la dueña por continuar una conversación que había apuntado doña Josefa la semana anterior y por hacer chanza, pues, al parecer, a la susodicha le amargaban la vida las arrugas y siempre iba con mil afeites en la cara, decía que se había descubierto una que le cruzaba la tripa. A lo que las demás le contestaban que los días no se van de balde pero, de inmediato, intervenía la dama y les daba una lección: antes de los 14 años, las horribles espinillas; a los 30 años patas de gallo, apreciables al sonreír y piel de melocotón en el rostro; a los 35 una arruga en el vientre, mismamente como la de Casta; a los 40, ojeras y patas de gallo en franco crecimiento; a los 50 —55 había cumplido la dama

—, unas mujeres, pellejos en el cuello y otras, sobrebarba, papo, dicho en lenguaje vulgar, flacidez, carnes colgantes por todo el cuerpo, pecas, innumerables manchas e infinitas verrugas de todas las especies en todas las féminas y, en otro orden de cosas, dolorosos callos y uñas gordas en los pies. Esto en cuanto al exterior y por el interior del cuerpo mil achaques. Y claro, aunque la doña hablaba bromeando, a todas les venía un escalofrío, a pesar de que eran mucho más jóvenes que ella, excepto a la pequeña María de los Dolores que, cada vez más a gusto con las costureras, celebraba a carcajadas las descripciones de doña Josefa, a pesar de que su madre le había dicho mil veces que las damitas jamás debían reírse de tal modo, pues era de gente vulgar.

Y mientras platicaban de esto o aquello, el Pablos jugaba al guiñote con el hijo de la condesa y se llevaba a su casa a lo menos un real, cuando no dos.

Conforme corría el mes de septiembre y prosperaba la confección del vestido, a la condesa, aunque no acudieran las costureras, pues hubo unos días en que llovió a jarros y las calles estuvieron intransitables por el barro, a la dama, decíamos, le costaba más y más esfuerzo reprimir su contento e iba por la casa como unas castañuelas, mucho más cuando regresó don Pedro y se vieron en la reja. Pero, cuando el día de San Miguel, dieron las últimas puntadas, su alegría se había convertido en alborozo, sobre todo cuando se probó el traje, el largo chaleco, las medias, los zapatos bordados y una mantilla de finísima labor y de color marfil que aquella misma mañana le había entregado la encajera.

Y fue que Casta le dijo que parecía una novia, que doña Josefa lo corroboró, que las demás asintieron y que la pequeña María de los Dolores le preguntó si el vestido era su traje de bodas y claro la condesa que no mentía, ni por hacer caridad, no engañó a nadie y respondió que sí, que sí. Y, roja como la grana, informó a las presentes que iba a maridar, Dios mediante, con don Pedro María el 1.º de octubre, es decir, en dos días. Y rogó a todas, les pidió por lo que más quisieran, que guardaran silencio sobre el particular porque no había recibido el preceptivo permiso del rey Fernando para casarse y que posiblemente nunca llegaría, y que ni don Pedro ni ella querían esperar más. Y fue que la entendieron todas, su hija incluida, pese a lo chica que era, pues se mostró entusiasmada, y unas y otras fueron capaces de guardar el secreto. Unas lo hicieron por servirla, otras por amistad y todas porque la querían.

\* \* \*

El día 30 de septiembre, la Artillera y María Agustín, las dos heroínas de la puerta del Portillo más significadas, así como la condesa de Bureta fueron condecoradas y pensionadas por Palafox, que les entregó el escudo de defensora de Zaragoza y el de premio y distinción, dicho también de recompensa al valor y patriotismo (el primero, por haber participado en la defensa de la ciudad y el segundo, por haber se distinguido: Agustina disparando el cañón, María con lo de los cestos de cartuchos y la condesa por sus barricadas y su labor en el hospital), dos círculos de paño rojo



bordados en oro para que se los cosieran en sus vestidos, a más de cuatro reales diarios, junto a otros muchos hombres que se lo habían merecido también, en una breve ceremonia. En ella el capitán general habló del valor sin igual de los zaragozanos, de sus grandes y heroicas hazañas y de la gratitud que merecían, por parte de sus conciudadanos, los allí presentes y luego arremetió contra los muchos vecinos de toda clase y condición que habían salido de la ciudad huyendo y abandonando al resto de la población a la muerte, a ser pateados por los caballos franceses, a que los encadenaran y fueran convertidos en esclavos y terminó diciendo que, merced al arrojo de los allí presentes, y de otros ya condecorados o por condecorar, y al inestimable favor de la Virgen del Pilar, habían vencido y humillado a los enemigos. Y ya nombrando a todos, fueron pasando de uno en uno y les impuso ambas condecoraciones, y dio por acabado el acto.

A Agustina, mientras duró la formalidad no le quitaron el ojo de encima y estuvieron murmurando de ella hombres y mujeres, tanto los premiados como acompañantes e ítem más los edecanes del capitán general. Y otro tanto le sucedió cuando su grupo abandonó el salón de recepciones para que entrara otro a lo mismo, y por la calle, pues, pese a que no le decía nada a María Agustín, hasta en su espalda notaba acusadoras miradas. Y, la verdad, no se explicaba aquella malquerencia que se había levantado contra ella, porque, aunque había bailado cuatro o cinco o seis bailes con el capitán Talarbe cuando siquiera conocía su nombre, y le había escuchado alguna bonita palabra mientras duraba la música, nada más se le podía achacar que hubiera hecho en público y en su casa o en la de él menos. Cierto que la había seguido y hasta perseguido por calles y plazas, pero eso era negocio suyo y solo suyo. Nada extraño por otra parte, propio de hombres mujeriegos. Cierto que se acallaron un tantico las malas lenguas cuando el dicho capitán abandonó la ciudad, al mando de la parte que le correspondiere de los 3.000 hombres destinados a detener a los 20.000 franceses que pretendían entrar en España por el Rosellón, cuando ya habían penetrado cientos de miles por el otro extremo de los Pirineos, por el Bidasoa. Y lo que se dijo Agustina al enterarse pocos días después:

—Vaya con Dios Talarbe.

Tal se dijo con la boca pequeña porque seguía pensando en él.

\* \* \*

Doña Consolación Azlor y Villavicencio se casó a las cinco de la mañana del 1.º de octubre de 1808, sábado, en la iglesia del Seminario de San Carlos Borromeo —el único edificio que había quedado en pie tras la explosión del pasado junio—, en segundas nupcias con don Pedro María Ric y Monserrat, recién nombrado regente de la Real Audiencia de Aragón, primogénito del barón de Valdeolivivos y heredero de la baronía. Salió inmensamente feliz, pero sin el título de condesa y fue como si el hecho no hubiera quedado registrado en el libro de matrimonios de la iglesia, pues lo

llevó hasta su muerte en razón de que, pese a que la pareja desveló el secreto de su matrimonio un mes después, la ciudadanía no se acostumbró a su nuevo título y no lo utilizó.

La dama había rezado a las ánimas del Purgatorio para que la despertaran a sabiendas de que puntuales no eran, pero los nervios no la dejaron dormir. No obstante, llegó un poco tarde —ya se sabe que las novias se presentan siempre más tarde que el novio, no vaya a ser que el susodicho no aparezca y se queden vestidicas y sin casar, como la del antiguo romance—, aviada con un precioso traje color marfil, chaleco largo de terciopelo color *merde d'oie*, mantilla de encaje y sobre ella una magnífica diadema de perlas y brillantes, con guantes largos, moño bajo e infinita felicidad en el rostro; en su carroza, cargada con varios baúles y con las cortinillas echadas por precaución, para que no la vieran aunque las calles estaban desiertas. Con sus hijos, su mayordoma y su cochero, que se encaminó a donde le mandaron sin preguntar, pero, como era mozo despabilado, no le tuvieron que explicar nada, pues, otro tanto que a las costureras, doña Consolación, preciosamente ataviada con un vestido propio de la reina de España, le pareció lo que era: una novia, hermosa además, mismamente como las estrellas del cielo.

Y eso, que llegaron a San Carlos y ya estaba don Pedro en la puerta con la alegría brincándole en los ojos, y el padrino y la madrina —cuyos nombres quedan en secreto por respetar la voluntad de los contrayentes—. E iniciaron la marcha, sin músicas, hacia la capilla de San José que estaba a rebosar de flores, donde los esperaba el sacerdote, que dio comienzo a la ceremonia y, tras un breve sermón sobre los deberes conyugales, les preguntó a uno detrás de otro si querían contraer matrimonio libre y voluntariamente y, ante la respuesta afirmativa de ambos, tras entregar y recibir las arras y cruzar anillos, los declaró marido y mujer en la riqueza y en la pobreza con los hijos que ya tenía ella y con los que Dios les diera a los dos, hasta el fin de sus días. Terminado el acto, los esposos firmaron donde fue menester firmar con los testigos y recibieron parabienes de los asistentes, de ocho personas en concreto. Las mujeres se besaron y los hombres se dieron las manos y besaron las manos de las mujeres, y ya doña Consolación, después de abrazar a sus hijos, se los encomendó a su mayordoma, cruzó mirada con su cochero y, rebosante de felicidad, subióse a la carroza de don Pedro, camino de Fonz, localidad de la provincia de Huesca, situada en el Alto Pirineo, para pasar unos días en la casa solariega de su marido y conocer a su señor suegro.

Para la víspera del día de la Virgen del Pilar, el matrimonio había regresado y cada uno se había ido a vivir a su casa, por lo del secreto. La dama había vuelto feliz por demás y, tras entregar a sus hijos los regalos que les traía, a la niña una perrita pastora de color plata, recién destetada y al niño un potrillo, una vez que vació los baúles, convocó a las cuatro costureras que tanto servicio le habían prestado en la hechura de su vestido de bodas, el más hermoso que se había visto en la ciudad en mucho tiempo, tal aseguraba a sus invitadas, aunque visto, visto, no se había visto, se

corregía en razón de que solo habían estado presentes en la ceremonia ocho personas, incluido el sacerdote. Y, tras los agradecimientos oportunos y una espléndida merienda, las cinco, cuatro de ellas pensando para sí que lo que los esposos vivieran separados no era manera de empezar una vida en común, se fueron a la vigilia del Pilar e hicieron la vela nocturna con otras muchas otras gentes, pues no en vano aquel año, que se había iniciado como uno más y a mediados se había convertido en un año maldito, por ser bisiesto entre otras cosas, para tornarse en bendito a mitad de agosto, se cumplía el 90.º aniversario de la inauguración y consagración del nuevo templo, y no quisieron faltar. Además, se juntaron otras cosas a celebrar tales como que los franceses se habían ido, quiera Dios que para siempre jamás, y que el día 12 había sido declarado fiesta de precepto el año anterior, por gracia concedida por el papa Clemente XII, y claro los habitantes salieron a las calles y las llenaron con sus alegres semblantes y sus bulliciosas voces.

Hubo fiesta grande: músicas de bandas militares y de organillos, verbenas y jotos con sus rondallas, amén de que recorrió las calles la comparsa de gigantes y cabezudos, que fue deleite de niños y mayores y, en consecuencia, reinó una alegría inenarrable.

María Lostal y su marido participaron en los festejos con sus tres hijos. Dejaron su casa, vestidos con sus ropas de domingo, fueron a misa al Pilar, se arrodillaron en el Humilladero de la Virgen tras hacer larga cola y admiraron los diamantes del manto de la Señora, y luego se encaminaron a la plaza del Mercado. Como a Diego le sonaba la bolsa, no escatimó y compró almendras garrapiñadas y en el puesto de la tía Paca las primeras castañas de la temporada, pues la dueña, en otoño, abandonaba los refrescos y se dedicaba a asar castañas y boniatos. Presenciaron el espectáculo de una tropa de titiriteros que daban saltos increíbles, a más de hacer pantomimas, entre ellas imitar al rey José Napoleón que se bebía una botella tras otra y, ebrio, decía mil necedades. Escucharon al ciego de la entrada de la calle de San Pablo recitar un romancillo, mientras señalaba las escenas en un cartel con un puntero, sobre un burro flautista, que entusiasmó a los pequeños. Oyeron a un cuadro de jotas cantar la de *la Virgen del Pilar, que no quiere ser francesa* y otras más; al organillero en la calle de la Torre Nueva tocar unas seguidillas y, en la plaza de San Felipe, vieron pasar la comparsa de gigantes y cabezudos, que fue delirio para los críos, pues que los cabezudos los encorrían con palos y ellos les respondían con coplillas insultantes y hasta ofensivas.

Y fue que, cuando se detuvieron a ver la procesión que había salido del Pilar, se juntaron con los hijos de la condesa de Bureta y con el de la señora Casta, y los saludaron. Y, tras comer fritos, dulces y frutas por allá, de noche ya, regresaron a su casa, después de dar dinero al ciego y al organillero y habiendo dejado limosna en el templo del Pilar para reparar los daños que las bombas habían causado en algunas capillas. Alegres todos, pues habían pasado un buen día.

Matilda y Marica también aparecieron por allí. Dejaron la mula en la Tripería a

cargo de un chiquillo con el que ajustaron cuatro ochavos. Subieron hacia el Mercado y causaron sensación. La misma sensación que produjeran el pasado 24 de mayo, el día en el que los zaragozanos declararon la guerra al emperador Napoleón, pues los hombres les silbaron y les dijeron mil lindezas, y las mujeres evitaron mirarlas directamente a los ojos pues que las avergonzaban; cierto que las contemplaron de soslayo para admirar sus vestidos y envidiar sus dineros. Las dos meretrices fueron gastando a manos llenas, comprando los mejores fritos, los mejores pasteles, las mejores rosquillas, invitando, además, a la crialla que se les acercaba y les pedía un vasico de vino o una patata asada o unos caramelos de miel. Así recorrieron los puestos, escucharon a los jotos cantar la jota de Agustina de Aragón y al ciego lo del burro flautista, y les hizo gracia por lo se quedaron a oírlo otra vez y echaron el doble en la escudilla. Y, al darse la vuelta para salir de aquel corro, la Marica se tropezó con una joven que era manca y claro le pidió excusas porque precisamente le había dado en el brazo malo y en eso estaba con las disculpas, la Matilda a su lado, cuando una vieja que había cerca, le espetó a la cara:

—¡Ten cuidado, ramera, has golpeado a María Agustín!

Las fulanas se quedaron suspensas, pero la otra siguió:

—¿No conoces a María? ¿Tampoco conoces a Agustina de Aragón? ¿No has oído de sus hazañas? ¿Dónde has pasado los dos meses del asedio, en la cama con los franceses?

Ante la mención de los franceses y que la vieja metomentodo iba a emprenderla a golpes con la faltriquera contra ellas, las dos mujeres se hicieron paso entre las gentes y aceleraron hasta perder de vista aquella diablesa añosa y entrometida. Fueron refunfuñando y murmurando hasta que llegaron a su casa, comentando que de la manca no habían oído hablar, pero de la Agustina sí, y nada bueno, ¿pues que no se había echado un amante militar, sin saber si su marido estaba vivo o había muerto...? Y eso, que llegaron con el rostro contrariado, pero hubieron de cambiarlo y sonreír en razón de que ya les esperaban clientes en la puerta, por lo que olvidaron el asunto.

Los festejos fueron de mucho disfrutar, salvo para los enfermos que pudieren estar en sus casas y para el boticario Perales que, al escuchar bullicio en la calle de San Gil, se asomó a la ventana y masculló una palabrota porque el gentío no le dejaba dormir la siesta, mientras pensaba: Los aragoneses somos como estos cabezudos, cabeza grande y poco cerebro... Durante la guerra pusimos el corazón al servicio de la tozudez y murieron 7.000 personas para nada, porque los franceses continúan en España.

Lo mejor que pudo hacer, decirlo para sí mismo, pues, según sostenía, con su anciana madre tenía una serpiente en casa.

Pero, ay, que los que participaron en las fiestas del día grande y gozaron de ellas, ignoraban que en aquella misma fecha Napoleón había escrito a su hermano el rey José diciéndole entre otras muchas cosas: Hago falta ahí..., y que a los tres días, el 15 de octubre en concreto, la Grande Armée, mandada por el mariscal Lefebvre, el

vencido en Zaragoza, había de cruzar los Pirineos y que, poco tiempo después, el propio emperador se personaría en España a dirigir sus ejércitos. Tal ignoraban hasta los militares de alta graduación y las autoridades municipales que el día 14 felicitaron a Palafox porque era el cumpleaños del señor rey, cuya vida guarde Dios.

\* \* \*

Más o menos en la octava del Pilar se presentaron en la ciudad dos pintores acreditados, nada menos que de la cámara de su majestad, de nombre don Fernando Brambila y don Juan Gálvez. Fueron llamados por Palafox para que pintaran las ruinas de la ciudad y dejaran testimonio para la posteridad de los horrores de la guerra. Los artistas le propusieron al capitán general —que había sido nombrado por la Junta Suprema Central teniente general y confirmado capitán general de Aragón— hacer una colección de estampas para imprimirlas y venderlas por suscripción, para que se enterara el mundo entero de la heroicidad de los zaragozanos y, aceptada la propuesta, se pusieron a ello. Se instalaron en la casa de Palafox y cada día metían sus cuadernos y sus carboncillos en una carpeta, se cargaban un sillete a la espalda, y salían a la calle, para volver sobrecogidos de tanto desastre.

Y ora andaba Gálvez por el paseo de las Tapias, ora Brambila en la Huerba frente al claustro de Santa Engracia, pues que habían decidido repartirse las zonas más dañadas, pero nunca estaban solos. A ver, que les iba el Tal o la Cual a pedirles que fueran a contemplar la devastación de su casa, su huerto o su corral, porque vieran más. O a describirles el rostro e indumentaria de su hijo o marido muerto, para que le pintaran un retrato, de oídas que fuera, y poder tener un recuerdo de él, ofreciendo tanto y cuanto. Pero los artistas rechazaban todas las proposiciones por bien pagadas que estuvieren en virtud de que habían venido contratados por Palafox, a pintar para todos y no para particulares, mas a la petición de la señora condesa de Bureta —la seguiremos llamando así— no se pudieron negar.

Por eso, cuando se ponía el sol, se personaban en su casa, merendaban con ella y sus acompañantes, entre ellas Agustina de Aragón y María Agustín, personajes que les agradó conocer pues ya sabían de sus hazañas, y se dedicaron a pintar un retrato del rey Fernando VII por encargo de la dama, para que presidiera su salón. Y, aunque lo hicieron de memoria, les quedó espléndido y ellos mismos dirigieron la operación para colgarlo encima de la chimenea y ya recibieron el estipendio acordado y se despidieron de la señora y compañía. De una dama ciento por ciento parlanchina, de las heroínas, de la Artillera, la manca y de la que llevaba una bayoneta en un palo de escoba, o de lo que fuere, y de la pequeña María de los Dolores; dispuestos a volver a Madrid.

Pero antes de regresar a la capital, hubieron de tornar a aquella casa pues el Ayuntamiento les encargó que retrataran a los héroes del Sitio de Zaragoza para colgar los cuadros en la casa consistorial y aceptaron el trabajo. Y, como la señora de

Bureta los había tratado con tanta consideración, empezaron a tomar apuntes de ella y siguieron con Agustina de Aragón, María Agustín y Casta Álvarez. Doña Josefa, a quien también invitaron a posar, no quiso hacerlo, aduciendo que no había hecho nada digno de recordar, pero las otras se maliciaron que no lo consentía para que los artistas, que pintaban del natural, no le sacaran las arrugas de la cara. Luego hicieron lo mismo con los hombres, con el tío Jorge, el cura Sas y el comandante Cerezo, entre otros. Doña Consolación tuvo que invitarlos merendar, pero lo hizo a gusto, la mar de a gusto y, la verdad, todos disfrutaron hartos.

\* \* \*

Manuela Sancho celebró la retirada francesa como la que más en la ciudad y luego anduvo con otras mujeres buscando cosas buenas entre los escombros del hospital para entregarlas en la casa consistorial, como dicho va, o llevando agua a los trabajadores que fortificaban diferentes puntos. A los del convento de San José, a los de la torre del Pino y hasta al reducto del Pilar se llegó varias veces, pero, desde que falleció su progenitora, no tuvo gana de nada. Aparte del susto, pues que la señora Luisa murió mientras dormía, en la cama y sin alentar, y de las muchas lágrimas que derramó en el funeral y del dolor que le produjo enterrarla en el fosal de San Miguel, pues fue como si se le rompieran las entrañas, tuvo que acostumbrarse a vivir sola, a ir al mercado a diario, a alimentar las dos gallinas que le habían quedado a diario, a hacerse la cama a diario, a limpiar el fogón a diario, es decir, a hacer todo ella y comenzó a angustiarse porque nadie hiciera nada por ella y que nada, ni la limpieza ni la comida ni la cama, se hiciera sola. Y, pese a que tenía afán de recuperarse de un trance bastante común, porque es ley de vida que los hijos entierren a los padres, y mucho más común en aquellos momentos en Zaragoza, dada la mortandad habida, el caso es que se convirtió en un manojo de nervios y, como no dormía, pues se decía que escuchaba extraños ruidos y apenas comía, pues no tenía qué, empezó a desbarrar con aquellas memeces de que tenía que hacerlo todo, como si las labores del hogar le cogieran de nuevas, como si siempre hubiera tenido criadas. Y se limitaba a dar vueltas por las habitaciones, a subir y bajar la escalera siempre oyendo ruidos, crujidos y hasta voces, que le causaban espanto. Sin pedir ayuda, sin plantearse que podía huir de allí, cerrar la casa y presentarse en su pueblo para enterar de la mala nueva a sus hermanos menores y llorar con ellos la falta de su madre. Pero no, que, como además no abría las contraventanas, parecía una sombra cuando la iluminaba un haz de luz que se colara por algún resquicio y, por la noche, talmente un fantasma. Cualquiera que la hubiera visto la hubiera tomado por un espectro, pues que, como llegó el cierzo y con él el frío, hubo de cubrirse con la cobija de la cama e iba y venía, subía y bajaba sin un candil para alumbrarse, y así estuvo un tiempo.

Cierto que al fin superó su desvarío. Tanto darle a la cabeza, le vino a las mientes el corazón o la mano que no recogió cuando la explosión del Seminario, cosa que le

había causado honda impresión y malos sueños. Y se alivió más cuando recordó que las dueñas de la puerta Quemada, las que cosían camisas para el ejército igual que hacían las del Portillo, habían hablado de que oían voces por la noche, lamentos, quejidos y hasta gritos desgarradores que provenían de los muertos, de los que estaban sin sepultar y de los que estaban enterrados sin la decencia de otrora, es decir, todos amontonados en una tumba común en San Miguel. Y volvió al mundo porque lo de los gritos, cuando lo escuchó de labios de comadres lenguaraces, le pareció necesidad, y lo de que se hicieran las tareas del hogar solas, que había sido negocio suyo, todavía mayor necesidad.

Manuela tornó al mundo, con mucho dolor en el corazón, como les sucede a los buenos hijos, a la espera de que, con el paso del tiempo, fuera remitiendo y se convirtiera en recuerdo, mismamente como hacen todas las personas que sobreviven a un ser muy querido.

Lo primero que oyó, al llegar a la plaza de la Magdalena, cuando, tras ventilar y hacerse la cama, salió de casa, aseada y aviada, fue esta jota:

*La jota no dice jota  
cuando en Aragón se canta,  
dice amor y dice guerra,  
dice madre y dice patria.*

Y animándose, a más que la saludaban las comadres, compró para el puchero y por primera vez en muchos días comió caliente.

## Capítulo 15

**M**atilda sufrió un percance, qué un percance, un ataque, un auténtico ataque por parte de un cliente y quedó maltrecha.

Se presentó en la torre un sujeto con aspecto de labrador, preguntó el precio del servicio, lo aceptó sin regatear, eligió a Matilda para su desfogue y ambos subieron al cuarto. El cliente dejó la gayata en un rincón, se quitó el calzón y se metió en la cama, sin que la prostituta observara nada extraño pues que había hecho lo mismo que hacían todos los hombres en un burdel. Ella se fue desnudando poquico a poquico, como hacía siempre: los zapatos, las medias, una, otra, a la par que miraba a su cliente con picardía y le hacía guiños o le echaba besos poniendo boquita de piñón, empleándose, en fin, en los preludios del amor. Pero fue que al tipo debía correrle prisa y que la llamó con recia voz, la que correspondía a su talla pues era asaz corpulento, y ella se dejó de mandangas, se metió en la cama con él y fue visto y no visto. El hombre quiso repetir, pero Matilda le pidió tanto más con su mejor sonrisa, lo que se hace en los prostíbulos en toda la tierra de Dios, y entonces el tipo se levantó airado, cogió la gayata y la emprendió a palos contra ella sin mirar dónde le daba, queriéndole hacer daño, con furia, y dejándola malherida. Y menos mal que tuvo arrestos para gritar y que gritó como nunca había gritado, y fue que la oyó Marica que andaba trajinando en la cocina y, sin encomendarse a Dios ni al diablo, subió al piso a la carrera con una escoba en la mano y entró en la habitación como una exhalación, aullando también como una posesa, tanto que el Fulano, que no se esperaba semejante irrupción, retrocedió, sorprendido, una vara, acaso dos.

En el ínterin, la moza, que sabía adónde iba, arrojó la escoba al hombre, cogió la escopeta que su compañera tenía guardada de tiempo ha, debajo de la cama, la que se había olvidado un cliente, imposible recordar si francés o español, y le apuntó con ella hacía el corazón, sin que le temblaran las piernas. El caso es que el hombre, al ver el arma, tiró la gayata al suelo, levantó las manos, cogió los calzones y, medio desnudo, abandonó la casa, siempre con la moza detrás, eso sí, blasfemando como si fuera el mismísimo Satanás.

La joven echó el cerrojo de la verja y volvióse rauda al lado de Matilda, créida de que podrían reírse juntas de que un gigante se hubiera tenido que ir de su casa con el rabo entre las piernas y los calzones en la mano. Pero no, no, que Matilda presentaba un estado lastimero. Tenía una brecha en la cabeza de un dedo de largo y de medio de grosor por la que sangraba abundante, una rojez en la mejilla izquierda más que apreciable, amén de contusiones por el pecho y la barriga, y pena daba, inmensa pena.



Con un paño limpio intentó la moza contener la sangre de su compañera, pero, como no remitía, le dijo que la tendría que ver un médico, pero Matilda no le contestó, porque tenía los ojos entrecerrados como los agonizantes. Marica, sin perder la serenidad, comprobó que respiraba y fue se corriendo hacia la cuadra, unció la mula al carro, salió al camino y se puso a pedir socorro. Y tuvo suerte porque, a poco, aparecieron unos soldados que iban precisamente al burdel y les pidió ayuda. Se la prestaron por supuesto, siguieron a la moza a la habitación y movieron la cabeza al ver tanta sangre y a una mujer medio inconsciente. La envolvieron en una manta, la subieron al carro y ellos mismos lo condujeron hasta el Hospital de Convalecientes donde les indicó la joven, lo único que les dijo durante el viaje, pues lo demás que hizo fue tenerle la mano a su compañera y llorar desconsolada, a pesar de que los militares le preguntaron decenas de veces qué había pasado, qué rediez, qué coño, había sucedido o, maldita sea, quién le había hecho a la dueña las heridas.

Y fue que en la puerta del hospital no había porteros y que los soldados vocearon hasta que apareció una monja, seguida de otra. Salió la madre Rafols y otra más, y les preguntó a los hombres qué sucedía; le contestaron que llevaban una mujer que había recibido una paliza, porque Marica seguía llorando incapaz de articular palabra. La religiosa se llegó al carro, subió y se arrodilló junto a la enferma, le levantó un poco el paño de la herida de la cabeza y torció el gesto, alzó un poco la manta y volvió a torcerlo. Entonces pidió que la bajaran, la entraran y la depositaran en un colchón que había en el suelo, informando, ante la mirada atónita de los soldados, de que no había camas vacías y que no habría hasta que se muriera algún paciente. Y, tras preguntarles si la mujer se llamaba Matilda —pues la conocía, ya más de una vez había ido al hospital para que los galenos le curaran las purgaciones— y si regentaba un burdel en el Rabal, los despidió. Los hombres se fueron con los rostros colorados, pues habían sido cogidos en pecado, nada más fuera por la intención que habían albergado en sus corazones, aunque posiblemente también hubieran salido a escondidas de su cuartel, pues que eso y más reprochaban los ojos de la religiosa cuando a la cara los miró.

La madre Rafols procedió, encontró una camilla y con su ayudante llevó a la herida a la sala de curas, y llamó al médico. La Marica fue tras ellas sin dejar de llorar.

\* \* \*

Ya fuera porque tenía que platicar con Palafox, pues la Junta Suprema Central había dispuesto que los ejércitos españoles se reorganizaran y se prepararan para dar batalla al francés, ya fuera por el eco que había suscitado la encarnizada defensa que habían llevado a cabo los zaragozanos durante el asedio, o porque deseaba contemplar lo que se contaba con sus propios ojos a la par que felicitaba a los héroes y compartía unas horas con ellos, el general Castaños, el vencedor de Bailén, llegó a Zaragoza, en

barca, navegando por el Canal desde Tudela y, arribando al embarcadero de Torrero, fue recibido por el capitán general y, desde que entró a caballo por el Portillo, llevado en loor por los vecinos hasta la casa de Lazán, donde se hospedó. Otro tanto sucedió cuando recorrió las calles y las plazas y se detuvo a contemplar las ruinas o ensalzó las obras defensivas realizadas y las que estaban en vías de construcción, pues que tal vez, no lo quiera Dios, fueran necesarias otra vez, dado que, según se decía, entraban sin descanso batallones enemigos por los dos extremos del Pirineo.

Palafox, después de mantener hablas con él sobre las estrategias a seguir contra la nueva ocupación francesa y acordar que los soldados que habían sido licenciados fueran llamados para incorporarse a sus regimientos, ofreció al general vencedor de Bailén y a su comitiva, un magnífico banquete, sin olvidar a los militares ingleses que habían llegado el día anterior, entre ellos el general Doyle otra vez, ni a los héroes del sitio ni a su señora prima la condesa de Bureta, que fue acomodada al lado de su esposo.

Y fue que la dama perdió el apetito pues no esperaba que la situaran al lado de don Pedro y sufrió sonrojo en razón de que todos la miraban con excesiva curiosidad y, claro, en un principio creyó que la observaban porque ya conocían que estaba casada en secreto con el hombre que tenía a su derecha, sorprendidos quizá de que hubiera actuado de tal manera, y hasta quiso ver reproches en los ojos de los mirones como diciéndole que el difunto conde de Bureta se estaría revolviendo en su tumba porque, en su nuevo estado, no se hubiera ido a vivir a otra casa, pero no, que la contemplaban con admiración porque había sido una de las heroínas de la guerra. Mismamente como a Agustina de Aragón que, entre ella y Doyle, esbozaba sonrisa tras sonrisa, pues el inglés no paraba de hablar en bastante mal castellano y de preguntarle qué o quién le había impelido a disparar el primer cañón que prendió y luego la batería entera. O qué había sentido cuando Palafox, llegando oportunamente, le había arrancado los galones al sargento muerto y se los había impuesto a ella convirtiéndola en la primera mujer del ejército español, pues que ya se habían trocado y hasta magnificado los hechos, pero ella quitaba importancia al asunto. Respondía lo que podía en razón de que entendía mal a su interlocutor y a que se azaraba pues era una mujer del pueblo y no acostumbrada a tratar con personalidades. De consecuente, lo que más hizo fue sonreír, a veces como si fuera necia en virtud de que no estaba preparada para andar entre gentes de prosapia.

\* \* \*

Don Francisco de Goya y Lucientes, aragonés de fama y primer pintor de cámara de su majestad, se presentó en Zaragoza a finales de mes, también llamado por Palafox, y acompañado de un criado.

Entraron por la puerta del Carmen, los dos contentos pues a punto estaban de terminar un largo viaje y, pese a que todo seguía siendo desolación por allá, se veía el

ir y venir de las gentes. El más alegre Goya, a pesar de que recordaba como si fuera entonces mismo que, siendo mozo, había tenido, como quien dice, que salir corriendo de Zaragoza en razón de que lo habían acusado de haber provocado un altercado, con resultado de muerte, en una posada. Y, como fue falso y mintió la posadera y con ella el tropel de gentes que la susodicha había invitado a beber, amén de que no se podía uno fiar de que la Justicia hiciera justicia, se había subido en la primera galera que salió para Madrid para poner tierra de por medio. Y, mira, que cruzar la puerta en dirección contraria después de tantos años transcurridos, le trajo recuerdos de juventud, más cuando dejaron a la izquierda el colegio de los Escolapios de donde había sido alumno y todavía más cuando el vehículo se detuvo en la plaza de La Seo y el pintor pensó en el cercano edificio del Pilar, pues que allí había pintado, por encargo del cabildo, nada menos que dos bóvedas.

Pero fue que salió Palafox a recibirlo y, tras efusiva bienvenida, acompañó al artista a una habitación para que descansara de las fatigas del viaje, excusándose de no poder darle otra más grande ni mejor, dado que la casa estaba ocupada por oficinas militares y fue que, a la par que le deseaba feliz estancia, cruzaba mirada con el criado y se despedía de ellos, pues que tenía aparejado el caballo para partir con sus tropas, con las del 4.º Ejército del que había sido nombrado general en jefe, hacia Navarra, para unirse al general Castaños y ambos tratar de detener al enemigo que escaramuceaba por la Rioja, la Ribera del Ebro, la zona de Borja y las Bardenas, y porque, Dios de los Cielos, ya se podía decir que la *Grande Armée* había entrado íntegra en España.

\* \* \*

Ido el capitán general, comenzó a correrse por la ciudad que los franceses se presentarían pronto en Zaragoza con más soldados y mejores armas. Los vecinos se agolparon en las iglesias donde se celebraron oficios para pedir bendiciones y fortuna para las tropas españolas o para agradecer los muchos favores recibidos, tal sucedió en Nuestra Señora del Portillo, por ejemplo, donde coincidieron algunas de nuestras heroínas: la condesa, Casta, Agustina y las dos Marías que, tras escuchar un encendido sermón del cura Sas y al acabar la misa, se juntaron cerca de la fuente para saludarse y comentar lo que se decía por doquiera: aquello de que hacía breves días Palafox había cumplido 33 años, los mismos que Jesucristo cuando murió en la cruz, y que a la misma edad el capitán general había salido en busca del francés para salvar a la población que permanecía intramuros, es decir, a ellas y a muchos más, pese a que, como sucediera con anterioridad, volvían a abandonar la ciudad gentes a montones. Y, tras manifestar su temor y su dolor porque hubiera tantos cobardes, decidieron sumarse a una cofradía que se disponía a trasladar la imagen de la Virgen de Cogullada de la iglesia de la Magdalena a su convento, situado muy lejos, allá por el camino de Barcelona, pues que convinieron en que la Señora se había empleado en

salvar la vida de los vecinos de aquel barrio haciendo milagro tras milagro, y allá se encaminaron todas siguiendo a los cofrades, excepto María Lostal que se retiró a su casa para continuar con sus interminables labores domésticas. Doña Consolación — que había llegado en litera— por hacer sacrificio, despidió a sus criados de vacío y echó a andar con las demás y fue que, cuando llegaron a la iglesia, empezaba a llover. A ver, que había amanecido un día nublado, había continuado oscureciendo y llovía, y ellas sin paraguas, sin bateaguas, como decía Casta, pero no regresaron a sus hogares, no. Esperaron a que los cofrades sacaran la imagen en andas y entre una multitud, pues se habían ido sumando gentes y gentes, la siguieron hasta Cogullada bajo una lluvia cada vez más intensa, todas ensopadas pero contentas. Más, cuando se encontraron con Manuela Sancho que se alegró de verlas. Pero cambiaron el semblante cuando la moza les comunicó el fallecimiento de su madre y se condolieron con ella.

Y fue que, como todo eran rezos, cánticos y velas encendidas que el aguacero se ocupaba de apagar, al personal se le avivó la piedad y muchas mujeres se quitaron los zapatos o alpargatas, lo que llevarán, chipiadas por cierto. Ellas hicieron otro tanto y caminaron descalzas por el barro un largo trecho sin pensar que se estaban lastimando los pies ni que tendrían que volver, dando por buenas aquellas mortificaciones. Rezando y hablando a ratos, comprando agua a los aguadores que seguían la procesión con sus cántaros, pese a que, con levantar la cabeza y abrir la boca, se hubiera podido beber; a más de entrepanes adquirieron también hasta unos vasicos de aloja para entrar en calor. Pero, de noche, cuando salieron del monasterio, excepto Manuela, las demás estornudaban y alguna tiritaba. Y fue que la Providencia se apiadó de ellas o que la mayordoma de la condesa, que estaba en todo, había enviado la carroza de la casa a buscar a su señora y que el cochero la estaba esperando en la puerta del monasterio, y ocuparon asiento asaz agradecidas. Y hubieran podido regresar manteniendo grata conversación, pero no fue así dado que, las que ya estornudaban o moqueaban se tapaban la boca con un pañuelo para no repartir los miasmas con las otras, y que las otras se la tapaban también para no contagiarse de lo que hubiera en el aire, pues no en vano un resfriado podía ser causa de muerte. Con tales precauciones todas llevaron la boca cerrada y no cruzaron palabra aunque tema no les hubiera faltado, pues la condesa hubiera podido contar detalles de la ceremonia de su boda, qué peinado, qué joyas había llevado; Agustina, hablar de que había estado sentada al lado del general Doyle en el ágape de Palafox o de lo difícil que era el idioma inglés y hasta hubiera podido descargar su corazón con sus amigas, pues que el capitán Talarbe seguía bullendo en él —cierto que desde que saliera con su regimiento de Zaragoza, con menor intensidad— y comentarles que le había pedido matrimonio por ver qué consejo le daban, por si alguna conocía a otra mujer que estuviera en su misma tesitura, amando a un hombre quizá y matrimoniada con otro sin saber si estaba vivo o muerto, pero no, que no era buen momento. Casta y María podían haber dicho que habían pasado el día de Todos los Santos recorriendo

cementerios y que nunca habían estado tan llenos de crisantemos o que habían ido de iglesia en iglesia oyendo sermones, pues cada una por su lado había hecho lo mismo...

\* \* \*

Apenas sacaron a Matilda de la sala de curas, Marica supo de labios de la madre Rafols que su compañera, *Deo disponente*, recobraría la salud y que a los ocho días le quitarían los puntos de sutura de la brecha de la cabeza que se disimularía con el pelo y que los morados le irían remitiendo. Tras el halagüeño informe, la religiosa le demandó si pensaba quedarse en el hospital para cuidarla y, ante la respuesta afirmativa de la moza, la envió a la fuente a que se lavara la cara hasta quitarse todos los afeites que llevaba y hasta le mandó que se buscara una manteleta para taparse el escote, pues que en aquella santa casa, no se iba vestida así. Tal dijo y no admitió réplica.

La joven, después de dejar acomodada a la enferma en una cama y de acariciarle la mejilla, salió al mundo a cumplir las órdenes de la religiosa. Se lavó la cara en la primera fuente que encontró, anduvo por los alrededores del hospital y, por primera vez en muchos años, se sintió apenada. Porque empezó a darle a la mollera, a pensar en Matilda, a maldecir la mala suerte que había tenido, a preguntarse qué haría sin ella si fallecía, Dios no lo permita, porque, pese a los buenos augurios de la monja, podía contagiarse de alguna dolencia grave, pues había oído hablar abundante de la pestilencia y de que, en las salas, los enfermos estaban hacinados y que había colchones en el suelo de los pasillos y hasta en los descansillos de las escaleras, hechos que, además, había podido comprobar con sus propios ojos.

Anduvo sin rumbo fijo, recordando cómo, al quedarse huérfana de madre —que padre nunca tuvo aunque bien pudo tener mil—, la recogió Matilda cuando, siguiendo las instrucciones que le dio su progenitora en el lecho de muerte, llamó a su puerta, a la torre del Rabal y fue que, al decirle quién era, la besó y hasta se dolió de la muerte de la que había sido su compañera. La atendió y le dio cariño como si fuera su hija y no la dedicó a la prostitución hasta que fue mujer y si lo hizo fue porque nunca hubiera podido destinarla a otro oficio, pues, ya se sabe, puta la madre, puta la hija y puta también Matilda.

Andando, andando, se llegó al arco de San Ildefonso y entró en la iglesia de Santiago a rezar por la pronta recuperación de Matilda, ella que no rezaba nunca pues era consciente de que no podía poner una vela a Dios y otra al diablo, y fue que, al salir y continuar por allá, se encontró con un cartel en la ventana de una casa anunciando que estaba en venta y con una mujer que en aquel preciso momento echaba la llave de la misma. La detuvo diciéndole que su madre y ella estaban buscando vivienda y claro, la otra, que deseaba venderla, se la enseñó de arriba abajo, le dio precio, le preguntó si podía pagarlo y le señaló un colmado cercano, lugar

donde la encontraría cuando volviera con su madre a ver el inmueble.

Si Marica hizo lo que hizo fue porque más de una vez Matilda y ella habían hablado de cerrar la torre y comprarse casa en Zaragoza, entre otras razones, para invertir los dineros ganados últimamente. Pero había otras tales como que habían pasado mucho miedo durante el asedio francés, no por los enemigos que con ellas se habían portado como amigos, sino porque los que hubieran tenido que ser sus amigos se habían comportado como enemigos pues las habían asaltado dos veces. Una, ocupándoles la huerta y, otra, la casa y la huerta, y hasta les habían vaciado la despensa y a más, que otros les habían robado la mula; todo porque vivían alejadas de la población y no tenían a quién solicitar ayuda. Si se decidió a hablar y a ver la casa fue porque, aunque no temiera a los franceses, Matilda estaría mejor atendida en los muros adentro de la población, pues que había médicos y hospitales, y si pedías auxilio seguro que te oiría la vecindad; entre otras ventajas.

Cuando Matilda mejoró y oyó lo de la casa de labios de Marica, le dijo de comprarla enseguida.

\* \* \*

Don Francisco de Goya, durante su estancia en Zaragoza, fue agasajado por nobles y burgueses. Y anduvo de acá para allá en su carruaje, recorriendo la ciudad, visitando las ruinas pues que Palafox le había encargado pintarlas; acudiendo a los salones o a tal iglesia a rezar un avemaría o a tal camposanto a hacer lo mismo por las almas de los muchos muertos de la guerra, cierto que donde más se detuvo fue en el fosar de San Gil ante la tumba de Martín Zapater, su mejor amigo, con el que se había carteadado desde su juventud. Y unas veces el pintor estaba alegre y otras no, la mayoría no, porque era conocido que tenía mal genio y porque, como hombre sensible que era, le pesaba que en Zaragoza donde había vivido parte de su vida, hubiera reinado la muerte con tanta saña además. Pero siempre se congratulaba cuando se presentaba en el Pilar y acudían enseguida varios canónigos para acompañarle al coreto y explicarle las pinturas y luego lo llevaban a que viera la otra bóveda, la que estaba entre la sacristía y el paso al Humilladero y volvían a hacer lo mismo, como si fuera un visitante ilustre y no fueran obra de sus pinceles, pero era muy gratificante pues las alababan sin cesar.

En los salones de los burgueses, las damas lo rodeaban para preguntarle por los retratos que había pintado a duquesas y condesas, y algunas hasta le pedían precio pero, como los hombres también lo acaparaban, las más despabiladas mandaron a sus sirvientas a interrogar a su criado y se enteraron de muchas cosas, pues era parlanchín y no habían de gritar pues el pintor acusaba bastante la sordera.

Las criadas hicieron muy buenas migas con el sirviente. Con atención le escuchaban hablar de los despropósitos de la Corte, de los gritos de la reina María Luisa, de sus presuntos amoríos con Godoy, de la pasividad de don Carlos IV ante

rumores fundados o infundados; de la duquesa de Osuna, que llevaba fama de marisabía o de la pésima boda que había hecho la condesa de Chinchón al casarse con Go doy pese a lo que pudiera parecer, y luego lo contaban a sus señoras lo mejor que podían, que a su vez lo comentaban con sus amigas en los salones.

Pero ni que le insistieran las criadas o le ofrecieran unos reales o se dejaran palmear el trasero, soltaba prenda el mozo sobre el escándalo que se había suscitado en los mentideros de Madrid por los dos cuadros de las majas, pintados por don Paco, lo que más interesaba a sus señoras. No había forma ni manera ni que, a instancias de sus amas, le dieran a elegir entre dos posibilidades, entre que la modelo hubiera sido la Pepita Tudó, la amante de Godoy o la duquesa de Alba, la amante de don Francisco, que no en vano llevaba fama de mujeriego. Otro tanto sucedía cuando querían saber cómo llevaba los cuernos doña Pepa Bayeu, la esposa del pintor, cómo aceptaba las infidelidades de su marido con altas damas de la Corte. Tal le insistían sin ambages, pues eran lenguaraces.

Pero no había manera, el mozo, que era asaz espabilado, cambiaba completamente de tema y empezaba con lo del 2 de mayo que, aunque interesante y ciento por ciento glorioso, nada tenía que ver con lo que aquellas sirvientas querían saber para transmitirlo a sus amas.

Cierto que, cuando el pintor conversaba con señoras de título, le daba mucho más a la lengua en razón de que había pintado a muchas damas nobles y sabía tratarlas y moverse entre ellas. Por eso, en el salón de la condesa de Bureta, don Paco, al encontrarse con varias mujeres, casi todas heroínas del sitio padecido en Zaragoza, tras felicitar a doña Consolación por sus barricadas y sus caridades, a Agustina por lo del cañón, a doña Josefa por lo que hubiere hecho, pues el artista no lo oyó bien, a Casta por la ocurrencia de la bayoneta y, tras alabar el bello rostro de María Agustín, pues que no le pudo dar parabienes, pese a lo de sus cestos de cartuchos por su manifiesta manquedad, les contaba la historia de Manolita Malasaña, por ejemplo. De aquella joven, de profesión bordadora, que, estando el día 2 de mayo con otras gentes, oyó —pues que ver no veía nada por la multitud— que salían los infantes del palacio Real y eran introducidos en carrozas para trasladarlos a la Francia, se había sumado a los gritos de traición que salían de las bocas de los patriotas españoles, junto a majos, majas, chisperos y hasta manolas, y había enarbolado su tijera, el único instrumento de punta que llevaba pues que había ido con intención de ver y no de presenciar algún suceso, ni menos a participar en él y, de consecuente, no había cogido la escoba ni el atizador del fogón. De que la moza estaba en la esquina de una calle y fue que, al observar el avance de la caballería de los mamelucos, se había ido por otra tratando de evitarla, para toparse con unos soldados que, en viendo una mujer y joven además, se le acercaron y pretendieron besarla...

—Y ella, que era doncella honrada, consiguió zafarse y echarse a correr. Lo que le valió nada pues se encontró con otros soldados que la detuvieron, a más que llegaron los anteriores dispuestos a lograr su propósito, a besarla y tocarla, pero como

había un superior no se atrevieron...

—Despechados como estaban o creyendo que todas las españolas eran putas, al verle las tijeras que llevaba colgadas del cinturón, la acusaron de portar armas y la metieron a la cárcel con el beneplácito del oficial. Para ser fusilada al día siguiente con otros muchos madrileños, pues que de la montaña del Príncipe Pío salieron 18 carros repletos de cadáveres. Yo lo contemplé con mis ojos y un día no muy lejano lo pintaré...

Se santiguaron las oyentes ante tanta tropelía. Pero don Paco continuó:

—Algún día, si Dios me da salud, lo pintaré y dejaré constancia de aquello... Los mamelucos cargaron a caballo contra los madrileños desarmados y luego en la represión posterior otros muchos fueron fusilados... De los mamelucos se dice que tienen rabo, como el demonio... A veces veo un paisaje o un rostro o una escena y soy capaz de representarla al cabo de mucho tiempo incluso... De sus mercedes también llevo algo ya en la cabeza.

Y sí, sí, don Paco pintaría los horrores del 2 de mayo y a Agustina de Aragón disparando el cañón, a más de otras terribles escenas del sitio de Zaragoza.

Así, entre gratas conversaciones en los salones, en las tiendas, en las tabernas o al pie de los bastiones, los días de los zaragozanos transcurrían amables, lo que a todos vino bien después de tantos trabajos.

A ver, que las mujeres de la fuente del Portillo, pese a lo que habían oído de los amores o amoríos de Agustina de Aragón, pese a las truculencias que hubieran deseado escuchar y a lo mucho que habían murmurado, a instancias de María Agustín y como ya no era menester hacer cartuchos ni llenar sacos pues que la fortificación estaba acabada, decidieron coserle un uniforme de sargento de artillería. Lo hicieron con infinito cariño, para agradecerle que las hubiera salvado de la entrada de los franceses, a ellas las primeras, aquel bendito 2 de julio próximo pasado, queriendo a la par darle una sorpresa. Se anticiparon a lo que la interesada debería haber hecho ya, pues que siendo sargento tendría que haberse presentado en una sastrería y encargado un uniforme. Y decían:

—Ah, es que Agustina es descuidada...

—Tan modesta es que no ha dado importancia al asunto.

—Es que no se la ha ocurrido.

—Es que no ha caído, pero para eso estamos nosotras.

Y se pusieron a coser, compraron paño azul y rojo, lo pagaron a escote y le confeccionaron la chaqueta reglamentaria y una falda, conscientes de que la primera mujer sargento del ejército español no podía ser la primera que llevara pantalones en las Españas todas o en la Europa entera y, aunque hicieron chanzas y hasta discutieron sobre el particular, como votaron a viva voz, ganó lo de la falda, y dieron miles de puntadas bajo la dirección de María que dirigía esto así, esto asá, más sisa, menos sisa, pues que la moza podía haber sido una de las grandes modistas de París. Lo hicieron a gusto por lo dicho y creídas de que le gustaría el regalo y le ayudaría a



salir de la melancolía, como así fue pues que el día en que se lo dieron y la llevaron a casa de una de ella a que se lo probara, aparte de que sonrió como hacía tiempo no le habían visto sonreír y que les dio las gracias con efusión, la mirada le brilló mismamente como el día de su hazaña y fuese con él puesto como unas castañuelas. Y fue que las gentes la miraron al pasar y la saludaron con más afecto, aunque los hombres, hay que decirlo, de primeras, se extrañaban del atuendo, claro que a poco que recapacitaran lo comprendían pues Agustina era militar de plantilla. Ciertamente que hubo de volver al día siguiente para que le cosieran los dos escudos que había ganado en la bocamanga izquierda, más cerca del puño el de Defensor, el del león de oro, y más arriba el otro, el del Premio de distinción con las armas del rey y las de Aragón, a más de los galones de sargento en el cuello de la casaca.

\* \* \*

Pronto el agradable vivir de los zaragozanos se trastocó cuando se conoció la mala noticia de que el emperador Napoleón había cruzado el río Bidasoa y pisaba suelo español. Los ánimos de los vecinos se alteraron, se apresuraron a sacar las armas que no habían entregado a la autoridad pese a las muchas peticiones que habían recibido, y a llenar otra vez sus despensas y algunos hasta mataron el cerdo anticipándose a San Martín.

Vinieron gentes a la ciudad en busca de refugio, pero muchas más salieron hacia los pueblos en busca de lo mismo, pues a nadie le cupo la menor duda de que el Bonaparte en persona se presentaría en Zaragoza para vengar la afrenta recibida.

Los hechos sucedieron aprisa. Llegó el emperador a marchas forzadas a Vitoria donde pidió información a sus generales y habló con su hermano el rey José y, de inmediato, se puso al mando de los 200.000 soldados que tenía desplegados entre Álava y Logroño y, como si fuera la reencarnación de Julio César, volvió a repetirse lo del *veni, vidi, vinci* con funestas consecuencias para los ejércitos españoles. Pues si el día 4 de noviembre entró en España con una escolta de la guardia imperial, el 5 habló con su hermano y el 6 tomó el mando, entre el 7 y el 23 sus tropas, al frente de sus mejores mariscales, habían conquistado y saqueado Burgos, incluido el afamado monasterio de las Huelgas donde profanaron las tumbas de los antiguos reyes de Castilla, llevándose oro y plata a carretadas y repitiendo un rasgo de impiedad con numerosos precedentes; por el norte, habían conquistado hasta San Vicente de la Barquera, por el sur, habían llegado a Ocaña, presentado batalla y muerto a 18.000 españoles, mientras el emperador avanzaba por el puerto de Somosierra para pronto llegar a Madrid y, lo peor para la plaza fuerte de Zaragoza: habían derrotado al general Castaños en Tudela, pues que hubo errores o no hubo avenimiento entre él y Palafox, lo que fuere, pues en la ciudad se dijo de todo.

Así las cosas, el 24 entraron por la puerta del Portillo soldados y oficiales sin fusiles y sin macutos, desanimados, derrotados por decirlo pronto. Las buenas gentes

acudieron a socorrerlos con botos de vino y pucheros humeantes, pero ni gana de comer traían pues estaban extenuados y si alguno abría la boca era para anunciar que al día siguiente los franceses aparecerían en la plana de Zaragoza.

Los vecinos pusieron el grito en el cielo y algunos se presentaron en la plaza de La Seo a vocear contra Palafox, a decirle que hiciera tal y cual o que no lo hiciera, pues que algunos se sentían generales. Otros se encaminaron a la Aljafería dispuestos a matar a los franceses presos allí, pero el comandante Cerezo que estaba en su puesto, como el resto de los jefes en los suyos, lo impidió y, en dos días, los trasladó al castillo de Alcañiz para evitar desquites.

El Pilar se llenó de gentes, los canonjes volvieron a tener mucho trabajo y a plantearse qué hacer con las joyas de Nuestra Señora, otro tanto que los curas de las parroquias con las suyas.

El vigía de la Torre Nueva ocupó su lugar con el catalejo en la mano, pero no tuvo que tañer las campanas, pues lo único que observaba extramuros eran batallones de soldados y paisanos españoles talando los hermosos olivos que circundaban la ciudad, los que no habían sido cortados ya, y cómo las mujeres arrastraban los troncos ayudadas por chiquillos, pues eran necesarias todas las manos, seguidas por niñas que recogían en cestos las aceitunas que se iban quedando en la tierra, en un intento de salvar lo que se pudiese de la cosecha, vana labor pues no habían madurado y se perdió toda.

Cierto que el 28, el vigía advirtió de la presencia de caballos franceses por el camino de Madrid y de una tropa de infantería por el de Logroño, con lo cual se pudo decir que los enemigos volvían por el mismo sitio que habían venido la vez anterior y por el mismo que se habían ido. Palafox dictó las órdenes que consideró oportunas y aceptó que los labradores del Rabal obraran en las fortificaciones de aquel lugar que andaban retrasadas.

\* \* \*

Para la fecha anterior, Marica ya había comprado la casa de la calle de las Doncellas, sin saber que por allí había varios lupanares. Matilda había salido del hospital con la cabeza afeitada, con la cara y medio cuerpo amarillo, resultado de la evolución de los moretones que le había producido el arriscado labrador, pero con buen ánimo, y ambas estaban instaladas en su nueva morada.

Y es que Marica se había portado como persona adulta, pues ella sola había acordado la compra de la casa, con la dueña, consiguiendo buena rebaja. Había acudido a un notario, le había hablado de la postración de su madre en una cama del hospital, lo había llevado allí y con la bendición de Matilda, el fedatario la había escriturado a nombre de la joven y ambas habían firmado el protocolo con una cruz pues no sabían escribir, y es que Matilda, que no era su madre, quiso que Marica, que no era su hija, tuviera algo propio y, antes de estampar las cruces, pagaron con oro de

buena ley. Después, la había dejado limpia, relimpia, contratando a varias mujeres que, además, la ayudaron en el traslado de los muebles de la torre pues se llevó lo mejor que había y ya echó la llave de la casa y de la verja. Cierto que al día siguiente volvió sola a buscar los dineros que habían guardado bajo tierra, eso sí, con la escopeta de Matilda a la espalda no fuera a salirle al paso algún ladrón.

Para cuando acabó la mudanza y abonó lo convenido a las ayudadoras, Marica había hecho amistad con algunas de ellas, la mayoría meretrices de la calle de las Doncellas que habían querido ganar un dinero extra. Y ya, cuando la madre Rafols le dio permiso a Matilda para abandonar el centro, fue a buscarla, metió el carro en la cuadra y la acompañó a la cama para que se repusiera del todo y, pasado un rato, le llevó un tazón de caldo de presa.

\* \* \*

También para entonces la condesa de Bureta había coincidido con Marica en la antesala de una notaría, pues una entraba a lo que fuere y la otra salía con la escritura de propiedad de su casa bajo el brazo.

La moza la conoció enseguida y se quedó mirándola, admirándola para ser exactos pues, como se dijo arriba, hubiera querido ser la dama, tener su bello rostro, su fino cuerpo y sus elegantes modales, en fin. Doña Consolación saludó con un breve gesto de cabeza a una mujer que le cedía el paso y ya no tuvo ojos más que para don Pedro que la estaba esperando con el señor notario.

Los tres procedieron con lo que habían de hacer en razón de que la dama compareció y declaró que se había casado el pasado día 1.º de octubre y que, de consecuente, había dejado de corresponderle el usufructo de los bienes de su difunto esposo, el conde y señor de Bureta, que había venido disfrutando, según confería el derecho foral aragonés a las viudas. Con lo cual los bienes de don Juan Crisóstomo que, en su momento habían sido divididos, según voluntad del finado, correspondiendo tres partes a Mariano de los Dolores además del título condal y las casas solariegas, y un tercio a María de los Dolores López Fernández de Heredia y Azlor, quedaban de libre disposición de los titulares, es decir, sin la carga del usufructo materno, con lo cual, si hubieran sido mayores de edad, hubieran podido vender, comprar, permutar y pignorar a su criterio, pero como eran menores y no tenían capacidad legal para hacerlo, la dama se ratificó en la tutoría que le había otorgado su difunto, en solitario, hasta que sus hijos alcanzasen la mayoría de edad, en el mismo documento, y como confiaba en don Pedro lo nombró cotutor, junto a su hermana Pilar, para caso de que falleciera. Después, ambos esposos firmaron sus consorciales, y se comprometieron a aportar anualmente 100.000 reales cada uno para el mantenimiento de su casa. Luego la condesa alquiló a su hijo el palacio de la calle de la Torre Nueva por una cifra anual considerable, para que Mariano de los Dolores no pudiera quejarse en el futuro, a la espera de fijar otro domicilio, y encargó al

notario le redactara sin prisa un nuevo testamento.

Luego los tres entraron en hablas. Tras comentar que los franceses se encontraban como quien dice a las puertas de Zaragoza y las victorias que estaba consiguiendo Napoleón por la España toda, el notario, quizá para demostrar su sapiencia, había previsto dirigirse a doña Consolación para informarle de que, al casarse en secreto, había utilizado la vieja costumbre del matrimonio por raptó contemplado en leyes medievales, e incluso explicarle que la dicha figura no significaba que el novio hubiera raptado, es decir, secuestrado a la novia contra su voluntad, sino que habían matrimoniado los dos libre y conscientemente para hacerlo público cuando lo considerasen oportuno, pero se quedó con la palabra en la boca porque cayó en la cuenta de que don Pedro era doctor en Derecho, y dejó el asunto para que se lo contara el otro.

Cuando los esposos dejaron el despacho del notario, las gentes, ante el nuevo peligro francés, volvían a agolparse en su antesala para dictar testamento o revocar el anterior o añadir un codicilo, lo que quisieren hacer.

Don Pedro fuese a la Audiencia y doña Consolación optó por informar a sus hijos de los documentos que había firmado. Antes de comer, los reunió en la biblioteca y les explicó que ya eran los dueños de los bienes de su señor padre sin ninguna cortapisa pues, aunque no había hecho público su matrimonio, había arreglado lo de su usufructo y añadió que, hasta que alcanzaran la mayoría de edad, ella seguiría siendo su tutora. Y fue que al terminar, el mayor sin entender bien aquellos negocios, no obstante confiando en su madre, y la pequeña sin comprender una palabra, ambos le preguntaron por qué se había casado en secreto:

—¿A qué tanto secreto, mamá?

—Las viudas se casan, mamá.

—Hubiéramos podido celebrar un gran banquete e invitar a la flor y nata de Zaragoza.

—Y, sin embargo, comimos lo de siempre y los dos solos con el preceptor.

—Debimos estrenar trajes, mamá.

—No hubo tiempo, no tuve tiempo para nada. Pero tengo telas, las compré y os haré unos nuevos.

—¿Para qué, mamá, cuándo los estrenaremos?

—Cuando volvamos a derrotar a los franceses... Entonces daremos una gran fiesta en casa... Cambiando de tema, ¿qué os parece don Pedro?

—Bien.

—Es amable. Pero, usted mamá, al irme a la cama, ha dejado de contarme cuentos por estar en la ventana con él...

—Es un buen hombre, si me pasa algo él se ocupará de vosotros. ¿No parece que os haya gustado mucho?

—No lo conocemos, mamá.

—Apenas lo hemos visto.

—La mayordoma no nos dejaba acercarnos a la reja ni para darle las buenas noches, mamá.

—Es cierto. Pero pronto vendrá a vivir con nosotros. Otra cosa, Mariano, te he alquilado esta casa.

—¿Alquilado? Sé lo que es, pero esta casa será siempre suya, no me la hubiera tenido que arrendar.

—Lo he hecho por don Pedro, para que la gente no murmure. Además, que es difícil encontrar una casa buena en la situación que vivimos.

—Mamá, déjese su merced de secretos, lo de su boda lo conoce todo el mundo... Se sabe en las cocinas de esta casa, en la plaza del Mercado y en Zaragoza toda.

—¿Es eso cierto, Mariano?

—Sí, mamá.

—Cuando os dije que me casaba os pareció bien, os noté contentos.

—Sí, mamá, nosotros queremos vuestra felicidad...

—Vuestra felicidad será nuestra felicidad...

—Me emocionáis, hijos míos. Creedme, yo amé mucho a vuestro padre y lo honré, pero se lo llevó Dios...

—No llore su merced.

—Ay, sabed, hijos míos, que, pese a que ahora está don Pedro, vosotros seréis siempre lo primero para mí...

—Gracias, mamá.

—Usted también será siempre lo primero para nosotros.

—Es posible que tengas razón, Mariano, y que no haya sido buena idea esto del matrimonio secreto.

\* \* \*

En el entretanto, la Artillera había asistido al funeral de don Jorge Ibort, más conocido como el tío Jorge, que había sido uno de los promotores del alzamiento de Zaragoza contra los franceses y luego el escolta permanente de Palafox con un piquete de sus aparceros, pero lo mismo que había sucedido a otra mucha gente, después de ganar la parte que le tocó en la guerra y de vencer mil peligros había fallecido de la maldita calentura pútrida en la cama, de la peor muerte que pudo tener aquel buen hombre, Dios lo haya acogido en su seno.

Fue Agustina, vestida con su flamante uniforme, aunque solo lo conocía de vista, porque también había sido invitada María Agustín y ambas ocuparon un puesto de honor entre la plana mayor del estamento militar.

Mientras se cantaba el réquiem, la Artillera abrió bien los ojos por ver si andaba Talarbe entre el gentío, quizá para poner a prueba su corazón. Quizá por ver si palpitaba más apresurado en su presencia, aunque ya no latiera en su ausencia. Quizá por constatar si quedaba algún rescoldo de lo que había sentido cuando, después de

cinco bailes, le había pedido matrimonio, pero no, que el capitán no estaba, lo mejor que había podido suceder, no se le fuera a revolucionar otra vez el órgano rector. Sin embargo, cruzó mirada con otros hombres que la saludaban con un ligero movimiento de cabeza y con el inglés Doyle que, al terminar el oficio, le besó la mano con infinita cortesía y, tras preguntarle por su salud y decirle que vestía muy bien el traje militar, le informó que estaba próxima a llegar la ayuda inglesa a Zaragoza: miles de fusiles y miles de piezas de tela para confeccionar uniformes para los soldados.

De vuelta a casa, María la acompañó un rato y ambas se hicieron cruces de que Doyle hubiera pisado un templo católico y de que los católicos se lo hubieran dejado pisar, pues que tenían oído que los ingleses se habían separado de la Iglesia verdadera y eran herejes pero, como carecían de datos sobre el particular, dejaron el tema diciéndose que ya le preguntarían a doña Josefa cuando la vieran. Y ya pasaron a comentar lo que se contaba en los corrillos que se habían formado en la puerta del convento de Trinitarios después del sepelio: que Palafox no había estado presente, pese a que el fallecido lo había servido con admirable dedicación, y terminaron hablando de que doña Consolación y don Pedro debían haber descubierto ya el secreto de su matrimonio, pues tal habían escuchado. Y, al despedirse, se confesaron que nunca habían entendido aquello del secreto.

Al día siguiente, Agustina fue a pagar el arrendamiento a su casero, echó mano a la bolsa que le entregara el misterioso guardia valona y se la encontró casi vacía. Cuatro cuartos, como quien dice, le quedaban cuando retiró el dinero para el alquiler y se llevó las manos a la cabeza al constatar lo pobre que era. Al instante, empezó a lamentarse de que la heroína más famosa de todas las heroínas que había habido en el sitio de Zaragoza, que era ella, aunque tema sueldo de militar y pensión por sus condecoraciones no hubiera recibido todavía un miserable maravedí cuando otras mujeres, ya fueran viudas o huérfanas y sin haber sido heroínas ni condecoradas con los escudos, las percibían. A dolerse también de que el ejército no le hubiera abonado un ochavo de los 100 reales mensuales de su paga de sargento ni le hubiera ayudado dándole al menos una parte de la de su esposo con la que poder subsistir. A mirar en derredor para preguntarse qué, de lo poco que tenía, podría llevar a la casa de empeños. A cavilar si volver otra vez a la Caja Militar a reclamar lo que era suyo, para que le volvieran a decir que «las cosas de palacio van despacio» o que en la Tesorería no había un cuarto y que, Dios mediante, recibiría todos sus haberes juntos. A pensar a quién pedir prestado o si ponerse a coser en el Portillo o emplearse en algún comercio u ofrecerse de lavandera o de criada y, ay, Jesús, María y José, hasta llegó a considerar en aquella desesperación que le advino al contemplar tan vacía la bolsa, pues otra cosa no era, en irse a buscar a Talarbe por la tierra y por el mar para solicitarle lo que él le había pedido: que se casara con ella, a sabiendas de que las más de las veces las palabras no son más que palabras. Y tan abrumada se sentía que desquició las cosas, pues tan pronto empezaba a revivir sus bailes con el capitán, que solo fueron cinco o seis aunque dieron pie a que el personal murmurara y propalara

decenas de lacerantes calumnias sobre ella, como deliraba, por así decirlo, con la posibilidad de ajustarse con unas ramerías que, según tenía oído, tenían burdel abierto en una torre del Rabal, nada más fuera por convertirse en puta y contentar a los maledicientes. Y en esas estaba, pues que a menudo las personas se ven superadas por las circunstancias, aunque solo sea en el pensamiento, cuando llamaron a su puerta.

Era el mandadero de la condesa de Bureta, le abrió naturalmente y fue que el hombre le entregó una bolsa de parte de su señora. Una bolsa que, a más de contener un billete escrito de la propia mano de doña Consolación, que leyó sin dificultades, en el que le agradecía su buena amistad y le rogaba aceptara el dinero adjunto, nada menos que 300 reales de vellón, una cantidad muy considerable que vino a remediar sus penurias económicas, a alegrarle muchos días y a que se cumpliera en ella el refrán de «Dios aprieta, pero no ahoga».

Y es que la dama había decidido saldar deudas. Liquidar las deudas morales que había contraído con las costureras que le habían ayudado, qué ayudado, que le habían confeccionado su precioso vestido de bodas, pese a que deudas reales no tenía con ninguna pues no había convenido estipendio alguno, pero como les estaba agradecida por el tiempo que habían empleado, por las miles de puntadas que habían dado y por el resultado, aunque con tardanza, las compensó espléndidamente. A ver, a su mayordoma le dio 100 reales, a Agustina, Casta y María les envió a sus respectivas casas 300 a cada una y a doña Josefa una primera edición del *Amadís de Gaula*, sabedora de que el libro no era suyo y consciente de que siquiera tenía el usufructo sobre él. Pero se dijo que estando tan llena la biblioteca de su casa nadie lo echaría a faltar y se permitió cometer aquel pecadillo en razón de que la dama apreciaría el libro más que una joya-joya, mucho más que un colgante o un camafeo, por poner un ejemplo.

\* \* \*

Se fue noviembre, sin que los zaragozanos alzarán los ojos al cielo para ver pasar a las alborotadoras grullas que volaban camino del sur, pues que tenían la vista fija en la tierra por donde vendrían los franceses si se cumplían los pronósticos, y se presentó diciembre. Si en noviembre las noticias sobre el avance enemigo en la Península fueron malas, en diciembre empeoraron pues, antes del triduo de la Inmaculada, se conoció en la ciudad que los españoles, tras librar fiera batalla, habían sido derrotados en Somosierra.

Así las cosas, militares y paisanos se volcaron en talar olivos y otros árboles para usar la madera y terminar o perfeccionar las defensas. Se nombraron los jefes de los bastiones, se distribuyeron los batallones y los turnos. Se dictaron severas penas contra desertores, vagos y pícaros, contra los cobardes que se daban media vuelta al ver un penacho francés a cien millas, contra los mentirosos que decían ver un gorro enemigo y huían como conejos a más de sembrar miedo entre los compañeros, contra

los que, estando de centinela, se dormían o fumaban o cantaban o se decían enfermos o pedían permiso para ir a mear y ponían pies en polvorosa.

En los bandos se ensalzó el valor y la bizarría, se prometieron ascensos, y se volvió a hablar del rey Fernando y de la patria española a la par que se recordaban las gestas del primer sitio de Zaragoza, pues que se podía decir que había comenzado el segundo, y de mil maneras se avisó de que los enemigos, a más de la muerte, traían la tiranía y la esclavitud. Y, cuando se detuvo a dos gabachos que querían hacerse pasar por residentes, por precaución se cerraron varias puertas de la ciudad.

Por otra parte, se permitió que los vecinos, que quisieran abandonar la urbe, salieran, e ítem más los religiosos para evitar que sus personas fueran ultrajadas, con lo cual se marcharon multitud de monjas y frailes y, por otra, se ofreció escolta y se facilitó pasaporte a los canónigos y curas de las parroquias que quisieran salvar las joyas y reliquias que tuvieran en sus iglesias y hasta se fletó un pontón para que, navegando por el Ebro, los condujera a Tortosa, pero las autoridades religiosas, tras sopesar los riesgos, optaron por esconder lo bueno.

Para entonces empezó a haber problemas con el suministro de pan. Los vecinos pobres hubieron de hacer cola, los ricos no, pero bien fastidiados que anduvieron, pues que Palafox les obligó al pago de una contribución extraordinaria de medio millón de reales.

\* \* \*

A la condesa de Bureta maldita la gracia que le hizo entrar en el repartimiento, pues tanto dar se estaba quedando sin metálico. No obstante, aportó su parte de mala gana, y luego atendió a su hijo, al pequeño Mariano de los Dolores, que, ay, Virgen del Pilar, la interrumpió cuando estaba haciendo unas cuentas en el despacho y le espetó a la cara, pues no se anduvo con rodeos ni circunloquios, que quería ser almogávar. La dama se quedó pasmada, pues aunque había oído hablar de los almogávares, de sus caudillos y hasta de las Vísperas Sicilianas, los tema muy olvidados y le preguntó al crío:

—¿Qué es eso?

—Se va a formar un escuadrón de nobles que se llamará Escuadrón de los Almogávares para luchar contra los franceses... El jefe será el duque de Villahermosa, nuestro pariente.

—Me doy por enterada.

—Mamá, tengo caballo, tengo armadura, necesito un traje de la época y vuestra licencia y si me dais vuestra bendición mejor.

—¿Y se admiten en ese escuadrón caballeros de diez años?

—No lo sé, mamá, pero lo voy a intentar... Seguro que si mi padre viviera formaría parte de él y me llevaría de escudero...

—Don Mariano de los Dolores López Fernández de Heredia, conde y señor de



Bureta, os ruego que penséis en vuestra madre...

—Perdonad, mamá, los antiguos almogávares contribuyeron a arrojar al moro de las Españas, nosotros haremos lo mismo con los franceses. Habrá que lustrar la armadura que hay en el desván, coser mi traje y bordar mis armas... Vos bordáis muy bien y en el cosido os podrán ayudar las mismas costureras de vuestro vestido de bodas, lo hicieron precioso, mamá. Parecíaís mismamente una diosa, una Atenea, una Venus...

—Veo que su señoría aprovecha las lecciones de su preceptor.

—Sí, mamá, y por tener tengo hasta escudero.

—¿Quién es?

—Pablos, el de la señora Casta.

—Vaya, vaya dos...

—¿Qué quiere decir su merced? Estamos decididos... Queremos ser como Amadís de Gaula.

—¿Ha leído el señor conde el libro de don Amadís?

—Sí, señora, está aquí, ¿quiere su merced que lo saque del estante?

—No hace falta. ¿Ha pensado vucencia que los franceses disponen de cientos de cañones? ¿El conde de Bureta va a luchar con las armas de los caballeros andantes?

—Don Amadís hizo mil hazañas...

—¿Vuestro preceptor os ha enseñado a distinguir la realidad de la ficción?

—Sí, mamá.

—Bueno, pues ruego al señor conde que busque en los baúles del desván un traje de época, que dé lustre a su armadura, que ciña la espada, monte a caballo, cale la celada, tome la lanza, salga al patio de armas, es decir, al zaguán, y me llame.

—Gracias, mamá.

Doña Consolación sonrió. Trató de pamplinas de gentes ociosas lo del Escuadrón de los Almogávares y continuó con sus cuentas. Y se holgó cuando, a poco, le fue la criatura gemiqueando pues que se perdía en la armadura de tan chico que era todavía.

\* \* \*

Manuela Sancho ayudaba en las fortificaciones de las puertas de la Huerba, lo mismo sacando tierra que rellenando sacos, que atendiendo las lecciones que un soldado foráneo de nombre Gabriel Araceli —llamado a tener protagonismo en una famosísima historia del mismo tema que esta, o mejor dicho, esta del mismo tema que aquella—, gallardo el mozo y muy galano que, a la vista de lo que había, de los muchos franceses que habían montado sus campamentos en torno a Zaragoza, de las muchas fuerzas de caballería e infantería que traían a más de centenares de cañones y que iban tomando posiciones poco a poco, había consentido en enseñarle a disparar el fusil para morir matando, pues que la moza quería hacerlo y tal lo expresaba, tan patriota era.

Así las cosas, el joven adiestraba a Manuela en la puerta Quemada a disparar el fusil, a colocárselo bien en el hombro, a mirar por el punto de mira, a apretar suavemente el gatillo y a aguantar el retroceso del arma, porque a alegrarse de haber derribado a un enemigo imaginario no le tuvo que enseñar, dado que desde el primer momento lo hizo ella sola.

Al verlos tan majos y tan entusiasmados y, a veces, tan juntos, las mujeres de la puerta que cosían uniformes empezaron a alparcear que eran novios, que si tal y que si cual, pero Manuela, al ser preguntada, les aclaró que no, que el mozo se había enamorado y echado una novia nada más venir a Zaragoza, que no era ella, que era otra, y que iba a respetar aquel negocio. Y fuese y no se acercó más al corro, pese a que allí daba el sol y era el único lugar donde se podía estar algún ratico, pues había llegado el frío.

\* \* \*

Repuesta Matilda con buenos caldos y mejores filetes se llegó con su pupila a Convalecientes, a llevarle donativo a la madre Rafols. Unos buenos reales que la religiosa no rechazó, pues que en aquella santa casa, atestada por demás, se hacía corto con todo; ni que los buenos murcianos o gaditanos u otras gentes de España enviaran dinero, había para dar de comer con decencia a los enfermos ni para abonar los sueldos de los empleados, por lo que muchos no cumplían, máxime porque el desinterés se había juntado con el miedo en razón de que aquel hospital a más de atestado, estaba apeestado. Plagado de apeestados y claro el personal tenía miedo a contagiarse de aquella enfermedad que los doctores llamaban calentura pútrida, y era que de haber salido de allí gentes por su propio pie, algunos sanos, otros tullidos para siempre y montones de muertos por heridas de guerra, otra vez salían muertos sin parar a causa de unas fiebres contagiosas en extremo.

Así de graves las cosas en aquel centro y con varias de sus monjas infectadas ya, la madre Rafols exhortó a las rameras a que abandonaran la mala vida y volvieran al seno de la religión, donde serían recibidas con la misma alegría que los pastores acogen a las ovejas extraviadas y, dándoles a beber agua de su caldero, qué a beber, echándoles unas gotas en la mano, como si asperjara, las despidió. Y es que ya no daba a beber a nadie de su recipiente, lo más que hacía era meter los dedos en el agua y dejar caer unas gotas en las manos de los enfermos o de quien se lo pidiera o de quien no se lo pidiera, como hizo con las placentas, pues que era consciente que, con el cambio de pozo, el agua había dejado de ser milagrosa, hecho que venía a corroborar la persistencia de la peste en el hospital y a que había de rellenar el recipiente a menudo.

\* \* \*

Diego Sola, pese a que había cumplido 40 años en octubre, se fue a la guerra y volvió a alistarse, sin atender a las súplicas de María Lostal, su mujer, y sin hacer caso a lo que le anunciaba su propio corazón: que iría, pero no volvería.

Delante de sus tres hijos, le dijo a María que 30.000 hombres de los ejércitos de Napoleón se encaminaban a Zaragoza, mandados por los mejores mariscales y generales, dispuestos a conquistar la ciudad, una de las pocas que había resistido a los imperiales; que el día anterior se habían avistado tropas enemigas por el Rabal, el camino de Madrid, la Casa Blanca, Torrero y en el barranco de la Muerte, y fuese. Lo que no dijo porque lo ignoraba fue que al día siguiente, el 21 de diciembre, a tres días de la Nochebuena, los enemigos iniciarían el segundo sitio de la ciudad, del mismo modo que el primero: disparando bombas y más bombas para destruir lo que quedaba en pie y para continuar matando a todo lo que se moviere.

## Capítulo 16

La noche del 20 al 21, miércoles, jefes y soldados la pasaron sobre las armas, en sus puestos.

A la alborada, cantaron los gallos, ladraron los perros y se alborotaron las gallinas en los corrales. Las mujeres madrugaron más de la cuenta, hicieron las camas y desayunaron. Unas, se encaminaron a las puertas y a las trincheras llevando botijos de agua o pellejos de vino. Otras, se sumaron a las cuadrillas de obreros y sacaron leña y muebles viejos para levantar barricadas en las calles o se emplearon en la tala de árboles por el extrarradio. Otras, cambiaron la costura de uniformes por la confección de cartuchos, lo que ya hacían muchos frailes, que más parecían especialistas en tal labor.

La guardia cívica recorrió los barrios en busca de saqueadores y desertores y allí donde pillaba uno con las manos en la masa, echaba una cuerda a un balcón o a un árbol, lo ahorcaba y amén y si se trataba de un prófugo lo entregaba en el cuartel más próximo, allá se las apañaran sus superiores con él, allá lo fusilaran o lo castigaran a pasar la carrera de baquetas.

Los templos se llenaron de gentes y se celebraron decenas de misas para pedir favor a Dios y a su Santísima Madre. En el Pilar, entre misas, rosarios, cantos y letanías, el gentío aseguraba oír picar en los sótanos, como si los canonjes estuvieran enterrando las joyas de la Virgen en las entrañas de la tierra, y acertaba de pleno pues que, unos, estaban escondiéndolas y, otros, dudando qué hacer con el cuerpo del glorioso San Braulio, hijo y obispo de Zaragoza, que reposaba bajo el ara del altar mayor, si sacarlo de allí o dejarlo y confiar en la Providencia ya que no podían dar un paso ni hacer nada sin que lo presenciara la multitud. Otro tanto que hacían los de La Seo con la cabeza y brazo de San Valero, también obispo de la ciudad, con el cuerpo de San Pedro Arbués y con el de Santo Dominguito de Val, ambos mártires de la impiedad.

Muchas familias se refugiaron en los caños de sus viviendas con alimentos para muchos días.

Por otra parte, se enviaron varios carros a la localidad de Calanda a rebosar de papeles y legajos para salvar los archivos de la Real Audiencia. Se cerraron los colegios y la universidad y buen número de comercios no abrieron sus puertas. En las calles apenas se juntaba un grupo de personas se cantaba una jota detrás de otra.

Lo mismo que la vez anterior.

De las protagonistas de esta historia, la primera en levantarse aquel día fue Manuela Sancho en razón de que no había logrado conciliar el sueño, ni una miaja

había dormido o tal se le hizo porque había estado toda la noche escuchando los quejidos de los espíritus que, desde el asedio anterior, rondaban en torno a la puerta Quemada, ya fuera por estar mal muertos, es decir, por haberse ido de este mundo sin Sacramentos o por estar mal enterrados, hecho que pudo corroborar con otras gentes cuando lo comentó al salir de misa de San Miguel.

La segunda, fue la condesa, que retiró el edredón de piel merina de su cama, se quitó el gorro de dormir y se levantó dispuesta a enfrentarse a la situación y a alzar sus barricadas, pero cuando coincidió con don Pedro en el desayuno y le comentó su propósito, su esposo, de entrada, se opuso. Ciertamente que no se negó por negarse, que le dio razones de peso, que adujo bajando el tono de voz enseguida que era demasiado pronto y que si las instalaba taponaría demasiado pronto la calle de la Torre Nueva, una de las principales vías de la ciudad y terminó rogándole que esperase. Ciertamente también que la dama se amohinó, pues que había esperado entusiasmo por parte de su marido ante la idea de los parapetos y, sin embargo, se había encontrado con una negativa. Y fue que por primera vez se preguntó si había hecho bien volviéndose a casar, aunque bien que se lo había reclamado su corazón, pues que antes de hacerlo, cuando era viuda, era libre y ahora no y había de obedecer a su esposo, talmente como venía haciendo la mujer desde la creación de Adán y Eva.

Casta fue la tercera. Lo primero que hizo fue colgarse la bayoneta a la espalda y trajinar un poco por la casa, luego despertó a Pablos, desayunaron gachas con vino y lo acompañó al colegio de Infantes, para tornar con él, esta vez sin enojo alguno pues que lo habían cerrado un día antes de que empezaran las vacaciones de Navidad, ciertamente que hasta nuevo aviso. Entonces, por no dejarlo solo, se lo llevó al hospital y se puso al servicio de la madre Rafols, a quien encontró arrodillada ante el crucifijo de su despacho, lagrimeando y, la verdad, le produjo inmensa pena ver llorar a aquella mujer que se había quedado en los huesos, que no dormía, que estaba en todo, lo mismo haciendo cuentas que haciendo curas, que retirando muertos. Y fue que la religiosa, al ver a Pablos, se tragó el llanto y, antes de decir buenos días, ya le había ordenado a Casta que sacara al chiquillo de allí cuanto antes si no quería verlo muerto, pues la calentura pútrida se extendía como un castigo por doquiera. La buena mujer se lo llevó rápidamente e iba hacia su casa cuando pensó en dejárselo a María Lostal, por si necesitaba ayuda con los críos. Y, mira, que como Pablos hacía buenas migas con ellos y viceversa, la vinatera los recibió con los brazos abiertos y les invitó a un vaso de moscatel. Y es que había estado pensando en ir al Rabal a visitar a su hermana, por verla y por ver si, dada la amenaza francesa, sería más seguro trasladarse con su prole a aquella parte de la ciudad, pues que en el anterior asedio había resultado la menos dañada. Y tal hizo: ir a ver, para encontrarse con un enorme gentío en el puente de Piedra donde hubo de hacerse paso a codazos, para que la detuvieran los soldados y le preguntaran el santo y seña y para volverse pues que no lo supo responder. Aprisa además, en razón de que en aquel momento los enemigos, dando inicio al segundo sitio de Zaragoza, Dios ampare a todos sus moradores,

comenzaron a bombardear el puente, mientras millares de enemigos cercaban la ciudad por los cuatro puntos cardinales.

A poco, Agustina de Aragón salió disparada de la cama al oír tumulto en la calle. Se lavó la cara y sin asearse más, se vistió con el uniforme, se echó un mantón de lana por los hombros, a falta del capote reglamentario, y echando de menos a Quimeta, se llegó a la puerta del Carmen a paso vivo y allí permaneció un tiempo mirando la batería de cañones. Para acercarse, subir al parapeto con resolución, observar el trabajo de los artilleros que estaban cargando los cañones y quedarse quieta como una estatua, eso sí, siempre atenta a lo que se veía en lontananza. Con la cabeza alta, en la mano derecha un botafuego y con los cabellos al viento porque soplaba cierzo, mismamente como habría de pintarla don Francisco de Goya, que ver no la vio de tal guisa pero la imaginó con aquella capacidad que tenía para recrear la realidad con sus pinceles, en virtud de que ya había dejado Zaragoza y se había marchado a Fuendetodos, su lugar de nacimiento, a visitar a sus parientes.

Y eso, que nadie se atrevió a decirle a la Artillera que hiciera sitio, que se quitara de este lado y se pusiera en el otro, que estorbaba, que bajara de allí, que fuera a buscar el botijo, en fin, pues no en vano era quien era, a ver, que hasta sargento era. Cierto que por ser quien era y por haber hecho lo que había hecho, quizá hubiera sido bueno que alguien le hubiera podido avisar de que su nombre, procedencia, estado civil y circunstancias, venía escrito, junto al de otras personas relevantes, en unos papeles que los españoles habían interceptado a un correo francés, a fin de que pudiera esconderse o abandonar la ciudad, pues que los enemigos venían a por ella, otro tanto que a por los otros, pero es que por allá nadie debía conocer tal hecho.

Así las cosas, nadie pudo decirle nada sobre la amenaza que pendía sobre su cabeza, sin embargo, se comentaba por toda la ciudad que era ella la que animaba a los hombres, siempre en su puesto de artillera, y decían que decía:

—*Hombres, no temáis que cuando hayáis muerto aquí estaremos las mujeres para sustituiros y vengaros... ¡Viva el rey Fernando...! ¡Viva la patria...! ¡Mueran los gabachos...!*

Dijera lo que dijera, hubiera dicho o no hubiera dicho lo anterior, hombres y mujeres la miraban con respeto.

Un poco más tarde, María Agustín puso un pie en el suelo y, sin echarse un bocado al colete, llegóse al Portillo a buen paso, resuelta a morir por la patria, pues se encaminó directa al depósito de municiones, llenó un cesto de cartuchos, lo cogió con su brazo bueno y estuvo subiendo a las almenas, dejándolos, y bajando a por más. A media mañana, una de las mujeres de la fuente del Portillo le acercó un vaso de vino y como la pilló con el estómago vacío pronto se lo notó en la cabeza, lo que no fue obstáculo pues los franceses, aunque se dejaban ver en la lejanía, no atacaban por allí.

Matilda y Marica fueron las últimas pues remolonearon en la cama. Desayunaron, alegres, como si fueran escolares y estuvieran de vacaciones dado que se estaban tomando un descanso y todavía no habían abierto el burdel. La primera, porque tenía

que reponerse de la paliza que le había propinado un desconocido desalmado, la segunda, porque le había llevado mucho trabajo la adquisición de la casa y el desalojo de la torre. Por supuesto, que la mar de contentas las dos pues, casualmente y sin saberlo, Marica había comprado la casa en calle de las Doncellas donde ya había varios lupanares, con lo cual y cuando lo tuvieran a bien, no llamaría la atención que se abriera otro nuevo. Esta circunstancia congratuló a Matilda y la felicitó hasta la saciedad pues, aparte de que le había gustado mucho el inmueble por dentro dada la holgura de las habitaciones y el sol que entraba en algunas de ellas, disponía de dos puertas parejas, una para la cuadra y otra para el zaguán, además que bien sabía que en otra calle cualquiera hubieran tenido que enfrentarse a la vecindad y a saber si salir corriendo, pues tal vez la hubieran emprendido a pedradas contra ellas.

De Quimeta que, durante bastante tiempo, vino a completar la decena de protagonistas de esta novela, nada se sabía en tal fecha, por eso no se puede decir qué hacía el 21 de diciembre ni menos a qué hora se levantó de la cama.

\* \* \*

Al día siguiente, Pablos, el chico de la señora Casta, que se había quedado en su casa de la calle de Predicadores delante del cuaderno de cuentas, apenas ida su madre, anduvo con otros muchachos y muchos adultos por el campo de batalla del Rabal tratando de recoger algún botín. Y, en efecto, mientras unos encontraban macutos y monedas sueltas entre las piedras o arrancaban los dientes de oro a los enemigos muertos, él halló una trompeta y quiso hacerla sonar, pero no pudo pues se necesitaba más fuerza en los pulmones de la que él tenía, por eso la vendió por seis reales y con aquella fortuna en su bolsillo echó a correr a la puerta del Ángel derecho a la botica de Perales para comprarse una papeleta de caramelos de esencias. Y, vaya, que se topó con una multitud en la puerta de la farmacia. En primera línea, a la gente del Santo Oficio portando el pendón verde que bien lo conocía pues la sede de la institución estaba en su misma calle; en segunda, tercera, cuarta o quinta fila a muchos vecinos voceando, mientras los inquisidores pretendían imponer silencio con sus tambores, pero sucedió al revés. Incluso las voces arreciaron cuando los sayones sacaron a Perales cargado de hierros de su botica, le pusieron un capirote en la cabeza, le hicieron montar una mula y enfilaron hacia las cárceles secretas, pues que había sido denunciado, vaya su merced a saber por quién o por qué y de qué, pues, como en el asedio anterior, en cuanto se presentaron las primeras dificultades afloraron los egoísmos y pulularon las venganzas con sus consiguientes denuncias, falsas las más. Cierto que algunos de los presentes explicaban muy bien la causa de la detención y decían que por ser amigo de los franceses y por ser maricón, y se quedaban tan anchos.

Pablos siguió un rato al acompañamiento, pero por no pisar su calle y no encontrarse con su progenitora o con alguna vecina alcahueta, se metió en la iglesia

de San Juan de los Panetes a ver el magnífico belén que todos los años exponían las monjas para Navidad, y luego continuó rondando.

En la plaza del Mercado, se encontró con la madre de su amigo Antoño, le preguntó por la salud del mozo y la mujer, en vez de responderle, se echó a llorar, acción que le llevó a pensar que tal vez padeciera la calentura pútrida y a adoptar las medidas higiénicas que Casta le recomendaba sin cesar, pues no en vano trabajaba en el hospital: que, antes de sentarse en el suelo, mirara que no hubiera cagadas de ratas ni escupitajos en el lugar elegido, pues que había a montones, que no se acercara demasiado a conocidos ni menos a desconocidos para no respirar el aliento ajeno, que no bebiera del mismo vaso con nadie, que no cambiara medio bocadillo con otro medio si ya estaba mordido, que no comprara agua a los aguadores, pues que aquella dolencia que estaba causando estrago se contagiaba por la saliva o por las ratas, vaya su merced a saber. Y eso hizo, mirar bien que no hubiera nada malo cuando se sentó en el pretil de la fuente de la plaza de La Seo a comerse un panecillo y unas olivas. Luego, previo ajuste de un estipendio, ayudó a una mujer que trasladaba unos fardos del Rabal, pues que el personal desalojaba la zona más que alocada en razón de la batalla que se estaba dando por allá para refugiarse muros adentro, al contrario que había sucedido en el primer sitio. Pero la dejó plantada porque se organizó un tumulto en la puerta de la casa de Palafox y fue a ver.

Se enteró de que los franceses habían enviado unos parlamentarios, con tambores y el preceptivo pañuelo blanco en el cañón de los fusiles, que los susodichos se habían presentado en el reducto del Pilar pidiendo hablar con el capitán general y que, tras ser trasladados ante su excelencia con los ojos vendados y fuerte escolta, estaban conferenciando.

Las noticias que llegaban a la calle soliviantaron a los allí reunidos, a los que habían ido a informarse de los partes de guerra y a los que habían acudido al ver un grupo de gente para terminar gritando o aplaudiendo juntos, según fuere. Pero esta vez cuando se conoció que el pasado día 3 había caído Madrid en manos de los enemigos y que la Junta Suprema Central se había refugiado en Sevilla, el personal se encorajinó y mucho más se enfurió al saber que el enviado francés traía un ultimátum del mariscal Moncey, uno de los jefes de los sitiadores, con la exigencia de que los sitiados se rindieran en tres horas, so pena de arrasar la ciudad y de pasar a cuchillo a todos sus habitantes. Claro que, como no podía ser de otra manera, el parlamentario volvió con un no rotundo, aderezado con un montón de gruesas palabras que salieron de boca de Palafox y si llegó vivo a su campamento fue porque los edecanes lo sacaron por la puerta trasera del palacio y lo acompañaron muy lejos de las murallas.

Pablos se cuidó muy mucho de llegar a casa antes que su madre y cuando se presentó Casta acababa de abrir el catecismo. A gusto le hubiera contado todo lo que había visto y oído y hasta por un momento dudó si decírselo o no, pero lo desechó para que no descubriera sus andanzas. A más que, fue ella, incluso antes de poner unas tortillas en la mesa, la que empezó a decirle que los franceses habían comenzado



a construir un puente de tablas en el Ebro y dos en la Huerba, que habían atacado el Rabal, pero que, bendita sea la Virgen del Pilar, los españoles los habían rechazado con bravura. Y enseguida echó el rescoldo del hogar en el calentacamas, lo pasó entre las sábanas y ambos se fueron a dormir, porque era donde más caliente se estaba.

\* \* \*

Entre que hacía un frío del demonio y había espesa niebla, entre que los franceses estaban donde estaban y los zaragozanos ocupando sus puestos tanto en las puertas como en las baterías, a más que tenían poca gana de comer por lo que les venía encima, en la ciudad apenas se celebró la Nochebuena y la comida de Navidad menos, porque en ese día señalado los enemigos que eran gentes impías siquiera dieron tregua para cantar villancicos por el nacimiento de Nuestro Señor o para comer un capón en torno a la mesa familiar y ni los pobres se presentaron en casa de los ricos a pedir aguinaldo. Cierto que algunos echaron mano del cerdo que habían sacrificado antes de San Martín, pero no invitaron al vecino. Al revés, estrecharon más el cerco, concluyeron los puentes e iniciaron una nueva técnica de ataque que dejó a todos los moradores pasmados. A ver, que comenzaron a cavar galerías hacia los parapetos aragoneses ubicados extramuros, según idea de un dicho general Lacoste —personaje que los vecinos creían haber oído nombrar cuando el primer sitio o tal se dijo— que, al mando de varias compañías de zapadores, no solo horadaba la tierra cavando caminos cubiertos, sino que cada más o menos cien varas levantaba una trinchera y otra, con la pretensión de acercarse a los baluartes que los sitiados habían construido con tantos trabajos y asaltarlos o lo que peor es con intención de alcanzar los fosos, colocar haces de leña y sobre ellos acopiar pólvora —lo que se llama hacer un hornillo—, prenderla y hacer saltar la defensa enemiga, haciendo volar por los aires a los españoles. Para una vez destrozadas las fortalezas exteriores llegar a la muralla y superarla por debajo de las piedras y a cobijo de sus galerías subterráneas continuar con las minas hasta el corazón de la ciudad, para hacer más hornillos, explosionarlos y surgir la infantería de entre los escombros en la plaza que fuere, en la calle o en la casa que fuere gritando viva el rey José o viva el emperador Napoleón o en el mayor de los silencios, pero siempre con la intención de matar a todo lo que anduviere. Lo que seguramente hubieran hecho ya de no tener que levantar el sitio anterior por la derrota que los ejércitos imperiales habían sufrido en Bailén.

El caso es que, mediante la técnica de las paralelas, los franceses trabajando de día y de noche, bajo la niebla y resistiendo la helada, se aproximaban al recinto del Pilar, a la torre del Pino y a las puertas de Santa Engracia, Quemada y al molino de la Huerba, a la par que desde posiciones más lejanas no dejaban de bombardear y otras tropas se ocupaban de saquear los pueblos de alrededor y de degollar a sus

pobladores, y la intendencia de levantar un gran almacén de armas y víveres en Alagón, a una legua de Zaragoza, lugar donde habían asesinado hasta los perros. Cierto que los aragoneses respondían a cañonazos y a tiros de fusil cuando un pelotón de gabachos se acercaba demasiado, congratulándose cuando la caballería volvía grupas o la infantería se retiraba a la carrera pues, por un lado y por otro y merced a los buenos oficios de Nuestra Señora del Pilar, conseguían rechazarlos una y otra vez. A más que, los que cubrían trincheras o murallas o los que salían a la descubierta a perseguir las tropas avanzadas del enemigo estaban dispuestos a morir, matando y enviar al Infierno a cuantos más franceses mejor, todo fuera por salvar a la patria, por la libertad y por reponer al rey en su trono. Por eso, cada mañana, los curas destinados en los fortines celebraban misa e impartían la Comunión, y los defensores tornaban a sus puestos limpios de corazón y con fuerte espíritu.

El último día del año, váyase en buena hora el 1808, los españoles rechazaron ofensivas enemigas en el castillo de la Aljafería y en las Eras del Sepulcro, y el propio Palafox, a la desesperada, atacó a los franceses por aquellos puntos y llegó a ver tantas escenas de valor que creó una nueva condecoración para todos los participantes en la batalla: la cinta encarnada.

La Artillera que no se había movido de la batería del Carmen, excepto para ir a desaguar, aquel día disparó abundantes cañonazos contra la caballería que se acercaba peligrosamente a la puerta y, fusil en mano, mandó uno de los pelotones que salieron por una tronera cercana al Portillo tratando de desbaratar las trincheras que levantaban los enemigos para acercarse a la muralla y, con ellos pisándole los talones, pues que surgieron por detrás del convento de Trinitarios en tromba, aún hubo de arrojar a un foso, de donde la rescataron los españoles, para salvar su vida, y actuó con tanto valor que Palafox en persona le impuso la cinta encarnada —una condecoración que creó para los valientes que se habían distinguido en la jornada—, junto a otros. María Agustín había subido cestos y cestos de cartuchos a las almenas del Portillo. María Lostal había llevado vino, que calentaba el estómago y falta hacía pues los defensores ni que se turnaran en las hogueras ni que llevaran guantes podían mover los dedos de las manos. La condesa de Bureta y doña Josefa habían ayudado a la madre Rafols a trasladar enfermos a otro hospital, pues que entre los heridos de guerra que iban llegando, estaban los murcianos y valencianos que no resistían el clima gélido de la ciudad y habían de ser ingresados con pulmonía y los apestados que lo llenaban todo, y allí no había un alfiler ni con buena voluntad. Manuela Sancho había cogido su fusil y ocupaba una aspillera en el convento de San José como si fuera un soldado más, anhelante, tratando de descubrir entre la espesa niebla la silueta de la fuerza de caballería que había salido a destruir las galerías del francés por aquella parte y ser la primera en cantar la victoria. Casta permanecía en la puerta de Sancho, vigilando el tránsito enemigo por el puente de barcas del Ebro, rezando para que se lo llevara la riada pues el río amenazaba con desbordarse y, por supuesto, completamente ajena a las andanzas de su hijo Pablos que había recogido un caballo

y lo había entregado al oficial mayor de la puerta del Carmen, sin pedirle nada a cambio, es decir, cumpliendo con su deber de buen español. Matilda no se levantó de la cama porque de unos días acá se quejaba de dolor de vientre, lo que no extrañó a Marica en razón de que quizá llevara más de veinticinco años con hombres andándole en sus entrañas, y eso.

Así las cosas, tampoco el fin de año se celebró en la ciudad. Acaso con un trago aquí y con un dulce acullá, mientras se entonaba una jota o se cantaba una marcha militar sin alegría, y poco más. Pese a que por todas partes los defensores habían conseguido detener a los gabachos hasta el momento y a que se iba un año más que desventurado, maldito para ser más exactos, digno de llamarse negro en las páginas de la Historia, quizá porque 1809 venía más oscuro todavía. Hecho que se corroboró enseguida, pues el 3 de enero los enemigos caminando al amparo de sus galerías estaban como a 200 varas del convento de San José y azuzaban por todas partes.

Las autoridades actuaban incansables. Palafox recorría las fortificaciones como si su caballo fuera el nuevo Pegaso, pues tan pronto era visto en Rabal como en el citado monasterio. E iba dictando órdenes y animando a las gentes que lo aclamaban como a un salvador u, ocupándose del suministro de pan, revisaba las tahonas o mandaba que se acopiaran en la Lonja todas las legumbres, arroz, bacalao, etcétera, que haber pudiere para que no faltara alimento a la tropa, pues que comenzaban a escasear los alimentos. Entre otras razones porque los labradores y hortelanos de los pueblos no se atrevían a salir con sus mercancías por el peligro francés y por temor a que se las pagaran a precio tasado o se las requisaran los agentes municipales en la puerta del Ángel.

Para el 10 de enero los bombardeos arreciaron. El 11, los enemigos, aprovechando la niebla que no dejaba ver a dos varas de distancia, se acercaron al fuerte de San José a la par que arremetieron contra el reducto del Pilar, la puerta del Carmen y por el Rabal. Además, bombardearon toda la ciudad, de tal manera que las gentes no podían estar seguras en ningún lugar, pues destrozaban edificios y hasta una bomba fue a caer en el templo del Pilar, lleno a rebosar de refugiados, entre ellos muchas monjas, sin causar daños irreparables a Dios gracias. Y es que se repetían las situaciones y el miedo volvía a llenar los corazones.

La fortaleza de San José fue defendida por el bravo Renovales, el comandante del puesto, con sus soldados. Durante horas los españoles consiguieron hacer retroceder a los enemigos que dejaron regueros de sangre hasta volver a sus zapas, mediante disparos de fusilería y artillería. Entre los artilleros estuvo Manuela Sancho que dejó el fusil por el cañón y fue uno más de los que sostuvo el fuego, como si fuera una amazona, una de las hijas de la legendaria reina Hipólita, más que una mujer del común. Hecho que, después de desalojar el recinto por haber practicado la artillería enemiga brechas indefendibles ya en la fábrica del viejo convento, para salvar las vidas de los heroicos defensores que hubieron de cruzar las aguas heladas de la Huerba por la parte honda de su cauce y refugiarse en las fortificaciones que había

hacia la puerta del Sol, llevó a Renovales a recomendarla en el parte de guerra y a distinguirla en nombre de su excelencia con la condecoración de la cinta encarnada y una pensión de dos reales diarios, pues que le había parecido una heroína, una diosa, una Atenea o una Hera apoyando a los aqueos a los pies de las murallas de Troya. No escribió el ilustrado militar tales pensamientos en virtud de que el parte no era lugar para literaturas, pero sí que encomió el valor y arrojo de la moza, que Palafox tuvo a bien ratificar.

El reducto del Pilar que padeció también espantoso ataque no fue conquistado porque, cuando parecía perdido, acudieron en refuerzo tropas de la puerta del Carmen y porque sus constructores habían escrito en la entrada de la fortificación: *Reducto de la Virgen del Pilar, inconquistable por tan sagrado nombre, zaragozanos: morir por la Virgen del Pilar o vencer*, de lo que ya se dio noticia en estas páginas. Y tal sucedió pues, a pesar de que muchos murieron, el resto vencieron y reinó la alegría por toda la ciudad. Ciertamente que duró muy poco, unas horas, pues el 12 murió de una bala en la cabeza el comandante Sangenis, al asomarse en una de las fortificaciones que él mismo había levantado, Dios le dé Vida Eterna.

El 15, al mando del mariscal Junot, duque de Abrantes, seguían los franceses disparando con el mismo tesón y los españoles rechazándolos con la misma furia y con fuego muy vivo, lo que irritaba sobremanera a los asaltantes pues que los hubieran querido ver rendidos a los pies de sus caballos. Pero si los sitiadores andaban irritados, los resistentes estaban más que abatidos en razón de que, a más de los muertos y heridos de la guerra, la pestilencia seguía haciendo estrago y, paisanos aparte, se hablaba ya de 6.000 soldados enfermos. A más que, en la ciudad no había carne ni pan blanco, y los habitantes no tenían un minuto de respiro pues, si los enemigos detenían sus ataques, era para aproximar más los cañones.

El caso es que los vecinos no sabían dónde dormirían más seguros, si en sus casas, en los soportales de las plazas o en las iglesias y, como unos tomaron una decisión y otros otra, se veía a gentes arrastrando los colchones por las calles y cargando con fardos y mantas. El chico de la señora Casta sacó sus buenos dineros, pues que veía a una mujer agobiada por el peso, ajustaba con ella una cantidad y le dejaba el colchón, o lo que llevara, en la plaza del Mercado o en la mismísima Santa Capilla que se convirtió en dormitorio, pues los canones acogieron a todos los que cupieron sobre todo a los ancianos, y más que hubieran podido entrar en la casa de Nuestra Señora del Pilar.

\* \* \*

Para entonces la condesa de Bureta ya había levantado sus barricadas con los mismos muebles viejos que en el asedio anterior, con la *Enciclopedia* francesa y muchos más libros, con gran escándalo de su esposo que, no obstante, le dejó hacer para que se animara. Pues la dama, al sentirse embarazada, venía manifestando desgana y solo a

momentos mostraba su vitalidad de otrora. Cuando desplegó las barricadas, por ejemplo, o cuando, pese al frío cortante, mandó aparejar la carroza y fue con sus hijos al puente de Piedra para ver la crecida del Ebro y para que respiraran aire puro. Incluso compró a unos chiquillos unos barbos, a sabiendas de que eran pescado de baja calidad, pero lo hizo para que disfrutaran sus hijos, pues los dejó regatear con los vendedores y por dejar descansar a sus despensas cuyas existencias no dejaban de menguar. A ver, que eran veinte a comer y con buena gana, excepto ella que lo poco que comía lo descomía, lo vomitaba, vamos, pues estaba llevando mal la preñez. Pues, aparte de las molestias físicas que sufría, náusea y más náusea, no dejaba de pensar en cómo vendría su nuevo hijo, si nacería entero o si le faltaría alguna extremidad o, desbarrando, si vendría ciego para no ver tanto horror o si tuerto por ver solo la mitad en razón de que, después del primer asedio, se habían oído verdaderos espantos sobre niños nacidos muertos o tullidos sin duda a causa de los bombardeos, pues que, del mismo modo que los perros habían enloquecido por no saber a qué obedecía el fragor ni la humareda ni el mal olor, las criaturas se habían malformado en el vientre de sus madres por lo mismo. Y no dejaba de cavilar sobre la cuestión, máxime porque tenía noticia de que muchas mujeres empuñadas habían abortado y de otras que habían parido criaturas que se habían ido de este mundo sin bautizar, por no haber dado tiempo a hacerlo. Y un escalofrío la recorría toda cuando pensaba en que su hijo nacería siendo un monstruo quizá. Amén de que, se le alteraba el corazón cuando sus pensamientos se detenían en qué España nacería, si en la de los Borbones donde los españoles habían sido libres o en la de los Bonapartes donde los españoles serían esclavos.

\* \* \*

Mientras muchos zaragozanos habían pasado de la esperanza a la desesperación por las penalidades que volvían a sufrir, Agustina de Aragón, desde que vistiera uniforme, se sentía más aliviada que nunca, pues se habían terminado los rumores sobre sus amoríos con el capitán Talarbe —todo ciento por ciento calumnia—, que habían afectado a su honra. Y es que, de haber ido con la cabeza baja, por no ver denuncia y hasta inquina en las miradas de las gentes que se cruzaban en su camino, los ojos de las gentes habían vuelto a brillar en su presencia. Y, desde que subiera a la batería del Carmen y empuñara el botafuego, era bien mirada y considerada, pues que le iban a preguntar o a contarle tal y cual y hasta le dejaban decir la última palabra. Así, al amor de la hoguera y en un descanso del fuego enemigo, un oficial de la Guardia Suiza, huido de Madrid, narraba la llegada de Napoleón a la capital a primeros de diciembre, por ejemplo, y aseguraba haber visto, vestido de paisano y en primera fila, cómo el emperador entraba en casa del duque del Infantado —lugar donde se había alojado— y, en la jornada siguiente, en segunda fila cómo uno de sus generales demolía a cañonazos las tapias del palacio del Retiro y tomaba posesión del

recinto, o presenciado desde más lejos, pues que los invasores, precavidos, no habían permitido que se acercara el pueblo por no provocar otro 2 de mayo quizá, cómo el rey José penetraba en el palacio Real para volver a dormir en la misma cama que Carlos IV. Y al continuar que el rey intruso había comenzado a dictar leyes que abolían la servidumbre y la Inquisición, los oyentes lo interrumpían, pero dejaban que Agustina pronunciara la última palabra:

—Como no creen en Dios...

—En Madrid el boticario Perales no hubiera sido encarcelado por ser masón.

—Perales ha sido llevado a la cárcel por ser maricón.

—También ha suprimido un tercio de los conventos —seguía el oficial.

—¿Por qué un tercio?

—Y el voto de Santiago, las órdenes militares, el consejo de la Mesta y va a expropiar los bienes de los patriotas...

—Los franceses no vinieron a repartir caramelos, precisamente.

—¿Los afrancesados siguen contentos?

—¿Qué es eso del «voto»?

—En Zaragoza no rigen las leyes del rey José —atajaba la Artillera y todos asentían. Cierto que las conversaciones duraban escasos minutos porque los enemigos volvían al ataque.

\* \* \*

En todo este maremágnum, María Lostal había sufrido un asalto a mano armada en su tienda. De noche ya, habían entrado dos atracadores armados de pistolas y le habían pedido todo el dinero que tuviere. Ella, que ya tenía previsto que le sucediera algún día lo que le estaba pasando en aquel momento, no dejó la botella que casualmente tenía en la mano sino que cogió un vaso y se lo echó al colete y ya sacó el dinero que había hecho en la tarde, a lo menos 20 reales pues el negocio continuaba próspero dado que el personal con la guerra bebía más, y fue que los ladrones le pidieron vino y ella les sirvió, vaso tras vaso, dos botellas, dispuesta a emborracharlos hasta que no se pudieran mover o a que se fueran cantando con los 20 reales y viento fresco, pero le salió el plan al revés. Los hombres bebieron vino y luego aguardiente y no les hizo nada, dado que, tras guardarse los reales en la bolsa, la hicieron subir al piso, le pidieron más dinero y no se contentaron con que la vinatera dijera que más no tenía, que la volvieron a encañonar con las pistolas y, de malas maneras, despertaron a los niños que estaban dormidos y claro, asustados, se echaron a llorar. Y, como la iban a emprender a golpes contra ellos, la entereza de María se vino abajo y, entre sollozos, les dijo que les daría más. Los fulanos se calmaron, la vieron llegarse al hogar, coger una olla y desparramar a lo menos 250 reales en la mesa de comer. Cantidad que los atracadores se apresuraron a introducir en la bolsa y en los bolsillos de los calzones, pues que no les cupo todo y, al Señor sean dadas muchas gracias, se fueron a todo

correr. María salió a la calle a pedir auxilio y hubo de desistir porque sus gritos eran acallados por las bombas del enemigo. Pese a lo sucedido, pese al susto y al robo, volvió a su casa contenta, pues que había salvado el dinero que guardaba debajo de la baldosa y el que, en los últimos tiempos, había enterrado en el corral.

Al día siguiente, avió a sus críos y salió en busca de Diego para contarle el mal suceso. Recorrió media ciudad preguntando a conocidos y desconocidos, pero volvió sin noticia de él.

\* \* \*

La señora Casta, después del trabajo en el hospital, a veces se llegaba a la plaza del Mercado, no a comprar en los puestos, que ya no había tenderetes porque no había género que vender, sino alguna pieza de caza para aderezar el puchero a los hombres que, evitando los bastiones españoles y a las tropas francesas, se aventuraban por los montecillos cercanos a cazar conejos o perdices para vender sus capturas y poder subsistir. Pero era que cada vez más a menudo los cazadores volvían con los zurriones vacíos, a lo más trayendo manojos de hierbas para hacer sopa. Entonces, la buena mujer que no se fiaba de que las plantas fueran comestibles, no se fuera a envenenar y con ella Pablos, tan majo que se criaba, se acercaba al Ebro a probar mejor suerte con los pescadores. Y fue que un día se encontró con que unos hombres habían echado una red de orilla a orilla para pescar madrillas y que, casualmente, cuando llegó, retiraron la red a rebosar de peces, y desde el muro estuvo viendo cómo los cogían y los separaban por tamaños en la ribera, diciéndose que habían tenido buena idea al echar una red tan grande, puesto que habían conseguido enredar a todo el pescado que iba corriente abajo. Y fue que bajó a la orilla a comprar una docena de madrillas y, aunque le pareció caro, abonó lo que le pidieron. La mujer que estaba detrás de ella también pagó y se fue rezongando del alto precio, pero las mujeres que seguían comenzaron a quejarse y las últimas de la cola a vocear e insultar a los pescadores. Y fue que llegaron otros hombres, sin duda llamados por las voces y que, en viendo los peces, quisieron repartirlos aduciendo que al provenir del río eran de todos, pero los pescadores se negaron aseverando que eran suyos, que los habían pescado ellos y, como los ánimos estaban alterados y sus razones no convencieron a los allí presentes, los que hablaban de repartir la emprendieron contra los que no querían compartirlos y se enzarzaron a puñadas, con el resultado de un muerto, pues que de los puños pasaron a sacar las navajas.

Casta dejó el lugar descompuesta y eso que había visto, en lo que iba de guerra, cantidad de maldades; mascullando que el personal estaba todavía más desquiciado que en el primer sitio y entró en el Pilar a echar un rezo.

\* \* \*

Cuando Manuela Sancho se llegaba un rato a su casa para dormir, aunque hubiera podido decirse lo mismo que la señora Casta sobre el desquiciamiento de hombres y mujeres, solo se quejaba de los espíritus que, desde que los franceses habían conquistado el convento de San José, se habían vuelto locos y, apenas cerraba un ojo, lo volvía a abrir aterrorizada, pues que había oído un grito desgarrado, un quejido lastimero, un aullido y voces, y ni que tuviera en su haber la cinta encarnada por su más que acreditado valor, no demostraba un ápice de valentía, muros adentro de su morada.

Así las cosas —en la realidad o en su sesera—, pensó en irse a vivir a otro lugar de la ciudad, en alquilar una habitación a alguna viuda o huérfana —que había muchas— para tener compañía y poder hablar con alguien para quitarse de la cabeza tantos horrores, consciente de que cualquier cosa, bueno cualquier cosa no, cosas espantosas, como lo del corazón que viera en la calle y los gritos que oía de noche en su casa, le calaban muy hondo, mucho más hondo que a otras personas quizá y no le permitían sosegar.

Decidida a dejar su morada, hizo un repaso de la situación de las tropas enemigas para, ya que decía de irse, buscar en el barrio más seguro y optó por el de San Pablo, aunque le quedaba muy lejos en razón de que pretendía seguir guerreando contra los franceses donde venía haciéndolo, por las puertas y bastiones de la Huerba, pues ya conocía a las gentes y era como disponerse a morir entre amigos. Y estaba en ese cavilar cuando oyó gran estrépito por la zona de Santa Engracia y, sin pensarlo dos veces, corrió hacia allí para continuar haciendo el buen papel que había hecho en todas las puertas de por allá.

\* \* \*

La madre Rafols, que tenía las despensas del hospital con telarañas, decidió volver a pedir ayuda a los franceses, en concreto al mariscal Lannes, duque de Montebello, como ya había hecho con Lefebvre. Mandó aparejar el carro y dejó la ciudad por la parte del Ebro para encaminarse a la Casa Blanca del Canal, repitiendo lo que había hecho con anterioridad.

Salió sin nada en las manos, salvo sabañones pues que las llevaba perdidas, como todo el mundo en la ciudad. Con tres de sus monjas y con la señora Casta que, tras sujetar su bayoneta en el respaldo del pescante y anudarle un paño blanco, condujo la carreta pues se empeñó y no hubo modo ni manera de disuadirla ni que se le mentara al pequeño Pablos, tozuda, como buena aragonesa que era.

Anduvieron por caminos que ya conocían, produciendo el mismo estupor que otrora entre los soldados enemigos que levantaban la cabeza o se acercaban a ver a aquellas mujeres que preguntaban por el mariscal Lannes, que decían Lannes, Lannes, lo único que decían, y seguían camino adelante entre otras razones porque



nadie las detenía. Y, en llegando a la casa del Canal, la madre volvió a decir Lannes, Lannes y, como allí había algunos que la conocían de la vez que fue a ver a Lefebvre, no tuvo que decir más, pues a poco se presentó ante ella el mariscal, que ya venía informado de las necesidades de la monja. Y, la verdad, le hizo gracia que la religiosa se apeara del carro, se arrodillara ante él y se pusiera con los brazos en cruz mismamente como lo haría ante un Santo Cristo, o fue que se sintió más importante de lo que era o que la actitud de la monja le tocó en la vanidad, el punto flaco de muchos hombres. Y fue que, aunque la madre le pedía las sobras de la comida de sus soldados para los enfermos del hospital, le llenó el carromato de sacos de harina y de legumbres y, cuando le pidió sal para combatir la pestilencia, le dio cuatro sacos y cuando le pidió yodo para la desinfección de las heridas, le dio varios frascos, y es que estaba por la labor de dar a aquella valiente mujer que, asumiendo mil peligros, pedía para todos y no pedía nada para ella. Recibido lo recibido, la religiosa le besó la mano y fuese más contenta que unas pascuas y con mucho más de lo que había esperado, dando gracias a la Virgen del Pilar y al mariscal francés.

Hizo el mismo camino de regreso y, al atravesar la puerta del Ángel, una partida de gentes desarrapadas y muertas de hambre le quisieron robar. Se echaron encima del carro como verdaderas fieras y, para cuando llegó la guardia de la puerta, ya le habían afanado las legumbres y las frascas de yodo creyendo que eran de vino, y eso que Casta amenazó con la bayoneta y que las monjas levantaron los crucifijos que llevaban colgados al cuello tratando de detener a las turbas, pero fue inútil porque ni Dios los detenía. Es más, la madre Rafols que empezaba a ser considerada Santa, por las muchas caridades que venía haciendo —lo que cambian las cosas—, fue tildada de diabla y de bruja por aquella chusma, y aún le gritaron otros insultos que no son de mentar, en plural pues que también hubo para sus acompañantes. No obstante y con la harina que se salvó, los enfermos pudieron comer farinetas durante dos días, hecho que llevó a la religiosa a dar por bueno el susto y los insultos.

\* \* \*

Matilda López que se quejaba de dolor de tripas y apenas se levantaba de la cama, a instancias de Marica fue a visitar a un médico de pago y, aprovechando la salida y convencida de que se moría, tan enferma estaba, se llegó a un notario, le entregó la escritura de compraventa y donó la torre del Rabal a su pupila, eso sí, por consejo del fedatario se reservó el usufructo, pese a que le costó entender la utilidad de aquella figura jurídica.

Luego con el galeno se presentó como viuda y le dijo que a menudo le dolía el vientre, que sangraba mucho por la nariz y por sus partes, que la «enfermedad» le duraba mucho tiempo, la última casi un mes y, retirándose el pañuelo le enseñó la brecha de la cabeza a la par que le informaba que había sufrido un accidente y bajado rodando unas empinadas escaleras. Esta era la causa de la herida y de los muchos

morados que llevaba por todo el cuerpo que tampoco se le iban. El médico, tras preguntarle qué edad tenía, de qué murieron sus padres, si padecía calenturas, si se le iba la cabeza y si el dolor que sufría lo había padecido otras veces, le examinó el corte de la cabeza, le pidió se levantara la saya y le palpó el vientre con mucho pudor. Entonces le recomendó que guardara cama durante siete días y luego llevara vida reposada, y le recetó unas bolas de opio, que le atenuarían las dolencias; que las comprara en cualquier botica, advirtiéndole que ingiriera una antes de las tres comidas principales. Le puso nombre a la dolencia de Matilda, un término médico que las oyentes no retuvieron y eso que se lo hicieron repetir, y le sugirió a la enferma que si no mejoraba visitara a una matrona, pues que su padecimiento no parecía ser enfermedad común, sino de mujeres.

Marica salió de la consulta del doctor pensando que tal vez la receta expedida aliviara el dolor de Matilda, pero dudó de que guardar cama le ayudara a reponer su salud. Máxime, porque Matilda le había dicho al médico de la misa la media pues no le había mentado la profesión que venía ejerciendo desde la pubertad sino que se había presentado como viuda, le había ocultado lo de la paliza que le propinó un miserable y lo peor que, nada más entrar en la cama y dormirse o adormecerse, empezaba a hablar, ya fuera en sueños o entresueños, de la picaraza que había tenido durante un mes, acaso dos, quieta en su balcón en la torre del Rabal. Pues que, apenas entrar a vivir en la nueva casa, había comenzado a recordar, bien arrellanada en su sillón o alzada en la cama con varias almohadas, los buenos tiempos de antes de la guerra, a la vez que los buenos tiempos del bicho.

Y ella, Marica, le había seguido la conversación y aceptado que el ave les había hecho compañía y ocupado cierto tiempo del día, cuando le daban de comer lo mismo que a las gallinas: desperdicios mezclados con granos de maíz, por ejemplo, o cuando la miraban y se admiraban de su quietud o de su pío pío que no era exactamente un pío pío, como en su momento se apuntó, y, por seguirle la corriente, hasta había aceptado que en el otoño el animal había empezado a perder plumas y que semejante pérdida le había impedido volar y llevado a la muerte, de pena quizá por no ser libre ya para surcar los cielos y hasta que había terminado desplumada y enterrada en la huerta, lo que era todo invención, pues el animal había dejado el balcón y se había marchado a hacer sus cosas, las que las aves hicieren, a aparearse quizá, antes de que comenzaran los bombardeos. Y, por no contrariarla, pues a la cuentacuentos le dolía el vientre, hasta había admitido otra versión de los sucesos: que a la picaraza la había matado un mal hombre de un balazo, pese a que ella, Matilda, se había interpuesto entre el ave y el fusil y había propuesto al fusilero yacer de balde con él, oferta que hubo de mantener pues la amenazó también con la escopeta y que, ido el asesino, ella misma la había enterrado en un extremo de la huerta.

El caso es que Marica escuchó aquellos cuentos, pero los llamó delirios y los achacó a la paliza que le había propinado un labrador desalmado, y no contenta con las prescripciones del galeno, acompañó a Matilda a casa y volvió a salir a la botica a

comprar las bolas de opio. Mientras fue y estuvo esperando, pensó en llamar a la aldaba de una adivina para que, haciéndose pasar por Matilda, le echara las suertes, consciente de que la visita al galeno había sido inútil por demás.

\* \* \*

Con los franceses adelantando sus paralelas, con los españoles tratando de detener el avance enemigo con el brío de siempre u hostigándolos por los cuatro costados, pese a estar muchos enfermos y todos malcomidos, ya podía Palafox hacer proclamas y publicarlas la *Gaceta*, que ni los tontos se las creían.

Ya podía decir que los gabachos habían sido derrotados en Cataluña. O que las tropas de su hermano, el marqués de Lazán, que había salido de Zaragoza con parte de las aguerridas fuerzas aragonesas camino del Rosellón, había llevado el espanto de la guerra hasta la ciudad gala de Toulouse logrando enorme botín. Y que regresaba con lo arrebatado, para pagar las soldadas y ayudar a la insurrección de los pueblos en torno a la capital y mucho más allá, hasta la mar incluso, pues que también se habían levantado contra el francés dispuestos a vencer o morir. O que los ejércitos españoles habían derrotado al mismísimo emperador Napoleón, que ya consideraba retirarse de España, pues habían caído varios de sus mejores mariscales. O que habían llegado al puerto de Cádiz millones y millones de monedas de oro de América, dinero que una vez repartido sacaría de la miseria a los españoles. O que los franceses que cercaban la ciudad estaban debilitados por los muchos muertos que habían enterrado, ya fuera por arma, ya por enfermedad, por la misma que campaba murallas adentro. Que no se lo creía nadie. Porque no había más que ver y oír en derredor.

La condesa, al leer la *Gaceta*, sentada al amor del fuego de la chimenea de su salón, cruzaba mirada con su marido y no tenían que decirse nada sobre el particular. Lo mismo que sucedía a las gentes que permanecían defendiendo las puertas de la ciudad o los reductos exteriores, que no se creían miaja ni que oyeran los bandos ni que leyeran el diario ni que los vecinos les contaran las buenas nuevas anunciadas por Palafox.

Porque, el día 16 de enero, el reducto del Pilar se sostenía a duras penas, pues, destruida toda la artillería, solo quedaban allí un puñado de fusileros de los Voluntarios de Aragón, y un par de mujeres: Manuela Sancho —suficientemente conocida por los lectores— y otra de nombre Juliana Larena —que quizá hubiera merecido mayor papel en esta historia—. Todos tenaces resistentes, pese a que, tras varios días de lucha, defendían un montón de escombros, dispuestos a no reblar y así lo manifestaban los que estaban vigilantes con el fusil a la cara, los que salían de la posición reptando como los gusanos en busca de granadas y bombas que no hubieran explotado. Las acumulaban y las subían luego en el carro que, a diario, les traía alimentos de la torre del Pino, a fin de aprovecharlas en otros baluartes de la ciudad, los que se agazapaban en el suelo para descansar un poco, las dos mujeres y el

comandante La Ripa. Pero fue que aquel día no llegó el carro a su hora ni a deshora, ni los refuerzos que a lo largo de la jornada estuvieron pidiendo, mediante señales de humo. Y sucedió que quienes llegaron fueron los franceses. Primero uno, que enviaron al Infierno con un tiro en la frente. Y, de noche: uno, dos, tres o ciento o doscientos, o tal se les hizo a los del recinto, pues empezaron a disparar a mansalva y los españoles que, salvo seguir la letra del cartel y morir, nada podían hacer contra tantísimos enemigos, emprendieron carrera como si estuvieran con un pie en la sepultura, pero con la cabeza muy clara, pues cogieron un barrilico de pólvora y un cesto con granadas no explotadas y, pese a que los tiroteaban por la espalda, fueron capaces de detenerse en el puente de la Huerba y volarlo, evitando así que los enemigos siguieran su avance hacia la ciudad.

En la torre del Pino fueron recibidos como auténticos héroes. Hombres y mujeres auparon y jalearon a cuarenta hombres y dos mujeres que llegaban sin aliento, y les dieron vino bueno a beber, comida caliente y hasta les ofrecieron sus casas para dormir. Y otras gentes que llegaron con músicas cantaron jotas y comentaron de Manuela Sancho, la segunda artillera de Aragón, que la primera era y había sido Agustina de Aragón, y de Juliana Larena dijeron que tenía más mérito que las otras dos, pues que se había dedicado a recoger con sus manos las granadas franchutas que no habían explotado, a arrancarles la espoleta y a acopiarlas en un cesto para aprovecharlas y hasta en ocasiones, sin dar tiempo a que explosionaran, había devuelto las granadas a los gabachos arrojándoselas para que rompieran en sus trincheras.

A segundos gallos, se terminó de hablar y cantar jotas en la torre del Pino porque los franceses atacaron más allá del convento de San José.

Y fue más de lo mismo. A días, menos horas de fuego, a días, el día entero, a días, noche y día, pero siempre fuego intenso. Los franceses avanzando tenazmente sus paralelas, los españoles saliendo de súbito de tal puerta o tal otra para causar el mayor número de bajas a los invasores, y los apestados aumentando en número.

Hombres, mujeres y niños contagiándose de la calentura pútrida. Unos, decían que por el aliento entre personas, otros, que las causantes eran las ratas y, otros, que los piojos. Por lo general, los pobladores ponían buen cuidado en la cuestión del aliento y muchos se tapaban la boca con un pañuelo, porque una cosa era morir por la patria y convertirse en un héroe y otra, muy otra, de enfermedad para no ser nada, para presentarse ante San Pedro sin los laureles del triunfo, siendo pelaire, botiguero, abacero, sastre, tintorero, vinatero, mercader, mozo, criado, costurera, lavandera, fregatriz, etcétera, siendo lo que habían sido desde que nacieran, después de todo. En cuanto a los que achacaban la peste a las ratas, se aducían y hasta lo comentaban en público que era preciso exterminarlas porque las había a mares, además gordas como gatos, pues se habían alimentado bien con los cadáveres de los muertos del primer sitio, y algunos, sin olvidarse de poner cepos en sus casas, mandaban a sus hijos pequeños a matarlas por las ruinas a pedradas. Y los que hablaban de los piojos se

santiguaban porque no había remedio contra ellos, pues que abundaban más que las chinches, pues no en vano habían sido una de las plagas de Egipto, tal hubiera podido afirmar cualquier persona con suficiente memoria y hasta hubiera podido explicar que Aarón, el hermano de Moisés, con su vara había convertido el polvo en piojos.

Contra la pestilencia, no obstante, luchaban denodadamente los médicos de la ciudad, ya fuera de casa en casa visitando enfermos, ya fuera en el hospital todos jugándose la vida, lo más personal que tiene un ser humano. Ya, cuando a mediados de verano se habían dado tres casos, tres hombres que venían de Navarra muy afiebrados, habían conseguido aislarlos pese a que estaba el centro atestado de heridos de guerra, pero luego fue vano porque la enfermedad se fue expandiendo hasta tornarse en epidemia. Y ya podían los galenos discutir sobre su procedencia y combatirla a su manera que la epidemia llevaba visos de convertirse en pandemia. Y eso, que ya podía, uno, recetar vasos y vasos de agua con un poquico de sal y, otro, gotas de quinina, que la dolencia comenzaba con grande sudoración, seguía con fiebre alta, vómitos, diarreas, manchas rojas por todo el cuerpo que llegaban a inflamarse, calambres en las piernas, delirio, pérdida del conocimiento y, Virgen del Pilar, muerte, muerte... ¡A lo menos 10.000 muertes a mitad de enero...!

Y ya podía la madre Rafols echar vinagre en el agua de su cantarico, y sus monjas aplicar cataplasmas con fomento de reina de los prados en las hinchazones rojas de los enfermos o combatir la diarrea con sellos de ortiga blanca, que hacía el herbolario del hospital con encomiable aplicación, o ya podían los sanos rezar por los muertos y por ellos mismos, porque Dios y su Santa Madre los mantuvieran con salud, que era vano, que había más decesos por la calentura pútrida que por las bombas de los enemigos.

Así tan mal las cosas y en vías de empeorar, que entraran, que osaran entrar los franceses en Zaragoza... que a más de balas se encontrarían con la peste.

## Capítulo

# 17

En la última decena de enero, los contrincantes continuaron con lo suyo, es decir, con lo mismo. Los franceses avanzando sus paralelas con ahínco y los españoles tratando de deshacerlas al mismo tiempo que reparaban sus puntos fuertes, echando a faltar al desdichado Sangenis que se había ganado un lugar entre los hombres ilustres de la ciudad al desarrollar y ejecutar el plan de fortificación. Cierto que también salían en partidas a la descubierta, a la desesperada incluso, por todas las puertas a la vez para destruir los parapetos y alejar al enemigo o al menos causarle bajas, para volver victoriosos o derrotados, según tuvieran buena suerte o mala suerte. Ambos ejércitos amargados por la helada y la espesa niebla, quizás causadas por los diablos, por la tenacidad y resistencia del contrario siempre en un continuo hacer y deshacer y en un interminable matar y morir, en fin.

En la noche del 24, los vigilantes a lo largo de la muralla abrieron mucho los ojos y aguzaron los oídos tratando de averiguar el porqué de las músicas y salvas de los sitiadores, y los que estaban dentro de la ciudad retirando cadáveres de las casas y las calles por orden gubernativa y, al amparo de la oscuridad, para evitar dolor y hedor a la vecindad, pues que estaban falleciendo una media de cien personas diarias, apresuraron sus tareas, otro tanto que los enterradores que, también siguiendo órdenes, sepultaron a los muertos de la jornada en tumbas de nueve palmos y sin caja, y se presentaron en las murallas a ver qué sucedía, esta vez sin atender a las familias de los fallecidos con la debida decencia. Y pese a que hubieran querido ver, oír y saber a qué obedecían aquellas fiestas ni vieron ni oyeron, es más, los que no tenían obligaciones allí, se dieron media vuelta porque corrió la voz de que tal vez fuera todo añagaza para atraer a la población a las tapias y acribillarla con fuego de mortero. Cierto que, en dos días, se supo que los franceses habían estado celebrando la victoria de sus ejércitos en Uclés, localidad de la provincia de Cuenca, y la consecuente derrota de los españoles mandados por el duque del Infantado.

Pero no hubo tiempo para comentarios ni para lamentaciones en razón de que los enemigos iniciaron una ofensiva sin parangón, la peor hasta la fecha, o tal parecía, y los sitiados, militares y paisanos, acudieron al toque de generala y al rebato de las campanas de la Torre Nueva a los bastiones. Y es que atacaban desde el molino de la Huerba a la puerta del Portillo con un fuego más que terrible, peor tal vez que el del día 4 de agosto, peor sin duda porque se estaba sufriendo en aquel momento.

\* \* \*

La puerta de Sancho se quedó con media docena de soldados porque la mayoría, por orden de sus jefes, corrieron a defender el Portillo. María Agustín los recibió con un tazón de caldo de col y otras hierbas, con más agua que berza, pero caliente. Casta le tomó el relevo porque no en vano había repartido millares de raciones, a más que tenía dos manos, y la otra fuese a suministrar munición a la gente de la torre y las almenas.

Casi a la par, Pablos se enteraba en la plaza de La Seo de que había llegado un mensajero con un pliego firmado por el mariscal Lannes —el mismo que había ayudado poco ha a la madre Rafols tan desinteresadamente—, en el que intimaba a Palafox a la rendición so pena reducir la plaza a cenizas y le informaba de que el ejército inglés, que había estado desplegado por el norte de la Península, había sido vencido y embarcado en La Coruña, y se extendía con otras victorias francesas, que no eran otra cosa que derrotas españolas como la reciente de Uclés, y con los miles de prisioneros y muertos que habían hecho los imperiales acá y acullá.

Conocida la respuesta negativa del capitán general, el gentío se dispersó, alborozado, con la frase de vencer o morir en la boca y propaló lo del pliego francés y la contestación española por doquiera. Pablos corrió hacia la puerta del Carmen a contarle por allá.

La Artillera, que había ocupado su puesto detrás de un cañón de grueso calibre, al ver al muchacho, bajó de la empalizada, se fue hacia él y lo saludó con dos besos en las mejillas y por eso fue la primera en enterarse de la respuesta de Palafox al ultimátum francés. Celebró la noticia con todos los que estaban por allí, que tacharon el negocio de fanfarronada, de una bravata más, entre otras razones porque, transcurrido un mes desde el inicio del nuevo asedio, los enemigos no habían logrado penetrar en la ciudad, pese a que se habían empleado a fondo y porque en Zaragoza, huidos los cobardes, solo quedaban valientes.

Manuela Sancho y Juliana Larena se holgaron dos veces seguidas al enterarse de la decisión del capitán general, con los defensores de la torre del Pino y con los de puerta de Santa Engracia pues que iban y venían echando una mano donde hacía falta. Ya sustituyendo en las aspilleras a los que se iban a mear o cargando fusiles o acercando el tizón a los artilleros o recogiendo la munición que los gabachos abandonaban, ya repartiendo la escudilla de arroz que suministraba el ejército o el vino que llevaban los comerciantes, ya ocupándose de mantener las hogueras y de rellenar las tinajas que había por todas partes para apagar los incendios que la ofensiva enemiga pudiera provocar, ya llevándose heridos o retirando muertos, siempre con otras mujeres que, al igual que ellas, no podían con su alma pero estaban por resistir.

La condesa de Bureta, tras revisar sus barricadas e informada de la posición de su señor primo, salió aquella mañana con su malestar a cuestras y, como no podía ir en carroza porque había taponado las calles de su casa demasiado pronto quizá, se hacía llevar al hospital en litera para ayudar en lo que fuere. Y fue que aquel día, la

detuvieron una partida de chiquillos desconocidos que le quisieron vender a lo menos media arroba de conejos, que llevaban en una carretilla. La dama, que era amiga de hacer caridades, pensó en adquirirlos y llevárselos a la madre Rafols para que echara algo más que arroz a la comida de los enfermos. Regateó y si pedían cuatro se lo dejaron en uno y, como nunca veía maldad en las gentes, los compró y con cara de albricias se los entregó a la madre Rafols que los recibió con entusiasmo. Y se llevaron buen chasco las dos, pues las cocineras advirtieron nada más verlos, quizá por ese instinto que se adquiere después de mucho tiempo de trajinar con los alimentos en el hogar, que no eran conejos, que eran gatos. Repitieron el refrán de «dar gato por liebre» y, como eran comadres de lengua larga hasta discutieron entre ellas, porque, unas, decían que los taberneros daban gato por liebre desde antiguo y que nada sucedía y, otras, que, aunque de antiguo se hubiera comido gato por liebre con apetito incluso, con la peste campeando por la ciudad los gatos estarían enfermos en razón de que comían ratones y ratas, que eran las causantes de la calentura pútrida, ¿o no? Amén de que, se enzarzaron con que los gatos como todos los animales no eran tontos y sabrían distinguir entre lo que podían comer y lo que no debían comer, ¿o no?, y aún se extendían en preguntar si alguna de las presentes había visto beber a un perro, por ejemplo, agua putrefacta, y se respondían que no. Y eso, que los enfermos comieron una sopa de arroz hervido sin sustancia y los apestados nada, porque no podían comer, solo beber agua con un pellizco de sal.

Marica, como Matilda no mejoraba con el remedio del galeno, hizo por fin lo que venía pensando: ir a ver a una adivina, hacerse pasar por ella y contarle los síntomas de su compañera tratando de que la dueña le diera un remedio para sus delirios. Preguntó por alguna a las otras rameras de la calle de las Doncellas, que ya eran sus amigas, pues Dios los cría y ellos, en este caso ellas, se juntan y, tras hablarles de la enfermedad de Matilda, de que la cuidaba como si fuera su madre y callar los dineros que tenía, no la fueran a embaucar ellas o sus chulos, les descubrió su oficio y todas hicieron muy buenas migas. Le nombraron a una dicha Carmela que vivía en la calle del Azoque asegurándole que además de adivina era santera, curandera y hasta abortera y que podría adivinarle el porvenir de mil maneras, a más de venderle amuletos de la buena suerte. Allá se fue la moza y se encontró con una vieja, revieja, que daba miedo verla, con una casa maloliente llena de imágenes de Santos, y a lo menos con una decena de velas encendidas. Que le preguntó cómo se llamaba, cuál era su oficio, cuántos años tenía, los nombres de sus padres, lugar de nacimiento y qué quería y, tras ajustar unos dineros y cobrárselos por anticipado, le prohibió hablar de lo que viere u oyere, fuera de allí y, no contenta con ello, se lo hizo jurar sobre una cruz no fuera a denunciarla a la Inquisición por bruja, y ya procedió. Y ya procedió. Le dio asiento, fue en busca de un barreño, lo lleno de agua, lo colocó en la mesa, se sentó frente a ella, acercó una vela, la miró a los ojos, se admiró de su fino cutis, volvió a demandarle la edad, se sacó cuatro dados del bolsillo del mandil, los hizo sonar en su mano, pero fue que se detuvo para volverle a preguntar:



—¿Mujer, qué edad me has dicho qué tienes?

—Treinta y cinco años —volvió a responder la moza.

—A esa edad deberías tener patas de gallo en torno a los ojos...

—Compro en la botica crema de algarrobo y me la doy en la cara cuatro veces al día desde que era joven.

La vieja echó los dados y antes de mirar insistió:

—¿En qué botica compras la crema?

—En la de la plaza del Mercado. ¿Qué dicen los dados...?

—Se te irá el dolor de vientre, pero los delirios no... Tienes sangre gorda...

—¿Qué es eso?

—Demasiada sangre en el cuerpo. Llamas al barbero y que te aplique sanguijuelas detrás de la oreja tres días a la semana... En cuanto a lo de la picaraza no existe, te la imaginas... Ten presente que la mente produce extraños sueños y engaña a la razón... Es el recuerdo de un hombre que amaste y quisieras tener a tu lado, pero que se fue y no precisamente al Otro Mundo, sino que te dejó plantada y se largó con otra... No veo más en los dados, salvo que se han hundido lentamente indicando agua espesa que en el cuerpo significa sangre gorda pero, te lo repito, el barbero te aliviará... En cuanto al futuro todo seguirá igual para ti porque a tu edad no vas a ser tan necia de enamorarte otra vez, a más que creo aprendiste la lección... Vuelve en quince días y en vez de dineros me pagas con un tarro de esa crema de algarrobo.

Vete, vete ya...

Marica salió confusa. Por lo de la sangre gorda, pues que pensó en que podía referirse a ella y no a Matilda, que echaba sangre por la nariz y por sus partes dado que la «enfermedad» le duraba un mes. Por el interrogatorio que le había hecho la vieja, por las mentiras que le había contado ella que, posiblemente, las hubiera repetido distinto, y por la necesidad de la bruja, que había dicho taxativamente que la picaraza no había existido cuando ella misma la había visto mil veces con sus ojos. Lo cual le vino a constatar que la adivina era una camandulera.

Y en tales pensamientos iba de regreso a casa, llorando de frío, limpiándose la moquita, cuando se topó con seis rameritas de la calle de las Doncellas que, armadas de palos y atizadores, se encaminaban a la puerta del Carmen a combatir a los franceses dado que había comenzado la gran batalla, y eso, que imbuidas de patriotismo como cualquier hombre o mujer en la ciudad, no querían permanecer ajenas a la guerra. Marica les deseó suerte y fuese a atender a Matilda.

\* \* \*

La gran ofensiva dio inicio. Los enemigos atacaron por todos los puntos y fue como si la tierra retemblara, pues que se desplomaban edificios enteros y el viejo muro caía.

Entre la puerta Quemada y la del Sol, los franceses bombardearon con gran éxito e ímpetu logrando abrir brechas en las Mónicas y en San Agustín, conventos que hacían pared con la muralla de tapial. Las monjas, que hasta la fecha habían acogido a otras hermanas, huyeron despavoridas, otro tanto que los frailes y las muchas gentes que vivían por allí que no se detuvieron hasta refugiarse en el Santo Templo del Pilar. Los imperiales se emplearon también en conquistar el molino de aceite de la Huerba, que hubieron de desalojar los españoles, cierto que antes lo quemaron para que los otros no aprovecharan el baluarte y, replegados, hicieron fuego de fusilería y lanzaron cientos de granadas sembrando la tierra de cadáveres. Lo que no impidió que los otros aseguraran sus posiciones para avanzar hacia la puerta del Sol.

Entre la puerta Quemada y la torre del Pino, la embestida fue del mismo tenor. Con inmenso pesar, los españoles hubieron de abandonar la puerta de Santa Engracia y la torre del Pino; entre las mujeres: Manuela Sancho y Juliana Larena corrieron como las que más porque, por allí, destruida la artillería española, no se podía hacer otra cosa que morir bajo la francesa, conscientes de que aún se podría hacer alguna otra, como defender los baluartes que todavía resistieran o rezar a mejor cobijo, pues aún no se había perdido la esperanza de que Nuestra Señora hiciera otro milagro.

Entre la torre del Pino y la puerta del Carmen, el combate fue feroz. Los enemigos no solo tomaron el convento de Trinitarios situado enfrente, sino que, tras abundante cruce de disparos, se permitieron el lujo de andar por el paseo de las Tapias con la caballería en formación y las águilas del Imperio desplegadas. Las tropas del Carmen, al asomar la caballería, abandonaron la posición y unas se dirigieron hacia el Portillo tratando de salvarse y otras a defender lo que se pudiese del barrio de Santa Engracia para sumarse a los que ya estaban en el convento de Jerusalén, entre ellos la Artillera que no dejaba de animar a soldados y paisanos, a más de a las prostitutas de la calle de las Doncellas, mientras en toda la ciudad se escuchaba otra vez la llamada a generala.

\* \* \*

Manuela Sancho en su carrera pasó por la puerta de su casa, pero siguió adelante hasta encontrarse con las tropas de Villacampa, el comandante de los Voluntarios de Huesca, que estaba dispuesto a defender la brecha de las Mónicas, pero su intrepidez la llevó a continuar hacia donde se oían más tiros y desembocar en la calle de Pabostre, donde en una barricada se juntó con algunos paisanos y con varias mujeres de la fuente de la Magdalena, que a más de darle medio pan de munición y un trozo de tocino frito, entre disparo y disparo le hablaron de que los gabachos habían ocupado varias casas de la zona, hecho que estaba viendo con sus ojos pues que no tenía más que alzar la vista, claro que no podía levantarla, pues que estaba comiendo al resguardo de los sacos terreros, con hambre y sin sentir para nada los gritos de los espíritus de por allá que, ante semejante fragor andarían alocados o atarantados, vaya

su merced a saber.

\* \* \*

María Lostal continuaba sin noticias de su marido y con el establecimiento abierto, pero otra vez muy mermadas las mercancías, y andaba nerviosa pues que había oído tres veces llamar a generala y sin cesar a las campanas de la Torre Nueva sonando a rebato. Y entraba una clienta y le decía que los franchutes habían tomado Santa Engracia y, otra, asegurando que la torre del Pino había caído en sus manos y otra que se había perdido Trinitarios pero que los españoles lo habían reconquistado y, otra, que habían llegado los cuatro jinetes del Apocalipsis, pero, cuando aquel día se presentó la señora Jesualda y empezó a contarle sus memeces, se desquició en razón de que le vino con que las personas que, al morir, caían de pechos en la tierra habían sido gentes amargadas y las que caían de cara al cielo amables y hasta bonachonas, pues que procuraban fallecer de tal modo para echar una última mirada al mundo tan bello como es, entonces no tuvo con la anciana la menor caridad y, sin miramientos, la expulsó del establecimiento y le gritó que no volviera más y, airada, echó el cerrojo.

Se bebió un vasico de aguardiente para sosegarse, luego juntó a sus hijos mayores y les hizo escuchar los cañonazos que se oían días ha. Después, los llevó a la ventana, les enseñó varios cadáveres y les explicó que tal vez, Dios no lo permita, una bomba enemiga cayera sobre su casa y la destruyera matándola a ella, que a ellos no, que no los mataría porque el Ángel de la Guarda los protegería. De tanto en tanto, se detenía y les preguntaba si la entendían y sí que la comprendían, sí. Por eso continuó con lo más importante, con que su padre y ella, tras años de mucho trabajo, habían ahorrado unos dineros, parte de los cuales tenían escondidos en una baldosa que les señaló cerca del hogar y otros en un cado en el corral, y fue que, en nombrando los dineros, los mayores abrieron mucho los ojos y hasta sonrieron. Y de tal guisa la siguieron hasta la baldosa, expectantes le vieron sacar una bolsa y vaciar el contenido sobre la mesa, y tocaron las monedas entusiasmados. Luego fueron al corral y muy atentos escucharon de labios de su madre dónde estaba situado el cado, a cuatro pasos de la tapia de la vecina y a dos de la puerta de su casa, en la intersección, y contemplaron cómo su madre daba cuatro pasos ponía una piedra para señalar y cómo daba dos pasos, y ellos dieron más pasos pero llegaron a la piedra con cara de aleluya y, ya en la casa, dieron saltos de alegría cuando María les informó de que había más dinero en el cado que debajo de la baldosa. Y siguieron muy interesados el resto de la lección con que, aun que las bombas derrumbaran la casa, las monedas siempre estarían entre los escombros y con que si la mataban quedaría su padre y, en caso de que ambos murieran les ordenó que se presentaran a la señora Casta, la de la calle de Predicadores, para que los llevara a la madre Rafols, Rafols, insistió y se le lo hizo repetir, que le contaran la desgracia de haber perdido a sus padres y les recomendó

que guardaran silencio sobre los dineros, que ya los recuperarían cuando fueran mayores, pues que la casa era de ellos, de los tres, en virtud de que Diego, su padre, la había heredado de su padre.

María les hizo repetir y repetir, como si recitaran una lección, y acabó satisfecha de la inteligencia que mostraban sus hijos a tan temprana edad, pero, al terminar, un escalofrío la recorrió toda.

\* \* \*

La madre Rafols, con el beneplácito de los médicos, al enterarse de que los franceses estaban a 500 varas del recién instalado Hospital de Sangre, prohibió llevar a enterrar a los muertos del día, lo que se venía haciendo, e hizo que fueran depositados en la puerta del recinto, formando un túmulo, con los cadáveres que peor aspecto tuvieran en primera fila, para espantar a los enemigos y que no se atrevieran a entrar. Y tal hizo en aquella bendita institución con la inestimable ayuda de los facultativos, de los trabajadores y de las muchas mujeres que a diario hacían caridad en la casa. Fue contando los muertos y sumó 47, con lo cual tuvo esas camas libres y admitió a 47 apestados más, pero los hizo entrar por la puerta trasera. Y, a no ser porque la idea de la religiosa era asaz peligrosa, pues quizá los muertos de la calentura pútrida contagiaran incluso más que los vivos, los enterradores tal vez la hubieran seguido y no hubieran retirado los muertos que los vecinos sacaban a las puertas de sus domicilios con lo cual hubiera habido miles por las calles, tal podía afirmarse sin exagerar un ápice.

\* \* \*

Marica entró en su casa diciéndose que no había hecho nada por la guerra, que no había contribuido a la defensa de Zaragoza que, aunque le había salido cara porque le habían robado media mula, bueno, la mitad del valor de una mula, la mitad de la cosecha de fruta, más la que se llevó una inundación provocada, y la mitad de una despensa bien nutrida, quizá al ver a sus compañeras de la calle de las Doncellas tan patriotas le entró remordimiento de conciencia, máxime cuando llegó a la conclusión de que hasta se había lucrado con la presencia francesa. Y claro, mientras atendía a Matilda, le ayudaba y le hacía la cama, estuvo cavilando, diciéndose qué española era, qué mala española era, que, pese a que era mala española, ningún español le había echado en cara su falta de patriotismo o nulo amor al rey Fernando, y preguntándose si sería el momento de coger el fusil, buscar a sus compañeras y sumarse a ellas, que le dirían lo que debería hacer.

Así sus pensamientos, cuando Matilda tornó a la cama y se adormeció, le dejó en la mesita de noche una jarra con agua y unas nueces, le dio un beso en la frente y se

despidió de ella con lágrimas en los ojos hasta la Otra Vida quizá, hasta la mala vida que a ambas les esperaba en el Infierno. Tomó el arma y salió disparada por el mismo camino que habían tomado las ramera, pero hubo de cambiar de ruta porque le pareció oír cascos de caballos a su espalda y echó a correr. Para ella que incluso se perdió pues anduvo por muchas callejuelas, hasta que se encontró con una mujer que andaba pegada a una tapia muy alta y fue que le preguntó:

—¿Has visto a los escopeteros del señor Salamero? ¿Vas a Jerusalén?

Y ella le respondió no a lo primero y sí a lo segundo, más que nada por ir a alguna parte, y la siguió. Llegaron en lo recio de un combate, Marica distinguió a las meretrices que estaban dando vuelta a un puchero, se acercó, fue bien recibida y una de ellas le dijo al oído, pues no había manera de entenderse de otro modo por el estruendo:

—Aquella mujer, la que viste de militar, es Agustina de Aragón, la Artillera.

Y otra:

—No tengas miedo que estando ella aquí nada nos pasará.

Y Marica, tal vez aterrada por el ruido de las balas, no hizo comentarios, cuando bien les podía haber preguntado si lo decían porque era mujer valiente o por ser puta como ellas, pues que tenía oídas ambas cosas.

Así, en una puerta o en otra, en un recinto o en otro, se estaba repitiendo lo del primer sitio más o menos, porque nunca es todo igual, igual.

\* \* \*

La condesa de Bureta había permanecido en sus barricadas yendo de una a otra acaso durante 36 horas, sin hacer caso a las advertencias de sus hijos y criados que, como la querían, le aconsejaban descansar. Estaba la dama muy débil y muy pálida, tal observaba cuando se miraba en el espejo de su tocador cuando subía al piso superior para ir a la letrina y es que manchaba por sus partes de mujer. No mucho, pero lo suficiente para prever lo que podría sucederle: que abortara y, la verdad, se echaba a temblar al verse tendida en su cama, a su lado la matrona, mientras columnas de franceses ocupaban la plaza del Mercado y empezaban a ahorcar españoles usando el mismo cadalso que los españoles habían utilizado para matar a los franceses traidores, que habían sido unos cuantos. Empezando a colgar a los nombrados en unos papeles que, días antes, se habían encontrado en el morral de un correo enemigo, ella entre otros. Y lo que se decía que para que la sacaran de la cama de malos modos y siquiera le permitieran cambiarse de camisa para morir, no solo con el alma limpia, que eso es negocio particular, sino con la ropa limpia, que se quedaba en pie y los esperaba con el fusil a la mano y moría matando. Pues que, como mujer que era, le había dolido en extremo que los revolucionarios galos, los que condujeron a la guillotina a la reina María Antonieta, Dios se haya apiadado de su alma, no le hubieran concedido la última gracia que solicitó en su prisión y no le hubieran

proporcionado una camisa limpia, pues que no pidió su trono ni su corona, y estaba con la «enfermedad». Ciertamente que, pese a lo que los malvados carceleros creyeron, no hubo de ir a la muerte de tal guisa ni con la cabeza gacha por tener que sufrir la vergüenza de que la mostraran en público en tal situación, en virtud de que una de sus criadas le proporcionó una limpia. No obstante, de tanto en tanto, la dama consentía entrar en el zaguán y sentarse en un sillón que le habían dispuesto al pie del altarcillo de la Virgen del Pilar y junto a un brasero, pues hacía frío pelón. Para, entre rezo y rezo, rascarse los sabañones de las manos y dolerse de los que llevaba en los dedos de los pies dado que le picaban más con la calor.

A veces le llegaba un propio con billetes de don Pedro o de doña Josefa con recomendaciones, tales como «cuídate, cuídese, tápate bien, cúbrase con un buen abrigo, refúgiate en los caños, haga lo que yo, baje a los caños con sus hijos» o, en otro orden de cosas «esto se acaba, no ofrezca resistencia cuando entren los gabachos, retira de inmediato el retrato del rey don Fernando, habremos de acostumbrarnos a ser gobernados por los conquistadores, entierra los dineros, ponga a buen recaudo las joyas que tenga», etcétera. Y ella se preguntaba: qué dineros, qué joyas si pronto las habría de empeñar, qué abrigarse, ¿para qué, para no morir de pulmonía? y se respondía que mejor morir por la patria, claro que cuando pensaba en el porvenir de sus hijos le venía mayor desazón.

A veces llegaba un noticiero y se enteraba de que había caído tal fortificación, que se había reconquistado o se había perdido otra vez, que se luchaba en tal calle, que por la puerta Quemada o en el convento de las Mónicas se combatía a vida o muerte o que el barrio de San Pablo estaba siendo bombardeado o que, en el colmo del delirio, otro tanto sucedía con el templo del Pilar como si no fuera la casa de Nuestra Señora, como si fuera la morada de García o la de López o la de Rodríguez, que ya lo era pues estaba a rebosar de gentes y de camas, como ya se dijo, o la suya propia, y le venían las lágrimas a los ojos. Pero, cuando escuchó que en el edificio de la Audiencia la caída de una bomba había producido un pavoroso incendio, le advino un tembleque porque temió por la vida de don Pedro en razón de que era el regente de la institución. Y hubiera corrido hacia allí, pero sus criados con la mayordoma al frente y arrogándose de una autoridad que no tenían, se lo impidieron y le obligaron a beber un cocimiento de melisa y valeriana bien cargado, que le hizo bien. Pero lo que mejor le vino fue ver aparecer en el zaguán a su marido, con la cara chamuscada, la casaca quemada, los calzones rotos, el cabello lleno de negro polvo y una gran sonrisa en la boca, que le dio las manos delante de todos y, abandonando la sonrisa, le comentó que se habían perdido los archivos del antiguo reino de Aragón, los más preciosos documentos y los privilegios más importantes, lo que hacía posible la Historia del Reino, en fin y, oyéndolo, se apesaron todos a la par que se alegraban de que estuviera vivo y de que hubiera salvado, junto a otros oficiales de la casa, legajos y más legajos arrojándolos por las ventanas hasta que el fuego lo hizo imposible y hubieron de saltar ellos también, en buen momento pues era tan enorme el incendio

que del inmueble pronto solo quedaron cenizas.

\* \* \*

De la batalla de la calle del Pabostre y circundantes hubiera podido hablar Manuela Sancho. De que entrados los enemigos por una brecha del muro, quisieron hacerse fuertes por allá para asaltar por la espalda la batería que los españoles habían dispuesto en el convento de Santa Mónica y luego avanzar hasta la puerta Quemada para salir a la iglesia de San Miguel y al Coso, lo que supondría someter buena parte de la ciudad. De que los gabachos dominaban la calle y los pisos bajos de las casas, repitiendo aquella táctica de guerra que quizá inventara el cura don Santiago Sas, vaya su merced a saber. De que los españoles ocupaban los pisos altos y los tejados y que desde allí no paraban de disparar contra ellos, causándoles enormes bajas y que hasta se descolgaban mediante cuerdas a gran velocidad para caer delante de un pelotón de enemigos y acribillarlo. Del frío que les inutilizaba las manos, del miedo que les atenazaba los corazones; del cobarde que se daba media vuelta y se iba, de los valientes que le propinaban una paliza y lo dejaban baldado. Del oficial que daba un escarmiento y mandaba ahorcar al indisciplinado o al que no tapiaba puertas y ventanas con la debida diligencia. De que apenas tenían qué comer y el hambre azuzaba, de todo esto y más hubiera podido hablar Manuela Sancho. Pero tuvo mala suerte, pues le alcanzó una bala en el vientre cuando una partida de españoles, ella entre ellos, atacaba a bayoneta calada la zanja que estaban cavando los enemigos en la calle del Pabostre, y fue que cayó malherida. Y menos mal que, pese a que los patriotas fueron rechazados, dos soldados se arrojaron al suelo previendo la descarga y la rescataron arrastrándola de las manos, hasta torcer una esquina donde los auxiliaron los paisanos y, en viendo que Manuela alentaba, cuatro mujeres la pusieron sobre una manta y se la llevaron al hospital encontrándose al paso humo, casas ardiendo, ruina y carros transportando muertos a los camposantos.

\* \* \*

Los defensores del convento de las Hijas de Jerusalén se habían ocupado de tapiar las ventanas, hacer aspilleras y de acopiar arroz para convertirlo en una fortaleza. Al amparo de la noche, un piquete de soldados recibía orden de salir a espiar porque entre Santa Engracia y el monasterio había casas particulares y no veían las maniobras del enemigo. Regresaban diciendo lo mismo siempre, que los franceses se estaban fortificando y traían munición abandonada, sobre todo fusiles, de tal manera que llegaron a tener tres piezas por escopetero, y si en las correrías se topaban con un gabacho lo degollaban y amén, pero si se encontraban con un español le preguntaban el santo y seña y si lo respondía bien le dejaban ir, pero si lo ignoraba lo cogían

prisionero y lo presentaban al oficial de guardia que, tras interrogarlo, unas veces lo mandaba ahorcar y otras lo castigaba a pasar la carrera de baquetas. Y, como no había mucho que hacer en el recinto, salvo estar alerta y esperar el ataque, dejaban unos vigías y los soldados formaban dos filas y entre ellas pasaba el condenado al que, entre risas e insultos, apaleaban hasta dejarlo maltrecho para escarmiento de desertores, y luego le daban un trago de aguardiente y lo mandaban a una aspillera a vencer o morir.

Y fue que había pasado las baquetas un soldado del regimiento que fuere y, avergonzado y dolido pues el negocio no era para menos, había tornado a su puesto. Marica, que ya había aprendido, le había cargado tres fusiles y se los había dejado apoyados en la pared a su derecha, para que en caso preciso los cogiera, disparara y los tirara por la izquierda, mientras ella volvía a cebarlos en un afán de repetir la operación, cuando el tipo que iba lleno de morados la miró fijamente a los ojos, no malamente como los hombres miran a las rameras cuando no les quieren pagar y, sin embargo, desean ardientemente desfogarse, es decir, con lujuria airada, no, la miró con odio. Como si ella hubiera tenido algo que ver con el castigo que le habían infringido sus compañeros o quizá fue que era la que más cerca estaba de él en aquel instante, el caso es que a la moza le vino miedo y le sonrió, no porque tuviera gana sino porque en su oficio había tenido que sortear varias situaciones difíciles pese a su corta edad. Y, alejándose de él, se acercó al pozo a beber agua en buen momento porque, visto y no visto, el hombre empezó a disparar contra la gente que había en derredor y mató a tres personas, a dos putas y a un paisano, y aún arrojó su bayoneta dispuesto a terminar con una cuarta, con Marica quizá, pues que el arma se clavó en la hierba del patio a dos varas de ella, cierto que al segundo fue acribillado por los suyos.

Pero, aparte del susto, se armó jaleo. Que, unos dijeron que le había dado al soldado asesino un arrebató de locura en razón de que el asedio —el segundo ya en ocho meses— estaba enloqueciendo a todos y, otros, que el castigo había sido excesivo y hasta hubo alguno que murmuró que los tiempos de Numancia quedaban muy lejos. El comandante del puesto expresó que las órdenes eran las órdenes, la disciplina la disciplina y pidió se fuera el que no estuviera conforme, añadiendo que no saldría vivo de allí, y miró a la Artillera que asintió con la cabeza.

De los muertos no se dolió nadie porque las dos mujeres eran lo que eran y el paisano un vendedor sin escrúpulos que les cobraba a los soldados tres reales por un cigarro cucarachero y cuatro por una cajita de rapé. Llevaron a los muertos al fosal del derruido Hospital de Nuestra Señora de Gracia, que estaba lindero al convento, y allí los dejaron al lado de un montón de cadáveres, corriendo, además, no les fuera a contagiar la calentura el hedor que emanaban.

A Marica le palmearon la espalda las mujeres que allí había. La Artillera le preguntó si se había asustado y ella contestó que sí. Entonces le dijo:

—La guerra es así.



Y lo que enseguida se adujo la moza: que ya había estado en la guerra y había contribuido con su persona y bienes, y que se volvía a su casa porque, además, tenía a Matilda enferma, y fuese.

Hubo de dar un rodeo por el Coso en razón de que los franceses estaban levantando fortificaciones enfrente, en el convento de San Diego. Se detuvo en algunas hogueras para preguntar al personal cómo estaba la situación por la Magdalena y, oído que mal, se calentaba un poco las manos y continuaba a paso vivo, asqueada por los muertos que había en las puertas de las casas. Luego, como quizá le pesaba su cobardía, quiso entrar en la iglesia de Santa Fe, pero una gente que había en la puerta no la dejó, es más, le informó que todos los templos de la ciudad se iban a cerrar por orden del capitán general, para evitar que los vecinos los tomaran por morada y aún le informaron que había sido desalojado el Pilar. Cuando llegó a su casa, después de faltar dos días, se encontró a Matilda levantada con el plumero del polvo en la mano, alegre y hasta dicharachera, quizá porque ya se había recuperado y no necesitaba tantos cuidados.

La recién venida le contó que había estado en el convento de Jerusalén y conocido a la famosa Agustina de Aragón y que hasta le había hablado y fue a añadir que no le había parecido persona simpática, pero se quedó con la palabra en la boca pues Matilda la interrumpió y le pidió que se aviara mejor, dado que iban a ahorcar a alguien en la plaza del Mercado y quería asistir a la ejecución.

Salieron las dos y, en efecto, un enorme gentío abarrotaba el lugar. Fueron preguntando a los chiquillos qué sucedía, quién era el condenado, qué crimen había cometido, pues a las mujeres no se atrevieron en razón de que eran honradas y las miraban mal y hombres no había pues estaban en los fuertes o donde estuvieren. El caso es que Pablos, el chico de la señora Casta, les informó de todo, les dijo que el reo era un médico, un mal médico en virtud de que había abierto en canal varios cadáveres y les había sacado los cuajos para estudiarlos, según él, y encontrar remedio a la calentura pútrida, pero, según la vecindad que se arremolinaba ante su puerta, cuando él, Pablos Álvarez Álvarez para servir a Dios y a sus mercedes, llegó a la puerta del doctor, lo había hecho por hacer brujería pues que todas sus víctimas eran niños y lo que quería era sacarles las mantecas para hacer con ellas conjuros, hechizos y maleficios. Así que, muy arriscados los que allí alborotaban, le gritaron, le pidieron su título de licenciado en medicina, echaron abajo la puerta, lo sacaron de su casa de mala manera y, a empellones, lo llevaron a la plaza del Mercado y lo dejaron al pie del cadalso. Y allí estaban porfiando con los guardias de la puerta de Toledo, voceando que si no lo ahorcaba la autoridad, lo harían ellos.

—Vayan sus mercedes a ver.

—¡Qué chico más majo, qué bien cuenta las cosas, Marica, dale un real!

Las prostitutas presenciaron la muerte de un médico con la falta que hacían en la ciudad, y Pablos se ganó un real y más se hubiera llevado a no ser porque lo vio María Agustín y, sin decirle nada, lo apartó de las fulanas. Pues, al terminar la

ejecución y para que le dieran otro real, estaba dispuesto a contarles que en la arboleda de Macanaz, entre el Ebro y los parapetos españoles, había visto a unos chicos asando en una hoguerica carne, carne humana, y que le habían ofrecido comer aunque ellos se guardaban de probarla, maldad que había deducido por el olor que despedía el asado, el mismo que cuando se quemó el hospital. Y rico se hubiera hecho tal vez de haber seguido con ellas pues que, como rondaba tanto por la ciudad, les hubiera contado lo que sucedía en una vaquería de la subida de la Trinidad: que el vaquero y su mujer pinchaban a las vacas en el cuello y se bebían la sangre como si de vino se tratara, y ellas como ganaban mucho dinero, sabe Dios lo que le hubieran dado, pero fue mala suerte que apareciera María y lo viera, y tuviera que ir con ella no fuera a chivarse a su madre de que andaba con mujeres de mala vida que, aunque generosas, otra cosa no eran, a ver, con la pinta que llevaban.

Claro que María lo invitara a comer a su casa unas patatas asadas en el rescoldo del hogar le vino de perlas, pues comió caliente, por fin. Con gula además, cuatro patatas gordas bien aceitadas y con pan blanco en razón de que la joven tenía una hogaza. Se preguntó de dónde habría sacado aquellos alimentos de lujo pues que él, cuando conseguía algún dinero, iba por las plazas que habían sido mercado y no encontraba nada, salvo arroz, y a gusto hubiera comprado unas rosquillas o unas almendras o un pan, pero no había nada ni que se pagara a precio de oro, y se lo preguntó a la moza:

—María ¿dónde has comprado estas patatas?

—A un hombre que ofrecía por las casas, le compré un saco.

—¿Y el pan?

—Lo venden bajo mano en la plaza del Mercado... Ayer me permití un lujo...

—¿Te puedes permitir lujos?

—Alguno sí.

—¿Eres rica?

—¡Qué va, Pablos!

—¿Entonces?

—La señora condesa de Bureta me pagó muy bien por ayudarle con su vestido de bodas, aunque yo no di una puntada, pero es tan generosa y tan buena persona...

—¿Os dio dineros a todas las costureras?

—Supongo que sí.

—¿Mucho?

—Una buena cantidad...

—¿Cuánto?

—No te lo voy a decir, ¿a qué tanto interés?

—No, por nada, por si le dio a mi madre.

—Pregúntaselo a ella.

—Verás, es que llevo tres remiendos en el calzón, dos zurcidos en la camisa, la zamarra hecha un harapo, tomates en las medias y agujeros en las alpargatas.

—Vaya, pobrecico...

—Además, mi madre me tiró la guerrera que tenía, la de un francés, hubiera ido abrigado con ella, pero ya ves...

—Las madres son muy pesadas.

—Ya lo puedes decir.

—Sin embargo, cuando no las tienes las echas a faltar. Yo cada día me acuerdo de la mía, y eso que murió hace tiempo.

\* \* \*

Cuando la madre Rafols recibió en el Hospital de Sangre a Manuela Sancho malherida, apretó dos veces los dientes. Una, por la moza que había perdido mucha sangre y venía muy debilitada y, otra, porque acababan de sacar de la sala de operar al doctor Ferrer, el mejor cirujano de la ciudad, pues que, patriota donde los haya, se había metido a escopetero de San Pablo y seguido por donde quiera que fuese al cura Sas, asumiendo mil peligros y distinguiéndose a toda hora entre los valientes, pero, ay, que en la conquista o reconquista o pérdida del convento de Trinitarios, lo que hubiere sido pues las noticias eran harto confusas, en una acción de guerra en aquel lugar, le había estallado la escopeta y le había arrancado la mano derecha, desgracia que había dejado inútil a un valiosísimo médico cirujano.

Viene a cuento lo del doctor Ferrer porque hubiera operado a Manuela y porque para la religiosa era el que mejor manejaba la erina y las pinzas de diente de ratón, pero, a Dios sean dadas muchas gracias y a su Señora Madre del Pilar, el doctor Laplana, lo hizo igual o mejor. Tras santiguarse y desinfectar con agua alcanforada el vientre de la pobre Manuela, que se dormía, que a momentos se iba y había de palmearle las mejillas la madre Rafols, con presteza le metió en la boca un palo de madera para que no se tragara la lengua y, como estaba muy aturdida siquiera le dio aguardiente a beber y con resolución procedió a buscar la bala que se había quedado alojada en las entrañas de la moza. Introdujo una erina de dos ganchos y con ella separó la piel en el agujero que le había producido el proyectil y tras hurgar dio con el cuerpo metálico y ya metió la pinza consiguiendo, después de varios intentos, extraer el proyectil y lo mostró gozoso. La madre Rafols, que había estado suministrándole el instrumental, le sonrió ampliamente y le acercó la aguja y el hilo de sutura para que cosiera el desgarro.

Terminada la operación, el doctor pidió un aguamanil y se lavó las manos, para decir lo que siempre decía: que él lo había hecho bien y que lo demás le correspondía hacerlo al enfermo, con la ayuda del Señor. Luego, como siempre también, le ordenó a la religiosa que le solicitara al herbolario del hospital un apósito, una pomada, dicho más claro, a base de vino tinto batido con aceite y que se la aplicara a la enferma en cada cura, es decir, una vez al día y, mientras la vendaba le preguntaba si las vendas habían sido previamente hervidas y se quejaba de que tuvieran agujeros y preguntaba

a cuántos enfermos habrían servido, pues era renegón, pero la superiora lo hacía silenciar llevándose un dedo a la boca y él callaba, claro, en razón de que bastante, demasiado estaban haciendo en aquel hospital en el que no había nada, ni sábanas ni vendas ni desinfectantes ni comida ni escobas para barrer ni ataúdes para enterrar a los muertos ni capellanes que rezaran ni plañideras que lloraran por ellos. Ciertamente añadió que la moza, si no se presentaban complicaciones y era llevada a una sala limpia e instalada en una cama con sábanas limpias también, curaría pronto, pues tenía buena encarnadura.

Y hubiera seguido con lo de la limpieza y la higiene, pero otro herido le reclamaba ya.

## Capítulo 18

La gran batalla, la última batalla quizá, continuaba en la ciudad del Ebro cada día más llena de muertos. Los más, apestados, pues la calentura se cobraba más vidas que la guerra, aunque, aparte de los heridos, también abundaban los fallecidos por enfermedades comunes tales como la gripe o la pulmonía, como todos los inviernos.

La señora Casta, siempre con la bayoneta a la espalda, iba al Hospital de Sangre a lo que la madre Rafols tuviera a bien mandarle y, cuando no se congelaba el agua del pozo, lavaba sábanas o vendas o fregaba los suelos con vinagre o repartía el rancho entre los enfermos, y bien tenía observados los síntomas de la peste. Por eso a su hijo, amén de prohibirle que saliera de casa para evitarle el contagio, le hacía abrir la boca cada mañana por ver si tenía la lengua blanca, le ponía la mano en la frente por si tenía fiebre, le miraba el pecho por si veía manchas rojas y, satisfecha del reconocimiento, lo dejaba con sus libros de estudio y, todavía de noche salía a su trabajo arrebujada en su mantón de lana bajo la niebla, la helada o la ventisca, y hasta pisando nieve. Nieve que se teñía de sangre intramuros y extramuros, pues que era de españoles y de franceses.

El día de San Valero, las arremetidas enemigas continuaron por la calle del Pabostre, donde, los soldados, avanzando y retrocediendo, pisaron los restos de sangre que sobre la tierra pudiesen quedar de la pobre Manuela que, muy afiebrada permanecía en el hospital, eso sí ya bebiendo agua con azúcar a cucharadas. Atacaron los conventos de Santa Mónica y San Agustín donde su artillería había logrado abrir brechas, como dicho va, queriéndolos conquistar a toda costa, muriera quien muriera, muchos o pocos. Sin duda por orden del emperador Napoleón que, según corría por la ciudad, había abandonado España dejando para que cumplieran sus mandatos y conquistaran Zaragoza al precio que fuere, a sus leales mariscales Lannes y Junot, que, según dicho común en la ciudad, no eran otra cosa que sus obedientes y crueles perros.

En las Mónicas, los enemigos pusieron unos hornillos al pie del muro, los reventaron e irrumpieron en la capilla por detrás del altar mayor como una tromba para encontrarse con Villacampa y sus bravos oscenses que estaban refugiados allí tomando aliento pues que habían tenido que dejar la muralla a causa del terrible fuego que les habían hecho desde el molino de la Huerba. No obstante y despreciando la fatiga, aprestaron los fusiles, se los echaron a la cara y los tirotearon desde el coro y el púlpito, defendiendo el sagrado recinto como leones, con tanta furia que les obligaron a replegarse. Pero, al día siguiente, volvieron y fue al contrario y hubieron

de retirarse ellos, con Villacampa herido, eso los que lograron salvarse pues se derrumbó la casa conventual con un estruendo descomunal.

\* \* \*

Conocidos tales quebrantos, Palafox ordenaba tal cosa aquí y la contraria allá. Y parecía querer mover las compañías por la ciudad como si lo hiciera en un tablero de ajedrez, y no, que las tropas necesitaban tiempo para dejar un lugar, cargar con la impedimenta y presentarse en otro. A más, era preciso ver, ver con los ojos, pues las noticias llegaban confusas y desgraciadas y tan pronto se conocía que no había franceses por la puerta del Carmen en virtud de que el cura Sas azuzaba al enemigo desde el Portillo hasta Trinitarios, lo que era para alegrarse, o que Renovales, con el apoyo de los batallones acuartelados en el convento de Jerusalén, estaba intentando recuperar Santa Engracia, pero que iba a ser imposible pues que ya se luchaba con arma blanca o que se perdía San Agustín, lo que era para echarse a llorar, pues que los franceses pronto se presentarían en el Coso, como la vez anterior clamando venganza. Entonces montaba el general a caballo y revisaba tal fortín o tal otro, y era aplaudido por las gentes, pero algunas personas le recriminaban y le preguntaban cuándo llegaban los refuerzos o dónde paraban sus hermanos que los habían de traer de Cataluña. Y había de oírse que la Virgen del Pilar había abandonado a la población o qué, rediez, pasaba con la paga que había prometido a los defensores, pues que no se abonaba. O que si había entregado la plata de su casa y su reloj era porque tenía plata y reloj, o que si comía el mismo rancho de los soldados era porque era soldado, pero ellos no, los vecinos no, y no tenían una miserable ración que llevarse a boca, aunque muertos sí tenían y muchos. Que menos bandos y más hacer, que menos llamar gloriosa derrota a un fracaso y más victorias. O que menos honores y más dineros, que preferían dineros. O que nunca segundas partes fueron buenas. O que no les dijera si se tenían que poner la escarapela roja en el sombrero, porque eran libres y harían lo que estimaren conveniente. Que no los llamara «hijos» porque no los tenía, al menos que se supiera y, de consecuente, no podía saber lo que era ver llorar a un hijo hambriento o tenerlo muerto en las manos. Y algunas mujeres le gritaban que se dejara de llamarlas «amazonas» y les diera leche para sus hijos menores, pues a ellas se les había acabado la teta. Eso y más se oía el capitán general cuando recorría las calles, porque los vecinos tan pronto acudían a sus llamados, se presentaban en los fortines y actuaban como hombres valientes, como se escondían en los caños de las casas, otro tanto que las mujeres que las había valerosas ciento por ciento y otras que no se habían asomado a la ventana todavía.

En tal tesitura, o semejante, el capitán general de Aragón sorteaba las barricadas y se presentaba a veces en casa de su prima la condesa de Bureta. Se sentaba en un sillón frente a la chimenea y en vez de hablar de tal y cual, tras saludarla, desechaba una copa de vino o de aguardiente y se quedaba un ratico dormido. El mejor sueño

que se había echado en dos o tres días y, al despertar, pedía un aguamanil para lavarse los ojos y le preguntaba a doña Consolación por su salud:

—¿Cómo te encuentras, prima?

—Voy mejorando, Pepe, ya se va asentando el estómago.

—Yo cada día más cansado, deseando terminar... Lo único que me queda es mi espada, lo demás lo he dado todo...

—¿Entonces hemos de prepararnos para bien morir?

—Don Pedro, tu marido, dice que se puede conseguir una capitulación honrosa...

—No me mientes a don Pedro, por caridad. En contra de lo que él opina, creo que es mejor morir que vivir esclavos.

—Qué cambio se ha experimentado en la población, prima, del primer sitio al segundo, los zaragozanos no son los mismos...

—Aparte del agotamiento y de que todo se repite y se repite, los vecinos no han colaborado en la guerra del mismo modo, no se han implicado tanto, quizá porque ha habido más tropa regular, y luego la peste ha venido a colmar el vaso.

—Ea, me voy. Voy a reclutar gente, a esas gentes que tan pronto me consideran el causante de todas sus desdichas como me consideran un Santo y me piden que haga un milagro... Hoy, como todos los soldados han cobrado sus pagas atrasadas, quizá consiga alistar a unos cuantos...

—La Virgen del Pilar hará el milagro... Adiós, primo, cuídate por lo que más quieras.

—Perdona que me haya dormido en tu sillón, últimamente me duermo en cualquier sitio.

—Ve con Dios.

\* \* \*

Entrado febrero, cada vez quedaba en Zaragoza menos terreno que perder y pronto se habría perdido todo, tal sostenían los agoreros en una esquina o en una plaza o en una casa, incluso los que habían convertido la suya en un fortín, pues el hecho era que los franceses, haciendo zapas y minando, avanzaban, y no los detenía ni la peste, pues que se contagiaron del mal cuando respiraron el aire de la calle del Pabostre y aledañas. Además, cada vez había menos que comer ni que se quisieran pagar altos precios.

\* \* \*

Manuela Sancho que, aún con fiebre, mejoraba, le preguntaba a la madre Rafols si tenía informes de su casa, de si permanecía en pie o si habían entrado en ella los españoles y la habían fortificado o si la habían saqueado o derruido los franceses. La

religiosa le respondía que no había noticias sobre tal casa o tal otra ni sobre tal calle, que lo único que se sabía era que por allá se luchaba palmo a palmo con fusiles, sables y cuchillos, rompiendo las paredes medianiles de las casas y por los tejados desde donde los españoles lanzaban granadas a través de las chimeneas para que les explosionaran a los franceses y que estos se acercaban a una aspillera del piso bajo, por ejemplo, e introducían una granada que mataba a todos los que estaban dentro o un haz de leña embreado y prendido para que murieran abrasados, e ítem más por las vías subterráneas que estaban abriendo los gabachos, siempre ganando y perdiendo las mismas posiciones, pues que el barrio de la Magdalena era un volcán, y le pedía que rezara por todos, pues que, tendida en la cama, le sobraba tiempo.

La señora Casta la visitaba a diario cuando acababa sus faenas, y le contaba horrores. Lo que le había relatado Pablos la noche anterior a la hora de cenar, lo que a su vez le habían dicho los vecinos al muchacho cuando, haciendo un alto en sus estudios, abría la ventana y les preguntaba los sucesos del día, tal aseguraba el rapaz a su madre. Que había pequeños horrores, no porque no causaran desdichas, sino porque las causaban a uno o dos vecinos, y grandes horrores que alcanzaban a toda la comunidad, y detallaba que a la señora Tal, la de la calle Tal, que era vieja y llevaba tiempo durmiendo en los soportales de la plaza del Mercado, le habían robado la manta, por ejemplo, o que delante del altarcillo de la Virgen de la calle del Monte Sión, un grupo de mujeres se había liado a navajadas entre ellas por beberse las lágrimas que la Virgen derramaba y que había habido una muerta. Y, en cuanto a los horrores colectivos, le decía que se habían descubierto un montón de camas en un depósito militar, no supo decirle el lugar, y que el guardián, un mal hombre, había sido ahorcado en un árbol en razón de que no había camas para los enfermos, pues que muchos estaban en el suelo sobre colchones y lienzos y, sin embargo las tenía allí. Y entonces ambas hablaban de la maldad humana que más parecía no tener límite y se hacían cruces de para qué querría tanta cama aquel sujeto dado que no sería fácil venderlas, y ya Manuela, pese a que había oído tamaños espantos, agradecía la visita de la dueña y se quedaba sola hasta el día siguiente en una sala llena de mujeres dolientes y quejicosas, hasta que las monjas fueran a hacerle la siguiente cura.

\* \* \*

Al sentir que la epidemia se extendía, los gabachos decidieron terminar cuanto antes el sitio y la emprendieron contra el convento de las Hijas de Jerusalén. Tras volar las casas aledañas mediante minas y saquearlas, que también lo hacían muy bien, una vez desaparecida la polvareda, penetraron en el recinto unos batallones de polacos que fueron rechazados, pues ya se habían ocupado los resistentes de levantar parapetos en el interior.

De nada les consoló que en la acción hubiera muerto el general conde de Lacoste,



el ingeniero que discurriera la guerra subterránea, por el bando francés, a más de muchos soldados sin nombre, porque, por la parte española, habían fallecido el valiente Simonó y Carlos García, el bravo practicante de la calle del Limón o la que fuera, que no era momento de afinar con el callejero, el primero que se puso la escarapela roja en el gorro y el que detuvo al capitán general Guillelmi cuando la declaración de guerra a los franceses, y había sido herida Agustina de Aragón en el brazo izquierdo, de metralla.

\* \* \*

En los días siguientes, las protagonistas de esta historia vivieron con dolor cómo los franceses sin dejar de bombardear conquistaban la ciudad a ras de suelo, es decir, calle a calle, casa a casa, habitación por habitación, y bajo el subsuelo pues siguieron haciendo galerías y reventando edificios con sus minas hasta llegar al Coso. Cómo era destruida la puerta del Ángel y cómo el Santo Templo del Pilar, otra vez lleno de gente, era castigado sin misericordia por las bombas, tanto que se derrumbaron algunas bóvedas y sufrieron mucho las pinturas y los que estaban debajo de las pinturas que eran multitud, pues les cayeron cascotes a mansalva y hasta se hundió el suelo por algunos puntos, de tal manera que todo se llenó de polvo y hasta se apagaron las lámparas y menos mal que no se incendió aquello, que lo mismo hubiera sido; el único lugar que no sufrió fue la Santa Capilla donde las personas no dejaron de rezar letanías y de cantar el *Bendita y alabada sea la hora* mientras caía lo que caía, ay. Cómo cerraban la comunicación con el Rabal, después de tomar los conventos fortificados de Jesús y San Lázaro tras enconada lucha y de volverlos a perder porque aún faltaban unos días para que los ganaran del todo en razón de que seguía habiendo valientes a puñados, y sin que llegaran los anunciados refuerzos, o pretendidos refuerzos, vaya su merced a saber.

Y todo eso, a más de hambre, padecían las protagonistas de esta historia. Cierto que alguna de ellas sufría, además de la pena colectiva, su pena particular.

A ver, que Manuela Sancho no se había recuperado y le dolía mucho la cicatriz del vientre, pues le tiraba al levantarse, y se había quedado débil, muy débil. A ver que, aunque la herida del brazo de Agustina de Aragón había sido poca cosa, también le dolía y, para ella, que aún tendría dentro algún trozo de metralla y que alguien, el que fuera, le había contagiado la calentura, pues que aún no había llegado a su casa, tras la cura que le hicieron en el hospital, y le vinieron escalofríos y, a poco, fiebre y enseguida se le quedó la lengua blanca.

A ver, que la que más padeció en los asuntos privados fue María Lostal, pues agotó la despensa y el vino de sus toneles. De haber tenido un cántaro de aguardiente tal vez lo hubiera podido cambiar por otra cosa de comer, por unos panes, por un chorizo, pero ya la gente no quería dinero ni joyas, porque lo principal es comer. Y eso, que tuvo que darles a sus tres hijos unas tiras de cuero para que las chuparan y,

en viéndolos, se le venía el mundo abajo porque era madre, amén de esposa, de un dicho Diego Sola del que nada sabía desde que se fuera a la guerra. Claro que hubo de tomar una determinación, que se echó unos reales a la faltriquera, salió a pedir ayuda al vecindario y fue llamando a las aldabas de las puertas como si fuera una pordiosera, pues qué no hará una madre por sus hijos, rogando le dieran algún alimento para sus tres hijos y enseñando el dinero que llevaba. Y, unos, le dieron y no le quisieron el dinero y, otros, le dieron y le cobraron alto precio y, otros, no le dieron y la tacharon de irresponsable por no haberse ocupado de llenar la despensa y, sin embargo, haberse empleado en vender vino y más vino en un afán de acaparar dineros y dineros, como si fuera avara y no le dieron, pese a tener algo que dar y, otros, no le dieron porque no tenían qué darle y estaban incluso en peor situación que la suya. No obstante, cuando llegó a la casa de Agustina de Aragón y llamó ya llevaba dos chuscos de pan y cuatro huevos, y fue que la Artillera le dio y le pidió, no dineros, sino ayuda, pues que se sentía enferma, muy enferma. Y, tras cocer los huevos y dar de comer a sus hijos, volvió y la ayudó. Llegóse al Hospital de Sangre y pidió hablar con la madre Rafols y aún no había mentado su nombre que apareció, pues más parecía la portera que la superiora, y le recetó que le diera a beber agua con sal, ponerle paños mojados en la frente, hacerle lavados de agua fría por todo el cuerpo y le dio un frasco con un purgante, y le recomendó paciencia y rezos, no solo por Agustina sino por los 300 apestados que fallecían cada día y por el capitán general que también estaba contagiado, o tal se decía, mientras los franceses no paraban de arrojar bombas por doquiera.

Y fue que María Lostal se encontró con María Agustín y que ambas se fueron a atender a la Artillera que, postrada en la cama, tenía la bacina a la mano, el rostro rojo, los párpados hinchados, la lengua blanca, manchas encarnadas por el cuerpo todo, respiración agitada y mucha fiebre. Procedieron las dos con el vomitivo y le restregaron el cuerpo con paños mojados en agua helada, y María Agustín dijo que se quedaba con ella a cuidarla y la otra María fue y vino, trayendo noticias como que los franceses ya estaban en San Francisco y que por la otra parte, por la del río, bombardeaban sin cesar la casa del capitán general, tan enfermo como la Artillera o más, pues que le habían dado ya el Santo Viático, y decían de llamar al cura del santuario del Portillo para que se lo diera a Agustina también. Pese al peligro de contagio y a que la Lostal tenía hijos, las dos Marías cuidaron de la Artillera como si fueran sus hermanas.

\* \* \*

La condesa de Bureta, apercebida de que los franceses estaban en la Cruz del Coso o quién sabe si más cerca pues que habían dejado de tañer las campanas de la Torre Nueva, armó a sus criados y salió a la calle a defender sus barricadas muy encorajinada, en razón de que había discutido agriamente con su marido. A ver, que

don Pedro decía que la situación era insostenible y ella que era sostenible, que no era ni más ni menos que la de finales del primer asedio y que la Virgen del Pilar volvería a hacer un milagro y ganarían, entre otras razones porque los españoles luchaban contra la tiranía, contra la esclavitud y por la libertad. Y no valía que el hombre le explicara que los enemigos habían roto todas las defensas de la ciudad y las del Rabal lanzando bombas sin cuento, quemando y derruyendo casas con minas y que en unas horas se presentarían en el puente de Piedra; que Palafox, su querido primo, estaba enfermo y empeorando, o que era absurdo resistir pues no había alimentos y pronto no habría nada que perder, salvo la vida. Ni que le hablara de la criatura que llevaba en sus entrañas ni que le dijera que también era de él, que no le atendía pues, ante determinadas cuestiones, se mostraba porfiadora.

\* \* \*

La única de nuestras protagonistas que hizo algo señalado en aquellos días, fue Casta Álvarez que, por mandato de la madre Rafols, fue a recoger muertos a la Cruz del Coso y oyó a una mujer que gritaba desde la ruinas del convento de San Francisco, y se acercó por si podía echar una mano y si que pudo echar una mano y dos, y más que hubiera tenido. Puesta al corriente de las necesidades de la dueña se aprestó a colaborar, a liberar de los escombros la imagen del Santo Cristo en la Cama, perteneciente a la Hermandad de la Sangre de Cristo. Caminaron las dos entre la enruna y dieron con ella. Se santiguaron al verla tan llena de polvo, rajada, estropeada, en muy mal estado pues que le habían caído varios maderos encima casi sepultándola. La avisada dueña y su colaboradora se pusieron a retirar vigas y cascotes con peligro de sus vidas pues el techo de la iglesia amenazaba derrumbarse. Quisieron levantarla, pero no pudieron con el peso ni dejando al Cristo en el suelo, por eso salieron las dos a la calle, a vocear, y consiguieron la ayuda de unos hombres que, enterados del negocio, se prestaron a la faena. Y entre todos lograron sacar la cama de la capilla y en la calle colocaron el Cristo encima y la dueña dijo de llevarlo a Palafox para que le diera salud y a su casa se dirigieron como si fueran en procesión, pues Casta cogió una bandera que encontró en la capilla y fue abriendo camino. Se les sumaron muchas gentes con velas, pese a que los franceses les miraban desde los pisos que estaban saqueando pero fue que no intervinieron porque les importaba más el oro que lo que llevaren los españoles, que más parecía un muerto cualquiera, uno más. Y, llegada la comitiva a la casa de Palafox, este se levantó de la cama, honró la imagen y ordenó que la llevaran al Pilar para que estuvieran Madre e Hijos juntos. Ya en el templo consiguieron llegar a la Santa Capilla pidiendo paso y gritando y dejaron la cama al lado de la reja para que los fieles pudieran besar la mano del Santo Cristo.

A la señora Casta le extrañó que no saliera ningún canonje a organizar la operación. Lo comentó en voz alta y un viejo le respondió que estaban todos

enfermos.

Terminado el trabajo felizmente, la dueña se despidió de la buena mujer que había conseguido salvar aquella imagen tan querida para la población y tornó al hospital a contarle a la madre Rafols lo sucedido. Ciertamente que fue lamentándose de que tanto rato con aquella mujer, con la salvadora, no le había preguntado su nombre. La autora de esta novela informa que se llamaba María Blázquez.

\* \* \*

Bajo un diluvio de bombas, perdido el Rabal y con Palafox trasladado a una casa de la calle de Predicadores para alejarlo del cañoneo, pese a que estaba al borde de la muerte, se reunieron los mandos militares y civiles de la ciudad a gestionar la situación. Y sucedió que, cuando estaban tratando de los apuros que los zaragozanos estaban pasando, se presentó en el Portillo un oficial francés que, de inmediato, fue llevado ante las autoridades, y fue que les intimó a rendir la ciudad. Lo cierto es que lo echaron con cajas destempladas, algunos porque hubiera tenido la osadía de presentarse ante ellos con tal pretensión, otros porque, no queriendo ver la realidad, deseaban continuar con la defensa para morir como héroes, mientras otros decían de rendir la plaza pues la situación era insostenible. El caso es que no se avenían y que porfiaron un día entero más, pese a que los enemigos estaban bombardeando todavía más y estrechando más el cerco, saqueando lo que conquistaban y echando a las gentes de sus casas aunque estuvieran enfermas.

Así las cosas, tan mal las cosas, tan desastrosamente las cosas, el capitán general delegó su autoridad en una Junta, presidida por don Pedro María Ric, cuyos componentes decidieron enviar un parlamentario a los franceses pidiéndoles una tregua de 24 horas. Pero la respuesta fue —a la par que aumentaba el bombardeo— que ni 24 ni 3 horas, que si no se rendían en 2, tocaban a degüello y entraban. Hubiera parecido que los próceres no querían contestar al ultimátum de las 2 horas o que hubiera llegado el tiempo del milagro o que se iban a arreglar las cosas solas, pero no, es que fueron a consultar a Palafox, que se moría, como va dicho, y este aceptó capitular siempre y cuando la religión fuera consentida y el vecindario no fuera deshonrado, y ordenó que se alzara bandera blanca en la Torre Nueva.

El fuego cesó, aunque los habitantes continuaron oyéndolo en sus oídos durante muchas horas, incluso días.

A poco, se presentó un oficial francés en lo que quedaba de la puerta del Ángel y, a poco, llegaron los comisionados, cinco personas, el principal don Pedro María Ric y, andando, se dirigieron a la Casa Blanca del Canal.

Las gentes se juntaron en la muralla y los vieron pasar, todos con el rostro amargo, no obstante, plegándose a la voluntad de la Virgen del Pilar.

\* \* \*

En la noche del 20 de febrero de 1809, se firmó la capitulación. Por la parte francesa la rubricó Lannes, por la española, Ric y los otros individuos. Se estipuló la entrega de las armas y del dinero de las cajas militares, la ocupación de la ciudad, la jura de fidelidad de oficiales y soldados y de las administraciones civiles al rey José con la salvedad de que el que no lo hiciera sería hecho prisionero y enviado a la Francia y, en contrapartida, se acordó respetar la integridad y los bienes personales de los habitantes, e ítem más la religión y los ministros de la misma.

Los comisionados no se atrevieron a volver a la ciudad, para evitar las iras de la población se quedaron en el castillo de la Aljafería. Don Pedro María comentó con don Mariano Cerezo —que había defendido la fortaleza durante los dos Sitios como un león:

—¡Demasiado bien hemos salido!

Y ambos vieron abandonar su prisión al anciano general Guillelmi, al boticario Perales y a otras gentes que habían estado presas.

Instalado Ric en una habitación se contempló a sí mismo explicándole a su mujer que había suscrito una capitulación, no una rendición... Y diciéndole:

—En Zaragoza no cabe un muerto más...

Al día siguiente, la ciudad amaneció llena de patrullas de franceses. Algunos, ávidos de oro, se dedicaron a robar en las casas que estaban abiertas, pero llamados al orden por sus jefes dejaron el saqueo.

En la explanada de la Aljafería los gabachos alzaron tarimas y las adornaron con paramentos para recibir la rendición de las armas y levantaron un sitio con toldo especial para los mariscales.

Por la ciudad, en cuanto se conoció la noticia, anduvieron soldados de todos los cuerpos de ejército que habían defendido Zaragoza, con el rostro lleno de amargura, tras haber abandonado las trincheras y las casas que habían convertido en bastiones, camino del Portillo, portando sus armas, pero buena parte de la población civil no se atrevió a salir de los caños donde llevaban recogidos días y días en condiciones de miseria hasta que no clareara la situación.

Así las cosas, se apiñaron compañías y batallones españoles a la vera del santuario del Portillo y a las 12 en punto, al repique de un tambor, iniciaron la marcha para entregar las armas a poco más de cien varas de la tarima de los mariscales, yéndose a la izquierda los que no quisieron formar parte de los ejércitos de S. M. Católica José Napoleón I —en razón de que ya la habían jurado a su S. M. Católica Fernando VII y lo mantenían— para ser hechos prisioneros y enviados a la Francia, y los que juraron fidelidad a la derecha. Estos fueron dos docenas y los otros entre ocho mil y diez mil, y hubo quien aumentó la cifra.

Las duquesas de Montebello y Abrantes, esposas de los mariscales Lannes y

Junot, respectivamente, estuvieron en la entrega de armas, las dos sobrecogidas, pues que los soldados españoles más parecían esqueletos, espectros parecían, otro tanto que la escasa población civil allí presente, y eso, que no habían visto todo, que había mucha miseria que ver en Zaragoza.

Los vecinos que presenciaron la entrega de armas en el acceso al castillo de la Aljafería estuvieron con el rostro afligido y lloraron cuando los prisioneros formados en filas de a cuatro iniciaron camino hacia la Casa Blanca del Canal, para luego ser llevados a la Francia. A la par, las tropas enemigas entraron por la puerta del Ángel y ocuparon los puntos de interés de la ciudad.

Así las cosas, un batallón o compañía, lo que fuere, se encaminaba a la puerta Quemada y otra a la del Carmen u otro se distribuía por la plaza de La Seo, como los vencedores que eran, sin poder evitar los hombres estremecerse, pues que había cadáveres de personas y animales por las calles, desnudos y en avanzado estado de putrefacción pese a la helada o enseñando los huesos, y todo era polvo negro por el suelo. A más que, las calles estaban cortadas por las fortificaciones de unos y de otros, y la poca gente que había viva también parecía muerta. Se dijo que, al conocer la entrada de los franceses en Zaragoza, muchos de sus habitantes murieron del disgusto de haberse convertido en esclavos, lo que a nadie extrañó pues el desgraciado hecho vino a sumarse a la amargura que cada individuo llevara ya en su corazón.

El grueso del ejército francés permaneció acampado fuera de la urbe, por evitar la peste.

El mismo día, el mariscal Lannes constituyó una Junta de Gobierno para que, bajo control francés, rigiera los destinos de la ciudad y pusiera a sus gentes a trabajar para volver a la vida cotidiana, con la encomienda de hacer limpieza para erradicar la peste, el tifus, como los venidos llamaron a la enfermedad. Al frente de la Junta estuvo don Pedro María Ric.

De él se contó que, cuando llegó a casa del conde de Bureta a descansar un poco que fuere después de tantos y tan amargos trabajos, doña Consolación, su mujer, todavía no había retirado sus barricadas y que, enojada hasta la sinrazón, ciega ante la evidencia y dispuesta a que continuara la carnicería, le había espetado a la cara que jamás se rendiría y que mantendría en su salón el retrato del Fernando VII, pesare a quien pesare y trajera las consecuencias que trajere y, aún se añadió, que estuvo mucho tiempo sin hablarle pues que, pese a lo ocurrido, no se detuvo el comadreo.

\* \* \*

Nuestras protagonistas, unas mujeres reales y otras imaginarias, vivieron de muy diferente manera el hecho de la ocupación, aunque todas con mucha pena. No solo porque algunas de ellas, las que lo habían sido, dejaban de ser heroínas y volvían a ser sencillas mujeres del pueblo, sino porque hubieran preferido morir matando o sin

matar, pero morir para no ver lo que estaba sucediendo, quizá porque en el clima bélico y en las amarguras que habían vivido en los últimos meses no habían visto ya otro horizonte a sus vidas o porque llevaran la resistencia en la sangre, las que se habían planteado así el negocio, que otras no, pues que entre ellas había de todo.

A ver, que la condesa de Bureta dejó de hablar a su marido, pese a que él le razonó que es menester seguir las pautas que dicta el sentido común cuando las situaciones no tienen arreglo y que es necio darse de cabeza contra un muro; que los rectores de las naciones y comunidades, los que ejercen el arte de la política, tienen el sagrado deber de preservar la vida de la población, la vida, lo más propio que la persona tiene; de ver más allá que otros, de prever el futuro incluso, de precaver riesgos, daños y peligros, de pactar para evitar guerras, de capitular para impedir carnicerías; de aceptar lo que viene pues que la Historia está en continuo movimiento. Todo ello con el menor costo posible. Y, en otro orden de cosas, le explicó que habían cambiado un rey por otro rey, que a rey muerto, rey puesto, que, aunque don Fernando no estaba muerto, era como si lo estuviere, que don José Napoleón había sido un gran rey en Nápoles y lo sería en las Españas pues, según tenía oído, era hombre voluntarioso y de buen talante, que, además, había otorgado una Constitución, el llamado Estatuto de Bayona, por el cual todos los españoles se habían convertido en ciudadanos libres e iguales ante la ley, lo que era un logro extraordinario que llevaba implícito la abolición de la servidumbre; que ella, doña Consolación, la ciega, era una ciudadana más, eso sí, sin dejar de ser noble, y los siervos de sus tierras también, lo que era bueno para el progreso, e ítem más, que había extinguido la antigualla de la Inquisición y terminó diciendo que había firmado la capitulación por orden de Palafox y porque en Zaragoza no cabía un muerto más.

La condesa le respondió con lo que se acaba de decir arriba y dejó de hablarle.

María Agustín que se había trasladado a casa de la Artillera para atenderla en su enfermedad pues que estaba contagiada de la calentura pútrida y muy mala, como iba de la silla a la ventana por mover las piernas y ventilar a menudo, se apercibió al momento de que había cesado el bombardeo. Al principio, creyó que los enemigos se tomaban un descanso, pero, al ver que continuaba, abrió la ventana y preguntó qué sucedía a la mucha gente que se dirigía a la puerta del Portillo. No todos le respondieron, no, que iban alocados; le respondió una mujer:

—¡Zaragoza se rinde, hija!

—¿Dice su merced que Zaragoza no se rinde?

—¡No, al revés, que se rinde...!

La moza un tanto confusa se acercó a la cama de Agustina, le cambió el paño de la frente, le dio a beber agua con sal y, como la viera abrir los ojos, le comentó:

—Agustina, me acaban de decir que Zaragoza se ha rendido...

—Imposible, María, Zaragoza no se rinde jamás...

—Lo acabo de oír, el cañoneo ha cesado hace rato...

—Ve a ver, María —rogó Agustina con poca voz, la que tenía, pues se iba de este

mundo.

Fue la joven hacia el Portillo y, al final de la calle, se encontró con María Lostal y sus tres hijos, que conocedora de la noticia, iba a lo mismo a enterarse de los últimos sucesos y, al contrario que la inmensa mayoría del personal, con la cara alegre pensando que, por fin, iba a terminar la pesadilla y que sus hijos podrían comer. Y sí, sí, allí el comandante del puesto informaba carihoyoso, pues era un gran patriota, que Zaragoza por orden de Palafox iba a capitular y que los comisionados por la ciudad ya estaban camino de la Casa Blanca y que, aunque no había terminado todo, estaba a punto de acabar. Y ni los que todavía estaban por morir por el rey Fernando, la patria y la religión ni los que se sintieron más que aliviados de que concluyera la tragedia, dijeron palabra, se retiraron los hombres con la cabeza gacha, las mujeres llorando a mares, las que eran madres esperanzadas, pese a que lo que viniera fuera peor todavía.

La señora Casta y su chico contemplaron desde la torre de la puerta de Sancho el paso de la comitiva del sometimiento. Así denominó la buena mujer a aquella diputación y como alguien añadió la palabra «esclavitud», quedó la frase en «comitiva del sometimiento y de la esclavitud», pues que allí eran todos patriotas, excelentes patriotas, e insultaron a los componentes y aún los hubieran acribillado a balazos, pero el comandante de la puerta lo impidió en razón de que había sido alzada bandera blanca en la Torre Nueva y, a despecho, había de cumplir con su deber que no era otra cosa que obedecer el alto el fuego, y hasta hubo de retirar él mismo las armas a los paisanos para evitar una sublevación. A Casta la bayoneta le quitó y le ordenó se retirara a su casa de malas maneras en razón de que era la que más bulla armaba y la que llamaba otra vez a la insurrección, a repetir el 24 de mayo y a declarar la guerra al francés. Y, tan enfuriada estaba la mujer que el oficial, temiendo se sumara otra gente a sus proposiciones, la mandó prender y la despachó a su casa custodiada por dos soldados. Pablos fue detrás.

La madre Rafols se enteró de la noticia en una de las salas de los apestados y dejó de rezar por María, por Isabel, por Joaquina, por Mateo, por García, por Rodríguez y por los muchos que, hacinados, espalda con espalda y medio desnudos, habían muerto o estaban a punto de morir en aquel aire putrefacto. Y, aunque patriota era y de no haber tenido el hospital desbordado, tal vez hubiera cogido la escopeta como habían hecho otros religiosos en la ciudad, respiró, no más fuerte no se fuera a contagiar, sino que dio por buena la resolución de Palafox y de los señores de la Junta, pues que llevaba tiempo pensando que debía de terminar el horror del modo que fuere, y así lo expresó a sus monjas, a las cuatro que quedaban vivas de las diez que se trajo de Barcelona, Dios las haya acogido en su seno.

Claro que ya en otra sala, en la de los heridos de bala, hubo de porfiar con Manuela Sancho que, todavía convaleciente, se enojó sobremanera cuando conoció el hecho y, pidiendo un fusil y munición, se levantó de la cama rápidamente, como le reclamaba su alma inmortal y luchadora, con tanto brío, ay, que su cuerpo mortal no



le respondió y dio unos pasos, dos, acaso tres, y cayó al suelo desmayada a causa del dolor que el brusco movimiento le produjo en el vientre. Las religiosas la tendieron en la cama y la cuidaron, pues que era ella y era como era. Cuando se despertó, le dieron a beber un caldo de presa, como hacía meses que no se comía otro en la santa casa y Rafols en persona le reveló que había podido hacer caldo porque el mariscal Lannes, el francés, le había mandado dos jaulas de gallinas. A lo que la moza le respondió:

—Calle, madre, calle, que estoy enfadada hasta con la Virgen del Pilar.

La noche en que se firmó la capitulación, Matilda y Marica tuvieron cola ante su puerta pues muchos soldados temiéndose lo peor quisieron irse de este mundo con la bragueta descargada y, al efecto, pasaron por las casas de lenocinio de la calle de las Doncellas y luego se confesaron con los muchos curas que se habían distribuido por plazas y calles, y ellas hicieron muy buena caja. Al día siguiente, ocupada la ciudad, cambiaron la nacionalidad de la clientela y siguieron con lo suyo, acopiando dineros y más dineros y atendiendo a su público de día y de noche. Y si echaban la tranca era porque les iban a destrozar las entrañas, lujo que no se podían permitir en razón de que vivían de ellas, y si la levantaban era para comprar a los vendedores ambulantes que voceaban sus productos en la calle, para comprar pan o leche o carne y comer fresco por fin, dado que los mercaderes de los pueblos entraron detrás de los franceses.

\* \* \*

María Lostal se aflojó la faltriquera y compró pan, carne, garbanzos y hasta una maza de pernil, puso el puchero al fuego y sus hijos se dieron un atracón. Ella contenta porque, aunque pagó los alimentos a precio de oro, por fin en casa de Diego Sola se pudo comer, y se mostró radiante llenando y llenando los platos de su descendencia, el del pequeño también pues, como se le fue la teta por lo poco que había comido durante el segundo sitio prefirió dar a los suyos lo que tenía, y el crío no hacía ascos a la comida de los adultos, al revés. Y ella también se llenó a placer el plato, a ver. Y, al postre, pues que había comprado naranjas, se decía que lo único que faltaba en su casa para que reinara la felicidad era su marido y anunció a sus hijos que pronto llegaría. Ella lo esperó anhelante, mirando por la ventana, abandonando la tina de fregar los vajillos y asomándose, dejando los remiendos pues les estaba apañando la culera de los calzones a los dos mayores y acercándose a ver si llegaba. Cierto que, de tanto en tanto, le venía a las mientes la estampa de su hermana Isabel y se preguntaba qué habría sido de ella después de tanta lucha que había habido en el Rabal, y entonces, para quitarse malas imágenes de la mente o para esperar a Diego más distraída, sacaba la baraja y proponía a sus hijos jugar a las siete y media y pasaban un buen rato, o terminaba el juego y rezaban juntos un avemaría por la pronta llegada del cabeza de familia.

Diego se presentó a media noche y llamó a la aldaba. Iba vestido de militar con la guerrera hecha jirones y con el rostro desencajado, como si estuviera huyendo. María le ofreció puchero, pero no quería otra cosa que cama, no para descansar, sino para yacer con su mujer, y eso hicieron.

Después el hombre comió con hambre de siete días, sin vino, eso sí, y eso que en los bajos de su casa tenía una vinatería, pero no se quejó, bebió agua, él que siempre decía que si el agua estropeaba los campos, qué no haría en los estómagos, y ya empezó a contar a su mujer lo que había hecho desde que volviera a alistarse y donde más se extendió fue en la batalla del convento de San Lázaro, del que fue uno de los defensores. Le dijo que fue el último combate que se sostuvo en el Rabal, donde no se había dejado de guerrear desde que empezó el segundo Sitio. Que fue uno de los tres hombres que se atrevieron a cruzar el puente de Piedra para llevar o traer noticias, que tuvo suerte pues que sus otros compañeros cayeron reventados sobre las losas dado que llovía metralla, que, cuando ya no fue posible volver a pasar, se dispuso, con los miles de soldados que allí había, a cerrar el avance francés y que fue destinado a San Lázaro, el último baluarte que, junto con el convento de Altabás, impedía el paso de los enemigos a Zaragoza. Que los demonios empezaron a tomar las casas aledañas al cenobio, minándolas, hasta que lograron hacer una brecha y penetrar por ella, que los españoles, él entre otros, les hicieron frente con bravura, con el mayor heroísmo hasta que se les terminaron las municiones, que entonces hubieron de huir, pues que no iban a dejarse matar en razón de que una cosa es morir matando y otra morir por morir, y salieron afuera. Para encontrarse con la batalla perdida en virtud de que también se habían posesionado de Altabás y con la caballería francesa que los hizo prisioneros.

Después de las glorias, Diego pasó a relatar las miserias:

—Acaso a 2.000 soldados españoles. A mí entre ellos.

—¿Y qué hiciste?

—Lo mismo que todos: aguantarme, tragarme la ira y acordarme de vosotros.

—Nosotros no te olvidamos un solo día y hemos rezado por ti, porque volvieras vivo. ¿Oye, viste a mi hermana?

—No, no la vi ni cuando se podía andar por allí.

—¿Y su casa, viste su casa después del destrozo?

—No.

—¡Oh, Dios mío!

—Muchas gentes corrieron ribera arriba y abajo para salvarse, quizá haya huido.

—Ella nunca se echaría a correr, nunca abandonaría a Pepe.

—Cuando se ve cerca la muerte se hacen muchas cosas, las más de las veces malas, si yo te contara...

—¿No has dicho que estaba todo destrozado por allá?

—Sí, quizá haya muerto sepultada entre las ruinas.

—Oye, Diego, vamos, acompáñame.

—No.

—¿Por qué?

—No puedo. Soy un prófugo, no he jurado al rey José Napoleón ni lo voy a hacer. He venido a veros, a estar un par de días con vosotros y luego me iré a seguir la lucha... Conseguí escaparme... Como éramos muchos los prisioneros, me escapé con otros de noche, crucé nadando el Ebro... Nos llevaron por la ribera hacia el Gállego y algunos nos echamos a correr, éramos tantos que no nos podían vigilar y tampoco nos echaron a faltar...

—¿Cómo si no sabes nadar?

—La Virgen del Pilar me enseñó.

—¿Adónde te vas a ir?

—Hacia Valencia.

—¿Y nosotros, qué?

—Vosotros continuaréis aquí esperando mi vuelta. Te dejaré los toneles llenos de vino, lo venderás a los franceses y nuestros hijos se alimentarán de ese dinero.

—¿No te has cansado de hacer de héroe?

—Te juro que estaré entre los que liberen Zaragoza. Tú y los chicos estaréis orgullosos de mí... Me voy a dormir, que estoy reventado.

María se rindió ante el empecinamiento de su marido y no le dijo palabra de que había salvado los cálices del convento del Carmen, quizá por no quitarle protagonismo porque tal hacen las mujeres, a menudo.

\* \* \*

El boticario Perales, al ser liberado de su prisión, salió de prisa del castillo de la Aljafería hacia su farmacia, seguido de sus dos amigos también encarcelados, para encontrarse, ay, con un cadáver en la puerta: el de su señora madre que, según le contaron los vecinos que circulaban por allá, cuando les preguntó pues que *motu proprio* no le hubieran dicho palabra en razón de que lo tenían por afrancesado, había fallecido del disgusto que le había producido el hecho de la rendición, como muchos otros vecinos de Zaragoza y, al demandar a los mismos cómo estaba el cadáver en la puerta, le informaron que su madre había contratado una criada para que la atendiera durante su ausencia, y ya no le hablaron más ni le compraron ningún medicamento durante la ocupación francesa, así actuó contra él el vecindario, como si se hubiera puesto de acuerdo.

No obstante, Perales, pese a las trifulcas que había mantenido con su progenitora, actuó mejor de lo que ella hubiera esperado y, ayudado por sus amigos, la llevó a enterrar al fosol de San Gil y, pese a la repugnancia que le producía, presencié los responsos del señor cura y aún le dio buen dinero para sus obras de caridad y de flores hubiera llenado la fosa común en la que la buena mujer fue enterrada, pero no las había en la ciudad en razón de que solo había muerte. Y es que le vino un no sé

qué, tal se decía, una amargura quizá, que le impidió iniciar la constitución de la primera logia masónica de Zaragoza y hasta buscar el escondite de las trece onzas de oro de su madre, de cuya existencia estaba muy bien enterado. El caso es que despidió a sus compinches, se tendió en la cama y, de tanto en tanto, se secaba una lágrima y hasta dos, pues que le venían a los ojos sin pedirle permiso.

## Capítulo 19

Tres días después de la capitulación, como del dicho al hecho hay un trecho y lo firmado tampoco vale después de firmar, los franceses que habían tomado los cuarteles, empezado a derruir los bastiones y recogido la artillería española y cualesquiera otras armas, habían impuesto a los zaragozanos una enorme contribución de guerra, nada menos que la cifra de 800.000 pesos fuertes, que nunca podrían pagar ni que trabajaran mil años en razón de que hasta los que habían sido ricos se habían convertido en pobres. Entre otras razones porque sobrevivían entre las ruinas; estaban los edificios y templos desechos, las casas a medio caer y los habitantes con pena en el corazón porque habían perdido a sus deudos, amén de malcomidos, desnutridos, desnudos y con amargor en la boca por el hecho de la rendición.

Aquello no era vivir, era habitar en la casa de la Muerte. Y eso, para pensar en pagar cuando tampoco habían podido sembrar los trigos. Y es que empezaban a manejarse cifras y se decía que había 13.000 enfermos en sus casas y hospitales y 6.000 cadáveres apilados detrás del Pilar esperando que se improvisara un cementerio por el Rabal quizá, pues que era un foco de contagio y de inmundo hedor, y que habían muerto 25.000 personas, a las que sería menester sumar las que todavía iban a morir.

Además que los enemigos patrullaban por Zaragoza como si fueran los amos del lugar, saqueando cuanto podían, insultando a honrados padres de familia o a viudas desconsoladas y llamando puta a cualquier mujer menor de veinticinco años y lo que peor es queriendo tocarlas o meterlas a la fuerza en un portal y violarlas, como de hecho sucedió abundantemente.

Con todo eso y más, no se cumplía lo estipulado en la capitulación, por así llamarla, en lo relativo a que no habría violencia contra las personas y hubo tres casos muy sonados que causaron gran consternación entre la vecindad. A ver, que estaba el padre Basilio Boggiero, rodeando al capitán general con otros prohombres, bien vigilados por una guardia de franceses, unos rezando, otros pidiendo los Santos Óleos para Palafox, cuando irrumpió una tropa armada en la habitación del moribundo y prendió al escolapio que no opuso resistencia. Lo llevaron a empellones. Y con él fueron en busca de don Santiago Sas, cura de San Pablo y capitán del regimiento de escopeteros de la dicha iglesia, que había defendido con denuedo lo indefendible, y a ambos los condujeron codazo va, patada va, por golpearles, hacia la puerta del Ángel y en el puente de Piedra en una de las primeras arcadas, los asesinaron a bayonetazos y, por si fuera poco, arrojaron sus cuerpos al agua y allí estuvieron flotando

abundante rato en razón de que nadie se atrevía a acercarse hasta que un mando francés hizo que los sacaran del río porque muy pronto los señores mariscales iban a tomar posesión de la ciudad y llevaba la manda de retirar cadáveres.

Este episodio de la vil muerte de los dos religiosos, que ofendió a los franceses de bien y a todos los españoles, no lo presencié ninguna de nuestras protagonistas, pero se enteraron todas, excepto las rameras que ni que estuvieran cerca o lejos se percataban de nada, amén de que fue hartó sentido y comentado durante mucho tiempo, pero el tercero sí fue visto. A ver, que lo sufrió en sus carnes Agustina de Aragón, y fue que se hallaba con ella María Agustín cuidándola, como sabido es, o si el Señor no hacía un milagro acompañándola en sus últimos momentos, pues que ya había recibido la Extremaunción, esperando para cerrarle los ojos, pues que la pobre se hallaba en la fase álgida de la lengua blanca, de los escalofríos, la fiebre, el dolor de cabeza y las rojeces en la piel, y entrando en la de los delirios en virtud de que perdía la noción de dónde se encontraba y de quién era y no respondía dado que solo mantenía la consciencia a ratos, ni que María le contara que disparó un cañón y luego muchos otros contra los enemigos de la patria, Dios le ampare.

En esta situación tan desesperada para la Artillera, sucedió que llamó a su puerta una patrulla francesa y preguntó por ella y que María dijo que estaba enferma y no les podía atender, pero, como hablaban en francés, no la entendieron o si la comprendieron les dio una higa, pues llevaban una misión que cumplir e hicieron a un lado a la moza de mala manera, porque todo lo hacían de malos modos, y subieron al piso y revisaron las habitaciones hasta dar con Agustina que, lo que son las cosas, dos horas inconsciente, se despertó y hasta se incorporó en la cama, quizá molesta por la irrupción de gente extraña. Y fue que le permitieron vestirse con su uniforme —en cuyos bolsillos María le metió una bolsa con los dineros de su soldada—, extendieron una manta que llevaban y, sin preguntarle, la alzaron, la colocaron en ella y se la llevaron, y de nada valió que María suplicara ni que inquiriera a dónde la trasladaban ni que se pusiera brava ni que pretendiera impedirles el paso, que le dieron un guantazo que la estamparon contra el suelo con tan mala fortuna, que le rompieron varias costillas.

A Agustina la montaron en un carro y se la llevaron al convento de San Agustín, donde, entre las ruinas, reunían a los moribundos para transportarlos luego al campamento francés de la Casa Blanca. María permaneció en el suelo, dolida, muy dolida, a más de triste y menos mal que los enemigos habían dejado la puerta abierta y que pudo pedir socorro.

Cuando los vecinos de la calle del Portillo conocieron lo sucedido dijeron de ir a contárselo a don Pedro María Ric, pero hubieron de desistir porque en la ciudad habían impuesto el toque de queda y estaba a punto de entrar en vigor. A María varias vecinas le vendaron con trozos de sábana fuertemente el costillar y la atendieron.

Pero aún no habían terminado las desgracias en la calle del Portillo, pues, de noche ya, sucedió otra. A ver, que Diego Sola llevaba dos días en su casa sin

acercarse a las ventanas, sin bajar a la tienda, comiendo por lo que no había comido en los dos meses del último asedio, yaciendo con su mujer, enseñando a jugar al guiñote a su hijo mayor, descansando en fin. Ciertamente buscando el momento oportuno para salir, presentarse en casa de su proveedor de vinos y licores, comprarle y ajustar con él que le llevara la mercancía a su mujer, y ya irse a la guerra. Y fue que, aprovechando que su esposa estaba ayudando a la desdichada María Agustín con otras comadres, pues que la habían lastimado los franceses, y que sus hijos dormían ya, se mudó de ropa, sacó la bolsa que tenía escondida debajo de la baldosa, se la ató a la cintura, cogió un talego, echó un pan, medio queso y un par de mudas, se embozó en la capa y se lanzó a la oscuridad, sin despedirse de nadie, sintiéndolo en lo más hondo de su corazón, pero dispuesto a llegar a Valencia para incorporarse a los ejércitos españoles. Y fue andando pegado a las casas, en lo más negro de una noche sin luna, abriendo mucho los ojos para no tropezar, para no caer en una zanja o en una sima que hubiera producido una bomba, cuando sintió una navaja en la espalda, tal le pareció, pero no, que era un sable. Un sable francés con su correspondiente soldado y fue que al momento se encontró rodeado de una patrulla surgida de la nada, que lo aprisionó lo llevó a un solar en ruinas, si él vivía en el número 112 de la calle del Portillo al 56 o así y, tras arrebatárle la bolsa y sin mediar palabra, lo fusilaron a la par que a otros cuatro o cinco. Lo único que le dio tiempo de hacer a Diego Sola fue santiguarse, Dios se apiade de su alma.

\* \* \*

La calle de las Doncellas, la de los burdeles, fue la más transitada en Zaragoza. Se llenó de soldados franceses deseosos de desabrocharse la bragueta y con dinero fresco en la bolsa, razón por la cual las meretrices no les hicieron ascos ni que las contagiaran del mal francés. Aquella nada de hombres se convirtió en una mina de oro para Matilda y Manca y enseguida llenaron una ollica que habían escondido en un hueco dentro de la chimenea, y todo era dar vino e irse a la cama con los soldados del 2.º regimiento del Vístula o del 13.º de coraceros, o de la batería 28, los que habían conquistado el Rabal; o con los minadores que habían hecho saltar en pedazos el edificio de la universidad o con los veteranos de Austerlitz, que se presentaban a cualquier hora del día o de la noche a disfrutar de un merecido permiso. Y fue que venían muy jaraneros, ajustaban una cantidad y se iban satisfechos, algunos prometiendo volver o encomiando la belleza de Marica o la pericia de Matilda en el lecho, pero ocurrió que, conforme se sucedían los días de ocupación, se fueron tornando violentos y empezaron a tratarlas como a españolas, como lo que eran, en efecto, como hacían con los españoles en la calle, como si ellas hubieran tenido la culpa de la resistencia de los zaragozanos. Y llegó un momento en el que los franceses, ebrios de vino y de victoria, las insultaron en francés y en castellano, y las golpearon y otro momento en el que ya no les cupieron cardenales en el cuerpo, lo

que les afeaba, a más que no les querían pagar como si las consideraran sus esclavas, en fin.

El caso es que aquello no era plan, que lo que sucedía a lo largo y ancho de la calle de las Doncellas, y aledañas, no era de recibo, más tratándose de una clientela en cuya nación habían sido proclamados los derechos del hombre, que algo tendrían que ver con las mujeres también; por eso se reunieron las madamas. Y, tras enseñarse los morados unas a otras, convinieron en que no había en toda la ciudad a quién quejarse y que, en consecuencia, era vano lamentarse y, después de mucha discusión, no decidieron nada pues que, unas, decían de buscarse chulos para que las protegieran y, otras, de tratar a los soldados como si ellas fueran madres y ellos niños, y claro ante dos posturas tan encontradas nada resolvieron.

Así las cosas, hasta con las meretrices maltratadas, las gentes comenzaron a solicitar pasaportes para trasladarse a otros lugares donde no hubiera franceses o donde los hubiera en menor cantidad y por respirar aires puros que los alejaran de la pestilencia.

\* \* \*

Los mariscales vencedores de Zaragoza entraron triunfantes el 24 de febrero de 1809. Lannes, duque de Montebello y Mortier, duque de Treviso, lo hicieron con la cabeza alta, erguidos en soberbios caballos, con sus esposas detrás en carroza, y seguidos de generales y oficiales, amén de batallones de coraceros, dragones, húsares, granaderos, lanceros, zapadores, minadores, pontoneros, etcétera, todos alta la mirada y detrás de las enseñas imperiales.

Bajó la comitiva en formación de la Casa Blanca del Canal, atravesó la puerta del Carmen, por el Azoque llegó al Pilar y en la puerta los señores fueron recibidos por el cabildo y por miembros de la Junta, e instalados en sillones situados frente al altar mayor, recibieron el juramento de fidelidad que las autoridades prestaron al rey José Napoleón y oyeron un sermón de labios del obispo de Huesca, que sustituía al arzobispo de Zaragoza, ausente por enfermedad, como primera autoridad religiosa del reino de Aragón, en el que mencionó todas las desgracias padecidas en la ciudad y habló de la muerte, del morbo pútrido, del hambre, de las ruinas, etcétera, y no echó la culpa ni a unos ni a otros, cierto que pidió la divina misericordia para los fallecidos de ambas naciones y, después, entonó un *Te Deum* de acción de gracias, según los franceses, para dar gracias de su victoria y, según los españoles allí presentes, porque hubiera terminado el segundo y último sitio de la ciudad.

Luego los mariscales, sus esposas y los principales generales recorrieron el templo con los clérigos y los de la Junta, visitando la Santa Capilla y las sacristías, admirándose de las pinturas de las bóvedas, y eso que estaban llenas de polvo y algunas destrozadas, sobre todo las de don Francisco de Goya, que las duquesas elogiaron ante don Pedro María Ric que las atendía con ceremonia, como si fuera el



anfitrión.

Y fue que las duquesas que eran curiosas por su natural, preguntaron a don Pedro por doña Consolación, su esposa, deseando saber dónde estaba y por qué no había venido. El hombre se apresuró a responder que estaba embarazada y se encontraba indispuesta y, vaya, que las damas torcieron el gesto pues que les hubiera gustado platicar con aquella aguerrida mujer que había dirigido un ejército de amazonas, pues tal creían, y añadieron que también querían conocer a Agustina de Aragón, la artillera del Portillo, y a una dicha Manuela Sancho, la fusilera de la calle del Pabostre, y sobre todo a la mujer de la bayoneta, tal vez llamada Casta Álvarez, pues que habría de ser curioso su aspecto, ah, y a una monja a la que el mariscal Lannes enviaba cada día dos jaulas de gallinas para que hiciera caldo para los enfermos de un hospital, y a una tal María Agustín que se había quedado manca...

Ric, abrumado de que aquellas damas supieran tantas cosas de las valientes mujeres aragonesas, como no paraban de interrogarle, se tomó la licencia de preguntarles a ellas por qué no había asistido al *Te Deum* el mariscal Suchet, pues que había quedado vacío su sillón, y ellas le contestaron que no pisaba un templo cristiano ni para robarlo, palabras que le dieron a pensar, mucho más cuando le dijeron que volverían a oír misa y a ver el templo con detalle, cuando se instalaran en la ciudad.

\* \* \*

Mientras tal sucedía en el templo del Pilar y su marido acompañaba a las duquesas, la condesa de Bureta presenciaba desde su balcón cómo una tropa de franceses, de los dedicados a la guardia urbana, desmantelaban sus barricadas y, en el zaguán, recibía al jefe que había ordenado retirar los muebles, se llevaba los sacos en carros y le preguntaba qué hacía con los libros. La dama le respondió que los quemase, pero el capitán le advirtió que se trataba de una edición completa de la *Enciclopedia* francesa y que era lástima darla a las llamas, entonces la condesa se la regaló. Y fue que en vez de entrar en la casa y llevarse la plata se contentó con los libros, hecho que luego pudo analizar con sosiego y hasta decirse que la *Enciclopedia* había salvado lo bueno que tenía.

\* \* \*

El boticario Perales, azuzado por sus amigos, hubo de poner en marcha la constitución de la primera logia masónica en Zaragoza, pese a que hubiera deseado llorar más tiempo a su madre y proceder después de celebrarle las misas gregorianas, pero le fue imposible y cedió a las presiones temiendo que le fueran a arrebatarse el cargo de gran maestro. Lo hizo de mala gana pues que, aparte lo dicho, antes hubiera

empleado su tiempo en buscar las trece onzas peluconas que su progenitora había escondido en alguna parte de la casa que, vaya, antes de que lo llevaran preso a la Aljafería, las tenía entre la lana del colchón y, mira, que debía haberlas cambiado de lugar y puesto a saber dónde, pues que allí no estaban ni en el ropero ni en la chimenea de su cuarto, pues no había huecos, y perdido de hollín se había puesto, cuando la había revisado palmo a palmo. Ni, por supuesto, había encontrado baldosas sueltas en la cocina ni en otras partes de la casa ni visto por las paredes restos de yeso fresco que delataran que las hubiera emparedado y, de mal humor porque trece onzas de oro eran una fortuna, mucho más en los tiempos que corrían, accedió a la constitución de la logia.

No tuvo que hacer nada salvo cerrar la puerta, pues sus compañeros se lo dieron todo hecho. Llevaron la escuadra, el compás y procedieron. Se constituyeron los cinco hombres allí presentes miembros de la Gran Logia de España y del Gran Oriente de Francia, pues no en vano el rey José Napoleón, que aceptaron por único soberano, había instituido el Supremo Consejo del 33 y Ultimo Grado, sin dudar si lo estaban haciendo bien o mal y pronunciando las palabras exactas que fuera menester enunciar para que la ceremonia resultara válida, pues se negaron a contactar con las autoridades francesas en razón de que quisieron ser los primeros.

Los cuatro hombres le impusieron el mandil al boticario, digamos impusieron a falta del término exacto, que, de rodillas, aceptó le colocaran una soga al cuello y ya de pie que le cortaran la manga izquierda de su levita y la misma pernera de su pantalón, dejándole inservible un traje negro, muy bueno, a la última moda francesa y, de tal guisa, el gran maestro avanzó y puso sus pies sobre la escuadra y el compás y, tras felicitarle y sin más que hacer, se dio por terminada la ceremonia y los intervinientes se juramentaron a guardar secreto de todo lo hecho y dicho en razón de que tal hacían las logias en todas las partes del mundo, y se fueron a sus casas hasta la siguiente sesión.

Así las cosas, Perales, más bien descontento que contento, pese a que había esperado mucho tiempo aquel instante y dudando de que el proceso seguido hubiera sido el realmente establecido para la constitución de logias, no abrió la farmacia en unos días y se dedicó a buscar las onzas peluconas, que, mira, era lo que más le interesaba en aquel momento. Y preguntó a la vecindad el nombre y el domicilio de la sirvienta que había atendido a su difunta madre en sus últimos momentos, seguro de que había sido ella la que había robado las arras, pero fue que no le contestaron ni que insistiera ni que ofreciera recompensa. El caso es que había puesto la casa patas arriba y seguía sin encontrarlas, por lo que andaba corajudo.

\* \* \*

Agustina de Aragón fue hecha prisionera y tras quitarle los dineros, llevada con otros muchos soldados al campamento francés de la Casa Blanca. Bajada del carro, como

no se podía tener de pie, fue puesta sobre la cureña de un cañón, quizá fuera casualidad lo de dejarla en el armazón que sustenta las piezas de artillería, quizá fue que no había otro sitio libre, pues que los prisioneros españoles eran millares en virtud de que se habían negado a jurar al rey José Napoleón, pero en las derrotadas filas españolas, de las que la heroína había sido separada, se comentó largo que lo habían hecho a mala sombra para castigarla por haber osado disparar contra ellos causándoles tanta carnicería. Para que escarmentara y muriera sobre la base de un cañón, aunque lo de escarmentar era ya bastante improbable en razón de que se encontraba en fase terminal, postrada, incapaz de moverse, temblorosa y sufriendo convulsiones. Ni la boca podía abrir para contestar a lo que le preguntaban los enemigos que se acercaban a verla: si era la Artillera. Pues, en viéndola tan mortecina, dudaban de que fuera ella, ni cuando los médicos franceses le daban a beber agua con sal o pretendían suministrarle un vomitivo, ni fue capaz de abrir los ojos cuando las duquesas, las esposas de los mariscales, se llegaron a contemplarla. Ni respondía a los insultos de los que iban a increparla, pues que de todo había en aquella tropa ni menos podía dar un paso cuando, en el colmo de la crueldad, los soldados la alzaban de la cureña, la cogían de los brazos y querían que anduviera, que entonces la arrastraban como si estuviera muerta.

Pero ya fuera porque los aires de la Casa Blanca estaban limpios o porque no había llegado su hora o por los efectos benéficos que supusieran para un artillero tener por cama un componente del cañón, el caso es que se le retiraron las convulsiones y le vino un sueño cada vez más tranquilo, casi podría decirse que apacible de haber observado su evolución y, a poco, abrió los ojos y, a la Virgen del Pilar sean dadas muchas gracias, fue recuperando la inteligencia y la memoria, y se enteró de la conquista de Zaragoza apenándose lo indecible, aunque seguro que se lo habría comunicado María Agustín mientras la cuidaba. De tal manera que, aunque extremadamente débil, fue enviada en una de las últimas cuerdas de presos que partían hacia la Francia, e iba tambaleante y dando tumbos, mirada por franceses y españoles. Los primeros, apreciando su esfuerzo y coraje, los segundos, comiéndose la ira, hasta que de estos surgió el buen samaritano, un buen patriota dicho Bustamante que le cedió una de las mulas que llevaba y, ya muy aliviada, fue mejorando en su enfermedad. Pero como las desgracias nunca vienen solas, en Navarra, los franceses le quitaron la mula y hubo de volver a andar hasta que le consintieron montar en una galera de las de la posta que la llevó a Puente la Reina y, como no tenía dinero, se nombró y los cocheros no le cobraron el pasaje y aún le dieron alguna moneda. Si pudo hacer tales cosas fue porque, en situaciones difíciles, el personal espabila y porque, aunque los caminos y las postas estaban controladas por los enemigos, en las Españas seguía habiendo patriotas y buena gente.

\* \* \*

La Junta Gobernadora, ante la imposibilidad de abonar la indemnización de guerra impuesta por los ocupantes pues las arcas municipales estaban exhaustas y otro tanto las de los ricos, los gremios y las hermandades, decidió pagarla con las joyas de la Virgen del Pilar. Don Pedro María Ric y el resto de los miembros se reunieron y tal acordaron, pese a que bien sabían que los canónigos habían de poner el grito en el cielo, como no podía ser de otro modo pues que, a más de que eran muchas y de un valor imposible de cuantificar, eran el resultado de la devoción secular de hombres y mujeres de toda clase y condición desde hacía la friolera de casi mil ochocientos años. Desde el mismo día en que el Apóstol Santiago recibiera el sagrado Pilar de manos de la Señora, se postrara ante él con los cristianos que le acompañaban y entonara el primer *Dios te salve, María* en una tierra infiel en la que todavía se adoraría a los dioses paganos durante varios siglos.

Así las cosas, las autoridades resolvieron nombrar dos diputaciones: una que hablara con los sacerdotes y, otra con Lannes. Pero no fueron necesarias porque no habían pasado veinticuatro horas de la celebración del *Te Deum*, que ya se habían presentado en el Pilar las tres duquesas y, tras oír misa, habían solicitado a los canónigos que les abrieran el joyero de Nuestra Señora y se encaminaban con sus cortejos a la sacristía de la Virgen.

El capellán, encargado de los mantos, intentó enseñárselos para distraerlas quizá; el prefecto de la música les ofreció que escucharan a los infanticos, que cantarían para ellas; el de la liturgia les invitó a besar el manto de Santa María, privilegio que solo disfrutaban los reyes de España; el magistral les prometió nombrarlas en su próxima predicación y el penitenciario confesarlas, pero no hubo medio ni manera porque las tres, al unísono, miraron hacia los armarios que guardaban las joyas, que bien sabían cuáles eran y, a la vez, hicieron gesto para que los abrieran. Tal hizo el capellán de la Virgen, y fue que las tres mujeres enloquecieron.

Fue que las duquesas de Montebello, de Treviso y Abrantes, esta la mujer de Junot, que no había asistido al *Te Deum* y que iba acompañada de un esclavo negro, perdieron el seso y, como si estuvieran en su tocador, empezaron a probarse anillos, diademas, collares, pulseras, etcétera, mientras los canónigos no podían reprimir las lágrimas y daban gracias a Dios porque no estuviera presente el arzobispo, pues anciano ya, le hubiera dado un mal que se lo hubiera llevado al Otro Mundo. Y arramblaron con todo lo de dentro, lo que había en los dos enormes armarios que constituían el joyero, incluidas cincuenta esmeraldas muy buenas que había sin engarzar y, hasta la pequeña imagen de la Virgen, la que había sido regalada por sor María de Jesús de Ágreda muchos años ha, se hubieran llevado pero, afortunadamente, se encontraba en visita domiciliaria y se salvó. Sin embargo, no quisieron los dos ángeles de plata que velaban noche y día a Nuestra Señora, regalo nada menos que del rey Felipe II, que los canonjes habían dejado a posta, creídos de que les gustarían a los franceses. Cierto que no pudieron llevarse lo que previamente habían escondido.

No obstante, fue desastre, un auténtico robo, pues que lo que cogieron las duquesas valía a lo menos millón y medio de pesos, con lo cual los franceses se llevaban el duplo de la multa impuesta, en fin, Dios ampare a todos.

Un acción tan indigna que, luego, los ladrones intentaron tapar y varios de sus cronistas mintieron, que los vencidos les habían regalado las joyas y otros embustes, escribieron, pero no, no.

\* \* \*

A María Lostal le avisaron las vecinas que su marido estaba muerto en unas ruinas que ocupaban los franceses unas casas adelante y que había sido fusilado junto a otros hombres. ¡Dios de los Cielos...!, y claro a María le dio un vahído. Las comadres se apresuraron a atenderla, a preguntarle dónde guardaba la tila y, como no contestara, a rebuscar en la alacena, a hacerle un cocimiento, a dárselo a beber, a palmearle la espalda, a tenerle la mano, a secarle las lágrimas, a hacer lo mismo con sus hijos, pues que también lloraban, a coger en brazos al pequeño y mecerlo, ah, ah, bonito, chiquito, a hacer lo poco que podían hacer por ella, después de todo. Cierto que también se ofrecieron a ir a buscar el cadáver y llevarlo ellas mismas a enterrar a San Pablo y a ocuparse del responso para que ella no lo viera tan mal muerto, pues que había sido fusilado con otros cinco, todo para evitarle el mal trago.

Pero no, no, que la viuda se levantó de la silla, se secó las lágrimas, limpió los mocos de sus hijos, se los encomendó con la mirada a una de las vecinas, se echó un manteo por los hombros y, acompañada por el resto y sostenida por los brazos, anduvo con paso vacilante y se personó en el lugar que le indicaron donde varios franceses se calentaban en una hoguerilla. Y, creyendo morir, fue revisando los cadáveres, entre ellos el del Tomás, el tonto, pobre muchacho, hasta que reconoció el de Diego y se agachó, le tocó la cara, lo besó en los labios y con él hubiera querido estar ya en el Otro Mundo, pero no, que no podía, que tenía tres hijos. Dejó que las comadres colocaran el cadáver en una manta que llevaban para tal fin y, detrás de ellas, caminó hasta San Pablo donde un cura le rezó un responso y unas gentes lo metieron en una fosa común con modos eso sí y haciéndole favor, pues que el muerto era parroquiano de aquella iglesia, pues de no haberlo sido lo hubieran enviado a otro cementerio y fue que empezaron a echar tierra en la fosa, con lo cual no pudo despedirse de él. Las mujeres la acompañaron a su casa y estuvieron horas con ella, consolándola, hablándole de la resignación cristiana, de que, aunque era viuda, tenía tres hijos que la cuidarían en su vejez y un negocio acreditado que le permitiría criarlos y, en otro orden de cosas, alabando el patriotismo y el valor que Diego había demostrado contra los franceses, a más de preguntarle qué hacía de noche por la calle cuando estaba prohibido salir.

\* \* \*

La condesa de Bureta se disgustó sobremanera al conocer la tropelía cometida por los franceses en la sacristía del Pilar y si tuvo un pequeño consuelo fue porque la pequeña Virgen del Pilar, la de sor María de Jesús de Ágreda, casualmente la tenía ella en su domicilio, y no se la habían podido llevar. Y, enojada, muy enojada, la devolvió antes de que se cumpliera la semana, a ver, que la llevó ella misma en una mano la imagen y, en la otra, su diadema, y fue que entregó lo que no era suyo y lo que era suyo, para volver a empezar a hacer el joyero de Nuestra Señora.

Regresó a casa lagrimeando, después de haber sollozado con los canones que la atendieron a los pies de la Virgen, y fue que volvió a llorar porque se encontró con un billete en el que el mariscal Lannes le anunciaba su visita para el día siguiente y, como estaba muy airada y se encontraba mal, hubo de meterse en la cama y, como manchaba, a punto estuvo de llamar a una partera, cierto que un buen tazón de melisa y valeriana le hizo tanto bien que recuperó su presencia de ánimo, y no rebló, al revés. A la hora, se levantó mejor que nunca y anduvo en la biblioteca hasta encontrar el libro titulado *Libro del arte de cocina*, obra de Domingo Hernández de Macera, buscó las recetas de los postres y, a más de chocolate, decidió ofrecerle al mariscal y a sus acompañantes dulces variados, tales como tortadas de guindas, de membrillo, de leche y de requesón, a más de bizcochos de varios sabores. De tal manera que le leyó a su cocinera principal: Toma una docena de requesones de los que guardas en la fresquera y una docena de huevos, bátelos y échales un poco de sebo de cordero para que se ablanden pues estarán muy secos, añade tres cuarterones de aceite, haz una masa y ponía en la tartera, métela al horno y luego de cocida échale por encima azúcar y canela, luego cuando esté fría la cortas en cubiletes. Para que se enfríe la sacas a la ventana, ¿lo has entendido, Minga?

Y sí, sí, por supuesto que Minga lo había entendido y por supuesto que lo hizo muy bien y la condesa se lució con sus invitados, bueno, con los que se habían invitado a su casa.

Y fue que, llegada la hora, se vistió con sus mejores galas, con su vestido de bodas pues que no se lo conocían, y no paró de rezongar pues que había de admitir en su casa a uno de los vencedores de Austerlitz y de Zaragoza, que era hijo de tintorero y a saber cómo se comportaría pues la educación y buenos modales se aprenden desde la cuna. Al hijo de un tintorero, se decía y se llevaba las manos a la cabeza y aún añadía que si se hubiera tratado de Murat hubiera recibido al de un posadero, si de Massena al de un vinatero, si de Ney al de un tonelero, todos convertidos en los amos del mundo, en fin.

Saludó al mariscal Lannes y a los que venían con él, en la puerta de su casa con una amable sonrisa en la boca, y los encaminó al salón principal. A su esposa, a las otras dos duquesas que habían venido sin sus maridos y a sus séquitos y, tras darles

asiento en la chimenea mientras ellos miraban por el rabillo del ojo el retrato del rey Fernando, platicó con el mariscal y con las señoras mientras ella miraba, con el rabillo del ojo también, al esclavo negro de la duquesa de Abrantes, de cuya existencia, entre lágrima y lágrima, le habían hablado los canónigos del Pilar, un hombrón negro, renegro. Habló del tiempo y de la niebla, de la peste y de los apestados, pidió ayuda al militar para los pobres de la ciudad que eran multitud y, lo que comentaron las duquesas al salir, que si no llega a intervenir *monsieur Jean*, hasta hubiera pasado la bandeja para que le echaran dinero. Pero fue que Lannes que ya sabía de las miserias de Zaragoza y sus habitantes, hizo una semblanza del rey José diciendo que tenía gran altura intelectual, que se había graduado en leyes y ejercido de abogado, que había contribuido a la conquista de la isla de Córcega por la República, que había sido embajador ante varios países y nombrado príncipe cuando la instauración del Imperio y luego rey de Nápoles donde había sido querido por sus súbditos tanto o más que los había amado él. Y no siguió con que había sido nombrado rey de España porque la condesa, quizá para evitar que le preguntara si los españoles eran diferentes a los napolitanos y en qué residía o de dónde venía la inquina contra José cuando podría ser mejor rey que Fernando, le preguntó por la reina Julie y en ese momento entraron las duquesas en la conversación y le aseguraron que era de la familia de los Clary, los ricos sederos de Marsella, y que era una dama, generosa y siempre en su sitio, amiga de sus amigos, caritativa con sus criados y con los pobres, religiosa y culta, y que sus hijas Zenaïde y Charlotte eran dos princesas encantadoras.

Y llegó don Pedro y, tras saludar al mariscal y a las duquesas, hizo aparte con el militar y dejó hablar a las mujeres entre sí mientras se sentaron a la mesa, en el comedor y los lacayos sirvieron el chocolate y los dulces y, entre bocado y bocado, entre alabanza y alabanza, las francesas le preguntaron a doña Consolación qué modista le había confeccionado el vestido que llevaba, si se lo había mandado hacer en París y si se había hecho traer la seda de Alejandría, pues que no habían visto otra tan fina, al parecer. Ella les dijo que no, que las costureras eran de Zaragoza y la tela valenciana, y pasó a demandarles por la emperatriz Josefina y fue que cambiaron de conversación de donde dedujo que algo sucedía entre ella y Napoleón, así que respondió a lo que le preguntaban que sí, que la reina María Luisa llevaba dientes postizos con brillantes incrustados. Y, como iban de una cosa a otra, les aseguró que el pintor Goya era nacido en un pueblo cercano a Zaragoza, y la de Abrantes atajó con que le tenía encargado un retrato. Y así estuvieron en trivial conversación, las gabachas quitándose la palabra de la boca, eso sí, en su sitio pues que no hablaron de la guerra ni de los muertos ni de la sublevación española ni de las batallas ganadas o perdidas ni le preguntaron por su barricada ni si había tomado el fusil ni a cuántos franceses había matado con él. Lo que sí le dijeron fue que iban a abandonar el campamento francés de la Casa Blanca y que se iban a instalar en la ciudad y, ya despidiéndose, la invitaron a sus casas asegurando que habían mantenido amena

charla. Y fuesen. El mariscal le besó la mano, ellas la besaron en la cara y montaron en sus carrozas y, mientras le decían adiós con la mano, sacaban sus pañuelos de sus bolsos y se los llevaban a la nariz para paliar el mal olor que se respiraba por la ciudad toda.

Idos los franceses, se comentó entre la gente del pueblo que se había congregado a la puerta del palacio para verlos, que la condesa había dado un grito, ya fuera de alivio o de dolor, por la criatura que llevaba en las entrañas pues tal vez se le revolvió, pero fue falso en razón de que la señora Casta, que estaba allí, no lo oyó. Cierto que se alegró mucho cuando supo que doña Consolación no había retirado el retrato de don Fernando VII del salón y que los gabachos habían estado viéndolo haciendo como si no lo vieran. Cierto también que lo celebró en silencio, como cuando se encomiaba esto o se vituperaba aquello, mismamente como había hecho al conocer el despojo de las joyas de la Virgen, pues que los gabachos tenían ojos y oídos, y por un quítame allá esas pajas te fusilaban o te encarcelaban, que no se andaban con chiquitas.

\* \* \*

Las primeras salidas de Manuela Sancho, una vez recuperada de su herida y recompuestas sus tripas, fueron a iglesias para asistir funerales o a casas de conocidos y vecinos a dar pésames, pues que por el barrio de la Magdalena, ya fuera a causa de las armas o de la peste hombres, mujeres y niños habían muerto a millares. También a buscar agua a las fuentes cercanas. Pronto, se aventuró a ir más allá para tornar horrorizada por tanta ruina, mareada por el hedor y hasta llorosa cuando fue al Pilar por la depredación que había sufrido el joyero de Nuestra Señora y por las capillas rotas por los bombardeos. Visitó a la señora Casta, a María Agustín que aún se dolía de sus costillas rotas y otro pésame dio a María Lostal cuyo marido había sido fusilado en oscuras circunstancias a pesar de los pactos de la capitulación. Dejaba su casa alegre, la mar de alegre, nada más fuera por no oír las voces de los fantasmas, de los que se ha hablado suficiente en esta novela, y tornaba triste, la mar de triste y como no tenía gana de nada y era propensa a entrar en melancolías, decidió irse a su pueblo para, al menos, despotricar acompañada contra los franchutes, contra el rey José y el emperador Napoleón. Y tal hizo, despedirse de amigas y conocidos, ver que el tesoro de su madre permanecía bien cubierto en el hoyo del corral, meter en un pañolón un par de mudas y una saya, echar unos dineros en la faltriquera, envolverse en un mantón, cerrar con llave, y abonar billete en la galera en dirección a Plasas, localidad cercana a Belchite, Dios vaya con ella.

\* \* \*



Casta Álvarez también se fue a su pueblo, no por contribuir a la despoblación que estaba sufriendo Zaragoza en la que apenas quedaban 12.000 almas de las 80.000 que habían sido entre vecinos, transeúntes y soldados antes de empezar el segundo sitio, sino por intereses particulares. Porque, dicho pronto, se atragantaba con la presencia francesa y hasta le venía vómito a la boca cuando se topaba con una patrulla o cuando pasaba delante de la casa de los Gigantes donde los ocupantes habían instalado su cuartel general o por tal palacio que, siendo de otro dueño, servía de morada al mariscal Lannes o por el de Junot o el de Suchet, que otro tanto. El caso es que, aunque admitía que exagerada era, llegaba a su casa con mala gana en el estómago. No obstante, antes de partir, se ocupó del porvenir de su hijo y habló con el canónigo director de la escolanía del Pilar, el mismo que muchas veces le había dicho que Pablos tenía voz de ángel y que era muy buen estudiante y chico listo, y le pidió que lo admitiera interno en el colegio de Infantes, lo que a su vez le había propuesto muchas veces también el mismo sacerdote, pues que había hecho una excepción con ella, en razón de que era viuda, en virtud de que el colegio solo admitía alumnos internos. Y tal convino con él y hasta aceptó la posibilidad de que Pablos entrara en el Seminario el próximo curso y estudiara para cura, entusiasmada, pues que tales estudios le asegurarían a su hijo un excelente futuro y quién sabe si con lo espabilado y parlotero que era podría llegar a ser un gran predicador o hasta obispo. Le besó la mano a aquel canonje que a más de maestro de canto era buen hombre, se arrodilló ante Nuestra Señora y fuese moviendo la cabeza como si le reprochara que hubiera consentido la derrota de los zaragozanos, para encontrarse con gentes tristes, con gentes vencidas, incapaces de sostener la mirada de un compatriota. Y eso, que hizo un fardo de ropa para Pablos y lo dejó en el colegio de Infantes, después de hacerle mil recomendaciones, y ella se despidió de sus amistades, de la condesa, de la madre Rafols, de María Agustín y de la viuda Lostal, les deseó suerte, la misma que le desearon a ella y con un hato sujeto al palo de escoba en el que había llevado engastada su bayoneta y con esta cosida en el refajo, cerró su casa y tomó la barca que, navegando Canal Imperial arriba, Dios mediante, la dejaría en el embarcadero de Pedrola, localidad situada a dos millas y media de Cabañas de Ebro, donde pediría albergue a su prima y volvería a ser la Casta, la de los «Pericos», por haber tenido varios antepasados de tal nombre, por ser hija, nieta y biznieta del tío Perico, Y se veía andando el camino, saludando a las mujeres del lavadero y más adelante a los molineros y ya pisando la tierra de su pueblo, en fin. Dios le acompañe.

\* \* \*

La condesa de Bureta también abandonó Zaragoza, pero antes perdió el niño que llevaba en sus entrañas. Fue que, a las pocas horas de que se fueran los franceses de su casa, le vinieron grandes dolores en el bajo vientre y empezó a sangrar, y ya no era una gota ni dos, sino un reguero cuando llegó la partera que, en realidad, no hizo nada

salvo recoger los despojos del feto, ofrecerse a enterrarlos y cobrar.

La condesa acumuló un pesar más en su ya dolorido corazón. Don Pedro, su marido, entristeció la mirada y, según decires posteriores, sus ojos nunca volvieron a brillar, claro que tenía otros motivos también para que se le hubieran apagado pues que no en vano había firmado la capitulación de Zaragoza ante las tropas francesas y, aunque ya no mandaba en la Junta porque lo habían destituido, seguía siendo el interlocutor con los ocupantes, un cargo que no era cargo, sino un trabajo despreciable para el gran número de patriotas que, aunque acogotados, seguían viviendo en la ciudad a la espera de que Napoleón fuera vencido en alguna parte de las Españas o de la Europa para volver a levantarse en armas contra él.

La casa entera acompañó a los señores en su dolor y otrosí la vecindad y amistades, y hasta Palafox envió una sentida nota a su prima, precisamente el día en que lo sacaron de la cama, pese a que seguía muy malo, y lo llevaron al campamento francés para que el mariscal Lannes en persona le quitara los galones de capitán general, lo depusiera del cargo y lo volviera a enviar a la cama a morir pues que volvió semiinconsciente y siquiera se enteró de que la misma tropa que lo llevaba prisionero requisaba todos los papeles oficiales que allí había. El mandadero que llevó la nota a casa de la condesa explicó que lo había escrito de su propia mano poco antes de salir de su casa y ser degradado. A la dama le congratuló que su buen primo se acordara de ella cuando se encontraba en trance de muerte y rezó por él en la capilla de su casa, ante la imagen de la Virgen del Pilar que, retirada del zaguán, la había hecho llevar a su habitación.

Y fue que debieron complacerle a la Señora las oraciones de la prima por el primo, pues que a don José de Palafox y Melci pronto le menguaron la fiebre y los delirios, entró en el sueño tranquilo que advertía que posiblemente superara la enfermedad a los quince días más o menos de contraerla, y sí, que se le humedeció la lengua, le volvió la inteligencia y fue recuperando fuerza, eso sí, siempre preso en su casa hasta que en la primavera siguiente lo trasladaron a la Francia, a la ciudad de Vincennes, donde llevaba tiempo el rey Fernando VII. Lo hicieron de noche y de tapado no se fuera a organizar una algarada en la ciudad, pues que aunque todos los habitantes estaban muy quietos, eran capaces de cualquier cosa.

\* \* \*

María Lostal salió de su casa con su hijo pequeño en brazos, los mayores uno a cada lado, agarrados de la saya, y con su viudez a cuestas, vestida de luto de los pies a la cabeza, y con algo que no había tenido nunca: con el cabello blanco. Pues fue que se le quedó canoso la noche en que, junto a las buenas vecinas que la acompañaron, instaló un altarcillo con un crucifijo, una Virgen del Pilar y unos cirios, y rezó y veló, por así decirlo, el cadáver de su esposo en ausencia.

De tal guisa, se encaminó a casa de su hermana en el Rabal y, como más parecía

que con ella las desgracias se entrelazaban, sin dar tiempo al tiempo para que se recuperara de una a otra, se encontró con la casa destruida por las bombas enemigas, con los suelos y paredes a medio caer, y el solar lleno de enruna.

Al verla, las vecinas se acercaron, lo primero que le miraron fue el cabello y luego el luto de su vestido y, como la dueña les preguntaba con los ojos por Isabel Lostal y su marido Pepe, le dijeron lo que no hacía falta decir: que su hermana y su cuñado habían muerto a causa de una o muchas bombas, pues que por aquella parte fue imposible contar las que arrojaron los franceses, que sus cadáveres habían sido rescatados de las ruinas hacía dos días y enterrados en la arboleda de Macanaz en un cementerio improvisado, y le acompañaron en el sentimiento y la encomendaron a Santa Paula, la patrona de las viudas.

Volvió a su casa con más pena todavía y, al día siguiente, fue al Pilar a poner una vela, pues aunque quiso celebrarles una misa a sus muertos más recientes y otra a su marido y enseñó dineros, los canonjes no se los quisieron, aduciendo que los funerales eran conjuntos por falta de horas y de sacerdotes y por haber tanto muerto, y aún quisieron que los encargara en su parroquia, pero ella dijo que la iglesia de Altabás estaba en ruinas y entonces, máxime viéndola viuda y con tres hijos, le tomaron nota de los nombres de su hermana, cuñado y esposo, pues no le importó celebrarle otras exequias. La vela la puso, quitó una y colocó la suya, y no se había dado media vuelta que ya la habían quitado y colocado otra en aquella procesión interminable de poner y quitar velas que constantemente había en la Santa Capilla.

A la semana rebuscó en los papeles que guardaba Diego, pero como era iletrada no supo leer el nombre de los proveedores de vinos, pues que estaba dispuesta a llenar de mercancía los toneles y a abrir la tienda para dar un porvenir a sus hijos y hasta decidida a enviarlos a la escuela, al colegio de los Escolapios para que aprendieran a leer y a escribir y no necesitaran ayuda en su misma tesitura.

Pensó en presentarse en el gremio de vinateros y preguntar allí, pero se dijo que, en viéndola mujer y sabiendo que no eran buena gente, pues que Diego había echado pestes de ellos, no querrían ayudarla y sí dejarla sin un cuarto para quitarse una competidora. Por eso, optó por presentarse en casa de la condesa de Bureta y pedirle favor.

\* \* \*

Doña Consolación Azlor trajinaba de una habitación a otra, llenando baúles y más baúles, porque había solicitado salvoconducto a los franceses para marcharse a Fonz con su suegro, el barón de Valdeolivos, y se lo habían denegado. No obstante, le habían concedido otro para que se fuera a Cádiz, a 50 leguas de Zaragoza, al quinto pino, en fin, pues que la querían tener lejos, cuanto más lejos mejor y ciertamente no habían podido encontrar un lugar más apartado. Pero lo que se dijo que al menos la dejaban en España, pues que por el mismo precio la podían haber llevado prisionera a

Francia, como de hecho había sucedido con todos los que no habían querido jurar al rey José Napoleón, vulgarmente conocido como Pepe Botella, a mujeres incluidas, entre ellas Agustina de Aragón que en un rasgo de impiedad incalificable se la habían llevado a rastras y muy enferma, quiera Dios que haya sanado como su primo José. Y eso, que como no sabía por cuánto tiempo iba, aunque era de suponer que mucho, llenaba y llenaba tantos baúles que, aparte de la carroza, habría de viajar con otro carro para el equipaje y otro más para la servidumbre que se llevaría. Casi toda pues que uno a uno, desde la mayordoma hasta la fregona, le habían rogado que les permitiera ir con ella y a todos, uno a uno, como le habían servido bien, les había dicho que sí.

Y así estaban en la casa de Bureta, la condesa con sus baúles y los criados con sus talegos, contentos de alejarse de aquella ciudad que había sido y era todavía la casa de la Muerte. Todo este trajín no impidió a la señora recibir a Casta Álvarez y Manuela Sancho cuando fueron a despedirse, ni a María Lostal a la que le leyó unas facturas y se ofreció a rezar por el alma del desdichado Diego, ni a María Agustín cuando fue a contarle por lo menudo la tropelía que los franceses habían cometido con la Artillera.

Y eso, que una mañana, al albor, emprendió viaje con sus hijos, criados y mucho equipaje, con los pasaportes siempre a la mano, segura de que las tropas ocupantes se los pedirían mil veces en tan largo camino y con los nombres de ventas y posadas escritas en un papel.

Se comentó en la ciudad que doña Consolación se despidió de don Pedro, que le habló, por fin. Vaya también con Dios la condesa.

\* \* \*

Matilda y Marica nunca tuvieron intención de abandonar Zaragoza, siquiera de tornar a la torre a respirar aires limpios, en razón de que estaban cómodamente instaladas, ganaban bien y se encontraban a gusto en la calle de las Doncellas. Se fueron porque sucedió lo que no esperaban.

La primera en irse fue Matilda y, en verdad, que no lo hizo por gusto. Fue que hacía un tiempo ya, mediada la tarde, llamaba al burdel un grupo de franceses, tres o cuatro hombres, a veces cinco, muy bulliciosos y reidores, a uno de los cuales la madama empezaba a tomarle cariño, no porque le regalara el servicio, no, que a tal punto no había llegado, sino porque tal vez viera en él el hijo que nunca tuvo o el que hubiera querido tener. El caso es que solo tenía ojos para el mozo y hasta le dejaba trajinar en la cocina y guisar un conejo o un capón con abundante mantequilla a la manera francesa y, como ya sabía algo del idioma galo, le reía todo lo que decía, además que debía ser muy bueno en la cama, tal pensaba la Marica cuando la oía suspirar mientras su madre y compañera yacía con aquel dicho Pierre. Y es que el joven, galán donde los haya, era muy teatrero y narraba muy bien las cosas, y tan

pronto recitaba un poema con engolada voz, como se vestía con una saya de mujer y hacía el papel de una tal Coloradina, un personaje famoso del teatro francés, al parecer, que, según Marica, era necia, pero Matilda se reía a carcajadas, bendito sea Dios, se decía la pupila, pues que aquellas risas y entusiasmos demostraban que estaba completamente curada de las dolencias y delirios, amén de que jamás mentaba ya a la picaraza.

Y fue que un día el dicho Pierre hablaba de un rey, de nombre Luis, de un cardenal y de una antigua compañía de soldados gabachos, llamados mosqueteros que, a más de disparar mosquetes, eran los mejores espadachines del mundo y manejaban una espada larga, estrecha y de fina punta llamada florete, como ningún otro regimiento en el orbe entero por lo que constituían la elite del ejército y habían conquistado decenas de ciudades para el rey Luis y el cardenal, hombre ambicioso sobre todas las cosas, consiguiendo la *grandeur*, es decir, que Francia hubiera llegado a ser el Estado más poderoso de Europa, en fin.

Y fue que se levantó el mozo y, aunque no llevaba florete, sino su sable reglamentario pues era húsar, lo sacó de la vaina y empezó a esgrimirlo y a matar enemigos imaginarios, austríacos, españoles, polacos, lo que fueren, como representando un cuerpo a cuerpo, pues que, con gran regocijo de Matilda, tan pronto mataba a un austríaco con una estocada en quinta, como a un polaco con una en cuarta y para rematarlo sacaba un pistolón imaginario y le disparaba una bala en mitad de la frente, tal decía y hasta avisaba a su víctima:

—¡Prepárate a morir, perro alemán...!

O maldito ruso o español, con quien luchare en aquel momento.

Y fue que en un lance, como se movía como un torbellino, rompió una jarra de vino y que las rameras no sacaron la bayeta de fregar y limpiaron el desaguisado, sino que lo dejaron para cuando el mozo terminara su actuación, pues no dieron importancia a aquel pequeño accidente. Que, lo que son las cosas, devino en uno irreparable, pues que llevaba el señor Pierre el sable en ristre y dio un paso al frente para asestarlo en el corazón de su enemigo imaginario, y sucedió, ay, que resbaló en el vino derramado y que fue a clavárselo a la pobre Matilda en el vientre. Y, ay, que la pobre Matilda murió al momento en un charco de sangre, pues que la estocada debió segarle alguna de las venas principales y se fue de este mundo sin alentar y enseguida su alma se fue donde fuere, posiblemente al Infierno pues no tuvo tiempo a arrepentirse de su mala vida, o sí, que nunca se sabe y tal vez, Dios lo quiera, fuera recibida en un lugar muy placentero, en el Cielo, pues que la misericordia del Señor es infinita.

Los militares, al contemplar muerta a Matilda, se vaciaron los bolsillos dejándole a Marica una buena cantidad de dinero, la acompañaron en el dolor y se despidieron raudos, el teniente Pierre hablando de un desgraciado accidente, pero la moza que llevaba tiempo actuando como mujer adulta, antes de empezar a llorar, les obligó a que pusieran el cadáver en una manta y lo bajaran a la puerta para que se lo llevaran

los enterradores. Hecho lo hecho, Marica rompió a llorar y de esta guisa recibió a las meretrices de la calle de las Doncellas que fueron a presentarle sus condolencias y aún le consiguieron a un fraile, cliente de uno de los burdeles, que en la misma calle le rezó un responso.

A Marica, durante una semana, la acompañaron sus propias lágrimas, pero a los ocho días fueron a visitarla las madamas y, una le ofreció trabajo en su casa y, otra, le recomendó que acogiera a unas cuantas huérfanas de las muchas que llamaban a las puertas de aquella calle, y volviera a abrir el burdel, ella de madama naturalmente. La moza, tras pensarlo bien, hizo lo segundo y llegó a regentar una próspera casa de lenocinio con sucursal en el campo, en la torre de Matilda.

\* \* \*

La madre Rafols continuó sus penosas a la par que generosas labores en el Hospital de Sangre que fue rebautizado con el nombre de Nuestra Señora de Gracia, como el que había sido destruido por la francesada. Con las cuatro monjas que le quedaban de las venidas de Barcelona y, poco a poco, con varias más, pues que bastantes doncellas se habían quedado huérfanas y llamaban a su puerta para entrar en la congregación de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, dispuestas a cuidar enfermos y pobres. Las fue admitiendo y advirtiéndoles que la vida monjil era ardua y más en un hospital y mucho más en aquel que tardó mucho tiempo en vaciarse de apestados, con lo cual era más peligroso que un lazareto. Cierto que le hubiera gustado que pasaran antes del ingreso por el noviciado, pero fue imposible porque estaba en Barcelona, ciudad ocupada por los franceses, pero, la verdad sea dicha, no tuvo problema con las novicias, pues pronto aprendieron a trabajar por el amor de Dios.

## Capítulo 20

**D**oblegada y en calma la ciudad de Zaragoza, los mariscales franceses se repartieron las tareas y salieron con sus regimientos a pacificar los pueblos de Aragón o hacia Castilla o Levante a asegurar las posiciones que allá tuvieran o a conquistar otras nuevas. Lannes partió más allá de las fronteras españolas y se fue a hacer la guerra contra Austria, eso sí, dejando al general Laval de capitán general y gobernador, con numerosa guarnición en los cuarteles y con abundantes patrullas recorriendo las calles de día y de noche. Las duquesas siguieron a sus maridos llevándose las joyas de Nuestra Señora.

\* \* \*

Los comerciantes que sobrevivieron a la guerra y al morbo pútrido abrieron sus tiendas, pero enseguida se quejaron de que los vecinos no compraban género, al igual que los vendedores de la plaza del Mercado, entre ellos la tía Paca que no vendía un boniato asado, y no es que no hubiera dinero que lo había pues quien más quien menos había enladrillado el suyo o hecho un cado en el corral, era que un cansancio, una apatía colectiva se había adueñado de los moradores, de sus cabezas o de sus corazones, donde residiera la melancolía. Y que, como si no tuvieran ojos ni oídos, no se inmutaban por nada, ni que falleciera el viejo general Guillelmi ni que los enemigos, que continuaban siendo enemigos, retiraran las piedras que quedaban de la vieja Cruz del Coso, monumento a los Mártires de tiempos del emperador romano Daciano, ni que los franceses se llevaran de noche a Palafox para encerrarlo en una cárcel en su país ni que los mismos celebraran su victoria de Wagram contra Austria con fuegos artificiales, para nada se movían de sus casas o comentaban con el vecino tal o cual. Iban de sus faenas a sus hogares y viceversa, con la cabeza gacha, con la mirada triste y con mala color después de que desapareciera la pestilencia incluso, vamos, como si les hubiera pasado la riada.

\* \* \*

Bien es verdad que, en la fuente del Portillo, las cosas desde el principio de la rendición fueron de otro tenor. A ver, que las mujeres que iban a buscar agua y con el buen tiempo sacaban sillas a la calle, eran asaz parloteras y ni con los franceses en casa dejaron de serlo.

Mientras duró el invierno, se demoraron con el cántaro a los pies o con él ya en la cabeza para contarse tal o cual y, llegada la primavera, sacaron sillas e hicieron corro como en los buenos tiempos, eso sí, siempre vigiladas por la guarnición francesa de la puerta, pero a causa del idioma sin ser entendidas, por eso podían decir lo que quisieren sin temor a ser castigadas.

Y hablaban del primer sitio y del segundo, de lo que había hecho cada una en particular, y eso que salvo María Agustín y algunos ratos la viuda Lostal no había otras que tuvieran el título reconocido de heroína, aunque había muchas anónimas que nunca figurarían en la Historia. A saber, por cierto si las heroínas con nombre y apellido ocuparían las páginas de los libros, pues que todo el mundo parecía querer olvidar el pasado, salvo en aquel corro que a diario formaban las mujeres de la fuente del Portillo. Que, además, ay, eran ciento por ciento curiosas, alparceras, dicho al modo aragonés, y sobre todo platicaban de Agustina de Aragón, pues que no se había recatado con la aventura, tal decían, que mantuviera con el capitán Talarbe y todavía, unas, sostenían que pudo ser más que una aventura y, otras, porque, eso sí, discrepaban siempre, que no había sido nada, salvo unos bailes que nada indicaban.

Y era que cuando llegaba un forastero, tras esperar a que enseñara el pasaporte a los guardianes, le ofrecían agua de sus cántaros y hasta le daban silla en el corro y le interrogan de dónde venía, qué pasaba en las Españas, por dónde andaban los franceses y, como la Artillera había salido por aquel camino, le preguntaban por ella. Cierto que la mayoría no sabía del paradero de la dueña, que incluso algunos no habían oído hablar siquiera del cañón que disparó ni del destrozo que causara en las tropas enemigas, pero más de uno les dio noticias de la heroína y, trascurridos unos meses, también del capitán Talarbe, y de otras muchas cosas.

De Agustina supieron y lo celebraron, yéndose todas a rezar a la Virgen de la calle del Monte Sión y su jota le hubieran cantado, pero no se atrevieron porque los franceses estaban en todas partes, como si fueran Dios, que había sobrevivido a la calentura pútrida, mismamente como el capitán general Palafox por cuya vida rezaron un rosario completo cuando conocieron que se lo habían llevado preso a la Francia, y convinieron en que si el infectado había sido joven y estado sano había tenido mayores posibilidades de superar la enfermedad, caso que no había sido el del padre de la Tal o de la madre la de la Cual. Y todavía celebraron más saber que la Artillera, que tenía más valor que muchos hombres juntos, se había escapado de la cuerda de prisioneros que la llevaba a la Francia, en algún lugar del norte de Navarra y que había conseguido llegar a tierras de Soria y luego que andaba en la ciudad de Teruel; y se admiraban de su fortaleza, de su vigor, de la fuerza de su espíritu y, cuando se llegaban por allí los cronistas, aquellos dichos Alcayde y Casamayor, les contaban lo poco que sabían y les instaban a que escribieran sobre ella en sus cuadernos.

Claro que a veces dejaban la fuente y lo que estuvieren haciendo, si calceta, calceta, si encaje, encaje, si bordando, el bastidor, si remendando, el remiendo y asistían, vestidas de domingo, a los oficios y a la procesión de Semana Santa en la



que salía el Cristo de la Cama, aquella preciosa talla que la señora Casta y otra mujer habían rescatado de entre las ruinas del convento de San Francisco, que continuaba sin que nadie hubiera levantado un cascote, e iban detrás de las cofradías y del cabildo, por ejemplo. O, mismamente el día de San Miguel, en el que salía otra procesión del Pilar en dirección a la parroquia de aquel nombre y la veían desde la calle admirándose de la mucha cera que había pagado el Ayuntamiento pues que todo eran velas encendidas, y de los adornos del Coso. O el día del Pilar se llegaban al templo y oraban ante la Santa Imagen, pidiéndole que hiciera un milagro y se fueran los franceses, aunque a ellas no las molestaban, aunque alguna de ellas dijera incluso que daba lo mismo un rey que otro, aunque otras sostuvieran que si no las incomodaban era porque se habían acostumbrado a vivir vigiladas y porque no hacían caso cuando las insultaban y las llamaban putas y otras procacidades. O cuando el 1.º de noviembre iban a los camposantos a poner flores en las tumbas de sus difuntos.

Y había fiesta en la fuente del Portillo cuando recibían una visita inesperada, como cuando se presentó la señora Casta con un cesto lleno de magdalenas y fue que, avisada por alguien, se personó al momento la viuda Lostal con dos botellas de moscatel y fue relajo, pues, además, Casta les contó que había venido a llevarse a su hijo a Pedrola, donde trabajaba al servicio de los duques de Villahermosa, y muy elegante la vieron y con mejores modales y hablar más claro y pausado, para que el chico pasara allí las vacaciones de Navidad a la par que daba una vuelta por su casa, aunque ya lo hacía María Agustín, pues que le había dejado la llave y la manda. Y es que fue muy ameno escuchar a Casta y oírle que, al llegar a Cabañas de Ebro, le había pedido cama a una prima suya, que no se había limitado a dársela sino que le había dado también vianda y que, a poco, la duquesa de Villahermosa, uno los linajes más antiguos de Aragón, la había contratado de pinche de cocina, dándole cama, comida y dineros. Que estaba feliz viviendo en el palacio de los señores, que empezó siendo la sirvienta número noventa y dos y que ya estaba entre las diez primeras, pues que había trajinado en los fogones de la madre Rafols y, vaya, que hasta entendía ya de cocina francesa y de lo importante que era la presentación de los platos, tales cosas decía a aquellas mujeres que, como ella antes, comían todas a un caldero y claro la escuchaban atónitas y hasta comentaban so voz que parecía otra, que estaba la mar de elegante y fina. Y encandiladas la escucharon cuando les habló del castillo que los señores poseían en Alcalá de Ebro a orillas del río, donde iban en verano a merendar en el campo, y que ella llevaba los cestos y extendía los manteles en la hierba, y que luego subían todos, a veces con las carrozas incluso, en una barca que les dejaba en la otra ribera para llegarse a Remolinos y rezar una oración en la iglesia parroquial por el fin de la guerra. Y hasta la miraron con cierta envidieta. Pero, ay, que, cuando les narró que un poco más arriba del castillo había un isla en medio del río llamada la ínsula Barataria, que fue el reino que entregó Don Quijote de la Mancha a su escudero Sancho Panza, allá se perdieron, porque Casta se equivocó de público. No obstante, estuvieron hablando de ella durante muchas semanas.

Y así transcurría el tiempo en torno a la fuente del Portillo, siempre con noticias más o menos frescas y entre dimes y diretes.

Pasados dos años, las visitó Manuela Sancho con un niño de meses en los brazos y, tras abrazar a todas, les comunicó que había maridado con Manuel Martínez, labrador, hijo del tío Andrés de Miraflores, lo que nada les dijo pues eran de otro barrio. No obstante, le hicieron la broma de Manuela, Manuel y Manolito, la que le hacía todo hijo de vecino, y se disputaron tener a la criatura en brazos y hacerle cucamonas, pero a ella la miraron con cierta envidieta también pues que, a la vista estaba, había hecho buena boda e iba vestida como una dama, como hubiera podido ir la condesa de Bureta. Y la escucharon atentamente cuando les dio noticias de Agustina, las que se contaban en la puerta Quemada, donde también se hablaba de ella, al parecer: que había recorrido media España, pues que había estado en Sevilla, en Teruel y Tarragona, que iba de destino en destino, pues no en vano la Junta Suprema a más de reconocerle el empleo de sargento que le diera Palafox en premio a su heroísmo, la había ascendido a subteniente, como hiciera con otros muchos militares, y que por todas partes había ido buscando a su marido. Y cuando le preguntaron cuándo fue eso les informó que más o menos en el verano del 1809, antes de que el rey José Napoleón se apoderara de Andalucía y la Junta hubiera de refugiarse en Cádiz. Y, cuando le demandaron si iba sola, respondió que no, que llevaba dos mulas y una criadica y, como insistieran si la acompañaba algún hombre se oyeron otra vez que no, pues que en la puerta Quemada no se oía palabra que atentara contra la honra de la Artillera.

Mientras Manuela se despedía, pues tenía buen trecho hasta su casa, le explicaron que un mercader les había dicho que iba en una galera de pueblo en pueblo con cuatro o cinco prostitutas y que Agustina era la madama, cierto que se excusaron que los viajeros y mercaderes les iban con mil cuentos o con mil verdades. Y le contaron lo de la galera y otro tanto que se había sumado a la guerrilla de un dicho Francisco Abad, llamado el «Chaleco», en algún lugar de La Mancha y siempre con su amante el capitán Talarbe, y algo muy dispar: que se había encontrado con su verdadero y único marido en Tarragona, de donde ambos tuvieron la suerte de huir antes de la toma de la ciudad por los franceses, y es que aquellas dueñas se quitaban la palabra, pues eran asaz lenguaraces.

Y eso, que boca a boca se decía tal y lo contrario, porque lo que publicaba *La Gaceta Nacional de Zaragoza* no era fiable en razón de que la editaban los franceses.

Aparte de alcahuetear, las comadres de la fuente del Portillo platicaban de que habían comido tal o que la Tal estaba enferma o que el comerciante Tal había sido vapuleado y muerto por un francés, hecho que quedaba sin castigo, o que un dicho Perales, de profesión boticario, se había colgado de una viga de su propia casa porque llevaba años buscando un tesoro y, al no encontrarlo, demenciado, después tantos trabajos, se había quitado la vida, y ni Dios le perdone dijeron las que allí estaban, pues que había sido un colaborador de los franceses.

O iban de funeral y entierro porque había muerto la Tal y es que el grupo iba disminuyendo por el inexorable paso del tiempo.

O llegaba don Ignacio de Asso, el que fuera redactor principal de la *Gaceta de Zaragoza*, se sentaba un rato con ellas y les contaba que en Cádiz, en la isla de León, que más allá el mar, se habían reunido patriotas españoles de todas las regiones, entre ellos don Pedro María Ric con otros aragoneses, y promulgado una Constitución, llamada «la Pepa», por haber visto la luz el día de San José próximo pasado, que, aunque reconocía al rey Fernando VII, le mermaba poder y pasaba las mermas a las Cortes, a las reunidas en Cádiz. Y era que aquellas mujeres, pese a prestarle atención, no entendían bien, pues no en vano eran iletradas, lo que no era óbice para que le preguntaran qué pensaba el deseado rey Fernando de aquellos cambios o, en otro terreno más trivial, si don Pedro se había visto con doña Consolación y si la dama le había hablado, si le había perdonado que firmara la capitulación de Zaragoza y hasta las más osadas querían saber si hacían vida marital. Y entonces don Ignacio se levantaba y se iba, porque aquellas mujeres solo se interesaban por los chismes, más si eran de cama.

Lo que era incierto, pues, ya fuera invierno o verano, ya hubieran transcurrido tres o cuatro años, siempre habían comentado los retrocesos y los progresos de las tropas españolas, mismamente como el de la batalla de los Arapiles o el triunfo que acababa de tener lugar, el de la batalla de Vitoria en la que, juntos ingleses y españoles, infligieron tal derrota al francés que hasta el rey José Bonaparte tuvo que desalojar Madrid. O, sin saber situar el país, hablaban de los fracasos de Napoleón Bonaparte en las Rusias cuyos ejércitos habían tenido que retirarse bajo una espesísima nieve y un frío del demonio, del carajo, como sostenía alguna de ellas asaz grosera. O que otra vez había vuelto José a Madrid o que volvía a irse, hasta que a primeros de julio de 1813 se observaron movimientos en los cuarteles franceses de Zaragoza, de los que ya habían salido abundantes tropas a combatir acá o allá ciertamente, pero esto era otra cosa, era que se iban, que derrotados donde fuere, se iban, como ya hicieren en su momento, bendito sea Dios y su Santa Madre del Pilar.

Era que levantaban el campo y se marchaban adonde se fueren, al Infierno podían irse, aunque tal vez no los quisiera el diablo en sus calderas.

Ante aquellos rumores que acabaron en voces y luego en gritos de júbilo, los ciudadanos de Zaragoza acudieron a las murallas y a las puertas en tropel, entre ellos por supuesto, las mujeres de la puerta del Portillo y las de la Quemada que, mira, se juntaron unas con otras en la puerta del Ángel y asistieron a la voladura de la última arcada del puente de Piedra, que dejó incomunicada la ciudad con el Rabal, la última tropelía que cometieron los franceses en la ciudad. Pero la vieron con alegría pues que reharían la arcada y volverían a levantar la iglesia de Altabás que se derrumbó con la explosión, que fue enorme y las dejó sordas, pero contentas, alegres como no recordaban, liberadas de mente y de cuerpo, pues ya nunca más se sentirían vigiladas por los enemigos, que no habían dejado de serlo ni habían hecho nada por dejar de

serlo pues que en Zaragoza todo era ruina y no habían retirado un cascote, eso sí, el general Paris, que había sustituido a Laval en la gobernación, a más de mantener el orden más estricto pues que no se movió una mosca durante la ocupación, había empleado su tiempo en proyectar un paseo, un gran bulevar, al modo de los que había hecho Napoleón en la capital del Imperio, que discurriera desde la torre del Pino al Ebro, pero no había puesto la primera piedra, quizá porque era vago, quizá porque esperaba estar más tiempo.

Y eso, que el 9 de julio de 1813, a la Virgen del Pilar sean dadas muchas gracias y loores, volvieron las alegrías, las jotas, los cantos, los bailes y las jaranas en las puertas, plazas y calles, y en las iglesias se celebraron decenas de misas de acción de gracias y las gentes sonrieron y del mal talante, pasaron al buen talante y a reír por nada, a abrir sus corazones, a dejar correr su alegría, en fin.

Más cuando, a las pocas horas de que los franceses se perdieran en el horizonte, se presentó el guerrillero Francisco Espoz y Mina en la ciudad, de donde meses después habría de salir con el grado de coronel, y fue recibido en loor de multitud. Y más alegrías hubo cuando se publicó en la *Gaceta de Zaragoza*, la de don Ignacio de Asso, que no mentía, que los franchutes habían sido derrotados en la ciudad alemana de Leipzig por una coalición de Rusia, Austria, Prusia y Suecia, y que el Imperio había caído, lo que no fue cierto, sino deseo del redactor pues que Napoleón aún había de dar y hacer mucho mal por la Europa entera.

Pero en las Españas las cosas de la guerra de la Independencia fueron cada vez mejor y las de la ciudad de Zaragoza también, pues que el nuevo Ayuntamiento dispuso 10.000 reales de vellón para auxiliar a viudas y huérfanos y, lo mejor, que volvió Palafox, siendo recibido en apoteosis por millares de vecinos, entre ellos las mujeres de la fuente del Portillo y lo mejor también por su señora prima la condesa de Bureta que había regresado feliz de lo que llamaba su exilio andaluz, y ya había empezado a hacer caridades, a dar lo que no tenía pues sus heredades y las de su hijo, el conde, que ya era un caballereite, estaban hipotecadas. Feliz y contenta pues que proclamaba a los cuatro vientos que los Sitios de Zaragoza quedarían en la memoria de las gentes y serían narrados de padres a hijos durante siglos.

Pero la noticia que más agradó al personal fue que el deseado rey Fernando VII, tras ser liberado de su prisión, había embarcado en un puerto del sur de Francia, desembarcado en Valencia y se encaminaba a Zaragoza para besar el manto de Nuestra Señora del Pilar y agradecer de viva voz a los habitantes la heroica resistencia que habían opuesto a la invasión francesa y que venía, a ratos en carroza, a ratos a caballo, a ratos a pie deteniéndose incluso a besar la tierra española acá y acullá, la que le habían arrebatado los franceses, la que había sido regada por la mucha sangre que habían derramado sus buenos súbditos, los buenos españoles, los que querían libertad y no esclavitud, los que habían vencido y arrojado del suelo patrio al ejército más poderoso del mundo, bendito sea Dios. Y era que las gentes lo detenían por los caminos, le besaban la mano y le instaban a que llegara pronto a

Madrid para recuperar su trono, lo que era suyo, después de todo.

Precisamente, el día en que llegó Su Majestad Católica Fernando VII, un bendito 7 de abril de 1814, Jueves Santo por más señas, se juntaron en la plaza del Pilar las seis protagonistas de esta novela que todavía residían en la ciudad. Entre el pueblo estuvo María Agustín con sus condecoraciones a la vista, su brazo manco para siempre pues los médicos no se lo habían podido recuperar, y con un pañuelo en el cuello para evitar que el personal le viera la herida que le había quedado negra y con bultos; María Lostal con su cabello blanco y sus tres críos, que estaban ya muy crecidos y no alborotaban; Marica, que de no vérselo tanto que era puta por los muchos afeites que llevaba en la cara y por sus andares, hubiera sido tomada por una señorona, por una burguesa rica, acompañada de sus siete chicas, sus siete pupilas, a las que trataba como si fueran hijas, lo mismo que había hecho la buena Matilda con ella, Dios haya perdonado sus pecados a Matilda; y Manuela Sancho, que, Señor, Señor, había enviudado y vuelto a casar con un militar, con un sargento, llevando a su primer hijo de la mano y embarazada del segundo. Entre las autoridades, doña Josefa Amar, cada día más anciana y arrugada, y la condesa de Bureta, que no había dejado de ser condesa cuando solo era baronesa, con su hijo, el conde, y con su marido que había vuelto a su antiguo puesto, a regentar la Audiencia; más atrás la madre Rafols con dos de sus monjas, cuyos hábitos negros destacaban en la tribuna que rebosaba de colores, por los trajes de las personalidades. Lo que fue bueno, pues así las pudieron distinguir, las dos Marías, Manuela y la Marica, que acabaron juntas en un pequeño espacio de la calle del Pilar, pues que la multitud las fue acercando, hasta casi llegar a apretarlas, tanto que las honradas, aunque se percataron de la presencia de las meretrices, nada pudieron hacer para separarse media vara que fuera de ellas.

Y esta fue la última vez que las seis residentes en Zaragoza estuvieron en el mismo lugar, viendo y oyendo lo mismo, algunas con mayor holgura ciertamente, pero nunca tan juntas como el día del alzamiento, el 24 de mayo de 1808. Pues que ni cuando Agustina de Aragón llegó a Zaragoza y fue cumplimentada por las autoridades y vitoreada por el pueblo tanto o más que el mismísimo Palafox o el señor rey, no se juntaron todas en virtud de que la Marica no estuvo presente, quizá porque estaba ocupada. Ni coincidieron en el entierro de la condesa de Bureta que tuvo lugar a los pocos meses, aunque fueron las residentes habituales y hasta Casta Álvarez, que llegó con sus señores los duques, pero, como fue un enorme gentío, siquiera se vieron unas a otras ni menos cupieron en la iglesia de San Felipe, que es asaz chica, donde recibió cristiana sepultura en el altar mayor, en el lado del Evangelio, Dios la haya acogido en su seno.

\* \* \*

Las mujeres de la fuente del Portillo volvieron a tener noticias de Agustina de Aragón, pues que preferían hablar de ella en razón de que les recordaba viejas glorias

en las que habían participado. No obstante, conocieron que el rey Fernando había abolido la Constitución de Cádiz, pero quizá porque no entendían bien aquellos negocios o que no sabían de qué trataban o que se dijeron que por qué no había de derogarla si, en realidad, no la había firmado él, sino otros por él y aprovechando su ausencia, o que les daba un ardite, lo que fuere después de todo.

Y eso que, puestas a elegir sus temas de conversación, anteponían las contarellas sobre la Artillera a cualquier otra cuestión aunque se escandalizaran. Como de hecho les sucedió cuando se enteraron de que Agustina era bígama en razón de que llevaba años casada con aquel capitán Talarbe que le había sorbido el seso, cuando no había muerto su primer marido y estaba vivo y coleando. Hecho cierto o incierto que debió molestar a buena parte de España, a las personas honradas, pues que se conoció que el mismo don Fernando, cuando la recibió en el palacio Real de Madrid y la honró como nunca enaltecería a ningún otro héroe de la guerra de la Independencia, le mandó que se juntara con su primer marido, con Juan Roca, y todas aplaudieron el mandato del monarca e ítem más que ella obedeciera, y mucho más que el dicho capitán, el grado que tuviere ya, se hubiera embarcado hacia las Indias para olvidar a su amada o a hacer fortuna, a lo que fuere, vaya con Dios.

Conforme el tiempo pasaba, iban quedado menos mujeres de las que habían hecho la guerra por razones obvias, porque se iban muriendo de fiebres, de un ataque al corazón, que de una caída, de lo que fuere en fin y, de consecuente, cada vez se hablaba menos de la defensa de Zaragoza, pues que, a la siguiente generación de mozas que iban a buscar agua a la fuente, el asunto no les interesaba miaja y, de consecuente también, cada vez llegaban menos noticias de la Artillera. No obstante, María Agustín, que sobrevivió a las demás mujeres anónimas de la fuente, llegó a saber en aquel lugar que la ya teniente había tenido un hijo y enviudado y que, al año o menos, se había vuelto a casar con un médico llamado Juan Cobo y tenido una hija, de nombre Carlota, y ya la heroína de la batalla de las Eras del Sepulcro, perdió la pista de la heroína de la puerta del Portillo y de muchos otros lugares de la España toda, pues lo último que conoció de la Artillera fue que, tras recorrer media España, había sido destinada a Ceuta y que su marido la había seguido a aquella lejana ciudad.

\* \* \*

Lo que nunca supieron las mujeres de la fuente del Portillo de Zaragoza, siquiera Manuela Sancho que murió anciana, anciana, y superó en cinco años de vida a Agustina de Aragón, fue que, siendo Carlota, la hija de la Artillera, mujer casada con un militar también destinado en Ceuta y con un niño chico, decidió escribir una novela sobre su madre, al modo de las que escribía doña Cecilia Böhl de Faber, más conocida con el seudónimo de Fernán Caballero, a quien tanto admiraba. Y a tal se puso con envidiable aplicación, consciente de que se habían dicho de su progenitora

miles de disparates, monstruosidades incluso.

El caso es que a media mañana, Carlota dejaba el niño con la nodriza y se presentaba en la habitación de su madre, la aireaba, dejaba que se desayunara y si Agustina se levantaba de la cama ambas se encaminaban a la salita de la casa, la Artillera tambaleante, pues que cada día que pasaba respiraba con más fatiga, hasta que hubo de permanecer en el lecho, y se sentaban. Al momento, Carlota sacaba el cuaderno y el recado de escribir y decía:

—Cuénteme usted, madre.

—Te lo he contado mil veces.

—Cada vez me lo cuenta diferente.

—Me falla la memoria.

—Hubiera sido hermoso que el sargento muerto de cuya mano cogió usted el botafuego, hubiera sido su primer marido.

—No, era un desconocido.

—También hubiera sido bueno que usted hubiera estado embarazada de su primer hijo, de aquel pobre Juanico.

—No, ya había muerto. Era muy lindo, ¿sabes? Como tú y otro tanto que tu hermano...

—Deje eso, madre, volvamos a la puerta del Portillo...

—Dime, Carlota, qué dicen los que hablan de mí... ¿Se ha escrito algo sobre mí?

—Que yo sepa no —mentía piadosamente la hija, porque ya habían sido publicados varios libros de los Sitios de Zaragoza que apenas hablaban de su hazaña—. ¿Y por qué lo hizo, madre? ¿Qué le impulsó a disparar el cañón?

—Pues, no lo sé.

—¿No recuerda ningún sentimiento? ¿Lo hizo sin pensar? ¿Cómo puede ser, usted no es mujer de prontos?

—Mis recuerdos se están quedando en una nebulosa... Déjalo, hija...

—No, madre, no, voy a escribir su verdadera historia.

—Ya no importa...

—Claro que importa y mucho. A mi marido no le he dicho nada de la novela, a mi padre y a mi hermano tampoco, se reirían de mí, pero usted ayúdeme.

—Han dicho de mí tantas cosas y se han pasado tantos años que ya no sé qué fue verdad y qué falsedad.

—Yo, cuando era niña, la acompañaba a hablar de usted a Sevilla o a Valencia y cada vez decía cosas nuevas... Lástima no haber tomado nota...

—Fíjate, Carlota, tanto que he andado por los caminos y ahora hubiera podido ir en tren... Me admira el tren...

—Madre, volvamos a lo nuestro.

—Dime, hija.

—¿Y aquellas mujeres, las de la fuente del Portillo?

—¿Qué?

—¿Iban a buscar agua?

—Claro. Por cierto, ¿dónde está tu padre?

—En Madrid.

—¿Sigue con la política?

—Sí.

—Yo, que soy partidaria de la reina Isabel, casada con un carlista... Ya ves, Carlota, qué cosas tiene la vida... Menos mal que voy a vivir poco ya.

—No piense eso, le quedan muchos años. ¿Quiere volver a la cama?

—Sí.

—Ea, vamos, pues.

—Esta fatiga...

—Descanse, madre. Ya es hora de comer. ¿Quiere un tazón de caldo y una tortilla francesa?

—Una tortilla francesa nunca.

—Ah, bromea usted...

—Nunca te podrás imaginar lo mal que lo pasamos en Zaragoza...

—Cuenta, cuénteme usted.

—Mañana, mañana más.

Y al día siguiente:

—¿Tan mal lo pasaron en Zaragoza?

—No había qué comer, se comió gato, perro y hasta cuero... Al principio, había mucha comida, las mujeres del barrio llevaban su puchero, garbanzos con abadejo, carne con patatas, y sobraba...

—¿Eso fue en el primer sitio o en el segundo?

—En los dos.

—¿Se repitieron los mismos hechos?

—Por supuesto, los franceses vinieron a conquistar Zaragoza y los que estábamos allí la defendimos...

—¿No hubiera sido mejor rendirse? Al menos se hubieran evitado muchas muertes...

—La palabra «rendición» no entraba en nuestro vocabulario. Allí fue vencer o morir...

—¿Para qué?

—Para no ser esclavos, para ser libres.

—¿Usted ha sido siempre libre, madre?

—Dentro de lo que cabe sí... A veces me hubiera gustado volar, pero no he podido hacerlo porque el género humano carece de alas... Otras, hubiera querido irme a conocer mundo, si no lo hice fue por atender a mis maridos y a mis hijos, pero, desde los episodios de Zaragoza, tuve en la cabeza la idea de ser libre, incluso cuando iba en una cuerda de prisioneros camino de la Francia, en una mula que me dio un buen hombre, Dios se lo pague, porque nunca se lo pude agradecer de lo enferma que



estaba...

—Madre, vayamos con orden.

—¿No quieres que hable? Pues déjame contarte.

—Ay, es que luego me hago un barullo...

—¿Y quieres editar el libro?

—Claro.

—¿La señora esa, la Fernán Caballero, publica?

—Por supuesto, y con gran éxito.

—Puede que nunca haya leído un libro entero...

—Entonces se ha perdido usted muchas cosas.

—Me ha faltado tiempo, mi vida fue muy dura. No tenía criadas ni asistente...

Mismamente hacer la colada me llevaba dos días, amén de que se me agrietaban las manos... Ay, esta fatiga...

—Lo dejamos para mañana, madre.

—Acuérdate de que te hable de mi hermana y de un chiquillo que había tontico en Zaragoza, de Tomás, el tonto...

—Madre, no se quita usted lo del «ico».

—En Aragón hablan así y allí pasé los mejores años de mi vida...

Y al día siguiente:

—Madre, si le parece bien empezamos...

—¿No te cansas nunca?

—No, he salido tenaz como usted. Mencionó ayer a Tomás, el tonto...

—¿Tomás, el tonto?, no sé quién es.

—Dijo que era de Zaragoza.

—Pues en este momento no recuerdo.

—También me pidió que le recordara a su hermana Quimeta.

—¿Se sabe algo de ella? Desde que se fue de Zaragoza no he tenido noticias tuyas... Me voy a ir de este mundo con esa pena...

—No diga eso, madre.

—Sin embargo, recuerdo al chiquillo de la señora Casta que llevaba una casaca amarilla, yo creía que era de soldado francés e hice que su madre se la quitara, pero luego, al cabo del tiempo, caí en la cuenta de que era española, del regimiento de Dragones de Numancia... Ay, la fatiga...

—¿Quiere que lo dejemos?

—No hemos empezado, pero sí, mejor.

—Anduvo usted contando sus hazañas por todo el país y ahora que le pregunto yo...

—Los hijos sois egoístas a todas las edades...

Y pasaban un día y dos y tres.

—Buenos días, madre... ¿Se encuentra mejor?

—Sí, Carlota, las ventosas me han hecho bien. Verás, lo mejor de los Sitios de

Zaragoza fueron las mujeres de la fuente del Portillo...

—Espere a que me siente y abra el tintero y el cuaderno...

—Estaban los hombres en la puerta vigilando que no asomara algún enemigo y un tropel de mujeres en torno a la fuente con sus pucheros y sus botijos, llevándoles tal y cual lo mismo de noche que de día... Y allí estábamos tu tía Quimeta, una dicha María Agustín, una guapa moza...

—¿La heroína de la batalla de las Eras del Sepulcro? ¿La primera gran batalla?

—Esa misma. Se quedó manca... A veces, traía vino una dicha María Lostal, que estaba siempre muy azacanada porque tenía muchos hijos y muy chicos, a más de una tienda de vinos de la que se tenía que ocupar pues su marido se había ido a la guerra... No recuerdo cuándo, pero salvó todo el oro y la plata del convento del Carmen y de esto no se enteró nadie, no sé si la llegaron a condecorar con los escudos... Pero la mejor, la más brava, fue Casta Álvarez que ató a un palo de escoba una bayoneta francesa y repartió el rancho de la madre Rafols...

—¿La Casta, la del muchacho? ¿La madre Rafols, la del hospital?

—El chico de Casta estudió en el Seminario y a lo menos será canónigo, era muy listo...

—A ver, ¿los gremios le dieron dineros a la religiosa para que en los fogones del hospital se cocinara el rancho para la tropa...?

—Eso, pero Casta nos daba a las mujeres también. E iba por doquiera animando a todos contra la francesada... Fíjate, Carlota, cómo cambian las cosas en tan solo unos años, asistimos a una cruel guerra contra los gabachos que invadieron nuestro país y quitaron al rey y, poco tiempo después, los mismos, los 100.000 Hijos de San Luis, vinieron a ayudar al mismo rey...

—Eso fue...

—Quiero decirte que cuando cumplas cincuenta años ya no reconocerás nada de lo que había cuando tenías veinte, porque habrán pasado casi dos generaciones...

—No sé si me voy a organizar con lo que me dice usted, todo tan desordenado...

—Lo que más tengo, Carlota, desorden en la cabeza... Otro día te diré de la condesa de Bureta... Ya me vuelve la fatiga.

—De esta señora me dijo usted cosas, prefiero que me hable de aquella Manuela Sancho, la de la puerta Quemada...

—Fue artillera como yo... No sé qué habrá sido de ella, pero seguro que, como yo, hubiera preferido morir de un tiro que ahogándose en una cama...

—No se puede elegir, madre.

—La Artillera muriendo en una cama, es un disparate, un despropósito, hija... Menos mal que no debo dinero a nadie... Te voy a dejar mis condecoraciones y todo lo que tengo en la casa para ti porque me atiendes como buena hija... Recuerda que tengo unos dineros en una bolsa entre la lana de este colchón...

—Sí, madre, lo sé, ya escribí su última voluntad y usted la rubricó...

—Oye, Carlota, mira que si escribiendo mi historia llegas a ser tan famosa como

esa señora, la Fernán Caballero, y ganas dinero... Yo te hubiera dejado más capital, pero se lo gastó tu padre en su política, pagando puestos y secretarías...

—¿Seguimos?

—Uno de los mejores momentos de mi carrera militar fue cuando me recibió el rey don Fernando en el palacio Real de Madrid y me ascendió, ratificó mis condecoraciones e hizo que la Caja Militar me abonara los haberes atrasados...

—Si le parece bien, madre, esto lo dejamos para su momento. Cuénteme hoy lo que escribió usted a la Junta Suprema Central, en 1809, cuando estaba en Sevilla, ¿por qué decía en su pliego que estuvo en el convento de San Agustín enferma de muerte, con su pequeño hijo Juanico? ¿No había muerto o qué? ¿No estuvo en su casa, cuidada por María Agustín?

—Ah, cuando se escribe a la Administración solicitando alguna cosa, se exagera, hija. La Administración no tiene corazón, es menester movérselo... Te digo que, con tanto orden que quieres llevar, es imposible escribir mi vida... Mi primer hijo había muerto antes de que yo pisara Zaragoza, de sarampión, precisamente me fui con Quimeta para olvidar el mal trago...

—Entonces, no lo entiendo, dijo usted una cosa en un documento oficial y fue otra...

—Mira, Carlota, dejamos este tema y mañana seguimos con lo que hice en la batalla de Vitoria...

—Bueno.

Y al mes:

—Madre, hace un día precioso, la mar está en calma, ¿quiere que subamos al terrado a ver cómo zarpan los barcos hacia la Península?

—No, pero si hace un día precioso es un buen día para morir...

—Ay, madre, no me haga llorar.

—¿Qué día es hoy?

—29 de mayo...

—¿De qué año?

—1857. ¿Llamo al médico?

—No, estoy cansada, quiero morir, descansar... Estos ahogos... Llama al cura, quiero los Sacramentos... Y dame una cinta que tengo de la Virgen del Pilar en la cómoda, anúdame la muñeca.

—Madre, la pintó el maestro Goya disparando el cañón... No se puede usted morir...

—Oh, sí... Acuérdate del cronista Alcayde, que vivió los Sitios conmigo y me dedicó dos líneas...

—Unas pocas más, madre...

—Ve, Carlota, ve en busca del cura... Sabe que me moriré queriéndote...

—¿Desea que les diga a mi padre y a mi hermanastro que se pongan en viaje?

—No, diles que tuve un recuerdo para ellos, aunque espero morirme con el

nombre de la Virgen del Pilar en la boca...

\* \* \*

Agustina Zaragoza y Doménech, conocida como Agustina de Aragón y la Artillera, falleció en la ciudad de Ceuta en la casa donde vivió, tras recibir los Santos Sacramentos, a la edad de 71 años y fue enterrada con su uniforme militar en un panteón del cementerio municipal. A sus exequias asistieron el cabildo y el Ayuntamiento en pleno y millares de personas.

En Zaragoza, en Teruel, en Tarragona, en Valencia, en Alicante, en Sevilla, lugares donde había residido o luchado a lo largo de su valerosa y agitada vida, Dios la tenga con él, se observó la misma asistencia o más. Pasados los años, sus restos mortales fueron trasladados a Zaragoza donde descansaron, primero en la cripta del Santo Templo del Pilar y, a partir de 1908, es decir, cuando se cumplió el Primer Centenario de la gesta de los Sitios de Zaragoza, en el Santuario de Santa María del Portillo, junto a los de Casta y Manuela, parece que definitivamente, pero nunca se sabe porque, es hecho constatado, que los vivos no dejan descansar en paz a los muertos.

Carlota Cobos, hija de su segundo matrimonio, y Juan Roca, hijo de su primer matrimonio, recibieron miles de cartas de condolencia. Se dijo que Carlota, que era aplicada con la pluma, contestó a todas. En cuanto a la novela que en vida de su madre pretendió escribir, llegó a concluirla y a editarla, sin éxito, eso sí, y fue pena.

## **Agradecimientos**

A don José M<sup>a</sup> Bordetas y a don Julián Ruiz, canónigos de la Catedral-Basílica de Nuestra Señora del Pilar.

A Gloria Hernández Torres.

A Alfonso Moreno Alcázar.

A Fernando Orbañanos Celma.

A M<sup>a</sup> Rosa Pérez de Irisarri.

Al personal del Archivo Histórico y Hemeroteca de Zaragoza.

## **Autores consultados**

Aguado Bleye, Pedro.  
Alcaide Ibieca, Agustín.  
Alcázar Molina, Cayetano.  
Belmás, J.  
Beltrán Lloris, Miguel.  
Bernabéu, Antonio.  
Blasco Ijazo, José.  
Borau de Latras, Miguel.  
Canellas López, Ángel.  
Casamayor, Faustino.  
Comabella Mas, Manuel.  
Escribano, Francisco.  
Fatás Cabeza, Guillermo.  
Forcadell Álvarez, Carlos.  
Gella Iturriaga, José.  
Gómez de Arteche, J.  
Gonzalo, Santiago.  
Guirao Larrañaga, Ramón.  
Hernández de Maceras, Domingo.  
Herrero Pérez, José Vicente.  
Lafoz, Herminio.  
Lynch, John.  
Marín Arruego, Nuria.  
Martín, Mariano.  
Martínez Ferrer, J. M.  
Menéndez Pidal, Ramón.  
Moreno Box, M<sup>a</sup> D.  
Onieva, Antonio J.  
Palá Laguna, Francisco.  
Pascual de Quinto, José.  
Pérez Galdós, Benito.  
Plou Gascón, Miguel.  
Pons, Francisco.  
Puiggarí, José.  
Rincón García, Wifredo.  
Rioyo, Javier.  
Solduga, Francisco Javier.  
Sorando Muzas, Luis.  
Vallejo-Nágera, Juan Antonio.

Vicens Vives, Jaime.



ÁNGELES DE IRISARRI. (Zaragoza, 1947). Licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza, ejerció como archivera y profesora de instituto. En la actualidad trabaja en una agencia de publicidad y es colaboradora habitual de prensa escrita y radio. Está casada y tiene dos hijos. Su carrera literaria, es muy prolífica a pesar de que comenzó a publicar en edad tardía.

Su primera novela fue *Toda, Reina de Navarra* (1991) que fue editada de nuevo en 1997 con el título de *El viaje de la reina*.

Otras obras suyas son: *El estrellero de San Juan de la Peña* (1992), *El año de la inmortalidad* (1993), *Ermessenda condesa de Barcelona* (1994), *La cajita de lágrimas* (1999), *Las damas del fin del mundo* (2000), *La reina Urraca* (2000), *Isabel, la reina* (2001), *América. La aventura de cuatro mujeres en el Nuevo Mundo* (2002), *Romance de ciego* (2005), *La artillera* (2008), *La estrella peregrina* (2010).

Ha recibido numerosos premios: Isabel narrativa breve (1992 y 1994), Femenino Singular de novela (1994), Baltasar Gracián de narrativa (1996), Sabina de Oro (2002), Premio de Novela Histórica Alfonso X el Sabio (2005) y varios premios de cuento. Su obra ha sido traducida a varios idiomas.